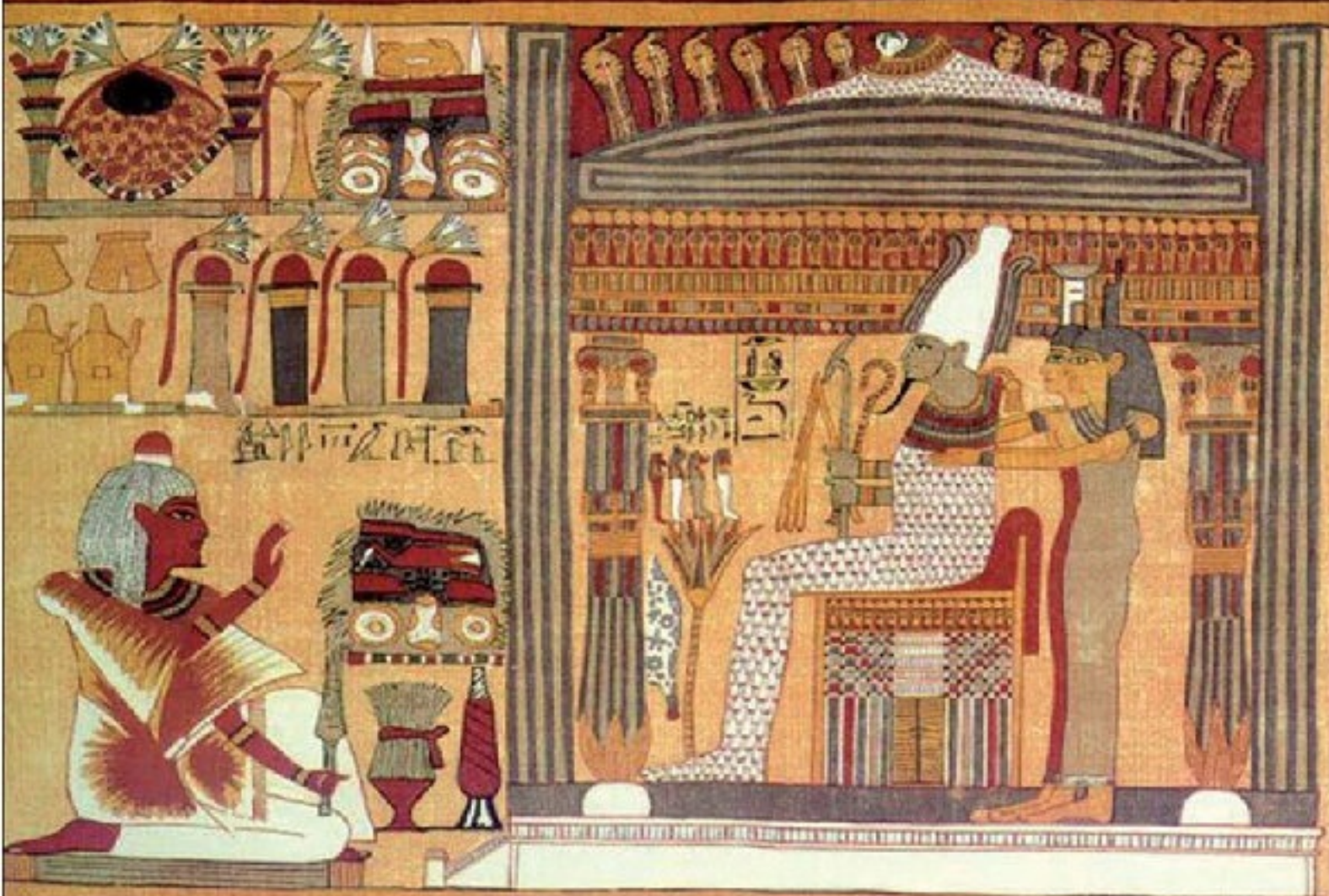


PAULINE GEDGE



LA CASA DE LOS SUEÑOS

LA VIDA DE THU, FAVORITA DE RAMSÉS
Y MÉDICO DE LA CORTE

de

Corre el siglo XII a.C. cuando los sucesores del gran Ramsés II detentan el poder en la XX dinastía del antiguo Egipto. En Aswat, pequeña población situada al norte de Tebas, la vida transcurre tranquila. Sus habitantes no poseen riquezas, pero disfrutan de paz y alimentos en abundancia. En este apacible rincón del reino se ha criado Thu, una niña despierta y ambiciosa, hija de un guerrero libu y de la comadrona del pueblo.

Movida por el fuego de quienes presienten un destino de gloria, la joven Thu aprovecha la visita del misterioso e influyente Hui para introducirse en la corte de Ramsés. Gracias a su dominio del arte de la medicina, y a sus indudables dotes de seducción, Thu se convierte en concubina preferida del faraón. Sin embargo, a medida que su poder crece, la joven médico se ve envuelta en un mundo de intrigas y maniobras palaciegas para el que no estaba preparada.

Con *La casa de los sueños* los lectores de Pauline Gedge —autora de *La dama del Nilo*, *El faraón* y *El papiro de Saqqara*— tendrán ocasión de disfrutar una vez más de su especial habilidad para fundir el realismo de sus personajes con el rigor de los hechos históricos.



Pauline Gedge

La casa de los sueños

La vida de Thu, favorita de Ramsés y médico de la corte

(Vida de Thu 1)

ePub r1.0

kraken61 21.11.13

Título original: *House of Dreams*

Pauline Gedge, 1994

Traducción: Edith Zilli

Diseño de portada: kraken61

Editor digital: kraken61

ePub base r1.0



CAPÍTULO 1

Mi padre, un rubio gigantón de ojos azules, era un mercenario que llegó a Egipto durante los disturbios de la época aquella en que dominaba el canciller sirio Irsu, cuando los extranjeros recorrían el país a su antojo, robando y violando. Durante un tiempo se estableció en el Delta, trabajando en lo que podía, pues no era un forajido ni mantenía relación alguna con las bandas de ladrones vagabundos. Pastoreó ganado, pisó uva, sudó en las adoberas haciendo adobes. Más adelante, cuando el padre de nuestro Gran Dios Ramsés, Osiris Setnajt el Glorioso, arrebató el poder al sucio sirio, mi padre aprovechó la oportunidad para incorporarse a las filas de la infantería; con ella marchó por las ciudades y las aldeas desperdigadas a lo largo del Nilo persiguiendo a los desorganizados grupos de bandidos con arrestos y ejecuciones y desempeñó su papel en la restauración de un Ma'at debilitado y casi eclipsado por las febriles personas que habían ocupado el trono de Egipto durante años, ninguna de ellas digna de ser considerada encarnación del dios.

A veces, los ebrios parásitos que las tropas de mi padre exterminaban eran libus de su propia tribu tamahu, rubios y de ojos claros como él, que habían llegado a las Dos Tierras, no para enriquecerla ni llevar una vida honrada, sino para robar y matar. Eran nómadas, como animales, y mi padre los aniquilaba sin remordimientos.

Una tórrida tarde, del mes de *Mesore*, los soldados armaron sus tiendas en las afueras de la ciudad de Asuat, al norte de la sagrada Tebas. Estaban sucios, cansados y hambrientos; no había cerveza para beber y el capitán ordenó a mi padre y a otros cuatro hombres que confiscaran al superintendente las provisiones que hubiera disponibles. Al pasar ante la entrada de una de las casas de barro, oyeron que en el interior se alborotaba mucho: chillidos de mujeres, gritos de hombres. Temiendo lo peor, prevenidos ante cualquier disturbio tras muchas semanas de guerra insidiosa, los soldados entraron en el diminuto y oscuro vestíbulo, donde encontraron a un grupo de hombres y

mujeres medio borrachos, que se mecían y batían palmas con alegría. Alguien puso una jarra de cerveza en la mano de mi padre y por encima del jaleo una voz dijo; «¡Da gracias a los dioses! ¡Tengo un hijo!». Mi padre bebió con ganas y serpenteó entre la gente hasta encontrarse cara a cara con una mujercita de piel olivácea y facciones de duende que acunaba en sus brazos ensangrentados un bulto llorón envuelto en lino. Era la partera. Esa mujercita fue mi madre. Mi padre la miró un largo rato por encima del borde de la jarra. A su modo, fuerte y plácido, sopesaba y estudiaba la cuestión. La gente, rebotante de felicidad, se mostró amable. El arconte de la aldea ofreció a las tropas una generosa cantidad de cereales, que recogió de las magras despensas de la población. Las mujeres fueron al campamento para lavar las ropas mugrientas de los soldados. Asuat era una ciudad bella y tranquila, tradicional en sus valores, rica en tierras cultivables y en árboles frondosos; el desierto, más allá, permanecía inmaculado.

El día en que las tropas iban a continuar su marcha hacia el sur, mi padre buscó la casa donde vivía la partera con sus padres y sus tres hermanos varones. Llevaba consigo el único objeto valioso que poseía; un diminuto escarabajo de oro, con su cordel de cuero, que había encontrado en el lodo de un tributario del Delta y llevaba atado a su ancha muñeca. «Estoy al servicio del buen dios», dijo a mi madre, presionando el escarabajo contra su pequeña palma oscura, «pero cuando haya cumplido el período militar, regresaré. Espérame». Y ella miró los ojos suaves y llenos de autoridad de aquel hombre alto, de pelo tan dorado como el sol, cuya boca prometía goces que ella sólo conocía en sueños. Y asintió con la cabeza, sin decir nada.

Mi padre cumplió su promesa. Herido dos veces al año siguiente, por fin le dieron de baja, le pagaron y le asignaron las tres *arouras* de tierra que había solicitado en la zona de Asuat. Como mercenario, conservaría aquellas tierras con la condición de presentarse para el servicio activo en cuanto se le convocara; también debía aportar un diezmo de sus cosechas a las arcas del faraón. Pero tenía lo que deseaba; la ciudadanía egipcia, un poco de tierra y una bonita esposa, que ya formaba parte de la ciudad y le facilitaría la tarea de ganarse la confianza de los pobladores.

Todo esto lo supe por mi madre, por supuesto. El encuentro entre ambos, la inmediata atracción mutua entre el soldado taciturno y fatigado y la menuda muchachita de aldea, era un relato romántico que nunca me cansaba de oír. La familia de mi madre vivía en Asuat desde hacía muchas

generaciones, sin molestar a nadie y cumpliendo con sus obligaciones religiosas en el pequeño templo de Uepuauet, el dios chacal de la guerra, tótem de su nomo. Bodas, nacimientos y muertes los entretejían con sus vecinos en una apretada muestra de sencillez y seguridad. De los antepasados de mi padre pudo decirme poco, pues él nunca los mencionaba. «Son libus de por ahí», decía, señalando vagamente hacia el oeste, con toda la indiferencia que el verdadero egipcio siente por todo lo que exista más allá de sus fronteras. «De ellos heredaste esos ojos azules, Thu. Probablemente eran pastores nómadas.» Pero yo lo dudaba, viendo el brillo que la lámpara de aceite arrancaba a los hombros y los brazos musculosos de mi padre, sentado con las piernas cruzadas en el suelo arenoso de nuestro recibidor, inclinado sobre algún apero de la labranza que estuviera haciendo. Me parecía mucho más probable que sus antepasados hubieran sido guerreros, hombres fieros al servicio de algún bárbaro príncipe libu que combatían por él, en una interminable ronda de depredaciones tribales.

A veces, soñaba despierta que mi padre tenía sangre noble en sus venas; que su padre, mi abuelo, era un príncipe y, tras reñir violentamente con su hijo, le había obligado a éste a exiliarse; errante y sin amigos, por fin llegó al bendito suelo de Egipto. Algún día veríamos llegar un mensaje de perdón; entonces cargaríamos el burro con nuestras pobres pertenencias y, tras vender el buey y la vaca, viajaríamos a una corte lejana, donde mi padre sería recibido con los brazos abiertos entre lágrimas y risas por un anciano cargado de oro. Mi madre y yo nos veríamos bañadas en perfumados ungüentos, vestidas con telas brillantes y cubiertas de amuletos de plata y turquesa. Todos se inclinarían ante mí, la princesa perdida. Sentada a la sombra de nuestra palmera datilera, estudiaba mis brazos bronceados, mis piernas largas y medradas, a las que se adhería siempre el polvo de la aldea, y pensaba que tal vez mi sangre, la que palpitaba casi imperceptiblemente en las venas azuladas de las muñecas, pudiera ser el preciado salvoconducto para acceder a la riqueza y la alta posición. Mi hermano Pa-ari, un año mayor que yo y mucho más sabio, se burlaba de mí. «¡Princesita del polvo!», sonreía. «¡Reina de las camas de junco! ¿De veras crees que si padre fuera un príncipe se molestaría en cultivar unas míseras *arouras* en medio de la nada, o que se habría casado con una partera? Anda, levántate y lleva la vaca a abreviar. Tiene sed.» Y yo me acercaba a Preciosos Ojos Dulces, nuestra vaca. Juntas bajábamos por el sendero del río, yo con la mano apoyada en su suave y caliente lomo;

mientras la vaca bebía el líquido vital, yo estudiaba mi reflejo en las límpidas profundidades del Nilo. Los lentos remolinos, a mis pies, distorsionaban la imagen: convertían mi ondeado pelo negro en una nube confusa alrededor de la cara que proporcionaba a mis extraños ojos azules un brillo incoloro, lleno de mensajes misteriosos. Una princesa, sí, quizá. Jamás me atreví a consultar esa posibilidad con mi padre. Era cariñoso; me sentaba sobre sus rodillas para contarme cuentos y le podía hacer preguntas sobre cualquier asunto, excepto sobre su pasado. La barrera, aunque muda, existía de verdad. Creo que mi madre le tenía respeto reverencial, aunque lo amaba con locura. Era el mismo respeto que inspiraba a los otros aldeanos, sin duda. Le tenían confianza, pues sabían que era capaz de asumir sus responsabilidades en la administración de la aldea. Él ayudaba al *medjau* local a vigilar la zona circundante. Sin embargo, nunca lo trataban con la desenvuelta familiaridad que dedicaban a los auténticos aldeanos. Su largo pelo dorado y sus serenos y asombrosos ojos azules proclamaban siempre su condición de extranjero.

Mi suerte no era mucho mejor. No me gustaban las niñas de la aldea, con sus risitas estridentes, sus juegos simples, sus inocentes y aburridos chismorreos, limitados siempre a los asuntos aldeanos. Y yo tampoco les gustaba a ellas. Cerraban filas contra mí, con esa suspicacia que despierta en los niños todo el que es diferente. Quizá temieran el mal de ojo. Por mi parte, yo no trataba de facilitar la convivencia, por supuesto. Yo era altanera y, aunque de forma involuntaria, me mostraba superior; siempre estaba dispuesta a hacer preguntas que no tenía por qué hacer, pero se debía a que mi mente iba siempre más allá de los límites conocidos. Pa-ari tenía más aceptación. Aunque él también era más alto y más guapo que los otros niños de la aldea, no pesaba sobre él la maldición de los ojos azules. Había heredado de nuestra madre los ojos castaños y el pelo negro de los egipcios; de nuestro padre había heredado esa autoridad innata que lo convertía en líder entre sus compañeros de escuela. Y no porque él quisiera serlo. Su fuerza residía en las palabras. Todo mercenario podía pasar la concesión de tierras a su hijo, siempre que éste continuara con la profesión de su padre, pero Pa-ari quería ser escriba. En una ocasión me dijo:

—Me gustan la agricultura y la vida aldeana, pero el hombre que no sabe leer ni escribir se ve obligado a confiar en la sabiduría y en el conocimiento de los demás. No puede tener opinión propia sobre las cosas que escapan a los detalles de su vida cotidiana. El escriba, en cambio, tiene acceso a las

bibliotecas, su corazón se expande y puede juzgar el pasado, dar forma al futuro.

A la edad de cuatro años, cuando yo tenía tres, nuestro padre lo llevó a la escuela del templo. Padre no sabía leer ni escribir y dependía del escriba de la aldea para calcular los impuestos anuales que debía pagar sobre sus cosechas. Cuando tomó a Pa-ari de la mano para conducirlo al recinto de Uepuauet, por la senda recocida por el sol, no supimos por qué razón se lo llevaba.

Tal vez pensaba sólo en lograr que no engañaran a su heredero cuando le llegara el turno de arar los pocos sembrados con los que nos sustentábamos. Recuerdo que yo, de pie en el umbral de la casa, los vi desaparecer en la blanca frescura de la luz matinal.

—¿Adónde lleva padre a Pa-ari? —pregunté a mi madre, que salía detrás de mí con un cesto de ropa sucia en los brazos.

Mi madre se detuvo, apoyando el cesto en la cadera.

—A la escuela —respondió—. Trae el natrón, Thu, sé buena. Después de lavar todo esto, llevaremos la masa al horno.

Pero no me moví.

—Yo también quiero ir —dije.

Se echó a reír.

—No, tú no —dijo—. Para empezar, eres demasiado pequeña. Además, las niñas no van a la escuela. Aprenden en casa. Anda, date prisa con ese natrón, que voy al río.

Mientras mi madre golpeaba la colada contra las piedras de la orilla y frotaba la áspera ropa con natrón, chismorreando con las otras mujeres allí reunidas, mi padre regresó y volvió al campo. Vi cómo se inclinaba con la azada en la mano, entre las verdes lanzas del trigo que le rozaban las pantorrillas desnudas, al seguir a mi madre por el sendero que iba desde el río hasta la casa. La ayudé a tender la colada en la cuerda de nuestro recibidor, abierto al cielo como todos los de la aldea. Y luego observé cómo amasaba y bregaba la masa para nuestra cena. Yo estaba callada y pensativa; echaba de menos a Pa-ari, con el que llenaba los días de juegos y pequeñas aventuras, entre las frondas de papiro y las hierbas de la ribera.

Cuando mi madre partió hacia el horno comunitario, yo corrí en dirección

opuesta, abandonando la senda que serpenteaba junto al río para seguir el estrecho canal de riego que llevaba el agua a las pobres tierras de mi padre. Al verme, enderezó la espalda, sonriente, sombreándose los ojos con una mano ancha y encallecida. Me acerqué, jadeando.

—¿Te ocurre algo? —preguntó.

Rodeé con los brazos su robusto muslo para abrazarlo. Por algún motivo que yo ignoro, ese recuerdo pervive en mí, luminoso y vívido, después de tantos años. A menudo, no son las ocasiones portentosas las que se recuerdan, esos momentos en que nos decimos; «jamás olvidaré esto», sino pequeños hechos intrascendentes que pasan sin comentario, sólo para resurgir una y otra vez, impregnándose de una realidad con más fuerza cuanto más tiempo nos aleja del suceso original. Así me ocurrió entonces. Todavía siento la suave esterilla de su vello contra mi cara, su piel tostada por el sol; aún veo la alfombra de plantas jóvenes que se movían apenas, tan verde contra el pardo amarillento del desierto que reverberaba al sol, y huelo su sudor reconfortante, seguro. Di un paso atrás para mirarlo.

—Quiero ir a la escuela con Pa-ari —dije.

Él se agachó, limpiándose la frente con una esquina de su faldellín, corto y polvoriento.

—No —replicó.

—¿El año que viene, padre, cuando cumpla los cuatro años?

Su lenta sonrisa le ensanchó el rostro.

—No, Thu. Las niñas no van a la escuela.

Le estudié la cara.

—¿Por qué?

—Porque las niñas se quedan en casa y aprenden de sus madres a ser buenas esposas y a atender a los hijos. Cuando seas mayor, tu madre te enseñará a ayudar cuando los niños llegan al mundo. Ese será tu trabajo aquí, en la aldea.

Fruncí el ceño, tratando de comprender. Tuve una idea.

—Si se lo pido a Pa-ari, padre, ¿puede quedarse él en casa para aprender a ayudar cuando llegan los niños, para que yo pueda ir a la escuela en su lugar?

Mi padre rara vez reía, pero en aquella ocasión echó la cabeza atrás y su regocijo retumbó contra la hilera de palmeras marchitas que crecían entre sus tierras y el camino. Luego se puso en cuclillas, cogiéndome el mentón con sus grandes dedos.

—¡Compadezco al mozo que quiera casarse contigo! —dijo—. Debes aprender a estar en tu lugar, pequeña mía. Paciencia, docilidad, humildad: éstas son las virtudes de una mujer decente. Ahora sé buena y ve a casa. Acompaña a tu madre cuando vaya en busca de Pa-ari.

Me plantó un beso en la coronilla caliente y me dio la espalda. Hice lo que él me decía, pateando el polvo al caminar, oscuramente ofendida por su risa, aunque era demasiado pequeña para saber por qué.

Encontré a mi madre mirando con nerviosismo a lo largo del camino, con un cesto en el brazo. Me hizo un gesto impaciente.

—¡Deja en paz a tu padre cuando trabaja! —me regañó—. Por todos los dioses, Thu, estás muy sucia y no tengo tiempo para lavarte. ¿Qué pensarán los sacerdotes? Vamos.

No me cogió de la mano, pero anduvimos juntas. Nuestros sembrados quedaron atrás y también otros, todos verdes con los nuevos brotes. A nuestra izquierda se alzaba la hilera de palmeras; a la derecha, la enmarañada maleza del río, fresca y tentadora, por la que asomaban a intervalos amplias extensiones de agua plateada.

Pocos minutos después, los sembrados se acabaron repentinamente, los arbustos de la derecha ralearon hasta desaparecer y ante nosotras se irguió el templo de Uepuauet, con sus columnas de piedra arenisca elevadas hacia el implacable azul del cielo; el sol hería impotente sus pesados muros. Desde mi nacimiento, yo iba allí los días consagrados al dios para ver cómo presentaba mi padre nuestras ofrendas y para postrarme junto a Pa-ari mientras el incienso se alzaba en brillantes columnas por encima del patio interior. Veía a los sacerdotes en solemnes procesiones, oía sus cánticos graves y sobrecogedores en medio del aire quieto, veía a las bailarinas dar vueltas y realizar ondulantes movimientos con el sistro entre los delicados dedos, tintineando para llamar la atención del dios hacia nuestras plegarias. Me sentaba en los escalones del templo, con la punta de los pies en el Nilo, que me los lamía con suavidad, de espaldas al patio adoquinado, mientras mis padres permanecían dentro y rezaban. Para mí era, al mismo tiempo, un lugar

de insólito misterio, imponente en su secretismo, y el foco de Ma'at en nuestra vida, el telar espiritual que tejía las diversas hebras de nuestra existencia. El ritmo de los días del dios era nuestro ritmo, un pulso invisible que regulaba el ir y venir de los acontecimientos familiares y aldeanos.

Durante la época de los disturbios llegó una banda de extranjeros. Se establecieron en el patio exterior, encendieron hogueras en el patio interior y en medio de la bebida, el jolgorio y el alboroto que armaron en el templo, torturaron y mataron a uno de los sacerdotes, que había intentado protestar, pero no se atrevieron a violar el santuario, el lugar que ninguno de nosotros había visto nunca, el lugar donde habitaba el dios, pues Uepuauet era el señor de la guerra y temían provocar su ira. El arconte de la aldea y todos los hombres adultos buscaron armas y, llenos de indignada cólera, se lanzaron una noche contra los bandidos, que dormían bajo las bellas columnas del templo de Uepuauet. Las mujeres se pasaron la mañana siguiente lavando las piedras para quitarles la sangre; ninguno de los hombres diría jamás dónde estaban sepultados los cadáveres. Nuestros varones eran orgullosos y bravos, dignos de seguir al señor de la guerra. El sumo sacerdote ofreció un sacrificio en reparación por la profanación del sagrado lugar. Todo esto ocurrió antes de que mi padre y sus tropas acamparan en las afueras de la aldea y se acercaran al poblado en busca de cerveza.

Yo amaba el templo. Amaba la armonía de aquellas columnas que elevaban la vista hasta el vasto cielo de Egipto. Amaba la aparatosidad de los ritos, el aroma de las flores, el polvo y el incienso, el simple lujo del templo, los finos lienzos vaporosos de los sacerdotes. Aunque entonces lo ignoraba, lo que yo apreciaba no era al dios en sí, sino las riquezas que lo rodeaban. Era, por supuesto, su hija devota y siempre lo he sido; sin embargo, él me importaba menos que la breve visión de una existencia diferente, que me hacía soñar.

Mi madre y yo caminamos hacia los adoquines y cruzamos la entrada pasando entre las columnas al patio exterior. Allí esperaban varias madres más; algunas, de pie; otras en cuclillas sobre la piedra, conversando en voz baja. El perímetro exterior del patio formaba un panal de pequeñas estancias; en la penumbra de una de ellas se oían las voces de los niños, elevadas en un cántico sonoro que se quebró en un parloteo entusiasta cuando mi madre y yo nos detuvimos. Ella saludó alegremente a las mujeres, que le respondieron con una inclinación de cabeza. Por fin, un tropel de niños salió de la

habitación, cada uno con un talego cerrado con un cordel. Pa-ari se nos acercó jadeando, con los ojos encendidos. En el talego tintineaba algo.

—¡Madre, Thu! —gritó—. ¡Ha sido divertido! ¡Me ha gustado!

Y se dejó caer en el suelo, doblando las piernas bajo el cuerpo. Madre y yo nos pusimos a su lado. Ella abrió su cesta, de donde sacó pan negro y cerveza de cebada. Pa-ari aceptó su comida con gravedad y empezamos a comer. Otras madres hacían lo mismo con sus hijos y sus niños menores. Las conversaciones llenaban el patio.

Estábamos terminando ya cuando se acercó un sacerdote lector, con el cráneo afeitado relumbrando bajo el sol de mediodía, brillante el oro de su brazalete. Llevaba los pies muy limpios, calzados con sandalias blancas. Lo miré muy sorprendida. Nunca hasta entonces había estado tan cerca de un servidor del dios. Tardé un poco en reconocer en el escriba al labrador que cultivaba una parcela en el lado oriental de la aldea; lo había visto con pelo castaño y rizado, cubierto por el lodo de las inundaciones. Lo había visto haciendo eses por la calle de la aldea, ebrio y cantando. Más tarde, supe que los hombres del dios eran también agricultores, como mi padre, que ofrecían tres meses de cada año al servicio del templo; entonces vestían túnicas finas, se lavaban cuatro veces al día, se rasuraban regularmente todo el pelo del cuerpo y cumplían con los ritos y las obligaciones asignadas por el gran sacerdote. Mi madre se levantó para hacerle una reverencia, indicándonos por señas que la imitáramos. Logré esbozar una torpe inclinación, sin apartar la mirada del *kohl* negro que le rodeaba los ojos, separándolos de la huesuda superficie de su cráneo. Olía muy bien. Nos saludó con amabilidad y puso una mano en el hombro de Pa-ari.

—Tienes un hijo inteligente —dijo a mi madre—. Será buen alumno. Me gusta enseñarle.

Mi madre sonrió.

—Gracias —fue su respuesta—. Mi esposo vendrá mañana a pagar.

El sacerdote se encogió de hombros.

—No hay prisa —dijo—. Aquí nadie va a abandonar la aldea.

Por algún motivo que yo ignoro, sus palabras me dejaron helada. Alargué un dedo para tocar, vacilante, la ancha ínfula de lector que le rodeaba el

pecho.

—Quiero ir a la escuela —dijo, tímida. El sacerdote me dirigió una breve mirada, sin prestarme atención.

—Te espero mañana, Pa-ari —dijo.

Y nos dio la espalda. Mi madre me dio una pequeña sacudida.

—Debes aprender a no ser atrevida, Thu —me espetó—. Ahora recoge las sobras y guárdalas en la cesta. Tenemos que volver a casa. No te olvides del talego, Pa-ari.

Salimos del patio, uniéndonos al pequeño desfile de familias que regresaban a la aldea. Me acerqué a mi hermano.

—¿Qué llevas en el talego, Pa-ari? —pregunté.

Pa-ari lo levantó, sacudiéndolo.

—Mis lecciones —dijo con aire de importancia—. Las pintamos en tejuelas. Tengo que estudiarlas esta noche, antes de acostarme, para poder repetirlas mañana en clase.

—¿Puedo verlas?

Mi madre, sin duda acalorada e irritada, contestó por él.

—¡No, no puedes! Adelántate, Pa-ari, y di a tu padre que venga a comer. Cuando lleguemos a casa los dos dormireis una siesta.

Así empezó. Todos los días Pa-ari partía para la escuela al amanecer; al mediodía, mi madre y yo íbamos a buscarlo con pan y cerveza. En días festivos o sagrados no estudiaba. Él y yo nos escabullíamos para ir al río o al desierto, donde nos entreteníamos con esos juegos que inventan los niños. Mi hermano tenía buen carácter y rara vez se negaba a ser el faraón; yo era entonces su reina y lo seguía cubierta con una raída túnica vieja, con hojas de parra en el pelo y un zarcillo de vid en la garganta, en el que enhebraba plumas de ave. Pa-ari se sentaba en una roca a modo de trono y pronunciaba discursos. Yo daba órdenes a sirvientes imaginarios. A veces, intentábamos incluir a otros niños en nuestras fantasías, pero ellos no tardaban en aburrirse y nos abandonaban para irse a nadar o a montar sobre los pacientes asnos de la aldea. Cuando jugaban con nosotros, se quejaban amargamente de que yo era siempre la reina y nunca permitía que los demás me dieran órdenes. Así

que Pa-ari y yo nos divertíamos solos. Los meses fueron pasando lentamente.

Cuando cumplí cuatro años volví a implorar a mi padre que me permitiera ir a la escuela; una vez más, me encontré con una firme negativa por su parte. Dijo que apenas podía costear la educación de Pa-ari y que pagar la mía era imposible; además, ¿desde cuándo las niñas aprendían algo útil fuera de su casa? Pasé un tiempo mohína y cabizbaja, sentada en un rincón de nuestro recibidor, mientras mi hermano inclinaba la cabeza sobre sus tejuelas; su sombra se movía en la pared cuando encendíamos la llama de la lámpara y se balanceaba como meciéndola. Ya no quería jugar al faraón y su reina. Estaba entablando amistad con algunos otros niños de la aldea con los que compartía el aula y con frecuencia desaparecía después de la siesta para ir con ellos a pescar o a cazar ratones en los graneros. Yo me sentía sola y no disimulaba mi envidia, pero no se me ocurrió la idea hasta que cumplí ocho años: si yo no podía ir a la escuela, la escuela podía venir a mí.

Por aquel entonces mi madre me tenía firmemente encarrilada. Estaba aprendiendo a preparar el pan, que constituía nuestra comida básica, a hacer sopa de lentejas y habichuelas, a asar pescado y a aderezar las hortalizas. Lavaba la ropa sucia con ella, golpeando los faldellines de mi padre y nuestros gruesos sayos contra las piedras relucientes, disfrutando de las salpicaduras del agua contra la piel caliente y el légamo del Nilo entre los dedos de los pies. Preparaba el cebo para las lámparas, manejaba las finas agujas de hueso, remendando las faldillas de mi padre con meticuloso cuidado, acompañaba a mi madre a visitar a sus amigas y me sentaba con las piernas cruzadas en el suelo de tierra de sus pequeños recibidores. Ella me permitía aceptar una sola taza de vino de palma, mientras chismorreaba y se reía sobre quién estaba otra vez embarazada, a la hija de quién cortejaba el hijo de fulano, y de la esposa del asesor de impuestos, que se había sentado demasiado cerca del hijo del arconte, ¡qué atrevida! Las voces fluían a mi alrededor, provocándome tal estupor, que muchas veces era como si hubiera estado allí desde siempre; el temblor del líquido oscuro en mi taza, el polvo bajo los muslos, el lento reguero de sudor que me corría por el cuello, todo era parte de un hechizo que me tenía cautivada. Varias de las mujeres estaban redondas por la preñez y yo estudiaba furtivamente sus cuerpos deformados. Ellas también eran parte del hechizo, de la magia que me obligaría a ser eternamente una entre todas ellas.

A veces, llamaban a mi madre en las horas de la noche para atender un

parto. Yo prestaba poca atención a esas raras ocasiones. La oía apenas intercambiar con mi padre unas palabras apresuradas y salir de casa; pero en seguida volvía a sumirme más profundamente en un plácido sueño. Pero al cumplir ocho años inicié mi aprendizaje con ella. Una noche abrí los ojos y la encontré inclinada sobre mi jergón, con una vela en la mano. Pa-ari dormía, acurrucado en su lado de la habitación, ajeno a todo. En el recibidor se oían unos susurros.

—Levántate, Thu —me dijo ella, con amabilidad—. Debo asistir al parto de Ahmose. Es mi trabajo y algún día será el tuyo. Ya estás en edad de aprender las tareas de partera. No debes tener miedo —añadió, mientras yo me levantaba pesadamente, buscando a tientas el sayo—. El nacimiento será sencillo. Ahmose es joven y está sana. Anda, ven.

Caminé tras ella tambaleándome, todavía medio dormida. El esposo de Ahmose, sentado en cuclillas en un rincón del recibidor, parecía intranquilo; mi padre se había sentado con él, frotándose los ojos legañosos. Mi madre se detuvo a recoger el saco que siempre tenía preparado junto a la puerta y salió. La seguí. El aire era fresco; la luna cabalgaba en un cielo despejado; las palmeras se erguían muy altas contra el charol del cielo.

—De esto sacaremos un ganso vivo y un pedazo de tela —comentó mi madre.

No respondí.

La casa de Ahmose, como todas, era poco más que un recibidor sin techo, con unos peldaños en la parte trasera que conducían a los dormitorios. Al cruzar la puerta, descalzas, la madre y las hermanas de la mujer nos saludaron con ademán distraído; estaban contra la pared, sentadas sobre los talones, compartiendo una jarra de vino. Bromeando con ellas, mi madre me hizo subir los peldaños hacia el dormitorio de la pareja. La pequeña habitación de adobe era cómoda; tenía una alfombra tejida en el suelo y tapices en los muros. Una gran lámpara de piedra iluminaba el jergón en el que se acurrucaba Ahmose, con un ancho sayo de lino a su alrededor. Ya no parecía la joven alegre y sonriente que yo conocía. Tenía la frente cubierta por una pátina de sudor y los ojos desorbitados. Alargó una mano hacia mi madre, que dejó su saco en el suelo para acercarse.

—No tienes por qué asustarte, Ahmose —le dijo, tranquilizadora, estrechándole los dedos nerviosos—. Ahora acuéstate. Ven aquí, Thu.

Obedecí de mala gana. Mi madre me cogió la mano para ponerla contra el hinchado abdomen de Ahmose.

—Aquí está la cabeza del niño. ¿La palpas? Muy abajo. Así está bien. Y aquí está el culito. Todo está como debe ser. ¿Distingues la forma?

Asentí, a la vez fascinada y asustada por el tacto de aquella piel brillante y tensa, dilatada sobre la misteriosa colina interior. Al retirar la mano, vi que un lento estremecimiento recorría la abultada barriga. Ahmose encogió las rodillas, con un grito ahogado y un quejido.

—Aspira con fuerza —ordenó mi madre. Tras la contracción, preguntó a la muchacha cuánto tiempo hacía que se había puesto de parto.

—Desde el amanecer —fue la respuesta.

Mi madre abrió su saco y sacó un recipiente de terracota. Cuando quitó el tapón se esparció por la habitación el refrescante aroma de la menta. Con suave energía, puso a Ahmose de lado para aplicar un masaje con el contenido del recipiente en las firmes nalgas de la mujer.

—Esto acelerará el nacimiento —me dijo—. Ahora ponte en cuclillas, Ahmose. Trata de mantener la calma. Habla conmigo. ¿Qué sabes de tu hermana, la que vive aguas arriba? ¿Está bien?

Ahmose cambió de postura con gran esfuerzo, apoyando la espalda contra el muro de adobe. Respondió con voz entrecortada, haciendo pausas cuando la acosaban las contracciones. Mi madre la animaba, siempre alerta a cualquier señal de cambio. Y yo también la observaba: ojos enormes, asustados, venas abultadas en el cuello, cuerpo hinchado y en constante forcejeo.

«Esto también es parte del hechizo», pensé yo con una oleada de miedo, mientras la débil luz de la lámpara jugaba sobre la silueta del rincón, que temblaba y de vez en cuando lanzaba un grito. «Éste es otro cuarto de la prisión.» Con sólo ocho años, probablemente yo era demasiado joven para expresar con esas palabras la emoción que me invadía, pero recuerdo con toda claridad su sabor, el modo en que mi corazón palpitó por un momento. Aquél iba a ser mi destino en la vida: reconfortar a las mujeres aterrorizadas en sus míseras casuchas, en medio de la noche; frotarles las nalgas, introducir medicamentos en sus vaginas, tal como hacía mi madre.

—Esto es una mezcla de hinojo, incienso, ajo, sal y excremento de avispa —me indicó por encima del hombro—. Es un gran remedio para provocar el parto. Hay otros, pero menos eficaces. Ya te enseñaré a mezclarlos, Thu. Vamos, Ahmose, lo estás haciendo muy bien. Piensa en lo orgulloso que estará tu marido cuando vuelva a casa y te vea con su hijo recién nacido en brazos.

—Le odio —dijo Ahmose, rencorosa—. No quiero volver a verle.

Supuse que mi madre se horrorizaría, pero no se inmutó. Me temblaban las piernas. Me deslicé hasta el suelo tibio y me senté con las piernas cruzadas. Dos o tres veces se asomaron la madre de Ahmose o una de sus hermanas; tras echar un vistazo, intercambiaban algunas palabras con mi madre y volvían a salir. Perdí la noción del tiempo. Empezaba a parecerme que rondaba por aquella antesala del submundo desde siempre, con la dulce y simpática Ahmose convertida en un espíritu evanescente y la sombra de mi madre flotando en el aire sobre ella como un demonio malévolos. La voz de mi madre quebró la ilusión.

—¡Ven! —me ordenó.

Me levanté para correr hacia ella, de mala gana; me entregó una gruesa tela y me indicó que la sujetara debajo de Ahmose.

—Mira —dijo—. El bebé está coronando. ¡Empuja, Ahmose, ha llegado el momento!

Con un último gemido, Ahmose hizo lo que se le indicaba y el bebé se deslizó hasta mis manos renuentes. Estaba amarillo y rojo a causa de los fluidos corporales. De rodillas en el suelo, miré atontada cómo se agitaban los pequeños miembros. Mi madre le dio una breve palmada y el niño, tras un quejido sofocado, empezó a llorar. Ella lo entregó con sumo cuidado a Ahmose, que empezaba a sonreír débilmente y alargaba los brazos. En cuanto lo apoyó contra su pecho el bebé giró la cabeza, moviendo a ciegas la cabecita en busca de su alimento.

—No hay nada que temer —aseguró mi madre—. Ha gritado «ni-ni» en lugar de «na-na». Eso significa que vivirá. Y es varón, Ahmose, un varón perfectamente formado. ¡Te felicito!

Levantó un cuchillo y vi el cordón palpitante entre sus dedos manchados. No aguantaba más. Murmurando alguna palabra, salí de la habitación. Las

mujeres que estaban fuera se levantaron bruscamente al verme pasar.

—Es varón —logré decir. Y se precipitaron hacia los peldaños, entre chillidos de júbilo, mientras yo salía al aire fresco y claro de la madrugada.

Me apoyé contra el muro de la casa, aspirando con ansia el limpio aroma de las plantas, la arena polvorienta del camino y una vaga bocanada del río.

—¡Jamás! —susurré al cielo agrisado que cepillaban las palmeras—. ¡Jamás!

No sabía a qué me refería con aquella palabra dicha en un tono tan vehemente, pero guardaba una confusa relación con jaulas, con el destino y con las largas tradiciones de mi pueblo. Me pasé los dedos por el pecho plano y el vientre cóncavo bajo el sayo como si quisiera comprobar que la carne seguía siendo mía. Hundí los dedos de los pies en la capa de arena que llegaba desde el desierto. Bebí a grandes tragos el leve viento que presagiaba la lenta elevación de Ra. Detrás de mí se oían las voces de las mujeres en un parloteo entusiasmado e incomprensible, mezclado con las débiles protestas intermitentes del niño. Pronto salió mi madre, con el saco en la mano, y a las primeras luces de la mañana vi que me sonreía.

—Está preocupada por la venida de leche —comentó, mientras iniciábamos el regreso a casa—. A todas las madres les pasa. Le he dejado una botella con espina dorsal de pez espada para que la caliente en aceite y se la aplique en la columna. Pero no tiene por qué afligirse. Siempre ha sido una mujer sana. Y bien, Thu —dijo, radiante—, ¿qué piensas? ¿No es una experiencia estupenda el ayudar a que una vida nueva llegue al mundo? Cuando hayas asistido a más partos te permitiré que atiendas tú misma a mis mujeres. Y pronto sabrás combinar las medicinas que uso. Te sentirás tan orgullosa de tu trabajo como yo.

Contemplé la serena cinta del camino, cuya fila de árboles empezaba a definirse con celeridad, pues Ra se disponía a irrumpir en el horizonte.

—¿Por qué ha dicho que odiaba a su marido, mamá? —pregunté, vacilante—. Parecía una pareja feliz.

Mi madre se echó a reír.

—Todas las parturientas maldicen a sus esposos —dijo, despreocupada—. Ellos son la causa del dolor que las atenaza. Pero en cuanto cesa el dolor se

olvidan de los sufrimientos y reciben a sus hombres en el lecho con tanto apetito como antes.

«... que las atenaza», pensé con un estremecimiento. «Otras mujeres pueden olvidar el dolor, pero yo estoy segura de que no lo olvidaré jamás. Y también estoy segura de no ser una buena partera, aunque lo intente.»

—Quiero aprender a mezclar las medicinas —dije. Y no hizo falta que siguiera, pues mi madre se detuvo para abrazarme.

—Aprenderás, mi tesoro de ojos azules, aprenderás —dijo, triunfal.

Sólo mucho después comprendí hasta qué punto la experiencia de aquella noche serviría para centrar la desazón que me había invadido. En aquel momento sólo sabía que me repugnaba la pura animalidad del parto, que no envidiaba a Ahmose por la serie de cuidados constantes que le exigiría la llegada del hijo, que me acobardaban los profundos estremecimientos de dolor que acompañaban ese acontecimiento. Me sentía culpable, en cambio a mi madre parecía encantarle mi interés por el proceso, aunque ese interés no iba más allá de la fascinación que me inspiraban las pociones, los ungüentos y los elixires que ella mezclaba y destilaba como parte de su profesión. Claro que me sentí orgullosa cuando me hizo entrar en la pequeña habitación que mi padre había añadido a nuestra casa, donde pesaba sus hierbas y preparaba sus brebajes, pero el orgullo era parte de mi urgente necesidad de aprender, de adquirir conocimientos. Porque el conocimiento, como había dicho Pa-ari, era poder. Esa pequeña estancia olía siempre a óleos fragantes, a miel y a incienso, con el regusto amargo de las plantas maceradas.

Mi madre no sabía leer ni escribir. Trabajaba a ojo: una pizca de esto, una cucharada de aquello; así lo había aprendido de su madre. Yo me sentaba en un banquillo para observarla y escucharla, guardándolo todo en mi memoria. Continuaba atendiendo con ella los partos de la aldea; le llevaba el saco y pronto empecé a pasarle los remedios requeridos aun antes de que me los pidiera. Pero jamás dejé de sentir el desagrado que me inspiraba el proceso del parto; a diferencia de ella, el primer grito de un recién nacido no me conmovía. Muchas veces me he preguntado si existía alguna carencia grave en mi estructura, algún suave componente de feminidad que no hubiera arraigado en mí cuando estaba en el vientre de mi madre. Por esta razón luchaba contra mi defecto y hacía lo posible por complacer a mi madre.

Pronto noté que el oficio de mi madre no se limitaba a la tarea de partera.

Noté que llegaban mujeres con mucho sigilo a nuestra casa por otros motivos; algunas no dejaban de susurrar disimuladamente en los oídos comprensivos de mi madre. Ella no me revelaba de manera clara los secretos, pero se refería a ellos de forma general.

—El aborto se puede provocar triturando una mezcla de dátiles, cebollas y frutos de acanto, se remoja en miel y se aplica a la vulva —me dijo un día—, pero creo que conviene reforzar ese tratamiento con una poción de cerveza amarga, aceite de castor y sal, bebida a la vez que se aplica el ungüento. Si te piden que recetes eso, Thu, ten mucho cuidado. Muchas mujeres vienen a mí con ese fin sin el consentimiento de sus maridos. Como mi obligación es, en principio, cuidar a la esposa, hago lo posible por satisfacerlas, pero debes mantener siempre una reserva sobre esas solicitudes. Es mejor evitar la concepción que enfrentarse a ella cuando el daño ya está hecho.

Ante estos razonamientos agucé el oído.

—¿Cómo se puede evitar? —pregunté, tratando de no demostrar demasiado entusiasmo.

—No es fácil —replicó ella, sin captar la importancia de mi pregunta—. Generalmente, sugiero un jarabe espeso de miel y goma de *auyt* en el que se hayan remojado tallos de acacia. Primero se trituran los tallos de la acacia; al cabo de tres días se retiran y se introduce el jarabe en la vagina. —Me dirigió una mirada de soslayo—. Eso puede esperar —dijo, de repente—. Debes aprender antes a colaborar en el nacimiento de la vida antes de estudiar cómo evitarla. Dame el mortero. Luego irás a ver si tu padre ya ha vuelto del campo y quiere lavarse.

Creo que mi padre le exigió que se aplicara ella su propio consejo, pues poco después de esta conversación, una noche en que el calor de *Shemu* no me permitía dormir, oí una discusión entre ambos. Sus voces empezaron como un murmullo, pero se fueron elevando hasta convertirse en palabras llenas de enojo. Yo escuchaba, en cambio Pa-ari dormía.

—Tenemos un varón y una hembra —dijo mi padre con voz desabrida—. Con eso basta.

—Pero Pa-ari no quiere ser agricultor, sino escriba. ¿Quién sembrará el campo cuando tú estés demasiado débil? En cuanto a Thu, se casará y llevará el oficio que le estoy enseñando a la casa de su esposo. —Sentí el miedo que

crecía en ella, expresado de forma airada; su tono se iba haciendo cada vez más agudo—. ¡No tendremos a nadie que nos cuide en nuestra vejez! ¡Y me avergonzaría depender de la bondad de nuestros amigos! Te obedezco, esposo mío. No me quedaré embarazada. ¡Pero sufro por el vacío de mi vientre!

—Calla, mujer —ordenó mi padre, en ese tono que provocaba en todos nosotros una obediencia inmediata—. Mis tres *arouras* no me dan cosechas suficientes para alimentar más bocas. Somos pobres, pero vivimos con dignidad. Si llenas la casa de niños, aumentará nuestra pobreza y sacrificaremos la poca independencia de que podemos disfrutar. Además... — Bajó la voz y tuve que esforzarme para captar sus palabras—. ¿Qué te hace pensar que Asuat es tan apacible y segura como parece? Como todas las mujeres, no ves más allá del camino que lleva al río adonde llevas tu colada y sólo tienes oídos para los chismes de otras mujeres. Los hombres de esta aldea no son mucho mejores. Envían a los trabajadores nómadas y a los mercaderes ambulantes a tratar con sus esposas para que sean ellas las que compren o contraten y no escuchan sus relatos, porque son de las islas y sospechan de todo el que no haya nacido aquí. Pero yo conozco Egipto. No desdeño a los extranjeros que viajan de un lugar a otro. Sé que las tribus del este se están infiltrando poco a poco en el Delta, tratando de encontrar tierras para sus rebaños. Y en el Delta hay muchos disturbios. Quizá no lleguen a nada, pero el buen dios puede convocar a todos sus soldados para que abandonen sus tierras y defiendan su país. ¿Qué harías tú entonces para alimentar a los niños sin descuidar tu oficio de partera? Si me mataran, la tierra volvería a manos del faraón, pues Pa-ari, tal como dices, no parece seguir mis pasos. Reflexiona sobre mis palabras con la boca cerrada, pues estoy cansado y necesito dormir.

Oí que mi madre murmuraba algo más y que, resignada, dejaba escapar un suspiro. Luego se hizo el silencio.

Al apagarse la voz de mi padre me tendí de espaldas, con la vista perdida en el aplastante calor oscuro de la pequeña habitación, imaginando a los extranjeros que él había mencionado. Se infiltraban poco a poco en el fértil suelo del Delta, sitio que yo nunca había visto y que apenas conocía más que de oídas. Se desperdigaban hacia el sur, siguiendo el Nilo hacia mi aldea, como el légamo negro de la inundación. Esa vivida imagen me excitó. De pronto, Asuat se empequeñeció en mi mente; de ser el centro del mundo pasó a convertirse en un pequeño rincón provinciano, perdido en una inmensa

vastedad. Pero no me sentí amenazada ni en peligro. Me pregunté cómo serían esas personas siniestras, cómo eran el Delta y la sagrada Tebas, morada de Amón, dios de los dioses. Y cuando por fin me dormí estaba en un barco que flotaba por el Nilo hacia la fabulosa capital del norte.

CAPÍTULO 2

Como he dicho antes, tenía ocho años cuando tuve esa inspiración; si yo no podía ir a la escuela, que la escuela viniera a mí. Ocurrió durante la época en que empecé a trabajar con mi madre. Aunque tenía los días completamente ocupados en tareas domésticas obligatorias, la necesidad de aprender era un dolor constante, una especie de suave desesperación que me carcomía en mis pocos momentos de ocio. Mi plan era simple: Pa-ari me enseñaría. Entonces ya debía de saberlo todo, puesto que llevaba cinco años asistiendo a la escuela del templo.

Una tarde, a la hora de la siesta, cuando nuestra casa y la aldea entera dormían bajo el espantoso calor del Ra estival, arrastré mi jergón hacia el de Pa-ari y le miré a la cara. No dormía. Yacía de espaldas, con las manos detrás de la nuca, y sus ojos habían seguido mis movimientos en la penumbra. Al ver que me inclinaba hacia él, sonrió.

—No, no voy a contarte un cuento —dijo en voz alta—. Hace demasiado calor. ¿Por qué no duermes, Thu?

—No levantes la voz —le dije, apartándome—. Hoy no quiero cuentos. Necesito de ti un grandísimo favor, mi querido Pa-ari.

—Oh, dioses —gimió, incorporándose sobre un codo—. Cuando empleas ese tono adulator sé que buscas algo. ¿De qué se trata?

Seguía sonriéndome con indulgencia, él, mi hermano al que yo adoraba, el joven varón señorial que empezaba a hablar utilizando el tono seguro de mi padre, el que no toleraba discusiones. Yo no tenía secretos para él. Mi hermano sabía lo mucho que me disgustaba ayudar a mi madre en los partos, cuánto me fascinaban sus pociones, lo solitaria que me sentía cuando las otras niñas de la aldea me volvían la espalda, entre risitas y muecas burlonas, si trataba de jugar con ellas. Conocía también mi necesidad de ser hija de un perdido príncipe libu, debido a esa misma soledad. Yo no me daba aires de

grandeza con él; Pa-ari, a su vez, me trataba con una gentileza rara entre hermano y hermana. Le toqué el hombro desnudo.

—Quiero aprender a leer y a escribir —le dije. Las palabras me salieron a borbotones, en un sofocado torrente de ansiedad y azoramiento—. Enséñame, Pa-ari. No te llevará mucho tiempo, te lo prometo.

Pa-ari me miró desconcertado. Luego su sonrisa le ensanchó la cara.

—No seas tonta —me regañó—. Esos estudios no son para las mujeres. Son preciosos. Mi maestro dice que las palabras son sagradas y que el mundo, las leyes y toda la historia surgieron cuando los dioses pronunciaron las palabras divinas, y parte de esa fuerza permanece encerrada en los jeroglíficos. ¿De qué serviría ese poder a una aprendiz de partera?

Casi me era posible saborear lo que estaba diciendo y sentí la excitación de ese dominio.

—¿Y si yo no acabara siendo partera? —dije con impaciencia—. Imagínate que, un día, un rico mercader pasa con su barco dorado y sus sirvientes pierden un remo. Entonces se ven obligados a pasar la noche aquí, en Asuat. Y que yo me encuentro en la ribera, lavando la ropa o quizá nadando. Al verme, el mercader se enamora de mí y se casa conmigo. Más adelante, su escriba enferma y no hay nadie que anote su dictado. «Mi querida Thu», podría decirme, «coge la paleta del escriba». Y yo quedo muda de vergüenza, pues soy sólo una pobre muchacha aldeana, sin conocimientos, y veo el desprecio reflejado en su rostro.

Me había dejado arrebatar por mi propia fantasía. Me sentía avergonzada, veía la piedad de mi esposo desconocido. Pero de pronto se me secó la garganta al darme cuenta de que parte del relato era verdad. Yo era, sin duda, una pobre niña aldeana sin conocimientos. Comprenderlo fue como si creciera una piedra de gran tamaño en mi corazón.

—Perdona, Pa-ari —susurré—. Enséñame, te lo ruego. Más que nada en el mundo, quiero comprender las cosas que tú sabes. Aunque sólo sea una partera de aldea, tus trabajos no se perderán. Te lo suplico.

Un profundo silencio reinaba entre nosotros. Yo me miraba las manos, curvadas en el regazo, y noté que Pa-ari me observaba. Casi podía oír sus pensamientos, dada la inmovilidad de su cuerpo.

—Todavía soy sólo un escolar de nueve años —dijo al cabo de un rato, en voz baja y sin moverse—. Soy sólo el hijo de un soldado campesino. Pero también soy el mejor alumno de la clase y, si quiero, cuando cumpla dieciséis años podré trabajar con los sacerdotes de Uepuauet. Algún día, si quiero, la palabra escrita me asegurará un puesto. Pero ¿qué hará la palabra escrita por ti? —Alargó los dedos en la oscuridad de la alcoba para cogerme la mano—. Ya estás bastante insatisfecha, Thu. Con esos conocimientos sólo conseguirás sufrir todavía más.

Le así los dedos para sacudírselos.

—¡Quiero leer! ¡Quiero saber cosas! Quiero ser como tú, Pa-ari, no una mujer indefensa, sin alternativa, condenada a pasar el resto de mi vida en Asuat. ¡Dame el poder!

Indefensa..., condenada... Eran palabras de persona adulta, que surgían de alguna parte de mi ser. Esa parte ignoraba que yo tenía sólo ocho años, que era una niña todavía no formada y desgarbada, a la que todavía inspiraban enorme respeto los gigantes que gobernaban su mundo. Los ojos se me llenaron de lágrimas de frustración. Había levantado la voz. Esa vez fue Pa-ari quien me advirtió que callara, llevándose con rapidez un dedo a los labios.

Luego levantó la mano libre en un gesto que significaba sumisión.

—¡De acuerdo! —siseó—. De acuerdo. Que los dioses me perdonen esta tontería. Te enseñaré.

Me retorcí de alegría, olvidando mi angustia anterior.

—¡Oh, gracias, hermano! —dije con fervor—. ¿Podemos empezar ahora mismo?

—¿Aquí, a oscuras? —suspiró—. Francamente, Thu, eres más que pesada. Empezaremos mañana y en secreto. Mientras nuestros padres duerman, nosotros bajaremos al río y nos sentaremos a la sombra. Allí te dibujaré los caracteres en la arena. Más tarde podrás ver mis tejuelas. Pero si no te concentras, Thu —me advirtió—, no me tomaré mucho trabajo contigo. Ahora duérmete.

Feliz y obediente retiré mi jergón y me dejé caer en él. Ahora me sentía cansada, como si hubiera caminado un largo trecho, y sentí un gran placer al cerrar los ojos y rendirme a un sueño reparador. La respiración de Pa-ari se

había hecho más profunda. Lo amaba como nunca.

Toda la mañana siguiente la pasé orando sin pausa ni coherencia, pidiendo que a ningún bebé se le ocurriera nacer aquella tarde; que no fuera preciso esperar para hacer el pan de nuestra cena en uno de los hornos comunitarios, retrasándome así en las otras tareas; que Pa-ari tuviera un buen día en la escuela a fin de que no se sintiera demasiado gruñón ni cansado después de la torta de cebada y la cerveza. Pero todo fue bien ese día portentoso del mes de *Epophi*. Pa-ari y yo nos fuimos tranquilamente a nuestra habitación y esperamos, tensos, a que nuestros padres sucumbieran al bochorno de la hora. Pareció pasar mucho tiempo antes de que cesaran sus comentarios intermitentes. Por fin, Pa-ari me indicó por señas que me levantara, mientras recogía con mucho cuidado el talego que contenía sus preciados fragmentos de arcilla, para que no tintinearan. Juntos salimos con sigilo de la casa al calor blanco y deslumbrante que nos castigaba desde la desierta calle de la aldea.

Nada se movía. Incluso los tres perros del desierto, del color amarillento de la arena que los había engendrado, permanecían despatarrados e inmóviles a la sombra rala de una acacia, olvidada la interminable búsqueda de alimento. Los portales de las toscas viviendas estaban sumidos en la penumbra y vacíos. Ningún pájaro cantaba ni se movía en la alicaída maleza del río; nuestros pies descalzos corrieron hacia el agua sin hacer ruido. Era como si todas las cosas vivas, salvo nosotros dos, hubieran sido arrebatadas del mundo, como si la aldea fuera a permanecer deshabitada para siempre bajo la cegadora mirada de Ra.

El río todavía no iba crecido. Corría a nuestro lado con turgente majestad, pardo y denso, con los ribazos amarilleando. Anduvimos con cautela hasta un sitio que no fuera visible desde la aldea ni desde el sendero que pasaba entre el agua y las casas. En el sitio donde nos detuvimos no había hierba: sólo un hueco en la arena suelta, bajo un sicomoro. Pa-ari se acomodó en el suelo y yo hice lo mismo, con el corazón acelerado debido al entusiasmo. Nuestras miradas se encontraron.

—¿Estás segura? —preguntó.

Asentí con la cabeza y tragué saliva, incapaz de responder en voz alta. Bajó la cabeza para soltar el cordel que cerraba su talego y amontonó su contenido en su regazo.

—Primero tienes que aprender los jeroglíficos de los dioses —me dijo con

toda solemnidad—. Presta atención porque es cuestión de respeto. Éste es el tótem de la diosa Ma'at, la que reparte la justicia; su pluma representa la verdad y el debido equilibrio de la ley, el orden y la corrección en el universo. No debes confundir su pluma con las dobles plumas de Amón, el que reside en el gran esplendor y poder de la sagrada Tebas. —Me entregó una rama—. Ahora dibújalo tú misma.

Yo lo hice, cautivada, y algo dentro de mí susurró: «Ya lo tienes, Thu. Aquí está a tu alcance. Asuat ya no es tu mundo».

Aprendí rápidamente, recogiendo la información como si mi alma hubiera sido la tierra reseca y resquebrajada del mismo Egipto y los jeroglíficos de Pa-ari, el vivificador diluvio de la Inundación. Ese día aprendí veinte nombres de dioses. Seguía representándolos mentalmente mientras cumplía con las tareas del anochecer, susurrándolos para mis adentros junto a las lentejas y los higos secos que ayudaba a preparar para la cena. Por fin, mi madre dijo con tono agrio:

—Si me hablas a mí, Thu, no te oigo. Y si estás rezando tus oraciones, sería mejor esperar a que tu padre encendiera la vela ante el altar. Pareces cansada, niña. ¿Te encuentras bien?

Me encontraba bien, sí. Comí deprisa y con ello me gané otra reprimenda de mi padre, pues lo único que me apetecía era tenderme en mi jergón cuanto antes para dormir; de ese modo, la tarde siguiente llegaría pronto. Aquella noche soñé con los jeroglíficos, que pasaban ante mis ojos dorados y centelleantes; yo los convocaba y los despedía como si fueran sirvientes.

No perdí ese entusiasmo. Día tras día, mientras *Epophi* cedía el paso a *Mesore* y luego al Año Nuevo, y crecía el caudal del agua, fui comprendiendo que no enfermaría, que los dioses no me castigarían por mi atrevimiento, que Pa-ari no me abandonaría. Entonces dejé de aprender con aquel frenesí con que empecé las lecciones. Mi hermano era un maestro paciente. La maraña de bellos signos apretados en sus trozos de alfarería empezaron a cobrar sentido. Pronto pude recitar con él las antiguas máximas y los proverbios con que estaban compuestas. «Todo hombre lleva la ruina en su lengua.» «Aprende tanto del ignorante como del sabio, pues no hay límites decretados para el arte. No hay artista que alcance la excelencia total.» «No malgastes un solo día en el ocio o serás azotado.»

Escribirlas era otra cosa. No tenía pintura ni tejuelas. El maestro de Pa-ari

repartía esos objetos en la escuela del templo y, después de clase, recogía los que no se habían utilizado; mi hermano se negaba a robar los elementos necesarios para mí.

—Si me descubrieran, caería en desgracia y sería expulsado —objetó cuando le sugerí que se guardara algunos trozos de arcilla en la talega—. No puedo hacerlo, ni siquiera por ti. ¿Por qué no usas un palito y un poco de arena mojada?

Yo lo hacía así, por supuesto, pero sin destreza. Tampoco podía dibujar los caracteres con la mano derecha. Usaba la izquierda para todo, incluso para sujetar el palito; cuando traté de usar la otra mano, Pa-ari observó los resultados y renunció a sus intentos de hacerme cambiar. Yo escribía con dificultad y torpeza, pero perseveraba, cubriendo de jeroglíficos los ribazos del Nilo, practicando con el dedo en los muros y en el suelo e incluso dibujando en el aire, al anochecer, tendida en mi jergón. Lo demás no importaba, mi madre se extrañaba de mi nueva docilidad, mi padre se burlaba de forma cariñosa de mis frecuentes ensoñaciones, pero en realidad, me había convertido en una criatura obediente y silenciosa; ya no me sentía inquieta ni insatisfecha, las realidades de mi vida exterior estaban por completo subordinadas a mi existencia interior.

Ya no me importaba que las niñas de la aldea me rechazaran. Me sentía superior a ellas, abrazada a mis valiosos conocimientos como si fueran un talismán mágico, capaz de protegerme de todas las amenazas. Las pequeñas ceremonias que componían nuestra vida cotidiana (casamientos y muertes, días de fiesta religiosa y días de ayuno, nacimientos, enfermedades y escándalos) ya no eran manifestaciones de mi prisión. Cuando acompañaba a mi madre en sus visitas a las amigas, donde bebía vino de palma y escuchaba la cháchara de las mujeres, ya no me sentía atrapada. Me bastaba retroceder un poco en mi mente sin dejar de sonreír y hacer gestos de asentimiento, mientras deletreaba en silencio los nombres de las hierbas que esa mañana había macerado para el ungüento de mi madre. Yo observaba su rostro animado, negro como una mora, mientras ella contaba alguna anécdota; veía cómo se le iba y se le venía su ancha sonrisa, cómo arrugaba las líneas que le rodeaban los ojos. Y pensaba; «Yo sé más que tú. No hace falta que me mandes decir al recolector de hierbas el nombre de la planta que necesitas. Si quisiera, podría escribir el nombre, el número de hojas y el precio que quiero pagar; luego, podría ir a remojar los pies en el Nilo mientras esperara la

respuesta».

Era arrogante, sí, pero no con la fría arrogancia que da el despecho o la falsa presunción. No me sentía superior a la familia que amaba ni a las mujeres que pasaban por nuestra casa, con sus bromas y sus problemas, su valor y su callado estoicismo. Era diferente, nada más. Siempre me había sentido diferente, igual que Pa-ari, y tener conciencia de mi diferencia hacía que me vanagloriara en secreto de aquello que disimulaba mi inseguridad.

Pasó el tiempo. Cuando yo tenía doce años y Pa-ari trece, él pasó de la terracota y la pintura al papiro y la tinta; ese día mi padre le regaló un faldellín de níveo lienzo de sexto grado, que había hecho traer de Tebas, donde estaban los tejedores de lino. Era tan fino que se adhería a mis dedos asombrados.

—Puedes usarlo para ir a la escuela —le dijo nuestro padre, con un deje de tristeza, según me pareció—. Las cosas hermosas deben ser usadas, no guardadas para ocasiones especiales. Pero aprende a limpiarlo bien, Pa-ari, y te durará mucho tiempo.

Mi hermano lo abrazó; luego dio un paso atrás, azorado.

—Perdóname por amar más las palabras que la tierra —dijo.

Vi que tenía los puños apretados a la espalda. Padre se encogió de hombros.

—No hay nada que perdonar —replicó con dulzura—. La sangre tira, hijo, como solemos decir. Tu abuela era escriba y narraba cuentos. Si el buen dios me convoca de nuevo a la guerra, traeré a un esclavo para que labre la tierra.

—¿A quién contaba esos cuentos? —interrumpí, entusiasmada por esa inesperada revelación. Pero podría haberme ahorrado el aliento, pues mi padre esbozó su lenta y enigmática sonrisa y me revolvió el pelo.

—Oh, a los miembros de su familia, por supuesto —respondió—, pero no creo que necesitemos más cuentos, Thu. Para una mujer es más útil saber de partos y de curaciones que de entretener a la gente.

Yo no estaba de acuerdo, pero no me atreví a contradecirle. Me llevé el faldellín de Pa-ari a la cara, maravillada por la firmeza del tejido.

—Es digno de un príncipe —susurré.

Mi madre me oyó.

—Desde luego —reconoció, complacida—. Pero debes saber, Thu, que hay cinco grados por encima de éste; el lienzo que se emplea en la casa del rey es tan ligero que deja ver el contorno de los miembros al través.

Mi madre lanzó un bufido. Mi padre la besó, riendo, y Pa-ari se retiró con el regalo para envolverse con él.

Más tarde, después de nadar y comer abundantemente, nos alejamos de la casa para ver el descenso de Ra sobre el desierto. Entonces él desenrolló su primera lección escrita en papiro y la extendió en la arena para que yo la viera.

—Es una oración a Uepuauet —me dijo orgulloso—. Creo que la he copiado muy bien. El estilo del escriba es mucho más fácil de usar que esos gruesos pinceles. Mi maestro me ha prometido que pronto me permitirá sentarme a sus pies, fuera del aula, para escribir lo que me dicte. ¡Va a pagarme! ¡Imagínate!

—¡Oh, Pa-ari! —exclamé, deslizando los dedos por la suave y seca superficie del papiro—. ¡Qué maravilla! —Las letras, graciosas y simétricas, eran negras como la noche, pero la luz del sol poniente que inundaba el desierto teñía el papiro con el color de la sangre. Enrollé con sumo cuidado su obra para devolvérsela—. Serás un gran escriba —le dije—, honrado y sagaz. Uepuauet tendrá en ti una joya de sirviente.

Pa-ari me devolvió la sonrisa; luego, levantó el rostro a la cálida brisa que se había levantado.

—Quizá pueda conseguir un poco de papiro para ti —dijo—. Cuando empiece a trabajar para mi maestro me dará la cantidad suficiente para que cumpla con mis tareas. Si escribo con letra muy pequeña, de vez en cuando me sobrará una hoja. Si no, tal vez pueda comprarte un poco. También podrías comprarlo tú misma. —Recogió un puñado de arena para dejarla caer sobre sus pantorrillas desnudas—. ¿No te da madre parte de lo que le pagan, ahora que eres tan eficiente en tu trabajo?

Su pregunta era inocente por completo; sin embargo, en seguida nació en mí una desesperación ya familiar, pero tan inesperada que me puse a temblar; con ella vino una súbita conciencia sensual de cuanto me rodeaba. El esplendor de Ra, con su glorioso rojo anaranjado contra las colinas de arena

infinita; el viento seco y cálido que me apartaba el pelo de la cara, arrojando contra mi sayo algunos granos de arena de los que arrojaban los dedos ociosos de Pa-ari; la tranquila respiración de mi hermano, el imperceptible movimiento de su pecho... Todo eso se combinó con un pánico que me impulsaba a levantarme y echar a correr, a huir por el desierto, a huir hacia los brazos codiciosos y ardientes de Ra, para perecer en él.

—¡Dioses! —barboté.

Pa-ari me miró con aspereza.

—¿Qué pasa, Thu?

No pude responder. El corazón me palpitaba tan fuerte que llegó a dolerme; mis manos se contraían, medio sepultadas en la arena. Luché desesperadamente para recobrar la compostura; cuando la emoción empezó a ceder apoyé la frente contra las rodillas.

—Tengo doce años —dije, con la voz sofocada contra la piel caliente—. Casi trece, Pa-ari. ¿En qué estúpido sueño he estado vagando? Hace varios meses me convertí en mujer; nuestra madre y yo fuimos al templo para ofrecer el sacrificio. Y yo estaba tan orgullosa... Ella también. «Dentro de poco tendrás tus propios hijos», me dijo. Y yo no le di importancia. —Levanté la cabeza para mirarle a los ojos—. ¿De qué me ha servido aprender todo esto? Estaba tan maravillada con el gozo del conocimiento... «Las puertas de la prisión se abren», me decía. Pero nunca me detuve a pensar en lo que habría más allá. —Reí con risa forzada—. Los dos sabemos qué hay más allá, ¿verdad, Pa-ari? Otra prisión. Pagos, sí. Nuestra madre me recompensa con frecuencia. Preparo las medicinas, mantengo su bolsa llena y en orden, tranquilizo a las mujeres, lavo a los bebés, ato el cordón umbilical y, mientras tanto, estudio contigo y aprendo muchísimo. —Le así un brazo—. Algún día vendrá a nuestra puerta algún mozo de la aldea, con regalos en las manos, y nuestro padre me dirá: «Fulano de Tal te pide en matrimonio, tiene tantas *arouras* o tantas ovejas, sería un buen enlace». Y yo ¿qué puedo decir?

Pa-ari se libró de mi mano.

—No comprendo qué te ocurre —protestó—. Me asustas, Thu. Cuando llegue el momento, puedes decir que no, si no lo quieres.

—¿Puedo? —susurré—. Digo que no. Pasa el tiempo y entonces aparece otro hombre, quizá no tan joven como el primero, y vuelvo a decir que no.

¿Cuántas veces puedo decir que no antes de que los hombres dejen de venir a nuestra puerta? Entonces me convertiré en esa clase de mujeres que merece las burlas de las otras. La solterona marchita que es una carga para su familia y una desgracia para sí misma.

—En ese caso, di que sí en algún momento y resígnate —sugirió Pa-ari—. Siempre has sabido que tu destino era ser la partera de la aldea y, con un poco de suerte, casarte y disfrutar de los frutos de tu trabajo con un buen esposo.

—Sí, ¿verdad? Siempre lo he sabido, pero en cierto modo lo desconocía por completo. No tiene sentido para ti, querido, ¿verdad? No lo sabía hasta ahora, hasta este momento pasado en la arena contigo. ¡No puedo soportarlo!

Pa-ari seguía mirándome.

—¿Y qué quieres, Thu? —preguntó muy tranquilo—. ¿Para qué otra cosa sirves? Es demasiado tarde para ingresar en el templo con las cantantes o las bailarinas de Uepuauet. Tendrías que haber empezado a los seis años. Además, las niñas que bailan lo hacen porque ya lo hacían sus madres. Esta compasión que sientes de ti misma no te favorece. En la aldea se vive bien.

Me pasé una mano nerviosa por el pelo, suspirando. El terrible peso de la desesperación empezaba a desprenderse de mí.

—Es cierto —reconocí—, pero no quiero pasar el resto de mi vida aquí. Quiero conocer Tebas, usar lienzo fino; quiero un esposo que no llegue a casa cubierto de polvo y sudor, al terminar el día, para comer lentejas y pescado. ¡No es cuestión de riquezas! —exclamé apasionadamente al ver su expresión—. No sé con certeza qué es, pero si no huyo de aquí voy a morirme.

Una diminuta sonrisa asomó a su rostro. Me di cuenta de que, por una vez, no me comprendía; no podía compartir la tormenta de aprensiones que me arrebatava porque sus ambiciones eran pequeñas, reconfortantes y realistas. Se adecuaban a su temperamento tranquilo. Pa-ari no era dado a sueños fantasiosos.

—Creo que exageras —me reprochó con amabilidad—. Para matarte, Thu, hace falta mucho más que el desencanto de la vida en esta aldea. Eres una joven obstinada. —Se levantó y alargó una mano para ayudarme—. Ra ha descendido a la boca de Nut —comentó—; tenemos que volver a casa antes de que sea noche cerrada. ¿Tienes algún plan que te salve del sofocante

vientre de Asuat?

Su tono era jocosos, de modo que no quise seguir discutiendo el tema con él.

—No, no tengo ninguno —respondí con desencanto.

Y me adelanté a él entre los sembrados, siguiendo el camino que conducía a la vespertina quietud de la aldea.

Pero mi grito desesperado en el desierto, sincero y genuino, no pasó inadvertido a las potencias invisibles que gobiernan nuestro destino. A veces, un momento de angustia puede elevarse con gran fuerza hasta el reino de los dioses, que interrumpen sus portentosas deliberaciones para volverse hacia la causa de la perturbación. «Conque es Thu», dicen. «¿Por qué sufre esa niña? Ésta no es una protesta vulgar. ¿No es feliz con el destino que le ha sido asignado? Pues tejamos otro para ella. Despleguemos ante sus ojos otro posible futuro, para que pueda elegir si así lo desea.» De este modo, sin que nadie lo sepa, la rueda lenta del destino invierte su giro y empieza a rechinar por otro sendero. Y sólo cuando los años quedan atrás caemos en la cuenta de que hemos elegido dejarnos llevar por un rumbo distinto.

Por supuesto, en ese momento no razoné así. Sólo más tarde supe ver y sentir el misterioso cambio que mi desesperado estallido había puesto en movimiento. Reanudé mis estudios con Pa-ari. ¿Qué otra cosa podía hacer? Con sentido o sin él, eran mi droga, el bálsamo con el que trataba de aliviar mi indignación. Sin embargo, creo que a partir de entonces mi antiguo destino empezó a desvanecerse y, como la planta tierna que se ve ahogada por la fuerza de una hierba alta, más poderosa y vivaz, esa nueva fuerza empezó a adquirir forma.

Pasaron tres meses. Una tarde abrasadora escuché una noticia que me intrigó. Mi madre y su amiga más íntima estaban sentadas ante nuestra casa, a la sombra de la pared. Tenían a un lado la jarra de cerveza y un cuenco de agua, en el que mojaban pedazos de lienzo para refrescarse. Yo me había tendido sobre un manto de lino a poca distancia de mi madre, con la cabeza apoyada sobre un codo, y las observaba, mientras ellas estrujaban el lienzo sobre los muslos cobrizos, con los sayos recogidos hasta las caderas y los brazos centelleantes por el brillo del agua. Más allá, al otro lado de la recocida amplitud de la plaza, la maleza polvorienta del río se doblaba hacia el suelo, sin una brisa que la agitara. No llegaba a ver el río. Me hallaba

sumida en un lánguido estupor, que no llegaba a desagradarme, provocado por el calor y por el desacostumbrado momento de ocio.

Había cumplido trece años y mi cuerpo empezaba a adquirir las primeras curvas de la futura plenitud. Yo contemplaba esos cambios, consciente del pequeño valle húmedo de sudor entre los pechos y de la modesta colina de la cadera contra la que descansaba mi otra mano. Las voces de las mujeres alternaban en una placentera letanía de chismes que despertaba poco interés en mí. De vez en cuando, mi madre me pasaba el lienzo empapado para que me lo aplicara a la cara, pero ninguna de las dos hablaba directamente conmigo. Yo lo prefería así. Mientras bebía cerveza, mis pensamientos iban de los deleites de mi cuerpo a Pa-ari, que se había quedado en la escuela para escribir un dictado particular de su maestro, y a mi padre, que estaba en una reunión con los ancianos de la aldea. Ya se había recogido la cosecha y la tierra yacía agostada por el fuego del verano. Esos meses mi padre solía aburrirse. Aún no lo habían convocado para que se ganara el pan y las cebollas trabajando en las construcciones del faraón, como a tantos otros, pero llegaban desde fuera rumores de que Egipto era todavía demasiado pobre para erigir grandes monumentos.

Mi madre y su amiga conversaban sobre la terrible hambruna que había caído sobre nosotros en tiempos de Irsu, el usurpador sirio, antes de que el buen dios Setnajt y su hijo Ramsés, nuestra presente encarnación y tercero de ese ilustre nombre, empezara a imponer de nuevo en el país el verdadero Ma'at. En verano, el tema de la hambruna se abordaba con frecuencia; se hablaba de ella con preocupación, antes de que las mujeres de la aldea pasaran a comentar cosas más alegres.

—Como ya sabes, hubo una predicción en tal sentido —decía la amiga de mi madre—. El oráculo de Tebas se lo advirtió al sacerdote de Osiris y a su maligno virrey extranjero antes de que sucediera. Pero supongo que había tal desorden en el país que nadie le prestó atención. Nadie se preocupa por la hambruna si teme que lo asesinen en su lecho.

Mi madre dejó escapar un gruñido para no comprometerse y se apoyó contra el muro, secándose el cuello y el considerable surco que le bajaba entre los pechos. Vi que cerraba los ojos. Le disgustaban las murmuraciones. Prefería analizar los pequeños fallos y los inofensivos secretos de sus vecinos.

—Dicen que viene un oráculo a Asuat —prosiguió la otra—, un vidente

muy famoso al que consulta el mismo faraón. Quiere entrar en comunión con nuestro propio oráculo. Me refiero, por supuesto, al señor Uepuauet, aquí en nuestro templo.

—¿Sobre qué? —murmuró mi madre, con un suspiro, sin abrir los ojos.

—Bueno, parece que el gran Horus está construyendo una flota de barcos para comerciar con Punt, el mar Rojo y hasta el océano Índico. Como Uepuauet es el dios de la guerra, el rey necesita saber si puede enviarlos sin peligro. —Se volvió hacia mi madre y añadió en tono conspirador—: Después de todo, Ramsés ha tenido que ir a la guerra tres veces en los últimos doce años. No puede permitir que sus barcos sean asaltados cuando vuelvan cargados de esos tesoros que tanto necesita.

Mi madre abrió los ojos.

—¿Y cómo sabes tú lo que necesita nuestra divina encarnación? —preguntó con aspereza—. Eso no es asunto nuestro. Acábate la cerveza, impertinente, y cuéntame cómo les va a tus hijos en la escuela.

La amiga no se dejó acobardar. Era la compañera favorita de mi madre justamente porque no se amilanaba. Mientras tomaba aliento para reanudar el ataque, yo la interrumpí.

—Ese vidente —dije—, ¿cuándo vendrá? ¿Cuánto tiempo pasará aquí? Además de consultar con el oráculo de Uepuauet, ¿hará adivinaciones para los aldeanos? —me había invadido una extraña excitación; mi letargo había desaparecido.

La mujer me sonrió con un súbito destello de dientes blancos en el bronce de su cara.

—No sé —admitió—, pero mi esposo dice que vendrá antes de que acabe la semana. Los sacerdotes han estado limpiando y orando como si fuera a venir el mismo faraón. Pregunta a Pa-ari. Él podrá decirte más cosas.

—Que no se te ocurran ideas tontas, Thu —me advirtió mi madre con desenvoltura—. Aunque ese hombre acceda a hacer adivinaciones a la gente de esta aldea, su precio será alto. Y a ti, mi corderita quejumbrosa, no se te tendrá en cuenta. —Para suavizar sus palabras se giró, me sirvió más cerveza y me indicó que bebiera—. ¡Será difícil que acepte tus servicios como aprendiz de partera!

Le hice una mueca y encogí los hombros en silencioso acuerdo. Luego bebí, pero mis pensamientos se habían alborotado. ¿Qué podía ofrecer a un hombre como ése para inducirlo a que escarbara en mi futuro y me dijera, de una vez por todas, si yo abandonaría aquel lugar? Las mujeres se reían de mí con aire de conmiseración. Luego volvieron a su charla. La amiga de mi madre dijo con astucia:

—Me han dicho que cierto hombre vino a verte una noche, ya tarde, para pedirte un puñado de colocasia. Oh, ya sé que nunca cuentas nada, querida, pero las sugerencias son deliciosas.

No me interesaba el hombre en cuestión ni su deseo de curar su esterilidad. Ya no escuchaba el diálogo, cada vez más tedioso. Me tendí de espaldas, con las manos detrás de la nuca, para contemplar el duro azul del cielo. Tendría que confirmar aquella información a través de Pa-ari para asegurarme de que todo ello era cierto y que no se había distorsionado la noticia al pasar de boca en boca. Y si era cierto, ¿qué pago podía ofrecer yo a un poderoso vidente? ¿Qué aceptaría? Yo no tenía nada de valor: tres sayos, una simple peineta de hueso para sujetar atrás mi cabellera, un collar de cuentas de arcilla pintadas de amarillo y una bonita caja de cedro; mi padre me la había traído de Tebas y en ella guardaba algunas cosas preciosas: plumas y piedras de formas extrañas que me habían llamado la atención, flores secas y la camisa de una serpiente, encogida pero todavía hermosa, que había encontrado junto a una piedra del desierto. Estaba segura de que nada de eso serviría. Me pregunté en mis fantasías qué podía robar, pero la idea no era seria ni sensata. Incluso el arconte, que entre nosotros pasaba por ser un hombre rico porque tenía un esclavo, diez *arouras* de tierra y tres hijas altaneras y jactanciosas con sus túnicas coloreadas y sus bonitas cintas, era pobre comparado con los nobles y aristócratas, que amontonarían objetos de oro y plata a los pies de un hombre como él. Suspiré. ¿Qué podía hacer?

Las sombras se hacían más pequeñas. Ra había hecho parte de su carrera por el cielo y sus dedos calientes empezaban a acariciarme los pies; su contacto era a la vez agradable y abrasador. Me incorporé y encogí las rodillas. Al hacerlo se me ocurrió una idea audaz, tan escandalosa que me dejó sin aliento. Debí de lanzar alguna exclamación, pues mi madre me dirigió una mirada. Me levanté y le dije, sin mirarla a los ojos:

—Iré por el sendero del río al encuentro de Pa-ari.

Como no protestó, eché a andar con paso decidido entre el polvo cegador de la plaza.

Una vez bajo la sombra escasa de los árboles, aminoré el paso. A esa hora sofocante del mediodía no me crucé con nadie; por lo menos, no veía nada. ¿Qué podía ofrecer? Mi persona, por supuesto. Mi virginidad. De todos modos, no tenía valor alguno para mí. No la reservaba para ningún patán de aldea, para un esposo indigno, como las otras niñas. Las había oído susurrar mil veces; conocía sus miradas picaronas cuando pasaba uno de los hombres, con la piel bronceada reluciente de luz sobre los músculos que el trabajo del campo mantenía firmes. Yo había puesto los ojos en otra cosa. Veía a aquellos atractivos mozos con veinte o treinta años más, representados por sus padres: los ahora fuertes músculos anudados, las espaldas dobladas, las manos sarmentosas y gruesas, las caras surcadas por el sol implacable y el duro trabajo. Sólo mi padre, entre todos los hombres de la aldea, parecía cuidar de su cuerpo; practicaba con el arco y nadaba regularmente en el río, para mantener la espalda recta y los músculos estirados. E incluso en él empezaban a notarse los rigores de los años.

No, eso no era para mí. Entregaría mi cuerpo a cambio de un vistazo en el futuro sin lamentar en absoluto la pérdida. Sabía que a los hombres les gustaban las jovencitas. Les había oído hablar, conocía sus risas libidinosas en los días festivos, cuando vaciaban las jarras de cerveza. No me faltaban atractivos: pechos incipientes, piernas largas y caderas estrechas; sin duda, lo asombroso de mis ojos azules impresionaría a aquel hombre, que debía de estar habituado a ver cosas igualmente exóticas en Tebas y en el Delta, pero sin duda no esperaba encontrarlas aquí. Mi madre, si se enteraba, se moriría de vergüenza. Mi padre me castigaría. Me convertiría en la desgracia de la aldea. Mi corazón se puso a palpar con fuerza.

Había llegado a los terrenos del templo. La morada sagrada de Uepuauet se erguía bajo la luz cegadora del sol, elegante y blanca; encontré un parche de sombra junto al sendero y me senté en el suelo, con los ojos clavados en el edificio con la mezcla de encanto y respeto que siempre me había inspirado. Me habría gustado colocarme sobre el borde del canal para hundir los pies en el agua, pero el sol calentaba demasiado; además, el agua estaba en su nivel más bajo. No llegaba sonido alguno a través de sus muros; tampoco de la triste maleza que me rodeaba. Esperé.

Largo rato después, vi aparecer a Pa-ari bajo el pilón que daba al patio exterior; rodeó el extremo del canal para ir hacia mí. Como de costumbre, sólo vestía su faldellín blanco. Iba descalzo. En su talega ya no llevaba tejuelas, pues ahora usaba una paleta de escriba, con frascos de tinta roja y negra y pinceles de varios tamaños; todo eso pertenecía al templo y debía quedar allí. Mi hermano, de piel uniformemente tostada, como el color de la tierra o del desierto al anochecer, era alto y apuesto. Andaba muy erguido, con orgullo, la cabeza alta y un brillo de luz y calor en el denso pelo negro. «Es uno de ellos mi Pa-ari», pensé, con desagradable sorpresa, «uno de los mozos aldeanos que hacen reír como tontas a las niñas. Es uno de ellos, pero ¡oh, dioses, que no se marchite, que se mantenga erguido y lleno de savia, pase lo que pase!». Me puse de pie para salir al sendero; por un momento, me invadió una inexplicable timidez. Al verme, su rostro solemne se quebró en una sonrisa.

—Debes de estar muy aburrida, Thu, si no encuentras nada mejor que acurrucarte bajo un árbol —dijo, mientras yo acompasaba mi paso al suyo—. ¿Sucede algo en casa?

Sacudí la cabeza y le cogí del brazo.

—No, pero he oído decir que un gran vidente viene a Asuat. ¿Es cierto?

—Oh, sí, es cierto —dijo, sorprendido—. El gran Profeta lo supo ayer, cuando llegó el mensaje de Tebas. En las aldeas pequeñas las noticias corren que vuelan. —Su tono era más bien irónico. Me echó una ojeada y luego volvió los ojos hacia las palmeras que se elevaban por encima de nosotros, separando el camino de los vastos campos vacíos—. Déjame adivinar —prosiguió—: mi querida Thu está deseosa de conocer a ese hombre. Como siempre, desea conocer su futuro de pe a pa, como un niño en su primer día de escuela.

Di un puntapié al polvo, que formó una nubecita sobre mis dedos descalzos. Me halagaba y fastidiaba a la vez que me conociera tan bien.

—Algo así —admití—. ¿Qué dicen los sacerdotes?

—Dicen que ese hombre llegará dentro de tres días; que permanecerá a bordo de su barcaza, salvo cuando consulte al gran Profeta; que estará custodiado por tropas reales y que no recibirá a ningún lugareño aparte del arconte, que le transmitirá los respetuosos saludos de Asuat para el Señor de

las Dos Tierras. —Sus ojos volvieron al camino—. Por lo tanto, Thu, te sugiero que te olvides de él. Mientras ese hombre esté aquí no tendré clases ni tareas que cumplir en el templo. Puedo ir a pescar y darte muchísimas lecciones.

De repente se detuvo para abrir su talega.

—Tengo algo para ti —explicó—. Toma. —Sacó dos hojas de papiro, suaves y tersas, y me las puso en las manos, añadiendo un diminuto recipiente de arcilla sellado—. Polvo para tinta y un pincel que mi maestro ha desechado. Está muy usado, pero todavía puedes aprovecharlo un poco. El papiro y la tinta me lo han dado como recompensa por mi buen trabajo —terminó con orgullo—. Quiero que sean para ti.

—¡Oh, Pa-ari! —logré exclamar, emocionada, mientras estrechaba esas preciosas láminas contra el pecho—. ¡Oh, gracias! ¿Puedo intentar ahora escribir algunos signos?

Pa-ari sostuvo la talega abierta. De mala gana, deslicé los tesoros en su interior.

—No, no puedes —manifestó con firmeza—. Estoy cansado, tengo hambre y mucha sed. Mañana por la mañana, si madre no te necesita, podemos escabullimos hasta el sitio de siempre, bajo el sicomoro.

Durante el resto del día no volví a pensar en la visita del oráculo.

CAPÍTULO 3

Tres días después estaba con Pa-ari entre la muchedumbre de aldeanos excitados. El barco del vidente entró por el canal y recorrió con dificultades la distancia que hay entre el río y los peldaños que descendían al agua. No era la primera vez que yo veía una embarcación real; generalmente pasaban por ser barcos veloces, que enarbolaban los colores imperiales azul y blanco; en ellos viajaban heraldos con mensajes del virrey de Nubia, que se hallaba mucho más al sur. Cruzaban a toda prisa frente a Asuat, cortando el agua, y desaparecían sin dejar más que un oleaje ondulado contra la ribera. También pasaban barcos cargados con montañas de granito cortado en las canteras de Asuán, pero eso ocurría rara vez, pues se estaba construyendo muy poco. Se decía que, en otros tiempos, estos barcos surcaban el río de día y de noche, que en él hervía el comercio, que estaba repleto de embarcaciones de placer, ahogado por el ir y venir de los heraldos enviados por los cientos de administradores y funcionarios que gobernaban Egipto. Al presenciar el leve choque del barco contra los escalones me invadieron la nostalgia por una época que no había conocido y el miedo ante el lento declinar de mi país, del que hasta entonces apenas había tenido conciencia. La aldea seguía soñando, siempre autosuficiente, pero cuando se hablaba de acontecimientos ajenos a ella todo se iba en presentar un glorioso pasado frente a las amenazas actuales y los futuros desastres. «Pediré a Pa-ari que lea los papiros de la historia», decidí, apretándome contra él en medio de aquel apretujamiento de cuerpos entusiastas. «Quiero conocer este Egipto desde un punto diferente al de la plaza de la aldea.»

El navío estaba pintado de un blanco inmaculado. Su palo mayor era de cedro lustrado, al igual que los remos. En la punta del mástil, la brisa ligera y seca sacudía de vez en cuando la bandera imperial. El maderamen se curvaba suavemente de proa a popa, rizándose delante y detrás para formar un abanico de flores de loto, todas pintadas de azul con adornos de oro en los pétalos,

muy atractivos a la luz del sol. Las gruesas cortinas de la cabina central permanecían corridas y estaban hechas de algún tejido que incluía hebras de oro, pues también brillaban mucho con el sol. De su marco pendían suntuosas borlas rojas, que esperaban para sostener a un lado las cortinas. En lo alto de la popa, haciendo caso omiso de las exclamaciones y gritos de la gente, el timonel cogía con fuerza el vasto timón.

Tampoco los soldados nos hacían caso. Había seis de ellos a cada lado de la cabina; eran extranjeros altos, de barbas negras y ojos vigilantes bajo los cascos cornamentados; contemplaban el cielo con desdén, por encima de nuestras cabezas. Sus largos faldones blancos lo ocultaban todo, salvo la forma voluminosa de sus muslos; iban a pecho descubierto bajo sus collares de cuero tachonado. Su equipo se componía de una espada y un gran escudo redondo. «Nuestro padre lució ese aspecto en otros tiempos», pensé con un arrebató de orgullo. «Él defendió al faraón. Combatió por Egipto.» Pero luego me pregunté que de quién defendían esos hombres al ilustre oráculo. ¿De nosotros, inofensivos aldeanos? ¿De unos posibles ataques lanzados desde las riberas del Nilo, en su viaje a Asuat y de regreso a Pi-Ramsés? Vi que uno de ellos cambiaba el peso del cuerpo de una sandalia a la otra; el gesto le dotó de una súbita humanidad. Decidí que la escolta era, simplemente, una exhibición de orgullo. ¿Sería el oráculo tan arrogante como famoso? Para mí era importante saberlo.

La multitud se estremeció en un murmullo de expectación al ver que se descorrían las cortinas de la cabina. Un sacerdote *ve'eb* apareció para atar las colgaduras e hizo una reverencia a la silueta que se destacaba sobre las demás. Me quedé sin respiración.

El murmullo se acalló en seguida, reemplazado por un silencio impresionante. La cosa que había salido de la penumbra de la cabina para detenerse en la cubierta era un cadáver amortajado que caminaba como un hombre. Estaba cubierto de pies a cabeza con tejidos blancos como una momia. Incluso su rostro se ocultaba bajo la sombra de una voluminosa capucha; el manto le cubría también las manos. Levantó la capucha y giró de lado a lado; tuve la certeza de que aquella presencia invisible nos estaba examinando a todos.

El hombre pisó la plancha de madera que habían tendido entre el barco y la piedra del canal. Al divisar un pie envuelto en vendajes blancos sentí un

súbito mareo. El vidente estaba enfermo. Tenía algún terrible mal que lo desfiguraba y lo convertía en un individuo demasiado monstruoso para los ojos vulgares. Abandonaría mi descabellado plan. Aquello era demasiado. Además, el mero hecho del barco, sus avíos, los soldados sudorosos, todo eso había hecho trizas mi estúpido sueño. Noté entonces que el gran sacerdote de Uepuauet había salido del pilón o puerta principal, envuelto en nubes de incienso, acompañado por sus acólitos, y esperaba para recibir al extraño huésped del dios. Les volví la espalda.

—¿Adónde vas? —susurró Pa-ari.

—A casa —respondí secamente—. No me encuentro bien.

—¿Todavía quieres que averigüe cuánto tiempo se quedará el vidente? —insistió—. Los acólitos son compañeros de escuela. Ellos me lo dirán.

Vacilé, pensativa. Finalmente, hice un gesto de asentimiento.

—Sí —dije, con resignación.

De nada servía. Aunque el hombre tuviera tres cabezas y un rabo, yo quería poner fin a aquella indefinida ignorancia. Me reafirmaría en mi resolución. Pa-ari acercó su boca a mi oído.

—Recuerda, Thu —susurró—, que no tienes ninguna ofrenda.

Me giré para descifrar su mirada, que no me aclaró nada. Pero tuve la impresión de que sospechaba lo que iba a ofrecer. Me aparté de él para abrirme camino entre la multitud y eché a correr hacia la aldea. El día se había vuelto opresivo; me costaba respirar el aire tan denso.

Pa-ari y mi madre regresaron a casa mucho después que yo. Recibí una severa reprimenda por no haber preparado la cena, puesto que estaba sola en casa. Pero incluso mi madre estaba perturbada por la impresión que le había causado el notable visitante y no me castigó. Llevé la vaca a abreviar y luego la ordeñé. Con la última luz roja del día comimos pan y sopa fría. Después, me sorprendí al oír que mi padre pedía agua fresca. Se la llevé y me senté en el suelo para contemplarlo mientras se lavaba minuciosamente. Mi madre estaba retorciendo mechas para las lámparas; Pa-ari, sentado con las piernas cruzadas en el umbral, meditaba. Por fin, mi padre pidió sus sandalias y una jarra de nuestro mejor vino de palma. Me levanté para obedecer, mientras mi madre apartaba la vista de su trabajo, desconfiada.

—¿Adónde vas? —preguntó.

Mi padre la miró con una sonrisa, pasándose las manos por el pelo rubio recién mojado.

—Voy a seducir, si te parece, a una de las hijas núbiles del arconte —bromeó—. Tus celos son deliciosos, mi queridísima esposa. En realidad, voy a disfrutar de la cháchara soldadesca con los shardanas. Hace mucho tiempo que no tengo contacto con hombres de mi clase. No me esperes levantada.

—Hmmm —dijo ella. Pero noté que estaba complacida.

Di las sandalias a mi padre, que se las puso y acto seguido levantó la jarra de vino.

—¡Pa-ari! —dijo mirando hacia la silueta acurrucada de su hijo, que se recortaba entre las jambas—. ¿Te gustaría acompañarme?

La invitación era un sorprendente honor, dado que mi hermano sólo sería autorizado a compartir los asuntos de los hombres cuando cumpliera los dieciséis años. Se levantó de un brinco.

—¡Gracias, padre! —respondió—. ¡Me encantaría!

Y se fueron. La voz excitada de Pa-ari se fue perdiendo poco a poco hasta perderse en la noche.

Mi madre se durmió mucho antes de que los dos volvieran a casa, pero yo no. Sentada en mi jergón, con la espalda contra la pared del cuarto que compartía con Pa-ari, luché contra la somnolencia hasta oír en la casa sus pisadas inseguras. Los pasos de mi padre, más pesados, resonaron en dirección hacia su dormitorio. Pa-ari se dirigió a tumbos a su colchón en la oscuridad de la alcoba.

—No te preocupes —le susurré—, estoy despierta. Quiero que me lo cuentes todo, Pa-ari. ¿Te has divertido?

—Mucho. —Habla con dificultad y me da cuenta de que estaba algo ebrio. Se dejó caer en el jergón con un fuerte suspiro; por un momento el aire se llenó de vapores de vino—. Los shardanas son formidables, Thu. No querría enfrentarme a ellos en una batalla. Me daban miedo, pero nuestro padre se ha sentado con ellos ante las carpas, riendo y bebiendo, y han hablado de cosas tan extrañas que me he visto reducido al silencio. A su modo, nuestro padre es un gran hombre. ¡Las cosas que ha contado esta noche

sobre sus hazañas en épocas difíciles! ¡Me costaba creerlas!

—Bueno, ¿y qué me dices de los soldados? —le interrumpí bruscamente. Estaba celosa de la franca admiración que expresaba la voz de mi hermano. No quería que amara ni admirara a nadie más que a mí—. ¿Dónde están sus carpas? ¿Cuántos custodian al vidente por la noche? ¿Duerme él en el barco o en otra parte? ¿Hasta cuándo se quedará?

Se hizo el silencio. Durante unos instantes temí que Pa-ari se hubiera dormido, pero después oí que cambiaba de posición.

—Una vez te dije que eras obstinada. —Las palabras surgieron con serenidad de su boca invisible, pero el tono transmitía tristeza y desilusión—. Creo que también eres implacable, Thu, y no siempre simpática. Tienes algo que ofrecerle, ¿no? Algo vergonzoso y oscuro. No me mientas. Lo sé.

No dije nada. Esperaba con tranquilidad. Todo en mí se había vuelto frío, una especie de paz mortal, mientras nuestra relación pendía de un hilo. ¿Me ayudaría o me volvería la espalda lo suficiente para anular nuestra intimidad de siempre, definiendo nuestro afecto en términos menos tolerantes? Percibí su enojo y su pena en la voz con que me dio, por fin, la información necesaria.

—Hay dos carpas instaladas a este lado del muro. Dos soldados montan guardia cerca del vidente, que duerme en la cabina de su barco. El resto permanece abajo. Pasará aquí dos noches y zarpará hacia Pi-Ramsés al amanecer del tercer día. Si te tiras al río y nadas por el canal, podrías cumplir tu deseo. En realidad, los guardias sólo están como exhibición.

No le di las gracias, comprendiendo que eso sería un insulto. Pero la frialdad de mi *ka* había desaparecido y me sentía oscuramente sucia. Al cabo de un largo rato dije, vacilando:

—Te amo, Pa-ari.

No respondió. Si no estaba dormido, decidió no hacerme caso.

Pasé todo el día siguiente pensando en qué hacer. La aldea estaba casi desierta; la gente corría al templo, en los momentos libres, para tratar de echar un vistazo a la siniestra figura que había cruzado el pilón para entrar en la imaginación de todos. Pero mi padre durmió hasta tarde y luego salió al desierto, por motivos personales. Pa-ari desapareció con sus amigos. Mi

madre y yo nos retiramos a la relativa frescura del cuarto de las hierbas y nos ocupamos de majarlas y poner en bolsas las decenas de hojas que se secaban colgadas del techo.

Como la conversación era poca, me vi en libertad de hacer planes, cada uno más fantástico e irrealizable que el anterior. Por fin, mi madre me ordenó en tono desabrido que dejara de soñar despierta y fuera a poner en remojo las lentejas para la cena. Con un suspiro interior, en parte por desesperanza, en parte por temeridad, hice lo que se me indicaba. Había descartado todo sueño fantástico para decidirme por una idea concreta. Iría sencillamente hacia mi destino. Después de todo, ¿qué era lo peor que podía suceder? Que me arrestaran y me hicieran regresar ignominiosamente hasta la puerta de mi casa.

Mi padre volvió al atardecer, con el pecho y los brazos cubiertos de sangre seca. Traía un chacal muerto cruzado en el hombro; el hocico del animal goteaba un poco de sangre sobre su espalda fornida. Lo dejó caer ante la puerta, junto con el arco y dos flechas sucias.

—¡Tengo hambre! —vociferó ante la cara horrorizada de mi madre. Se estaba riendo—. ¡No niegues a un hombre una tarde de placer, esposa! Thu, lleva cerveza al río, en seguida. Voy a quitarme los restos de esta carroña. Luego quiero beber y comer. Y después, tú y yo —plantó un beso en la boca de mi madre, que protestaba en silencio— ¡haremos el amor!

Partió hacia el río a grandes zancadas. Más tarde, mientras veía cómo chapoteaba y se sumergía en el agua, comprendí que el tiempo pasado con los soldados le permitía ser, por un breve espacio de tiempo, el hombre que había dejado a un lado por propia voluntad, pero quizá con pena, al elegir a mi madre como esposa. Era un buen hombre, recto, honrado y fuerte, pero ese día, en mi arrogancia, lo compadecí por su elección.

Mientras el sol se ponía en el desierto comimos los cuatro juntos, sentados con las piernas cruzadas sobre nuestras esterillas, con la comida en un mantel extendido ante nosotros. Mi madre encendió una lámpara. Mi padre rezó las oraciones vespertinas a Uepuauet, nuestro tótem, y a Anhur, a Amón y al poderoso Osiris; su voz, aunque reverente, sonaba todavía llena de felicidad. Luego, él y mi madre caminaron bajo las estrellas, mientras Pa-ari y yo íbamos a nuestro cuarto. Pa-ari se distrajo acomodando su jergón, de espaldas a mí.

—Es la última noche del vidente —comentó por fin, en tono casual, siempre sin mirarme—. ¿Has recuperado el sentido común, Thu?

—¿Preguntas si esta noche iré al encuentro de mi destino? Sí, por supuesto —repliqué, altanera. Las palabras quedaron flotando entre los dos, llenas de una dignidad que yo no había querido darles. Concluí mansamente —: Por favor, Pa-ari, no te enfades conmigo.

Pa-ari se había acostado y permanecía inmóvil, como una columna oscura en su jergón.

—No me enfado —dijo—, pero espero que te cojan, te azoten y te devuelvan a casa, ya me entiendes. Sabes que nadie le ha podido ver bajo esas lúgubres envolturas blancas, ¿verdad? ¿Y si no fuera humano? ¿No tienes miedo? Buenas noches, Thu.

Tuve la sensación de que había pasado la mitad de la noche antes de que regresaran mis padres, pero no transcurrió tanto tiempo. Pa-ari no tardó en dormirse. Yo escuchaba su respiración reconfortante, lenta y regular; más allá, el vigilante silencio de la noche estival, calurosa y quieta. Tenía miedo, sí. Pero estaba descubriendo que el miedo puede enfermar al espíritu. Puede convertirte por dentro en una cosa sumida en un mar de dudas; puede alimentarse de sí mismo como una enfermedad hasta impedir que te muevas y dejarte sin orgullo alguno. «Y sin orgullo», pensé oscuramente, «¿qué soy?». Aulló un chacal; el estridente y agónico aullido sonó muy débil y lejano; me pregunté si sería la pareja del animal que había matado mi padre. Oí sus pisadas y la risita coqueta de mi madre. Me pregunté si habrían yacido juntos en la tierra caliente y polvorienta de los sembrados o en medio de la sombra intensa de la ribera. Cuando la casa estuvo en silencio, me levanté para escabullirme y salí.

El aire me acarició, tocando mis miembros desnudos y apartándome el pelo del cuello. La luna estaba alta y redonda; me detuve a rendirle homenaje, elevando los brazos ante el hijo de Nut, la diosa del cielo, y ante las estrellas, sus hijos menores, antes de entrar en la sombra del sendero que conducía al templo. Allí me abandonó en parte la exaltación de verme fuera, libre y sola, pues las frondas negras de las palmeras se agitaban con un nerviosismo secreto; recordé que los espíritus de los muertos desatendidos podían poblar las densas sombras de la luna, observándome con envidia. El sendero había perdido su alegre cara diurna; ahora lucía otra, pálida y mágica como un

sueño, como si condujera a algún lado que yo no pudiera prever. «Pero por eso estoy aquí», me dije con energía, sin apartar los ojos de mis pies, mientras las palmeras susurraban una advertencia y las sombras entrelazadas me corrían por el cuerpo. «Tengo que ver el porvenir. Tengo que saber.»

Percibí, casi sin verlo, el borrón agrisado de las dos grandes tiendas alzadas contra el muro del templo. Allí me detuve, preparada para el asalto, con el corazón súbitamente acelerado. Pero no se percibía ruido alguno, ningún movimiento. Hacia delante y a la derecha se curvaba, sin nitidez, la encantadora proa del barco, que también permanecía inmóvil. El río estaba muy bajo; el canal, medio vacío. Con la espalda cubierta de sudor, me agazapé para cruzar a la carrera y llegar al amparo de la maleza de la orilla. Entre las ramas me di cuenta de que Pa-ari tenía razón: un soldado montaba guardia ante las colgaduras de la cabina, mirando en mi dirección; con toda seguridad, su compañero estaba apostado en el lado opuesto. Muy bien. Tendría que nadar y trepar. Me volví hacia el río, con un gran coraje y entusiasmo. Sentía deseos de cantar de puro placer. Sonriente y ahogando exclamaciones de júbilo, me deslicé hasta el agua negra, rielada por la luna.

Era muy buena nadadora y sabía moverme sin chapotear mucho. Disfrutando de la sedosa frescura y la cortés resistencia del Nilo, animada por aquella extraña exaltación, llegué al canal y viré con cautela por él. La popa del barco fue creciendo hasta erguirse ante mí como una torre. Mis dedos encontraron la madera. Entonces descansé un momento, con la mejilla apoyada contra el cedro perfumado. Ya nada me importaba, salvo la emoción de la aventura. Algo en mí se había por fin satisfecho; algo brotaba y florecía. Suspendida así, con la boca acariciada por el río y los ojos fijos en la resquebrajada senda celeste que la luna creaba a mi alrededor, supe que jamás volvería a ser la misma.

—Alabado seas, ¡oh, Hapi!, fuente del fructífero poder de Egipto — murmuré a la oscura expansión de agua.

Luego mis dedos hallaron asidero y me lancé a los brazos del dios.

El barco estaba construido de tal manera que las tablas se superponían. Para mí fue un juego de niños escalar por la parte lateral. Encontré alguna dificultad arriba, allí donde la borda se curvaba hacia dentro. Pero una vez me hube afirmado allí, bastó con rodar a toda prisa hacia la cubierta para encontrarme en medio de una bendita sombra.

Pasé largo rato acurrucada contra un montón de cuerdas, confundido mi cuerpo oscuro contra ellas, mientras escrutaba el navío en toda su longitud. A la engañosa luz de la luna parecía sobrehumano, como si la cabina retrocediera ante mis ojos. Todo era negro, gris o de colores sombríos. Vi a los dos guardias; uno miraba hacia la maleza; el otro, en la parte trasera de la cabina, observaba el templo y el sendero que se prolongaba hacia la aldea vecina. ¿Qué sentirían ambos al montar guardia en un sitio tan aburrido y apacible? ¿Les parecería tonto? ¿Se enfurecerían por ello? ¿O eran tan responsables que no les importaba dónde cumplían con su deber?

Empezaba a secárseme la piel. Con cautela, apoyándome contra la cubierta, me arrastré hacia la cabina. Sólo el brillo de la luna en los ojos podría haberme denunciado, pues el resto de mi cuerpo tenía el color de la madera lustrada por la que me movía. Si cualquiera de los hombres hubiera mirado casualmente hacia allí, me habría bastado permanecer inmóvil hasta que él desviara su atención. Empezaban a dolerme las rodillas y los codos, pero no hice caso. No hacía ningún ruido. Apenas respiraba. Y durante todo ese tiempo, ese palpar de intoxicación latía con mi sangre. Me sentía omnipotente como un animal cazador seguro de su presa. El suave roce de las cortinas contra mis dedos estirados me devolvió a la realidad. Me incorporé a medias y, tras levantar las pesadas colgaduras, di un paso hacia dentro.

El interior de la cabina estaba muy oscuro; me detuve para calmar la respiración mientras me orientaba. Distinguí débilmente la forma difusa de un camastro contra la cortina que servía de pared opuesta y, en él, un bulto de sábanas. Había almohadones diseminados alrededor, vagos montículos y, cerca de la cama, una mesa con una lámpara. La cosa oculta bajo la sábana permanecía completamente inmóvil y en silencio; por un momento me pregunté si la cabina no estaría desierta. No se me ocurría qué hacer a continuación. Había puesto toda mi voluntad en llegar hasta allí y, una vez alcanzada mi meta, me sentía desconcertada. ¿Debía acercarme al camastro para posar una mano sobre el durmiente, si había allí alguien? Pero ¿qué sentiría bajo los dedos? ¿La firmeza de un hombro masculino o algo horrible que resultara imposible identificar? ¿Y si le sobresaltaba, si se despertaba dando un grito y los guardias entraban a matarme, sin tiempo de ver que yo era sólo una pobre niña de la aldea? «¡Basta!», me dije seriamente. «No eres sólo una niña de la aldea; eres la dama Thu, hija de un príncipe libu despojado, ¿verdad?» La vieja fantasía me hizo sonreír, pero no me reanimó

por mucho tiempo. Empezaba a sentir otra presencia en la pequeña habitación, como si la cosa del camastro supiera que yo estaba entre las colgaduras y conociera mis pensamientos. Me estremecí, consciente del tiempo que pasaba. Debía hacer algo. Di un paso a modo de prueba.

—Puedes quedarte donde estás. —La voz era grave, pero extrañamente débil. La sábana crujió. Él, aquello o lo que fuera, estaba incorporándose, pero yo apenas distinguía el contorno de una cabeza. Retiré el pie—. O has hechizado a mis guardias o, como todos los campesinos, tienes la capacidad de escurrirte por los sitios donde no se te quiere —prosiguió con suavidad.

La voz, cuanto menos, era humana, pero eso no alivió mi aprensión. Estaba furiosa por sus palabras, pero me obligué a recordar por qué había ido hasta allí.

—No me he escurrido —repliqué, fastidiada por el temblor de mi voz—. He llegado nadando y he trepado a cubierta.

La silueta se irguió un poco más.

—Así es —dijo—. En tal caso, puedes nadar y trepar otra vez hasta tu casucha. Supongo, por tu voz, que eres una hembra joven. No hago conjuros de amor. No preparo pociones para suministrarlas a amantes indiferentes. No hago encantamientos para evitar la ira de padres afligidos a causa de hijos perezosos o desobedientes. Así que vete. Si te vas en seguida, no te haré azotar ni arrastrar hasta tu casa avergonzada.

Pero yo no había llegado hasta allí para retirarme cabizbaja, sufriendo mi bochorno privado. Ya no tenía nada que perder defendiendo mi posición. Hablé a través del desasosiego que aún me afectaba.

—No quiero ninguna de esas cosas —contesté—. Y si las quisiera, probablemente podría hacerlas yo misma. Mi madre es sabia en la tradición de las hierbas y yo también. Tengo algo que solicitar, oh grande.

Esta vez la voz sonó divertida.

—Sólo al faraón se le llama grande —observó—. Y de nada te servirá adularme. Conozco mi propio valor, pero se diría que tú tienes una opinión muy distinta del tuyo. ¿Cuánto puede saber de hierbas una chiquilla analfabeta en este perdido rincón de Egipto? ¿Y hasta dónde puede ser distinta su solicitud? ¿Lo averiguamos o vuelvo a dormir?

Esperé, cruzando las manos a la espalda, como si aguardara una reprimenda. El aire de la cabina, viciado, olía levemente a jazmín. Ese perfume hizo que me sintiera algo mareada. Los codos y las rodillas empezaban a temblarme y el agua que aún me goteaba del pelo corría entre mis pechos y por la espalda. Supuse que se había formado un charco a mis pies. Forcé la vista en esa sofocante penumbra, tratando de ver con más claridad aquella cabeza; sin embargo, por algún motivo temía verla. La sábana volvió a crujir. El hombre se levantó; era muy alto.

—Muy bien —dijo al fin, cansado—. Dime qué quieres.

Se me secó la garganta; de pronto tuve sed.

—Eres vidente —logré pronunciar con voz ronca—. Quiero que veas por mí. ¡Léeme el futuro, maestro! ¿Estoy condenada a vivir mis días en Asuat? ¡Necesito saberlo!

—¿Qué? —dijo él, con muestras de fatiga—. ¿No preguntas el nombre de tu futuro esposo? ¿No quieres saber el número de tus hijos o de tus días? ¿Qué clase de pilluela aldeana eres? Una muchacha desagradable, insatisfecha y de mente obtusa, quizá, consumida por la codicia y la arrogancia. —Hubo un silencio, durante el cual permaneció muy quieto. Luego dijo—: Pero quizá no. También existe la simple desesperación. ¿Cuál es tu ofrenda? ¿Qué puede ofrecer quien pisa el estiércol de Asuat, a cambio de esa grandiosa revelación que tan audazmente demanda? ¿Un puñado de hierbas amargas?

Habíamos llegado al meollo de la cuestión. Tragué saliva. Me dolía la garganta.

—Sólo tengo una ofrenda que sea a mis ojos lo bastante preciosa —me obligué a pronunciar.

Y no dije más, pues al instante él se echó a reír, sentándose en el camastro. Vi que le temblaban los hombros. Su risa era un sonido crudo y penoso, como si no estuviera habituado a reír con mucha frecuencia.

—Sé lo que vas a decir, pequeña campesina —dijo echándose a reír de nuevo—. No me hacen falta las aguas y el aceite para prever tu ofrenda. ¡Por los dioses! Eres pobre, tienes las manos y los pies encallecidos por el trabajo. En este momento apestas a lodo del río y debes de estar desnuda. ¡Y se te ocurre ofrecerte a mí! ¡Suprema arrogancia! ¡Insultante ignorancia! Creo que es hora de echarte un vistazo.

Se inclinó, descubriendo un pequeño brasero en el que ardía apenas un ascua, iluminando sólo las manos que lo sostenían. Me puse tensa. En esas manos había algo que estaba mal, algo horrible. Él se inclinó hacia la mesa donde estaba la lámpara y de pronto la luz estalló en la habitación. El camastro en desorden era de madera oscura lustrada y con incrustaciones de oro; sus patas tenían forma de zarpas. El lienzo que lo envolvía era el más fino que yo hubiera visto jamás, traslúcido y muy blanco. La lámpara que inundaba la cabina con su fulgor debía de ser de alabastro blanco. Aunque no conocía esa piedra, había oído hablar de ella por su fragilidad; se podía dejar tan fina que se viera el contorno de la mano a través de ella, o una imagen pintada en el interior de un cuenco. El suelo, a mis pies, estaba cubierto de un tapiz rojo.

Rojas también eran sus pupilas, rojas como dos gotas de sangre; los iris, de un rosado brillante. Su cuerpo tenía el color de la sábana que él había atado a su cintura: blanco, todo blanco, igual que el largo cabello que le caía a cada lado de la cara, cubriéndole los hombros. La luz de la lámpara no encontraba allí un solo destello de oro, un matiz de color. Su blancura era tan absoluta que no reflejaba nada. Era como estar frente a la muerte, frente a un demonio cuya única vida residiera en aquellos temibles ojos colorados que se habían entornado y me observaban con atención.

Gracias a todos los dioses, yo tenía las manos a mi espalda, pues me descubrí buscando a tientas el amuleto que mi madre solía prestarme. Era una imagen de la diosa Neftis, para dar poder al signo *chen* que protegía al portador de todo mal; lamenté no haberlo traído antes de ponerme en marcha aquella noche. Pero no lo tenía en la muñeca. Estaba indefensa frente a aquel monstruo, frente a aquella creación del submundo. Y de repente supe que, si daba muestras de horror o miedo alguno, él me haría matar en el acto. Me lo decían aquellos ojos llenos de sangre. Retorcí los dedos en un atormentado esfuerzo por no gritar, por permanecer inmóvil, por sostener aquella odiosa mirada. Él se mantenía quieto, mirándome a los ojos. Por fin sonrió.

—Muy bien —dijo con voz dulce—. Oh, muy bien, desde luego. Hay coraje bajo ese impúdico exterior. Acércate, pues tengo mala vista. —Caminé hacia él, con las piernas trémulas por la fatiga. Al acercarme, su sonrisa desapareció. Mientras me estudiaba el rostro, el dominio de sí mismo pareció vacilar—. Ojos azules —murmuró—. Tienes los ojos azules. Y facciones delicadas. Y un cuerpo esbelto, de buenas articulaciones. Dime cuál es tu

origen. ¡Guardia!

Se me escapó un chillido, pero el peligro había pasado ya. La sombra del soldado apareció entre las cortinas.

—¿Estás bien, mi amo?

—Sí. Trae una jarra de cerveza y manda traer del templo unos pasteles de miel. —La sombra desapareció y oí unas pisadas en la plancha de madera—. Siéntate aquí, a mi lado —me invitó el vidente.

Me senté en el camastro. Mi terror se iba esfumando, pero no la repugnancia que sentía, aunque me era imposible apartar la vista de su rostro. Estaba extenuada.

—Rechazo tu ofrenda —continuó, con una media sonrisa de benevolencia—. No me interesan las niñas, ni tampoco las mujeres. Hace mucho tiempo que descubrí que la lujuria dificulta el ver. Pero no lo echo en falta. El poder es más satisfactorio y duradero que el sexo.

—¿No verás por mí? —le interrumpí con desesperación.

A modo de respuesta, me tomó una mano y siguió con sus dedos extraños y exangües las líneas de la palma. Su contacto era frío.

—No tienes derecho a desilusionarte —replicó—; al fin y al cabo, ¿qué eres? No he dicho que no voy a adivinarte el futuro, sino que rechazo tu ofrenda. Tienes una opinión exagerada de tu propio valor, pequeña campesina. Ojos azules —murmuró para sí. Me dejó la mano entre los muslos desnudos y, quitando otra sábana del camastro, me ordenó cubrirme—. Pocos hombres me han visto así —prosiguió—: mis sirvientes, el faraón, los sumos sacerdotes, cuando me presento ante los dioses para rendirles homenaje. Aunque no lo sabes, campesina, has sido honrada. Algunos han muerto por sorprenderme en un descuido. Lo sabías, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—No lo olvides jamás —dijo con voz autoritaria—. Aprecio la lealtad más que ninguna otra cosa, por ser lo que soy.

—¿Y qué eres, maestro? —me atreví a preguntar.

Antes de responder volvió a estudiarme la cara con expresión inescrutable. La lámpara parpadeó; su pequeña llama se duplicó en un brinco

carmesí dentro de aquellos dos ojos.

—No soy un demonio. No soy un monstruo. Simplemente soy un hombre —suspiró.

Y en ese momento mi repugnancia empezó a apagarse, reemplazada por una auténtica piedad: no la piedad desdeñosa que había sentido por mi padre junto al Nilo, sino una suave emoción propia de persona adulta. Descarté un poco, apenas un poquito de mi abrumador egoísmo y un suspiro se ahogó muy pronto en mi garganta.

—Dime qué origen tienes —me ordenó con sequedad. Obedecí.

—Mi madre es nativa de Egipto. La partera de Asuat, tal como lo fue su madre —expliqué—. Pero mi padre, ahora agricultor, fue mercenario libu. Luchó por el faraón Osiris Setnajt el Glorioso contra los invasores y, si nuestro actual Horus de Oro lo exigiera, volvería a combatir. Mi padre es muy hermoso.

Se inclinó hacia delante.

—¿Tienes una hermana?

Sacudí la cabeza.

—No: un hermano, Pa-ari. Mi padre quiere que herede sus *arouras* a su muerte, pero Pa-ari quiere ser escriba. Es muy inteligente.

—Conque eres la única hija. Y supongo que tú también serás partera.

Me aparté de él de un brinco, como si me hubiera apretado la punta de un cuchillo contra una herida abierta.

—¡No! ¡No quiero! Siempre he querido ser otra cosa, algo mejor, pero ya estoy atrapada. Soy la aprendiz de mi madre, soy la hija buena y seré la buena esposa de algún buen aldeano. Buena, buena, buena, ¡y no quiero nada de todo eso!

El vidente me sujetó el mentón entre los dedos fríos, girándome la cabeza. Mis ojos azules parecían fascinarlo, pues los estudió otra vez.

—Cálmate —dijo—. ¿Y qué es lo que deseas?

—¡Esto no! Quería ir a la escuela, pero como mi padre se negó, Pa-ari ha estado enseñándome a leer...

Se cruzó de brazos. Noté que usaba un pesado anillo de oro en forma de serpiente, perezosamente enroscada a su dedo.

—¿De veras? Estás llena de sorpresas, mi hermosa campesina. ¿Eh? ¿Ignorabas que eres hermosa? Bueno, si yo fuera tu padre tampoco te lo diría. Y dices que sabes leer. Veamos... —Se levantó para acercarse rápidamente a un arcón colocado contra la pared opuesta; de él sacó un rollo de papiro y me lo entregó con brusco ademán—. ¿Qué dice aquí?

Lo estaba desenrollando cuando volvió el guardia. El vidente dejó de prestarme atención para ordenarle que pusiera el refrigerio junto a la cortina; entonces tuve la oportunidad de echar un vistazo a las palabras escritas. Estaban muy apretadas y dibujadas con mucha elegancia; sentí la tentación de quedarme admirando la escritura, pero no quería fracasar en aquella prueba. Cuando el hombre hubo recogido la bandeja para volver al camastro, ya había leído someramente el contenido del rollo. Levanté la vista, vacilando. Hizo un gesto.

—¡Bueno, lee!

—Al eminente maestro Hui, vidente y profeta de los dioses, saludos. Tras haber viajado a tus fincas del Delta, cumpliendo tus órdenes, y tras haberme reunido con tus administradores de tierra, de ganado, de esclavos y granos, evalúo así tus bienes a la altura de esta cosecha. Cincuenta *arouras* de tierra. Seiscientas cabezas de ganado. De esclavos, cien. Tus graneros están llenos de grano. Trescientas cincuenta jarras de buen vino del río oriental. Con respecto a la disputa de límites con tu vecino del linar, he solicitado el arbitraje del arconte de Lisht, que escuchará las solicitudes en el curso de un mes. Con respecto a...

El vidente me quitó el papiro de las manos y dejó que se enrollara.

—Admirable —comentó con ironía—. Así que no mientes. ¿Y tu hermano ha logrado este milagro? ¿Sabes que muy pocas mujeres, en el harén del gran dios, saben contar los dedos de sus manos, y mucho menos leer? ¿Sabes también escribir?

Yo tenía la cerveza y los pasteles en el límite de mi campo de visión.

—No muy bien —barboté—. No tengo con qué practicar.

El hombre debió de seguir el rumbo de mi atención, pues movió una mano

hacia la bandeja, indicándome que comiera y bebiera. Fiel a las severas enseñanzas de mi madre, le serví primero a él, ofreciéndole la taza y el plato de pasteles. Rechazó ambas cosas y siguió observándome, mientras yo bebía la cerveza a grandes tragos y mordía los pasteles con deleite. Eran más ligeros y dulces que cuanto yo había probado en mi casa. Traté de masticar con lentitud. El vidente seguía observándome, con un pie en el camastro, un codo apoyado en la rodilla y la cara apoyada en el puño. Por fin, se levantó para volver al arcón y regresó con otro papiro que él mismo desenrolló.

—¿Qué recetarías para un dolor de cabeza intenso y muy agudo, que dura más de tres días? —preguntó.

Dejé de comer y lo miré parpadeando, descubriendo de repente que estaba sometiéndome a una prueba. Estaba sondeándome desde que viera mis ojos azules a la luz de la lámpara. Respondí sin mucha dificultad.

—Bayas de coriandro, ciprés y amapola con las hojas de las mismas plantas trituradas junto a ajeno y mezcladas con miel.

—¿Cómo lo administras?

Vacilé.

—Según la tradición, se debería untar la cabeza con la mezcla, como si fuera un emplasto, pero mi madre obtiene mejores resultados si sus pacientes se lo toman a cucharadas.

La risa entrecortada y seca volvió a colmar la cabina.

—Tu madre puede ser una simple campesina, pero posee cierta sabiduría. ¿Y qué se puede usar para mantener ágil el *met*?

Lo miré con fijeza. El *met*, como es sabido, afecta a la salud de todos los nervios y los vasos sanguíneos.

—El emplasto contiene treinta y seis ingredientes —repliqué—. ¿Tengo que enumerarlos todos?

—Eres impertinente —me regañó—. ¿Sabes manejar la amapola?

—De todas las maneras posibles.

—¿Sabes qué hacer con el antimonio? —Yo no lo sabía—. ¿Con el plomo? ¿Con el vitriolo? ¿Con el sulfuro? ¿Con el arsénico? ¿No? ¿Te gustaría aprender?

Bajé la taza de cerveza.

—No te burles de mí, por favor —supliqué, sofocando un súbito deseo de llorar—. Me encantaría aprender.

El vidente dio unos golpecitos con el papiro contra el blanco fantasmagórico de su antebrazo.

—Thu —dijo con suavidad—, hace tres meses vi tu rostro en el aceite. Estaba haciendo una adivinación para el faraón, con mi mente fija en él, y al inclinarme en el cuenco te vi allí; los ojos azules, la dulce curva de la boca, la provocativa cabellera negra. Tu nombre susurrado en mi mente: Thu, Thu. Y luego desapareciste. No necesito leer tu suerte. El destino ha hecho que nos encontremos por motivos todavía desconocidos. Me llamo Hui, pero tú me llamarás «amo». ¿Te gustaría aprender, Thu?

¡Tres meses antes! Mi pulso se aceleraba. Tres meses antes, sentada junto a Pa-ari en la arena roja del desierto, al atardecer, yo había gritado mi frustración. Los dioses me habían escuchado. Me recorrió un escalofrío, ligero como un capullo al viento. Me sentí invadida por un aturdido respeto.

—¿Voy a ser tu sirviente? —susurré—. ¿Me llevarás lejos de aquí?

—Sí. Parto al amanecer. La tripulación ya ha recibido órdenes. Tienes que darme tu palabra de que vas a obedecerme en todo, Thu. ¿Estás de acuerdo?

Asentí con ademán febril. Todo estaba sucediendo con la celeridad con que se acerca el *jamsin*. La tormenta aún no se había desatado, pero su inminencia me horrorizaba. «¿Es esto lo que de verdad quiero?», me pregunté fuera de mí. «¿La alternativa está aquí? Después de tanto tiempo, ha llegado. Alargo las manos para abrazarla o huyo a casa, a los hijos y las hierbas, al vino de palma y los chismes, al polvo de la aldea entre los dedos descalzos y a mi padre diciendo las oraciones nocturnas en nuestra casita, con la cabeza rubia inclinada hada las velas, Pa-ari y yo en las deliciosas horas pasadas a hurtadillas, rodilla con rodilla... Pa-ari...»

Entonces sollocé. La fatiga y la excitación, el miedo y los nervios se cobraban su precio. Hui no hizo movimiento alguno hasta que hube terminado. Luego se levantó.

—Ve a tu casa y di a tu padre que venga al pie de la plancha de madera, una hora antes del amanecer —dijo—. Ven con él y trae lo que desees llevarte

como recuerdo de Asuat. Si él se niega, deberás quedarte aquí, pues tengo que zarpar cuando se levante Ra, pase lo que pase. Ahora vete. Tienes dos horas.

Me estaba despidiendo. A trompicones, aparté las cortinas para bajar por la plancha de madera. El aire olía bien, tras el confinamiento en la cabina; olía a aire fresco, cargado de las cosas que (ahora lo comprendía) para mí eran máspreciadas de lo que había supuesto: el cieno del Nilo y los pastos secos, el regusto del polvo cargado de estiércol y el limpio aroma del desierto. No corrí hacia la aldea. Volví caminando, sin dejar de sollozar.

CAPÍTULO 4

La alborada era apenas una sutil merma de la total oscuridad cuando mi padre y yo nos deteníamos al pie de la plancha de madera que conducía al barco de Hui, ante la voz de alto del guardia. No nos habíamos hablado mientras recorríamos el camino que me alejaba de todo lo conocido.

Mi madre se había despertado de mala gana ante mi insistencia. Encendió una vela y, a su débil luz, se sentó en el jergón, despeinada y con los ojos hinchados, mientras yo relataba la parte de mi estrafalaria historia que deseaba que conocieran. Mi padre se había despabilado en seguida al notar mi mano, a la manera de los soldados aguerridos, y escuchaba sin comprometerse; su expresión iba de la confusión al fastidio, pasando por ponerse en guardia, mientras yo me esforzaba inútilmente en transmitirles mi necesidad de urgencia. Al terminar, me puse en cuclillas frente a los dos, apretando los puños y los dientes, segura de que el sol ya estaba ascendiendo; Ra iba a renacer del vientre de Nut y, una vez su fuego tocara el horizonte por el oriente, más allá del río, mi esperanza habría desaparecido. Mi padre cogió una esquina del toco faldellín que la noche anterior había dejado caer en el suelo de tierra y se limpió con serena deliberación el sudor de la frente y la parte posterior del cuello.

—Has estado llorando —comentó. Su voz despertó en mi madre un torrente de recriminaciones y solicitudes al mismo tiempo.

—¡Niña traviesa! —dijo mi madre con vehemencia—. ¡Andar corriendo a la luz de la luna y alborotando como una ramera! ¿No has pensado en los soldados que hay por ahí? ¡Podrían haberte violado o algo peor! ¡Pareces una posesa! ¿Estás segura de que no ha sido sólo un sueño, dulce mía? Un sueño, ¿no? A veces, las jovencitas tienen fantasías extrañas. ¿Te has atrevido a hablar con el vidente, niña impúdica? ¿Cómo has podido avergonzarnos de ese modo?

En su agitación, el lienzo que la cubría se deslizó hasta su arrugada cintura. Los pechos generosos se estremecían del pánico y de la indignación. En seguida mi padre levantó la sábana y ella, sin darse cuenta, la apretó contra su mentón.

—Calla, mujer —ordenó él.

Mi madre cerró la boca, fulminándonos a los dos con la mirada mientras mi padre estudiaba la expresión de mi rostro y luego asentía con la cabeza.

—Iré —dijo, en voz baja—. Pero si se trata de una de tus triquiñuelas, Thu, o si ha sido un sueño provocado por el deseo para atormentar nuestros *ka*, te azotaré hasta hacerte sangrar. Espérame fuera.

Me levanté precipitadamente. Cuando me dirigía a mi cuarto, oí que mi madre le decía:

—Haces mal en condescender, esposo mío. Es rebelde y fantasiosa. Debemos casarla cuanto antes para poner fin a esas peligrosas tonterías.

Obviamente, su voz furiosa había despertado a Pa-ari. Le busqué la mano a tientas y, estrechándosela con fuerza, me dejé caer junto a su jergón.

—Oh, Thu —susurró—, ¿qué has hecho? He intentado no dormirme. Quería esperarte despierto, pero de algún modo... ¿Qué ha pasado?

Me apresuré a contárselo todo, salvo que el vidente estaba bajo la protección especial de los dioses, no por esa patética inconsciencia que hace sagradas a las personas, sino por lo grotesco de su cuerpo. Pa-ari me rodeó con los brazos y nos abrazamos; sepulté la boca en su cuello, inhalando el olor almizclado de su piel, que asociaba con la confianza, el compañerismo y la lealtad.

—Conque vas a tener tu oportunidad —dijo. Y detecté la sonrisa en sus palabras—. Mi extraña Thu. En cuanto puedas, hazme saber cómo estás.

No quería soltarlo. Quería caminar por el sendero, meterme en el barco, navegar hasta el Delta, siempre encerrada y segura de su abrazo. Pero me aparté para ir a mi jergón, buscando a tientas la caja de cedro que contenía mis tesoros. Recogí el cesto donde guardaba mi mejor sayo y algunos otros lienzos.

—No necesitaré contratar a un escriba —dije—. Puedo escribirte con mi propia mano. Y tú tienes que responderme, Pa-ari, porque te echaré de menos

más que a nadie. Adiós. —Abrazada a mis pertenencias, caminé hacia la entrada.

—Que las plantas de tus pies sean firmes.

Me había echado la antigua bendición; yo llevaba en el corazón el recuerdo de su voz y sus palabras al salir de casa. Encontré a mi padre ya olfateando la extraña opacidad del aire que precede siempre al amanecer. No me dijo una palabra y ambos cruzamos en silencio la plaza de la aldea. Caminé sin mirar atrás. Ya había jurado no volver a pisar el suelo de Asuat.

El guardia parecía cansado; su actitud fue irascible hasta que reconoció la voz de mi padre.

—Qué, ¿hoy no traes vino de palma para desayunar? —bromeó mientras se acercaba a la cabina. Oí que preguntaba algo al ser que estaba dentro, pero la respuesta no llegó hasta donde estábamos nosotros. Luego levantó las colgaduras e hizo un gesto de asentimiento. Cruzamos hacia la barca y entramos en la cabina.

La estancia estaba en penumbra. La única luz provenía del pequeño brasero que el vidente había usado mucho antes para encender la lámpara, ahora apagada. Me invadió el aroma de los jazmines, pero en esa ocasión lo recibí de buen grado, llevándolo a mis pulmones como presagio de cambios. Percibí apenas los contornos, ya familiares, de la mesa y el arcón, los almohadones y el camastro. El ser que estaba sentado en el camastro se levantó, convertido en una columna gris rodeada, envuelta, encerrada en voluminosos lienzos. Me sorprendió que mi padre le hiciera una reverencia. A mí en mi primera visita no se me había ocurrido. La voz que salió de las envolturas parecía apagada.

—Saludos —dijo—. Soy el vidente Hui. No me interesa mucho conocer tu nombre. No tiene importancia.

—Puede no tener importancia para ti, maestro, pero es vital para mí y confío que también lo sea para los dioses. Si no quieres saberlo, no te lo diré. Thu, ve a sentarte contra la pared opuesta. —Obedecí, orgullosa por mi padre, que no se acobardaba ante aquella amenazadora visión. Su respuesta había sido digna—. Me dice mi hija que le has ofrecido un puesto en tu casa —continuó midiendo las palabras—. La amo y quiero que sea feliz. Por eso me he presentado ante ti, para preguntarte qué clase de servicios va a prestarte.

—Tenía la impresión de que era yo quien te había hecho venir —dijo Hui, con frialdad—. No obstante, comprendo los temores que callas. No tengo concubinas ni pago para servirme de ramera. La virginidad de tu hija está a salvo conmigo. Por supuesto, pienso custodiarla con mucho más celo del que tú parece poner. Thu es inteligente y ambiciosa. Cultivaré su inteligencia y le enseñaré el debido uso de la ambición. Thu, a su vez, me ayudará en la preparación de los medicamentos y en los estudios que realizo sobre la naturaleza y las propiedades de los minerales. Una vez al mes escribirá una carta a su familia. Si pasa un mes sin que recibáis noticias tuyas, puedes presentar una denuncia ante tu arconte para que se me envíe una citación. A cambio de su ayuda, te pagaré un deben de plata y te haré asignar las *arouras* de tierras *jato* disponibles en la zona de Asuat.

Ahogué una exclamación. Con un deben de plata se podía mantener a nueve personas durante un año, por lo menos. Mi padre se volvió con expresión severa hacia mí.

—Eso ha sido una descortesía —me regañó. Luego se volvió hacia el hombre, pero de pronto me llegó el olor de su transpiración nerviosa, acre y ofendida—. Thu no está a la venta —dijo con frialdad— y lo que ofreces no es una dote. Además, como en Asuat no hay ningún agricultor a punto de morir, no hay tierras que estén a punto de volver a manos del faraón y se conviertan en *jato*. ¡Thu no está a la venta!

Me pareció oír una risita de aquella boca vendada y oculta además tras la capucha.

—No pretendo comprarla, estúpido, sino compensarte por el trabajo que ya no podrá realizar como aprendiz de tu esposa. Y no tengas el descaro de poner en duda mis adivinaciones. Dentro de un año, cinco *arouras* de esta tierra pasarán a ser *jato*. Son tuyas. Y añadiré un esclavo para que te ayude a labrarlas.

Mi padre pasó largo rato sin decir nada. Luego se acercó más al vidente.

—Estás deseoso de llevarte a mi hija, ¿verdad, maestro? —dijo con suavidad—. ¿Por qué? Las grandes ciudades de Egipto están llenas de niñas nobles, bien educadas, tan inteligentes y ambiciosas como Thu, que requerirían menos adiestramiento. ¿Cuáles son tus verdaderos motivos?

Hui se mantuvo erguido y hasta acortó el espacio que lo separaba de mi

padre. Su paso deslizante transmitía la sensación de una amenaza.

—No te corresponde a ti cuestionar la voluntad de los dioses —dijo—, pero puedo decirte que, hace tres meses, vi a tu hija en el óleo de mis adivinaciones. Nada sabía de ella, salvo su nombre, hasta el momento en que apareció ante mí, completamente desnuda y chorreando.

«Oh, no tenías por qué decirle eso», pensé, inquieta. «Tratas de provocarme y de fastidiar a mi padre.» Pero mi padre no mostró reacción alguna. Hui continuó:

—No trato de manipular el destino. Me limito a leer los mensajes de los dioses, los aplico según mi entender y aguardo sus frutos. Esperé para ver qué significaba la cara del aceite. Los dioses señalaron esta noche para yuxtaponer su voluntad a la de Thu. —Los hombros cargados de lienzo se encogieron en un gesto de resignación—. Digo la verdad.

Mi padre lanzó un suspiro y su cuerpo se relajó. Después de un rato, una leve sonrisa apareció en su rostro.

—Rechazo la plata —dijo—, pero aceptaré la tierra... si pasara a ser *jato*. Y el esclavo.

—Bien. —Hui se dirigió a la mesa para coger un papiro que ofreció a mi padre—. Pones a prueba mi capacidad de vidente, campesino. Lo haces con más sutileza de la que yo habría esperado y con ingenio; por eso no te convertiré en sapo en el acto. —Dejó escapar una risa maliciosa—. Esto contiene la promesa que te he hecho. El ofrecimiento de dinero permanece en el documento, por si alguna vez lo necesitaras. ¡Thu! ¡Levántate y di adiós a tu padre!

Se sentó en el camastro, impasible, esperando que yo me levantara. Ya habían llegado a un acuerdo. Mi padre tenía el rollo en la mano. Ya me encontraba a las órdenes del vidente.

Levanté la mirada hacia la cara de mi padre, tan familiar, tan digna de confianza. Su mano grande y tosca me cogió el mentón para observarme un momento.

—¿Estás segura de que esto es lo que deseas, Thu mía? —me preguntó en voz baja—. Todavía puedes cambiar de idea y volver a casa conmigo.

Me apreté contra él y lo abracé con fuerza.

—No —respondí contra su pecho—. Si vuelvo a casa estaría preguntándome siempre cuál sería el destino que rechacé. Despideme de madre. No he podido hacerlo por lo afligida que estaba. A quien se encargue de abreviar a Preciosos Ojos Dulces, dile que no le gusta el barro frente a la aldea. Prefiere el bajío arenoso que está un poco más al norte. Di a Pa-ari...

Mi padre se desprendió de mis brazos y me puso un dedo sobre los labios.

—Comprendo —dijo—. Te amo, Thu.

Me besó la coronilla y, después de hacer una reverencia a Hui, caminó hacia la cortina, que susurró al cerrarse detrás de él. Oí cómo saludaba al guardia, sus fuertes pisadas en la rampa; luego desapareció.

Atenta a lo que acontecía dentro, yo no había notado la actividad que reinaba fuera de la cabina, y fue entonces cuando oí pies que se movían, el golpeteo de sogas al caer, ásperas órdenes. El roce de madera contra madera indicó que retiraban la plancha. La nave se estremeció. Hui y yo nos miramos. Yo seguía apretando contra el pecho el cesto y la caja.

—¿Eso es todo lo que has querido traerte? —preguntó, incrédulo.

—Es todo lo que tengo —asentí.

—¡Dioses! —exclamó él—. ¿Está limpio? No quiero aquí piojos ni pulgas. Oh, por Set, no vuelvas a llorar. Si quieres contemplar Asuat perdiéndose bajo la luz de la aurora, sal a cubierta. En este momento navegamos por el canal y en seguida viraremos hacia el norte. Voy a dormir.

No quería ver la desaparición de Asuat. No habría podido soportar el dolor ni la excitación.

El vidente se había quitado ya el manto y la capucha y en ese instante se soltaba el pelo blanco. Por un horrible segundo pensé que iba a ordenarme que me metiera en el camastro con él, pero se limitó a pasarse una camisa por la cabeza; luego, se quitó la falda talar y las vendas de los pies. Mi cabeza daba vueltas debido al cansancio.

—Bueno —dijo con impaciencia, mientras se cubría con la sábana—. ¿Sales?

—No —susurré. Hablar era un esfuerzo para mí—. Quiero dormir, maestro.

—¡Bien! Hay muchos almohadones en el suelo; junto al arcón encontrarás más sábanas dobladas. Espero que descanses.

No me pareció que me invitara a un sueño profundo; antes bien, expresaba la esperanza de que yo no roncara. Agrupé con torpeza los cojines para hacerme una cama junto a la pared más alejada. Luego cogí una sábana y, envolviéndome en ella, me tumbé hecha un ovillo, extenuada y nerviosa. Una débil luz empezaba a filtrarse por las pocas rendijas de las cortinas, dando mayor claridad al interior de la cabina. Eché un vistazo al vidente. Tenía los ojos abiertos y me estaba observando. Para no ver el destello rojo de su mirada, le di la espalda y casi al instante me quedé dormida.

Me desperté en la misma posición en que me había echado, tras un sueño profundo e incoherente que olvidé en cuanto volví a la realidad. Aturdida, estiré la mano hacia el borde del jergón y, en cambio, encontré algo blando. Allí hacía un calor sofocante y la luz difusa del sol ardía a mi alrededor. Me había quedado dormida; madre estaría furiosa por las tareas sin hacer. Entonces vi el camastro en el otro extremo, ya pulcramente hecho, y la silueta que trabajaba sentada a la mesa, con una paleta de escriba y sobre ella unos dedos sarmentosos. Vestía un faldellín de muchos pliegues que le cubría los muslos. Le rodeaba el cuello un collar de escarabajos esmaltados en verde y azul, con intrincados, detalles y entre los omóplatos colgaba la parte posterior del mismo: un negro ojo de Horus ribeteado en oro. El anillo-serpiente centelleaba con el movimiento de sus dedos.

Lo estudié con los ojos entornados. La noche anterior me había parecido misterioso, terrible, atemporal, una cosa no del todo humana. Aquella mañana, en cambio, con Ra furioso tras las cortinas, mantenía su misterio, pero ya no asustaba y era decididamente humano. El sudor se escurría desde sus axilas, cubiertas de vello blanco. Tenía un pequeño moretón en el brazo, negro azulado y amenazador en aquella piel como encalada; mientras escribía se había quitado una sandalia de cuero para enganchar un pie tras el otro. Yo tenía a la vista sólo su perfil, pero la línea del mentón era limpia y firme.

—He girado siete veces la clepsidra desde que te dormiste —dijo, sin levantar la mirada ni detener la mano que apuñalaba el papiro—. Hemos comido, los remeros han descansado, la ciudad maldita ha quedado atrás y hemos visto dos cocodrilos en el ribazo. Son un buen presagio. A tu lado tienes comida y bebida.

Me incorporé. En la bandeja había agua, que me bebí en seguida, cerveza y un plato de pan con guisantes y trozos de pato con aceite y ajo. Aunque el calor de la cabina era insoportable, me abalancé de buena gana sobre la comida.

—¿Qué es la ciudad maldita? —quise saber.

—No hables con la boca llena —replicó, distraído—. La ciudad maldita es un sitio donde reina la soledad, el calor y las ruinas. Ya nadie vive allí, aunque se permite que los campesinos se lleven los bloques para moler el cereal y afirmar los canales de riego. La construyó y habitó un faraón condenado, desafiando a los dioses. Pero ellos se vengaron y ahora sólo hay chacales y halcones en Ajetatón. Tienes las manos grasientas. Junto a la pared hay un cuenco de agua, lávate.

Atándome con torpeza la sábana que me envolvía, me levanté para enjuagarme los dedos. Luego me bebí la cerveza.

—¿Qué haces, maestro? —pregunté.

El vidente se echó hacia atrás, dejando con mucho cuidado el estilo en la paleta, y volvió su mirada hacia mí. Había diminutas líneas alrededor de sus ojos inyectados en sangre y un profundo surco entre la nariz y la comisura de la boca; eso confería un aspecto cínico a su rostro, por lo demás intrigante.

—Jamás me preguntes eso —dijo con serenidad—. En realidad, Thu, si quieres hacer una pregunta debes pedir permiso para hablar. Mientras dormías he examinado tus pertenencias. Ponte el sayo. Esa cosa harapienta que traías puesta al regresar con tu padre la he arrojado por la borda. Al anochecer, cuando amarremos, podrás bañarte como es debido en el río. Hasta entonces, tendrás que seguir sucia. Ve a cubierta y diviértete, pero no converses con mis sirvientes. He hecho tender un toldo contra la cabina para que puedas estar a la sombra.

Eché una rápida mirada a mi alrededor. Mi preciosa caja, mi vínculo con la familia y la infancia, no estaba a la vista, pero vi el cesto tal como lo había dejado.

—¡Maestro! —barboté—. ¿Puedo hacer una pregunta? —Él asintió—. Mi caja...

—Tu caja está en el cesto —respondió, con un desdeñoso mohín—. Me ha

parecido que allí estaría más segura. Ahora vístete y sal.

Saqué del cesto mi mejor sayo, que ahora era el único, y vacilé, azorada ante la idea de mostrarme desnuda ante él a plena luz del día. Se volvió hacia mí, impaciente.

—Si hubiera querido violarte, niña estúpida, a estas horas ya podría haberlo hecho diez o doce veces, aunque no me explico por qué te crees tan tentadora. Anoche, cuando te pavoneabas sin ropas, dije con toda claridad que no tenía el menor interés por ese cuerpecito flaco. ¡Vete!

Turbada, dejé caer la sábana y me pasé el sayo por la cabeza.

—No me pavoneaba —repliqué, mientras apartaba la cortina para salir a la cegadora luz del sol.

La borda estaba a cuatro pasos. Me detuve, parpadeando ante la visión que se ofrecía a mis ojos. Navegábamos con mucha calma, pero a buen ritmo, por la parte central del río, entre bancos de arena salpicados de palmeras raquílicas. Más allá, un grupo de casas de adobe se amontonaba a la orilla de los campos reseco y agostados. Un buey pardusco, hundido hasta la rodilla en los turbios bajíos, bebía con la cabeza gacha. Un pequeño campesino desnudo, con una vara en la mano, nos miró al pasar; era una mancha parda en el paisaje como su bestia. A lo lejos, las colinas desérticas reverberaban como oro bajo el resplandor solar y el cielo blanqueaba de calor. Al volverme tímidamente hacia proa, donde los remeros se movían hacia delante y hacia atrás, al ritmo cadencioso de la voz del cómitre, la aldea quedó atrás, perdida entre tierras vacías, cortadas por un sendero que serpenteaba junto al Nilo. Fue una desilusión. Lo mismo habría podido estar contemplando Asuat y sus alrededores desde el bote de pesca de mi padre.

La cubierta estaba caliente bajo mis pies descalzos. Los remeros no me prestaban atención, pero el cómitre, desde su banquillo instalado bajo el dosel, me distinguió con una inclinación de cabeza. Caminé hacia el sitio donde la grácil proa se curvaba hacia dentro, por encima de mi cabeza, y me asomé. El ímpetu del barco levantaba estelas de cristal; sobre mi cabeza, la bandera azul y blanca, los colores imperiales, restallaba con el viento norte que predomina en verano. Me agradó la brisa caliente en la piel, después de haber estado encerrada en la cabina. Más adelante el río describía una lenta curva y se perdía de vista. Me retiré hacia la pared de la cabina, donde habían instalado para mí un toldo de lienzo blanco y varios almohadones en la

cubierta.

Me senté a la sombra dando un suspiro de satisfacción. No era un buen momento para pensar en Asuat, dejándome llevar por la nostalgia. Sería mejor recordar la desesperación de la partida y la respuesta de los dioses a mis plegarias. Examiné el vago remordimiento que me invadía y me dije que era culpa de la desacostumbrada ociosidad en que estaba. Mi madre no me habría permitido holgazanear allí como una mujer de la nobleza, sentada entre blandos satenes, mientras los remeros pujaban y gruñían ante mis ojos. «Pronto iré a popa, a ver al timonel», me dije. Pero la indolencia me tenía agarrada entre sus suaves garras y me entregué a ella con placer.

Debí de quedarme medio dormida, pues el sol estaba mucho más al oeste cuando mi amo me llamó con urgencia desde la cabina. Mientras acudía a toda prisa, noté un cambio en los plácidos bajíos y en los ribazos del Nilo. Estábamos pasando frente a una casa de un estilo que yo hasta entonces nunca había visto. Tenía escalinata propia hasta el río, como si la habitara un dios, y a su alrededor la tierra estaba cubierta de árboles de un verde asombroso. Eso requería muchos sirvientes que acarrearán agua desde el río empequeñecido. Divisé columnas blancas como huesos lavados y parte de un muro de piedra. A lo lejos, hacia proa, asomaba otra finca. De pronto, me sentí como extranjera en mi propia tierra: una inculta campesina con polvo bajo las uñas, sin la menor idea de cómo se vivía en aquellas sublimes mansiones.

En aquella ocasión hice una reverencia al encontrarme en presencia de Hui. Estaba tendido en el camastro, envuelto en una sábana, con el lienzo bajero empapado de sudor. Apenas se podía respirar, por lo denso del aire y por su hedor corporal, con un leve aroma de jazmín. Recordé fugazmente los trabajos de parto a los que había asistido con mi madre. Muchos de esos atestados cuartuchos de adobe olían de aquel modo.

—¿Por qué no sales, maestro? —barboté sin reflexionar en lo que decía—. Ra se está hundiendo hacia la boca de Nut y pronto la brisa será más fresca.

—No tienes modales, Thu —murmuró—. Te he dicho que no me hagas preguntas. Tampoco puedes darme consejos, a menos que yo decida pedirte los. Que los dioses no lo permitan. No puedo salir mientras Ra esté todavía en el cielo. El más leve toque de sus rayos en mi piel me causa un tormento indecible, como si hubiera descendido a apoyar la boca contra mi

carne. —Vio en mi rostro vergüenza por mi presunción y sonrió—. Si hubiera nacido *fellahin*, como tú, mi padre me habría sacrificado o el mismo Ra me habría quitado la vida. A veces, sobre todo cuando me veo obligado a viajar en condiciones primitivas, como éstas, lamento que no haya sido así. La luna es más de mi gusto que el poderoso Ra y debo fidelidad a Thot, el dios al que ella pertenece. Esta noche amarraremos en las afueras de Jmun, su ciudad. Quizá quieras ver el cementerio sagrado que los ibis llevan para descansar bajo su protección. No obstante... —Señaló la mesa—. Siéntate en el suelo, a mi lado, y léeme esos rollos. Son cuentas sin importancia que me envía mi tesorero y cartas de un amigo de Nubia; ya conozco su contenido. Busca las palabras que no conozcas.

Recogí los rollos y le miré.

—¿Puedo decir algo, maestro?

—Supongo que sí.

—Permite que te bañe. En el barreño hay agua y paños. Tengo mucha experiencia en aliviar a las parturientas. Podría hacer que te sintieras mejor.

Ensanchó la sonrisa y acabó riendo.

—Es la primera vez que se me compara con una hembra de cría —carcajeó—. Siéntate y haz lo que he dicho, Thu.

Me senté, pues, y deletreé los rollos, a veces con facilidad, pero más a menudo con una dificultad humillante. Las lecciones de Pa-ari no me habían llevado tan lejos como yo, en mi vanidad, creía. Hui me corregía de manera brusca, pero no exenta de bondad; mientras tanto, la luz acabó por iluminar todo el espacio hasta alcanzar un rosado cordial y el barco dejó de mecerse. Por fin, oí que tendían la plancha.

—Permiso para entrar, maestro —nos interrumpieron—. Soy yo, Kenna.

—Pasa.

El hombre que se presentaba haciendo una reverencia vestía un simple faldellín blanco, con el borde bordado en amarillo. Una cinta, amarilla también, le ceñía la frente y caía contra su espalda desnuda. Calzaba sandalias de paja, lucía un brazalete de plata y olía que daba gloria a aceite de azafrán. Presumí que el barco de los sirvientes también había amarrado. Esa persona, de nariz aristocrática y mirada altanera, no podía ser otro que el Alto

Mayordomo de Hui.

—Habla —ordenó el amo.

—El sol está casi bajo el horizonte y ya se han encendido las fogatas para cocinar. ¿Quieres vestirme y bajar al río para bañarte? Un acólito del templo de Nun espera en la orilla para conocer tu voluntad. El gran sacerdote desea que cenes esta noche con él, si te apetece.

Kenna, pues, era sólo el sirviente personal de mi maestro. ¿En qué nubes de lujo aparecería el Alto Mayordomo? Me sentí reducida a una insignificancia. Hui me hizo un gesto con la cabeza. Me estaba despidiendo.

—Busca un sitio retirado y báñate —me dijo—. Después ve a la barcaza de los sirvientes para que te den de comer. Kenna, cuando termines conmigo ocúpate de ella y de que tenga todo lo necesario. Puedes visitar la ciudad de Jmun el tiempo que quieras, Thu; en adelante, viajarás en la barcaza de los sirvientes. Kenna volverá a ocupar su sitio aquí, en mi cabina. —El sirviente personal me fulminó con la mirada. Me levanté y, dejando los rollos en la mesa, hice una reverencia a Hui antes de salir, y pasé junto al celoso Kenna. Conque se me relegaba a las habitaciones de servicio. «¿Y qué esperabas?», me pregunté furiosa, mientras bajaba por la plancha. «¿El reconocimiento instantáneo, oh dama Thu de los libus? ¿Respeto, deferencia y mimos? ¡Despierta! Si quieres todo eso tendrás que ganártelo. Muy bien», proseguían mis pensamientos, mientras aspiraba con fuerza el aire del anochecer, mirando a mi alrededor, «trabajaré y tendré todo eso».

Lo que apareció ante mí apartó de mi mente toda irritación. La barcaza descansaba junto a la punta de una amplia bahía, bordeada de acacias y sicomoros. Algo más allá alegraban la playa el parpadeo de las hogueras y la animada conversación de los sirvientes junto a su propio barco. Supuse que los remeros estaban también allí, pues se habían subido los remos del barco de Hui a cubierta. Más allá de las dos embarcaciones se extendía, a lo largo de la bahía y bañada en el resplandor de un rojo crepúsculo, la ciudad más grande que jamás había visto. Las escalinatas conducían desde el río a unos jardines ocultos, cuyos árboles asomaban por encima de los muros de adobe. Había embarcaciones ligeras de todo tipo meciéndose en sus amarras. Aquí y allá aparecía una vereda que se hundía en un palmeral y volvía a aparecer, sólo para cruzar entre algunas chozas y perderse una vez más. Detrás de las casas, las chozas y los árboles, se distinguían apenas los pilones parduscos y

las inhiestas columnas de varios templos. Yo sabía que en algún lugar cercano, encerrado en lo más sagrado de lo más sagrado, estaba el santo montículo que se había alzado en primer lugar entre las aguas primordiales de Nun, el caos original, el sitio donde Thot, dios de la sabiduría y la escritura, patrono de todos los escribas, se había engendrado a sí mismo para nacer luego de una flor de loto. Pensé en mi escriba favorito, mi querido Pa-ari, y deseé con fervor que pudiera conocer la morada de su dios.

Me volví para caminar por la orilla y alejarme de la ciudad y las barcazas. Allí había senderos para asnos que serpenteaban entre la maleza reseca; uno de ellos me condujo hasta un pantano recoleto. Los juncos se alzaban como quebradizas lanzas de algún ejército ausente, pero una vez los hube atravesado, encontré arena firme bajo los pies. El sol había desaparecido; la oscuridad se acentuaba. El agua ya no era diáfana, pues reflejaba el cielo oscurecido. Después de quitarme el sayo por la cabeza, vadeé en el calmo abrazo de las aguas. No tenía natrón para lavarme, pero me las arreglé como pude recogiendo arena con la que frotarme vigorosamente y darme un masaje con los dedos en el cuero cabelludo. Al terminar ya no veía la orilla opuesta. Me rodeaba un silencio absoluto. Cerré los ojos, hundida hasta la cintura en el forcejeo casi imperceptible de la corriente.

—Oh, Uepuauet —oré—, fuerte dios de la guerra, tótem mío. Ayúdame a librar la batalla contra mí misma y con el desconocido Egipto hacia el que navego. Dame la victoria y, con ella, el deseo de mi corazón.

Todavía no había abierto los ojos, cuando un chacal empezó a aullar en la otra orilla del río, muy cerca de mí. Me estremecí. Uepuauet acababa de escucharme.

Cuando volví a las barcazas ya era noche cerrada y estaba hambrienta. Rodeando el navío de mi maestro, en cuya cabina ardía una lámpara, marché con resuelta decisión hacia las fogatas crepitantes de los sirvientes. Salí al círculo de luz sin que, en un principio, nadie reparara en mí; después Kenna se levantó de su banquillo para acercarse.

—Tengo entendido que te incorporas al personal del maestro como servidora y aprendiz —me dijo fríamente, sin ambages—. No creo que el título de aprendiz te autorice a darte aires de grandeza. Conserva la humildad, porque no durarás mucho aquí. Así la caída no será tan dura, cuando te envíen de regreso al polvo en que naciste. —Me miró de arriba

abajo, con deliberada insolencia—. A veces, el maestro tiene estas debilidades momentáneas, pero se cansa pronto de jugar a ser el señor generoso. Recuérdalo. —Señaló al otro lado de la arena—. Ahí tienes sopa de lentejas, pan, cebollas y cerveza. Dormirás con los otros, en la cubierta de la barcaza. Haré que te preparen un jergón y una manta.

Regresó a su banquillo y pronto se enfrascó en una profunda conversación con un hombre al que reconocí como cómitre de la embarcación de Hui.

Si yo hubiera tenido algunos años más, habría sabido, para empezar, que Kenna estaba marcando su territorio como el perro del desierto que levanta la pata contra una piedra y, además, que amaba desesperadamente a su amo y tenía celos de cualquiera que pudiera usurparle su sitio en el afecto de Hui. Pero yo era una inocente muchacha campesina, herida por las crueles palabras de aquel hombre. Mientras llenaba de sopa un cuenco de terracota y colocaba unas rodajas de cebolla en el pesado pan de cebada, me obligué decididamente a recordar lo que Hui había visto en el cuenco de adivinación, la mano del destino en mi vida, el valor que yo me reconocía, sin preocuparme por la visión que otros tuvieran de mí. Juré ajustarle las cuentas; le echaría en el vino tantos polvos de ababol que, al cumplir con sus tareas, parecería como si estuviera ebrio. Vertería ciertas sales en su comida, para que sus intestinos se convirtieran en agua. Incluso cuando conversaba seguía observándome, atentos sus ojos oscuros a todos mis movimientos.

Haciendo equilibrio para que no se me cayera la comida, fui a reunirme con el grupo de sirvientes que estaban sentados junto a una de las hogueras. Permitieron de buen grado que me sentara junto a ellos. Su recibimiento fue cordial. Algunos eran cocineros; otras, fregonas que limpiaban las barcazas y las habitaciones del maestro. Allí estaban los remeros y los soldados que no tenían que hacer guardia. Habían montado sus tiendas a cierta distancia, pero disfrutaban con la camaradería reinante. El guardia que nos había hecho pasar a la cabina me reconoció; como había bebido con mi padre, me saludó con amabilidad. Cuando la noche cerraba los ojos y las fogatas empezaron a apagarse, fui con ellos a la barcaza y dormí con tranquilidad en el jergón que me había proporcionado el desdeñoso Kenna. No había visitado el cementerio de los ibis porque no me atraía la idea de vagar sola por un lugar tan extenso; además, me prometí que algún día navegaría allí con toda la pompa, con cien sirvientes propios y acompañada por Pa-ari; juntos investigaríamos todas las maravillas de la morada sagrada de Thot.

Pasé el segundo y el tercer día de navegación en compañía de los otros sirvientes. Hui no me hizo llamar; yo no sabía si alegrarme o preocuparme por eso. Mis compañeros no hablaban de su deformidad. No se me ocurría otra palabra para definir su físico grotesco. Quizá él o su madre hubieran recibido una maldición antes del nacimiento. ¿O su mal era la manifestación exterior de la videncia que le habían otorgado los dioses? Era imposible saberlo.

Kenna viajaba en el otro barco, de modo que a menudo había alegres reuniones bajo el enorme toldo de nuestra embarcación. Mientras tanto, nos dirigíamos sin pausa hacia el norte. Aldeas y pequeñas ciudades, sembradíos muertos y palmeras marchitas, el desierto de arena más allá de la tierra cultivada y los imponentes acantilados que protegían Egipto pasaban junto a nosotros con la dignidad propia de un sueño; yo lo contemplaba todo, soñolienta; hablaba y escuchaba, comía y dormía, la alegría crecía en mí sólo turbada por la nostalgia de mi casa. Como casi todas las aldeas se parecían a Asuat, a veces tenía la sensación de que la nave estaba atrapada por un hechizo e inmóvil, mientras la misma Asuat pasaba una y otra vez, sin parar, un espejismo que apenas estaba fuera de mi alcance. Pero en otras ocasiones, cuando me sentaba al caer el día sobre la arena fresca, charlando con mis compañeros, bebiendo cerveza y comiendo nuestros simples alimentos, mi aldea se esfumaba en la irrealdad, y entonces empezaba a encontrar el equilibrio.

La tarde del cuarto día llegamos a la planicie de Giza. Sobrecogida por el silencio de la noche me incliné sobre la borda y contemplé las poderosas pirámides que sembraban el desierto. Las conocía de oídas; mi padre había hablado de ellas una o dos veces, pero sin decir nada que me preparara para admirar tanta grandiosidad y tan sobrecogedora nobleza. Mis compañeros, que ya las habían visto muchas veces, no les prestaban atención, pero yo empecé a imaginarme a los faraones cuyas tumbas eran las pirámides y me preguntaba cómo habría sido Egipto en aquella lejana época. Me mantuvieron el resto del día en una encantada inquietud; todavía eran vagamente visibles cuando amarramos ante la ciudad de On.

Comparada con la grandeza de la morada de Ra, Jmun no era más que un campamento. Nos aproximábamos al Delta, por lo que el río se poblaba de tráfico. Los muelles de On bullían de tanto movimiento. A lo largo del río se alineaban las fincas de los nobles, hasta donde llegaba la vista, y detrás de

ellas el gran templo de Ra despedía un incesante raudal de incienso y de cánticos hacia el azul oscurecido del cielo vespertino.

El maestro había ordenado que pasáramos la noche en la orilla occidental del río. La ciudad se extendía a lo largo de la orilla oriental; la occidental estaba reservada a los muertos. Creo que esa orden se debía a que Hui tenía cierta animadversión a Ra, que lo quemaría a la menor oportunidad; cualquiera que fuese la causa, nuestra actitud era callada mientras encendíamos nuestras hogueras y compartíamos la comida, pensando en las tumbas que teníamos detrás de nosotros, en el páramo vacío del desierto, iluminado por las estrellas. No quise ver la ciudad. No me atraía abandonar la seguridad de la barcaza. Como el animal asustado que se acurruca en su guarida, así yo me aferraba a lo conocido, tratando de prepararme para otro cambio crucial. El desasosiego que había sentido en Asuat, mis audaces sueños de huida, parecían allí endebles invenciones de la niña que, mientras juega con las muñecas, se encuentra de repente con la necesidad de atender a un niño de verdad. Me moría por estrechar la mano reconfortante de Pa-ari.

Esa noche se apagaron las hogueras y con ellas las ocasionales conversaciones de mis compañeros sin que yo pudiera conciliar el sueño. Tendida de espaldas, contemplaba al rojo Horus, que relumbraba con tristeza en su red de constelaciones blancas. Al día siguiente entraríamos en el Delta; dos días después vería la casa de mi maestro. No quería pensar en el futuro. Tampoco quería detenerme en el pasado, me bastaba con el presente. Al cabo de un rato cerré los ojos, pero de nada sirvió. Me puse el sayo y abandoné la barcaza.

Un guardia me dio la voz de alto, pero luego me dejó pasar con una advertencia. Se me había dicho que las orillas del Delta podían resultar peligrosas; las tribus del este, a las que el faraón había derrotado tres veces en combate, seguían infiltrándose en Egipto, pasando los fuertes fronterizos de Djahi, en el norte de Palestina y Silsiléh, para llevar sus rebaños a pastorear en tierras egipcias. Los libus del desierto occidental, que se habían aliado con el pueblo oriental en sus intentos de conquistar el Delta por la fuerza, insistían en atacar las aldeas del Delta, con sus ricas huertas y viñedos. No faltaban asesinatos, robos y gente herida; el ejército no podía patrullar en todas partes al mismo tiempo. Los *medjau* hacían lo posible, pero estaban adiestrados para vigilar las aldeas y enfrentarse a los disturbios internos; los depredadores del desierto eran demasiado para ellos.

Todo esto me causó una desagradable impresión. Estaba convencida de que Osiris Setnajt el Glorioso, el padre de nuestro faraón, había establecido la seguridad interna en Egipto y de que nuestro Horus de Oro actual había expulsado para siempre de nuestras fronteras a los extranjeros. La creciente vigilancia de los soldados, según avanzábamos más hacia el norte, no llamaba la atención de mis compañeros, que la consideraban normal.

Aun así, no estábamos todavía en el Delta, sino en las proximidades de la ciudad de On, lejos de los cultivos del este y el oeste. Yo no tenía intención de alejarme mucho; sólo quería cansar un poco el cuerpo para poder dormir. Me mantuve cerca del río, asegurando los pies al pisar entre las sombras negras y la luz cenicienta de la luna.

Al llegar a una extensión arenosa y despejada, cuando estaba a punto de emprender el regreso, lo vi. Estaba de pie, en el agua plateada, hundido hasta la cintura; tenía los brazos levantados, la cabeza echada hacia atrás y el lustroso pelo blanco cayéndole en cascada sobre los hombros como espuma iridiscente. Allí, bañado en la clara aura de su dios, perdido en la adoración o en trance de vidente, poseía una belleza sin igual. Me detuve, conteniendo el aliento. Empecé a retroceder en silencio, pero debí de romper una ramilla bajo el pie, pues se giró en redondo para llamarme.

—¿Estás espiándome, rezando o buscando aventuras, mi pequeña campesina? ¿Cómo te entiendes con mis sirvientes? Tal vez te has escabullido hacia el sur, en busca de Asuat, como el caballo mal adiestrado busca su establo.

Todavía no lo conocía como para saber si se estaba burlando de mí o no. No pude distinguir su cara entre las sombras de la noche, aunque el fantasmagórico claro de luna le bañaba el cuerpo.

—Te he encontrado por casualidad, maestro —dije en voz alta—. No era mi intención espiarte.

—¿No? —Apoyó las manos en las caderas, ocultas bajo el lento remolino del agua oscura—. Pero me dice Kenna que te pasas el día haciendo preguntas a tus nuevos amigos. ¿Me habré equivocado al depositar mi confianza en ti?

Eso era tan injusto que, por no hallar una respuesta inmediata, guardé silencio. Una vez más se me ocurrió que estaba someténdome a alguna prueba. Eso me disgustó.

—Claro que Kenna es hombre de violentos prejuicios en lo que a mí se refiere —prosiguió con calma—. No le gustas nada.

—¡Bueno, tampoco él me gusta a mí! —grité a mi vez—. ¡No debería juzgarme basándose en una sola vez que me ha visto!

El maestro empezó a vadear hacia mí.

—No importa —comentó—. Kenna es sólo un sirviente. Sus opiniones no me interesan. ¿No es así, Kenna?

Giré en redondo. El hombre estaba detrás de mí, con las ropas del amo en los brazos. Me miró a los ojos; su rostro era una máscara.

—Así es —corroboró, inexpresivo.

—Bien.

Hui había salido del agua y se acercaba desnudo hasta nosotros. «¿Por qué no?», pensé con sobresalto. «Kenna y yo somos igual que nada, poco más que esclavos sin rostro y sin importancia.» Debería haber bajado la mirada, pero no pude. Me hipnotizaba la simetría pálida de aquel vientre blanco y musculoso, las nalgas altas y redondas, el objeto que pendía entre los gruesos muslos de Hui. Avergonzada, intrigada, furiosa y acalorada, mis catorce años no me permitían reconocer la aurora de mi sexualidad; sólo ahora, al recordarlo con tristeza, veo en eso el florecer de una pasión confusa que marcaría el resto de mi vida. Cobré conciencia de la súbita tensión de Kenna, un momento antes de que él me dejara atrás para secar el agua que corría como leche por el cuerpo de Hui. Aunque sus movimientos eran rítmicos, suaves e impersonales, yo lo observaba con los dientes apretados. Hui no dejaba de mirarme, mientras su sirviente lo envolvía en unos lienzos, dejándole sólo la cabeza desnuda. Cuando Kenna hubo terminado, Hui lo despidió con brusquedad. El hombre le hizo una reverencia y desapareció en seguida en la oscuridad.

—¿Eres feliz, Thu? —preguntó el maestro—. ¿Lamentas tu decisión de haber unido tu destino al mío?

Ahora me miraba con ternura. Negué con la cabeza.

—Bien —dijo, pensativo—. Y ahora, mi terca potranca, nos sentaremos aquí, en la hierba seca, bajo los árboles secos, y te contaré un cuento para que te duermas. —Ante mi asombro, se acomodó en la tierra, doblando las

rodillas bajo el grueso manto, y me indicó por señas que me sentara a su lado. Obedecí—. Te contaré cómo fueron creadas todas las cosas —empezó—. Y entonces podrás dormir, ¿verdad? Bien. Apoya la cabeza contra mí. Al principio, Thu, aun antes de que hubiera un principio, el Nun lo era todo. Caos y turbulencia. Y con el Nun existían Huh, la infinitud, y Kuk, la oscuridad, y Amón, el aire...

Su voz tenía una virtud hipnótica, deliberadamente tranquilizadora y reconfortante, pero el vigor del cuento me obligó a escuchar, al menos un rato. Me explicó que Atón, hijo del caos que era Nun, se había creado a sí mismo por un esfuerzo de la voluntad; luego, trajo la luz para que dispersara a Kuk, la oscuridad. Por eso, a veces Atón era Ra-Atón, el fénix siempre nuevo. Contó que Atón, por estar solo, copuló con su sombra y así engendró a los dioses. Su tono iba y venía por las fantasías que el sueño iba conjurando en mi mente. Apenas me di cuenta de que había caído contra él y que su brazo me rodeaba. Luego su voz se convirtió en un sonsonete. Sentí que me llevaban en brazos y me depositaban en el jergón; me cubrieron con la manta hasta el mentón; luego vino el placentero olvido de un sueño reparador.

CAPÍTULO 5

Al pensar en lo acontecido aquellos días en el río aún se me hace un nudo en la garganta, pues yo todavía era casi una niña; estaba llena de esperanzas y confiaba tanto en los dioses como en los hombres. Dejando atrás a On, el Nilo se dividía en las tres grandes ramas y en otras varias menores que desembocaban en el Gran Verdor. Nuestros barcos viraron hacia el dedo del nordeste, las Aguas de Ra. Yo, de piernas cruzadas en la cubierta, vi acaecer un lento milagro.

De un modo gradual, la aridez y lo yermo del verano cedió paso a la dulzura de la primavera. El aire se espesó con el aroma de la vegetación en crecimiento. En las costas verdes se apretujaban los papiros, de oscuros tallos y delicadas frondas que ondulaban y se mecían con la brisa fresca. Por doquier había fertilidad. Las bandadas de pájaros viraban en lo alto, gorjeando. Cigüeñas blancas e ibis permanecían inmóviles en los bajíos, como si la bulliciosa lozanía de la vida circundante las desconcertara igual que a mí. Y por todas partes agua que centelleaba entre los densos árboles, corría silenciosa y azul en los canales de irrigación, ondulaba con el movimiento de diminutos cuerpos negruzcos que flotaban en los estanques. Mientras inhalaba el característico olor dulzón de lo que ya reconocía como huertas frutales, en esa época del año ya sin frutos, me dije que no era extraño que las tribus extranjeras codiciaran semejante paraíso. El ganado levantaba sin curiosidad la cabeza para mirarnos pasar, somnoliento y rebosante de salud. Las Aguas de Ra se convirtieron en las Aguas de Avaris. Pasamos el templo de la diosa gata Bast, en el rojo fulgor de un atardecer maravilloso, y encendimos nuestras fogatas entre un suave y constante susurro de insectos.

A la tarde siguiente aparecieron ante mis ojos los suburbios de la ciudad más hermosa de la tierra. El poderoso Osiris, Ramsés Segundo, había construido Pi-Ramsés hacia el este del antiguo solar de Avaris, donde las derruidas casuchas de los pobres se inclinaban como individuos ebrios en

tomo al templo de Set, el tótem de Ramsés, y saludaban al viajero procedente de On con polvo, ruido y suciedad. Yo nunca había visto miseria como aquélla. Quise desviar la mirada, pero antes de que pudiera apartarla Avaris dio paso a un confuso montón de piedras. Más adelante supe que eran los restos de una ciudad todavía más vieja, cuyo nombre se perdía en la noche de los tiempos. Una fila de embarcaciones de mercaderes me la ocultó a la vista; hubo intercambio de insultos entre sus tripulantes y los nuestros, pues se vieron obligados a arrimarse a la costa para cedernos el paso.

En realidad, el río se había poblado de embarcaciones de todo tipo, todas ellas decididas a usar el poco espacio libre, y el aire se llenaba de palabrotas lanzadas a voz en grito. Cuando el tráfico menguó, las ruinas habían desaparecido, reemplazadas por el gran canal construido por Ramsés alrededor de su palacio. Allí tuvimos que esperar, pues la desembocadura estaba atestada de navíos, pero tras muchos gritos y maldiciones nos abrieron paso. Empezamos a virar hacia estribor.

Entonces mi insatisfacción se convirtió en temor reverencial. A babor vi una vasta y confusa serie de almacenes, talleres, graneros y depósitos, rebosantes de vida y movimiento. El canal se había ensanchado, convirtiéndose en un vasto estanque en el que se adentraban los muelles. Allí se cargaban y descargaban mercancías de todas clases. Por todas partes había niños, pequeños seres desnudos y medio salvajes que correteaban como ratas por los depósitos y se llamaban unos a otros con voces chillonas.

Más allá, la ciudad cambiaba de aspecto. Jardines y huertas rodeaban las blancas casas de la pequeña aristocracia, de los funcionarios, comerciantes y mercaderes extranjeros. Las impregnaba la paz tranquila de una modesta abundancia.

Al cabo de un rato el estanque volvió a estrecharse; allí lo custodiaban soldados armados a bordo de ligeros esquifes. Al mirar hacia delante vi que el capitán de mi amo respondía a una voz de alto. Los esquifes se hicieron a un lado y nosotros nos deslizamos por la pequeña abertura hacia el lago de la Residencia, dominio privado del faraón. Allí no había mucho que ver. El muro meridional del palacio era tan alto que ocultaba todo lo de dentro; parecía prolongarse de forma interminable, curvándose por fin hacia dentro, reemplazado por guardianes más elegantes. Había escalinatas de mármol, de blancura deslumbrante, contra las que se mecían varios navíos de buen

tamaño, con plata y oro centelleando en los costados, en los mástiles y las exquisitas cabinas adamascadas; cada uno enarbolaba los colores imperiales azul y blanco: eran las falúas del propio faraón. Al ver el estandarte que flameaba en la embarcación de Hui, los guardias que poblaban la escalinata nos saludaron. Un momento después los dejamos atrás y el muro protector volvió a nuestro encuentro.

En su extremo se alzaban otras fincas, pero de diferente clase. Estaban rodeadas de muros que no permitían ver las casas. Sólo asomaban ramas de árboles inclinadas hacia el agua y las copas de inhiestas palmeras, erizadas contra el cielo. Los peldaños que descendían hasta el agua eran todos de mármol y terminaban en amplios patios adoquinados frente a los pilones, sin duda muy custodiados. Allí vivían las personas de verdadera importancia para Egipto: visires y tesoreros, mayordomos y capataces, sumos sacerdotes y nobles de alcurnia. Recuerdo que pensé mientras el barco de Hui enfilaba hacia la orilla: «Estas personas conocen al faraón. Yo también conoceré a los que hablan con el mismo Horus de Oro».

Habían aparecido sirvientes solícitos para amarrar el barco de Hui y para acomodar la plancha sobre los escalones. Detrás de ellos, un hombre corpulento abandonó lentamente la sombra del pilón y se detuvo al borde de la escalinata. Debería decir más bien que se deslizó hasta allí, pues se movía con dignidad y elegancia. Todo en él era macizo y redondo, desde los gruesos brazos ceñidos por brazaletes de plata hasta los cordones de sus pantorrillas, pasando por la considerable cintura. Su calva brillaba. Un pendiente se bamboleaba contra el grueso cuello. Llevaba la boca, muy carnosa, teñida de alheña anaranjada. Los ojos fríos, pintados con *kohl*, recorrían a toda velocidad el alboroto de la escalinata. Ante una sola palabra suya, mis compañeros, que se amontonaban para ser los primeros en pisar la plancha, se echaron atrás.

Hui salió de su cabina. Como cada vez que se presentaba en público, el sudario blanco lo hacía invisible. Anduvo a grandes zancadas por la plancha y por la escalinata, aceptando la breve reverencia del hombre corpulento; juntos atravesaron el pequeño pilón y desaparecieron de mi vista. Los siguió Kenna, con unos cuantos sirvientes de la casa. Desde ese momento se produjo una carrera ordenada desde la segunda barcaza. Me vi arrastrada por la multitud hasta la entrada, por la piedra caliente bajo mis pies descalzos. Mis amigos de viaje se diseminaron, contentos de volver a casa, y de pronto me encontré

sola.

Todavía se oía la actividad que continuaba a mis espaldas. Estaban descargando los barcos, pero ahí estaba yo, con mi sayo sucio y ya harapiento, sintiéndome perdida y fuera de lugar. Del sitio en que me hallaba partían tres senderos. Uno iba hacia la derecha y se perdía entre los árboles; otro se dirigía a una pared visible a medias entre el follaje. Supuse que conduciría a las habitaciones de los sirvientes, pues por allí habían desaparecido mis compañeros. Por todas partes me rodeaban árboles, arbustos y palmeras densamente apretados que me impedían ver. Había macizos de flores pulcramente dispuestos junto al camino. Sentí la tentación de caminar tras las caras conocidas para reconfortarme, pero mi talante levantisco me hizo decidir que, si nadie me indicaba dónde ir, iría a donde se me antojara.

Eché a andar por el sendero del centro y pronto llegué a una zona despejada, rodeada de asientos y con una fuente en medio donde el agua caía en un gran cuenco circular. El camino se bifurcaba a derecha e izquierda, con setos espinosos a ambos lados. Con bastante timidez, miré por encima de uno de ellos y me encontré ante un estanque para peces, en cuya tranquila superficie flotaban plantas de loto; un viejo sicomoro daba fresca sombra sobre la orilla. El otro seto cerraba por todas partes una piscina que debía de servir para nadar, pues en un extremo se levantaba una pequeña choza con cortinas; alguien había dejado una túnica de lino y una taza vacía en el borde de piedra. Rodeé la fuente para continuar. El sendero me llevó más allá de un quiosco en el que se levantaba un pequeño altar, con su mesa para las ofrendas ahuecada en un extremo, y una preciosa estatua de Thot, el de cabeza de ibis, cuyos pequeños ojos pintados de negro me miraban con fijeza. Al pasar le hice una reverencia.

Más allá, los árboles raleaban; llegué a un portón tras el que se abría un ancho patio adoquinado. Ante mí se alzaba la casa, con sus columnas pintadas de blanco y esplendorosamente decoradas con representaciones de aves exóticas y parras enroscadas hacia el techo. Desde allí se veía el resto del muro circundante, alto y adusto; se alzaba detrás de los árboles, a cada lado de la casa y detrás de ella. A la derecha se abría en él una puerta de doble hoja, que debía de conducir al sector de la servidumbre; probablemente habría allí cocinas, graneros y establos, aunque no me parecía probable que Hui viajara en carruaje. Vacilé una vez más. ¿Tenía que ir hasta el vestíbulo de entrada y anunciar mi presencia? Vi la silueta borrosa de un guardia o un

portero, sentado en su banquillo tras una de las columnas. Por un momento jugué con la idea de volver a mi casa, poniendo fin a toda aquella ignominia. ¿Cómo era posible que Hui se hubiera olvidado de mí después de nuestras importantísimas conversaciones? Bueno, por lo menos eran importantísimas para mí.

Volví sobre mis pasos, disfrutando de la sombra fresca y moteada del bosquecillo y del verde silencio en el que me movía. Al llegar a la fuente crucé el seto espinoso hacia la piscina y me instalé junto a sus claras profundidades. Tenía sed y miedo, pero me obligué a recordar mi plegaria a Uepuauet y la respuesta recibida. Pensar en eso me consoló. Siempre me sería posible ir a los mercados de Pi-Ramsés para ofrecirme como criada. Mi madre me había enseñado el valor de la limpieza. Me emplearía alguno de los ricos mercaderes cuyas casas tanto había admirado; mi amo tendría un hijo varón, que un día, mientras yo estuviera fregando el suelo frente a su puerta, saldría, con su aspecto moreno, apuesto y solitario. Yo levantaría la cabeza y él vería, por primera vez, mis ojos azules. Se sentiría intrigado y acabaría por encapricharse de mí. Pese a las iras del padre y los llantos de la madre, acabaría en un contrato matrimonial...

Así soñaba yo, nerviosa y perdida, mientras el agua centelleante encerraba en una red la luz del sol; un gato curioso salió con sigilo del seto para sentarse a la sombra y me contempló con su mirada fija y oscura. Largo rato después, cuando mi fantasía hubo cumplido su ciclo, comprendí que tenía que hacer algo. En ese momento apareció un hombre corriendo, desde el otro lado del claro. Se acercó a mí, acalorado y sin aliento.

—¿Eres Thu? —jadeó. Asentí con cautela, poniéndome de pie—. ¡Oh, gracias a los dioses! —exclamó—. ¿Dónde te habías metido? Hace una hora que me ordenaron que fuera a buscarte. Como pensaba que estarías con los otros sirvientes, he puesto el recinto patas arriba. —Eché un vistazo alrededor de la piscina—. No tienes permiso para estar aquí, como no sea por orden del amo —me reprochó con suavidad—. Estos jardines son sólo para la familia. Sígueme.

—¿Familia? —repetí, trotando para alcanzarlo—. ¿Hui tiene familia?

—Por supuesto —respondió el hombre, irritado—. Sus padres viven en retiro, en sus tierras de On. Si quieres saber más, tendrás que preguntárselo tú misma y soportar las consecuencias. No se permite que los sirvientes

interroguen a sus superiores, como no sea por cuestiones relacionadas con su trabajo. A él no le gustan los chismes. Eres muy provinciana, ¿no?

Eso me cerró la boca, aunque deseaba hacer un montón de preguntas. Había imaginado al amo en altanera soledad, autosuficiente, casi nacido espontáneamente. Una familia... ¿Serían todos monstruos en ella? El sirviente había cogido un sendero que pasaba entre el muro exterior y los árboles; para llegar a la entrada tuvimos que cruzar la cegadora extensión del patio. El portero, sentado en su banquillo, no dio señales de habernos visto.

Bajo las columnas se abría una gran habitación, en penumbra y fresca tras el horno que era el patio exterior. La luz entraba a raudales por varias ventanas angostas, abiertas cerca del techo. Había más columnas blancas a espacios regulares en el reluciente suelo de azulejos. Los muebles eran escasos y elegantes; unas cuantas sillas de cedro, con incrustaciones de oro y marfil; mesas bajas con superficies de cerámica azul y verde. Pero los muros estaban repletos de escenas de festines. No tuve tiempo de examinarlas; iba tras mi acompañante, que parecía abofetear el suelo con sus sandalias. Un grupo de hombres se había reunido junto a una de las columnas; entre ellos estaba Hui. Si me vio, no dio señales de ello; pero su cabeza encapuchada se desvió un segundo.

En el otro extremo del vestíbulo, inmediatamente a mi izquierda y más allá de las anchas puertas abiertas, se elevaba un tramo de escalera de escalones empinados. A mi derecha había otros recintos, entre cuyas puertas bien cerradas montaba guardia un hombre allí sentado. A lo lejos vi un pasillo que corría de derecha a izquierda. Frente a mí, a veinte pasos de distancia, una abertura cuadrada conducía a una terraza y a nuevos jardines, tras los cuales se erguía el muro.

Pero mi atención se fijó en seguida en el hombre que se estaba levantando de un escritorio que había junto a la escalera, como si una colina hubiera decidido moverse. Era la persona a la que había visto en la escalinata del desembarcadero. Si entonces lo había encontrado impresionante, ahora me pareció aterrador. Me miró sin sonreír, inspeccionándome de los pies polvorientos a la cabeza con sus impasibles ojos; a continuación, cruzó sus grandes brazos contra el pecho de tonel y lanzó un suspiro. El pendiente se meció contra una mejilla mofletuda.

—Vete —ordenó al sirviente que me acompañaba. El hombre hizo una

reverencia y desapareció por el pasillo—. Bueno, eres Thu —prosiguió, resignado—. Y también eres un fastidio. Ésta es una casa gobernada con eficacia; ya no estás en libertad para ir a donde te plazca y cuando se te antoje. El amo me ha dado instrucciones sobre tu posición y el modo de tratarte; por lo tanto, no te quejes de las órdenes que recibas. Si tienes algo que preguntar, recurre a mí o a Disenk. No te presentarás ante el amo bajo ningún pretexto, a menos que él te mande llamar. ¿Has entendido?

Asentí con un vigoroso movimiento de cabeza. Su voz era un trueno de potencia amenazadora.

—Bien —continuó—, sígueme.

Caminó con asombrosa agilidad hasta el pie de la escalera y empezó a subir; el faldellín se le mecía alrededor de los tobillos, extrañamente delicados. Obedecí sumisamente. No se había presentado. Supuse que yo era demasiado poca cosa como para que se tomara esa molestia. En lo alto de la escalera había un corredor oscuro, flanqueado por muchas puertas. Me condujo casi hasta el final antes de abrir una e indicarme por señas que entrara. Parpadeé.

El cuarto estaba inundado por el sol que entraba en cascadas por el gran ventanal que tenía ante mí. Había un diván de madera, cubierto de lienzos finos y almohadones. A su lado, una mesa con una lámpara de alabastro. Junto al ventanal, dos sillas puestas de cualquier modo. Apoyado contra una pared, un abanico de plumas y contra la misma pared, un par de arcones iguales; eran objetos grandes y bonitos, con guarniciones de bronce. En medio de todo ese lujo, una mujer esperaba de pie; era menuda y delgada; vestía un sayo impecable, pero sencillo, y llevaba el pelo atado en lo alto con una cinta roja. Me miró con una sonrisa e hizo una reverencia a mi acompañante.

—Ésta es Thu, Disenk —presentó él con brusquedad—. Puedes empezar por bañarla. Restriégala hasta quitarle un poco el estiércol de Asuat. Y depíllele esas cejas.

Se fue sin esperar respuesta y la puerta se cerró con fuerza.

Disenk y yo nos miramos a través del ambiente empapado de sol. Ella seguía sonriendo, con las manos a la espalda y la carita llena de expectación. Yo no sabía que toda conversación debe ser iniciada por la persona de mayor rango entre los presentes, de modo que esperaba también, sin saber qué hacer.

Por fin, para disimular mi confusión, me acerqué al ventanal y miré hacia fuera. Daba directamente a la entrada; allá abajo, uno de los hombres que había visto en el vestíbulo estaba subiendo a una litera. Corrió las cortinas; los cuatro esclavos que lo atendían levantaron la silla y partieron rumbo al portón. Entonces decidí hablar.

—¿Quién es el hombre ese que me ha traído? —pregunté—. Me ha dicho que si quiero preguntar algo, debo dirigirme a él o a ti.

—Es Harshira, el mayordomo del amo —respondió ella sin dudar un momento—. Tiene a su cargo el manejo de la casa y todas las cuentas del amo. Su palabra es ley.

—Oh... —me volví hacia la habitación, algo tímida—. ¿Dónde están mis cosas, Disenk? ¿Mi canasto, mi caja?

Disenk se acercó a uno de los arcones y levantó la tapa.

—Aquí están, a salvo. El amo no olvida nada. ¿Quieres bañarte?

Era una muestra de cortesía. El mayordomo ya le había ordenado que me diera ese baño. ¡Como si no bastara con nadar en el Nilo todas las noches!

—En realidad, no —dije—, pero lo haré si es preciso. Lo que quiero saber es dónde voy a dormir. Y necesito beber algo.

Una pequeña arruga le cruzó su frente tersa. Hizo un gesto de sorpresa.

—¡Pero si éste es tu cuarto! —me dijo—. Dormirás aquí.

—¿Lo compartiré contigo? —busqué el jergón en el que debía acostarme. Ella se echó a reír.

—No, Thu. Es todo para ti. Yo duermo cerca. ¿Prefieres agua, cerveza o vino? También hay zumo de granada y de uva.

—¿Todo para mí? —susurré. Nunca había imaginado tanto espacio, tanta opulencia. Esperaba que me alojaran con los otros sirvientes, fuera del recinto principal. Pensé en la habitación que compartía con Pa-ari; allí habrían cabido cuatro o cinco como aquélla—. Prefiero cerveza —dije haciendo un esfuerzo.

Disenk abrió la puerta y llamó. Poco después apareció un niño con una bandeja. Disenk la cogió para ponerla junto al diván.

—Si tienes hambre, aquí hay pasas y almendras —dijo, mientras me

ofrecía la taza llena de cerveza—. Después, tendremos que ir a la casa de baños. ¡Harshira tampoco olvida nada!

Me bebí todo el contenido de la taza. Todo era transparencia en el líquido oscuro que dejó muy pocos sedimentos. En seguida Disenk me ofreció el plato de frutos secos.

—¿Eres mi compañera, mi guardiana o qué eres? —le pregunté, mientras me llenaba la boca con un puñado de la apetitosa mezcla—. Me gustaría saber a qué atenerme, Disenk.

Una vez más, una expresión de amargura le arrugó la frente.

—Con tu permiso, Thu —dijo, inquieta. Por un momento pensé que la había ofendido, sin saber cómo—. Las personas bien educadas no hablan con la boca llena. Tampoco hay que llenarse la boca hasta que se abulten las mejillas. Eso es feo e indecoroso.

La miré con fijeza, con la irritación que todo consejo o reprimenda despertaba en mí.

—Yo no soy una persona bien educada —repliqué—. En realidad, es lo que todo el mundo me recuerda desde que me fui de Asuat: que soy una campesina. ¿Por qué pretendéis que lo disimule? —Sin embargo me tragué a toda prisa el bocado y resistí el impulso de coger más frutos secos.

—Eres muy hermosa —observó Disenk, con delicadeza—. Perdóname por alterarte, pero tengo órdenes de enseñar y refinar esa belleza. Espero que mis lecciones no te humillen demasiado. Mis intenciones son buenas.

Esa referencia a mi hermosura me ablandó. Hasta entonces, sólo el amo me había llamado hermosa, pero en un comentario casual, sin darle importancia. En mi aldea no se alentaba la vanidad en las niñas; para no fomentar la ociosidad y el egoísmo en un mundo donde se admiraban el trabajo duro y la obediencia. El mismo Pa-ari se limitaba a importunarme a causa de mis ojos azules.

—Creía haber venido para ayudar al amo en su trabajo —sondeé, cautelosa—. ¿Por qué tengo que aprender cosas tan frívolas?

Disenk bajó la mirada. Las pestañas negras le temblaron contra la fina pátina de su piel.

—Soy sólo tu criada personal —murmuró—. Harshira no ha creído

necesario informarme de los usos que el amo te ha asignado. Ahora que has terminado el refrigerio, iremos a la casa de baños.

—¿Mi criada personal? —La miré boquiabierta llena de incredulidad, pero también deseaba reír—. ¿Voy a tener una criada personal?

A modo de respuesta, Disenk volvió a sonreír, cortés, y abrió la puerta.

—Es la hora del baño —dijo con firmeza.

En el otro extremo del pasillo, casi junto a mi puerta, había otra escalera. Era estrecha y conducía a un pequeño patio interior, rodeado por los muros de la casa, donde una palmera datilera esparcía su sombra en completa intimidad. Allí se abría otra puerta; al salir al patio vi, a mi izquierda, una entrada en penumbra hacia la que Disenk se encaminó. El cuarto tenía el suelo de piedra inclinado y una losa elevada en el centro. Era fresco y húmedo. Contra las paredes se alineaban enormes urnas rebosantes de agua, que emanaba dulces y sutiles aromas; había hornacinas oscuras que contenían botes y frascos irreconocibles. Disenk hizo un gesto.

—Quítate el sayo, por favor —pidió, en el tono que yo pronto reconocería como una orden bien intencionada.

Luego desapareció. Aunque intranquila, hice lo que me había indicado y dejé caer mi gastada prenda. En seguida me sentí vulnerable; me envolvió una oleada de nostalgia, que desapareció en un momento. Quería salir al sol de la tarde que caía a raudales frente a la puerta de la casa de baños, pero temí ofrecerme desnuda ante los ojos indiscretos.

Mientras vacilaba reapareció Disenk, seguida por dos esclavas que llevaban jarros y toallas de lino; detrás, un joven con taparrabos se acercó a mí. Me eché atrás, horrorizada, cubriéndome de manera instintiva los genitales con las manos. Sin embargo, su actuación fue completamente indiferente. Sólo me pasó una mano por la pantorrilla.

—Muy seca —murmuró. Me levantó un pie para tocarlo brevemente; luego hubo desdén en sus palabras—: Estos pies están muy ásperos y encallecidos —se quejó—. No pretendas que haga milagros, Disenk.

—Para empezar, usaremos aceite de castor mezclado con sal marina —ordenó Disenk—. Es preciso pulir los pies. En cuanto a la piel, bastará con aceite de oliva y miel.

—¡Cuánto vello corporal! —gruñó él, flexionando los grandes músculos de mis hombros y mis brazos para levantarme el pelo; me palpó la espalda con aire de experto—. Pero tiene buenas líneas.

Entonces me hice oír.

—Te agradeceré que te reserves tus opiniones —dije, aunque interiormente me moría de vergüenza—. Ya es bastante verme obligada a bañarme como si estuviera sucia, cuando me baño en el río todos los días. No voy a plantarme aquí para que me examinen como a una vaca en el mercado.

El joven sonrió, sorprendido. Por primera vez me miró a la cara.

—Perdona —dijo en tono formal—. Me limito a cumplir con mi trabajo.

—Como Disenk —apunté, dejando que el enojo disimulara mi humillación.

—Como Disenk —confirmó él, con una reverencia.

Se encaminó hacia una de las hornacinas y, después de recoger varios botes, abandonó la habitación. Disenk me hizo una señal. Todavía altanera, subí a la losa y las esclavas aparecieron para intervenir. Hicieron correr de las jarras cascadas sobre mí; luego, me frotaron vigorosamente con granos de una sustancia que identifiqué como natrón. Un poco más de agua se llevó las sales y después de lavarme el pelo, me lo untaron con aceite de oliva y me lo envolvieron con una toalla. Tan pronto como me secaron con suavidad, me condujeron al exterior. Allí hicieron una reverencia y desaparecieron, tan calladas como habían llegado.

Mansa, con escozores en la piel, me tendí en la mesa portátil instalada bajo la palmera. Disenk se arrodilló a mi lado con las pinzas en la mano.

—Esto te va a doler —advirtió—, pero en adelante te quitaré el vello púbico dos veces a la semana y ya no te dolerá tanto. En un momento te rasuraré las piernas y las axilas.

Hice un gesto de asentimiento. Mientras iniciaba su labor, levanté la mirada hacia las trémulas frondas de la palmera datilera, que se recortaban contra un cielo lentamente arrebolado. El dolor era intenso, desde luego, pero contuve el impulso de rechazarla.

—Perdona, Thu —prosiguió, con la cabeza inclinada sobre mi abdomen, provocándome aguijonazos de fuego con sus pinzas—, pero no tienes que

bañarte en el río. Para empezar, el agua, por sí sola, no limpia ni suaviza la piel; por otra parte, las damas no deben exponerse al sol directo; de lo contrario, el color oscurece la piel y una empieza a parecer una campesina. Tu tez está demasiado oscura. Debes permanecer dentro de casa o caminar bajo la protección de una sombrilla, a fin de que se vuelva clara y atractiva. Para acelerar el proceso te trataré la piel con pasta de alabastro.

Yo sentía deseos de patear para interrumpir las palpitaciones de mi zona más delicada. Quería echar mano de mi cómodo y harapiento sayo, hacer un gesto de burla a Disenk y sus bobadas, cruzar corriendo la casa y los jardines y escapar de toda esa tontería. Pero los dados estaban echados: se iniciaba mi metamorfosis. Cada implacable manipulación de las pinzas me alejaba más de mis orígenes. Acabé aceptando el dolor con los dientes apretados y en silencio.

Una vez depilados los genitales, Disenk siguió con mis cejas; su cara diminuta y perfecta se mantenía junto a la mía, con la lengua delicadamente asomada en un gesto de concentración. Luego me rasuró con una afilada navaja de cobre, mientras otra esclava sostenía un cuenco de agua humeante junto a su codo. Por fin se apartó, pero cuando quise incorporarme Disenk sacudió la cabeza e hizo una señal imperiosa a alguien que estaba fuera de mi vista.

El joven apareció de repente junto a mí y dejó sus botes en el suelo.

—Así está mejor —observó con tono seco. Yo suspiré—. Date la vuelta, Thu.

Obedecí. Un aceite fresco se deslizó por mi espalda. Cuando colocó las manos sobre mis hombros sentí que se me aflojaban todos los músculos del cuerpo. Después de todo, ser una dama no era tan desagradable. Cerré los ojos.

Mucho después, cansada y otra vez hambrienta, me sometí a un nuevo lavado de cabeza. Me senté para que Disenk calzara un par de sandalias de papiro en mis pies recién suavizados; me levanté para que me envolviera en un lienzo voluminoso y la seguí a la tranquila seguridad de mi cuarto. El sol había abandonado el ventanal hacía mucho rato; el cielo rojo se disolvía con mucha rapidez en la oscuridad de la tarde. La mesa ya no estaba junto al diván, sino frente al ventanal, cargada de platos tapados con cuyos aromas se me hizo la boca agua. Disenk retiró las tapas. Había pescado asado y pan

todavía caliente, zumo de uvas, higos pegajosos y puerros con salsa blanca. Me senté en seguida, sin esperar que alguien me lo indicara, bajo la mirada vigilante de Disenk. El pescado se me deshizo en la boca. La salsa contenía algo nuevo, que realzaba el sabor de los puerros. En esa ocasión comí a pequeños bocados, esforzándome por comportarme con delicadeza.

Había también un cuenco de agua; antes de comer los higos quise beber de él, pero Disenk me lo impidió con un gesto de la cabeza.

—Eso es para enjuagarte los dedos —explicó, acercándome el zumo—. Cuando te los hayas mojado te los secaré para que puedas seguir comiendo.

Levantó un trozo de paño. De repente, todo eso fue demasiado para mí y tuve que tragarme las lágrimas.

—Estoy muy cansada, Disenk —musité—. Sé que es un pecado desperdiciar la comida, pero no puedo acabármela.

Disenk se echó a reír.

—Querida Thu —explicó—, lo que tú no comas volverá a las cocinas o irá a parar a los mendigos de la ciudad. No te preocupes. Ven. —Me retiró la mesa y apartó las sábanas del diván—. Ahora duerme. Mi jergón está en el pasillo, delante de tu puerta, por si te despiertas por la noche y necesitas algo.

Me acosté en la cama, agradecida, y me cubrió con la sábana. Era obvio que nadie iba a elevar las plegarias; me pregunté cuáles serían los tótemes de la casa. Thot, sin duda, pues había visto su altar en el jardín, pero ¿a quién debía rezar yo para que santificara mi descanso? ¿Qué otros dioses custodiaban a los huéspedes de Hui por la noche? Disenk bajó la esterilla de juncos que cubría la ventana; la habitación se llenó de una penumbra somnolienta.

—A tu lado tienes agua fresca —me dijo, mientras recogía los restos de la comida—. Y te dejaré los higos, por si sientes hambre por la noche. ¿Quieres que alguien te lea hasta que te duermas?

Dije que no, sorprendida. Disenk cruzó la habitación con una sonrisa y, tras hacerme una reverencia, cerró la puerta con suave firmeza.

Me giré sobre un costado con movimiento torpe y contemplé la quieta penumbra. Tenía que levantarme y mirar en dirección al sur; en aquella dirección, a mucha distancia, a una vida de distancia, se alzaba el templo de

Uepuauet, apacible y elegante, al final de la senda abierta junto al río, por donde yo había caminado tantas veces, levantando el polvo con los pies descalzos. Tenía que realizar mis postraciones, pronunciar las palabras de gratitud y sumisión ante el dios que había respondido a mi súplica. Pero no sentía deseos de moverme. Sentía en los músculos un dolor apagado y agradable, gracias al experto masaje del joven; mi mente, repleta de confusas impresiones, voces extrañas, órdenes y expectación, estaba ya exhausta. Tenía el estómago lleno. Cerré los ojos. «Mi madre nos enseñó que nunca hay que pedir a otros lo que puede hacer uno mismo», pensé, mientras me enroscaba en una bola, saboreando la blandura del almohadón en el que apoyaba la cabeza. «Pero parece que en este lugar estas virtudes estén invertidas. A una dama se la juzga por lo poco que haga por sí sola.»

«No te vuelvas perezosa y complaciente, Thu», me susurraba una parte de mi corazón. «Puedes enfrentarte a peligros que sólo una recia muchacha campesina pueda afrontar. Trágate el orgullo y aprende de Disenk. Obedece a los que tienen autoridad sobre ti. Pero jamás olvides que tu padre no es un noble, sino un campesino. El dios que te elevó puede derribarte con la misma celeridad.» «Pero no lo hará», pensé con firmeza. «Entre Uepuauet y yo hay un vínculo especial, porque él es dios de la guerra y yo soy una guerrera.»

CAPÍTULO 6

A la mañana siguiente me despertó el ruido que hacía, al levantar la esterilla de la ventana; al incorporarme, un rayo de fuerte sol cayó sobre mi diván. Disenk se aproximó con un sonriente saludo y me puso una bandeja sobre las rodillas. Había otra vez zumo de uva, pan tierno y frutos secos. Bebí con ganas, sin apartar los ojos anhelantes de la ventana. Ra parecía haber recorrido ya la mitad del cielo; yo no tenía derecho a estar todavía en la cama. Disenk esperó con sus pequeñas manos cruzadas a que yo hablara.

—¿Crees que hoy empezaré a trabajar, Disenk? —le pregunté.

Me respondió en seguida. Sólo entonces empecé a comprender que a mí me correspondía iniciar cualquier conversación con ella.

—Después de bañarte y vestirte, tienes que presentarte a Harshira —me dijo—. Sólo sé eso. Lo siento.

Mi corazón dio un vuelco y se me quitó el apetito. No me apetecía demasiado enfrentarme a la imponente mole del administrador. Mis habitaciones se estaban convirtiendo por momentos en un vientre, y aquella mujer, en mi salvadora. Pero me regañé interiormente por tanta cobardía, mientras sumergía los dedos en el cuenco de agua con toda la delicadeza posible y los colocaba en el paño que Disenk tenía preparado. Noté su expresión complacida. Yo aprendía con celeridad.

—¿Otra vez a la casa de baños? —pregunté, fingiendo un horror que no sentía.

Su sonrisa cortés se convirtió en un gesto de verdadera diversión. Por un instante, vi a la auténtica Disenk bajo la rigidez de su puesto.

—Otra vez —asintió, retirando la bandeja—. Y todas las mañanas. —Extendió una sábana limpia y yo abandoné el diván para que me envolviera con ella—. Cuando esté satisfecha con el estado de tu cuerpo, Thu, la rutina

no será tan dura. —Aparecieron las pantuflas de papiro y se arrodilló para calzarme—. No te enfades conmigo —suplicó medio en broma, medio en serio—. Sólo cumplo con los deseos del amo transmitidos por Harshira.

Con un suspiro, la seguí al pasillo.

En la casa de baños me atendieron los mismos rostros complacientes; el mismo joven tocó y castigó mis carnes. Me rasuraron otra vez, pero no hubo depilación, cosa que me alivió mucho. El procedimiento no requirió tanto tiempo como el día anterior y me sentí culpable por encontrar cierto placer en él. Después, volví a mi habitación, bajo cuyo ventanal habían instalado una mesa pequeña, pero muy bonita. Despedía el aroma vago y firme de la madera de cedro; la superficie lustrada tenía hábiles incrustaciones de oro que representaban a Hathor, la diosa de la juventud y la belleza. Su sereno rostro miraba hacia mí, mientras el sol fulguraba en sus gráciles cuernos. Seguí su contorno con la punta de los dedos, maravillada ante el mérito de la artesanía. Disenk me indicó que me sentara. Buscó un resorte en el borde de la mesa y la mitad de la cubierta se levantó, girando sobre goznes muy bien disimulados, para descubrir una cavidad llena de botes, pinceles y cucharas. Disenk acomodó con destreza varios de ellos en la mitad que continuaba cerrada; luego me puso un espejo de cobre en el regazo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

—Eres muy joven y no necesitas pintarte mucho —respondió—, pero nadie debe salir sin *kohl*, que protege y embellece los ojos; también es preciso tener cuidado con los labios. Por la noche te untaré la cara con aceite y miel, pero durante el día bastará con una simple limpieza.

Sus manos abrían pequeños frascos y seleccionaban pinceles. Estudió dos de los botes con el entrecejo fruncido y me los acercó a las mejillas para evaluar el efecto.

—Enséñamelo —ordené.

Disenk obedeció. Los dos contenían *kohl* en polvo: uno, gris oscuro; el otro, verde.

—Tienes los ojos azules —dijo—, así que el verde no te queda bien.

Mientras hablaba echó agua en un diminuto crisol; añadió el polvo gris y lo mezcló con cuidado con un palillo de hueso, tallado en forma de junco. Sus

movimientos eran elegantes y diestros a la vez; por primera vez me pregunté quién la habría enseñado, dónde y cuáles eran sus orígenes.

—Cierra los ojos, por favor —ordenó.

Obedecí. Mis párpados temblaron ante el desacostumbrado toque del pincel. Sentí cierta viscosidad en las sienes y, por un instante, me llegó una bocanada de su aliento; su olor a comino distaba de resultar desagradable.

—Puedes abrirlos —dijo—. Para la boca tengo ocre rojo, que también se aplica con el pincel. Entreabre un poco los labios, Thu. —Hubo una pausa; el pincel me hizo cosquillas—. Ahora mírate.

Levanté el espejo de cobre con cierta turbación, pero lo que vi me hizo ahogar una exclamación. Tenía ante mí a una criatura exótica; el afeitado oscuro destacaba la claridad de mis ojos azules, haciendo que dominaran todo el rostro; mis pómulos habían adquirido de pronto una delicadeza patricia. Mi tez tostada tenía el lustre de la salud. La boca roja se entreabría en un gesto de sorpresa, con labios plenos y lozanos.

—Parece magia —susurré, y la imagen copió mis palabras. Los ojos se entornaron con aire seductor; luego volvieron a ensancharse. Me resultaba imposible bajar el espejo. Disenk rio entre dientes, obviamente halagada.

—No es magia, Thu —dijo—. Cualquier cosmetóloga eficiente puede convertir en hermoso lo que en realidad es feo, pero pintarte a ti no requiere ninguna habilidad. Eres tarea fácil.

Algo en sus sencillas palabras me provocó un escalofrío. Bajé lentamente el espejo. Quería preguntarle por qué me consentían tanto. Al fin y al cabo, Hui me había llevado a Pi-Ramsés sólo para que fuera su servidora. ¿O existía otro motivo? ¿Acaso había mentido al decir a mi padre que custodiaría mi virginidad con más atención que él mismo? ¿Me preparaban para su lecho? De pronto, me sentí sofocada. Disenk me estaba peinando con movimientos lentos y seguros, pero su contacto ya no me producía placer.

—Me halaga que el amo demuestre tanto interés personal por mí —logré decir con torpeza—. No creo que todos sus servidores reciban estas atenciones.

El peine siguió deslizándose entre mis pesadas guedejas sin vacilar.

—Todos los servidores de la casa deben tener un aspecto presentable —

señaló—. No te ofendas, Thu, pero ayer, cuando te vi por primera vez, habría podido tomarte por una esclava fregona. A esta casa viene mucha gente importante. Los servidores tienen que reflejar en su aspecto el buen gusto y la elegancia del propietario.

Me sentí algo reconfortada, aunque no del todo convencida. No todos los sirvientes tenían un cuarto suntuoso para ellos solos, de eso estaba segura. ¿Acaso la misma Disenk no dormía en el pasillo? ¿No era, como ella misma lo había reconocido, mi servidora personal además de mi maestra? Resolví interrogar a Harshira, aunque sólo pensarlo me horrorizaba. Disenk me rodeó la frente con una cinta azul y acomodó las puntas para que cayeran una sobre cada hombro. Luego cogió un frasco, rompió el lacre y, valiéndose de otro palillo de hueso, me aplicó el contenido, presionando con suavidad bajo las orejas, en el hueco del cuello y en la cara interior del codo. También me lo pasó por los cabellos; poco a poco, el aire se llenó con el aroma suave y penetrante del aceite de azafrán.

—¡Ya está! —dijo con obvia satisfacción—. Ahora, el sayo y las sandalias, y estarás lista.

Como si fuese de madera, me dejé pasar la prenda por la cabeza; Disenk lo hizo con destreza, evitando que me rozara la cara, y me lo ajustó al cuerpo. Era una prenda blanca y fina; yo nunca había tocado ninguna tan suave, ni siquiera el faldellín que mi padre había regalado a Pa-ari con aire tan triunfal. Se ceñía a mis incipientes curvas como si hubiera sido hecho sólo para mí. Una abertura al lado me permitiría caminar. Mientras Disenk me ponía las sandalias, bajé la mirada cautelosa por mi provocativa altura.

—Recuerda, Thu —me advirtió, irguiéndose para contemplar su obra con aire crítico—, que no tienes que andar dando grandes pasos. El sayo te permitirá caminar con pasos pequeños y elegantes, muy graciosos; pronto te habituarás. Las damas no galopan. —Abrió la puerta para llamar a alguien. Un niño entró en seguida e hizo una reverencia—. El te conducirá hasta Harshira —me dijo Disenk.

Giré en redondo y me alejé de ella, como si me arrancaran de los brazos de mi madre.

El pequeño esclavo avanzó con seguridad por el pasillo, mientras yo lo seguía tambaleándome. Por naturaleza tenía el paso largo y, como el sayo frenaba cada uno de mis movimientos, corría el peligro de caer de bruces. En

lo alto de la escalera que descendía al centro de la casa me detuve, ya harta.

—¡Espera! —pedí a mi silencioso guía. Y me agaché para examinar las puntadas en que terminaba la abertura del sayo. Eran apretadas; su pulcritud habría merecido la aprobación de mi madre. Pese a todo, logré aflojarlas y deshacer unas cuantas. Ahora la abertura me llegaba por encima de la rodilla, pero eso no me importó. El niño me miraba estupefacto, como si yo me hubiera detenido para quitarme aquella estúpida prenda.

—¿Qué miras? —le espeté, un poco por fastidio, un poco porque me costaba creer en mi propia temeridad. El niño levantó las manos con las palmas hacia arriba, en el antiguo gesto de sumisión y disculpa, y me dio la espalda.

Cuando llegamos al pie de la escalera cuadré los hombros como para defenderme, llena de expectación, pero no había nadie sentado a la mesa donde, el día anterior, había visto al administrador. El niño pasó sin detenerse y giró a la izquierda del salón principal; nos encontramos frente a la gran arcada que daba al jardín posterior y al muro de la finca; allí giramos de nuevo a la izquierda por un corredor lateral. La distancia no era grande. Una puerta nos cerró el paso. El esclavo llamó con los nudillos y, ante la orden de entrar, me anunció en voz alta y escuetamente; a continuación, pasó junto a mí y desapareció. Entré en el cuarto.

Estaba lleno de luz; noté en seguida que se encontraba exactamente bajo mis habitaciones, pues desde allí se veía el patio delantero, con el cerco hasta la cintura, el portón y, detrás, los árboles agrupados. Un jardinero desapareció bajo la sombra del lado opuesto, con las herramientas al hombro; un joven vestido con faldellín pasó con aire desenvuelto junto a la ventana, haciendo sonar sus sandalias en el adoquinado. «Es un buen sitio para la oficina del administrador», pensé mientras me detenía para hacer la reverencia. «Puede ver a todos los que entran y salen. Durante las horas de claridad no se le escapará nada. Me gustaría saber dónde duerme.»

El hombre estaba sentado tras una mesa, como el día anterior, pero ésa era de gran tamaño y estaba cargada de papiros enrollados de todos los tamaños. A la derecha tenía una fuente de plata llena de granadas; a la izquierda, una jarra de vino. La mitad de cada pared, desde el suelo hasta el techo, estaba cubierta por armarios y arcones. En la otra mitad se abrían las puertas. Supuse que una de ellas conduciría al salón principal; la otra, sin duda, a las

habitaciones del amo y de otros miembros importantes del personal. Allí se acabaron mis observaciones, pues el hombre me indicó por señas que me acercara. A mi lado había una silla desocupada, pero no me invitó a sentarme. Resistí el impulso de cruzar nerviosamente las manos. Aquellos ojos pintados de *kohl* me recorrieron de pies a cabeza, inexpresivos. Las dos manos, cargadas de anillos y asombrosamente delgadas para un hombre de su volumen, permanecían inmóviles en el escritorio.

—¿Estás bien? —preguntó en tono áspero, después de un breve silencio. Asentí con la cabeza—. Bien —continuó, en el mismo tono indiferente—. Hoy dictarás una carta para tu familia. Cuando hayas terminado, pasarás el resto de la tarde con uno de los escribas ayudantes, que empezará a enseñarte a escribir y evaluará tu capacidad para la lectura. Después de la cena, que tomarás con Disenk en tus habitaciones, te ejercitarás con el instructor físico del amo. Después, recibirás una lección de historia. Eso es todo. ¿Tienes algo que preguntar?

Tenía diez preguntas que hacer, por supuesto, pero bajo aquella mirada oscura e impenetrable vacilé. «Domínate, Thu», me dije con severidad. «Finge que eres una princesa y este hombre, un inferior cuyo destino puedes decidir con un movimiento de tu bellísima cabeza.» Me humedecí los labios, preguntándome fugazmente si no estaría manchándome la lengua de ocre rojo, con lo que parecería dos veces más estúpida de lo que me sentía.

—En realidad, unas cuantas cosas —dije, con un aplomo que me sorprendió—. Si se me permite, claro.

Mi tono era más sarcástico de lo que pensaba. Una de aquellas cejas, depiladas con sumo cuidado, se elevó de forma imperceptible. Levantó un dedo del escritorio, como para indicarme que podía continuar. Respiré con fuerza.

—¿Por qué tengo que recibir una lección de historia?

—Porque eres una niña ignorante.

—Nado en el río todos los días. ¿Por qué tengo que hacer ejercicio? —Me había dolido el comentario de Disenk con respecto a la limpieza. El hombre no se movió.

—Porque si no te ejercitas, con el tiempo se te aflojarán las carnes de modo muy poco atractivo.

Sin darme cuenta, me acerqué un paso al escritorio.

—Con tu permiso, Harshira —dije con firmeza—, ¿qué importa que yo sea atractiva o no? He venido para ayudar al amo en sus tareas, ¿verdad? Sin embargo, me acicalan y miman como si fuera una... ¡una concubina!

Me costó pronunciar la palabra; furiosa, avergonzada, supe que me había ruborizado. En mí estaba muy arraigada la exigente moral de mi crianza campesina, pese a mi temperamento temerario; me pareció ver la desaprobación de mi madre, que me regañaba por hacer comentarios sobre una aldeana cuyo comportamiento era indecoroso. Concubina, para mis vecinos de Asuat, era sinónimo de pereza y degradación moral. Un hombre podía recibir en el seno de su familia a una mujer de la aldea que se encontrara en la miseria, dormir con ella y darle hijos, pero siempre por motivos correctos. La simple aventura sexual no era buen motivo. Quizá su esposa legítima fuera estéril o, por estar mal de salud, no pudiera realizar las tareas de la casa. Tal vez la mujer en cuestión no tuviera otro recurso, debido a circunstancias difíciles. Cuando los aldeanos hablaban del harén del faraón, se referían siempre a la necesidad de asegurar el trono de Horus con muchos herederos posibles, por ridícula que pudiera parecer aquella justificación.

Harshira sonrió. Sus grandes mejillas se inflaron; los ojos oscuros, al entornarse, perdieron por un momento la expresión imperturbable.

—¿El amo te prometió algo de eso? —me preguntó, con intención.

¡Prometer, prometer! ¿Acaso ese hombre creía que el concubinato era algo deseable?

—¡No, por supuesto! —estallé.

—Entonces, ¿por qué te preocupas? ¿O quizás, en tu vanidad, te sientes desilusionada? Te aseguro que, en esta casa, tu virginidad está a salvo. Haz lo que se te indique, como una pequeña campesina obediente. Agradece tu buena suerte, aprende lo que puedas y deja los asuntos más importantes a los que saben de eso. ¿Algo más? ¿No?

Alargó la mano hacia atrás y tocó una sola nota en un pequeño gong de cobre. En seguida se abrió la puerta de la derecha. Un sirviente entró y se detuvo, a la espera de recibir las órdenes de su amo.

—Si Ani no está ocupado, pídele que me honre con su presencia —ordenó

el administrador.

El hombre hizo una reverencia y salió. Destrozada, coloqué las manos a la espalda y me dediqué a mirar por la ventana, fingiendo desenvoltura. Por el rabillo del ojo vi que Harshira, con los codos apoyados en la mesa y los dedos formando una pirámide bajo el amplio mentón, me observaba con atención. De repente, se echó a reír, con un rugido atronador que me hizo dar un respingo.

—Ya veremos —rio entre dientes—. Sí, ya veremos.

Se sirvió vino de la jarra y, levantando la taza, inhaló con lentitud el aroma y sorbió el contenido con evidente placer. Luego la dejó para desenrollar uno de los papiros esparcidos por la mesa y se puso a leer sin prestarme atención.

Permanecí inmóvil, luchando con mi propio enojo. Su trato era tan distinto del de Disenk y su pequeño ejército de sirvientes que me encontraba desarmada por completo. Era como si quisiera evitar, de forma deliberada, que me sintiera la gran señora que Disenk trataba de crear. «Tal vez de eso se trate», pensé oscuramente, desviando la atención hacia el largo pendiente de oro que temblaba contra su cuello de toro, inclinado hacia el papiro. «Uno me ofrece las golosinas, el otro blande el látigo. ¿Con qué fin? ¿En qué extraña escuela me encuentro?» Pero antes de que pudiera estudiar mejor el asunto, se abrió la puerta a mi espalda. Al instante Harshira dejó que el papiro se enroscara con un susurro y se levantó. Me volví.

El hombre que se adelantaba, sonriendo, sólo puede ser descrito como un ser anodino. Fue una palabra que le apliqué mucho tiempo después. Por aquel entonces sólo pensé que necesitaría verlo muchas veces para poder formarme una imagen de él que mi mente retuviera. Su estatura no llamaba la atención por ser alta ni baja sino mediana, al igual que su complexión física. Sus facciones eran completamente regulares; incluso las líneas que le rodeaban la boca podrían haber sido dibujadas por un artista del montón, incapaz de trazar un solo rostro entre una multitud de hombres maduros similares. Su peluca era una creación sencilla: negra y larga hasta los hombros. Vestía una simple chaqueta blanca y un faldellín hasta el muslo, blanco también. En la calle, podría haber pasado junto a él sin dirigirle una mirada; peor aún: sin saber que alguien había compartido el camino conmigo. Sus ojos, como los de Harshira, no manifestaban nada de lo que pasaba por dentro, pero a diferencia

del administrador, sí revelaban la inteligencia interior. Era un hombre que fácilmente se podía olvidar, al que sin esfuerzo se podía hacer caso omiso, alguien cuya presencia jamás provocaría sentimientos de inferioridad ni arrogancia. Si me hubieran dejado en el cuarto con él, me habría sentido completamente sola. Intercambió reverencias con Harshira.

—Ésta es Thu —dijo Harshira, sencillamente, haciendo un gesto brusco en dirección hacia mí.

Para mi sorpresa, el escriba me hizo una reverencia.

—Te saludo, Thu —dijo. Su voz me sorprendió. Era grave y melodiosa, de pronunciación perfecta; me recordó al cantor del templo de Asuat, cuyas alabanzas a Uepuauet llenaban el santuario de potente música y, traspasando los muros, resonaban en el patio interior. Aquellos sonos me provocaban siempre un palpar de extraños anhelos en la garganta—. Soy Ani, el maestro de escribas del amo —prosiguió—. Tengo entendido que hoy vas a dictarme. —Se volvió a Harshira—. ¿Puedo ya llevármela?

—Puedes. Corre, Thu, y trata de dictar una carta breve y coherente. El tiempo de Ani es más valioso que tus palabras.

Le dirigí una mirada que intenté que fuera hostil, pero él me sonreía; la carne de su cara se elevó en configuraciones nuevas. Le hice una leve reverencia y salí de la habitación, siguiendo al escriba.

No nos alejamos mucho. A poca distancia, por el pasillo que había recorrido antes con el pequeño esclavo, entramos por una puerta del lado opuesto. Me encontré en un ambiente más simpático que el de Harshira. La ventana de Ani daba a la parte trasera de los jardines. Un estrecho sendero adoquinado corría medio oculto entre los densos arbustos y los altos árboles que crecían contra el gran muro protector, llenando el cuarto de luz verde y fresca. Había allí un escritorio, varias sillas y estantes colmados con cientos de rollos. Cada estante estaba pulcramente etiquetado. La atmósfera era tranquila y apacible; sentí que empezaba a relajarme. Ani cerró la puerta y me señaló una silla.

—Siéntate, por favor, Thu —dijo, amable—. Voy a preparar mi paleta.

Sus modales no tenían la arrogancia de los de Harshira. Se movía y hablaba con una seguridad cálida y serena. Me dejé caer en una silla mientras él acercaba su paleta, destapaba el tintero y elegía un pincel adecuado. Sacó

un papiro entre los que tenía a mano, abrió un cajón y sacó un bruñidor, con el que empezó a alisar con ademán enérgico el papiro amarillento. Sus materiales de trabajo eran de madera sencilla; la paleta estaba llena de marcas y manchas; los pinceles carecían de adorno. El bruñidor, en cambio, era de cremoso marfil con incrustaciones de oro; los años de uso habían dado un suave brillo a su mango. Lo depositó amorosamente en el escritorio y, con la paleta en la mano, rodeó el escritorio para sentarse en el suelo, a mis pies. Cerró los ojos y sus labios se movieron en la silenciosa plegaria habitual a Thot, jefe de todos los escribas, el dios que había dado los jeroglíficos a su pueblo. Eso me recordó vívidamente a Pa-ari; sentí un arrebato de afecto hacia aquel hombre, que ya estaba sumergiendo un pincel en la tinta. Me miró con una sonrisa, pero de pronto yo no sabía cómo empezar. Carraspeé con timidez, paseando la mirada por el cuarto, en busca de palabras. Ani debió de comprender mi dilema.

—No temas —me dijo—. No soy más que un instrumento. Imagínate así. Habla con el corazón a aquellos a los que amas. Perdona, Thu, pero ¿tu hermano tiene ya la habilidad suficiente para leer tus palabras a tus padres?

Admiré su tacto gentil.

—Supongo que el amo te ha hablado de mí y de mi familia —repliqué en tono melancólico—. Sí. Pa-ari es ya un escriba destacado; aunque sigue en la escuela, cumple funciones de escriba para los sacerdotes de nuestro templo. Él leerá la carta a mis padres. Pero no sé cómo empezar. Ni por dónde —concluí, indefensa—. ¡Es tanto lo que tengo que contar!

—Quizá sea adecuado empezar con un encabezamiento formal —sugirió Ani—. «A mis amados padres, saludos de vuestra abnegada hija Thu. Que las bendiciones de Uepuauet, el Poderoso, sean para vosotros y mi hermano Pa-ari.» ¿Bastará con eso?

—Gracias —dije.

Ani bajó la cabeza y empezó a escribir las palabras con celeridad y desenvuelta pulcritud. Busqué en mi mente por dónde empezar. ¿Por el viaje? ¿Por una descripción de la casa? ¿Podía declarar con orgullo que se me había asignado una criada personal? No, tenía que ser diplomática, ni hablarles como si estuvieran por debajo de mí. Mis dedos se habían tensado contra los brazos del sillón. Contemplé la impecable tela que me cubría las rodillas, suave como la gasa; sentí los extremos de la cinta azul que me rodeaba los

hombros desnudos. Percibí en la lengua el sabor algo amargo del ocre rojo.

De pronto, floreció en mi mente la plena conciencia de ese destino extraño y maravilloso que me esperaba. Hasta entonces me había movido en una especie de fantasía. Los árboles, más allá de la ventana, se agitaron por un instante, sacudidos por una ráfaga perdida. Me llegó el perfume de azafrán con el que me untaba el cuerpo, el dulce aroma a cedro que despedía el sillón. Ani terminó con el saludo y levantó la vista, sin mover el pincel, a la espera de que le dictara. Por primera vez noté que sobre la túnica llevaba colgado un ojo de Horus de plata. Aquél era ahora mi mundo, con toda su complejidad, con todos sus misterios y sorpresas. Ya no era la pequeña campesina que corría descalza junto al Nilo. Habitaba en un vientre distinto, del que nacería una persona diferente.

Me levanté para pasearme, con las palmas juntas.

—Tengo muchas cosas que contaros —empecé—, pero primero debo decir que os amo y os echo de menos a todos. Me tratan bien; en realidad, ahora no me reconoceríais. La casa del vidente es una maravilla. Tengo una habitación sólo para mí y en ella hay un diván con lienzos finos...

Había llegado a la ventana. Me recliné contra el marco, con los ojos cerrados, oyendo apenas el leve susurro del papiro en el que Ani trabajaba, pero pronto me perdí en un torrente de palabras que brotaban de mis labios. Les hablé de Disenk, de la comida y del vino. Describí a Harshira y la ciudad de Pi-Ramsés, tal como la había entrevisto desde el río. Hablé de la fuente y la piscina, de los otros sirvientes, del barco del faraón que había visto amarrado a la escalinata de mármol del palacio al pasar el navío de Hui.

De repente, me encontré con que lo había dicho todo y no me quedaba más que la conciencia de mi propia soledad. Imaginé el rostro de Pa-ari al leer el papiro a mis padres a la luz mortecina de la lámpara de sebo. Oí su voz firme leyendo mis palabras en el pequeño y atestado cuarto. Mi padre escucharía con atención, en silencio, callando sus pensamientos, como siempre. Mi madre lanzaría alguna exclamación inclinándose hacia delante, con los ojos oscuros relucientes de asombro o censurando algo con palabras chispeantes. Pero yo estaba aquí, aquí, no sentada con ellos sobre la esterilla áspera, escuchando con anhelosa envidia las increíbles aventuras de otra persona.

—Sobre todo te echo de menos a ti, Pa-ari —terminé—. Escribeme

pronto.

Temblando por la fatiga, pero en paz, volví a mi asiento. Ani, por supuesto, no hizo comentarios sobre aquel fárrago, que debió de parecerle incoherente. La tinta se secaba a toda prisa. Las manos expertas de Ani enrollaron el manuscrito. Se levantó para dejarlo en el escritorio y tapó el tintero. Luego llamó sin levantar la voz. En seguida se abrió la puerta y entró un sirviente.

—Límpiame el pincel y mezcla más tinta —ordenó Ani—. Di a Kaha que lo necesito.

El sirviente hizo una reverencia y, después de recoger la paleta, salió de la estancia.

—La carta irá río arriba y la llevará uno de los heraldos del amo —explicó Ani, respondiendo a mi pregunta no formulada—. Tu familia no tendrá que pagar nada, desde luego. Dentro de un mes me dictarás otra, Thu. ¡Ah! —Hizo un gesto impaciente al joven que entraba—. Éste es mi auxiliar, el escriba asistente Kaha. Está a cargo de tus lecciones. Es inquisitivo y bastante grosero, por desgracia, pero también inteligente. Kaha, ésta es Thu, tu discípula.

Kaha me dedicó una sonrisa, mirándome de arriba abajo con franca curiosidad.

—Saludos, Thu —dijo—. No prestes atención a los comentarios del maestro. Teme que algún día lo supere, tanto en inteligencia como en habilidad, tal como ya lo supero en ingenio.

Ani gruñó:

—Empieza con los rollos de los que ya hemos hablado. Salid al jardín. La niña necesita aire libre.

—Gracias, venerable —dije con voz entrecortada, mientras Kaha retiraba de un estante un montón de rollos. Mientras me conducía a la puerta, Ani me dirigió una sonrisa distraída y volvió a su escritorio.

—No creo que tenga jamás la suerte de llegar a maestro de escribas —comentó en tono despreocupado Kaha, mientras recorríamos el pasillo hacia el sol que caía a raudales por la arcada trasera—. Hablo demasiado. No sé pasar inadvertido. Tengo demasiadas opiniones y me gusta expresarlas en voz

demasiado alta.

Giramos a la izquierda. Parpadeé, momentáneamente cegada por la potencia del sol de media tarde. Kaha chasqueó los dedos y al instante un esclavo que permanecía sentado junto a la puerta, a la sombra, saltó hacia nosotros con un parasol que tenía preparado. A partir de ese momento, Kaha no le prestó atención alguna. El hombre caminaba detrás de nosotros, sosteniendo la redonda cúpula amarilla por encima de nuestras cabezas; las borlas rojas como la sangre bailoteaban delante de los ojos.

Tras dar la vuelta a la esquina de la casa, cruzamos el patio principal. Me pregunté si Harshira estaría ante su ventana, viéndonos pasar, y contuve el impulso de mirar atrás.

—Será mejor que nos instalemos cómodamente junto al estanque de los peces —comentó Kaha cuando nos deteníamos para que el esclavo pudiera abrir el portón—. Allí estaremos al fresco y nadie nos molestará.

Apenas le prestaba atención. Me alegraba salir de la casa, por fin, levantar la cara al cielo que se entreveía entre las agitadas palmeras y sentir el aire caliente en la piel. En cuanto abandonamos el adoquinado ardiente del patio, quise quitarme las sandalias, pero Kaha continuaba su marcha por el sendero serpenteante, por el que me parecía haber caminado un *henti* antes, y le seguí. Por fin, giró y se sumergió en una abertura del seto espinoso. El estanque yacía oscuro y quieto, con la superficie apenas alterada por el leve aletear de los insectos que lo rozaban. Flotaban plantas de lirios y de loto verdes, luciendo su elegante curva. En aquella época no estaban en flor, claro. Kaha se sentó en la hierba.

—Trae matamoscas, agua y esterillas —ordenó al sirviente—. Ve a mis habitaciones y pide que te entreguen papiro y la segunda de mis paletas. — Me obsequió con una de sus grandes sonrisas—. Preferiría cerveza —confesó al hombre que se alejaba a toda prisa—, pero no conviene nublar las facultades, ¿verdad? Así que tú eres la pequeña campesina que Hui trajo de Asuat. —Sus ojos me recorrieron de los pies a la cabeza, pero su escrutinio no me pareció insultante—. Dicen que eres caprichosa y de lengua afilada.

Tomé aire para protestar, pero Kaha prosiguió:

—También dicen que el amo tuvo un sueño, una visión o algo así, en la que figurabas tú. ¡Qué suerte la tuya! —Revisó de manera apresurada los

rollos y me alargó uno—. Todo eso no me incumbe a mí —dijo con firmeza—. Me han encomendado la tarea de instruirte, tarea que no será ingrata si de verdad posees un poco de inteligencia. Toma. Léeme esto.

Tomé el papiro y lo desenrollé.

—Oye, Kaha —dije con lentitud, pero con toda la intención del mundo—, estoy cansada de que me llamen a cada momento «la pequeña campesina de Asuat». Los campesinos son la columna vertebral de Egipto. Sin ellos el país se derrumbaría en una semana. Es el sudor de mi padre lo que riega esta casa; no lo olvides. Además —concluí bastante más apaciguada—, mi padre es libu y fue soldado mucho antes de dedicarse a labrar la tierra. No vengo de estirpe de campesinos.

Kaha se echó a reír.

—Conque te opones a que te llamen desdeñosamente «campesina», no porque te enorgullezca serlo, sino porque estás convencida de tener la sangre un poquito más noble que tus vecinos de Asuat —exclamó, con inesperada astucia—. Lengua afilada y, por añadidura, presumida. Léeme eso, princesa libu. Si descubro que amas y reverencias la palabra escrita tanto como yo, perdonaré todas tus faltas.

Su perspicacia me pareció detestable, pero me gustaba su actitud directa. «¿Cuándo terminará esta prueba?», me pregunté. Y respiré con fuerza, mientras paseaba la vista por la escritura.

Era el relato de un enfrentamiento militar que se había producido *hentis* antes, durante el reinado de un faraón llamado Thotmés Primero. El narrador era uno de sus generales: Aahmes pen-Nejeb. El lenguaje era difícil, colorista y algo arcaico; pronto me encontré tartamudeando en mi intento por descifrar los negros caracteres. Las lecciones de Pa-ari habían sido menos onerosas: palabras sencillas que componían máximas de moral y buena conducta. Aquel manuscrito nombraba por doquier lugares y tribus de los que yo no tenía noticia; había largas palabras, complicados párrafos y explicaciones profusas. Ante mis vacilaciones, Kaha esperaba. Cuando hice un alto desalentador, me alentó:

—Descompon la palabra en sus componentes sagrados. Reza. Trata de adivinar. Entra en el santuario de este vocablo.

Ya no bromeaba. Su actitud era atenta, sombría. Cuando llegué a duras

penas hasta el final, Kaha cogió de nuevo el manuscrito.

—Ahora cuéntamelo —dijo.

Le obedecí, con la mirada perdida en el agua del estanque y en las libélulas, cuyas alas centelleaban al pasar entre los dedos de Ra.

El esclavo había vuelto; había extendido en silencio las esterillas, había puesto jarras de agua en la hierba y unos matamoscas en nuestras manos. Luego se retiró más allá del alcance de la voz del maestro y se acomodó bajo un árbol.

—No está mal —comentó Kaha, cuando acabé—, pero no has tratado ni siquiera de recordar el número de prisioneros cogidos.

—¿Qué necesidad hay? —pregunté con petulancia, pues creía que me las había arreglado bastante bien—. No voy a ser escriba, sino asistente. Además, todo el mundo puede consultar un relato escrito. Y los escribas no tienen que aprender de memoria para repetir, sino escribir al dictado.

Kaha me miró con sus ojos penetrantes.

—Los escribas deben tener muchas habilidades —objetó—. Supón que tomas un dictado y, varios días después de haber despachado el rollo, el amo te pregunta: «Escriba, ¿qué dije en aquel rollo con exactitud?».

—Pero ¿no hay escribas asistentes que se dedican a hacer copias? —contraataqué, sin alterarme—. Basta con leer la copia.

Me sentía fastidiada. Kaha puso los ojos en blanco.

—No seas obtusa, Thu —suspiró—. Ocurre a veces que, después de una reunión de funcionarios, uno de ellos necesita saber lo que el otro ha dicho, pero ha ordenado a su escriba que no anote nada.

Lo miré, pensativa.

—Quieres decir que, a veces, el escriba debe tener los ojos y los oídos de un espía.

—¡Muy bien contestado! —exclamó, sarcástico—. Y ahora, si no quieres seguir pasando vergüenza con tu presuntuosa ingenuidad, continuamos con la lección. Veo que sabes leer... hasta cierto punto. Pero ¿sabes escribir?

Me puso en las rodillas la paleta que había traído el esclavo, abrió el

tintero y me colocó un pincel en la mano derecha. Yo quería disculparme desde un principio, explicarle que había estudiado en secreto, practicando rara vez en papiros costosos, pero apreté los labios para contener ese torrente de autocompasión despreciable y, pasando el pincel a la mano izquierda, lo sumergí en la tinta. Hubo una pausa. Al levantar la vista descubrí que me miraba con los ojos entornados en un gesto de duda y extrañeza.

—Utilizas la mano izquierda en lugar de la derecha —dijo con galantería—. No me habían dicho que eras hija de Set.

—¿Y qué? —le espeté—. Mi padre también utiliza la izquierda. Para nosotros es más natural. Y él es un gran soldado y servidor de mi dios, el poderoso Uepuauet, el dios de la guerra, ¡no de Set, el turbulento, el que causa el caos! ¡No me juzgues así, Kaha!

No sabía si estaba enojada u ofendida. Había tropezado ya con aquellos prejuicios, pero no muy a menudo y, por algún motivo desconocido, no esperaba encontrarlos allí, en aquella casa refinada, donde los habitantes no se reunían para la oración vespertina ni empezaban la jornada dando las gracias a Amón ni a Ra.

En cierta ocasión, mi madre, en un ataque de exasperación por alguna falta mía o por alguna discusión que me negaba a abandonar, estalló: «A veces pienso, Thu, que en realidad Set es tu verdadero padre, porque te pasas la vida provocando dificultades». Otra vez, mientras cruzaba la aldea al atardecer, volviendo de los sembrados, pasé junto a un anciano. Apenas reparé en él, cansada y hambrienta como estaba, deseosa de llegar a mi puerta. Pero el hombre se detuvo al verme y, en su prisa por apartarse de mi camino, tropezó y cayó. Me quedé desconcertada. La plaza estaba desierta y yo no estaba ni siquiera cerca. Sin embargo, al oír cómo me gritaba imprecaciones desde el polvo en que yacía, despatarrado, vi que la luz roja del sol poniente alargaba mi sombra, arrojándola contra sus pies como una serpiente deforme. Entonces comprendí que, por ser zurda, incluso mi sombra acarreaba mala suerte. Y corrí a casa llena de vergüenza y confusión.

Parte de aquellas emociones se apoderó de mí al enfrentarme a Kaha. Él hizo una mueca de arrepentimiento y me dedicó una pequeña reverencia.

—No tienes por qué avergonzarte, ¿sabes? —comentó—. Me ha sorprendido, eso es todo. ¿Sabías que Set no fue siempre un dios de maldad? ¿Sabías que es el tótem de este nomo y que la ciudad de Pi-Ramsés está

dedicada a él?

Negué con la cabeza, extrañada. Para los aldeanos Set había sido siempre un dios al que había que aplacar en caso necesario y al que temer y evitar en lo posible.

—El gran dios Osiris Ramsés Segundo, el de pelo rojo y larga vida, era devoto de Set y construyó esta ciudad para exaltar su gloria. Set también es pelirrojo... y puede que tenga los ojos azules, por lo que sabemos —concluyó, en tono de humor—. Anímate, Thu. Si Set te ama, serás invencible. —Bebió un poco de agua y recogió un rollo—. Continuemos.

Yo no quería ser hija de Set. Quería permanecer leal a Uepuauet, mi benefactor. La tinta se había secado en el pincel. Me incliné otra vez hacia el tintero y, después de agitar el matamoscas contra la nube de mosquitos que empezaba a reunirse al caer la tarde, me dispuse a escribir con el corazón palpitante.

Con la escritura no me fue tan bien. Mis signos eran grandes y mal formados; mi rapidez, una tortura, pues era muy lenta. Kaha no se burló de mí. Algo en su actitud había cambiado sutilmente. Demostró ser un maestro atento y paciente; me corregía con discreción, permitiéndome luchar a mi propio ritmo sin alterarse. Creo que respetaba mis esfuerzos. Tras varias horas de borrones, dedos entumecidos y frustración, me quitó con suavidad el pincel de la mano manchada y retiró la paleta de mis rodillas.

—Basta por hoy —dijo, ofreciéndome una taza de agua que sorbí con avidez—. El dictado ha sido difícil, Thu, pero necesitaba saber por dónde debíamos empezar. Deberías practicar otra vez en tejuelas, pero no lo haremos. Hui es rico y puede proporcionarte todo el papiro necesario. —Sonrió y yo hice otro tanto—. Pero lees bastante bien. Dicen que también sabes algo de curaciones.

—Mi madre es la partera y la médica de Asuat —le dije—. Puedo escribir largas listas de hierbas medicinales sin un solo error, pero veo que, en todo lo demás, soy una ignorante.

—No serás ignorante por mucho tiempo —aseguró, con lentitud. Y se giró para hacer señas al esclavo, que seguía cabeceando bajo el árbol—. Ahora vuelve a tu habitación y cena. Creo que pasaremos esta noche sin la lección de historia. Estás cansada y te espera una paliza de Nebnefer.

—¿Me van a castigar? —exclamé, alarmada—. ¿Por qué?

Kaha rio en voz alta.

—Nebnefer es el instructor del amo —explicó—. Es una de las pocas personas que lo puede ver desnudo. No creo que te obligue a manejar el arco ni a arrojar la lanza, pero querrá que hagas maravillosas contorsiones para mantener la salud y la agilidad. Ahora vete.

Me levanté con trabajo, haciéndome un súbito masaje en la pantorrilla, porque me había dado un calambre.

—Si me dieras una paleta vieja y algo de papiro, podría practicar en mis horas libres —sugerí.

Pero Kaha negó con la cabeza.

—No está permitido —dijo con firmeza.

—¿Por qué?

Dobló una rodilla y apoyó un brazo en ella. Sus elegantes dedos se extendieron y volvieron a relajarse, en un ademán de resignación.

—Tu educación debe ser supervisada personalmente en todo momento —señaló—. Bajo pena de castigo severo, debo asegurarme de que no leas ni escribas nada como no sea en mi presencia o en la de Ani.

Me crucé de brazos y me quedé mirándolo desde arriba.

—Eso es estúpido y no tiene sentido. ¿Acaso Hui teme que escriba a mi familia cartas horribles contando secretos de él?

Kaha sonrió.

—Oh, no lo creo. Tendrías que ser muy loca para poner en peligro tu puesto aquí de una manera tan tonta. No, supongo que el amo no quiere que cojas malos hábitos de aprendizaje que luego son casi imposibles de erradicar. Date prisa, Thu, Disenk debe de estar esperándote.

Había vuelto ese tono irónico, algo condescendiente. Le dediqué una muda reverencia y partí tras el esclavo, que ya había levantado la sombrilla, aunque sólo una rojiza punta de Ra asomaba apenas en el horizonte.

Caminaba con timidez, un paso por delante de él, cuando se me ocurrió una idea y olvidé en seguida su presencia. ¡Qué estúpida era, qué tonta más

inocente! Hui no tenía por qué temer que yo enviara cartas horribles a mi familia, por supuesto. Tal como Kaha había comentado, de manera tan incisiva, había que ser idiota para arriesgar la posibilidad de vivir mejor; además, ¿cómo conseguiría un mensajero que las llevara? Me resultaba casi imposible escabullirme sola hasta la ciudad; tampoco tenía con qué pagar a un heraldo. No: se me vigilaba atentamente; cada una de mis palabras y de mis acciones era evaluada y de ellas se informaba. No podía ser yo misma. Era cierto, sin duda, que Hui sólo quería los servicios de las personas más instruidas. Eso era obvio y lógico. Para servirle yo debía saber tanto como Kaha, por lo menos. La idea era inquietante.

Pero había algo más. Mientras caminaba hacia la puerta trasera, dando vueltas al problema en mi mente, me sentí completamente confundida. ¿Qué se me reservaba? Estaba completamente segura de que mi torpe y fervoroso mensaje en forma de carta a mis padres y a Pa-ari no sería sellado ni despachado antes de pasar por el ojo avizor del amo. Ani era su herramienta, su empleado, su maestro de escribas; Ani, el depositario de sus secretos, el hombre invisible de voz seductora, que de modo tan insidioso se confundía en cualquier grupo, en cualquier ambiente, le habría llevado el rollo en seguida. Me invadió un súbito odio por el maestro de escribas, pero desapareció al instante. Ani, el confidente perfecto. Lo mismo habría hecho yo, en el lugar del amo. Sin embargo, ¿por qué perdía tiempo leyendo la insignificante carta de una entre sus sirvientes, sobre todo la de aquella a quien había prodigado tantas atenciones y cuidados, que no podía tener queja alguna contra él que presentar a su familia? ¿Para conocerla mejor? Pero ¿por qué molestarse? Si yo resultaba buena servidora, bien. Si no, con mandarme a casa todo arreglado. ¿Por qué tomarse tantas molestias por una joven campesina, de la que podía perfectamente prescindir?

Estaba ya ante mi puerta. El esclavo me despidió con una reverencia y Disenk se acercó, sonriente. La habitación olía a comida caliente; varias lámparas pequeñas y coquetas ardían con luz pareja, rechazando la creciente oscuridad. Saludé en tono distraído a mi criada personal; me dejé lavar las manchas de tinta de las manos y quitar el sayo arrugado; luego deslicé los brazos en la voluminosa bata de lienzo que me tendía, me senté para que me cepillara el pelo y luego permití que me condujera a la mesa llena de comida. Mientras tanto, mis pensamientos se atropellaban unos a otros, rodando junto a Ani, suspendidos en torno a la enigmática presencia de Hui, que parecía

impregnar toda la casa, aunque rara vez se le veía en ella. «Se me está preparando para ser algo más que una mísera asistente», deduje, «pero ¿para ser qué?». La idea me entusiasmaba y aterrorizaba al mismo tiempo. Ni se lo mencioné a Disenk mientras me servía la comida. Ella guardó silencio.

Cuando hube terminado de comer ya era noche cerrada; fuera no se veían más que las arboledas negras destacándose sobre un cielo algo más claro y una banda de luz que caía al patio, amarilla y débil, desde la oficina de Harshira. Por fin suspiré.

—¿Qué viene ahora, Disenk? —dije, contra mi voluntad.

La joven empezó a recoger los platos.

—Nebnefer ha mandado avisar que quiere examinarte y hablar de tu preparación física —respondió—. Pero esta noche no te hará trabajar. Y en el futuro harás tus ejercicios por la mañana, antes de bañarte. Vendrá personalmente.

«Qué amable de su parte», quise decir con tono sarcástico. Pero callé.

Vi que Disenk llamaba a un esclavo para que retirara los restos de la comida. Poco después, oí que llamaban a la puerta. Disenk abrió en seguida e hizo una reverencia al hombre que se acercaba a mí. Era bajo y rollizo, de modales y movimientos rápidos y seguros. Me levanté para hacerle una reverencia y, con aire burlón, me quité la bata antes de que me lo pidiera. El hombre me miró a los ojos con una sonrisa de aprobación. Empezaba a habituarme a aquella evaluación de hombres desconocidos; ni siquiera parpadeaba. Su toque era tan impersonal como el del masajista.

—Buena estirpe campesina —anunció—. Pero no eres ni gruesa ni pesada. Huesos finos y fuertes, piernas largas, musculatura apretada. Bueno, así debe ser a tu edad. A propósito: me llamo Nebnefer.

—Eres la primera persona de esta casa que dice algo elogioso de mi estirpe campesina —dije con sequedad.

Con un resoplido me puso la bata sobre los hombros. La cerré contra mi cuerpo.

—Hay en ti algo más que una *fellahin* egipcia —aclaró sin rodeos, recorriéndome la cara con los ojos negros—, pero no hay nada malo en un buen cuerpo campesino. ¿De dónde provienen los honestos soldados del

faraón, sino de las sementeras de Egipto? Serías buena para la carrera, Thu, o para la natación, pero tal como son las cosas, sólo tengo que mantenerte en buenas condiciones físicas.

—Entonces ¿puedo nadar? —pregunté, esperanzada.

Asintió.

—Bajo mi dirección todas las mañanas, en la piscina. Luego te haré tirar con el arco, para que estos bonitos pechos se mantengan altos, y algunas otras cosas. Mañana por la mañana, después del desayuno, te esperaré en el jardín. Que duermas bien.

Giró sobre sus talones y se fue, dando un portazo.

... mantenerte en buenas condiciones físicas...

... que estos bonitos pechos se mantengan altos...

Me volví hacia Disenk.

—Quiero ver al amo —exigí—. En seguida, Disenk. Ve a decírselo.

Disenk se estrujó las bonitas manos, con expresión atormentada.

—Oh, Thu, perdóname —dijo con voz aguda y apresurada—, pero eso es imposible. Esta noche tiene invitados y llegarán en cualquier momento. Sé paciente y por la mañana transmitiré tu deseo a Harshira.

—He sido paciente —le espeté— y no obtengo más que respuestas evasivas. Tengo que hablar con Hui.

Disenk hizo una mueca de disgusto al oír que le llamaba por su nombre.

—Si me presento ahora ante él se enfadará —insistió, uniendo las cejas bien depiladas—. No se mostrará dispuesto a escucharte con serenidad. Espera hasta mañana, por favor. —Aunque su nerviosismo parecía exagerado, supuse que tenía razón y capitulé.

—Oh, muy bien —dije, de mala gana—. Esperaré una noche más. Pero mañana transmito mi deseo a Harshira, Disenk. No me siento tranquila en esta casa.

Con evidente alivio, empezó a hablar de cosas intrascendentes mientras me preparaba para acostarme; me cubrió con la sábana y apagó las lámparas con cuidado. Se fue después de darme las buenas noches, dejándome con las

sombras y la dulce fragancia de las mechas humeantes, pero en mi mente los pensamientos tempestuosos no se aplacaban.

Disenk no había mentido. Poco rato después oí voces y risas en el patio de abajo; después, música de laúdes y tambores, el tintineo de los címbalos que provenían del interior. Los sones eran dulces, aunque leves, remota tentación de una dimensión de la vida que yo ignoraba por completo. Me pregunté si habría bailarines. Los bailarines del templo de Uepuauet eran personas dignas y elegantes; vestían lienzos talaes y finas sandalias correspondientes al respetuoso rito; con el sistro en las manos, se movían con los gestos prescritos para alabar e impresionar al dios. En la aldea había oído decir que los bailarines de otros tiempos solían danzar desnudos, bañados en el polvo de oro, con anillos en los dedos de los pies; que eran capaces de saltar la estatura de un hombre y doblarse hacia atrás hasta tocar los talones con la cabeza.

La música iba y venía con los soplos de viento; la esterilla de juncos que cubría mi ventana abofeteaba el marco. Sentí deseos de escabullirme por el pasillo, siguiendo el opaco latir de los tambores, para buscar al grupo cuyos gritos y palmadas se entretejían ahora con el rápido y agudo pulsar del laúd. Pero Disenk, que dormía en el corredor, me devolvería a la cama con su excesiva e irresistible cortesía. Oí ruido de pies que corrían por el adoquinado. Un búho gritó de repente en el jardín. Me adormecí.

Aún era noche cerrada cuando salí de mi inconsciencia, perturbada por el bullicio alcoholizado de los huéspedes que se iban a sus casas.

—¡Eh, que esa litera no es tuya! ¡Es la mía! —gritó una fuerte voz masculina.

Una mujer dejó escapar una risa chillona.

—Deja que la comparta contigo —pidió, arrastrando con pereza las palabras—. Los almohadones parecen blandos y mullidos. Y mi esposo ya se ha ido con la nuestra. ¿Qué voy a hacer, Harshira?

Me desperté por completo. El tono familiar del administrador sonaba seguro y claro.

—Si te retiras al salón de recepciones. Alteza, ordenaré que una de las literas del amo te lleve a casa en seguida.

¿Alteza? Abandoné el diván para correr a la ventana. Levanté la esterilla y

miré con cautela abajo. Había allí un grupo de personas, alegremente iluminadas por las antorchas que sostenían varios esclavos. Una litera dorada descansaba en tierra, rodeada por cuatro nubios que aguardaban órdenes. Un hombre de faldellín rojo hasta la rodilla, reluciente el pecho de joyas y con la cara muy pintada, se apoyaba con aire despreocupado en ella, mostrando una gran sonrisa. Por la entrada principal seguían saliendo invitados hacia la luz de las antorchas, para subir alegres y tambaleándose a las literas que iban llegando. Harshira me daba la ancha espalda, de frente hacia una mujer que lucía un sayo de complejas tablas, arrugado y manchado de vino. Uno de los tirantes, al desprenderse, había dejado al descubierto un pecho oscuro, surcado de sudor. El cono de perfume que llevaba sobre su larga peluca trenzada, caído sobre una oreja, le había manchado de aceite la mejilla, arrastrando consigo una buena cantidad de *kohl*.

—Gracias, Harshira —dijo ella, dándole unos vagos golpecitos en el hombro con la palma teñida de alheña—, pero quiero ir a casa con el general.

El hombre del faldellín rojo dejó escapar un bufido y, desprendiéndose de su litera, cogió los dedos agitados de la mujer para besárselos; luego volvió a besarla, esta vez en la boca relajada, e hizo un gesto con la cabeza a Harshira, impulsándola con firmeza hacia la casa.

—El general se va solo, Alteza —dijo con ironía. Sus palabras se apagaron al llevar a la mujer bajo el techo del pórtico—. Espera aquí como una niña buena, que Harshira se ocupará de ti. —Añadió algo que no llegué a oír. Luego entró otra vez en mi campo visual, ya solo, y subió a la litera. Su mano, tan deslumbrantemente enjoyada como el amplio pecho, apartó la cortina—. Buenas noches, Harshira —saludó—. Ponla en una de las literas de Hui y manda que la acompañe un guardia.

El administrador hizo una reverencia. Las cortinas se cerraron y, ante un orden tajante, los nubios levantaron la silla. Pronto desaparecieron en la oscuridad.

Dejé caer la esterilla y me deslicé hacia abajo hasta quedar acurrucada bajo la ventana, entre el escándalo y la emoción. Todo el mundo se embriaga de vez en cuando; la ebriedad es un agradable pasatiempo para los que tienen horas de ocio que gastar. A menudo mi padre llegaba a casa tambaleándose; también mi madre, en las largas tardes que pasaba bebiendo con sus amigas, solía levantarse con ojos chispeantes.

Pero eso era diferente. La embriaguez de esa mujer me había horrorizado. El que se emborrachaba en la aldea no perdía el decoro, pero la princesa (pues tal parecía ser por el trato que le daban) despedía un aire de completo abandono, descuidando su aspecto y ostentando públicamente su alcohólica lascivia por el hombre de rojo. Era como si nadie en el mundo tuviera importancia; sólo ella y sus oscuros deseos. «¡Cuánto egoísmo!», pensé, envidiosa. «¡Cuánta arrogancia! ¿Cómo será tener tantas riquezas, estar por encima de la censura y de las normas morales de la gente corriente, hasta el punto de poder hacer y decir lo que a una le venga en gana?»

De pronto ansié ser como ella, no por su repugnante falta de autodominio sino por su posición. Quise cenar allí como invitada, aplaudir a los bailarines, intercambiar frases elegantes e ingeniosas con el noble sentado junto a mí, coquetear con el hombre de rojo, pellizcar de forma remilgada la comida, mientras un esclavo se inclinaba para escuchar mi siguiente orden. Quise tener una gran finca a la que regresar en una rica litera, dar fiestas propias, tal vez a bordo de grandes barcos decorados con flores en el Nilo. Quería tener muchos amantes. Quería que me admiraran y me odiaran. No quería ser nunca más la que sintiera el agudo aguijón de la envidia.

CAPÍTULO 7

Por la mañana dije a Disenk que, después de todo, no quería hablar con el amo, pues una noche de sueño reparador había aliviado mis preocupaciones. En realidad, nadie me hacía ningún daño; por el contrario, se me cuidaba con esmero. Además, el ver a la princesa ebria me había hecho reflexionar. Hui tenía amistades muy importantes. Si me comportaba bien, si me esforzaba por ser obediente, quizá un día me invitaran a mí a servir en las festividades de la casa. Hasta era posible que me presentaran a los aristocráticos amigos del amo. Era una remota esperanza, sin duda, pero esperanza al fin. Empezaba a descubrir el abismo que existe entre el *fellahin* y el noble. Mientras no tuviera motivos reales de queja, relegaría mis vagas preocupaciones al fondo de mi mente. De todos modos, debía estar alerta, mantener los ojos y los oídos bien abiertos. Por inocente que fuera, sabía que nunca se prodigaban semejantes atenciones a un sirviente sin importancia. Pero las disfrutaría, siguiendo el juego hasta que el amo cambiara las reglas.

Mis días transcurrían según un rígido esquema. Al amanecer Nebnefer iba a buscarme; juntos cruzábamos la casa soñolienta hasta la piscina, cuya superficie se hallaba siempre quieta en el silencio de esa hora. Yo iba y venía nadando, iba y venía, mientras los rayos rosados de Ra se convertían a toda velocidad en rayos sofocantes y refulgentes y Nebnefer me gritaba instrucciones y regaños, caminando a mi lado a grandes pasos.

Llegué a esperar con verdaderas ganas el momento en que me dejaba ante la casa de baños, donde Disenk me reconfortaba con agua perfumada y las manos seguras del masajista me aliviaban con aceites aromáticos y masajes en los músculos doloridos. La comida que me esperaba en la habitación sabía a néctar de dioses. Después de haber comido, Disenk me pintaba la cara y me vestía, siempre hablándome de buenos modales y elegancia, de los métodos para engarzar piedras preciosas y adornar pelucas, de cómo subir con gracia a una litera o bajar de ella, de los tratamientos debidos a los sacerdotes y a los

miembros de la nobleza. Yo escuchaba en silencio, tratando de no preguntarme de qué podía servirme todo aquello, a menos que tuviera la suerte de llamar la atención de algún joven aristócrata.

Ya vestida acudía a las lecciones de Kaha; a veces me las daba en el jardín, pero con más frecuencia en su diminuta oficina, que en realidad era una antesala de los dominios del maestro de escribas. Por la mañana leía, cada vez con mayor fluidez y entendimiento, los escritos que él me indicaba. En general, contenían antiguos relatos que terminaban con alguna moraleja, como los que todas las madres cuentan a sus hijos, o se relacionaban con las lecciones de historia que me daba por las tardes. Pero de vez en cuando eran cuentas domésticas, pedidos de lienzo o vino, comisiones por amuletos y otras joyas.

Después del almuerzo, que tomaba en mi cuarto, intercambiábamos los puestos. Yo me sentaba ante su escritorio y me esforzaba por escribir al dictado. Mi letra mejoraba poco a poco. Bajo su paciente tutela empecé a desarrollar un estilo propio; llegué a tenerle confianza y admiración. Kaha me provocaba con pullas, ridiculizaba muchos de mis penosos esfuerzos, y me elogiaba tan pocas veces que aprendí a apreciar esas pocas palabras. Siempre me llamaba «princesita libu». Supongo que, en cierto modo, sustituyó a mi querido Pa-ari, pues era joven, enérgico y divertido como él. Quizá por eso nunca me atrajo físicamente, pese a ser un buen partido. Era como un hermano mayor, aunque también le temía, pues estaba segura de que su opinión tenía mucho peso ante Ani, su maestro, y por ende también ante Hui.

Cuando me entraban calambres en la muñeca, que era con demasiada frecuencia, o cuando me las arreglaba para mancharme de tinta la mejilla o el sayo, compartíamos unas tortitas con cerveza. Después, empezaban las lecciones de historia. Era un maestro entretenido. Todos los días recitaba la lista de reyes como si fuera un poema, invitándome a elegir un faraón cuyo nombre me intrigara. Era entonces cuando me relataba la vida del Osiris elegido: su carácter, sus proezas, sus guerras y sus amores. Una vez por semana ponía a prueba mis conocimientos, tanto oralmente como sobre el papiro. Si me desenvolvía bien, me ponía en la mano un escarabajo de terracota, cada uno de diferente color. Yo los guardaba en la caja que había traído de Asuat y la colección fue aumentando poco a poco.

En los largos y cálidos atardeceres, después de haber cenado formalmente

en mi habitación, atendida por Disenk y comportándome como si estuviera en un gran banquete, las dos paseábamos por los jardines o nos sentábamos junto al estanque de lotos hasta el anochecer. Luego yo volvía a mi cuarto, donde Disenk me cantaba acompañándose con el laúd, o me enseñaba algunos pasos de danza.

Durante muchas semanas, después de que la joven apagara las lámparas y me diera las buenas noches, me sentí muy cansada. Pero de manera gradual, a medida que dominaba mis lecciones y me iba acostumbrando a la invariable rutina diaria, empecé a sentirme inquieta. A menudo abandonaba el diván y, levantando la esterilla de la ventana, me arrodillaba para contemplar el patio en penumbra y los trémulos árboles movidos por la brisa. Los ruidos de la ciudad me llegaban apagados; los clamores se confundían y quedaban reducidos a un ronroneo lejano. A veces pasaba una embarcación que no llegaba a divisar, pero sí oía el grito de cómitre y el chapoteo de los remos. En una ocasión pasó una barcaza tan iluminada que sus lámparas crearon un resplandor ondulante entre los árboles. Luego me llegaron fuertes risas y el parloteo de muchas voces, chillidos de fingido terror y el frenético palpar de muchos tambores. Mientras el alegre alboroto se perdía en la lejanía, dejando el río de nuevo en silencio, pensé en la princesa ebria y en el general de faldellín rojo. ¿Estarían ellos a bordo? ¿Habría logrado Su Alteza llevar al general a su cama? ¿O acaso su lascivia había sido sólo motivada por el impulso del vino? Jamás lo sabría. Yo era un insecto atrapado en la resina, un trozo de leña flotante, arrojado por las aguas a un secreto rincón del lago de la Residencia, mientras la corriente continuaba con toda su potencia hacia el Gran Verdor, sin necesitarme a mí.

Otras veces me escondí para contemplar la llegada y la partida de los invitados, las alegres literas y los esclavos negros. En cierta ocasión creí ver al general, que se deslizaba solo por el patio oscuro, pero seguramente me equivoqué. En dos ocasiones soñé con él; era una figura romántica vestida de rojo, que acechaba en la periferia de mi campo visual, pero en mis horas de vigilia no me permitía el lujo de pensar mucho en esas personas. Aunque detestara admitirlo, estaban tan fuera de mi alcance como el mismo faraón; yo no quería aumentar la agitación que me provocaba aquel aislamiento forzado si no sabía qué fantasías conjurar.

Varias veces vi al amo, ya muy avanzada la noche, deslizándose como un fantasma en el claro de luna; iba hacia la piscina, con Kenna pegado a sus

talones. No experimenté impulso alguno de perturbarlo; quizá estuviera aprendiendo a ser paciente. Casi esperaba que se detuviera y levantara la vista hacia mí, casi persuadida de que él sabía que lo estaba observando. Pero nunca lo hizo, para alivio y desencanto mío.

Todos los meses cumplía con la obligación de dictar una carta para mi familia, sabiendo que los ojos de Hui sopesarían cada una de mis palabras. Sentía la infantil tentación de decir cosas absurdas de él, pero la reprimía. Al principio, la tarea me traía a la memoria vividas imágenes de mi familia, de mi antigua casa y de mis vecinos, los aldeanos; experimentaba entonces una oleada de nostalgia, seguida por un tumulto de emociones contradictorias. Pero con el paso del tiempo mi familia empezó a perder entidad; el ojo de mi mente los veía cada vez más lejanos. Intermitentemente recibía noticias de ellos; los rollos me iban llegando, escritos con la letra pulcra y pequeña de Pa-ari, según lo que ellos podían permitirse el lujo de gastar. Mis padres me enviaban saludos afectuosos, pero resultaba obvio que no dictaban ninguna noticia, pues el vocabulario era muy propio de mi hermano. Me escribía sobre las buenas cosechas, los niños nacidos en la aldea, quién se había comprometido con quién, cómo le iban los estudios. Me hablaba de la vida en el templo, donde ahora participaba plenamente como escriba, y de una de las bailarinas, hija de un vecino, que iba perdiendo con celeridad la torpeza desmañada de la niñez para adquirir curvas interesantes. Leí esto mientras se me hacía en la garganta un brusco nudo de celos: de forma egoísta e ilógica, no quería compartir con nadie el afecto de mi hermano. Él ya no salía con frecuencia al desierto para contemplar el crepúsculo; decía que, sin mí, no era lo mismo. Me echaba mucho de menos. Y yo ¿le echaba de menos a él? ¿O mi nueva vida era tan confortable y tan satisfactoria que no tenía tiempo de pensar en él? Bajo esas palabras amistosas yo percibía su preocupación y me preguntaba si el amo la detectaría, pues estaba segura de que las misivas no me llegaban intactas. Desde luego, llegaban sin sello, pues los campesinos no se molestaban en poner lacre, cilindros ni anillos para imprimir. De pronto, al leer la negra escritura de Pa-ari, tuve miedo. No quería que sus facciones se me borrarán, según el tiempo nos iba distanciando. No quería que estuviera petrificado en mis recuerdos, diciendo y haciendo una y otra vez lo mismo, porque no compartíamos nuevas experiencias. Y estaba segura de no volver a verlo en muchos años, por lo menos. También sus rollos iban a mi caja; los releía con frecuencia, esforzándome por mantenerlos todos muy cerca de mi

corazón; quería estar cerca de mi madre sagaz e impaciente, de mi padre taciturno y apuesto, de nuestros vivaces e inquisitivos vecinos.

Así mis días pasaban según el esquema fijado. La temporada de *Shemu* dio paso a *Ajet*, el tiempo de la inundación, anunciada por el Año Nuevo: el primer día del mes de Thot. Todo el mundo lo celebró, sirvientes y amos por igual. La casa y el jardín de Hui se llenaron de clamores de gente alcohólica durante las festividades; el río se llenó con los adoradores del dios. El ruido de la ciudad penetraba en mi habitación, pero a mí no se me permitió incorporarme al gentío, ni siquiera bajar al jardín. Furiosa y desencantada, me senté ante la ventana con Disenk, mientras los otros sirvientes, aquellos con los que había compartido la comida en el viaje desde Asuat, los que me habían recibido con tan reconfortante amabilidad, se congregaban alegremente bajo los árboles, para comer y beber a la gloria de Thot. Supuse que ya me habrían olvidado. Los funcionarios de la casa, Harshira, Ani, Kaha y los otros, se mantenían aparte de los esclavos y de los trabajadores de la cocina, disfrutando del festín en el salón de recepciones. No vi a Hui. Siendo vidente, debía de pasar la festividad en el templo de Thot, donde los sacerdotes del dios le consultarían con respecto al año venidero. Sin duda, había ayunado y permanecía recluido, preparándose para la ocasión, pero el día llegó a su fin sin que se viera su presencia.

Pasó el mes de Thot y pasaron *Paophi* y *Athyr*. Aquel año la inundación fue alta. Isis había llorado copiosamente; las cosechas serían abundantes. La estación de *Ajet* terminó con el mes de *Joiak* y se inició *Peret*, cuando se retiran las aguas y se siembra. Por primera vez me veía separada de los lentos ritos consagrados por el tiempo, que ligaban el *fellahin* a la tierra. En Asuat, mi padre y sus vecinos saldrían a recorrer las sementeras todos los días, para apreciar la calidad del limo dejado a lo largo del río, ahora sin crecidas; hundirían los pies en el lodo fértil, sin hablar de otra cosa que del grano que plantarían en tal o cual parcela. Allí, en la casa de Hui, mis propios actos eran tan invariables como aquéllos, pero sólo percibía el cambio de los meses por la disminución del calor y el aumento de la humedad, que comportaba la llegada de nubes de mosquitos hasta el jardín.

Seis meses después de mi llegada al Delta, las lecciones de Kaha dieron un nuevo giro. Mi lectura ganaba en fluidez y mi letra mejoraba día a día, pero fue en el estudio de la historia donde se inició el cambio. Un día, sentado en el césped junto al estanque, en una tarde bulliciosa por el croar de las ranas

y deslumbrante por el cálido sol, Kaha me dio un rollo para que recitara. No había empezado con la lista de reyes, como solía hacerlo; me ordenó que leyera en voz alta el contenido del papiro. No era difícil.

—Ciento siete mil esclavos —entoné—. Tres cuartos de millón de *arouras*, medio millón de cabezas de ganado, grande y pequeño, quinientos trece bosquecillos y jardines de templos, ochenta y ocho navíos de flota, cincuenta y tres talleres y astilleros... —Hice una pausa para echar una ojeada interrogadora a Kaha—. ¿Qué es esto?

Kaha hizo un gesto brusco con la cabeza.

—Sigue leyendo.

Obedecí.

—Ciento sesenta y nueve ciudades en Egipto, Cus y Siria. Para Amón, setenta mil talentos de oro y dos millones de talentos de plata al año. Ciento ochenta y cinco mil sacos de grano al año.

La lista era breve. Kaha hizo un gesto, pero en vez de permitir que el papiro se enrollara, volví a leer las cifras en silencio.

—¿Qué crees haber recitado? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Es algún tipo de inventario. Como se menciona al gran Amón, sospecho que éstos son sus... sus tributos.

La sola magnitud de las cifras me impresionó. Kaha sacudió su matamoscas, irritado, contra las moscas que rodeaban la jarra de agua.

—Estás en lo cierto. Es una lista de las pertenencias de todos los dioses de Egipto. Escucha bien, Thu. Voy a darte algunas cifras; cuando haya terminado coge la paleta y anótalas tal como las recuerdes.

Tomé aire con fuerza y me dispuse a concentrarme. Esos ejercicios de memoria solían ser difíciles. En tales ocasiones envidiaba a Kaha por su capacidad de repetir infinitas cifras sin vacilar.

—En Egipto, una persona de cada cincuenta es propiedad del templo —empezó con voz serena—. Ciento siete mil esclavos. De ese número, Amón de Tebas posee ochenta y seis mil quinientos, siete veces el número poseído por Ra. Repítemelo.

Lo hice, sin permitirme pensar, atenta sólo a recordar lo que Kaha decía.

—Bien —prosiguió—. De las setecientas cincuenta mil *arouras* de tierras, Amón posee quinientas ochenta y tres mil, cinco veces la cantidad de Ra, que posee ciento ocho mil *arouras* en On, y más de nueve veces lo que posee Ptah en Abidos. De las quinientas mil cabezas de ganado, Amón posee cuatrocientas veintiuna mil, en cinco hatos. —Cerré los ojos, repitiendo febrilmente las cifras para mis adentros—. De los ochenta y ocho barcos, Amón tiene ochenta y tres. De los cincuenta y tres talleres y astilleros, cuarenta y seis son de Amón. En Siria, Cus y Egipto, de las ciento sesenta y nueve mil ciudades que poseen los dioses, Amón tiene cincuenta y seis. En Siria y Cus, tiene nueve. Es el único dios que posee ciudades fuera de Egipto. Ra tiene ciento tres ciudades. ¿Te has perdido?

Abrí los ojos para sonreírle, pero sentía una punzada de nerviosismo en la boca del estómago, completamente ajena a la tarea.

—Te has olvidado de los bosquecillos y jardines —señalé, en tono triunfal—. De los quinientos trece bosquecillos y jardines de templos, ¿cuántos pertenecen a Amón?

Kaha no me devolvió la sonrisa.

—Cuatrocientos treinta y tres, descarada —dijo—. Ahora repítemelo todo.

Para asombro mío y sorpresa suya, según creo, hice el ejercicio sin un solo error. Era como si su voz hubiera enviado la información directamente a nichos ya preparados en mi cerebro, que la estuvieran esperando.

—¡Por Isis, la sagrada! —susurré—. ¡Cuánta riqueza! ¡Setenta mil talentos de oro! ¡Y la plata, Kaha! ¡Diez millones seiscientos mil *deben*! No puedo...

—Un *deben* de plata basta para alimentar a nueve personas durante un año entero —dijo, sin rodeos—. En el último censo impositivo del faraón, la población de Egipto era de cinco millones trescientas mil almas. El tributo anual de plata destinado a Amón alimentaría a todo este país durante diecinueve años. Tiene diecisiete veces más plata, veintiuna veces más cobre, siete veces más ganado, nueve veces más vino y diez veces más barcos que ningún otro dios.

Su tono era sereno y me observaba con fijeza. La punzada de mi vientre se

iba convirtiendo en un dolor apagado.

—Amón es un dios poderoso —dije, sin saber si estaba de acuerdo o discutía—. Me has enseñado que, hace muchos *hentis*, cuando Egipto estaba en manos de invasores bárbaros, Amón fortaleció la mano del gran Osiris, el príncipe Sejenenra de Tebas, y, con la ayuda del dios, éste expulsó a los hicsos y devolvió el país a su propio pueblo. Como muestra de amor y gratitud, el príncipe convirtió a Amón en el dios más grande de Egipto. Merece nuestras ofrendas.

Pensaba en el amado Uepuauet de Asuat, al que el pueblo, en las festividades, llevaba las ofrendas que podía: flores y pan recién horneado, palomas, lienzos tejidos con fervor y, a veces, incluso un buey entero; los hombres le brindaban también su tiempo, arando, sembrando y segando la pequeña parcela que pertenecía al dios.

—Por supuesto —reconoció Kaha. Pero capté el sarcasmo con que matizaba sus palabras—. Aun así, ¿no es el faraón el Horus de Oro, encarnación del dios en la tierra? ¿No merece también nuestras ofrendas y las de los sacerdotes, que sin duda son también sirvientes suyos, dado su carácter divino?

Yo ignoraba adonde quería ir a parar con aquella conversación, pero estaba intranquila. No quería escuchar lo que Kaha iba a decir, como si algo me advirtiera de que estaba a punto de arrancarme otro velo de inocencia.

—Supongo que sí —acepté con cautela—. Sin lugar a dudas, el faraón es un dios por sí mismo.

—En ese caso, ¿por qué los templos están libres de impuestos? ¿Por qué el estado del tesoro real es causa de escándalo y vergüenza para todos los egipcios que aman y respetan a su rey? Tengo para ti otra lección de historia, Thu. Escucha bien y no olvides las cifras que has recitado hoy, pues son una desgracia para este bendito país. —Hablaban sin fuerza, sin enojo, pero con una intensidad que temblaba entre nosotros como la reverberación del calor en el desierto—. El faraón tiene derecho a una décima parte de todo el producto de granos y animales de las tierras del gobierno, sobre derechos y monopolios y sobre confiscaciones. Pero no puede tocar la vasta riqueza de los dioses. Con esa décima parte debe pagar a los funcionarios civiles y a la administración secular de Egipto. Debe pagar al ejército, mantener sus casas y sus harenes. Y debe, sin parar, aplacar a los servidores de los dioses, cuya

codicia es insaciable y cuyo poder es ahora casi absoluto.

Había dejado el matamoscas y tenía las manos cruzadas en el blanco regazo, con los dedos perfectamente relajados.

—No comprendo —interrumpí—. Es Amón en la tierra. Es el Horus del Horizonte, de gloriosa majestad. Es el árbitro y sostén de Ma'at en Egipto, la encarnación de la justicia, la verdad y la corrección del universo. Si Ma'at se ha desequilibrado, él debe corregirla. Eso no significa que, siendo dios también, haga daño a otros dioses.

—No puede corregir las cosas —objetó Kaha, sin inmutarse—. Tras la época del buen dios Sejenenra vinieron reyes fuertes, que gobernaron con la sabiduría, la misericordia y el poder de los dioses. Adoraban a Amón. Año tras año le demostraban su gratitud volcando riquezas en sus cofres. Pero conservaron siempre la prerrogativa de designar a sus sacerdotes, pues sabían que, si bien el dios era perfecto, sus sirvientes no lo eran. Así alcanzaron la armonía de Egipto, la armonía de Ma'at, templo y palacio trabajando a la par por el bien de Egipto, con el faraón en el pináculo, respondiendo sólo ante el mismo dios. Pero ahora el faraón debe responder ante los sirvientes del dios, que son arrogantes y corruptos. A ellos no les interesan Amón ni el faraón. Engordan. El faraón ya no puede designar al gran sacerdote, pues el cargo pasa de padres a hijos, como si servir en el templo fuera una carrera y no una responsabilidad. Otros sacerdotes de dioses menores casan a sus hijas con los sacerdotes de Amón; así se ha ido tejiendo una red, Thu. El gran sacerdote de Amón manda ahora sobre todos los otros. Y manda también sobre el faraón.

Me sentí asustada y muy confusa. Mi padre nos había enseñado que el faraón era nada menos que un dios sobre la tierra, todopoderoso y omnisciente, protector de la Ma'at; el Nilo crecía y bajaba ante una palabra suya. Los servidores de los dioses también eran omniscientes custodios de la salud de Egipto, hombres cuya primera responsabilidad era capacitar al faraón para llevar a cabo los dictados de los dioses y rendirle homenaje, por ser encarnación viviente de cuanto ellos tenían por sagrado. La palabra del faraón era ley; su aliento aportaba a Egipto calor y abundancia.

—¿Y por qué el faraón no despide a los sacerdotes codiciosos y designa a personas más dignas? —quise saber. La tristeza se estaba apoderando de mí y tenía ganas de llorar.

—Porque no puede —sentenció Kaha—. Ellos son más ricos; mantienen

entre sí una relación más estrecha que los funcionarios de su gobierno y ejercen sobre los que le rodean más influencia que él mismo. Incluso controlan los pagos a los artesanos que trabajan en la tumba real.

—Pero ¿y el ejército? —Pensaba en la inalterable lealtad de mi padre al faraón—. ¿Por qué no reúne a sus generales y hace deponer a los sacerdotes por la fuerza?

—Porque al ejército es preciso pagarle; a menudo el faraón debe pedir créditos a los sacerdotes para pagar al ejército. Además, las fuerzas egipcias están ahora compuestas por miles y miles de extranjeros y mercenarios. Si no se les paga, no obedecen las órdenes. Si los sacerdotes aprueban un proyecto real, como la construcción de un templo, un viaje a Punt o una expedición comercial, dan su autorización al faraón. De lo contrario, él no puede permitirse una censura. El año pasado se inscribió un nuevo calendario de fiestas en los muros del nuevo templo que el faraón tiene en Medinet Habu. Ahora hay una fiesta para Amón cada tres días, además de las fechas acostumbradas. En esas festividades nadie trabaja, Thu. Fue un decreto estúpido; me gustaría creer que Ramsés lo firmó porque no le quedó otro remedio. —Se levantó y yo lo imité. Me sentía pesada y torpe—. Para la próxima lección de historia, deberás reflexionar sobre lo que te he dicho y decirme qué harías tú para devolver la Ma'at a Egipto. Ahora vete.

Le hice una desgarrada reverencia y me alejé, aturdida como si él me hubiera echado ababol en la cerveza. No podía quitarme aquellas cifras de la mente. Tuve que esforzarme para cumplir con el resto de mi rígida rutina: pasear con Disenk, cenar en mi habitación con una formalidad que se iba convirtiendo en hábito, estudiar mi lección de música con el violinista de Hui que siempre se impacientaba conmigo por ser zurda. Traté de convencerme de que Kaha se equivocaba, que su interpretación de las relaciones entre el buen dios y los sacerdotes era sólo una opinión. Pero la tristeza crecía en mí como humo gris, enroscándose alrededor de mi corazón, azuzándome el vientre, cuyos vapores me obnubilaban el cerebro.

Sufría por la inocencia de mis padres, por la confiada ignorancia de los aldeanos que creían omnipotente al faraón, convencidos de que, si algo estaba mal, el Toro Potente lo corregiría. ¿Era posible que la divinidad del faraón fuera una mentira, que fuera tan débil como otros hombres, o más todavía? Rechacé aquella idea como si fuera una llamarada. Se me había enseñado que

el sagrado Uraeo, la cobra rampante de la Doble Corona, escupiría su veneno a cualquiera que tratara de hacer daño al rey. ¿Por qué Uast, dama de los hechizos, defensora de reyes, no rociaba a aquellos sacerdotes venales con su veneno justiciero? ¿Acaso Amón había superado el poder de ella, dejándola inerte?

Aquella noche, tendida en mi diván, no pude dormir. Apacibles sombras vagaban por los muros de mi habitación. Las sábanas eran frescas y suaves. No había ruidos en el aire quieto de la noche. La armonía de la oscuridad y el reposo eran completos. Empecé a llorar; las lágrimas se deslizaban en silencio por mis sienes hasta empapar la almohada. Yo no sabía por qué lloraba, pero mi *ka* sí. Era por el desmoronamiento de mis ilusiones, por la destrucción de una querida realidad, cuyos colores y contornos me eran familiares desde el nacimiento. Esa realidad era una mentira. ¿O no? No había sido mentira en el pasado de Egipto. Sin duda era posible, de algún modo, restaurar la verdadera Ma'at, restaurar la omnipotencia y la divinidad del faraón, restaurar la debida adoración... Me cubrí la boca con ambas manos y las lágrimas arreciaron. Ya no había restauración posible para las dulces fantasías de mi niñez. Habían desaparecido, arrebatadas por el fuerte viento de las palabras de Kaha, dejándome despojada.

El agotamiento de mis emociones no me trajo la extenuación. Las lágrimas cesaron poco a poco. Me sequé la cara con la sábana, reflexionando, medio histérica, en lo mucho que se afligiría Disenk si supiera que me había quitado el tratamiento para el cutis, tan asiduamente aplicado todas las noches. Traté de aquietar mi mente, pero no pude. Me ardían los ojos. Tenía el cuerpo tenso. Por fin me levanté y, echándome un manto de lienzo sobre el sayo de dormir, salí al corredor.

Disenk se despertó en seguida, pues le rocé la cara con el manto al pasar por encima de ella.

—¿Qué pasa, Thu? —susurró, incorporándose sin dar muestras de somnolencia—. ¿Estás enferma?

Era un perro guardián muy eficiente.

—No —susurré—. Es que no puedo dormir. Quería pasear un rato por la casa.

Disenk se levantó en un abrir y cerrar de ojos.

—Te acompaño. —Buscó a tientas su propio manto, pero le sujeté el brazo.

—¡No! Por favor, Disenk. Sólo por esta vez, déjame sola. Te prometo que no saldré.

Sacudió la cabeza aun antes de que yo hubiera terminado.

—No me está permitido —dijo con firmeza y nerviosismo—. Me castigarían. Vuelve a la cama y te traeré una bebida sedante.

Era como tratar de abrirse paso por un macizo de papiros. Las suaves frondas oscilaban y cedían, pero los tallos se mantenían rígidos y, aunque parecieran ceder, volvían a su sitio en cuanto mi mano los abandonaba. Habría querido darle un escarmiento. A modo de respuesta giré en redondo y me alejé a grandes pasos por el corredor. Ella lanzó un grito de protesta; luego oí cómo resonaban detrás de mí sus pisadas ligeras.

La escalera descendía hacia la oscuridad más profunda. Bajé por ella con aire distraído, pasando junto a la mesa desierta del administrador, y entré en el pasillo que corría en dirección transversal al salón de recepciones. En el otro extremo, una vaga luz amarilla ondulaba en el suelo lustrado. Harshira seguía trabajando en su despacho. Sin molestarme en informar a Disenk de mis intenciones, me aproximé a la puerta y di unos golpecitos con los nudillos. Disenk dejó escapar una leve exclamación a mi espalda, pero ya era demasiado tarde. La puerta se abrió.

—Perdona, Harshira, pero necesito hablar contigo —dije a toda prisa, antes de que Disenk pudiera pronunciar palabra.

Se le veía muy cansado, con grandes ojeras y el cráneo rasurado brillante de sudor. Vestía sólo un faldellín arrugado y las sandalias. Pero si yo esperaba sorprenderlo desprevenido, me equivocaba. Su mirada cobró cierta vivacidad; se desvió hacia Disenk y volvió a mí. Una mano imperiosa indicó a mi criada que se sentara en el suelo. La otra me hizo pasar. Obedecí y la puerta se cerró.

No era raro que su luz no llegara a mi habitación, pues yo tenía la esterilla baja y, en la habitación de Harshira, la única iluminación provenía de una pequeña lámpara de alabastro puesta en el escritorio atestado de cosas. El resto estaba profundamente sumido en sombras. Harshira anduvo con pasos pesados hasta su silla y me indicó que me sentara. Lo hice. Nos enfrentamos por encima del escritorio atestado. Sus facciones, débilmente iluminadas

desde abajo y hacia un lado, parecían salidas de un sueño infernal: los ojos negros, hundidos en las cuencas, se destacaban todavía más gracias a las exageradas ojeras; las abultadas mejillas eran un paisaje de pesadilla, formado por montes y valles que cobraban formas nuevas al bailar la pequeña llama en su taza de piedra. Supongo que mi aspecto no era mucho mejor que el suyo. Después de examinarme durante un rato, suspiró y llenó de vino la taza que tenía junto al codo.

—Has estado llorando —dijo, alargándome la taza con aire indiferente—. Bebe.

Obedecí. El líquido violáceo era fuerte y refrescante; lo bebí con celeridad. Se sumó al dolor de mi vientre con un fuego distinto, más corporal que la tristeza, tratando de envolverlo para reducirlo. Cuando dejé la taza en el escritorio, se apresuró a llenarla de nuevo.

—¿Vas a decirme qué te pasa o piensas beberte todo mi vino y desaparecer en silencio? —preguntó, irónico.

Bebí otra vez antes de responder; luego así la taza con ambas manos.

—Estoy atribulada, Harshira —empecé. Sólo más adelante caería en la cuenta de que me había dirigido al gran hombre llamándolo por su nombre, no por su debido tratamiento. Pero él no se molestó. No hacía movimiento alguno. Esos grandes ojos negros permanecían fijos en mí—. Hoy Kaha me ha dicho cosas que me han afligido. No puedo creerlas. ¡No quiero creerlas! Necesito saber si son ciertas o no.

Harshira enarcó las cejas.

Se lo conté. Como el vino me soltaba la lengua y me aflojaba deliciosamente el cuerpo, repetí todo lo que Kaha me había dicho. Las cifras todavía estaban en mi cerebro, listas para brotarme de la boca como una fruta terrible, indigesta.

—No niego las cifras —terminé—. Pero lo de la indefensión del buen dios, ¿es sólo una apreciación de Kaha o, de verdad, forma parte de lo que Egipto es ahora? Dímelo, Harshira, pues me siento como si hubiera muerto alguien muy querido.

Harshira dejó escapar lentamente el aliento y frunció los gruesos labios; luego se cruzó de brazos, inclinado hacia el escritorio.

—Lo siento, Thu, pero todo es como Kaha ha dicho —respondió—. Para ti es un golpe. La gente común vive y trabaja muy lejos de las laberínticas tramas del poder. La visión que tienen de Egipto es antigua y sencilla. Sin ella se desalentarían y el mismo Egipto acabaría por volver a la barbarie. Deben continuar creyendo que el faraón, sentado en el pináculo de la autoridad divina y terrenal, no puede equivocarse. Vivimos en una era de peculado y codicia, deshonestidad, ambiciones y crueldades.

—¡Pero no debería ser así! —estallé—. He sido aplicada en mis estudios de historia y sé que eso no está bien, que nunca ha estado bien. ¿No temen los sacerdotes la venganza de Ma'at? ¿Cómo serán juzgados cuando el *ka* abandone el cuerpo? ¿Por qué permite Amón semejantes cosas?

—Tal vez Amón les haya retirado sus favores —dijo Harshira con voz suave—. Quizá también él aguarde que una purificadora marea de desastres barra el país, para su bien y el del faraón. —Levanté la taza con manos trémulas para beber más vino. Harshira se interrumpió hasta que hube tragado—. No estás sola en tu indignación, Thu —prosiguió—. Somos muchos los que detestamos lo que ocurre. Hay personas como el amo, que tienen acceso al palacio y a los templos, que tratan sin parar de contrarrestar la insoportable presión aplicada contra la Doble Corona por la jerarquía sacerdotal. Pero parte del problema radica en el mismo Ramsés. En la batalla, en la defensa de este país, ha sido un estratega brillante. Pero no parece capaz de combatir a los enemigos que existen dentro de nuestras fronteras. Supongo que Kaha te ha pedido que propongas una solución. ¿Cuál sería?

Me hablaba sin señal alguna del sarcasmo y la frialdad habituales. Sonrió con una especie de horrible complicidad, viendo que yo trataba de pensar pese a los efectos del vino.

—Apenas acabo de enterarme de cómo son las cosas —objeté—. Si los grandes no pueden hallar una solución, ¿cómo podré yo? Todavía estoy dolida, Harshira. No sé. Ha desaparecido todo lo que yo tenía por cierto.

—No todo —me contradijo con amabilidad—. El faraón todavía ocupa su trono. Los extranjeros tratan de penetrar nuestras defensas, pero hasta ahora han fracasado. Egipto sufre un desequilibrio, pero todavía es Egipto, glorioso y eterno. A nosotros, los que tenemos conciencia del verdadero estado de las cosas, nos corresponde hacer algo al respecto, y lo haremos.

Se levantó de la silla para rodear el escritorio y, sujetándome con firmeza

por las axilas, me ayudó a levantarme. Para mi desgracia, me tambaleé en cuanto él me soltó.

—Ahora podrás dormir —dijo, riendo entre dientes—. Mañana ya habrás estudiado el dilema presentado por Kaha, con la serenidad objetiva del buen discípulo. Le darás una respuesta desapasionada y la discutirás con respeto con tu maestro, ¿verdad?

Lo miré, enfocando apenas los ojos.

—No —respondí con dificultad—. Para mí jamás será algo que pueda discutir de manera desapasionada. Estoy atribulada, Harshira.

Entonces se echó a reír, pero yo estaba tan aturdida que no me fijé en su expresión, adusta y sin pizca de humor.

—Estás ebria —dijo— y eso es bueno. Es lo que necesitabas. Ahora vete con tu fiel acompañante, Thu, pero recuerda que somos muchos los que nos afligimos como tú y nos esforzamos por restaurar la pureza de Ma'at. Y recuerda que los miembros de esta casa figuran entre los más celosos. —Me dio una palmada en la espalda—. Vete.

Quería arrojarme en sus brazos, sentir el consuelo de un abrazo paternal, pero no lo hice, por supuesto. Aun así, mientras caminaba con cautela hasta la puerta y Disenk se levantaba para seguirme, comprendí que se había producido un cambio sutil en mis relaciones con el administrador; me hablaba como si fuéramos iguales.

A la mañana siguiente mi inquietud estaba dominada, pero de ningún modo había desaparecido. Caí en la cuenta de que había reaccionado ante la lección de Kaha con la indignación de un niño malcriado, pero perduraban en mí la tristeza y el enojo de un adulto. Mi inocencia de campesina había desaparecido tan de raíz como los tiempos de mi lejana inocencia en mi país, y no retornaría. Me era imposible estudiar con serenidad una solución al dilema de Kaha. Todavía estaba demasiado confusa para semejante ejercicio; sólo podía imaginar una mano grande que los barría a todos: sacerdotes, extranjeros y al mismo faraón, para que Egipto pudiera volver a empezar. Así se lo dije a Kaha aquella tarde, cuando nos reunimos en su pequeño cubículo.

—No tienes buena cara —observó en tono confidencial, cuando me dejé caer en el banquillo de costumbre—. Necesitas ayunar, purificar el cuerpo.

—Necesito dormir mejor y una lección más optimista —repliqué con acritud—. Lo siento, Kaha, pero no he llegado a ninguna conclusión con respecto a la tarea que me asignaste.

—Bueno, espero que al menos recuerdes las cifras —graznó—. Repítelas.

Lo hice, fatigada. Todavía las tenía en la mente, claras, inflexibles. Cuando hube terminado, pensé que él iba a frotarse las manos.

—¡Excelente! —exclamó—. Muy bien, Thu. Tienes una memoria prodigiosa. Y ahora, ¿no arriesgarías siquiera una opinión sobre lo que se puede hacer?

Suspirando para mis adentros, hice un débil intento.

—El faraón podría pedir a Babilonia o a Keftiu el oro para pagar a los soldados con que derrocar a los sacerdotes —propuse abiertamente—. O utilizarlos para confiscar la riqueza de los templos. Podría hacer asesinar a los sacerdotes. Armar una patraña en la que el dios parezca hablar al gran sacerdote, expresándole su divino desagrado y exigiendo que su hijo, el faraón, sea restablecido como poder indiscutible de Egipto.

Kaha lanzó un despectivo resoplido.

—Hoy no tienes el ingenio habitual —replicó—. Esas cosas ya se han estudiado y propuesto al Toro Potente con tacto y cautela. Él reaccionó con horror y desconcierto. No se arriesgará a ofender a Amón ni en lo más mínimo. ¿Y si es deseo del dios que sus sirvientes gobiernen en vez de su hijo? ¿Y si el fin no justifica los medios y el destino final de Egipto es peor que el actual? Además, Thu, Ramsés tiene miedo y está cansado. Tiene cuarenta y cinco años. Ha librado tres grandes batallas para evitar que las tribus del este y del mar vengan en oleadas, reclamando la fertilidad de Egipto como propiedad de ellos. En cada ocasión ha regresado a Pi-Ramsés como quien vuelve a un sitio de paz y seguridad, a un nido donde refugiarse tras haber cumplido con su deber, pasando por alto la corrupción creciente. Si ensuciara ese nido tratando de cambiar la situación y fallara en su intento, no le quedaría ningún sitio seguro al que retirarse, si las circunstancias le obligaran a luchar otra vez. Por lo menos, cerrando los ojos puede aferrarse a la ilusión de que todavía gobierna en Egipto. Y los sacerdotes, por supuesto, todavía le brindan todo el respeto y la reverencia debidos a su rango, aunque sea con palabras vacías de contenido.

—Si yo fuera el faraón, lo arriesgaría todo ante la posibilidad de restaurar Ma'at —interrumpí acaloradamente.

Kaha se echó a reír.

—Pero tú no tienes cuarenta y cinco años. No estás cansada ni cubierta de cicatrices —señaló.

Hubo entre nosotros un breve silencio.

—¿Y el Halcón en el Nido? —quise saber—. ¿Ha designado el faraón a un sucesor? Sin duda, un hijo fuerte haría lo posible para persuadir a su padre de que es preciso asegurar su herencia.

Antes de responder, Kaha pareció pensativo. Jugaba con aire distraído con un raspador, recorriendo con la mirada los desordenados nichos de las paredes, atestados de rollos. Por fin me miró.

—Ramsés todavía no ha designado a su heredero —dijo—. En el harén hay tantos legítimos reales que tropiezan unos con otros. Ramsés tiene muchas mujeres y varias esposas, todas ellas fértiles. Está obsesionado por la sucesión, pero no logra decidirse. ¿Cuál de sus muchos hijos legítimos sería un buen Horus de Oro? Los sacerdotes tienen sus propios candidatos, claro está, y lo asedian pregonando sus méritos. Ramsés sabe que si no hace nada, a su muerte sus hijos y sus respectivos partidarios lucharán por la supremacía; entonces el baño de sangre sería casi inevitable. Sin embargo, no se atreve a decantarse por ninguno de ellos, porque teme perder el tenue poder que todavía le queda. Ha intentado suprimirlos.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, aprensiva.

Kaha se encogió de hombros.

—Seis de los príncipes legítimos murieron de forma súbita, con muy poca diferencia de tiempo. El amo cree que Ramsés los hizo asesinar. Fue un intento desesperado por suprimir las filas de posibles herederos al trono. Ramsés lloró, se golpeó el pecho y los hizo enterrar con toda la pompa, pero no creo que sufriera demasiado.

Eso no me sorprendió. El gran golpe a mi credibilidad había sido asestado el día anterior.

—Si es cierto —dije lentamente—, fue el acto de un hombre débil. ¿No queda ningún príncipe que pueda cargar con la responsabilidad de restaurar a

Ma'at?

—Está el príncipe Ramsés —replicó Kaha. Había abandonado el raspador y tamborileaba con los dedos contra el escritorio, casi sin hacer ruido—. Tiene veintiséis años; es fuerte y hermoso, pero constituye un enigma, pues pasa demasiado tiempo a solas, en el desierto. Nadie lo conoce íntimamente, ni siquiera su padre. Sus inclinaciones políticas son desconocidas.

De repente, cobré conciencia de que Kaha intensificaba su atención, fija en mí. Sus dedos susurraban, tap-tap contra la madera; continuaba relajado, pero esperaba ansioso mi respuesta. Me agité en el banquillo.

—Me parece —dije con amargura— que en este país ya no quedan escrúpulos, como no sea en las aldeas más remotas. Por lo tanto, ¿por qué no cometer la blasfemia definitiva? Evalúa la posición del príncipe. Si por ventura su corazón sangra por Egipto, elimina al faraón por completo y planta a su hijo en el trono de Horus. Desde luego, los que lo hicieran se convertirían entonces en el verdadero poder. Si el príncipe es tan débil como su padre, busca a otro principito legítimo, un recién nacido o un niño, alguien que no tenga convicción alguna, y conviértelo en divinidad.

—Tienes una inteligencia realmente temible para tu edad, oh, niña precoz —dijo Kaha con retintín—. Pero sabes que eso es alta traición. El que concibiera un plan tan nefasto pondría en peligro no sólo su cuerpo, sino su *ka* inmortal. ¿Quién en todo Egipto correría peligros tan terribles? ¿No existe otro modo?

—Viendo que se trata de una mera discusión académica —respondí con amargura—, debe de haber otros medios, claro, pero no se me ocurre ninguno. ¿Podríamos abordar hoy otro tema, Kaha, por favor? Estoy harta de los tormentos del rey.

En seguida sus manos se aquietaron. Irguió la espalda.

—Muy bien —dijo, con una sonrisa luminosa—. Hoy puedes practicar la escritura tomando al dictado una carta, muy larga y horriblemente farragosa, del supervisor de monumentos reales al maestro constructor de las canteras de Asuán. Yo, claro está, haré el papel de supervisor. Tú serás su paciente y sufrido escriba.

La lección terminó con una nota alegre, casi jocosa. Pero cuando Kaha me despidió me sentía exhausta y, curiosamente, como profanada. Me habría

gustado sumergirme en la atemporal indiferencia del Nilo. Siendo las cosas como eran, no volví a mi habitación. Vagué por los jardines y me senté encorvada bajo un denso arbusto, con el mentón apoyado en las rodillas, contemplando el juego de la luz y las sombras grises ante mis pies. Allí me encontró, dos horas después, un afligido sirviente; me dejé llevar sin protestas a donde me esperaba Disenk, en el deslumbramiento del patio, retorciéndose las manitas y casi llorando de consternación. No me importó. Haciendo oídos sordos a sus palabras de reproche, la seguí al interior de la casa.

CAPÍTULO 8

Así pasaban las semanas. Aunque en apariencia mi rutina no cambió, sí había una diferencia sutil en la actitud y en la conversación de las personas que trataban directamente conmigo. No puedo decir que me demostraran ni más familiaridad ni más seriedad. No lograba determinar con exactitud en qué consistía el cambio, pero tenía la sensación de que los habitantes de la casa me habían tomado confianza, de que por fin formaba parte de su organización. Tal vez fuera, simplemente, que mi propia coloración había cambiado: ya no sentía nostalgia.

Con el paso del tiempo, las cartas que dictaba a mi familia se volvieron más protocolarias, aunque trataba de que siguieran siendo cálidas e interesantes. Les comentaba detalles de mi vida, mientras Ani registraba escrupulosamente mis palabras, pero no les decía nada importante. ¿Qué podía contar? ¿Que el rey tan idolatrado era un hombre débil e impotente? ¿Que probablemente era también un asesino? ¿Que los santos hombres, de los que estaba prohibido hablar a la ligera, eran animales rapaces absortos en sus propios egoísmos? Habría querido sentarme junto a Pa-ari y compartir con él esas heridas. Pero mi hermano estaba muy lejos y, a juzgar por sus propias cartas, seguía cortejando a la bailarina de la que me había hablado. Nos separaba algo más que la distancia. Nuestras existencias tomaban caminos cada vez más diferentes.

Era con Kaha con quien compartía las emociones causadas por las realidades cotidianas de mi nueva vida. Supongo que Disenk debería haberse convertido en amiga, pero nuestra relación no estaba lo bastante definida. Ella era mi servidora personal y, por lo tanto, mi subordinada. Pero también era mi maestra y mi celadora, bajo las órdenes directas de Harshira; acabé por detestar esa pretensión de que yo podía darle órdenes, como no fuera en los asuntos más triviales. La situación debió de ser engorrosa también para ella; conociendo su meticulosidad y su espíritu de clase, seguramente le costaba

inclinarse ante una ignorante campesina del desierto. Supongo que ella, a su vez, se resentía a veces por su situación, pero disimulaba bien sus pensamientos, como corresponde a todo buen sirviente.

Ante lo que, en mi arrogancia, veía como superficialidad en Disenk, yo prefería con mucho la franqueza masculina de Kaha. Con él, incluso con Harshira, podía entenderme. En cambio, no sabía conversar amablemente con Disenk. Tendía a tomar a las mujeres muy a la ligera, por supuesto, y cierto día me sorprendió. Acababa de preguntarle de dónde venía y Disenk me interpretó mal.

—Fui la encargada de cosméticos en la casa de Usermaarenajt, el gran sacerdote de Amón —me dijo, para mi sorpresa.

En aquel momento remendaba uno de mis sayos, recosiendo las puntadas que yo rompía sistemáticamente para poder andar con más libertad. Por aquel entonces lo había convertido en una rutina; Disenk, también de forma rutinaria, las volvía a coser, en una silenciosa batalla de voluntades.

—También fui la encargada de los sirvientes personales de su esposa —añadió.

Luego se quedó callada. Yo, que la observaba desde unos almohadones tendidos en el suelo, me incorporé.

—¿Y...? —la insté—. Continúa, Disenk. ¿Cómo era la casa del primer profeta? ¿Qué clase de hombre era? ¿Cómo llegaste a trabajar para el amo?

Se le había acabado el hilo. Cortó el cabo con un contundente movimiento de su diminuto cuchillo y cogió otra hebra. Estaba sentada bajo la ventana, ante la mesa baja, para que la luz de la tarde iluminara su labor; el sol se reflejaba en su pelo lustroso.

—La esposa del primer profeta era amiga de la infancia de la dama Kauit, hermana del amo —explicó, estirando el hilo entre sus manos diminutas—. Durante cierto tiempo, las dos se reunían una vez al mes con otras amigas de colegio, digamos, para comer juntas. Yo estaba allí para retocarles la pintura cuando era necesario. La dama Kauit elogiaba mi trabajo y, con el tiempo, me convenció para que abandonara la casa del gran sacerdote y fuera a la suya. —Enhebró la aguja y recogió mi sayo—. Fue muy agradable. Pero cuando el amo supo que vendrías pidió a su hermana que le cediera mis servicios. Ahora estoy a disposición de él.

No me miraba. Tuve la impresión de que temía haber hablado demasiado.

—¿Quieres decir que Hui te pidió prestada a su hermana sólo para que me atendieras? —Estaba anonadada—. ¿Y su hermana? ¿Dónde vive?

—La dama Kauit y su esposo tienen una finca en las afueras de la ciudad —respondió Disenk, sin alterarse. Esperé, pero había fruncido los labios, perfectamente pintados, y manejaba la aguja con destreza.

—Pero ¿eres igualmente feliz aquí? —quise saber—. ¿No te molesta tener que servirme? ¿Volverás pronto a casa de la dama Kauit?

Disenk sonrió ante la sutil trampa que le había tendido.

—Ahora estoy a disposición del amo, Thu —repitió en tono responsable.

Comprendí que no le sacaría una palabra más sobre este tema.

—¿Eras feliz en la casa del gran sacerdote? —insistí.

Disenk dilató con delicadeza las fosas nasales. Luego puso el sayo en la mesa y lo alisó, estudiando las puntadas con mirada crítica. Pensé que, una vez más, se negaría a responderme. Me dirigió una mirada hosca y retomó la labor. Noté que estaba cosiendo una parte ya remendada. O bien estaba nerviosa o había decidido que el lienzo se desgarrara antes que sus puntadas.

—No es correcto que un sirviente chismorree acerca de sus amos —dijo con voz tímida y apocada.

—Pero los sirvientes chismorreean entre sí, ¿verdad? —le espeté—. ¿Acaso no me están preparando para servir, aunque en situación algo diferente? Además, no te pido que chismorrees; sólo te pregunto por tus sentimientos.

Disenk suspiró.

—Eres un hipopótamo, Thu. Eres como un carro de combate lanzado contra mí. No, no era feliz en aquella casa. Me exasperaba.

—¿Acaso olvidaban meter los dedos en agua entre plato y plato? —bromeé.

Ella unió las cejas depiladas.

—Oh, no —dijo—. Son muy ricos y cultos. Meribast, el padre del gran sacerdote, es el principal recaudador de impuestos del faraón y también

supervisor de todos los profetas de Jmun. Él, por su parte, tiene muchos amigos influyentes; la casa estaba siempre llena de gente importante. —Una vez más, el cuchillo centelleó al sol y cortó el hilo; Disenk dobló el sayo y empezó a guardar sus utensilios. Yo sonreía para mis adentros, pensando en lo complacida que estaría en esa casa. Pero ella me miró muy seria—. Pero no eran buena gente —prosiguió—. El primer profeta de Amón y Montu, Nejbet y Horus, el segundo y el tercero, bailarinas y cantantes de los dioses, supervisores de su ganado y sus tesoros. Pero no había príncipes ni nobles, gente de alcurnia. El gran sacerdote y su esposa se comportaban como si fueran de la realeza. La casa estaba llena de cosas extrañas y hermosas. Se adornaban con objetos de plata y electro, pero hablaban despectivamente de la familia real. El poder se puede heredar —concluyó, gazmoña—, pero el poder no otorga nobleza de sangre. Noble se nace o no. El gran sacerdote no lo era. Agradezco a los dioses que el faraón no haya permitido a sus nobles casarse con inferiores.

«Conque las cosas son como Kaha dice», pensé.

—Estar a mi servicio debe de parecerte detestable —dije con sequedad.

Disenk se levantó de un brinco, agitando las manos.

—¡No, no, Thu! —me aseguró muy seria—. En absoluto. Me alegra obedecer al amo. Por eso servirte es un placer.

—¿Y el amo es noble? —le pregunté con una sonrisa sardónica.

Ella parpadeó.

—Por supuesto.

Me había dejado mucho en qué pensar Yo era joven, pero en absoluto tonta. ¿Acaso Hui había reunido de manera deliberada bajo su techo a todas aquellas personas descontentas? ¿O tal vez todas las casas aristocráticas estaban llenas de insatisfechos? No había modo de saberlo; además, eso tenía poco que ver conmigo. Tarde o temprano, me dedicaría a las tareas para las que se me preparaba y dejaría los asuntos más importantes para mis superiores.

Más me intrigaba la información sobre la familia de Hui. Meses atrás, alguien había mencionado que él tenía parientes, aunque después lo olvidé. Parecía ser único en su clase, solitario y autogenerado. Pero ahora aparecía

una hermana, la dama Kauit. ¿Cómo era? ¿Sería también una astilla de blancura, la luna encamada en una mujer? Disenk no había dicho eso, pero solía comportarse como un modelo de decoro.

De vez en cuando, acurrucada en la sombra, veía pasar al amo bajo mi ventana. Iba siempre envuelto en lienzos y seguido por Kenna, para nadar a solas en su piscina. Sólo lo abordé una vez; la noche en que Disenk me contó parte de su historia. Siguiendo un impulso, me asomé a la ventana para llamarlo en voz baja; no esperaba que él me oyera, pero se detuvo y levantó la vista. No había luna; su rostro era un borrón indefinible.

—¿Qué pasa, Thu? —preguntó con voz suave—. ¿Estás bien? ¿Eres feliz?

—Sí —respondí, sabiendo que era la verdad—. Pero dime, amo: ¿Tienes algún pariente, aparte de la dama Kauit?

Lo había cogido por sorpresa. Vi que daba un respingo y se recuperaba. Luego rio entre dientes.

—La curiosidad no es un don atractivo en las jovencitas —dijo en tono seco—. Además de Kauit, tengo otra hermana y un hermano.

Hizo una señal a Kenna y me dio la espalda, pero yo me asomé un poco más para detenerlo.

—¡Amo! —Sentía vergüenza, pero también ardía en deseos de saber—. ¿Ellos también son... son...?

Me dirigió una breve mirada.

—No, Thu —dijo, serenamente—. No lo son.

Y continuó cruzando el patio, regio y fantasmal, perdiéndose entre las sombras.

—¡Niña descarada! —siseó Kenna, antes de seguirlo a toda prisa.

Mientras dejaba caer la esterilla y volvía de puntillas a mi diván, se me ocurrió que, antes de entrar al servicio de Hui, Kenna tuvo que haber sido capataz de los prisioneros que trabajaban en las minas auríferas de los ardientes páramos del desierto nubio. No me costó imaginármelo azotando y torturando a los indefensos criminales, relamiéndose de placer al oír cómo pedían entre jadeos el agua que él les negaba.

Aquella noche soñé que era yo la que blandía el látigo y Kenna el esclavo

humillado. Estaba mugriento, flaco y aterrado. Completamente desnudo, además. Desperté en un glorioso arrebató sofocante, en nada relacionado con la aparición de Ra en el cielo de Oriente; tenía los pezones endurecidos y la entrepierna húmeda. Por primera vez llegué a la piscina antes que Nebnefer. Me sentía llena de vitalidad.

En el mundo exterior se sembraron los cereales, crecieron hasta la madurez y fueron cosechados. Se iniciaba *Shemu*. Egipto moría, como todos los años en aquella época. La tierra se resquebrajó, convertida en polvo. Todo ser vivo reptaba hasta el primer parche de sombra que pudiera hallar y allí se tendía, agotado e indefenso bajo el fiero ataque del sol.

Por lo menos, así eran siempre las cosas en Asuat. En el Delta, en la finca de Hui, el calor era intenso, desde luego, y seco el aire, pero los jardines regados se mantenían frescos y verdes; el follaje de los árboles, fragante y denso. Los meses pasaban deslizándose. *Pajons* se convirtió en *Payni*; luego vinieron el comienzo de *Epophy* y mi aniversario. Cumplía catorce años.

La mañana para mí empezó temprano, con una caminata hasta la piscina. El aire ya había perdido su fugaz frescura al abrir Ra la boca para exhalar fuego sobre la Tierra. Nebnefer estaba de mal talante, cosa rara en él; hundido hasta la cintura en el agua, con los puños apretados contra las caderas, me chillaba que me esforzara más, que nadara más deprisa. Cuando trepé al borde para iniciar mis ejercicios de estiramiento, ya no sabía siquiera para qué había nacido. Confieso que me compadecí de mí misma. En casa, el día habría empezado con un sueño algo más largo; durante la comida de la mañana habría encontrado algún regalo sencillo junto a mi plato. Luego, toda la familia me habría acompañado al templo, para dar todos gracias por mi vida y mi buena salud. Yo habría dejado algún objeto preciado, quizá un juguete favorito o un frasco de aceites cuidadosamente preparados con mis propias manos, a los pies del gran sacerdote de Uepuauet; al anochecer los amigos de la familia se habrían reunido para beber vino y comer las golosinas que mi madre preparaba especialmente una vez al año. Claro que yo no tenía muchos amigos. En las pocas ocasiones en que un par de niñas aldeanas pisaron nuestro umbral en mi cumpleaños, me disgustó el hecho de que devoraran los manjares y agotaran la magra provisión de vinos de mi padre.

«Pero aquí no hay ninguna celebración», pensé, molesta, mientras un esclavo me acompañaba hasta la casa con una sombrilla. «A nadie le importa

que yo cumpla hoy catorce años; en mi aldea es la edad del compromiso, de la nueva mujer.» Me sometí a disgusto a la rutina de masaje, vestido y maquillaje, aunque generalmente me gustaba; calzada con mis bonitas sandalias, tuve la sensación de abofetear el suelo con paso enérgico para ir al despacho de Kaha, donde recibiría la primera lección; en el trayecto me detuve para desgarrar la costura de mi sayo. Disenk se había superado a sí misma: las puntadas resistieron, pero la tela, tan fina y transparente, se rompió con un pequeño crujido. No se me ocurrió que, apenas un año antes, habría tocado aquel tejido con suave reverencia, llena de admiración. Bajé corriendo las escaleras, avancé por el pasillo y llamé a la puerta de Kaha con un solo pensamiento, bastante rencoroso: al atardecer, Disenk tendría que pasar una hora larga remendando. O me darían un sayo nuevo. Quizá esta vez fuera amarillo. Ojalá.

Kaha me abrió la puerta, pero en lugar de hacerme pasar salió y me cogió de la mano, sonriendo.

—Ven —me dijo, tirando de mí por el pasillo—. Se acabaron las lecciones de Kaha, mi pequeña princesa libu. Hoy te gradúas.

Llegamos en seguida a una imponente puerta de doble hoja, allí donde terminaba el corredor. Despedía el aroma sutil y costoso del cedro del Líbano. Kaha dio dos golpes con los nudillos. Luego se inclinó y me besó en la mejilla.

—Te felicito..., creo —sonrió—. Ahora estás en manos de un maestro mucho más severo. Yo, en cambio, puedo deshacerme alegremente de ti y pasar el resto del día vagando por los mercados de la ciudad. Que los dioses te sonrían, Thu.

Giró sobre sus talones y volvió sobre sus pasos. Yo estaba demasiado estupefacta para llamarlo. Además, una de las puertas empezaba a abrirse. Giré en redondo. Allí estaba Ani, que me hizo pasar con una reverencia. Con paso bastante inseguro, entré y la puerta se cerró a mis espaldas. Miré hacia atrás. Ani había desaparecido.

—No te quedes ahí, con un pie delante del otro, como si fueras una garza aturdida —ordenó una voz malhumorada—. ¿No has aprendido nada en el año transcurrido? Ven aquí.

Amansada, con el corazón golpeándome contra las costillas y las palmas

húmedas, hice lo que se me indicaba. Hui abandonó el escritorio. Vestía una especie de voluminosa casaca blanca, cuyas múltiples tablas, bien planchadas, se desplegaban sobre los brazos. El faldellín, también blanco y tableado, le llegaba a las rodillas. Por lo demás, no llevaba adornos ni joyas sobre la carne pálida, aunque los ojos colorados, aquellos inquietantes ojos de demonio, estaban rodeados de *kohl* negro. El efecto era el de un extraño magnetismo sobrecogedor. Le habían recogido el pelo blanco hacia atrás, en una sola trenza gruesa que pendía entre los omóplatos. Apoyó con decisión las palmas en el escritorio.

—Vuelve arriba —me ordenó con frialdad— y cámbiate el sayo. Si vuelves a desgarrar las costuras tendrás que coserlas tú misma. ¿Has entendido? —Asentí con la cabeza, pues me quedé sin habla—. Bien. No quiero verte aquí desaliñada, todas las mañanas. Ve.

Me apresuré a hacer lo que me decía. «Todas las mañanas», había dicho. ¡Todas las mañanas! Mi vida estaba a punto de cambiar otra vez. Volé por la escalera e irrumpí en mi habitación con los ojos brillantes.

—¡Un sayo limpio, en seguida! —grité a Disenk—. Y prometo que, de ahora en adelante, caminaré como las damas. ¡Voy a trabajar con el amo!

Disenk sonrió, sin ninguna sorpresa, y fue a sacar una prenda del arcón. Me costó estarme quieta mientras ella me quitaba el sayo estropeado. Era ridículamente feliz.

Ya otra vez frente a las puertas de Hui, me alisé el sayo contra las caderas y estiré los extremos de la cinta roja que me ataba el pelo, para que me tocaran el cuello. Tenía las manos limpias y no se veía piel seca en las pantorrillas ni en los pies. Tomé aliento para golpear y entré. Esta vez Hui me sonrió.

—Así está mucho mejor —dijo—. Siéntate, Thu. Sé que hoy es tu cumpleaños. Por eso tengo algo para ti.

Abandonó el escritorio para acercarse a los estantes que se alineaban contra las paredes. Eso me dio la oportunidad de estudiar la habitación. No sabía qué esperaba encontrar allí: alguna exhibición de riqueza o de autoridad, tal vez; muebles con incrustaciones de oro, arcones de piedras preciosas... Me llevé una pequeña desilusión; la oficina de Hui era de una sobriedad espartana, sin mucha diferencia con las de Ani o Harshira. Incluso tenía una

ventana más pequeña y alta. El escritorio, grande e imponente, no tenía más que una bella lámpara de alabastro blanco, que representaba a Nut, la diosa del cielo. La piedra había sido reducida a un grosor tan escaso que las estrellas pintadas en la parte interior se veían con claridad, aunque la lámpara estaba apagada. Contra el muro de la derecha, junto a otra puerta, habían acercado una mesa mucho más pequeña. La mitad de los estantes estaban vacíos. En los otros lados había arcones, pero tan sencillos que no podían contener ningún tesoro.

Hui se volvió y puso ante mí una paleta de escriba. Era nueva; el lustre la hacía relumbrar con suavidad, no tenía marcas ni manchas en la superficie. Llevaba una acanaladura para pinceles y una depresión para el tintero. Era negra, pero en delicadas líneas de plata incrustadas en la superficie se veía la figura de Thot. Su largo y curvado pico de ibis se extendía sobre la paleta que sujetaba con una mano; en la otra tenía un estilo. El trabajo era tan fino que al examinarlo ahugué una exclamación. Mis dedos no encontraron ningún punto áspero, ninguna falla donde el pincel pudiera tropezar.

—Es ébano de Cus —me dijo Hui, mientras yo la acariciaba—. La ha hecho el artesano del propio faraón, siguiendo un diseño mío. Es para ti.

Al verme boquiabierto se volvió hacia el estante y puso junto a la paleta un montón de papiro virgen y una caja larga y delgada, también de ébano. En la tapa, trazados en plata, se veían los jeroglíficos que significan prosperidad, salud y millones de años.

—Tus pinceles y papel —prosiguió—. Cierra la boca, Thu. A esta hora del día no me atrae mirarte el fondo de la garganta. La caja contiene también un raspador de ébano con el extremo de oro, por supuesto. La plata es demasiado blanda para frotar papiro. ¿Te gusta?

Yo no podía hablar. Lanzando una exclamación, rodeé el escritorio para arrojarme a sus brazos y lo abracé con fuerza. Hui me retuvo por un momento, con la mejilla contra su pecho. Sentí el rítmico latir de su corazón. Luego me apartó con suavidad.

—Esto no es para jugar —me advirtió, mientras yo retrocedía para dejarme caer en la silla, con las rodillas trémulas—. Desde ahora eres oficialmente mi escriba. Tu trabajo será muy específico. —Se sentó y se cruzó de brazos—. Ani es mi maestro de escribas. Se ocupa de todas mis cartas, de los inventarios de la casa, de los detalles de mis fincas. Pero necesito a

alguien que se ocupe directamente del trabajo al que me dedico. No soy sólo vidente y visionario —explicó—. Es cierto que me paso mucho tiempo en los templos, contemplando el aceite a petición del faraón. También interpreto los movimientos del buey Apis y camino junto a Amón cuando lo llevan por la ciudad en su barca sagrada, de altar en altar, para que dicte sentencia y atienda peticiones. No es para eso para lo que te necesito. —Se removió en la silla—. Tal vez no sepas que también soy médico. Atiendo a quienes me place. Esto incluye a mi familia y a los de mi propia casa, claro. Me interesan mucho las propiedades curativas y destructivas de las hierbas y de ciertos elementos químicos. En esos arcones guardo registros de todas las personas a las que he atendido: su enfermedad, el tratamiento y los resultados. —Señaló los estantes con la cabeza—. Desde luego, la información que contienen es completamente reservada. Nadie puede leerlos, salvo tú y yo. Lo mismo ocurre con las conclusiones a las que llego en mis experimentos con las sustancias que adquiero en muchos lugares extraños, pues deben ser un secreto. Tú me ayudarás cuando sea necesario. Tomarás mis dictados. Cuando te autorice, puedes interrogarme con respecto a mi trabajo, pues no quiero que te limites a anotar lo que hago, sino que también lo comprendas. ¿Por qué frunces el entrecejo?

—Pero ¿por qué no Kaha o alguno de los escribas auxiliares? —objeté, vacilante—. ¿Por qué yo? ¿Es porque sé algo de curar?

Hui rio con aspereza.

—Los conocimientos que has recibido de tu madre no llenarían un diminuto frasco de *kohl* —replicó—. Yo quería una mente sin adiestrar, fresca e inocente. Con inteligencia, pero sin el peso de los prejuicios o las exigencias de la educación común, que muchas veces anulan la inteligencia. Tú respondes admirablemente a mis propósitos, Thu. Eres muy inteligente. Eres ambiciosa, o no me habrías abordado aquella noche, en mi barco. La única educación que has recibido hasta ahora es la base muy somera que te proporcionó tu hermano y el intenso adiestramiento de Kaha, según indicaciones que yo mismo fijé.

—Conque no viste mi rostro en el aceite antes de conocerme —dije sorprendida—. Simplemente, aprovechaste la oportunidad para realizar un experimento más.

Hui descruzó los brazos y se inclinó sobre el escritorio, con tanta

brusquedad que me alarmé. Sus pupilas rojas se entornaron.

—No es cierto —me contradijo con vehemencia—. No soy un charlatán. No diré más que eso. Pero si trabajas conmigo, puedo prometerte un futuro más glorioso que el que hayas podido soñar. —Sonrió. El ambiente cambió en la habitación—. Ésta es tu última oportunidad para decir adiós a mi hospitalidad y volver a tu casa. Puedes llevarte la paleta, por supuesto. Me atrevería a decir que cuanto has aprendido te será útil; puedes sentarte en el centro de la aldea y ofrecerte para escribir cartas a cambio de dinero. —Era evidente que sus palabras ocultaban una severa reprimenda.

—Hablas de secretos, de discreción —observé—. ¿No temes confiar en alguien tan joven y sin experiencia como yo?

—No confío en nadie —replicó sin tapujos—. No te engañes al respecto, Thu. Créeme: no confío en el sentido de la honradez o de la lealtad que puedas tener. —Se echó atrás para levantarse—. Ahora bien, deposito mi confianza en tus sueños secretos. Sabes de qué hablo, ¿verdad? Además, si sueltas la lengua, te la cortaré para enviársela a tu padre.

Me indicó por señas que me levantara; lo seguí hasta la puerta que se abría junto al pequeño escritorio, sin dudar de que hablaba en serio. Por un momento tuve miedo. ¿En qué extraño viaje me estaba embarcando? Con la mano de Hui en el timón, ¿adónde iría a parar mi navío?

Me detuve junto al amo, excitada, observando los intrincados nudos del cordel que mantenía la puerta cerrada. Inhalé el almizcle de su perfume, pensando sólo en la blancura de sus manos, tentadoras y repulsivas a la vez. Me habría gustado tocarlas. Mi destino estaba sellado.

—Estos nudos son una invención mía —comentó, mientras trabajaba de forma metódica con el cordel—. Me dan la seguridad de que nadie entrará en este cuarto sin mi conocimiento. Los cambio cuando se me ocurre. Por la noche les pongo un sello y dejo aquí a un guardia. Debes aprender los nudos, Thu, o inventar algunos para que yo los desenrede.

Rio brevemente. El cordón, aflojado, cayó. Hui abrió la puerta.

En seguida me sorprendió el aroma dulce, penetrante y seco de las hierbas disecadas. Lo inhalé con fuerza; en mi mente cobró súbita vida una imagen de mi madre, dedicada a clasificar los montones de plantas polvorientas. Pero casi en seguida detecté otro olor, mucho más leve, y desapareció el cuarto de

Asuat. Aquél tenía un regusto amargo, almizclado y extraño, casi perturbador. No pude identificarlo, pues se entremezclaba con la esencia saludable de las hierbas curativas. En aquel cuarto no había ventanas. La única luz era el rayo que penetraba desde la oficina, arrojando nuestras sombras en el impecable suelo de mosaicos y contra la mesa. La mesa también estaba impecable; era una amplia superficie de mármol delgado, que se extendía al otro lado. En las paredes se alineaban estantes llenos de frascos, redomas y botes de todos los tamaños. Bajo la mesa vi dos grandes jarras de piedra.

—Las hierbas se deben mantener en total oscuridad, como debes saber —dijo Hui—. Pero cuando trabajo traigo varias lámparas. —Me sonrió—. El ambiente puede ser mucho más agradable de lo que parece. Cualquier cosa que te dicte referida a lo que suceda aquí debe quedar en este cuarto. Pareces preocupada, Thu. ¿Qué ocurre?

Me desprendí de aquel miedo momentáneo para devolverle la sonrisa.

—Nada, amo. ¿Todos los recipientes están etiquetados?

Su sonrisa se ensanchó hasta adquirir un aspecto casi juvenil. Me di cuenta de que estaba feliz y deseé que fuera por mi causa.

—No, no lo están —respondió—. Si por alguna increíble casualidad un ladrón pudiera entrar aquí, pasara junto a nosotros dos durante el día o burlara los nudos y la guardia por la noche, no tendría idea de lo que podía robar. —Cerró la puerta; sus dedos se movieron con rápida elegancia para atar de nuevo el cordón—. No se atrevería a destapar los botes para buscar lo que deseara. El que llegara hasta aquí sabría que es posible morir.

—¿Tienes venenos ahí dentro? —pregunté, mientras me sentaba obedeciendo a una indicación suya.

No estaba muy impresionada. Mi madre me había señalado muchas veces que las plantas pueden matar. La hermosa mata de adelfa, por ejemplo, con sus lozanas flores rosadas, es especialmente virulenta. El humo de su leña quemada provoca graves descomposiciones. La miel extraída de sus flores puede matar. También sus hojas, su savia e incluso el agua que se haya utilizado para mantenerla con vida. La azalea también provoca la muerte. Y la palomina y el aceite de ricino, a menos que se caliente. Hui asintió:

—Algunos de ellos matan por el solo contacto con la piel. Otros te matarían si cometieras la estupidez de inclinarte hacia el envase y aspirar con

fuerza. —De pronto el tema pareció aburrirle. Empujó hacia mí la hermosa paleta y la caja—. Espero que te presentes mañana por la mañana, vestida con decoro, con las manos limpias, la cara pintada y el sayo debidamente arreglado —dijo—. Ahora ve a jugar con tu regalo, Thu. El resto del día puedes hacer lo que quieras.

Me levanté, estrechando la paleta contra mi pecho.

—Me gustaría ir al altar de Uepuauet, si hay alguno en Pi-Ramsés —dije—, para darle las gracias en el día de mi aniversario.

—No —respondió, indiferente—. Además, Uepuauet no tiene aquí ningún altar. ¿Por qué crees que tuve que viajar hasta Asuat, hace un año?

—En ese caso, me gustaría pasear por la ciudad con Disenk y una escolta.

—No.

El contacto del frío ébano en mis manos me dio valor. Hui me quería lo suficiente como para haber recordado mi aniversario.

—Permíteme, al menos, pasear junto al lago y contemplar los barcos. Me dices que haga lo que me plazca, pero en esta casa no hay nada que pueda hacer, salvo estudiar. ¿Por qué me mantienes tan encerrada? ¿Temes que huya?

Hui puso en blanco los macabros ojos; luego me clavó la mirada roja.

—¿Por qué no duermes? —sugirió, cáustico—. Las jovencitas necesitan dormir mucho, ¿no? Conversa con Kaha, si aún está aquí, cosa que dudo. Ve a importunar a Harshira. Hazte dar otro masaje. En el jardín hay un altar a Thot; dedícale algunas postraciones. ¿No tienes imaginación, Thu? La casa está llena de cosas que hacer. Y no, no temo que huyas. Estás en libertad de hacerlo, si quieres, pero si te vas no se te aceptará otra vez aquí.

Caminé muy erguida hacia la puerta.

—No se me permite ir al salón de recepciones, ni a las habitaciones de los sirvientes ni al sector público de los jardines —le recordé—. Es posible que haya muchas cosas que hacer, pero a mí no me permiten hacerlas. Es muy injusto. —Sin aguardar respuesta, le hice una reverencia y salí. Estuve tentada de golpear la puerta, pero me contuve. Tampoco me permití pensar en las caprichosas privaciones de mi vida; con eso no ganaría nada.

Volví a mi habitación. Disenk no estaba allí. Me dejé caer en el diván para examinar aquel regalo precioso y mágico; el deleite disipó en seguida la frustración. Mientras lo hacía girar para que las finas líneas de plata reflejaran la luz, se me ocurrió que era un presente muy práctico para un escriba recién graduado, pues valía para ambos sexos. Claro que todos los escribas, por lo que yo sabía, eran hombres, pero eso no venía al caso. Hui no había tenido en cuenta mi sexo al hacer fabricar la paleta; sólo le interesaba mi trabajo.

Con el orgullo que eso me inspiraba se mezcló un extraño desencanto. ¿Habría preferido una joya, un adorno para el pelo, un brazalete? ¿Algo que sirviera como reconocimiento de mi feminidad? ¿Cómo sería besar aquellos labios pálidos, hundir las manos en la cabellera lechosa? Yo no era ignorante en cuestiones de sexo. Ninguna niña aldeana, criada tan cerca de los animales, podía serlo. Pero tenía catorce años. Si hubiera permanecido en Asuat, los jóvenes habrían empezado a visitar a mi padre; sentados en la esterilla de nuestro recibidor, habrían respondido a sus preguntas con nerviosismo, sin dejar de dirigirme miradas de soslayo, sin duda ardientes de deseo. Habríamos mantenido decorosos encuentros bajo la severa mirada de mi madre, habríamos dado largas caminatas junto al río, quizá algunas caricias bajo las palmeras, durante alguna furtiva cita nocturna. Pero tarde o temprano seguro que los habría desdeñado a todos. Mi cuerpo estaba madurando; sus necesidades todavía eran confusas y contradictorias. Mi corazón esperaba ser apresado por primera vez, pero vivía bajo severas reglas y restricciones. Los impulsos de toda muchacha, los extraños cambios de humor, los pensamientos, los sueños febriles e informes que invadían el descanso: todo eso sentía, pero sofocado por el ritmo ritual de mi existencia. Aquellas cosas no morían, por supuesto. Frustradas, se volvían hacia dentro y cobraban fuerza, convirtiéndose en una erótica corriente subterránea de cuanto yo hiciera.

Ningún joven golpearía por mí las puertas de Hui. No tenía amigas con las que murmurar y reír durante las horas lentas y ardorosas de *Shemu*, entretejiendo ridículas fantasías sobre los desprevenidos jóvenes de la aldea. Sólo me tenía a mí misma: Thu, sola a la edad del noviazgo. No era de extrañar, pues, que Hui empezara a invadir mis sueños y a perturbar mis horas de vigilia. Ani era demasiado viejo para interesarme. Kaha se había convertido en el sustituto de mi hermano. El masajista era un sirviente. Cosa extraña: a veces soñaba con Kenna, siempre desnudo y acobardado; yo,

también desnuda, lo doblegaba a mi lasciva voluntad. Pero ninguno de ellos tenía el atractivo exótico y bizarro del amo. Era a él, de modo secreto e invisible, a quien se abrían mi cuerpo y mi corazón.

Hui, desde luego, lo sabía y jugaba con eso, dirigiendo mi naturaleza sexual y emocional mientras moldeaba mi intelecto. Era astuto y frío, pero siempre creeré que, si algún afecto podía conjurar, ése era para mí. Nos parecíamos en muchos sentidos..., pero incluso al pensar estas palabras empiezo a dudar, pues llegué a él siendo una niña rebelde y sin formar, un puñado de arcilla que Hui puso en el torno y modeló según su propio diseño. Sus objetivos se convirtieron en los míos o, mejor dicho, los míos pasaron a ser de Hui. ¿Quién sabe cómo habría sido yo, si me hubiera hecho mujer en Asuat? Bien. Estas conjeturas son vanas y peligrosas. Cada uno hace sus elecciones y sólo los cobardes se niegan a asumir las consecuencias.

A la mañana siguiente, vestida con un sayo de limpieza refulgente, impecablemente pintada y con una cinta blanca entretejida en el pelo, llamé a la puerta de Hui y obtuve permiso para entrar. Obedecí y le saludé con una reverencia; puse un tintero en mi paleta y cogí el papiro que ya estaba preparado en el pequeño escritorio. La puerta del cuarto interior ya estaba abierta y por ella entraba una cascada de luz en la oficina. Después de apreciar mi aspecto con una sola mirada, Hui me indicó por señas que entrara.

—Deja tu paleta en la mesa —dijo—. Tu primera tarea será aprender a reconocer el contenido de estos envases. Te los mostraré uno por uno y te recitaré las propiedades de la hierba que contienen. Tú memorizarás lo que te diga y, al día siguiente, te sentarás aquí para escribir lo que recuerdes del día anterior. Así trabajaremos hasta que estés familiarizada con todas ellas.

Asentí, dejé la paleta sobre la fría superficie de mármol y esperé. Hui cogió un frasco y le quitó la tapa. Fruncí la nariz en un gesto espontáneo, pues el aroma liberado era fuerte y vigoroso.

—Esto no debe darte miedo —me dijo—. Ya has notado que el olor es muy fuerte. Aconsejo su inhalación a los pacientes debilitados a causa de una larga enfermedad. Por lo demás, se puede moler, diluir y beber para calmar las dolencias estomacales. —Me lo dio; saqué varias hebras largas y finas de una corteza quebradiza, de color pardusco—. A tu madre le resultaría sumamente útil —comentó mientras yo la examinaba—, pero no podría pagarla, pues proviene de un país bárbaro, situado en los confines del mundo.

Se llama canela.

Se la devolví y Hui me pasó una caja grande. Al abrirla vi unas raíces marchitas y retorcidas, cuyo olor también era picante, pero débil.

—También es difícil conseguir esto —comentó—. Raíz de *kesso*. Ya conoces las propiedades de la amapola o ababol, por supuesto. Esta raíz también produce un sueño difuso y calma el dolor. Las flores secas del *kesso*, preparadas en infusión, matan las lombrices intestinales. En este momento no puedo enseñarte ninguna. Espero la llegada de una caravana con varias plantas que pedí.

Cerré la caja y se la devolví. Me puso en la mano un puñado de grandes hojas secas.

—Hojas de cato —dijo—. Cuando te haya castigado severamente por alguna falta, que será inevitable, y te sientas angustiada, remoja una de éstas hasta que se ablande y luego másticala. Pero sólo una, querida Thu. Te hará creer que puedes conquistar el mundo y volar luego a los brazos de Ra, en su recorrido por el cielo. Y no recurras a mi provisión con demasiada frecuencia; si lo haces acabarás dependiendo de los efectos del cato para sentirte bien. Toma.

Me entregó una pequeña redoma de piedra, llena de un aceite incoloro que no despedía olor alguno.

—Sabina —dijo Hui—, un aceite curioso. Que no te tiemble la mano, Thu, pues basta una gota para que la piel se ampolle y se pudra. Para las mujeres es tanto un amigo como una plaga terrible. En pequeñas dosis estimula la aparición del flujo mensual. Algunas mujeres me lo piden uno o dos meses después de haber cometido alguna indiscreción sin que los esposos se enteren. Pero cuando se toma en cantidad suficiente para provocar el aborto, generalmente mata. Convulsiones, vómitos de color verdoso, incapacidad de orinar y, por fin, parálisis respiratoria. La muerte es lenta. A veces tarda varios días. —Se lo devolví con un estremecimiento interior—. No lo destilo en casa —comentó, mientras lo colocaba de nuevo en el estante—. Me llevaría demasiado tiempo y los resultados no serían puros. Lo compro ya destilado. También compro la amapola ya molida. Esto, en cambio, lo cultivo yo mismo. Apesta, ¿verdad? Datura. Veo que la conoces. Sin duda, tu madre te previno contra la belleza de sus flores blancas o purpúreas. Sólo sirve para matar.

La lección continuó; yo pasaba de la curiosidad al entusiasmo y al horror. No hacía preguntas. Me limitaba a concentrarme para recordar la información que me daba, el color y la consistencia de óleos, polvos, raíces y hojas, los métodos de administración, las dosis prudentes y las peligrosas. Mi madre habría dado cualquier cosa por aprender lo que yo empezaba a asimilar, pero al contemplar aquellos estantes comprendí que ninguna partera aldeana podía costear los exóticos productos almacenados allí.

Por fin. Hui llenó un cuenco con agua de una de las grandes jarras que tenía bajo la mesa y me entregó un plato de natrón.

—Lávate las manos —ordenó.

A continuación, Hui también se lavó las suyas y se inclinó para apagar las lámparas. Recogí mi paleta y salimos de la habitación. La luz del sol me pareció pura y límpida, inocente; aspiré con fuerza, observando con atención a Hui, que volvía a atar el cordón de la puerta.

—Ahora —dijo, sentándose ante su escritorio—, tomaremos un refrigerio. —Dio una palmada y las puertas se abrieron en el acto. Kenna entró e hizo una reverencia, sin mirarme—. Trae cerveza, ganso frío y tortitas —le ordenó Hui—. Si queda alguna granada que no se haya picado del todo, tráela también.

Kenna volvió a inclinarse y salió.

—¿Te ayuda Kenna en tu trabajo, amo? —pregunté, tratando de mostrarme candorosa.

Hui sacudió la cabeza.

—Kenna limpia el suelo y friega la mesa, pero no se le permite tocar las medicinas —respondió, mirándome fijamente—. Es un excelente servidor en todos los sentidos y no me gustaría que se envenenara por descuido. Pero no te vanaglories, princesa libu, por poder hacer lo que Kenna tiene prohibido. Tal vez te lo permita porque tus servicios son menos valiosos que los de él. Las niñas se reemplazan con facilidad. Los sirvientes personales maduros y bien adiestrados con la experiencia de Kenna, no.

—Creo que necesito masticar una hoja de cato —dije con un mohín.

Hui dejó escapar una carcajada.

—No, nada de eso. Destapa el tintero y prepárate que te voy a dictar.

Cogí la paleta, obediente, y me senté a sus pies, con las piernas cruzadas, en la conocida pose de todos los escribas. En realidad, no me sentía menospreciada. Aquel hombre peculiar me conocía bien; en el fondo, tuve la impudicia de imaginar que nos entendíamos. Hui había cargado con muchas molestias y gastos para darme una buena instrucción. Aun con la fuerte sospecha de que sus motivos distaban mucho de ser la necesidad de un nuevo escriba, yo confiaba en él. Apoyé con sumo cuidado la reluciente paleta contra las rodillas, destapé el tintero, abrí la caja y elegí un pincel. Luego esperé. Hui se había acomodado en la silla, cruzó los brazos y me miró.

—Olvidas algo —dijo.

Pasé una mirada veloz por todos mis preparativos. Todo estaba en su sitio. La hoja de papiro bajo mi mano era tan lisa que no requería raspado. De repente comprendí; inclinando la cabeza, susurré la plegaria a Thot, llena de orgullo y gratitud. Ahora tenía derecho a recitar la plegaria del escriba: era una verdadera servidora del dios del lenguaje. Al terminar, sonreí contenta.

—Estoy lista, amo.

—Pues voy a empezar. A Su Excelencia Panauk, escriba real del harén de Su Majestad, saludos. Con respecto a la dolencia intestinal de la dama Ueret, envío por medio de mi administrador una prescripción de azafrán y amapola. La dama Ueret tiene que ayunar durante tres días y tomar un *ro* de esta mezcla cuatro veces al día, seguido de una pieza de pan enmohecido. Cumplida una semana, infórmame de su estado. En cuanto a los ojos del niño Thotmés, sigue con el tratamiento que sugerí anteriormente, añadiendo el ungüento de madera de serbal y miel para absorber las exudaciones y aliviar el escozor. Si no resiste la tentación de rascarse, ponle guantes. Con referencia a la poco juiciosa petición de la reina Tuosret, comprendo que estás obligado a hacerme conocer las necesidades de las mujeres reales. Sin embargo, presumo que la has advertido antes de transmitirme su consulta. Dile, con todo respeto, que no puedo satisfacerla, pero que la visitaré cuando lo disponga para discutir cualquier otro problema que pueda tener. Mis honorarios por estos remedios y por mi asesoramiento serán dirigidos al tesorero real del palacio. Por la mano de mi escriba Thu, soy tu humilde servidor Hui, vidente de los dioses y maestro médico. —Descruzó los brazos—. ¿Me has seguido, Thu? Déjame ver lo que has hecho.

Sin decir palabra, muy satisfecha de mí, le entregué el papiro. Hui asintió

con la cabeza.

—Bien. Está pulcro y veo que tu grafía es correcta. Haz un rollo y llévaselo a Harshira, para que lo haga sellar y entregar. ¿Dónde está Kenna con esa comida?

Como si el sirviente hubiera estado esperando, se oyó un golpecito a la puerta y Kenna entró con una bandeja. Después de dejarla en la mesa, hizo una reverencia y salió sin decir palabra. De pronto, sentí hambre. A una invitación de Hui me levanté para desgarrar el ganso frío.

—¿Quién es la reina Tuosret? —quise saber.

Hui bebió su vino.

—No hables con la boca llena —me regañó, impaciente—. Es una de las esposas de Ramsés, miembro de la tribu peleset. Ramsés la trajo de sus guerras, hace cinco años. —Cogió un cuchillo de cobre para cortar limpiamente una de las granadas de la bandeja. Luego examinó el contenido con disgusto—. Es bonita, pero bastante estúpida. Ramsés tuvo una hija con ella y desde entonces no la ha tocado.

—¿Quieres decir que fue una cautiva? —cogí apresuradamente la granada que Hui había descartado y empecé a desgranarla con una cuchara de plata.

—Eso es lo que quiero decir, claro. Supongo que eso te parece romántico. Ramsés ganó una gran batalla, por tierra y por mar. Cogió a más de tres mil cautivos como esclavos y presentes para sus funcionarios y comandantes. Es una pena que no sea tan decidido en la política interna. Si considerara Egipto como un campo de batalla al planificar sus campañas, no nos estaríamos hundiendo lentamente en un pantano de corrupción y decadencia.

Pasé por alto aquel irónico comentario sobre la ineptitud del faraón.

Por aquel entonces ya había oído en aquella casa muchos comentarios similares.

—¡Qué horrible destino! —exclamé, intrigada—. Ser rescatada de la ruina y la matanza y arrastrada hasta Egipto, cargada de cadenas, sólo para ser elegida como esposa por el gobernante más poderoso del mundo. —Mientras hablaba escarbaba en busca de los últimos granos de granada—. Y después, como recompensa por haberle dado una princesita, que la deje a un lado y olvidada en el harén. Es imperdonable. ¿Cuál fue su poco juiciosa petición,

amo?

—Nada que te interese, niña ridícula —dijo Hui con brusquedad—. En cuanto a ese horrible destino, ¿pretendes que el faraón sirva regularmente a cada una de sus mujeres? Hay cientos en el harén. Y tampoco se puede decir que la «haya dejado a un lado» a Tuosret. Como reina, tiene sus propias habitaciones; como madre de una niña legítima perteneciente a la familia real, puede hablar directamente con el Toro Potente cada vez que lo desee. Además, disfruta de los privilegios de su alta posición en la jerarquía del harén, porque no es una simple concubina, sino una reina.

—¿Como la dama Ueret?

—Como Ueret. ¿Te repugna la idea de pertenecer al harén de Ramsés, Thu? —Pasó la copa de vino por debajo de la nariz para inhalar el aroma y me dirigió una sonrisa vagamente burlona—. Cualquiera pensaría que una criatura tan amante de los lujos como tú sentiría envidia.

La expresión de sus ojos, inyectados en sangre, era inescrutable. Tragué los restos de la granada y hundí los dedos en el cuenco de agua, pensativa. De pronto se me ocurría que el harén ofrecía uno de los pocos medios por los que una muchacha campesina podía franquear el abismo de la sangre y el privilegio, llamando la atención de los poderosos.

—No es que me repugne —decidí—, pero disfrutar de los favores del rey sólo para ser luego expulsada de su lecho es algo que me resultaría difícil de asimilar. Yo querría ser siempre la más hermosa, la más consentida. ¿Qué hacen esas mujeres durante todo el día, si no están en palacio?

Hui bebió y eligió una tortita, que hizo girar entre los dedos blancos y melindrosos.

—Chismorrear. Comer y beber. Jugar con sus joyas y encargar ropa nueva. Los sirvientes les llevan la última palabra en cuestión de cosméticos y lociones. Pero algunas de ellas no sucumben a la poderosa influencia del harén. Ésas se dedican a los negocios y a otras actividades. Mantienen el cuerpo bello y la mente ocupada. Claro que son las excepciones.

—Sin duda —dije lentamente—, no ha de ser tan difícil conservar el afecto del faraón, si una es tan hermosa e inteligente como para haberle llamado la atención en un primer momento.

Hui dio un mordisco a su tortita, masticó con cuidado y se limpió la boca.

—¡Ah! —exclamó—. Ésa es la clave del asunto. ¿Tienes idea, Thu mía, de lo escasas que son las mujeres tan inteligentes como hermosas? En el harén se las puede contar con los dedos de una mano. Una es la gran esposa real Ast-Amasareth, otra extranjera, como la reina Tuosret: una siria que Ramsés arrastró a Egipto cargada de cadenas, como tan erróneamente has dicho. No es más bonita que Tuosret, pero sí inteligente y astuta. Ha dedicado su vida a conocer bien a su esposo: sus debilidades y sus puntos flacos, lo que le gusta y lo que le disgusta. Es la mujer más poderosa del harén y de la corte después de Ast, esposa principal y dama de los Dos Países. Conserva su posición gracias a una vigilancia constante y a su gran sabiduría.

—¿Y por qué no es ella la esposa principal, si es tan perfecta? —le disparé, oscuramente irritada por sus palabras.

Hui me dedicó una gran sonrisa.

—Porque no es tan inteligente ni tan astuta como Ast —me dijo— y porque Ast es la madre del hijo mayor del faraón. Ahora, si has comido y bebido lo suficiente, y si tu curiosidad está satisfecha, continuaremos con tus lecciones. Hoy no tengo compromisos.

—Me gustaría ver el harén por dentro —dije, sin grandes esperanzas, mientras acercaba la paleta hacia mí, disponiéndome a trabajar—. ¿Podría acompañarte algún día, amo, cuando vayas a atender a las mujeres?

Para gran sorpresa y deleite mío, Hui asintió. Luego rodeó el escritorio y, cogiéndome la cabeza entre las manos, me besó en el pelo.

—Te prometo, Thu —dijo en voz baja—, que algún día te llevaré al harén. Te doy mi palabra. —Irguió la espalda y continuó con energía—: ¡Bueno! Es hora de que estudies el *metu*, los canales que parten del corazón. Hay cuatro que van a la cabeza y la nariz, cuatro a los oídos, seis a los brazos, seis a los pies, cuatro al hígado, cuatro a los pulmones y el bazo, cuatro al recto, dos a los testículos y dos a la vejiga. Llevan aire, sangre, moco, alimento, semen y excreciones. Un bloqueo de sangre o moco puede causar una enfermedad. El bloqueo del recto afecta a los miembros e incluso al mismo corazón. El *metu* lleva también *vehedu*, las sustancias que transmiten el dolor. ¿Me escuchas, Thu? Mañana tendrás que repetirme toda esta información. ¡No me hagas perder el tiempo!

Con un suspiro, abandoné mis fantasías para concentrarme plenamente en la tarea. Alguna vez conocería el harén por dentro. Estaba satisfecha.

CAPÍTULO 9

Dos semanas después recibí de mi familia un rollo y un regalo con motivo de mi aniversario. Al desenrollar el papiro reconocí la letra habitual de Pa-ari, firme y pequeña, pero el lenguaje me extrañó. Al echar un vistazo al pie comprobé que era mi padre el que la había dictado. Entonces me senté a leerla con un nudo en la garganta. Decía así:

Saludos, mi pequeña Thu, en tu aniversario. Esta mañana, al amanecer, Pa-ari y yo hemos ido al templo para agradecer a Uepuauet tu buena salud y tu felicidad. Confío en que hayas hecho lo mismo. Te complacerá saber que tu benefactor ha cumplido su palabra. Nuestro vecino murió, después de una breve enfermedad, y se me han otorgado cinco de sus arouras. Hace tres días llegó el esclavo prometido por el vidente. Es un malhumorado maxyes que ha estado atendiendo el ganado del faraón en el Delta, desde que llegó a Egipto como prisionero de guerra, y no creo que le alegre mucho encontrarse en la árida Asuat; pero es fuerte y trabaja bien. Parece que tu amo tiene de veras el don de ver. Tu madre está bien y también te manda sus saludos. Pa-ari ya no recibe lecciones; ahora trabaja todos los días para los sacerdotes. Estoy deseoso de verte.

Dejé el escrito a un lado, con los ojos anegados en lágrimas. Eran las primeras palabras que recibía de mi padre desde que nos despediéramos en el barco de Hui; su carácter sereno y estable impregnaba cada una de las líneas.

Feliz de que mi familia tuviera un mayor bienestar, centré la atención en el regalo. Era una pequeña talla de mi tótem, Uepuauet; al deslizar los dedos por las suaves líneas del dios, con su cabeza de lobo, imaginé las horas de paciente trabajo que mi padre le había dedicado; sentado en el suelo, a la luz de la lámpara de sebo, con la madera entre sus grandes manos, habría movido el cuchillo lentamente, con cuidado, pensando en la hija que tan lejos de él vivía. Para dar a la madera aquella suave pátina hacían falta muchas capas de

aceite. Uepuauet tenía las orejas erguidas y el bello hocico afilado, pero sus ojos contemplaban los míos con serena omnipotencia. Llevaba un faldellín corto, de impecables pliegues. Con un puño asía una lanza; con el otro, una espada. En el pecho se leían, delicadamente cincelados, los jeroglíficos que significaban «el que abre los caminos». Comprendí que mi padre se había tomado el trabajo de pedir a Pa-ari que le enseñara a tallar las palabras. Tal vez Pa-ari se habría sentado con él para asesorarlo mientras tallaba la inscripción.

La estatuilla era una prueba del amor generoso que yo no merecía. Después de ponerla en la mesa, junto a mi diván, me postré ante ella, diciendo las oraciones que debería haberle rezado el día de mi aniversario e implorándole protección para mi familia. Me sentía avergonzada y humillada. Al terminar cogí la paleta y papiro para escribir a mi padre. Por una vez las palabras me salieron del corazón. Aunque ya era muy diestra en la escritura, todavía tenía que dictar mis cartas a Ani por motivos obvios, pero en aquella ocasión desafié a Hui. Si se le antojaba, podía leer en mi presencia lo que yo hubiera escrito; no me importaba, siempre que me permitiera enviar el rollo al sur. Yo habría querido acompañarlo, no para abandonar mi vida en aquella casa, sino para ver una vez más los ojos oscuros y severos de mi madre, para dejarme envolver por el abrazo vigoroso de mi padre, para sentarme junto a Pa-ari, cogidos de la mano, mientras el sol se hundía, rojo y apacible, tras las ondas puras del horizonte del desierto. Aquella nostalgia me duró el resto del día.

No pasó mucho tiempo sin que aprendiera los nudos que guardaban el laboratorio de Hui; también ideé algunos propios. A él le gustaba cambiarlos una vez al mes. Sus precauciones me parecían excesivas, considerando que también apostaba un guardia en el pasillo, ante la puerta de su oficina, para evitar que nadie entrara por las noches, salvo él mismo o yo. Pero hacía caso omiso de mis protestas.

Yo aprendía con rapidez, pero también con cautela. No tenía intención de envenenarme al bajar una redoma tras otra para examinarlas y tomar notas. Todos los días Hui me interrogaba sobre las hierbas y los polvos que me había enseñado el día anterior. Si cometía un error, me repetía la lección íntegra. Pero yo rara vez me equivocaba. Los ejercicios de memoria hechos con Kaha me resultaban muy útiles.

También aprendía una medicina mucho más complicada que la que mi madre hubiera podido soñar. Dibujaba meticulosamente los canales del *metu* en el cuerpo. Escuchaba los síntomas de la presencia del *vehedu*. Estudiaba el *ujedu*, esa podredumbre que podía ser masculina o femenina y que causaba enfermedad y dolor abriéndose paso por el *metu*, aunque era posible destruirla con ciertas gotas, ungüentos, emplastos y encantamientos. Pronto conocí los remedios que Hui me dictaba para las mujeres del harén o para sus pocos pacientes particulares; a veces, cuando su prescripción me intrigaba, tenía el atrevimiento de pedirle explicaciones.

Cuando llegó el día de Año Nuevo, el primero del mes de Thot, yo estaba de pie junto a Hui, lista para retirar de los estantes cualquier ingrediente que él pidiera, mientras manejaba el mortero o evaporaba algún líquido sobre la llama, en la superficie del mármol, siempre fría al tacto. Además de entregarle las cosas necesarias, yo tenía que anotar con cuidado todo lo que Hui hacía, y pesar y registrar las cantidades de los elementos empleados.

A veces, Hui se ausentaba para ejercer su don de vidente en los templos o en los altares callejeros. Entonces yo pasaba las horas en compañía de Disenk. Pero a finales de *Joia*k, cuando ya el río había vuelto a convertir la mayor parte de Egipto en un vasto lago de aguas turbias y el aire era fresco, se me permitió, por fin, trabajar sola. Cuando me presenté en la habitación de Hui con la paleta bajo el brazo, el corazón me dio un vuelco al verle envuelto en los lienzos que lo protegían del sol y de las miradas del populacho. Me acercó una hoja de papiro sobre el escritorio.

—Mientras yo no esté, puedes preparar estas recetas —me dijo con desgana—. Presta mucha atención a la que envío a Mentmose, jefe del Medjay. Es un caso grave de parásitos intestinales; el remedio que he ideado para él incluye polvos de apocináceas. Tendrás que moler las semillas. Hazlo con guantes y tápate con lienzos la boca y la nariz. No añadas más de una décima de *ro* al líquido obtenido.

Mientras hablaba levantó una mano vendada para meterse bajo la capucha un mechón suelto de su pelo blanco. Sobrecogida por un impulso de amor y piedad, dejé la paleta en el escritorio para apretarle la mejilla contra el brazo. Luego levanté la mirada. Los ojos colorados me miraron por un instante desde la sombra de la capucha. El resto de la cara estaba cubierto.

—Eres más hermoso que muchos de los hombres que caminan libremente

bajo el sol —barboté.

Por un momento permaneció inmóvil. Luego dejó escapar un ruido; no sé si fue un gruñido de gozo o de dolor, porque no podía verle las facciones. Desprendiéndose de mí con suavidad, cruzó la habitación como si se deslizara. Yo volví al cordón anudado de la puerta interior, con las manos trémulas. «Thu, eres muy torpe», me reproché en voz alta, mientras luchaba con los nudos. «Te has comportado como una tonta.» La puerta se abrió. Con la paleta y el papiro en la mano, entré en aquella densa oscuridad.

A partir de entonces, encontré placer al sentirme libre y sola entre olores y fragancias extrañas. Encendía las lámparas, cerraba la puerta y buscaba el primer componente indicado por Hui, con una ligereza de ánimo que no sentía desde aquellos tiempos en que mi madre me dejaba salir de casa, ya terminadas las tareas del día, para correr descalza por las riberas del río. Toda la casa sabía que, durante su ausencia, las oficinas del amo eran lugar prohibido. Nadie podía llegar a mí, ni siquiera Disenk. Harshira era el único que tenía permiso para entrar, pero sólo a la oficina, sin pasar al laboratorio. Yo gozaba del resto de privilegios. Era importante. Lo mejor era que podía disfrutar el deleite de pesar y medir, moler y mezclar, sabiendo que tenía en las manos el poder de la vida y de la muerte.

Sin embargo, me había olvidado de Kenna. Era el sexto día de *Tybi*, una de las nuevas festividades de Amón instituidas por el rey. Hui había ido a palacio y los sirvientes no tenían obligación de trabajar, según la costumbre de los festivos. La casa estaba en silencio. Acababa de abrir el laboratorio, que ya se estaba convirtiendo en mi santuario particular, y cuando estaba encendiendo las lámparas oí que se cerraba la puerta exterior. El corazón me dio un brinco. Hui había vuelto muy pronto. Salí confiada al rayo de sol que entraba en la oficina más grande y me encontré frente a frente con Kenna. Traía una escoba, varios estropajos y una jarra de agua humeante. No pareció sorprenderse al verme, pero tampoco me saludó. Con la cara seria y los labios apretados, pasó rozándome y abrió de par en par la puerta intermedia. Giré tras él.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Kenna depositó la jarra en el mármol de la mesa; con insultante desenvoltura, dejó caer los estropajos al suelo y se volvió lentamente, con la escoba en las manos.

—He venido a limpiar, como puedes ver —replicó con frialdad.

—No se te permite entrar aquí, a menos que el amo esté presente.

—Se me permite. Cuando el cuarto de las medicinas está abierto, puedo entrar a limpiar. —Señaló la puerta—. Y como ves, está abierto. Tú misma has desatado los nudos. Por lo tanto, puedo limpiar.

Su tono enérgico me enfureció.

—¡No tienes por qué hablarme como si fuera una criatura! —dije, acalorada—. Estoy ocupada. Tengo que preparar unas recetas para el amo. No quiero que se me moleste. ¡Vete!

Kenna se encogió de hombros.

—No necesito tu autorización para cumplir con mis tareas aquí. Trabajaré a tu alrededor, Alteza.

La última palabra estaba cargada de sarcasmo. Lo fulminé con la mirada, luchando contra la repugnancia que Kenna siempre me daba; de pronto, la mente se me llenó con esos sueños que solía tener, que me dejaban inquieta y febril: Kenna desnudo, Kenna acobardado postrado a mis pies, con las marcas de mi látigo en los hombros. Pasé junto a él para levantar la jarra de agua, llevarla fuera y ponerla en el escritorio de Hui. Volví para recoger los estropajos y los arrojé tras ella. Luego apagué las lámparas, una tras otra. Por fin, me incliné hacia dentro y, asiendo el borde de la puerta, empecé a cerrarla. Mi cara estaba muy cerca de la suya.

—He decidido no trabajar por hoy —dije dulcemente—. Tendrás que volver cuando Hui esté presente.

Kenna sonrió, pero sus ojos se mantuvieron fríos.

—Oír su nombre en esa boquita tuya tan vulgar es como una blasfemia —declaró en voz baja—. Eres arrogante, vanidosa y egoísta. Es más; te crees mucho más importante de lo que eres. Hablaré con Harshira y le diré que tus caprichos están alterando el buen funcionamiento de esta casa. Entonces veremos quién tiene aquí más autoridad.

No me moví. La madera de la puerta se me clavaba en los dedos por el frenesí con que la apretaba. Pensaba con furia. Kenna tenía razón. En ese asunto yo no tenía ninguna autoridad; había sido una estúpida al enfrentarme. Hui no se molestaría en atender una disputa tan frívola, pero Harshira me

haría arrastrar a su sobrecogedora presencia para echarme un buen sermón. Me resultó detestable perder ante aquel hombre amargado, que tanta importancia se daba, y le acerqué la cara todavía más.

—Estás enamorado de Hui, ¿verdad? —siseé—. Locamente y sin esperanzas. Y me tienes unos celos demenciales porque, aunque bien tú tocas su cuerpo, lo lavas y lo vistes, preparas su comida y doblas sus sábanas, no compartes su mente. Soy yo la que conoce sus pensamientos. Es conmigo con quien discute su trabajo.

Era cruel, cruel y completamente innecesario, pero me impulsaban mis propios celos no reconocidos. Quería poseer a Hui: no sólo trabajar con él en la deliciosa intimidad del cuarto de las hierbas, sino hacer por él todas las cosas que eran exclusivas de Kenna. Vi que el hombre dilataba las fosas nasales y entornaba los ojos, lleno de odio. Y comprendí que había acertado.

En mí floreció una tenebrosa exaltación que me aflojó los dedos y me recorrió la espina dorsal. Cubrí la distancia que separaba nuestros labios. Mi boca se fijó a la de él casi por instinto, sin que yo supiera lo que estaba haciendo. Sentí que se ponía rígido por la sorpresa; sus labios quedaron petrificados bajo los míos; luego temblaron, abriéndose por un momento, y una delirante punzada de calor me descendió por el estómago hasta la entrepierna. Pero se apartó y, al hacerlo, me mordió con fuerza. Lancé un grito y retrocedí hasta chocar con el escritorio, con las dos manos apretadas contra la boca palpitante. Kenna agarró uno de los estropajos y se lo pasó por la cara. Temblaba.

—Pequeña bruja maligna —susurró—. Conque crees compartir su trabajo, ¿eh? No tienes la menor idea de cuál es su trabajo. En cuanto a sus pensamientos, no te engañes. Son profundos y extraños; están muy por encima de todo lo que una ramera engreída como tú pueda comprender. —Se me acercaba a grandes pasos; yo me encogí, pensando que iba a golpearme, pero se limitó a recoger las cosas que había traído—. Le sirvo desde antes de que tú nacieras —prosiguió, desdeñoso— y todavía estaré aquí cuando te hayas ido, porque la simiente de tu destrucción ya está echando brotes dentro de ti, oh hija de Set. Ponte lienzos finos, píntate la cara y pavonéate. Nunca serás otra cosa que una tosca campesina; no hay magia en Egipto que pueda dar a tu sangre la invisible tintura de la nobleza.

—¡Celoso! —le espeté.

Ya se me estaban hinchando los labios. Kenna tuvo el coraje de sonreír otra vez, ya girando hacia la puerta.

—No, Thu; si te detesto no es por celos —dijo por encima del hombro, mientras salía—. En alguien como tú no malgastaría ni siquiera una emoción tan vil.

Y se fue.

—¡Son celos! ¡Claro que son celos! —grité salvajemente hacia la puerta que se cerraba—. ¡Cómo te atreves a hablarme así! —Porque yo era la asistente del amo y él sólo un sirviente personal, esclavo de su trabajo.

Me dirigí a la puerta interior para cerrarla con violencia; ya había empezado a atar los intrincados nudos del cordón cuando, de pronto, me sentí completamente serena. Mis manos no temblaban. Mi respiración se hizo más lenta. «Tengo las marcas de sus dientes en la boca», pensé con toda claridad. «Tendré que decir a Disenk que he resbalado y me he golpeado con el borde de una silla. A Hui le explicaré lo mismo, pero ¿qué le dirá Kenna? ¿Me acusará? ¿Contará la verdad al maestro? Y él, ¿le creerá? ¿Tan seguro es mi puesto en la vida de Hui, en sus afectos? ¿Cuántas dificultades puede causarme Kenna, ahora y en el futuro, si decide verter ponzoña en los oídos de Hui?»

Ponzoña.

Los nudos estaban listos; eran una maraña contra la madera lustrada de la puerta. Los miré ciegamente, tocándome con timidez la boca herida. Me había comportado de una manera abominable y reprensible al tentar a Kenna, sin poder contenerme. Pero acababa de aprender una valiosa lección de autodisciplina. Juré que nada parecido volvería a ocurrirme jamás. Con una vez bastaba. Habría debido morderme sola y guardar silencio a cualquier precio. Pero ya era tarde para volver atrás. Kenna sería ahora un enemigo declarado, capaz de influir de manera sutil sobre Hui en contra mía. Por lo tanto, uno de nosotros tenía que desaparecer. Y no sería yo. Volví a mi cuarto, pensativa.

Disenk, horrorizada, lanzó una exclamación al verme desfigurada. En seguida mandó traer agua con sal y un trozo de carne fresca. Con suave eficiencia me remojó la hinchazón y me obligó a permanecer sentada, con la carne cubriéndome la herida, hasta que ésta dejó de latir. Luego me la untó

con miel. Yo apenas tenía conciencia de sus cuidados. Mi mente funcionaba de modo febril, repasando los polvos venenosos que Hui guardaba en su colección. Cicuta, quizá. Una hoja puesta en su ensalada le aflojaría los miembros, impidiéndole caminar bien. Sus ojos se debilitarían, los latidos del corazón se tornarían rápidos y tenues. La ventaja de la cicuta era que los síntomas sólo aparecían después de una hora. Pero Hui sólo me había explicado las propiedades mortíferas de la planta, sin indicarme las cantidades necesarias. Si le daba demasiado, Kenna moriría. Si era demasiado poco, en un par de días estaría repuesto y otra vez junto a su amo. En primavera la raíz era inocua, pero ¿significaba eso que no producía ningún síntoma o que sólo provocaba una descomposición? ¿Una bebida refrescante, hecha con las hojas de la datura? Hui había incluido una pequeñísima cantidad en una de sus recetas. Pero como las propiedades venenosas de la datura eran conocidas por todos los médicos egipcios, lo más probable era que el amo reconociera la enfermedad de Kenna. ¿Estrofanto? Era el veneno más virulento que había en los estantes de Hui, que mataba por inhalación, ingestión o contacto con la piel. Hui me había descrito las horribles consecuencias y hasta de qué modo moriría si yo cometía la estupidez de manejarlo sin cuidado. Pero en pequeñas dosis medicinales no producía ningún síntoma; tampoco tenía término medio: o bien destruía por completo, o no causaba ningún daño.

Mientras Disenk verificaba el estado de mi labio, con sus perfectas facciones tan solemnes como si yo hubiera perdido un diente y estuviera afeada para el resto de mi vida, analicé y descarté una posibilidad tras otra. La adelfa actuaría con demasiada celeridad. La nertera tenía que masticarse. La miel de la azalea era una posibilidad, pero ¿cómo obtenerla?

Sentía mi cabeza tan febril e hinchada como la boca. Por fin, aparté mis pensamientos de Kenna. Tenía tiempo para decidir qué quería hacer; días enteros, si era necesario, antes de que Hui se tomara en serio las palabras que el sirviente le empezara a escupir... si se las llegaba a tomar en serio. Tal vez el amo le ordenara bruscamente que callara y que presentara sus quejas ante el administrador. Pero quizá Kenna tuviera razón y mi posición en la casa no fuera tan segura como yo imaginaba. Todo era muy difícil. Suspiré y Disenk me preguntó, afligida:

—¿Duele mucho, Thu?

Negué con la cabeza. El verdadero dolor estaba dentro de mí. Bruja

maligna. Ramera engreída. Vulgar, arrogante, vanidosa, egoísta. ¿Era yo todo eso? No, claro que no. Kenna me había atacado donde más me dolía. Apartándome de los delicados dedos de Disenk, le dije que necesitaba nadar. Juntas salimos al jardín: yo, para perderme en el abrazo del agua; ella, para sentarse a la orilla, observándome.

Al final fue más fácil de lo que había pensado. Una vez a la semana Kenna se presentaba para limpiar el laboratorio. Mientras yo escribía al dictado o entregaba los ingredientes a Hui, ocupado en sus cuencos y utensilios manchados, el hombre barría y fregaba a nuestro alrededor. Hui parecía no percatarse de su presencia, acostumbrado como estaba a la rutina, pero yo lo observaba con atención. A menudo hacía una pausa en las tareas para pedir a un esclavo que le trajera cerveza. Dejaba la taza en la oficina, para ir bebiendo a medida que tenía sed. A veces no lo hacía, pero muy a menudo, al concluir su tarea, se secaba el sudor de la frente y el cuello y se la bebía toda de un trago. Luego recogía sus utensilios, incluida la taza, y se marchaba. Siempre terminaba mucho antes que nosotros y se retiraba con el mismo silencio.

Tras muchas deliberaciones, decidí vengarme de Kenna recurriendo a la belladona. Hui la cultivaba, junto con otras plantas útiles, en un custodiado rincón de la finca, cerca del muro trasero. Yo no la había usado todavía en ninguna receta, pero Hui me había dicho que era una buena droga para dormir a un paciente cuando era necesario cortar. A veces la administraba a las mujeres estériles, quizá porque su peculiar raíz tenía forma de pene. Por haberla tocado sin guantes, la piel se me había cubierto de un feo sarpullido, para horror de Disenk. Su fruto, ya maduro, se podía comer sin peligro. Todavía verde, mataba. Pero lo que más me gustaba de ella era que, en dosis algo superiores a la prudente, producía vómitos y diarrea. Sonreía con sólo imaginar a Kenna indispuerto tan bochornosamente. Cuando empezara a recuperarse le daría un poco más, y así seguiría haciéndolo hasta que, ya débil y totalmente incapacitado para su trabajo de sirviente personal, fuera despedido.

El asunto era sencillo. Mi intención era suministrar la belladona a Kenna en la cerveza que solía pedir. Por lo tanto, no podía utilizar ninguna parte sólida de la planta. Tendría que moler el tallo seco y algunas hojas, hacer una infusión con ello y añadirlo a la bebida. En cuanto a qué cantidad de líquido necesitaría, no tenía ni idea; tampoco imaginaba cómo experimentarlo.

Obtener el tallo y las hojas no fue difícil. Uno o dos días a la semana, Hui iba a la ciudad o a los templos y me dejaba trabajar sola y a mis anchas. Sólo tuve que retirar la cantidad necesaria del frasco correspondiente, triturlarla en el mortero y colocarla en otro recipiente, que llené de agua y escondí detrás de otras jarras selladas, en el estante más alto. No sabía cuánto tiempo dejar el tallo a remojar, pero una semana me pareció suficiente. Además, si lo dejaba allí por más tiempo podía ser descubierto y yo tendría que dar explicaciones. Noche tras noche soñaba con eso, temiendo irracionalmente que, al entrar en la oficina, no estuviera ya allí, descubrir que Kenna se había enterado e iba a mostrárselo al amo, encontrar a Hui ceñudo y con el frasco en la mano, al entrar a toda prisa para iniciar el trabajo. En dos ocasiones, aquella semana me gané una reprimenda de Hui, pues no podía mantener la mente ni los ojos concentrados en la tarea. Toda mi atención estaba fija en el frasco invisible en su escondite.

Mi nerviosismo era tal que estuve a punto de retirar el brebaje para deshacerme de él, pero una mañana Hui me saludó muy irritado.

—Debo ir en seguida a palacio —me dijo, saliendo al pasillo—. La gran dama Tiye-Merenast está enferma. No hay mucho que yo pueda hacer. Es muy anciana y tiene el corazón débil. Mientras tanto, busca su rollo y prepara el remedio que encontrarás anotado allí. Si no me equivoco, es pimienta, raíz de *kesso*, amapola y una gota de zumo de adelfa. —Se detuvo y se giró para mirarme con fijeza—. ¿Te encuentras mal, Thu? —preguntó con brusquedad—. Estás muy ojerosa. ¿Nebnefer te hace trabajar demasiado?

—No, amo —respondí—. Es que últimamente no duermo bien.

—Ayuna durante tres días y abstente de carne otros tres —indicó—. Daré instrucciones a Disenk, por si te sientes tentada a desoír mi consejo.

Me sonrió con aire distraído y desapareció. Mientras Hui pedía una litera y un guardia, abrí el arcón de rollos que había en la oficina.

No tuve dificultades para encontrar las instrucciones referidas a la atención de la madre del faraón. Dejando el arcón abierto en el escritorio, desaté el cordel para entrar en el laboratorio, llevando el rollo conmigo. Encendí las lámparas para reunir las cosas necesarias y cuando estaba rompiendo el sello de un frasco de *kesso* molido, oí un ruido en la oficina y mi corazón se detuvo por un instante. Era Kenna, sin duda. Sentí que se detenía detrás de mí, pero no lo miré; tratando de que no me temblaran las

manos, tomé la diminuta cuchara con la que medía las cantidades.

—Ha tenido que salir de forma inesperada —dije sin preámbulos—. Puedes limpiar si quieres.

—Muy amable por tu parte. Majestad —repuso con un sarcasmo de mal gusto—. Gracias por tu real autorización.

Apreté los dientes para callar y no replicar de una manera desabrida que me subía a los labios con terrorífica celeridad, así que continué con mi tarea. El medicamento era para una importante mujer de la familia real y requería toda mi atención. Oí que Kenna salía al pasillo para pedir a gritos su cerveza. Todos mis sentidos se pusieron alertas, pero mi concentración no vacilaba. Mezclé los polvos en las proporciones correctas y los puse en la redoma ya preparada. Luego lo sellé con un poquito de lacre caliente. Mis manos seguían firmes. Kenna serpenteaba a mi alrededor, en su hostil danza con la escoba de ramillas. Salió, volvió a entrar con un balde de agua caliente, que puso junto a mis pies, y hundió sus estropajos en él. Yo alargué la mano hacia mi frasco. Kenna, a cuatro patas, esparcía natrón en el suelo. Retiré el sello.

El olor se dejó sentir inmediatamente: un hedor rancio de plantas putrefactas y agua nauseabunda. Kenna, sin ver nada, se había dedicado a frotar los mosaicos, triturando el natrón medio disuelto con sus trapos mojados. Con el frasco y el rollo de Tiye-Merenast en la mano, salí a la oficina. Ya habían traído la cerveza, que estaba allí, límpida e inocente, fresca y tentadora para el sediento. Eché una mirada atrás. Kenna estaba de espaldas. Tenía las nalgas cubiertas con un vestido blanco y movía rítmicamente los hombros. Conteniendo el aliento, vertí el contenido del frasco en la cerveza, preguntándome fugazmente cuánto tendría que echar. ¿La mitad? ¿Tres cuartas partes? Pero el agua lo diluía todo. Y yo no quería que mis noches inquietas ni el pánico que me invadía, fueran por nada. Lo añadí todo. Las heces eran negras y oleosas.

Al esconder a toda prisa el frasco en el arcón abierto junto a la taza de cerveza, descubrí que todavía contenía un fuerte olor; puse el rollo a su lado y, cerrando la caja, me alejé del escritorio para guardarla en el estante de la pared opuesta. En ese momento salió Kenna. Pasé junto a él para volver al laboratorio, convencida de que la súbita debilidad de mis rodillas haría que me tambaleara. Pero él ya levantaba la taza, sin mirarme siquiera. El corazón me latía enloquecido; apreté el puño contra el pecho, obligándome a no

mirarlo.

Empecé a sacar frascos y redomas al azar, a ciegas, hasta oír el suspiro con que Kenna dejó la taza en la mesa. «¡Oh, dioses!», pensé febrilmente, «¿qué he hecho?». Kenna venía hacia mí. Cayó de rodillas a mi lado y, por un momento, pensé que me había equivocado, que moriría al instante. Pero Kenna recogió su trapo y reanudó sus lentos círculos en el suelo. Yo estaba petrificada, con los dedos inmóviles entre la abigarrada serie de hierbas que había sacado al azar. De pronto, noté que estaba a mi lado, de pie.

—Quiero lavar la mesa —dijo.

Me aparté, petrificada, dejé que esparciera natrón en la mesa y que, hundiendo en el agua un trapo limpio, empezara a apartar los frascos. Por un instante lo vi detenerse y fruncir el entrecejo, pero en seguida volvió a fregar. Al terminar recogió el balde y se marchó, clavándome una mirada fría.

Oí que recogía todas sus cosas, pero no pude moverme, presa del miedo más grande que hubiera sentido nunca. Sin embargo, por debajo de ese temor fluía un hilo de excitación. ¿Se llevaría la taza? En cuanto la puerta exterior se hubo cerrado, lo comprobé. La taza había desaparecido dejando sólo un círculo mojado en el lustre del escritorio. Lo limpié con mi propio sayo; luego retiré el frasco del arcón, le añadí agua de las garrafas que se guardaban bajo la mesa y lo agité. Subida a la silla de Hui, tiré el contenido por la ventana alta. Sabía que era una estupidez, pero todas las salidas al exterior estaban custodiadas y no quería correr el peligro de que me vieran llevando algo fuera de lo normal.

Imponiéndome calma, volví a colocar todos los frascos en sus estantes y, después de colocar en un sitio visible el remedio que se me había ordenado preparar, apagué las lámparas y retrocedí. Estaba hecho. Había sido terrorífico, pero asombrosamente fácil. Quizá en ese momento Kenna empezara a sentirse descompuesto, cansado, con deseos de acostarse. Con un poco de suerte, pasarían una o dos semanas sin que me viera obligada a ver otra vez su desagradable rostro. Sonreía al correr por la escalera rumbo a mi cuarto.

Al atardecer regresó Hui y su sirviente estaba ya muy enfermo. Yo había pasado la tarde practicando con el laúd; incluso había compuesto una canción, aplicándome en ello con más diligencia que de costumbre. Habría preferido aprender a tocar los ritmos intrincados y sensuales del tambor, pero ese

instrumento estaba casi siempre en manos de hombres, por lo que Harshira rechazó mi solicitud. Al pulsar las cuerdas me sentía transportada. Aunque hubiera hecho enfermar a Kenna, ¿no era en el fondo una niña buena, obediente y trabajadora? Al retirarse, la maestra de música me felicitó por mi perseverancia y Disenk me pidió que volviera a cantar mi composición.

Tenía ante mí una tentadora comida de pescado asado con arvejas y puerros al coriandro cuando oí un perentorio toque a la puerta. Disenk fue a abrir, Harshira asomó la cabeza para llamarme.

—El amo te manda llamar —dijo—. Tienes que ir en seguida.

—¿Qué pasa? —pregunté. Mi alarma no era simulada. Al ver su cara solemne me entró un miedo cervical.

—¡Date prisa! —me ordenó.

Abandoné la mesa. Harshira cerró la puerta detrás de mí y giró hacia el pasillo, donde ya se agazapaban las sombras de la noche cercana.

—No estoy calzada —protesté. Quería oír su voz para que me reconfortara, pues en el fondo sabía adónde íbamos y por qué.

—No importa —gruñó él por encima del hombro.

Llegamos al pie de la escalera y cruzamos directamente hacia una de las dos puertas que había frente al último peldaño. Harshira la abrió, me indicó que entrara y volvió a cerrarla sin seguirme.

Lo primero que me llamó la atención fue el olor: un sucio y primitivo hedor de vómitos y heces, que sugerían descomposición, terror y muerte. Me detuve un momento, sofocada, obligándome a aceptarlo poco a poco. Tras haber trabajado con mi madre no me resultaba extraño el hedor de las habitaciones de enfermos, pero aquello era diferente. Allí el terror era algo palpable, que se superponía, denso, a los olores del cuerpo y al humo tenue de cinco o seis lámparas; me invadió un auténtico pánico. Luché también contra eso, apartándolo a conciencia para mirar a mi alrededor.

El cuarto tenía las mismas dimensiones que el mío, pero parecía atestado. En el suelo se acumulaban las sábanas sucias y junto a ese montón había un gran cuenco de agua turbia, en la que flotaba un trapo. Dos esclavos se movían con celeridad y en silencio alrededor del diván instalado en el centro, deslizando sábanas frescas bajo la forma oscura que en él yacía. Hui estaba

sentado en un banquillo bajo, de espaldas a mí. Me asustó descubrir que estaba desnudo, cubierto sólo con un sencillo taparrabos. El pelo desaliñado le caía contra la espalda, blanco y separado en guedejas; tenía la piel surcada de sudor. A su lado, la mesa era una maraña de botes y redomas. En el rincón más alejado se movía un sacerdote, haciendo deslizar la lúgubre luz amarilla en su cráneo afeitado. En la mano extendida sostenía un sahumerio. Una ancha banda de lector le cruzaba el pecho, impecable; el lienzo translúcido de su faldellín contrastaba brutalmente con el caos que le rodeaba. Su cántico ritual rompió el aire y, por fin, también el aturdimiento que me envolvía.

—Conozco encantamientos creados por el Todopoderoso para alejar el hechizo de un dios..., para castigar al Acusado, el Amo de aquellos... que permiten que la podredumbre se introduzca en mi carne...

Tenía los ojos cerrados. El incienso se caracoleaba perezosamente en el aire fétido, pero su fragancia no servía de nada.

Las palabras me sacudieron como si me dieran un golpe físico. Eso era obra mía. La horrible escena que tenía ante mí era por completo mi creación. Yo era el Acusador, la que había permitido que la podredumbre se filtrara en la vulnerable carne de Kenna.

—Cabeza, hombros, cuerpo, miembros... —El sacerdote continuaba enumerando las partes afectadas, en un intento por comprometer a los dioses con la curación del sirviente de Hui. Yo me encontraba como desplazada; era como un niño que se hubiera adentrado en los bajíos, coqueteando con la oscuridad sin fondo, sólo para ser arrastrado hacia abajo, donde salir no dependía de la voluntad.

«No, no, no», pensé con tal estridencia que tuve la seguridad de que las palabras habían brotado a gritos para rebotar contra las paredes. «¡Nadie me arrastró hacia abajo! Salté, me zambullí, dejé alegremente los bajíos por mi propia voluntad.»

—... Pertenezco a Ra —cantó la voz del sacerdote, cargada de fatalismo—. Y así habló él: «soy yo el que guardará al enfermo de sus enemigos...».

Hice acopio de coraje para acercarme a Hui, a paso inseguro.

Hui apenas me miró. Estaba revolviendo el contenido de una taza, tenso el pálido rostro. Al verme tomó una paja de junco.

—Levántale los hombros y sostenle la cabeza —ordenó con brusquedad—. Estos idiotas son torpes y le causan molestias.

Me apresuré a obedecer, instalándome tímidamente junto a la almohada húmeda. Kenna estaba viscoso al tacto. Levanté con cuidado su cabeza flácida, apoyando el peso de su torso contra mi pecho, y lo sostuve para que Hui le introdujera la paja en la boca. Me llegó el olor de su aliento, rancio y caliente. Kenna lanzó un gemido y trató de desprenderse, pero se lo impedí; me horrorizó ver el poco esfuerzo que me costaba. «La dosis ha sido demasiado grande», pensé fugazmente. «La próxima vez le daré menos. La próxima vez...»

—¿Qué le pasa? —susurré a Hui. Con el gesto amoroso de un padre preocupado, le acarició la frente mientras le acercaba la taza a los labios manchados de espumarajos.

—No sé —respondió distraídamente, con la atención centrada en Kenna—. Primero he pensado que habría comido algo en mal estado, pero los síntomas no coinciden. Es como un veneno. Anda, fiel amigo —urgió—, trata de beber. Tienes que curarte; nadie sabe cuidarme como tú.

Kenna gruñó. Su pecho se hinchó, trémulo. Le oí tragar una, dos veces. Luego dio un grito, se puso tieso y vomitó sobre las manos de Hui. Los esclavos acudieron al instante con agua limpia, trabajando en silencio y con eficacia. Hui irguió la espalda, mientras Kenna se dejaba caer contra mí, apoyando la mejilla en mi cuello.

—¿Qué le das? —pregunté. El aliento enfermizo del hombre era como el jadeo de un animal salvaje: me quemaba la piel, me calentaba la sangre. Habría querido arrojarlo lejos de mí.

—Al principio lo he purgado con durra y aliso negro —respondió Hui. Ahora le sostenía la mano, moviendo de modo consolador el pulgar por los prominentes nudillos de su servidor—. Pero cuando he comprendido que no era comida en mal estado, sino algo más grave, he intentado frenar la violencia de sus intestinos con ajo y azafrán en leche de cabra. Es poco lo que puedo hacer. —Por fin me miró directamente—. ¿Qué opinas?

Le sostuve la mirada con esfuerzo, sabiendo que no se me notaba en la cara.

—Ha de ser un *Ujedu* que le ha entrado por la comida o la bebida, amo —

dije con voz ronca—. ¿Qué otra cosa podría ser?

Hui me miró a los ojos durante un instante que se prolongó toda una eternidad.

—¿Qué otra cosa podría ser? —preguntó a su vez.

Luché por no apartar la mirada, recordando con una oleada de horror que no era sólo médico, sino también vidente. En ese momento Kenna empezó a gemir y a retorcerse; su cabeza temblaba por los espasmos. Lo así con fuerza. Hui hizo chasquear los dedos y un esclavo se inclinó hacia él con un cuenco de agua y un lienzo. El amo limpió con cuidado las facciones ya grises de su sirviente.

Sentí que Kenna intentaba hablar pero de sus labios no salía ni una palabra. Los músculos de su pecho se tensaron, se relajaron, volvieron a tensarse. Yo también me puse rígida por la necesidad de apretarle una mano contra la boca. ¿Qué claridad tendría su mente en aquel estado? ¿Habría podido deducir la causa de su enfermedad? Giró hacia Hui y levantó los dedos, reptando contra la piel desnuda del amo.

—Amargo —susurró con voz ronca—. Amargo.

Lo sacudió un temblor y quedó flácido entre mis brazos. En seguida Hui lo apartó de mí para acostarlo.

—Ahora está inconsciente —dijo—. Mejor así. No volverá a vomitar ni sentirá dolores. —Se levantó, fatigado—. Ocupa ese banquillo y vigila. Quiero interrogar a los otros sirvientes y analizar las cosas que ha comido y bebido durante el día de hoy. ¿Lo has visto, Thu?

Asentí con la cabeza, mientras rodeaba el diván para sentarme en el banquillo que él acababa de abandonar.

—Mientras yo preparaba la receta para la reina —dije—, vino a limpiar el cuarto de las hierbas e hizo lo de siempre.

Mantenía la atención fija en la silueta inconsciente de Kenna. Oí que el amo cruzaba la habitación a grandes zancadas; la puerta se cerró.

—... Soy uno de los que un dios desearía conservar vivos... —entonaba el sacerdote.

Sentí mucho frío. Detrás de mí, los esclavos estaban retirando las sábanas

manchadas y los cuencos de agua sucia. De pronto la luz estalló con una fuerte luminosidad, luego menguó y volvió a estabilizarse; uno de ellos estaba despabilando las lámparas. Empecé a temblar. Kenna respiraba con pequeños jadeos; cada aliento era un gemido. Mi corazón estaba tan petrificado como mi cuerpo. Crucé los brazos sobre las rodillas y, con la cabeza baja, esperé.

Hui volvió al cabo de mucho rato y sin hacer ruido acercó una silla al otro lado del diván; luego se reclinó contra las sábanas arrugadas, con un brazo sobre el cuerpo de Kenna. Las horas pasaban lentamente. A veces, el amo pronunciaba palabras que yo no llegaba a captar; plegarias, quizá, o algún potente hechizo. En una ocasión tocó a Kenna en la mejilla, suspirando. No hubo reacción. Entonces cogió un alfiler para pincharlo en el antebrazo y el cuello; bajó el lienzo para descubrir el plano vientre del hombre y pinchó allí hasta sacar sangre. Pero Kenna permanecía insensible.

Hui retomó su posición anterior. Se hizo un silencio ominoso, quebrado sólo por la atormentada respiración del enfermo. Yo había dejado de temblar, pero era como si mis miembros estuvieran tallados en alabastro; moverlos me habría requerido un gran esfuerzo. Cerré los ojos.

Kenna murió cuando la primera luz del día empezaba a disipar el diluido fulgor de las lámparas. No hubo aviso previo. Su trabajosa respiración cesó simplemente; la sensación de alivio en el cuarto fue inmediata y sobrecogedora. Hui se levantó, observando la cara plácida; luego apoyó una mano en el pecho inmóvil de Kenna y así se estuvo, concentrado. Por fin encorvó los hombros y, con gesto de la mano, acalló al sacerdote.

—Se acabó —dijo—. ¡Harshira!

Giré sobre mis talones, con una sensación de espanto. El administrador estaba de pie junto a la puerta.

—Manda llamar a los setem-sacerdotes, para que lo lleven a la Casa de los Muertos. Luego avisa a los habitantes de esta casa que guardaremos por él los setenta días de duelo. No tiene familia que le llore, salvo nosotros. Thu, acompáñame.

Obedecí, tambaleándome. Tanto tiempo sentada me había entumecido. Crucé detrás de Hui la puerta intermedia y, después de cerrarla a mi espalda, me encontré en una habitación de grandes proporciones.

En un estrado que ocupaba el centro se veía un diván muy pulcro, cubierto

de almohadones. Los mosaicos azules relucían, impecables. En las paredes, de techo a suelo, se sucedían pinturas bellamente ejecutadas en colores vividos: escarlata, azul, amarillo, blanco y negro, representando vides, flores, peces, aves acuáticas, dunas de arena, macizos de papiros; cada uno se fundía con el otro como en un agradable sueño. Hui levantó la persiana de la ventana y un rayo de pálido sol matinal se volcó en el diván, la silla dorada, las pequeñas mesas ornamentadas, cuyas patas, hábilmente concebidas, parecían manojos de juncos. En una de las mesas vi un vaso alto y una redoma de aceite, ambos flanqueados por incensarios. «Conque Hui practica su don en la intimidad de su propio cuarto», pensé vagamente, pues la opulencia del lugar me hacía sentir algo incómoda.

Varios arcones para ropas y cosméticos se apretaban a los muros, pero lo que me llamó la atención fue una serie de sórdidos platos y tazas amontonados en una de las mesas. Hui me llamó moviendo un dedo encorvado y yo me acerqué, a paso lento. La implacable luz del día lo mostraba demacrado, con los párpados hinchados, bordeados de oscuras ojeras, pero su mirada era intensa.

—Acabo de perder a un fiel amigo y a un criado servicial —dijo sin preámbulos—. Éstas son las cosas que usó durante el día. La comida que no quiso volvió a la cocina y sirvió para alimentar a los gatos de la servidumbre, que están vivos. Por la mañana bebió leche de cabra en presencia de uno de mis cocineros, con quien pasó un rato conversando. El cocinero también bebió de la misma leche y está igualmente bien. El agua que los sirvientes usan para apagar la sed se guarda en grandes garrafas. Ningún otro sirviente tiene la más leve indisposición. Por lo tanto, queda la cerveza.

Levantó una taza, que reconocí con un escalofrío de presentimiento. En su interior se habían secado las huellas de espuma. No quise tocarla, pero Hui me la acercó.

—Los sirvientes beben la cerveza de botellas selladas, que se traen directamente de mi destilería —prosiguió, con voz serena—. El encargado de su distribución es el subadministrador. Ayer bebieron siete sirvientes de la misma botella; una de las tazas extraídas fue para Kenna, que trabajaba contigo en el cuarto de las hierbas. Mira dentro de la taza, Thu.

No quería, pero obedecí. En el fondo había heces oscuras y viscosas, un sedimento maloliente del que me aparté instintivamente.

—¿Reconoces ese olor? —insistió Hui.

Negué con la cabeza y le devolví la taza para cruzar las manos a la espalda.

—Es belladona —dijo Hui—. Kenna fue envenenado por alguien muy ingenuo y estúpido; esa persona debía de ignorar que la belladona, mezclada con alcohol, actúa con doble celeridad. Quizá pensara que, cuando enfermara, cualquier evidencia de su envenenamiento habría desaparecido. «Amargo», dijo. No me sorprende. Amargo para él, amargo para mí. —Me sujetó el mentón con firmeza, levantándome la cabeza para obligarme a mirar aquellos fieros ojos—. Kenna tenía un enemigo —dijo, siempre en aquel tono firme y sereno. Pero sus ojos ardían; eran rojas llamas de cólera por la pérdida—. No era un hombre fácil de amar, pero tampoco era mezquino y me había entregado su corazón. Aunque rezongara, no hacía daño a nadie. ¿Quién fue el que no lo comprendió así?

No dije nada. No podía hablar. Sus dedos se clavaban en mí sin misericordia. Comprendí que me había descubierto. Era el fin. Era el fin de mi trabajo con él, de mi agradable estancia en aquella casa, quizá incluso de mi vida. Pero de ningún modo admitiría mi culpa. Yo no había querido matar a Kenna. No era una asesina. Aguardé el dictamen, trémula. Hui me soltó tan bruscamente que me tambaleé hacia atrás.

—Vete a tu cuarto —dijo fríamente, sin alterarse—. Mientras dure el duelo por Kenna no habrá aquí música ni festines. Sólo trabajaremos juntos para las cosas que sean inevitables. Pareces muy cansada. Ve a dormir y que los dioses te envíen un buen sueño.

Torció la boca y me volvió la espalda.

Me quedé inmóvil un momento, como una tonta. «¡Lo sabes!», habría querido gritar. «¡Tú sabes lo que hice! ¿Te vengarás en secreto en vez de denunciarme a todo Egipto? Soy sólo una plebeya. ¿Quién notaría mi ausencia si me cortaras el cuello y me arrojaras al río? ¿Debo morir de manera silenciosa e inesperada cuando hayas decidido mi castigo?» Hui debió de adivinar mis pensamientos, pues habló con rapidez, sin volverse.

—Buscaré otro sirviente personal y tú continuarás aprendiendo las lecciones para las que te he traído —dijo—. Ahora sal de mi cuarto.

De algún modo hallé fuerzas para obedecer.

Ya en mi habitación, dejando a un lado a la soñolienta y confusa Disenk, me arrastré hasta el diván y tomé la preciosa talla de Uepuauet que había hecho mi padre. La estreché contra mi pecho, meciéndola y llorando. Lloraba por Kenna, en un confuso torbellino de remordimientos. Las lágrimas eran también por mí misma: por mi horror, por el desprecio que había visto en los ojos de Hui.

Detestaba mi acto y ansiaba borrarlo; sangré un poco por el hombre cuya vida había sofocado, simplemente por celos. Si hubiera sido posible, lo habría devuelto a la vida. No me atreví a pensar en el castigo que los dioses no dejarían de darme. Aferrada a la cálida suavidad del dios de la guerra, permanecí sentada, sacudida por los escalofríos y con la vista perdida en la oscuridad.

CAPÍTULO 10

Pasé la mayor parte del duelo por Kenna en mi cuarto, en compañía de Disenk. Durante aquellos setenta días no hubo nada que hacer ni mucho que decir. De vez en cuando, ella hablaba de un Kenna al que yo nunca había conocido: un hombre que amaba a los perros, que había capturado y tratado de domesticar a una de las bestias del desierto, tímidas e inofensivas, pero consideradas como imposibles de amansar; un hombre al que su madre había abandonado en las calles de Pi-Ramsés, cuando tenía apenas tres años, pese a lo cual reverenciaba a Bes, diosa de la maternidad y la familia, con la esperanza de reunirse un día con la mujer que tan poco le había querido.

Yo no deseaba saber nada de esas cosas, pero me mordía los labios y escuchaba, en una vorágine de confusión, culpa, alivio y miedo. En los largos silencios, cuando el calor de la estación se fundía con el desacostumbrado silencio de la casa, haciéndome sentir que incluso el tiempo había muerto con Kenna y que estábamos todos viviendo en un limbo eterno, me sentaba con las piernas cruzadas en un almohadón, bajo la ventana, y clavaba la mirada en el suelo, tratando de recuperar en parte la persona que yo había sido. No quería examinar las emociones que angustiaban mi corazón. Las apartaba hora tras hora, pero cuando empezaba a lograr una precaria serenidad, alguna imagen florecía en mi mente sin que la convocara; entonces se me secaba la garganta y se me revolvía el estómago. La cara sombreada de Kenna junto al río, mientras Hui nadaba al claro de luna. Kenna, cruzando el patio tras los pasos de Hui, obediente y respetuoso, con la cabeza inclinada hacia los lienzos que llevaba. La boca de Kenna contra la mía, firmeza que se fundió brevemente en una pasión.

Mucho peores eran los recuerdos más recientes; los hombros viscosos caídos contra mi pecho, su aliento acelerado y caliente contra mi piel. Contra éstos no podía luchar; me hundía debajo de ellos sin remedio. Pasaban, pero por la noche venían a torturarme nuevos horrores y era inútil intentar dormir.

Veía a los setem-sacerdotes en la Casa de los Muertos inclinados sobre el cadáver de Kenna introduciéndole el gancho de hierro por la nariz para extraerle el cerebro. Veía su flanco abierto con la piedra nubia y al sacerdote que desgarraba su piel para llevar los intestinos fríos y grises a la mesa de embalsamar. Por fin mandé llamar a Harshira, pues no me atrevía a hablar con Hui, y le pedí que obtuviera del maestro una infusión de amapola para poder descansar. Me mandaron el remedio sin comentarios. Mientras me lo tomaba, me pregunté para mis adentros si sería mi último acto, antes de enfrentarme a los dioses en la Sala del Juicio. Pero Hui no llevó a cabo su venganza; pasaron muchas horas de inconsciencia y, por fin, desperté atontada, con la cara hinchada y la cabeza aturdida, para enfrentarme a otro día de inactividad y tortura mental.

Era como si la casa estuviera herméticamente sellada. No había literas que descargaran invitados; ninguna risa rompía el silencio del patio, cuyos adoquines se me hicieron tan familiares como las líneas de mi propia cara. Una vez creí oír una voz femenina bajo mi ventana, pero estaba demasiado aletargada para levantarme del diván. Más tarde, Disenk me dijo que la dama Kauit había visitado a su hermano para expresarle su condolencia.

En el septuagésimo primer día de duelo no se me permitió asistir a los funerales. Arrodillada ante mi ventana, vi que los miembros de la casa cruzaban en silencio el patio y se perdían bajo los árboles, rumbo a las barcas que los esperaban. Kenna sería encerrado en un sencillo ataúd de madera y depositado en una pequeña tumba abierta en la piedra, que Hui había adquirido para él. Así me lo dijo Disenk. Allí se reunirían sus amigos y compañeros de trabajo para celebrar los ritos fúnebres. Después del festín funerario ante la tumba, enterrarían los restos de la comida y sellarían la pequeña cueva. Disenk, solemne y serena, había querido asistir, pero era obvio que tenía instrucciones de quedarse conmigo. Por fin la convencí de que saliera conmigo al jardín; nos sentamos en aquella quietud como de ultratumba sin hablar; la casa vacía dormitaba, bañada por la blanca luz del sol; incluso los pájaros guardaban silencio.

Hacia el anochecer entramos y Disenk me preparó personalmente una comida sencilla. Aunque tenía poco apetito, comí sólo por complacerla. Más tarde, mientras ella cosía a la luz de una lámpara y yo revolvía malhumorada los rollos de viejos relatos, canciones y poemas que me gustaba leer, oí que la casa empezaba a revivir. El patio se llenó de parloteos y pisadas presurosas.

Abajo dio un golpe una puerta. Disenk levantó la vista.

—Se acabó —dijo. Y volvió a inclinarse sobre su labor. Procedente del exterior se oyó la voz de Hui, familiar en su levedad, y el bajo profundo de Harshira que le respondía.

De pronto, fue como si me hubieran quitado del pecho un peso aplastante. Aspiré con fuerza, lentamente. Se había terminado. Llevaba más de dos meses sin ver a mi maestro, pero eso no importaba. Estaba dispuesto a perdonarme y la vida proseguía. El peso había sido reemplazado por una pesadez suave y saludable propia de la extenuación natural. Bostecé.

—Desvísteme, Disenk —dije—. Creo que ahora voy a acostarme.

Disenk obedeció. Luché contra la somnolencia hasta que ella terminó de cumplir con el rito habitual de aplicarme un masaje en la cara con aceites y miel. Luego caí en seguida en la agradable oscuridad de la inconsciencia. No hubo sueños.

Por la mañana, aun antes de abandonar el diván, alguien llamó a mi puerta. Abrió Disenk. Era un hombre bajo, de complexión robusta, que le sonrió y me hizo una breve reverencia.

—Soy Neferhotep, el nuevo sirviente personal del maestro —dijo—. Traigo esto para Thu y Disenk. También traigo un mensaje. Thu deberá asistir al maestro en su trabajo en cuanto haya completado sus tareas personales.

Puso un pequeño cuenco en manos de Disenk y se retiró con otra sonrisa. Lo acercó a la cama con cuidado, mientras yo sacaba las piernas de debajo de las sábanas.

—¿Qué es? —preguntó, arrugando la nariz en un gesto de extrañeza.

Miré. Dos brillantes hojas verdes flotaban en agua limpia. Mientras las observaba, poco a poco me fue invadiendo una oleada de felicidad. «Debió de ponerlas en agua en cuanto volvió de los funerales», pensé, encantada. «Una para ella, una para mí. Un gesto de consuelo, una promesa de perdón, un permiso para volver a reír.» Hundí la mano en el cuenco para sacar una hoja y, después de sacudirle las gotas, se la entregué a Disenk. Ella retrocedió, desconfiada. Cogí el cuenco de sus manos y lo deposité en la mesa.

—No te preocupes —le dije—. Póntela en la boca y másticala con lentitud. Es una hoja de gato. ¡Confía en mí!

Cogí la otra hoja y me la puse en la lengua. Disenk hizo lo mismo, vacilando y frunciendo el entrecejo debido al sabor amargo de la planta. Por un momento nos miramos, mascando con aire pensativo, pero no pasó mucho tiempo sin que nos echáramos a reír como dos tontas, sin motivo aparente alguno.

Bajamos cogidas del brazo a la casa de baños. De pie en la losa, con los ojos cerrados, me dejé lavar con fragante agua tibia. La sensación del líquido en la piel nunca me había parecido tan insidiosamente sensual ni el aire de la mañana tan cargado de olores deliciosos como cuando me tendí en el banco para recibir el masaje. «Todo saldrá bien», pensé, y dejé que las manos del joven iniciaran su tarea cotidiana. «El tiempo vuelve a avanzar.» Solté una carcajada de placer. Aquellos dedos hábiles se detuvieron un instante.

—¿Mis masajes no son seguros? —me llegó la pregunta.

Reí otra vez, sabiendo que se debía al cato, pero también por algo más. Era por el aliento en mis fosas nasales, por el fuerte y saludable latir de mi corazón, por el punto que me ardía en el talón, allí donde el sol había apartado las sombras. Kenna había muerto, pero yo vivía.

—Tus masajes son estupendos, como siempre —respondí. Y me dije: «Se acabó. Soy libre».

Hui me saludó como si nada hubiera sucedido. Después de recorrermelo con su aguda mirada habitual para comprobar que iba correctamente pintada y llevaba el sayo impecable, procedimos con las tareas del día. Yo esperaba encontrarlo tenso, con cierta aura de tristeza, al menos por un tiempo, pero no presentaba muestras de dolor. No me cabía ningún género de dudas sobre la gran estima que sentía por su sirviente personal, pero supuse que los setenta días habrían mitigado su pena. Me causó una honda impresión cuando, a media mañana, oí que alguien entraba en la oficina, a mi espalda, y Hui le decía con aire distraído: «Sí, ya puedes limpiar». Era Neferhotep, que, armado de escoba y estropajos, se dedicó a trajinar a nuestro alrededor. No pidió cerveza.

La casa volvió en seguida a su rutina acostumbrada y yo también. Dicté cartas para mi familia, anoté prescripciones y preparé medicamentos, proseguí con mi trabajo en el cuarto de las hierbas. Semejante rigidez ayudaba a que un día se fundiera en el siguiente, con muy poca diferencia entre uno y otro. Pronto la presencia de Kenna se convirtió sólo en un recuerdo fugaz e

incómodo.

Bajo los sayos sencillos que usaba todos los días, mi cuerpo iba cambiando poco a poco. Los pechos se hacían más prominentes, las caderas se redondeaban. Continuaba haciendo ejercicio con Nebnefer todas las mañanas, seguía sometiénome a baños y masajes, y no dejaba de sentarme ante la mesa de cosméticos para que Disenk me pintara y me arreglara el pelo.

No recuerdo en qué momento particular cobré conciencia de que la casa de Hui se había convertido en mi verdadera casa. No tenía en cuenta que las mismas restricciones impuestas a mi vida me obligaban a depender de forma antinatural de su completa seguridad, de su invariable previsión. Una semana tras otra veía las mismas caras familiares y realizaba idénticas tareas; salvo en sueños, dejé de sentir desasosiego por aquella falta de cambios. Era una prisionera que ignoraba su verdadera condición, una niña mimada a la que se negaban los desafíos de la creciente madurez; por eso, aunque me convertí en una experta en el conocimiento de la variedad y aplicación de las hierbas medicinales y los venenos de Hui, aunque mi memoria se mostrara prodigiosa y mi cuerpo perfecto, mi voluntad permanecía adormecida. No se me pedía que tomara ninguna decisión y yo estaba satisfecha de ese modo.

Pasaron tres meses y de nuevo llegó *Payni*, plena estación de *Shemu*. Cuando tan sólo faltaban tres semanas para mi aniversario, todo cambió.

Me había levantado como siempre y la mañana transcurrió sin novedades dignas de reseñar. Quizá hubiera menos que hacer en la oficina en las horas posteriores a la siesta. Pese al escaso trabajo, Hui parecía estar tenso y preocupado, pero yo me retiré a mi cuarto satisfecha de la jornada. Faltaban dos horas para el ocaso. Al cruzar la puerta de mi habitación me detuve bruscamente. En el diván reverberaba una cascada de lienzo azul, el tono más claro y delicado que yo jamás había visto; a través de la tela se podían ver los suaves contornos de los cobertores. En la mesa vecina vi una peluca con su soporte. Junto a ella, una maraña de joyas. Disenk, sonriente, se apartó de sus cosméticos para cerrar la puerta.

—¿Qué es todo esto? —quise saber.

Ya me estaba quitando el sayo cuando me respondió.

—Harshira ha mandado decir que esta noche tienes que asistir a un pequeño festín con el maestro y unos cuantos invitados. Llegarán al

anochecer. Tenemos que darnos prisa.

—Pero ¿quiénes vienen? ¿Por qué me han invitado? ¿Qué pasa, Disenk? ¿Lo sabes?

—Lo sé, sí, pero he recibido instrucciones de no proporcionarte ninguna información —dijo con todo recato.

Por un momento me invadió el mismo temor que solía asediarme cuando llegué. Me dejé caer en la silla y me quité las sandalias. Ahora estaba completamente desnuda, sólo me cubría la cinta del pelo, que Disenk procedió a retirar delicadamente.

—Bueno, pero ¿qué se espera de mí? —insistí—. ¿Tengo que presentarme como servidora o como aprendiz del maestro? ¿Cómo tengo que comportarme?

De pronto, me invadió un pánico atroz. Entrarían desconocidos al vientre en el que yo había aprendido a acurrucarme, al margen de todo peligro. Ojos nuevos que me escudriñarían...

Disenk me hacía un masaje en los pies.

—Te comportarás como te he enseñado, Thu —dijo con voz serena—. Ya no eres una *fellahin*. Aunque no te hayas dado cuenta, caminas, hablas, y comes como una dama, y lo haces con naturalidad, sin esforzarte.

—Es otra prueba —barboté—. ¡Después de tanto tiempo. Hui sigue poniéndome a prueba!

—Tienes razón —admitió—, pero me imagino que no te disgustarás cuando sepas por qué. Ahora deja que te lave las manos y te quite la pintura de la cara. Tenemos que empezar de nuevo.

—¡Después de formar parte de esta casa tanto tiempo, podrían confiarme sus secretos! —objeté con vehemencia.

Pero me sometí a sus diestras y tranquilizadoras atenciones. Poco a poco, me fui serenando. De nada serviría rebelarse contra el agujijón. Además, aquel río de lienzo azul, casi translúcido, me interesaba cada vez más.

—¿Voy a vestirme con eso? —pregunté, señalándolo con la cabeza.

—Claro. Y el maestro ha dicho que, si esta noche todo sale bien, podrás quedártelo.

—Si me comporto bien y no le hago pasar vergüenza, quieres decir —murmuré.

Pero ya estaban despertando en mi interior el optimismo innato que siempre me embargaba, la necesidad de aventuras y provocaciones, durante tanto tiempo sepultada. Con toda deliberación, resolví divertirme a fondo. Era muy posible que aquella invitación no se repitiera. Ya había descubierto en Hui una profunda vena cruel.

Una vez lavada, me senté ante la pequeña mesa de cosméticos, mientras Disenk transformaba mi físico con su magia. Pintura gris en los párpados, una gruesa línea de *kohl* negro estirada hasta las sienes y mis ojos azules adquirieron instantánea y tentadora importancia. Disenk utilizó también *kohl* para realzarme las cejas. Luego retiró con cuidado la tapa de un frasco diminuto y, cogiendo un pincel fino, lo cargó con su contenido.

—Echa la cabeza para atrás —me ordenó. Al obedecer detecté un destello por el rabillo del ojo. Me aplicó a conciencia los finos granos en los párpados y los estiró hacia las mejillas—. Es polvo de oro —me dijo, adelantándose a mi pregunta.

Me quedé maravillada, sin poder articular palabra. ¡Polvo de oro! ¡Para mí!

Cuando me permitió levantar la cabeza me entregó el espejo de cobre. El *kohl* que me rodeaba los ojos, estirado hacia las sienes, captaba toda la luz y chisporroteaba al ritmo de mi respiración. Lo mismo ocurría con mi tez. Como por arte de magia me había convertido en una criatura exótica y seductora, en una diosa encarnada.

—¡Oh! —exclamé, casi sin aliento.

Disenk retiró con firmeza el espejo y empezó a empolverme la boca y las mejillas con ocre rojo. Vi cómo sonreía rebosante de satisfacción ante su obra. Cuando terminó con mi cara, me recogió el pelo para sujetarlo sobre la coronilla. Luego acercó un cuenco y se arrodilló en el suelo, con uno de mis pies en su regazo. El líquido anaranjado pasó del pincel a mi planta, fresco y suave. Mi corazón dio un salto de alegría.

—Es alheña —susurré.

Una vez más, Disenk sonrió.

—Ninguna mujer de la nobleza se dejaría ver en un festín sin haberse pintado con alheña las palmas de las manos y las plantas de los pies. Es un signo de su posición social. Impone respeto a sus inferiores. El otro pie, por favor. Luego te pintaré las palmas de las manos. Mientras la alheña se seca, te probaré la peluca.

Era una hermosa y pesada creación, con muchas trenzas apretadas que caían por debajo de los hombros. Del extremo de cada trenza colgaba un disco de oro, todos dispuestos de manera que enmarcaran el rostro; un flequillo negro y recto completaba el efecto. Cuando Disenk me aseguró la peluca en la cabeza la sentí como una corona. Rozaba con majestuosa levedad mi piel desnuda a cada movimiento del cuello según giraba la cabeza para admirar mi imagen reflejada en el espejo. «Oh, Pa-ari», pensé con deleite, «¿si pudieras ver ahora a tu hermanita!».

La alheña ya estaba seca. Sin decir palabra, Disenk levantó el lienzo azul para ayudarme a ponérmelo. La prenda envolvió suavemente mis tobillos, reluciente el borde dorado. La falda era amplia, pero el corpiño se ajustaba a mi silueta. El pecho derecho quedaba al descubierto. Disenk me pintó delicadamente el pezón con alheña. «Mi madre se escondería de vergüenza si supiera que su hija está a punto de presentarse ante desconocidos vestida de este modo», pensé, «pero yo haré que no me importe. Asuat ha quedado muy atrás. Tengo las manos y los pies teñidos de alheña. Soy la dama Thu».

Sólo faltaban las joyas; me dije que Hui no permitiría que me quedara con ninguna de ellas, una vez entrara el alba en mi habitación. Había una diadema de oro con incrustaciones de turquesa azul, un gran pectoral de oro que me cubría la mitad de los pechos, cinco anillos de oro, que representaban cruces y escarabajos, para mis dedos trémulos, y un brazalete de oro del que pendían pequeñas flores, cuyos centros eran fragmentos de turquesa. El peso desacostumbrado de la peluca y las alhajas hacía que me moviera con más lentitud que de costumbre, pero no resultaba desagradable. Disenk estudió su creación con aire crítico y quedó satisfecha.

—Ya estás lista —dictaminó.

Comprendí que aquella noche ella, como yo, también estaría bien visible. Cuando llegó la llamada apoyé una palma enrojecida en su mejilla y la dejé.

Era Harshira, que esperaba ante la puerta, resplandeciente; llevaba un lienzo con hebras de oro y un coselete dorado que le cruzaba el amplio pecho.

No leí en sus ojos que mi transformación le causara sorpresa alguna, pero se inclinó profundamente ante mí antes de precederme por el pasillo. El crepúsculo iba inundando la casa y las escaleras estaban en sombras, pero descendimos al dulce olor del aceite perfumado para lámparas que daban una suave luz amarilla. Los sirvientes iban y venían llevando bujías para rechazar la inminente oscuridad. Cuando pasamos se detuvieron para dedicar una breve reverencia a Harshira; tras responder con un gesto glacial, Harshira se adentró en una parte del edificio a la que hasta entonces se me había prohibido acceder.

Al pie de la escalera habíamos girado a la derecha. Allí el pasillo se ensanchaba en un majestuoso vestíbulo de mosaicos azules y techo salpicado de estrellas pintadas. Mi vista pasó de las nalgas bamboleantes del administrador a mis propios pies, que caminaban por el suelo impecable. La luz centelleaba en las diminutas piedras preciosas cosidas a mis sandalias nuevas, una entre cada dedo, y mi piel relumbraba de óleo. El ruedo del tenue sayo azul me rozaba los tobillos como un levísimo soplo de aire, reverberando con mis movimientos. Cuando me detuve detrás de Harshira, de mi cuerpo brotó un vaho de perfume azafranado.

Harshira llamó a las imponentes puertas de cedro que teníamos delante y un esclavo las abrió. Del interior surgió una marejada de conversación masculina, una carcajada brusca, una súbita oleada de calor perfumado y una potente luz. Las diminutas turquesas que colgaban de mi brazalete tintinearón cuando, a conciencia, descrucé las manos y las dejé colgar a los lados.

—La dama Thu —entonó Harshira.

Y se apartó para dejarme pasar. Lo miré a los ojos. No expresaban nada. Con la garganta súbitamente seca, entré en el recinto.

Hui ya se estaba levantando para acercarse a mí; por un momento no vi otra cosa. Me sonreía con calidez, convertido en el dios de la luna: la blanca trenza atada con hilos de plata le colgaba sobre un hombro; en el pectoral que le cruzaba el pecho pálido lucía mandriles de plata, animales sagrados de Thot; también de plata eran los gruesos brazaletes que le ceñían los musculosos brazos y las hebras entretejidas a la túnica, que llegaba hasta el suelo. Era mi maestro, extraño y hermoso; me invadió una sensación de orgullo cuando me cogió los dedos para llevárselos a los labios teñidos de alheña.

—Eres la mujer más encantadora de Pi-Ramsés, Thu —susurró, conduciéndome hacia el grupo.

Fue entonces cuando noté lo silenciosa que había quedado la habitación. Seis pares de ojos permanecían fijos en mí: ojos masculinos, escudriñadores y curiosos. Levanté el mentón para sostenerles la mirada, con el aire más altanero posible. Hui me estrechó furtivamente la mano.

—La dama Thu —anunció en voz baja—, mi asistente y amiga. Thu, ellos son también amigos míos, con excepción del general Paiis, mi hermano, del que debes de haber oído hablar.

El general se levantó, salió de detrás de su pequeña mesa de cenar: era un hombre alto, ridículamente apuesto, de ojos negros y boca gruesa y sardónica. Ya no vestía el faldellín rojo, sino uno amarillo y largo, pero lo reconocí en seguida. Me costó dominarme para no barbotar: «¡Eres tú! ¿Sucumbiste a la lujuria de la princesa ebria?».

Paiis se inclinó ante mí con una sonrisa socarrona.

—Es un placer conocerte, por fin —dijo—. Hui me ha hablado mucho de la joven de excesiva hermosura e inteligencia suprema a la que tenía secuestrada en esta casa. Te ha custodiado con tanto celo que yo casi había desistido de conocerte. Pero... —Levantó un dedo en juguetona burla—. La espera ha valido la pena. Permíteme presentarte a otro general, mi camarada de armas, el general Banemus. Es comandante de los arqueros del faraón en la ciudad de Cus.

Banemus también era alto y tenía el físico duro del soldado en activo. Los movimientos con que se levantó para hacerme la reverencia de rigor eran bruscos y seguros, pero sus ojos parecían amables bajo la mata de rizado pelo castaño, que sujetaba con una cinta púrpura. Una cicatriz roja le cortaba la comisura de la boca; parecía reciente y él se la tocaba de vez en cuando, distraído.

—En Cus no hay mucho que «comandar», en estos momentos —replicó, sonriente—. El sur está tranquilo y mis hombres no hacen otra cosa que patrullar, apostar como desesperados y reñir de vez en cuando. Es hacia el este hacia donde el faraón mira con desconfianza.

—Haría mejor en mirar hacia el interior de su propia tierra —comentó otro, adelantándose con brusquedad. Me hizo una reverencia breve y servicial,

mientras me examinaba de pies a cabeza con una mirada inexpresiva. Me hizo pensar en una paloma—. Perdona, Thu —dijo—. Soy Mersura, canciller del Toro Potente y uno de sus asesores. Cuando nos reunimos aquí no podemos resistir la tentación de discutir acaloradamente acerca de los temas relacionados con nuestras diversas ocupaciones. Me alegro de conocerte.

Volvió a sus almohadones. Entonces sentí que el brazo de Hui me rodeaba los hombros.

—Ésta es tu mesa, entre la de Paiis y la mía —indicó con voz suave, guiándome hacia ella. Ante un chasquido de sus dedos apareció un joven esclavo que me puso una taza de vino y un ramo de flores en las manos—. Antes de que te sientes, algunas presentaciones finales.

Los tres últimos hombres merodeaban tras él; me volví hacia ellos, llena de expectación.

—Paibekamon, administrador general del Horus viviente; Panauk, escriba real del harén, y Pentu, escriba de la Doble Casa de la Vida.

Me saludaron con una reverencia sin dirigirme la palabra y yo respondí con un murmullo, declarándome encantada de conocerlos. Los hombres musitaron otra frase cortés y me observaron con atención, mientras yo me instalaba ante mi mesa, dejando las flores en el suelo para tomar un sorbo de vino. El administrador general, en especial, tenía un aire lúgubre y reflexivo que superaba la abrumadora dignidad de su alto cargo en la corte. Su mirada era firme y completamente serena. Al principio aguanté esa mirada con serenidad, aunque un poco sobrecogida por la impresionante compañía en la que me encontraba de buenas a primeras, pero no tardó mucho en fastidiarme.

—¿Tengo algún lunar en la nariz, señores de Egipto? —inquirí con voz resuelta y decidida.

La tensión se quebró. Paiis dejó escapar su risa gruñona. Hui rio entre dientes y Paibekamon, el administrador general, volvió a inclinarse ante mí, esta vez con un poco más de respeto.

—Perdona, Thu —dijo, con una gélida sonrisa—. No es frecuente que sucumba a semejante grosería. Digamos que tu belleza es asombrosa. El palacio está lleno de mujeres hermosas, las más encantadoras del país sin duda, pero tú sobresaes entre todas.

—¡Oh, sí! —exclamé, mientras él volvía a su mesa—. ¡Eso es, señor Paibekamon! Y permíteme decir que es un honor cenar en compañía de hombres tan ilustres. —Levanté la taza para brindar por ellos, que secundaron mi gesto. Hui hizo una señal y, en el extremo de la sala, los músicos empezaron a tocar. Por una puerta entró un torrente de servidores, cargados de bandejas humeantes, y empezaron a servirnos. Paiis se inclinó hacia mí.

—No ha sido un simple halago, ¿sabes, Thu? —me aseguró—. Eres realmente exquisita. ¿Por qué tienes los ojos azules?

Mientras me llenaban el plato de ricos manjares y la taza de vino, le hablé de las raíces libus de mi padre; luego le pregunté por su familia. Él se mostró bien dispuesto a conversar sobre Kauit, la hermana, y de sus padres y antepasados, que habían poblado el Delta por muchos *hentis*, pero pronto desvió la conversación, invitándome a hablar de mí, cosa que hice con cierta vacilación, consciente de que Hui comía en silencio muy cerca. Esperaba un reproche suyo, pero no lo hubo.

A veces la conversación fluía a mi alrededor, pero con más frecuencia se centraba en mí; en seguida empecé a percatarme de que me estaban sonsacando información con suave habilidad. Yo era el cortés centro de atención, la curiosidad, la mariposa puesta en libertad, y la experiencia resultaba agradable. La comida era estupenda; el vino, embriagador; la música se entretejía con las cálidas voces viriles, los ojos rápidos de los hombres, la pátina de sudor que les cubría los brazos y el hueco del cuello, a medida que iba transcurriendo la noche. Me encontré bromeando y riendo con ellos, ya desaparecida mi momentánea timidez.

Sólo Hui callaba. Comía y bebía poco, daba sus órdenes con aire distraído y, recostado en sus almohadones, contemplaba a sus huéspedes. Como no me dirigía la palabra, temí haberle ofendido de algún modo, pero la alegría apartó esa preocupación. Había llegado. Adonde había llegado era algo que, de momento, no me preguntaba. Era la dama Thu, que se sentía a sus anchas entre los grandes de Egipto. Jamás olvidaría aquel festín.

Al amanecer los músicos se retiraron; uno a uno, los hombres se levantaron con paso inseguro, entre platos sucios, jarras de vino vacías, flores marchitas y pasteles, se dirigieron hacia la puerta que daba al gran vestíbulo y el pórtico. Hui me cogió de la mano para conducirme fuera y salir con ellos. Soplaban un viento cálido y sin aromas, que me apartó las trenzas de los

hombros cansados y presionó contra mis muslos el lienzo arrugado. Las literas ya estaban preparadas. Harshira, en las sombras, esperaba para ayudar a los que hubieran bebido demasiado y no pudieran arreglárselas por sí mismos. Se despidieron de mí con el afecto a que conduce el exceso de vino, altas las voces en el aire agradablemente fresco, y se acomodaron en sus literas para desaparecer al otro lado del patio. Pero el general Paiis me cogió los dedos para llevárselos a los labios y luego me dio un beso leve en cada mejilla.

—Que duermas bien, princesita —me susurró al oído—. Eres un capullo raro y exótico. Conocerte ha sido un placer.

Giró en redondo para subir a su litera y dio una seca orden a los portadores. Antes de que se lo tragara la oscuridad agitó la mano. «Princesa», pensé, extasiada. «Me ha llamado princesita aquí, en el mismo lugar donde rechazó a esa otra princesa. Soy la mujer más feliz del mundo.»

Hui me llevó de nuevo al interior de la casa, hacia la paz familiar de su oficina. Después de cerrar la puerta, me ofreció asiento. En cambio, él se sentó en el escritorio, cruzando un largo muslo sobre el otro; sus piernas tenían el color de la leche bajo el faldellín plateado, todavía impecable. Levanté la vista hacia sus pupilas rojas, bordeadas de *kohl*. Hui se inclinó para quitarme la pesada peluca de la cabeza, retirando las hebillas de Disenk, y hundió tiernamente las manos en mi pelo.

—Estás acalorada —comentó—. ¿Te sientes cansada, Thu? ¿La velada te ha extenuado? ¿Qué opinas de mis amigos?

Su contacto me calmaba y me excitaba al mismo tiempo. Me mordí los labios y aparté la vista; en seguida volvió a colocar las manos en su regazo.

—Tu hermano es encantador —respondí—. No me sorprende que la princesa quisiera acostarse con él. Una noche, hace mucho, oí desde mi ventana un diálogo entre él y una dama de la realeza.

Hui parpadeó, sorprendido; luego soltó una risa apagada y sorda.

—Paiis tiene éxito con las mujeres. Y tú, ¿quieres acostarte con él?

—¡No! —exclamé, riendo a mi vez. Pero para mis adentros pensé, embriagada: «No es el general el que me agita el sueño, sino tú. Hui. Quiero dormir contigo. Quiero que me abracés, que me beses con esos labios

pintados de alheña; quiero que tus ojos carmesíes se inflamen de deseo al recorrer mi cuerpo desnudo, que tus blancas manos se deslicen por mi piel. Eres mi amo, mi maestro, el árbitro de mis días. Ojalá fueras también mi amante». Me estremecí.

—¡Bien! —replicó Hui—. Creo que a él le gustaría jugar contigo un tiempo, pues eres una novedad: ni dama consentida ni esclava ignorante. Pero tú tendrás el buen tino de evitar cualquier trampa dulce que pueda tenderte, ¿verdad? ¿Y los otros?

Pensé con cautela. Los efectos del vino, al desaparecer, me dejaban la cabeza pesada y los miembros fríos.

—El general Banemus es un hombre honesto, me parece. Si diera su palabra, la cumpliría. ¿Cómo se hizo la cicatriz?

—Combatiendo contra los meshuesh en Gautut, junto al Gran Verdor, hace cuatro años —respondió Hui, indiferente—. Se desenvolvió tan bien que el faraón le asignó el mando de los arqueros del sur. El faraón no tiene buen criterio. Debería haber dejado a Banemus en el norte.

—¿Gautut? —me escandalicé—. ¡Pero si el distrito de Gautut está en la ribera izquierda del Nilo, en el Delta! ¡Es parte de Egipto!

—Hace cuatro años el Delta fue ocupado por los meshuesh, desde Carbana hasta On —señaló Hui—. Ramsés y su ejército lograron finalmente rechazarlos. Capturaron a Mesher, su jefe; Keper, su padre, imploró misericordia para su hijo, pero el faraón no quiso escucharle y lo ejecutó. ¿Acaso los campesinos de Asuat ignoran todo esto, Thu? ¿En qué época creen que vivimos?

—¡Les interesa más cómo pagar sus impuestos y conseguir comida! —le espeté, herida—. ¿Qué son para ellos los acontecimientos del Delta? Simples ecos de un Egipto por el que ya no pueden permitirse ningún interés.

Se produjo un silencio incómodo. Hui me miraba con aire especulativo. Por fin empezó a sonreír.

—Bajo ese pulido exterior todavía acecha la pequeña campesina —observó—, de lealtad primitiva y espontánea. Pero no importa, Thu. Me gusta esa recia hija de la tierra. Sabe sobrevivir. —Descruzó las piernas y empezó a deshacerse la trenza—. ¿Qué opinas de Paibekamon, nuestro aristocrático

administrador?

Vi que los mechones de pelo cremoso se liberaban para formar una ola ondulante.

—Es astuto y frío —sugerí, vacilando—; aunque pueda sonreír, asentir y conversar, oculta bien su verdadero carácter.

Hui dejó en el escritorio las hebras de oro intercaladas en sus trenzas y se puso de pie.

—Tienes razón —declaró sin rodeos—. Paibekamon es un administrador ejemplar, eficiente y callado, y su rey tiene una muy elevada opinión de él. Yo también, pero por motivos muy diferentes. —Sofocó un bostezo—. Te has desenvuelto bien, Thu. Estoy satisfecho.

Me levanté.

—¿Puedo quedarme con el sayo azul?

—¡Pequeña mercenaria! —Me dio una palmadita en la mejilla—. Creo que sí, y también con las joyas.

—¿De veras? —Me puse de puntillas para darle un beso—. ¡Gracias, maestro!

Su rostro adquirió una expresión triste.

—He llegado a encariñarme mucho contigo, mi implacable asistente —suspiró—. Ahora ve a tu diván y duerme todo el día. Ya está amaneciendo.

Cuando iba hacia la puerta se agitó en mí algún demonio, un impulso perverso, pero patético. Me volví.

—Cásate conmigo, Hui —barboté, temeraria—. Tómame por esposa. Ya comparto tu trabajo. Deja que comparta también tu lecho.

Hui no se mostró perplejo. Se le estremeció la boca, no sé si de risa o por alguna fuerte emoción.

—Niñita —dijo, por fin—; has pasado tus años de desarrollo en esta casa; desde los tiempos en que obedecías a tu padre y jugabas con tu hermano, soy el único hombre al que has conocido. Estás en el umbral de una deslumbrante madurez. Has probado el verdadero poder y volverás a hacerlo. En Egipto hay cosas más importantes que tu felicidad y la mía; ése es mi verdadero trabajo,

que todavía no compartes. No debo ser yo quien te quite la virginidad. Crees que te he robado el corazón, pero no es así. No deseo casarme. Ahora déjame solo.

Abrí la boca para protestar, para discutir, incluso para suplicar, pues de pronto me sentía despreciada; pero él hizo un gesto que no admitía discusión. Me alejé por los pasillos desiertos y soñolientos del amanecer hasta llegar a mi propia habitación. Disenk abandonó su jergón junto a la puerta para desvestirme y lavarme. El agua del cuenco adquirió el color de la herrumbre debido a la alheña de mis manos. Empezaba a dolerme la cabeza. El corazón también. «Oh, Hui», pensé mientras Disenk me cubría con las sábanas, «si no me has robado el corazón, ¿dónde está el hombre que venga a completar mi vida?».

A la mañana siguiente me presenté a trabajar con algún temor, sin saber cómo me recibiría tras mi arretrato, pero me saludó con una cálida sonrisa.

—No te pongas demasiado cómoda, Thu —dijo en tono alegre—. Faltan menos de tres semanas para tu aniversario y he decidido darte mi regalo con anticipación. Hoy me acompañarás al palacio.

—¡Oh, maestro! —exclamé—. ¡Gracias! ¿Tienes algo que atender allí?

—Yo no —sonrió—. Tú. Un hombre importante se queja de dolores abdominales y tiene fiebre; he decidido que tú hagas el diagnóstico; yo tomaré nota con mi paleta. Estás perfectamente capacitada para hacerlo —me aseguró al ver mi expresión—. ¿Acaso no te he preparado yo mismo?

—Pero ¿cómo debo comportarme en palacio? —pregunté, sobrecogida por un momentáneo pánico.

Hui puso los ojos en blanco.

—Te comportarás como corresponde a un médico: enérgica, bondadosa y competente. Ponte ese bonito sayo de lienzo azul y di a Disenk que te pinte las palmas de las manos y las plantas de los pies. Lleva las joyas, pero la peluca no. Te estaré esperando en el patio; compartiremos la misma litera. ¡No tardes!

Asentí con decisión y salí medio corriendo, encantada y llena de miedo. Hasta entonces mi vida había sido un plácido río con un solo remolino: la muerte de Kenna. Ahora, en un período increíblemente corto, se convertía en

un torrente de agua tempestuosa, de tramos estimulantes o imprevisibles. Y estaba decidida a navegarlos todos.

CAPÍTULO 11

Salí apresuradamente al patio y Hui ya estaba esperándome en la litera, envuelto en sus lienzos como un cadáver sentado. En cuanto me instalé a su lado dio la orden de partir y se inclinó por delante de mí para correr las cortinas.

—¡Oh, maestro! —protesté, mientras los portadores colocaban los varales de la silla sobre sus hombros—. ¿No podríamos dejarlas descorridas? Llevo más de dos años sin ver nada más que tu finca.

Hui vaciló, pero acabó asintiendo con un gruñido. Apoyada en los almohadones, posé los ojos en los arbustos del jardín que iban pasando. Nos escoltaban cuatro guardias de la casa, cuyos rítmicos pasos se oían por detrás y por delante. La sombra del pilón de entrada se deslizó por encima de nosotros y desapareció.

Giramos a la derecha. En el punto donde acababa la escalinata de Hui, estaba el Lago de la Residencia, deslumbrante a la intensa luz del sol, bajas las aguas debido a la estación. Cruzó una pequeña embarcación con un remero solitario; detrás de él se erguía, majestuosa, la mole de un barco de carga. En la ribera opuesta vi tres esquifes amarrados; sus blancas velas se inflaban y desinflaban a impulsos de la cálida brisa intermitente. Más allá, se extendía una maraña de tejados; después, el osado azul del cielo estival. De pronto, me ocultó el panorama un grupo de cuatro o cinco esclavos que corrían en dirección opuesta, levantando nubecillas de polvo con los pies descalzos. Mantenían una animada conversación y apenas echaron un vistazo a nuestra litera. Pasó un contingente de soldados y nos dejó atrás. Llevaban densas barbas, toscos faldellines con delantales de cuero y cascos de bronce. No nos prestaron la menor atención.

—Mercenarios shardanas —dijo Hui con sequedad.

Ya era más evidente el ruido de la gran ciudad: gritos, crujido de carros,

rebuznos y otros sonidos que resultaban imposibles de identificar, todos confundidos en una algarabía de actividad y movimiento que formaban un fondo indefinible, estremecido por el viento, y el suave chapoteo del agua contra las escalinatas de las nobles viviendas. Frente a estas mansiones, el camino se curvaba hacia dentro, con grandes muros elevados a la derecha por los que asomaban palmeras y ramas de árbol cuya sombra caía sobre nosotros. Todas estaban custodiadas por hombres que observaban con atención el ir y venir, pese a que nadie podía pasar por aquella ruta, salvo quienes vivían o trabajaban en el palacio o en las casas privilegiadas construidas alrededor del lago.

Yo no podía apartar los ojos del agua. Al igual que muchos meses antes, aparecieron ante mi vista las barcas del faraón, meciéndose ancladas al pie de su deslumbrante escalinata de mármol blanco, mostrando los destellos de sus incrustaciones de oro y plata. En las proas flameaban las banderas imperiales, azules y blancas. Aunque yo ya no era la boquiabierta campesina de otros tiempos, el espectáculo todavía me maravillaba.

Volvimos a girar hacia la derecha, dejando atrás la escalinata y un vasto embarcadero de mármol, rodeado de soldados. Nuestra litera descendió suavemente. Nos apeamos.

—A partir de aquí tenemos que continuar caminando —dijo Hui, y sacó del vehículo su paleta y su caja de medicinas.

Miré a mi alrededor. Aunque el embarcadero estaba rodeado de árboles podados y de verde césped, era tan amplio que nos encontrábamos a pleno sol, porque allí la sombra no podía llegar. Más adelante se alzaba un pilón de granito. A un lado y otro del centro, sin verjas, podía ver un sendero pavimentado, alrededor del cual se apretaban numerosos árboles. «Voy a entrar en el palacio», pensé, sofocada por el júbilo. «Detrás de ese pilón se encuentra el dios más poderoso del mundo entero y yo voy a respirar el mismo aire que él respira, a pisar el mismo suelo que han pisado sus pies. Cada una de las caras que veo ha visto su cara. Cada oreja ha oído su voz.»

—Ven —me ordenó Hui.

Ordené mis pensamientos y, caminando a su lado, crucé el pilón. Los guardianes nos miraron y a continuación hicieron una reverencia.

A poca distancia, el sendero se dividía a ambos lados y hacia delante. Hui

señaló el de la izquierda.

—Ése lleva al harén —explicó—; el de la derecha, al salón de banquetes, a la oficina del rey y a los jardines de la parte de atrás. No cogeremos ninguno de los dos. —Mientras hablaba, un hombre salió de entre los árboles y se acercó a nosotros.

—Saludos, noble Hui —dijo, haciéndole una reverencia—. Soy el heraldo Menna. Te esperan.

Hui le hizo una seca inclinación de cabeza y caminó tras él. Nuestros cuatro guardias nos seguían.

Las columnas de la zona de recepción se distinguieron mucho antes de que llegáramos a ellas: eran cuatro altos pilares coronados de capullos de loto y pintados de un blanco deslumbrante. Al pie de cada columna montaba guardia un soldado, con la vista al frente, sin prestar atención a quienes iban y venían entre ellos. Menna pasó a grandes zancadas. Más allá de las columnas me envolvió una frescura como en las mismas profundidades del Nilo; mis pisadas retumbaron en los mosaicos del suelo, que eran de color azul oscuro con salpicaduras de oro reluciente.

—¿Esto qué es? —susurré a Hui.

Hui volvió fugazmente hacía mí el rostro encapuchado; sus ojos colorados brillaban, divertidos. Era obvio que el ambiente no le intimidaba.

—Los mosaicos son de lapislázuli —dijo—. Los destellos dorados, en realidad, son pirita. Sólo el faraón y la gente de sangre real pueden utilizar el lapislázuli, pues de ese material está compuesto el pelo de los dioses. Es una roca muy sagrada.

¡El pelo de los dioses! Yo pisaba con timidez, maravillada como si de nuevo fuera una niña. Sin embargo, en seguida olvidé mi deslumbramiento, pues nos habíamos abierto paso entre la multitud que llenaba el salón de recepciones y estábamos en la sala del trono.

Grandeza y algo sobrehumano es lo que se respiraba en aquella sala; aunque eran muchas las personas que iban y venían por aquel espacio semejante a una cueva, apenas se oía nada, porque pisaban con suavidad y hablaban con voz apagada. También allí el suelo era de lapislázuli, al igual que las paredes. Me sentí como bajo un océano celestial, surcado por rayos

dorados. Había grandes lámparas de alabastro, sobre bases doradas tan altas como yo. Los incensarios que colgaban por doquier perfumaban el aire. A intervalos, contra las paredes, se veía a un sirviente con faldellín de borde dorado, sandalias adornadas con piedras preciosas y el pelo recogido con cintas de oro; sus ojos pintados de *kohl* vigilaban a los presentes. De vez en cuando, alguien entre la multitud chasqueaba los dedos; entonces un sirviente se apartaba de su sitio para acercarse a él y recibía algún encargo.

En el extremo opuesto, que parecía estar a mucha distancia, se levantaba un estrado que ocupaba todo el ancho de la sala. Había dos tronos bajo un dosel de damasco. Los dos eran de oro; tenían patas de león y sus respaldos representaban al dios Atón, cuyos rayos dadores de vida terminaban en manos que se extendían para abrazar y vigorizar al que allí se sentara. Uno de ellos era, por supuesto, el trono de Horus. Entonces ya no tuve ojos para la multitud. Nos acercamos todavía más a los tronos. El heraldo subió tres escalones y se inclinó ante ellos, para luego deslizarse por una pequeña puerta que se abría detrás, a la izquierda del estrado. Hui y yo le seguimos. Me aturdí la magnificencia y la dignidad del ambiente; me sentía empequeñecida e intimidada, apenas un insecto que se arrastrara por el suelo de un templo.

Detrás del trono había un pequeño espacio, lleno de estantes y de arcones, que me pareció un vestidor. Lo dejamos atrás para cruzar un espacio más amplio, siempre imponente, pero de dimensiones y muebles más humanos. Por doquier había elegantes sillas, mesas bajas y pieles de animales. Delante, el muro desaparecía en un estallido de exuberante vegetación, dejando entrar el gorjeo de los pájaros. Allí había un guardia, con lanza en ristre, la ancha espalda vuelta hacia nosotros. Más allá, divisé, de modo fugaz y tentador, a una mujer menuda, increíblemente bella, vestida con una túnica amarilla traslúcida, inclinada para cortar una flor. Un momento después me encontré en un vestíbulo modesto, con azulejos y altas puertas de cedro a derecha e izquierda. Desde la derecha me llegó una humedad perfumada, pero el heraldo abrió la puerta de la izquierda y, tras pronunciar el nombre de Hui, le hizo una reverencia y se retiró. Mi maestro se adelantó a grandes pasos, seguido por mí.

Aquella habitación parecía casi tan grande como la sala del trono; un lugar de sombras intensas, atravesadas por medidos rayos de sol que penetraban por un tragaluz abierto cerca del techo. Sin embargo, apenas me fijé en la puerta cerrada y custodiada de la izquierda, ni en tres o cuatro

sirvientes vestidos de azul y blanco que parecían estatuas de madera en la periferia de mi campo visual, ni en las lujosas sillas de altos respaldos de plata y patas de electro, ni en las mesas bajas con incrustaciones de oro donde reverberaba la escasa luz, pues en el centro de todo eso había un diván enorme, que dominaba el ambiente. Y de un banquillo instalado junto a él se levantaba, para acercarse apresuradamente a nosotros, el hombre más guapo que yo hubiera visto jamás.

Se movía con gracia y dignidad instintivas, tanto que, por un momento, quedé atrapada por la gallardía de su caminar; pero mis ojos volaron en seguida de una perfección a otra. Llevaba una toca almidonada, a rayas rojas y blancas; el borde le cruzaba la ancha frente y los lados le rozaban apenas los musculosos hombros cuadrados. Su rostro era ancho, su mandíbula firme, su nariz fina y su boca sonrosada y bien formada, sobre un cuello corto, pero ágil. El pectoral que le caía contra su pecho musculoso era muy sencillo: una serie de eslabones de oro y plata que sostenían en el centro un ojo de Horus en esmalte blanco y negro, con un escarabajo de jaspe que colgaba por debajo. Lucía un solo pendiente, largo y en forma de loto, que tintineaba al ritmo de su paso. El faldellín a media pierna, sujeto por un fino cinturón enjoyado, se curvaba hacia arriba sobre las caderas estrechas y descendía luego hacia las partes íntimas. Durante una de nuestras interminables conversaciones, Disenk me había dicho que aquélla era la última moda para hombres, poco adecuada para quienes ya tenían el vientre flojo. El vientre que se acercaba a mí, por encima del susurro de la tela tableada, era tan terso que dejaba ver con claridad sus tentadoras estrías. Anchos brazaletes de plata le ceñían el brazo, sin causar el menor pliegue en la carne.

Se acercaba deprisa, cruzando las bandas de luz blanca como si hubiera brotado de un sueño inquieto, como si fuera un dios aparecido en una visión, luminosamente claro, pero vaporoso, a la vez real e irreal. Por fin se detuvo ante nosotros, con el cuerpo entero bañado de luz cegadora, y sonrió. La curva ascendente de sus labios alheñados no despejó el aire autoritario que desprendía; sus ojos oscuros mantuvieron una vigilancia cortés. De su piel oscura, saludable, se desprendía un aroma a mirra que me invadió la nariz. Conque ése era el faraón, el Hijo del Sol, el Toro Potente de Ma'at, el Vencedor de los libus, el Señor de las Dos Tierras. Habría querido abrazarme a Hui, por si mis rodillas trémulas cedían del todo. «¿Por qué no me ha avisado?», pensé, furiosa, sin poder apartar la vista del glorioso dios.

«Domínate, niña mía, y concéntrate en el presente, si no quieres perderte para siempre.»

Hui, que había dejado la paleta y la caja en el suelo, se inclinó con respeto desde la cintura, con los brazos extendidos.

—Bueno, Hui —dijo el faraón—, tu paciente está listo. No creo que la enfermedad sea seria, pero con un cuerpo tan ilustre no se puede correr ningún peligro. —Su mirada se posó en mí, inquisitiva, y nuestros ojos se encontraron por un instante. Imité el gesto de Hui, recordando la voz de Disenk: «La reverencia a personas de la realeza se hace con celeridad, manteniendo los ojos bajos y la cabeza entre los brazos. Ante el faraón nos ponemos de rodillas, con la frente y la palma de las manos tocando el suelo, y no nos levantamos hasta que él lo ordena.»

Pero Hui se había inclinado sólo desde la cintura y ya estaba irguiendo la espalda. Intrigada, acorté mi postración.

—Alteza, te presento a mi asistente y colega Thu —decía Hui—. Hoy será ella quien tenga el honor de examinar al Grande. Está muy preparada para eso, pues ha pasado los dos últimos años bajo mi instrucción. Yo, claro está, vigilaré su diagnóstico con toda atención. —Se volvió hacia mí. Interpreté una sensación de humor en sus ojos color sangre—. Thu, estás ante el príncipe Ramsés, hijo mayor del faraón y comandante de la Infantería.

—Soy tu fiel sirviente. Alteza —balbuceé, sintiendo que se me cubrían las mejillas de rubor. «¡Grandísima estúpida!», me regañé en silencio, furiosa, con los ojos clavados en el suelo entre las piernas reales, de huesos fuertes y músculos armoniosos. Pero aun en mi azoramiento y confusión, percibí su atractivo y me dejé conquistar por él. El príncipe me puso una mano bajo el mentón para levantarme la cara. Su palma era áspera, como corresponde al hombre que maneja el arco y la espada, que pasa de las recepciones reales a las barracas y a la alcoba con igual facilidad. Sentí el frío del metal de sus anillos.

—Ayer estuve con Banemus, que mencionó a la hechicera de ojos azules que había visto en casa de Hui —dijo—. Pareces demasiado delicada y adorable para ser médico. ¿Cuál es tu linaje? ¿Eres ciudadana de Pi-Ramsés?

—No, Alteza —respondí, observando los movimientos de aquella boca, muy masculina, pero también infinitamente seductora—. Soy del sur.

Se le iluminaron los ojos.

—¿De Tebas, quizá? ¿Tu familia es de la pequeña aristocracia de la ciudad sagrada?

Una voz resonó en la penumbra, librándome de responder.

—¡Ramsés! —Su voz resonó contra el alto techo—. ¿Por qué te pasas el día con Hui, mientras yo languidezco en medio de dolores y tormentos?

Las palabras eran una provocación, pero el tono resultaba alegre y amistoso. Ramsés dejó caer la mano, riendo.

—El Toro Potente se fastidia en el corral —dijo en voz alta—. Tengo asuntos que atender, padre. Nos veremos esta noche.

Y pasó muy deprisa junto a mí. Sus pisadas resonaron en la puerta, que se abrió de par en par para que saliera. Luego desapareció. La habitación parecía todavía más en penumbra que antes.

—Has estado bien —me susurró Hui, mientras nos acercábamos al diván—. He notado que vacilabas, pero te has sobrepuesto en seguida. Ahora déjate llevar por la intuición, mi pequeña Thu. Éste es tu momento.

Había recogido la paleta y me entregó la caja. El diván y su ocupante estaban muy cerca. Hui y yo nos pusimos de rodillas, con el rostro apretado contra los fríos mosaicos. Aquél era, por fin, el faraón.

—Levantaos —ordenó con alegre voz.

Obedecimos. Reuní todo mi valor para adelantarme, mientras Hui, algo más atrás, destapaba su tintero. Miré el rostro del gobernante de Egipto. Los ojos, pequeños y vivaces, chispeaban bajo la toca de tela impuesta por la ley, pues ningún faraón, desde el momento de su entronización, podía dejarse ver con la cabeza descubierta. Tenía la cara redonda, las mejillas caídas; la boca se parecía a la de su hijo, pero era más gruesa y sensual. Enarcó hacia Hui las cejas desaliñadas, con un brusco:

—¿Y bien?

Hui me presentó. La mirada real se dirigió a mí y se me ordenó que empezara el examen. Aunque aterrorizada, decidí no ser una desgracia para mi maestro ni para mí. Empecé con algunas preguntas.

—¿Cuáles son tus síntomas. Majestad?

—Me duelen y me gruñen las entrañas —respondió—. Sudo tan pronto como me sube la fiebre. Hay *Ujedu* en mis heces.

Mientras hablaba me incliné para olfatear su aliento. Quemaba y olía mal.

—¿Qué has comido en los dos últimos días, Majestad?

Cuando me erguí, sus ojos traviesos se deslizaron hasta mi pecho que se ofrecía a su vista; posó la lengua sobre el labio inferior.

—Esta mañana, fruta, pan y cerveza —me dijo con solemnidad, desviando la mirada cuello arriba, hasta mi boca—. Anoche tuve un festín con mi visir y su cortejo; creo que abusé de la pasta de sésamo. También bebí copiosas cantidades del estupendo vino del Río Occidental. ¿Puede haber estado contaminado?

—Puede ser. —Yo hacía lo posible por no prestar atención aquellos ojos lascivos, que ahora se fijaban en los míos. Noté que se dilataban de sorpresa—. ¿Has sufrido antes molestias similares, Majestad?

Suspiró.

—Algunas veces, bonita mía. Tienes los ojos azules, los más azules que yo haya visto nunca, como el Nilo bajo el sol de invierno. ¡Pareces demasiado joven para estar practicando el duro oficio de la medicina!

—Majestad —repliqué, fingiendo severidad—, estoy aquí como médico, para examinarte y prescribirte un tratamiento. Si lo deseas, Majestad, puedes halagarme más tarde.

Por un segundo temí haberme excedido, porque su cara se volvió inexpresiva, para luego llenarse de la misma autoridad que yo había visto antes en su hijo. Luego se relajó y rio condescendiente.

—¡Pequeño escorpión! —carcajeó—. No te he visto la cola, pero ya veo que tienes aguijón en la lengua. ¡Me gustas! Continúa con tu examen.

Después de una aspiración profunda y lenta, que efectué con disimulo, aparté la sábana que lo cubría, la dejé discretamente sobre las caderas y empecé a palparle el abdomen. Mis dedos se hundían en la carne abundante, que tenía la consistencia de la masa. Tenía la piel caliente y seca y la parte baja del vientre, algo hinchada. Yo notaba su atención concentrada en mi rostro, en el pecho que se bamboleaba libremente. No quería expresar en palabras mi desencanto. Aquel hombre obeso y glotón, de mirada audaz y

vacua conversación, no podía ser el Señor de Todo lo Vivo. El dios que ocupaba el Trono de Horus era alto y majestuoso, de escasas palabras y movimientos elegantes, una presencia misteriosa de la que emanaría el sobrecogedor poder de la divinidad. El joven que se había retirado, tan apuesto y seguro de sí mismo, carismático y noble, ¡ése era el verdadero faraón! Me estaban jugando una broma cruel, Hui y aquel gordo cuyo pene se agitaba ya bajo las sábanas, mientras yo palpaba. ¡No podía ser!

Con expresión impasible, exploré el grueso cuello. Luego me incorporé.

—Majestad, tienes un leve *Ujedu* de los intestinos, causado, con toda probabilidad, por un aceite rancio mezclado con la pasta de sésamo. Tienes el corazón fuerte y no hay hinchazón en las glándulas. Recomendando tres días de ayuno, durante los cuales, Majestad, beberás sólo agua y el elixir purificador y reconstituyente que te prepararé.

Hice una reverencia, mientras Hui registraba mis palabras entre el susurro de sus papiros. El faraón me miró fijamente durante largo rato. Luego rompió en una abierta sonrisa que le iluminó la cara. No pude menos que imitarlo.

—¿Nada de vino, pequeño escorpión?

—Nada de vino. Majestad.

—¿Qué edad tienes?

Hizo la pregunta con brusquedad.

—Voy a cumplir quince dentro de dos semanas, Majestad.

—Hum... —Se cubrió con la sábana hasta el mentón, sujetándola con ambas manos, y me miró por encima del embozo, como un niño travieso—. ¿Eres discípula de Hui?

—Soy la asistente del maestro. Majestad.

—Eres encantadora. —Cerró los ojos—. Ahora voy a dormir. Envíame la medicina. Si empeoro, te arrojaré al calabozo. —Aun sabiendo que bromeaba, me mordí los labios—. ¡Paibekamon!

Por un momento el nombre que había gritado no me causó ninguna impresión. Luego me giré. El administrador general salió de la penumbra para acercarse al diván, haciendo una reverencia. Aunque le sonreí, él se limitó a dirigirme una mirada de soslayo y no me hizo caso, como a Hui. Como los

otros servidores de palacio, llevaba un lienzo con los bajos de oro, pero un ancho corselete azul y blanco le cruzaba el pecho, indicando su cargo.

—Haz que sirvan vino y pasteles de miel al vidente y a su asistente en mi sala de recepciones privadas —prosiguió el faraón. En el momento en que Paibekamon se retiraba con otra reverencia, el rey sacó la mano de las sábanas para asirme por el sayo y tirar de mí—. Dime, Thu —murmuró, sensual—, ¿todavía eres virgen?

Antes de responder sentí que Hui se removía detrás de mí.

—Claro que sí, Majestad —repliqué—. Mi maestro dirige su casa con mucha moralidad.

Volvió a envolverme una nube de aire irrespirable.

—¿Te cortejan? ¿Hay algún joven que espere con impaciencia verte llegar a la edad del compromiso matrimonial?

Habría querido arrancar mi sayo de sus dedos, pero no me atreví. En cambio, me incliné un poco más, para rozarle la nariz con la mía. No sé por qué lo hice. Tal vez algún dormido talento para la coquetería se activara ante sus atrevidas preguntas; quizá fuera por la implacable necesidad femenina de provocar al hombre.

—No, Toro Potente —murmuré—. Me he dedicado por completo a mi maestro y a mi trabajo.

Me soltó, permitiendo que me irguiera.

—Peculiar tarea para una mujer —dijo en tono irónico. Y se dio la vuelta.

Hui me tiró del brazo. La entrevista había terminado.

De nuevo en el cuarto de proporciones tan agradablemente humanas, donde se oían susurrar las hojas y los rayos del sol besaban el suelo, me dejé caer en una silla. Descubrí que estaba temblando y muy enojada. Hui se sentó también, observándome con sosiego. Guardamos silencio.

Poco después apareció un sirviente; tras hacernos una reverencia, depositó delante de nosotros una bandeja de plata con copas y un plato de golosinas. Paibekamon no se presentó. Yo no tenía apetito, pero bebí el vino con ganas; ese torrente de calor en el estómago me calmó un poco.

—Sabías quién iba a ser mi paciente, pero no me lo habías advertido —

estallé, por fin.

Hui se llevó un dedo a los labios.

—No quería asustarte —explicó—. Si lo hubieras sabido, ¿te habrías comportado como lo has hecho? No lo creo.

—¿Y cómo me he comportado? —inquirí con voz destemplada.

Hui eligió un pastelillo y lo mordisqueó antes de responder. Mi indignación no parecía alterarlo.

—Como un buen médico, como una criatura curiosa, como una mujer seductora —dijo—. En pocas palabras, querida Thu, has estado perfecta. También ha sido perfecto tu diagnóstico, y Ramsés no lo olvidará. Vamos a casa.

Ante la puerta nos esperaba el mismo heraldo, que nos guio sin decir palabra por la antesala, la sala del trono y la imponente amplitud del salón de recepciones públicas, hasta salir al sol ardiente del mediodía. En el embarcadero nuestros porteadores, que esperaban a la sombra, se levantaron de un salto. Los guardias de Hui nos habían acompañado hasta la puerta de la sala del trono y estaban otra vez detrás de nosotros. Hui hizo todavía un comentario mientras nos acomodábamos en los almohadones.

—No sabía que el príncipe Ramsés estaría allí —dijo.

No respondí. El príncipe Ramsés. Al cruzar de nuevo los salones me había mantenido alerta, esperando divisarlo entre la muchedumbre, con el corazón en un puño ante la posibilidad de verlo, pero no estaba a la vista.

—Paibekamon es un hombre frío —aventuré más tarde, ya en nuestra propia finca.

Hui gruñó.

—Paibekamon conoce el rango de su cargo —replicó—. No te corresponde juzgarlo.

Pronto nos apeamos en el patio. Allí esperaba Harshira, que alargó una mano carnosa para ayudarme; al asir su reconfortante firmeza se me ocurrió que su obesidad era mucho más regia que la mole del faraón.

—Gracias, Harshira —dije. Me sonrió.

—A tu servicio, Thu.

Bajo la mirada de águila de Hui preparé el medicamento para el faraón: primero, una mezcla de azafrán, para aliviar los calambres estomacales, y ajo, para matar el *Ujedu*; después, un tónico de raíz de *kesso*, canela y pimienta. «Ha sido un buen regalo de aniversario», reflexioné, mientras aplicaba la mano de mortero a las hierbas. Me había codeado con los poderosos e incluso había tocado al mismo faraón; ahora conocía el palacio.

—No es cierto que el faraón no tenga fortuna —comenté a Hui, que me observaba en silencio—. ¡En mi vida había visto tanto lujo!

Hui sonrió, ceñudo.

—El tesoro del faraón es mayor o menor según el capricho de los sacerdotes —dijo—. ¿Crees haber visto una gran riqueza, Thu? Comparado con tu choza de Asuat, nuestro gobernante es, desde luego, increíblemente rico. Pero los templos lo son infinitamente más todavía. ¿No aprendiste nada con las lecciones de historia de Kaha? Hubo un tiempo en que el palacio real de Tebas tenía suelos de oro y puertas de plata batida. No pulverices el *kesso*, tonta.

Ante su reprimenda, abandoné la mano de mortero y no machaqué más. Cuando Ani se llevó las dos redomas para el rey, Hui y yo compartimos una simple merienda. Luego salí a nadar, que era mi distracción favorita bajo el calor de Ra.

Pasaron dos semanas. Yo había obsequiado a la envidiosa Disenk con un colorido relato de mi breve visita a la sede del poder. Aunque le describí al príncipe Ramsés, guardé silencio con respecto a la reacción que me había producido. Eso era algo que me reservaba. En los momentos que preceden al sueño, cuando tenía las manos ocupadas y la mente libre o, sobre todo, cuando estaba tendida ante la casa de baños, bajo las manos del joven masajista, soñaba con él. Volvía a ser una esclava; esta vez atendía a las concubinas del harén del faraón. El príncipe entraba para cumplir con un recado de su padre y caía ante mis ojos afligidos, víctima de un fuerte dolor. Yo me apresuraba a atenderlo, con mi caja de medicinas en la mano, y lo recorría con los dedos para localizar la fuente del mal. ¡Oh, qué emoción más apasionante la de aquella fantasía! Ramsés era prisionero de su dolor y de mis manos. Mientras yo trabajaba, me estudiaba con atención. «Ya nos conocemos», comentaba, sorprendido. «Ahora recuerdo esos ojos azules. ¿No

eras de la pequeña aristocracia del sur? ¿Qué haces en esta situación servil?» Y me llevaba a sus propias habitaciones. Al final todo se arreglaría con un contrato matrimonial. Yo sería la princesa Thu, envidiada e idolatrada por toda la corte, por todo el país.

Disenk había escuchado mi excitado relato con gesto de aprobación, como si fuera responsable de mi éxito. Claro que, en más de un aspecto, lo era.

—Quizá vuelvas allí con el maestro —dijo, con cierta melancolía.

Pero Hui no volvió a mencionar mi pequeña aventura y los días retomaron su carácter monótono de siempre.

Sin embargo, al día siguiente de mi aniversario fui llamada a la oficina. Hui estaba sentado al escritorio, con un rollo delante. Había roto el sello y pequeños trozos de cera azul sembraban la mesa. Al principio supuse que sería una carta de mi padre, dirigida a él; invadida por el nerviosismo, me incliné ante él y me senté en el borde de la silla. Mi aprensión se acentuó ante su silencio. Me recorría con una mirada pensativa, desde el pelo bien trenzado hasta las rodillas cubiertas de lienzo. Yo no apartaba los ojos de su cara. «Le amo», pensé. «No con la fiebre que creía sentir, sino con algo más sano.»

Como si me hubiera leído la mente, levantó de repente la mirada con una sonrisa cordial.

—Nos tenemos mucho afecto, tú y yo, ¿verdad, mi Thu? —dijo. Asentí con un vigoroso movimiento de cabeza—. Cuando subiste a mi barco, aquella noche, eras una niña mohína, impulsiva y terca. Me bastó verte para saber cuán importante serías para mí, pero no sospechaba cuánto me aficionaría a ti. —Suspiró—. Existe un placer perverso en moldear el desarrollo de otro ser humano. Uno puede volverse tan posesivo como el maestro con respecto a su esclavo. Creo que tu temible inteligencia innata me ha salvado de ese destino. Te has convertido en una buena médico por derecho propio y, al hacerlo, has dejado de ser un juguete mío. Aun así, eres muy joven. —Empujó el papiro hacia mí—. Esto era inevitable. Dime qué opinas.

Cogí el papiro para desenrollarlo con cuidado. Al ver que la letra no era la de Pa-ari sonreí aliviada, pero el gesto se me borró muy pronto. La misiva estaba escrita en jeroglíficos formales, no con la escritura hierática y precipitada de la correspondencia vulgar, y era de una belleza conmovedora. Aquel escriba estaba en el pináculo de su oficio.

—«Al muy noble vidente y médico Hui, saludos» —leí en voz alta—. «En la festividad de Montu, el gran dios de la guerra, tuvimos el placer de recibir a tu encantadora asistente Thu y de ser atendidos por ella. Su medicina ha sido muy eficaz y, al permitir que nos atendiera, quedamos cautivados por su belleza». —Levanté la vista, impresionada—. ¡Esto es del faraón! —barboté.

Hui me indicó con un gesto que continuara.

—«Tras haber pasado varias noches de insomnio, perjudiciales para nuestra salud y, por lo tanto, para la salud del sagrado Egipto, culpamos de esto a la intensidad de sus ojos azules y a lo atrevido de su conversación. Hemos concebido el deseo de aliviar nuestra aflicción con un nuevo contacto, que esperamos sea prolongado, con esta hembra. Por ende te pedimos, por ser su tutor, que facilites su traslado a nuestro harén en cuanto se obtenga el permiso de su padre, si es que vive. Garantizamos, por supuesto, que se satisfarán todas sus necesidades razonables y que será tratada con la atención y el respeto acordados a las afortunadas que pertenecen al trono de Horas. Por la mano de mi maestro de escribas Tehuti, Yo Ramsés Heq On, Señor de Tanis, Toro Potente, Grande de Reyes...»

No pude continuar. El papiro se enroscó con un susurro; tuve que asirlo con las dos manos para depositarlo en el escritorio, con exagerada cautela.

—¿Qué es esto, Hui? —exclamé—. ¿Qué es?

—El faraón se ha vuelto loco por ti —explicó Hui, con voz muy dulce—. Quiere que seas su concubina. No te aflijas así, Thu mía; es un gran honor. Las niñas de nuestras familias nobles se matan por conseguirlo. ¿Qué piensas?

En mi mente se agolpaban las visiones. Pa-ari y yo en Asuat, al borde del agua; yo contenía el aliento mientras él trazaba mi primera lección de escritura en la tierra; sentados ambos en el desierto, mientras Ra se hundía en el horizonte, mi inquieta *ka* lanzaba su voz en forma de grito por los páramos, hasta llegar a los pies de los mismos dioses; mi madre y sus amigas, chismorreando y bebiendo vino, mientras yo, despatarrada a un lado, soñaba con el mercader que iría a Asuat y necesitaría un escriba... El desfile se hizo más lento. Me vi en el barco de Hui, mojada y temerosa, pero decidida. Oí su voz burlona y arrogante. Hui, el misterioso; Hui, el vidente. El vidente...

Mis manos abandonaron el papiro para cerrarse en unos puños apretados.

Sentí todo el cuerpo tenso y me levanté de la silla, rígida.

—Tú sabías que esto iba a suceder —dije, con suave urgencia—. Lo sabías, Hui, ¿verdad? Porque tú lo planeaste todo. ¡Qué estúpida he sido! Me traes aquí, me aíslas de todo contacto fuera de esta casa, me humillas y me ensalzas alternativamente para que dependa por completo de tu buena voluntad. Me consientes, me adiestras como a un atleta para la lucha. ¡La lucha, sí! —Mi emoción era tan violenta que me costaba respirar. Enfurecida, golpeé el escritorio con el puño—. ¿Qué clase de lucha, oh, maestro mío? ¿La más dulce de todas? Me llevaste deliberadamente para que atendiera al faraón, porque conocías su gusto por las jovencitas y apostaste a que se interesaría en seguida por mí. ¡Me utilizaste desde un principio! Pero ¿por qué?

Sin poder continuar, me eché a llorar.

Hui se había levantado; rodeó el escritorio para abrazarme y, ocupando la silla de la que yo me había levantado, me acunó como a un bebé. Traté de desasirme, pero de nada sirvió. Me estrechó con fuerza hasta que, reconfortada, me acurruqué contra su pecho. Entonces empezó a acariciarme el pelo, tranquilizador.

—No, Thu —dijo con calma—. No te he utilizado. Como te he dicho, vi tu rostro en el cuenco de aceite, antes de encontrarte en la oscuridad de mi cabina en Asuat. Te reconocí al instante y supe que serías de importancia vital para mí. ¡Sólo para mí! ¿Me oyes? —No respondí y sus dedos, sin detenerse, continuaron deslizándose con ternura por entre mis cabellos—. No sabía de qué forma estábamos vinculados, tú y yo —prosiguió—. Sólo más adelante empecé a ver las posibilidades latentes en esta situación. Te quería. Sigo queriéndote. ¿Me crees?

—No —dije mohína, con la cara apretada contra su cuello, sintiendo el movimiento de sus músculos, tensos a causa de una ligera risa que le entró.

—Así me gusta más. Tus lágrimas nunca duran mucho tiempo, Thu mía, aun cuando las derramas por compasión de ti misma. Cuando caí en la cuenta de lo útil que podías ser, empecé a planificar tu educación según este fin. No te enojas. Toma. —Levantó el ruedo de su faldellín—. Sécate los ojos, incorpórate y escucha.

No pude negarme. Obedecí, aunque de mala gana, y me volví para mirarle

a los ojos; había llegado a amar y temer aquellas facciones pálidas y risueñas.

—En realidad, respondes a los gustos del faraón en cuanto a carne femenina —dijo—. Eres joven, hermosa, de cuerpo esbelto y firme. Pero eso, por sí solo, no tendría importancia. Abundan las jovencitas con esas características; con los años, el faraón las ha tenido y las ha descartado por docenas. Son tres las cosas que decidieron mi curso de acción: tus ojos azules, tan exóticos y poco egipcios, la inteligencia que te convirtió en una discípula tan apta y tu carácter. En el fondo, eres una personita implacable, intrigante y egoísta, capaz de clavar las uñas a lo que deseas y retenerlo hasta que es tuyo por completo. ¡No te inquietes! Hablo sólo de tus cualidades menos atractivas. Yo también soy implacable e intrigante, querida Thu, igual que los hombres que se reunieron aquí para estudiarte la otra noche. Pero ante todo somos leales y atribulados hijos de este poderoso país.

Ahora contaba con toda mi atención. Bajé de sus rodillas y, con paso inseguro, fui a ocupar su asiento detrás del escritorio, para poder contemplarlo mejor. Todavía me sacudían los sollozos, pero había dejado de llorar.

—Explícame —hipé.

—Queremos que aceptes el papel de concubina del faraón —dijo sin rodeos—. Creemos que tienes la capacidad de retener sus favores mucho más tiempo que las otras jóvenes. Puedes despertar su interés, distraerlo y, con el tiempo, influir en él, para alejarlo de la desastrosa política que ahora promueve y respalda.

—Eso es ridículo —le espeté—. A lo único que podría inducirlo es a hacerme el amor. Pero para eso haríais mejor en sobornar a alguno de sus consejeros. —Todavía me escocían sus palabras anteriores y la seguridad de haber sido sólo una pieza del juego. Pero también me sentía halagada. Hui lo sabía, claro.

—Cada uno de sus asesores sabe que su futuro depende de que le presenten a los sacerdotes desde un punto de vista favorable —contestó Hui—. Pero sus mujeres, en cambio, no tienen nada que perder. Las que caen en desgracia se retiran, simplemente, a las lujosas dependencias del harén. Y Ramsés es muy susceptible a los caprichos y deseos de las mujeres. Es procaz por naturaleza. Aunque hombre bondadoso y honrado, a su manera, está asustado. Tú eres fuerte y astuta, Thu. Llegarás a conocerlo y a manipularlo. —Se inclinó hacia delante para hablar con más sigilo, pero sin ambages—.

Egipto te necesita. Haz del faraón tu herramienta, por su propio bien y por el de Egipto. Ayúdanos a cortar el dominio que los templos tienen sobre el Trono de Horus y a restaurar una verdadera Ma'at en este bendito país.

—Estás seguro de que voy a aceptar, ¿no? —dije, melancólica—. ¿Y si me negara?

—¿Cómo negarte? —contraatacó—. ¿Acaso esto no es la culminación de todos tus sueños? No: es más grande que tus sueños. Tú no eres de las que dan la espalda a un desafío semejante. Además, yo te ayudaré, y también Paibekamon, Panauk y los otros. —Se puso de pie, alargándome la mano—. Discútelo con Disenk, si quieres. Si te vas, puedes llevarla contigo. Piénsalo y dame tu respuesta mañana. Entonces haremos un viaje a Asuat, para consultar a tu padre.

Me acerqué a él, pero sin aceptarle la mano.

—Otra vez pareces muy seguro de que cumpliré tus deseos —dije, con la voz todavía ahogada por las lágrimas vertidas—. Pero me parece que me has utilizado y traicionado, por mucho que trates de justificarte. Me siento herida y triste. ¿Qué motivos tengo para ayudarte, Hui?

—No será a mí a quien ayudes, sino a Egipto —respondió—. Y pese a lo que sientes, ¿acaso no te arranqué de la servidumbre de la tierra para darte una vida nueva? ¿No vale eso un poco de gratitud?

—No, si lo hiciste en tu propio beneficio.

—Ya te he dicho que no fue así.

—Lo has dicho.

—Trágate el orgullo, pues, y reconoce que te amo, aunque te haya utilizado. Oye, Thu...

Yo ya iba hacia la puerta, pero me detuve con una mano en la madera.

—¿Sí?

—No necesitabas asesinar a Kenna, después de todo. A mí no me importaba que te odiara. Siempre fuiste mucho más importante que él.

Aquellas palabras, ¿eran un consuelo, una amenaza o una advertencia? No lo supe. Y ya estaba harta. Salí de la oficina sin mirarlo y volví a mi propio cuarto, casi a ciegas. Pero en el trayecto se me ocurrió una idea. Había

conocido al faraón en la festividad de Montu, el gran dios tebano de la guerra. Uepuauet, mi tótem, también era un dios de la guerra. ¿Y no decía yo que había nacido para ser guerrera?

CAPÍTULO 12

Dos semanas después, a finales de *Epophi*, zarpamos rumbo a Asuat. El río estaba en su punto más bajo y su corriente era demasiado escasa para retrasarnos. El viento del norte, predominante en verano, nos llevaba de manera inexorable hacia el sur. Disenk y yo viajábamos en el barco de Hui, durmiendo sobre almohadones bajo el dosel instalado al lado de la cabina del maestro, que él compartía con Neferhotep, su sirviente personal. Detrás iba la barcaza con nuestras provisiones y el numeroso personal doméstico que nos atendía. Entre ellos iba Ani con su paleta, en la que escribiría el asentimiento de mi padre para que yo ingresara como concubina en el harén de Ramsés.

Me había embarcado con una sensación de orgullo, pensando en las diferencias que había ahora con respecto a mi viaje anterior en aquel mismo barco. De algún modo, entre el personal doméstico había circulado la noticia de que yo me iba a mudar al palacio real, y se me trataba con mucha deferencia. En la barcaza con los servidores iban mi joven masajista, mi instructor físico, las comidas que me gustaban y mis ropas favoritas. Mientras Hui yacía en su camastro de viaje, esclavo de su piel blanca durante las horas ardientes del sol, Disenk y yo holgazaneábamos bajo el dosel, bebiendo agua o cerveza, y veíamos pasar el paisaje.

Egipto era hermoso incluso en lo peor de la estación seca. Abrasador y reseco, pardo y polvoriento, todavía mostraba una perfecta armonía en las líneas de los palmerales desmelenados y con las ramas caídas, en las agrupaciones de chozas blanqueadas, que cedían paso a la resquebrajada tierra de los sembrados y, detrás de todo eso, el reverberar amarillento del desierto, con algún barranco ocasional, agudo como filo de cuchillo, contra un cielo implacablemente azul.

El aire empezó a cambiar y se volvió más puro y seco. Yo me impregnaba de su aroma, como si fuera el remedio para alguna enfermedad. «Algún día podría ser la reina de todo esto», pensaba yo, mientras el paisaje de Egipto se

deslizaba ante mí. «Cautivaré al faraón. Llegaré a ser indispensable para él en todos los sentidos. Ascenderé de concubina a reina. Tal vez llegue a ser Gran Esposa Real, puesto que soy mucho más joven que Ast y Ast-Amasareth, sus esposas principales, y puede ocurrir cualquier cosa. Algún día me sentaré en el salón del trono, junto a él, y las cabezas más nobles de Egipto se inclinarán ante mí.» Eran sueños agradables, acariciados por el viento cálido que me apartaba el pelo del cuello pegajoso y hacía correr hilillos de sudor por mi espalda.

En los oscuros misterios del lecho no pensaba; tampoco cavilaba sobre la sensación de la carne floja del rey bajo mis manos ni en el olor de su aliento febril. Si acaso imaginaba aquellos inevitables momentos privados, era el príncipe Ramsés el que recibía mis caricias y apoyaba su boca en la mía. Llegaría el momento en que yo debiera dominar mi repugnancia inicial por el cuerpo del faraón, pero el futuro todavía quedaba lejos. El presente lo era todo.

En aquellos días largos y monótonos, me sentaba varias veces en la fétida cabina y hablaba con Hui, mientras Neferhotep le bañaba y refrescaba. En las horas de oscuridad, con las barcas amarradas en alguna bahía tranquila, la hoguera de los sirvientes chisporroteando en la negrura y sus risas y conversaciones deslizándose sobre el agua negra de la noche, nosotros nadábamos juntos, desnudos y sin hablar, disfrutando del cálido y sedoso abrazo del Nilo, nuestro padre. Después yo me sentaba, envuelta en los lienzos de Disenk, con el mentón contra las rodillas, y veía a Hui comulgar mudamente con la luna, su hermana. La experiencia tendría que habernos unido más, pero sólo servía para recordarme que mi temporada con Hui estaba llegando a su fin; toda una época iba a terminar y otros aconteceres ocuparían su importante lugar en mi vida.

Hui también sentía tristeza, me parece. Si yo hubiera sido menos egocéntrica, si hubiera tenido esa sensibilidad que llega con la madurez, habría podido hablarle de sus sentimientos, pero no quería pensar en ellos. Si empezaban a entrometerse en mis sueños egoístas, recordaba que él me había dirigido y utilizado, planificando mis días sin contar conmigo; entonces renacía el distanciamiento que había empezado a crecer entre nosotros. Creía no necesitarlo más, como si, en nuestra relación, el poder hubiera pasado a mis manos, por lo que él deseaba conseguir de Ramsés a través de mí. Pero me equivocaba. Hui todavía tenía todos los ases en la manga. Siempre sería

así.

Amarramos en el canal del templo de Uepuauet un mediodía abrasador. Disenk y yo, acompañadas de nuestros guardias, descendimos por la plancha y cruzamos entre el parloteo de los excitados aldeanos para recibir el saludo del gran sacerdote de mi tótem. Hui permanecía en su cabina, pero yo quise que mi primer acto fuera de agradecimiento y adoración al dios que me había guiado siempre.

Todos mis viejos vecinos estaban allí, con sus faldellines toscos y sus gruesos sayos, tímidos, inquisitivos, observando el dosel lleno de borlas que me protegía del sol, el brillo de mi pelo negro, recogido en una redecilla de plata, la flotante transparencia del lienzo que me cubría hasta los tobillos, las sandalias de piel, en cuyos tientos relumbraban pequeños granates. Yo sonreía a todos; reconocí a las muchachas que antes me daban de lado y de pronto las compadecí: en su tez áspera, tan oscurecida y estropeada por el sol, las últimas evidencias de la primera juventud estaban ya dando paso a un impresionante deterioro físico. «Si me hubiera quedado aquí estaría como ellas», pensé al saludarlas, con un escalofrío interior. «Mis pies estarían encallecidos sin remedio; en mi cara empezarían a aparecer pequeñas arrugas grabadas por el sol; tendría las manos toscas e irritadas por las tareas domésticas. Estos pobres diablos ya no son mis enemigas.»

Con actitud cortés, mis guardias me abrieron paso entre la muchedumbre y me encontré ante el gran sacerdote. Junto a él, un niño intimidado blandía un incensario. Me incliné ante el sacerdote, que me devolvió la reverencia.

—Te recuerdo —dije, maravillada—. Tú enseñabas las letras a Pa-ari, pero no quisiste enseñármelas a mí. ¡Has ascendido a un puesto mucho más excelso!

Era más joven de lo que yo recordaba: no ya un adulto sin rostro, sino un hombre juvenil, de expresión animosa y vivaces ojos pardos.

—Fui un tonto, Thu —respondió en tono desenfadado—, puesto que te has convertido en una cumplida escriba y, por añadidura, eres médico. ¡Bienvenida a casa! Tu dios te espera.

Devolviéndole la sonrisa, lo seguí al patio interior.

El templo de Uepuauet era más pequeño que el que tenía en mis recuerdos infantiles: una joya, sí, pero más compacto y rústico. En el patio exterior,

Disenk se agachó para quitarme las sandalias. Alargué la mano para que me entregaran mi ofrenda: el pectoral incrustado de piedras preciosas que Hui me había regalado tras el festín con sus amigos. Me costaba mucho desprenderme de él, pero mi deuda hacia Uepuauet era enorme; aquella sensación de querer saldar mi deuda se había multiplicado por mil al ver a las muchachas aldeanas. De no ser por la indulgencia de mi dios, yo habría sido una de las que contemplaban boquiabiertas la llegada de alguna dama noble pintada y perfumada, que iba a presentar sus altaneros respetos a una deidad menor. «Para mí no es menor», pensé, mientras avanzaba hacia el patio interior. «Soy tu devota esclava, gran Uepuauet.»

El suelo arenoso del patio quemaba las tiernas plantas de mis pies. Me detuve a la escasa sombra del pilón interior, precedida por el gran sacerdote y su acólito, que miraban hacia las puertas cerradas del santuario. En aquel momento una silueta salió de detrás de la piedra y se adelantó.

—¡Pa-ari! —grité.

Un momento después estaba en sus brazos. Permanecimos abrazados mucho rato. Luego él me apartó para contemplarme de pies a cabeza.

—¡Por todos los dioses, eres una criatura encantadora! —exclamó—. Y hueles de maravilla. Se me ha permitido (y fíjate que digo «permitido») aceptar tu ofrenda y ponerla ante las puertas. Al parecer, es un gran honor. Para esta ocasión se ha convocado a los cantantes y a las bailarinas del templo. Una de ellas es mi prometida. No todos los días una concubina del faraón se digna visitar Asuat.

Sonreía complacida, pero no pude leerle los ojos. Se había convertido en un hombre apuesto, de espalda recta y ancho pecho, pero su boca era la misma: siempre dispuesta a curvarse en una sonrisa; sus gestos me devolvían de forma muy vivida las alegrías y las penas compartidas. Le quería con locura.

—¡Todavía no soy concubina! —le siseé, mientras los cantantes y las bailarinas mencionadas empezaban a salir al patio, detrás de él—. Sólo cuando padre dé su autorización. Y ahora déjame postrarme en paz ante Uepuauet.

Había comenzado la música; la voz de un cantante solista se elevó en los versos de alabanza. Las bailarinas levantaron sus sistros. Me envolvió una

bocanada de dulce incienso. Me arrodillé para postrarme ante el santuario, con la humildad que no mostraba a nadie más. Aquel momento no era mío, sino de Uepuauet.

Más tarde, en el patio exterior, Disenk me cepilló el sayo y me aplicó un masaje con aceite en las rodillas y en las palmas. Mientras tanto, regresó Pa-ari, rodeando con un brazo protector a una muchacha morena y esbelta, con los ojos tímidos y huidizos de una gacela joven.

—Te presento a Isis, Thu —dijo con sencillez.

Me incliné hacia delante para besarla formalmente en la mejilla y de pronto me sentí un *hentis* más vieja, más mundana y algo hastiada. Los celos me asestaron su puñalada y desaparecieron. Isis tenía el cuerpo ágil de las bailarinas; al enderezarme, me obligué a sonreír y pensé que, mientras continuara bailando para el dios, no se convertiría en una gordezuela de carnes fofas. No lograba imaginar a mi hermano copulando con una desaliñada muchacha de aldea.

—Eres encantadora, Isis —dije— y me alegro mucho de conocerte. Debes de ser muy especial para que mi hermano esté enamorado de ti.

Pa-ari estaba radiante. La joven me dedicó una amplia sonrisa.

—No sabes cómo me provoca —comentó—. Según me dice, si me caso con él voy a pasarme la vida teniendo hijos y haciendo las labores de la casa.

—No —repuse—. Serás la reina de la aldea. ¿Puedo robártelo por un rato?

Isis le estrechó la mano y se alejó. Yo quería decir algo elogioso sobre ella, algo amable, pero las palabras no me salían de la garganta. Todavía quería a Pa-ari sólo para mí. Eso no había cambiado. Pa-ari me miró con extrañeza. Ambos a la sombra de mi parasol, salimos del templo para caminar hacia el barco. La multitud iba raleando. «Claro», pensé con cinismo mientras subíamos por la plancha para instalarnos bajo el toldo. «Han vuelto corriendo a casa, para contar lo que han visto a sus amigos y vecinos.»

Disenk, eficiente y discreta, nos entregó un matamoscas y copas de vino. Colocó ante nosotros algunos manjares, así como una jofaina de agua y paños por si queríamos refrescarnos. Luego se sentó a la sombra del palo mayor, donde no molestara, pero al alcance de cualquier llamada nuestra. En el

interior de la cabina no se oía ruido alguno.

—Nuestro padre recibirá al vidente esta noche —informó Pa-ari, bebiendo el vino con deleite—. Después de saludarte a ti, claro. Aunque no lo diga, porque ya sabes cómo es padre, creo que disfruta con la idea de que el gran hombre se dirija a él, en lugar de convocarlo a toda prisa, como la última vez. No ha cambiado mucho —prosiguió, como si respondiera a mi muda pregunta—. Y nuestra madre, nada en absoluto. Desde que llegó el papiro del vidente, transmitiendo la petición del faraón, va de rabieta en rabieta. Ya conoces la mentalidad estrecha de los aldeanos. Pero creo que en el fondo está complacida. Nunca te ha comprendido, Thu.

—Lo sé —murmuré, sin apartar la vista de su rostro, de los gráciles dedos curvados alrededor de la copa y del pelo castaño que se sacudía contra el cuello bronceado—. ¿Estás contento aquí, Pa-ari? ¿Te satisface trabajar en el templo?

Pa-ari asintió con un lento movimiento de cabeza.

—Soy el mejor escriba de los sacerdotes —dijo— y eso me enorgullece. Nuestro padre se ha resignado a aceptar que jamás labraré la tierra, pero cuenta con el esclavo que le envió tu mentor. Y el escándalo que despertó su llegada y el otorgamiento de las *arouras* se apagó hace tiempo. Voy a casarme. —Me dirigió una atribulada mirada—. Sé lo que eso significa para ti, Thu, pero debes saber que nada quebrará jamás el vínculo que nos une; ni siquiera Isis. Compartimos recuerdos de mucho antes de que ella apareciera bailando ante mi vista deslumbrada. —Se echó a reír—. Y aunque tú construyas recuerdos con el faraón, siempre tendremos los que compartimos en la niñez.

Sus palabras constituyeron un bálsamo precioso para mi ka; lo atraje hacia mí para abrazarlo.

—Estoy construyendo una casa para Isis y para mí, con mis propias manos —dijo, orgulloso—. Está más allá del templo, en el sendero del río. ¿Y qué hay de ti, hermana? ¿Eres feliz? ¿Estás segura de que deseas ser un juguete del faraón y no la digna esposa de algún mercader?

Aunque su tono era sereno, capté en sus palabras una sincera preocupación. «Oh, Hui», pensé, impresionada por la percepción de Pa-ari, «¡con qué astucia has creado tu obra maestra!».

—En otros tiempos me habría contentado con ser la esposa de un mercader —respondí, cautelosa—, pero tú sabes ver dentro de mi corazón, Pa-ari. A ti no puedo ocultarte nada. La rutina cotidiana de una mujer dedicada a su casa me aburriría pronto; entonces mi ser inquieto exigiría una nueva aventura. ¡Quiero que el faraón sea mi juguete, no a la inversa!

Pa-ari aulló de risa.

—Además, princesa mía, eres lamentablemente perezosa y no te gustan las severas exigencias del deber. ¡Te amo, Thu!

En aquel momento quise contárselo todo. Me dolía advertir cierta reserva en mí misma; me resistía a confesarle que había matado a Kenna sin querer, a hablarle de mi culpable lascivia por el príncipe Ramsés, de la misión que Hui y sus amigos me encomendaban. Pero el hombre enamorado suele ser indiscreto y yo no quería que la pequeña Isis conociera mis secretos. Quizá fuera injusta con mi hermano, pero no podía correr ese riesgo. Por eso me reí con él y la conversación se desvió hacia temas más triviales.

En la violenta sangría del atardecer en el desierto, Hui y yo abandonamos el barco para recorrer el camino que llevaba a la aldea desde la escalinata del templo. Nos precedían dos guardias. Luego iba yo, a pie bajo mi quitasol; detrás, Ani, también a pie, y Hui dentro de su litera, con las cortinas corridas. Otros guardias cerraban la marcha. Para mí, era un viaje hacia atrás en el tiempo. Allí estaba el lugar donde había esperado que Pa-ari saliera de la escuela el día en que me dio la noticia de que un vidente visitaría la aldea. Todavía me parecía ver la huella de mis pies descalzos en la hierba muerta. La estación era la misma: *Shemu*. Más allá, en un lugar escondido entre los matorrales, Pa-ari y yo nos sentábamos en el polvo, bajo el sicomoro; allí, junto al río, había iniciado sus lecciones dibujando los nombres de los dioses. Pero ante aquellos recuerdos, que me hacían en la garganta un nudo de tristeza y de dulzura al mismo tiempo, existía una remembranza más potente: una caminata nocturna bajo las espectrales palmeras, observada por las *kas* de los muertos desatendidos, con el frío claro de luna en el sendero y el corazón luchando con el miedo y la decisión. La inculta campesinita había ido al encuentro de su destino. Ahora la concubina del faraón desandaba sus pasos, triunfal. Era un momento embriagador.

Al llegar a la plaza pronuncié una palabra y los guardias se detuvieron. Ahora aquella parcela de tierra apisonada me parecía desalentadoramente

pequeña. Ya no se extendía hasta el infinito con una promesa de fuga. Unos cuantos niños harapientos se mantuvieron apartados, apretujados en un grupo protector para observarme en silencio. Varios jóvenes y un grupo de padres dieron algunos pasos tímidos hacia mí; por fin se detuvieron, agitando las manos. Yo les devolví el gesto, pero ya veía el pelo rubio y revuelto de mi padre, su sólida mole erguida en el umbral de nuestra casa. Entonces olvidé mi dignidad para echarme en sus brazos. Me levantó en el aire; luego me depositó con suavidad en el suelo, a cierta distancia. Sus ojos graves y profundos me sonreían. Pa-ari tenía razón. Quizá tuviera las arrugas algo más marcadas y unas manchas grises en las sienes, pero todavía era mi tesoro.

—Bueno, Thu —dijo—. Ahora estás en Asuat tan fuera de lugar como una joya en un montón de estiércol. Pero me recuerdas mucho a tu madre cuando la vi por primera vez. Has ascendido en el mundo, hija mía. Pasa.

Intercambió con desenvoltura algunas palabras con los guardias y me rodeó los hombros con un brazo pesado para llevarme al interior. Había hecho caso omiso de Ani y de la litera de Hui, depositada en la tierra apisonada de la plaza.

En cuanto entré en el pequeño y oscuro recibidor, mi madre voló hacia mí para sofocarme contra su pecho.

—¡Thu, mi princesita! ¡Has vuelto, estás bien! Ya no esperaba volver a verte. ¿Te han tratado bien? ¿Te has portado como debías? ¿Rezas tus oraciones con regularidad?

Olía a sudor, a hierbas y a pucheros. Me desprendí con dificultad para besarla en la mejilla morena.

—Estoy muy bien, madre —le respondí, sonriente—. Y como ves, me han tratado más que bien. Yo también me alegro mucho de verte.

Puso los brazos en jarras.

—¿Y qué es eso de que el Grande te invita a vivir en palacio? Sería mejor que volvieras a casa y trabajaras conmigo, Thu. El harén no es un buen lugar, por lo que me han dicho. A una inocente campesina como tú no puede sucederle allí nada bueno. Tu padre puede buscarte un esposo respetable aquí mismo. Y a propósito, ¿cómo llamaste la atención del Grande?

La pregunta estaba cargada de sospechas. Solté una carcajada.

—Oh, madre... Fui con mi maestro a palacio para atender al faraón, que tenía una enfermedad sin importancia. En cuanto al harén, estoy segura de que la Casa de las Mujeres es un sitio completamente seguro e irreprochable —dije—. Después de todo, ser la esposa de un dios es una cosa seria.

—La esposa, tal vez —murmuró lúgubrementemente—, pero la concubina...

—¡Basta ya! —le dijo mi padre con gesto áspero—. Trae el vino y las tortitas.

Mi madre hizo una mueca y murmuró algo por lo bajo. Después de dirigirme una sonrisa complaciente, desapareció. Me dejé caer en una esterilla del suelo y mi padre se sentó frente a mí, con las piernas cruzadas y clavándome una mirada reflexiva.

—Nada es como lo recuerdo —comenté, echando una ojeada a mi alrededor para quebrar la momentánea incomodidad que me invadía. No añadí que me horrorizaban su estrechez y su pulcra pobreza. ¿Cómo podía haber vivido allí sin darme cuenta de su miseria?

Mi padre enarcó las cejas.

—Es que has crecido mucho —se burló con suavidad—. Te he echado de menos, Thu. Pienso mucho en el día en que viniste a trompicones por los surcos de la siembra para aferrarte a mi muslo, suplicándome que te permitiera ir a la escuela. Yo no podía costear el gasto, claro, pero me equivoqué al pensar que no importaba. Subestimé tu inteligencia y tu aflicción. Si hubiera podido pagarte una educación, quizá te hubieras conformado con seguir junto a nosotros, en Asuat. —Pero en seguida negó con la cabeza—. ¡No, no te habrías conformado!

—No te lo reproches —le regañé—. Tú me comprendes, padre mío; por eso me permitiste ir al norte, con mi maestro. Os amo a todos, pero aquí habría sido muy desdichada.

—¿Y ahora eres feliz? ¿Serás feliz en brazos del faraón? ¿Quieres ser concubina, Thu? No soy yo el que debe decidir, sino tú. Tendrás mi apoyo en lo que desees.

Contemplé aquel rostro sereno, curtido por la intemperie, y comprendí la sinceridad de su amor.

—Ahora soy feliz —respondí lentamente—. En cuanto a la felicidad en

brazos del faraón, ¿quién sabe? Tal vez él sea muy feliz en los míos, tanto como para hacerme su esposa.

—Eso no puede ser —adujo mi padre con brusquedad—. Rara vez un rey se casa con la hija de un plebeyo, mucho menos con la de un campesino. En cualquier caso, ha sido sólo por un amor apasionado. Además, ¿qué sabes tú de complacer a un hombre, Thu? En el harén hay mujeres que han dedicado la vida entera a esos menesteres y aun así han sido descartadas. No dejes que tus sueños para el futuro se mezclen con las realidades del presente.

Por un momento se enojó, no sé por qué. Y yo me enfadé también, porque sus palabras me habían tocado en lo más sensible de mis fantasías secretas.

—No veo el fin de mi camino —dije—, pero tengo que recorrerlo. No puedo quedarme en un solo punto, por delicioso que éste sea. Quiero ver qué hay detrás del próximo recodo, ¡oh, padre mío!

Mi padre suspiró.

—Entonces, está decidido. ¿Has preguntado a tu maestro si continuará dándote alojamiento en el caso de que cambies de idea? ¿Te buscaría un esposo adecuado?

No pude disimular el leve estremecimiento que me agitó.

—No quiero un esposo vulgar. ¡Hay más gloria en pertenecer al dios viviente!

Mi madre había regresado y estaba distribuyendo las copas de vino y una bandeja con sus mejores golosinas. Varias veces había tomado aliento para intervenir en la conversación, pero no lo hizo. Sus ojos oscuros volaban del uno a la otra. Noté que ardía en deseos de hacer comentarios, pero se sentó a mi lado y bebió en silencio, aunque debió de resultarle muy difícil.

Quedaba poco que decir. El vino era fuerte y amargo; lo bebí con deleite. Conversamos distraídamente de una y otra cosa. Mi madre se fue animando al describir las últimas travesuras de las picaras hijas de nuestro sufrido arconte, pero entre los tres había cierta reserva. Traté de responder a las pocas preguntas que me hicieron sobre mi vida con Hui, pero me costaba usar un lenguaje que disimulara el profundo abismo existente entre el mundo de mi maestro y el de ellos. Por su parte, comprendían que los chismes de aldea ya no me interesaban. Todavía nos unían los lazos de la sangre y la familia, pero

poco más. En las pausas, dolorosamente incómodas, bebíamos el vino y mordisqueábamos las tortitas tan abnegadamente preparadas por mi madre. Por fin mi padre se levantó y me indicó que hiciera lo mismo.

—Ahora recibiré al vidente —dijo—. Puedes esperar fuera, Thu.

Su sonrisa restó rudeza a su orden. Obediente, salí al profundo rubor del crepúsculo. Mi padre habló con un guardia, que se acercó a la litera. Las cortinas se movieron y Hui salió del vehículo, siempre esclavo de sus lienzos. Intercambiamos una mirada. Luego, llamando a Ani con un movimiento de la cabeza, se aproximó a mi padre, que de nuevo estaba de pie en el umbral.

Me alejé hacia el río, utilizando el sendero por el que, de niña, tantas veces había huido. Los aldeanos seguían reunidos en la plaza, mirándome como ovejas degolladas. Me sentía terriblemente cansada debido a las tensiones de aquel regreso a mi casa, que ya no era mi casa. Noté que apenas uno de los guardias me seguía. Me detuve para quitarme las sandalias, que se me habían llenado de piedrecitas. Al incorporarme vi a Pa-ari. Estaba jadeante y tenía el faldellín recogido hasta los muslos.

—He venido corriendo desde el templo —explicó, soltando el extremo del faldellín. Recogió mis sandalias y echó a andar a mi lado—. Había un dictado que no podía esperar. Perdona. ¿Qué ha dicho padre? ¿Firmará el contrato? ¿Adónde ibas?

—Al río —respondí.

Al percibir lo ahogado de mi voz, me estrechó los dedos. Nos encontramos juntos en el ribazo del Nilo, apenas por encima del agua turbia y enlodada. Unos árboles raquíticos, detrás de nosotros, arrojaban largas sombras sobre el río. A su abrigo nos sentamos a conversar, mientras Ra lamía el horizonte. Rememoramos nuestra niñez y hablamos de los años que habíamos pasado separados. Pa-ari me contó cómo se había enamorado de Isis. Yo le describí a Disenk, a Hui, a Harshira y al general Paiis, pero al príncipe Ramsés y al faraón ni los mencioné. Pa-ari quiso saber cómo eran el Delta y la grandiosa ciudad de Pi-Ramsés. Le transmití mis impresiones lo mejor que pude.

El crepúsculo dio paso al anochecer. Al notar la discreta inquietud del guardia, me volví hacia él para decirle:

—Voy a pasar la noche con mi familia, pero estaré a bordo al amanecer,

cuando zarpeamos. Díselo al maestro, y pídele que me envíe a otro soldado como custodia.

El guardia se retiró con una reverencia. Pa-ari rio entre dientes.

—Das las órdenes con mucha desenvoltura, mi princesa libu —bromeó.

Me reí con él. Volvimos los ojos hacia la creciente oscuridad de la orilla opuesta, donde los colores del cielo se borraban poco a poco. En aquel rincón perdido, donde nada cambiaba, empezaba a descender la profunda paz del sur; sentí que mi cuerpo respondía, relajándose, y me recosté contra un árbol.

—Sólo aquí se siente el significado de la eternidad —dije, casi en un susurro—. Es una sensación limpia y sana, Pa-ari, que echo mucho de menos.

Pa-ari no respondió, pero sus dedos estrecharon los míos, haciéndome saber que había comprendido.

Cuando volvimos a la plaza nos seguía un guardia distinto; ya era noche cerrada y el leve resplandor amarillo de las lámparas parpadeaba en el vano de la puerta. Hui y su cortejo habían desaparecido. En cuanto crucé el umbral me saludaron el cordial olor de la sopa de lentejas y cebollas y el olor del pan caliente. La comida estaba servida sobre un impecable lienzo tendido en el recibidor; me dejé caer en la esterilla puesta ante mi plato, como siempre. Mi padre rezó las oraciones vespertinas frente al altar, doblando la espalda desnuda; su voz grave y el olor del aceite rancio para las lámparas se unieron para trasladarme muy atrás en el tiempo. La experiencia era desconcertante. Tuve la sensación de haber soñado una niñez allí mientras crecía en casa de Hui, de haber soñado que vivía en una pequeña aldea del sur, con un padre soldado, una madre partera y un hermano que estudiaba para escriba.

En el momento en que mojábamos el pan en la sopa entró un hombre; después de gruñir un saludo de compromiso, se instaló a mi lado y alargó la mano hacia la comida. Mi padre no nos presentó. Supuse que era el esclavo maxyes, pues tenía densa la barba y el fuerte pelo negro se correspondía con el vello del pecho. Comió deprisa y, al terminar, se levantó murmurando un «buenas noches». Luego llenó una jarra de cerveza con la garrafa puesta junto a la sopa y salió a la noche. Nadie se extrañó de su conducta.

Terminada la comida ayudé a mi madre a retirar y lavar los platos sucios. Después nos sentamos en el recibidor para conversar. Había amor en las sonrisas, en los viejos chistes familiares, pero también una reserva que no

podíamos romper. Antes de que se agotara el aceite en la única lámpara que mal iluminaba el recibidor, nos pusimos de pie, por un mudo acuerdo común, y me despedí de mis padres estrechándolos contra mí, en un paroxismo de afecto y remordimiento. Prometí escribirles con regularidad desde el harén y mi padre me encomendó ser honrada y responsable en todo lo que hiciera. Cuando se fueron, Pa-ari y yo entramos en el cuarto que tan alegremente habíamos compartido durante años.

Mi madre había puesto lienzo limpio en mi jergón, pero lo áspero de su trama me irritó la piel. El colchón parecía igualmente duro. El inflexible suelo de barro se me clavaba en los huesos de la cadera. Vagamente me llegaban las voces de mis padres, reconfortante susurro; después se hicieron intermitentes y acabaron por callar. La cerrada negrura no me permitía ver a mi hermano, pero sentía su presencia, como siempre, y alargué la mano para asir la suya. Durante un rato guardamos un silencio amistoso, hasta que él dijo:

—Supongo que, para verte otra vez, tendré que viajar a Pi-Ramsés. ¡Qué fastidio, Thu! ¿Y tendré que pedir permiso a todos los funcionarios del harén para que me permitan postrarme ante tu augusta Alteza?

Me reí al corregirle. De pronto, la añoranza desapareció; la noche era íntima, cálida y secreta como antes, cuando volcábamos el corazón en las confidencias. Las palabras surgieron con facilidad, quizá porque no podíamos vernos y porque los susurros no tienen edad. Las horas pasaron lentamente, mientras el lazo invisible que nos unía recobraba fuerza y firmeza. Pero no mencioné el motivo de la muerte de Kenna, aunque la necesidad de hacerlo era casi irresistible. No quería rebajarme a los ojos de mi hermano y estaba segura de que él no lo comprendería.

Se durmió justo antes del amanecer. Al oír su respiración rítmica me levanté y, después de inclinarme para darle un beso, salí sin hacer ruido. El aire todavía estaba pesado a causa del calor de la noche y la promesa de una mañana tórrida. Una luz pálida y delicada inundaba poco a poco la plaza desierta y los arbustos inmóviles y raquíticos que bordeaban el río. El hombre que montaba guardia bajo la sombra se apartó de la pared para seguirme; yo caminaba deprisa, con las sandalias colgando en la mano, sin mirar atrás.

Pronto despertarían con un bostezo y contemplarían, soñolientos, un nuevo día que les traería la rutina de siempre; trabajo y descanso, oraciones y chismorreos, asuntos de aldea y quejas de vecinos. Pero cuando mi madre

bajara al río con la ropa sucia, para meterse hasta las rodillas en el agua y golpear el lienzo contra las piedras, yo estaría descansando bajo el toldo del barco, mientras Egipto desfilaba ante mis ojos y Disenk preparaba la fruta para mi primera comida del día. Yo ya habría escapado.

Me esperaba sentada en la plancha. Cuando giré en el último recodo del camino y aparecí ante ella, se levantó para acercarse a mí a toda prisa; su inigualable carita brillaba de placer. Pero ante mi sayo sucio y arrugado, mi pelo en desorden y mis piernas polvorientas se detuvo en seco, con los dedos agitados en un revoloteo de inquietud.

—¡Disenk! —llamé. De repente sentí deseos de abrazarla, por el alivio de ver el barco todavía amarrado—. ¿Llego tarde?

El timonel ya estaba montando el timón en la popa; alrededor de la plancha y de las amarras que nos sujetaban reinaba una decidida actividad.

—¡Tus pies! —gimió Disenk—. ¡Mira eso! ¡Y con lo seco que está ese polvo! Te estropearás la piel. ¡Oh, Thu!

—Pero tú haces magia, Disenk —repliqué en tono alegre, mientras subía corriendo por la plancha—. Basta con uno de tus hechizos para que todo se arregle.

La dejé pidiendo agua en la popa y me deslicé al interior de la cabina. En ese momento el capitán dio una orden que resonó contra el pilón del templo, y el barco dio una sacudida. Zarpábamos.

Al dejar caer la cortina para acercarme al camastro percibí el perfume de jazmín de Hui, que flotaba denso y dulce en la cabina. Neferhotep, que ya estaba atareado, me saludó con un movimiento de cabeza y siguió preparando las abluciones matutinas de Hui. Me senté sobre las sábanas. Hui todavía no estaba del todo despierto. Le planté un beso en la boca y me dirigió una mirada soñolienta. Luego sonrió dulcemente.

—¿Y bien? —dijo.

—Te amo, Hui —respondí—. Y estoy lista para volver a casa.

CAPÍTULO 13

El verdadero regreso a casa fue mi llegada a la finca de Hui. La majestuosa figura de Harshira ante el pilón de entrada me llenó de gozo; corrí por la plancha para abrazarlo. Harshira se desprendió pronto de mi abrazo con aplomo y me dedicó una sonrisa grave.

—Bienvenida seas, Thu —dijo—. Confío en que los dioses hayan bendecido tu viaje con paz y éxito.

—Gracias, Harshira —respondí, feliz—. ¡Cuánto me alegra volver a verte!

Sin esperar a Hui, crucé el pilón a todo correr, casi patinando en el sendero que llevaba a la casa. Saludé mentalmente a cada rama, a cada arbusto podado, como si fueran viejos amigos. Frente al altar del jardín me aparté del camino para rezar una breve plegaria a Thot y besar los pies del dios; luego continué a toda prisa hasta el patio, donde los hombres custodiaban las puertas con columnas, y entré para subir a mi querida habitación.

Olía vagamente a azafrán; las intermitentes ráfagas de aire caliente que bajaban por el tragaluz introducían un sutil aroma a huerto y a frutales, fragancia que yo había dejado de notar durante mi estancia allí. Me eché boca abajo en el diván, sepultando la cara en la frescura del lienzo limpio y en la blandura de los almohadones. Oí que Disenk entraba, seguida por los sirvientes que llevaban mi arcón de viaje. Tras un largo suspiro de satisfacción, me incorporé para decirle:

—Disenk, ¿crees que se me permitirá nadar un poco?

Disenk ya había abierto el arcón y estaba sacando mis sayos y mis cintas.

—Claro que sí, Thu. Ahora se te permite ir y venir a tu antojo dentro de la casa y los jardines —dijo—, pero llama a los portadores de doseles, por

favor. No será fácil reparar los daños que han sufrido tu pelo y tu piel con el clima del sur.

—Tienes mucho tacto —comenté—. En realidad, te refieres a los daños que les he causado con mi conducta irresponsable. Pero me ha ido bien, Disenk, andar descalza junto al río y sentarme con mi hermano en el polvo, bajo los sicomoros.

Disenk elevó la naricita, sin responder.

Después de cruzar la piscina a nado varias veces, me senté en el césped, observando los insectos que revoloteaban a mi alrededor; más tarde me sometí a los aceites y pociones de Disenk, y al atardecer, maquillada y vestida, bajé para una succulenta comida con Hui, en el exquisito cuarto en que me había presentado a sus amigos. Mientras comíamos y bebíamos, acompañados por la música de su violista, me dijo que el rollo firmado por mi padre ya se había enviado a palacio; era probable que pasados unos días el guardián de la Puerta despachara un mensaje de respuesta. Tragué sin masticar bien el pescado asado que acababa de llevarme a la boca y lo miré con fijeza, vagamente ofendida.

—¿El guardián de la Puerta? ¿El funcionario que administra el harén? ¿Por qué no ha de ser el mismo faraón quien envíe la respuesta?

—Porque todavía no eres tan importante para el Toro Potente —fue la brutal respuesta—. Eres una joven que le llamó la atención y le intrigó con sus conocimientos de medicina, pero estás lejos de ser fuego en sus pensamientos. —Al ver mi expresión indignada hizo un gesto de impaciencia—. He dicho «todavía» —aclaró—. ¡Por los dioses, Thu, qué alta opinión tienes de ti misma! Pero es mejor así. No conquistarás al faraón con una actitud dócil y sumisa. Casi todas sus concubinas poseen en abundancia esas dudosas cualidades; por eso son sólo un capricho pasajero para nuestro rey. Si ahora no le resultas importante, ya lo serás. Depende de ti.

Rechacé los dátiles con miel que me ofrecían, porque se me había quitado el apetito. En cambio, levanté la copa de vino.

—Háblame de él, Hui —supliqué.

Mi maestro sumergió los dedos en el cuenco de agua y apartó la mesa para recostarse en los almohadones.

—Ra-messu-pa-Neter —dijo lentamente—: Ramsés el dios. Jamás cometes el error de subestimarlos, Thu. Pese a todos sus defectos, no es estúpido. Si Setnajt hubiera vivido para cumplir con todo lo que deseaba para Egipto, habría sabido poner a raya a los sacerdotes, una vez hubiera logrado un adecuado equilibrio de Ma'at, mediante un convenio con ellos. Pero murió. Cuando su hijo pudo, por fin, descartar las amenazas de invasión que lo mantuvieron ocupado durante los once primeros años de su reinado, ya era demasiado tarde: la economía de Egipto estaba en manos de los sacerdotes y Ramsés no sabía cómo solucionarlo.

Yo había escuchado con atención las palabras de Hui, pero ahora no le quitaba ojo. De repente, lo vi muy cansado, con los párpados hinchados, acentuadas las arrugas de su pálido rostro.

—La estabilidad de Egipto pende de un hilo —concluyó—. En nuestras minas auríferas de Nubia merma el rendimiento. Nuestros administradores son personas extranjeras, que se interesan más por sus cargos que por el bien del país. Amón reina a sus anchas en Tebas, sin que nadie le prive de esta supremacía, pues el faraón rara vez va por allá. A esto nos enfrentamos. Contra esto queremos que luches.

En aquel momento me sentí muy pequeña e impotente. ¿Qué podía hacer yo sola para detener una decadencia tan completa, para influir sobre un hombre como él?

—¿Y el príncipe Ramsés? —pregunté con timidez, no del todo desinteresadamente—. Él podrá hacer algo.

La voz debió de traicionarme, porque Hui me clavó una mirada escrutadora.

—Conque te has enamorado de nuestro apuesto principito, ¿no, Thu? ¡Cuidate! Ramsés es un solitario. Pasa mucho tiempo a solas en el desierto, cazando, conduciendo su carruaje o en comunión con los dioses. ¿Quién sabe? Mantiene en secreto sus pensamientos, aunque tiene veintiocho años, no tiene más que una esposa y unas cuantas concubinas. En cuanto a su política, nadie le ha oído una declaración a favor o en contra de los métodos de su padre. ¡Que no se te ocurra seducirlo! Desde el momento en que tu padre firmó ese escrito perteneces al faraón y sólo a él; si entregas tu cuerpo a otro hombre te condenas a muerte.

Aquella exigencia no se me había ocurrido. En realidad, no había meditado a fondo acerca de las implicaciones de la lisonjera propuesta de palacio. Tenía una vaga idea de que las concubinas gozaban de más libertad que las esposas, pero, por lo visto, no era así. Esto no era un acuerdo de conveniencia entre aldeanos, sino un contrato con el dios viviente; cualquier niño que naciera debía ser reconocido sin lugar a dudas como vástago del rey. Me vi atada a aquellas carnes flojas hasta que la muerte se llevara a uno de nosotros y, de pronto, la perspectiva me horrorizó. Abandoné la mesa para arrastrarme hasta Hui y apoyar la cabeza en su regazo, buscando con los dedos sus firmes y recios muslos.

—No creo ser capaz de hacer todo esto, Hui —susurré contra su piel blanca y caliente—. Deja que me quede contigo.

Hui me apartó con ternura. Luego me dio una sacudida, diciendo:

—Ya es demasiado tarde. Y puedes hacerlo, Thu. Estoy seguro. Haz que dependa de ti en lo que a la salud se refiere. Y también sexualmente. Sé agresiva y directa. No te acerques a él con la mirada gacha. Eso hacen las otras, convencidas de que es lo que desea. Es lo que desea, sí, pero no lo que necesita.

—No sé cómo actuar con un hombre —balbuceé—. No sé qué hacer.

Hui me puso una mano en la nuca para atraerme bruscamente hacia sí. Sus ojos me miraban con dureza, fijamente.

—Válete de tu intuición, sigue tu instinto —dijo con dureza—. Me gustaría poder enseñarte, pero no me está permitido. Debes llegar virgen a él.

Tal vez si yo no hubiera hecho aquel involuntario movimiento de oscilación bajo la presión de su mano, él habría mantenido el dominio sobre él mismo. Pero al moverme, abrió la boca y descendió hacia la mía con una fuerza que me impresionó; respondí con una instantánea excitación y le eché los brazos al cuello, hundiendo los dedos en su hermosa cabellera blanca. Sabía a vino y canela. Su lengua me sondeaba, caliente, lanzando oleadas de estímulos por mi cuerpo; pujé contra él hasta que nuestros cuerpos se encontraron. Musitó unas palabras, deslizando una mano por mi columna. En aquel momento se oyó una tos discreta. Nos separamos, jadeantes. Allí estaba Harshira, con su semblante inescrutable.

—Ha venido el general Paiis, maestro —dijo.

Hui se pasó una mano trémula por la boca.

—Hazlo pasar. —Levantó la taza y bebió largamente, sin mirarme.

Paiis entró con paso rápido, saludando sonriente; luego chasqueó los dedos y los sirvientes corrieron a ofrecerle un refrigerio. Dejándose caer en los almohadones que yo había desocupado un momento antes, nos miró con aire escrutador.

—Bueno, princesita, esta noche estás realmente apetecible —comentó—. Casi compadezco a nuestro rey, pues en cuanto sucumba a tus encantos será tu prisionero para siempre.

—Eres muy amable, general —logré decir, demasiado consciente de que Hui tenía una rodilla muy cerca de la mía, de que su pecho seguía subiendo y bajando con celeridad, de que su hermano evaluaba con astucia la situación.

—No es amabilidad —repuso Hui—. Lo que dice es la verdad. Ten confianza, Thu mía. Y ahora corre a tu diván, como una niña buena, pues necesito conversar con mi hermano.

Obedecí en el acto, aliviada, y me despedí de ambos con una reverencia. Me sentía muy torpe, toda brazos y piernas solamente.

—Y bien, Hui —oí decir al general, mientras salía—. ¿El padre ha aceptado? Claro. Esta niña causará sensación en el harén. ¡Qué lástima!

La puerta se cerró detrás de mí, ocultándome la respuesta de Hui. Sonrojada, agitada y con el pelo revuelto, las palabras de Paiis resonándome en la mente, volví al santuario de mi cuarto. «¡Qué lástima!» Una lástima... Pero fijé mi atención subconsciente en la imagen del príncipe Ramsés, alto y glorioso. Cuando Disenk acabó de desvestirme, ya me había serenado.

En los días de paz que siguieron, volví a trabajar con Hui, retomando con facilidad nuestra rutina de dictados, consultas y preparación de ungüentos y pociones para sus escasos pacientes. Del beso salvaje que habíamos compartido de manera impulsiva aquella noche a nuestro regreso, no decíamos nada. Hui se comportaba como si nunca hubiera sucedido; por lo tanto, yo hacía lo mismo. Sin embargo, el recuerdo me acosaba. Hice cuanto pude por reemplazar la boca ardiente de Hui, el contacto de su carne dura, la llamarada de lujuria en sus pupilas rojas, por la imagen del príncipe Ramsés. Me inquietó comprobar que era imposible.

En más de una ocasión, mientras me revolvía en el diván, dejando correr las horas de la noche, estudié la posibilidad de enfrentarme a Hui sobre estas cuestiones. Podía envolverme en un lienzo transparente, untarme de aceites perfumados y escurrirme en su alcoba para seducirlo. De algún modo se podría resolver lo del contrato con el faraón. Hui y yo estábamos llenos de inventiva. Pero el miedo a que me rechazara me impedía llevar a cabo el intento. Empezaba a comprender que su deseo más intenso no se centraba en mí, sino en el retorno a la prosperidad de Egipto, con el Ma'at restaurado en su centro. Había decidido utilizarme para su plan y no se dejaría disuadir.

Mientras trabajábamos en su oficina, seguía informándome sobre el carácter del faraón, sus preferencias, sus prejuicios, sus tolerancias. Empleaba su antiguo método de hacerme repetir todo lo que él hubiera dicho. No pasó mucho tiempo sin que yo tuviera la sensación de conocer al Horus de Oro mejor que sus mismas esposas. Hui también me enumeraba las dolencias del rey y los tratamientos que se le habían aplicado, a fin de que yo no cometiera errores si se me llamaba para examinarlo. De la vida en el harén me contó poco, aunque yo insistía en preguntar.

—Será mejor que tú misma te formes tus propias opiniones —me dijo—. La vida en el harén no se diferencia mucho de la vida en cualquier otra parte. Puede ser placentera u horrible, depende de ti. —Había estado moliendo semillas de canela, cuyo aroma suave y refrescante llenaba la habitación. Después de una pausa añadió, sin mirarme—: Recuerda que sólo tienes que comer las vituallas que sean comunes a todas, lo que veas comer a las otras mujeres o lo que Disenk te prepare con sus propias manos. Cuanto más te prefiera el faraón, más celos despertarás a tu alrededor. No toques el vino ni la cerveza, pues son demasiado fáciles de contaminar. Yo te enviaré jarras con vino de mis propios viñedos.

Las semillas de canela eran ya poco más que un polvo pardo. Hui lo vertió con cuidado en una redoma y se volvió hacia mí.

—Aprende a conocer a las mujeres importantes, Thu. Explora su carácter, sopesa su influencia, determina cuáles serán tus rivales, elige a tus amigas con cuidado y no confíes más que en Disenk. Hunro, la hermana del general Banemus, también es concubina. Búscala porque creo que encontrarás en ella a una digna aliada.

—Me pintas un futuro muy tenebroso, maestro —dije con voz trémula—,

además de solitario. ¿Me reiré alguna vez en la Casa de las Mujeres?

Aquel débil intento de bromear no le arrancó siquiera una sonrisa. Me clavó una mirada triste y hasta lúgubre.

—Te visitaré con regularidad —prometió—. Me llaman a menudo desde el palacio o desde el harén. Si enfermas, avísame en seguida. No permitas que te atienda el médico de las mujeres. Continúa practicando los ejercicios que te ha enseñado Nebnefer y, por encima de todo, no sucumbas a la peligrosa laxitud que invade a tantas mujeres. —Se pasó una mano por la densa cabellera, suspirando—. Te las arreglarás muy bien, rebelde hija mía —dijo, melancólico—. En el cuenco de aceite he entrevisto parte de tu éxito.

Eso despertó mi atención.

—¿Has visto por mí, Hui? ¿Has logrado, cuanto menos, adivinar mi futuro?

—He dicho que algo he entrevisto —me reprochó—. Tu destino no está claro, ambiciosa mía, pero te he visto cubierta de joyas, del brazo del faraón, y todos sus cortesanos te rendían pleitesía. No estarás sola mucho tiempo.

Pese a lo halagüeño de su pronóstico, detecté una rara tristeza en su voz.

—Lamentas perderme —dije con suavidad—. Todavía estamos a tiempo, Hui...

Me acalló con un gesto brusco.

—Ha pasado tu aniversario —me interrumpió—. Ya tienes quince años y te has comprometido con el faraón. Además, te conozco muy bien: sé que si permanecieras en esta casa no podrías satisfacer tus ambiciones innatas. Toma tu paleta. —Me apresuré a hacerlo y me dictó—: Una parte de canela, tres partes de miel, tres partes de aceite de aceituna triturada...

El tema estaba zanjado.

Pasaron dos semanas. Llegó otra vez el día de Año Nuevo, el tórrido día de la Estrella del Perro. Se festejaba en todo Egipto y en la casa de Hui no se realizaba ningún trabajo. Hui había ido a Pi-Ramsés, para consultar con el oráculo del templo de Thot, cuyo mes acababa de empezar. Quería conocer las predicciones para el año siguiente. Habría un gran festín para todos los amigos de Hui y sus esposas. Aquella tarde, al regresar de un paseo por el jardín, pletórica de entusiasmo y expectación, encontré todos mis baúles

abiertos y a Disenk atareada en medio de un colorido caos. Mis vestidos estaban amontonados en el diván; mis sandalias, esparcidas por el suelo; las cintas para el pelo, las joyas y otras menudencias llenaban la mesa. Me detuve en seco.

—¿Qué significa esto, Disenk?

Saludó mi presencia con una inclinación; tenía la frente algo fruncida.

—Ha llegado un mensaje de palacio —replicó, distraída—. Mañana por la mañana tienes que presentarte al guardián de la Puerta. Estoy preparando tu equipaje, pero no encuentro el manto de lana largo que el maestro te regaló el pasado *Mejir*.

Me dio un vahído y tuve que sentarme, trémula, en una de las sillas. Hasta aquel momento no había asumido la realidad de mi situación, pero al ver que mi servidora ponía en el baúl un montón de túnicas plisadas me atacó el terror. «Mañana», había dicho. Y ya caía la tarde. Pronto se pondría el sol. ¡Tendrían que haber avisado con más antelación! ¿No sabía el guardián que yo necesitaba tiempo para despedirme de aquella habitación querida, horas enteras para arrodillarme ante la ventana, en la oscuridad, diciendo adiós a la silueta de los árboles contra el cielo nocturno, a la luz de las lámparas que muchas veces caía al patio desde la oficina de Harshira, al silbido del aire que salía disparado por el tragaluz y que venía a agitar mis sábanas cuando yacía en el estupor de *Shemu*? Luché ceñuda con mi pánico.

—No he visto ese manto desde que se me enganchó en una rama y te lo llevaste para remendarlo —dije con desesperada calma—. No guardes todavía el sayo amarillo, Disenk. Quiero llevarlo en el festín de esta noche.

Disenk me dirigió una mirada compasiva y continuó con su tarea.

—Lo siento, Thu —dijo—, pero el maestro ha dado órdenes de que no asistas.

—¿Qué? —exclamé atónita y conteniendo la respiración—. ¿Por qué?

—Porque debes tomar una comida ligera y acostarte temprano, a fin de que mañana te presentes fresca y hermosa ante el guardián. El maestro lo lamenta.

¡El maestro lo lamenta! Estaría abajo, en el salón de los banquetes, lleno de flores, con ricos manjares y perfumados vinos, con multitud de gente

dedicada a reír y a festejar, riendo y festejando él también sin pensar siquiera en mí, que por la mañana sería arrancada de mi casa. No cometí la imprudencia de discutir: guardé silencio, mientras Disenk iba y venía. Poco a poco, el caos fue desapareciendo y los arcones quedaron cerrados. La luz del cuarto iba adquiriendo un rojo sombrío. Me pareció ominosa y abracé su mensaje sin decir nada. El fin de un día. El fin de mi juventud. El fin de mi relación con Hui.

Pasó la noche entera, larga y miserable, sin que él viniera a verme. Oí la llegada de los invitados, litera tras litera, cargadas de personas alegres, pero no me levanté a observarlos. Me llegó con claridad la voz de Paiis, grave y característica; también me pareció reconocer los tonos leves y delicados del canciller Mersura; los otros eran visitantes desconocidos, dedicados al placer. Traté de permanecer despierta, pensando que, cuando todos se hubieran ido, Hui se sentaría un rato a mi lado para consolarme un poquito, darme nuevos consejos e incluso compartir algunos de nuestros recuerdos comunes. Pero fue inútil, acabé adormeciéndome hasta caer en un sueño más profundo. La aurora llegó de modo inexorable, pero llegó sin él. Entró Disenk para levantar la esterilla de la ventana y puso fruta y agua junto al diván.

—Hace una hermosa mañana —dijo en tono alegre—. El río está creciendo. Isis ha llorado.

No respondí. Por lo que a mí concernía, el Nilo podía continuar creciendo hasta anegarnos a todos.

Me vistió con un reluciente sayo de lienzo blanco, me puso una névea cinta en el pelo y sandalias blancas en los pies. Después de pintarme la cara con mucho cuidado, me adornó con joyas de plata: brazaletes, una cadena para el cuello y un pendiente largo, del que se balanceaba una flor de loto. Luego me pintó con alheña los labios, las palmas de las manos y los pies. Mientras esperaba sentada a que se secara la tintura, los sirvientes llegaron para bajar mis baúles. Uno de ellos recogió la pequeña caja de cedro, regalo de mi padre, pero lo detuve con un grito:

—¡Eso no! Déjalo a mi lado, aquí en la mesa; yo lo llevaré. ¡Disenk, pon dentro mi estatua de Uepuauet!

Al ver que el hombre consultaba a mi servidora con la mirada, me irrité súbitamente.

—¡Haz lo que te digo! —grité—. ¡El ama soy yo, no Disenk!

El hombre se disculpó con un murmullo y una reverencia, con las palmas hacia arriba en ademán de sumisión. Yo temblaba de ilógica ira. En el momento en que me devolvía la caja, el macizo corpachón de Harshira se irguió en el umbral de la puerta.

—¿A qué se debe este alboroto? —inquirió—. No compliques las cosas, Thu. El maestro espera abajo. ¿Estás lista?

Arrebaté mi preciosa caja y me puse en pie.

—No estoy complicando las cosas, Harshira —le espeté—. Y me gustaría recordarte que ahora soy concubina real. Y como tú no eres el administrador del faraón, ya no tienes autoridad sobre mí.

Aquel estallido de rabia no pareció perturbarle; simplemente prescindió de él y, apurando a los sirvientes con un chasquido de los dedos, se meció hacia atrás sobre los talones, plantando los enormes puños en las caderas. Cuando maniobraban con el último arcón para sacarlo al pasillo, con Disenk dando trompicones tras él, Harshira me miró enarcando las cejas oscuras. Entonces reuní toda mi dignidad para pasar a su lado con aire altanero, sobreponiéndome a las emociones de tantos meses transcurridos en aquella casa. Ya abajo, crucé la entrada para salir a la chispeante luz del sol. Allí esperaba Hui, junto a mi litera, bajo un dosel protector. Los sirvientes iban desapareciendo con los baúles en dirección al río; supuse que un barco los transportaría a toda prisa a palacio. Obedeciendo una indicación de Harshira, Disenk subió a la litera y se instaló entre los almohadones. Yo me acerqué a Hui. Tenía mal aspecto, con un tinte grisáceo en el semblante y los ojos hinchados.

—Anoche no fuiste a verme —dije, y se me hizo un nudo en la garganta. Eran palabras muy distintas de las que pensaba decir. Lo que restaba de mi enojo anterior confería una amarga aspereza a mis palabras.

—No me pareció prudente —respondió con sencillez casi humilde. Al ver que no me calmaba con falsas excusas, mis defensas desaparecieron. Señaló la litera con la cabeza—. Te he preparado una selección de hierbas; también te he puesto un mortero con su mano y algunas redomas. Si necesitas algo más, pídelo. Anímate, pequeña Thu. Esto no es una despedida.

—Oh, claro que lo es, queridísimo Hui —susurré—. Ya nada será como

antes. —Alargué la mano para acariciar la trenza de color marfil que le colgaba sobre el hombro. Luego subí a la litera y me recliné junto a Disenk—. ¡Corre las cortinas! —ordené ásperamente a Harshira.

Harshira obedeció. Por un instante su cara casi rozó la mía; entonces sonrió, diciendo en voz baja:

—Que los dioses te den prosperidad, pequeña.

Luego Disenk y yo nos quedamos solas en medio del resplandor filtrado del sol. Hui dio una orden y nuestra silla se elevó con una sacudida. Estábamos en marcha.

No sentí ninguna necesidad de contemplar la casa. No quería saber si Hui me seguía con la mirada hasta el final. No quería ver la bonita fachada de la casa, poco a poco oscurecida por el follaje verde del jardín, ni el tráfico del lago.

Disenk y yo cruzamos en silencio la sombra del pilón de entrada. Eché un vistazo a su sereno perfil; ella aceptaba los meandros del destino. Mientras estudiaba su aristocrática nariz y la fina tez de su mejilla pintada, me dije que la menor mancha en mi sien la habría afligido más que cualquier cambio repentino de su suerte. En aquel momento admiré su aplomo, que disipó en parte mi depresión.

—¿Conoces el interior del harén, Disenk? —le pregunté.

Disenk asintió.

—He tenido oportunidad de visitar la Casa de las Mujeres con la dama Kauit, cuando visitaba a su amiga, la dama Hunro —me dijo—. Es un lugar maravilloso.

Hui también me había mencionado a la dama Hunro, hermana de Banemus, pero yo pensaba en otra persona.

—El guardián de la Puerta —pregunté—, ¿cómo es?

Disenk hizo una pequeña mueca.

—Es la persona más importante de ese lugar. Si el faraón no elige a una mujer con la que dormir, al guardián le corresponde escoger a una. Por lo tanto, todas las mujeres rivalizan entre sí para llamar su atención y tenerlo contento. Maneja el harén con mano firme. Incluso las Grandes Esposas

Reales deben tratarlo con deferencia. Salvo la Dama de las Dos Tierras, claro, que reina sobre todos.

Digerí aquella información, pensativa, mientras continuábamos la marcha. Los ruidos del camino llegaban amortiguados hasta mí. Apenas les presté atención hasta que cesaron bruscamente en un giro hacia la derecha. Una voz ordenó que nos detuviéramos y uno de nuestros guardias obedeció.

—Estamos al pie de la escalinata real —dijo Disenk. Y se volvió hacia mí para inspeccionarme con una ojeada. Luego apartó la vista, obviamente satisfecha.

«Me siento como una mercancía expuesta en el mercado», pensé, ceñuda, «y se supone que debo estar entusiasmada y agradecida por este supremo cumplido. Cualquier otra joven lo estaría. El problema es que tengo demasiado orgullo. Pero juro que algún día será el faraón el que se sienta agradecido».

De nuevo una voz ordenó a la litera que se detuviera; luego la litera viró hacia la izquierda.

—Levanta la cortina —dije a Disenk.

Disenk la ató hacia atrás. Me encontré frente a un bosquecillo de sicomoros y acacias. Entre los troncos centelleaba el agua de un gran estanque. Íbamos por un camino pavimentado, bordeado a intervalos regulares por soldados shardanas que vestían la librea imperial azul y blanca. La litera se detuvo y descendió. Me apeé con toda la elegancia que me fue posible, seguida por Disenk.

Estábamos frente a un pilón fuertemente custodiado, abierto en una pared alta y maciza. Me volví. Mucho más atrás, el sendero se unía al borde del vasto embarcadero extendido ante la escalinata. Entre los árboles distinguí la senda que conducía directamente a palacio. Disenk y yo estábamos en el sendero de la izquierda.

Uno de nuestros guardias, que tenía un rollo en la mano, se aproximó a sus conmlitones del pilón para presentarlo. Lo vi pasar de mano en mano hasta que desapareció. Pronto debió de llegar algún mensaje, pues nuestro guardia me hizo una ceremoniosa reverencia y, señalando con el pulgar a los portadores de la litera, partió por donde había llegado, seguido por los otros. Los hombres del pilón hicieron una seña. Disenk y yo nos adelantamos hacia

el interior del harén.

A la izquierda había más árboles y una extensión de césped, muy lozano y bien cuidado, salpicado de matas y con un gran estanque oval, en cuya superficie se mecían lirios de agua y lotos. Los lotos no estaban en flor, pero los lirios habían abierto pétalos de color rosado entre los lechos de las hojas oscuras y planas. Por encima de ellos revoloteaban mariposas de un color esmeralda iridiscente; se oía el croar de las ranas en las charcas fangosas junto al lago.

En las márgenes del jardín, hacia delante, se levantaba un muro de ladrillos con una escalinata exterior que conducía a una azotea. Ofrecía una perspectiva fresca y sombreada, pero no tuve tiempo para apreciarla plenamente. Siempre cargando con mi caja de cedro, vi que un hombre se acercaba a nosotras, con el faldellín azul ceñido contra los tobillos; presentaba brazaletes de oro en los brazos y llevaba una peluca negra que le caía sobre los hombros en intrincadas ondas. Impasible, clavó en mí sus ojos oscuros, densamente pintados con *kohl*. Resultaba imposible determinar cuántos años tenía. Aunque no era joven, se movía con tanta desenvoltura y con tanta autoridad que muy bien podría tener cualquier edad. En la mano llevaba el rollo entregado por nuestro guardia. Hizo una breve inclinación. Una piedra cuadrada de jaspe, único adorno de la diadema de oro que le cruzaba la frente, proyectó un melancólico resplandor rojo hacia mí, alcanzada por la luz del sol.

—Te saludo, Thu —dijo con voz serena—. Soy Amonnajt, guardián de la Puerta. El Horus de Oro ha querido otorgarte sus favores. Eres muy afortunada. Sígueme.

Sin esperar mi respuesta, giró sobre sus pies, lujosamente calzados, y echó a andar. Disenk y yo trotamos tras él: yo, abrazada a mi caja; Disenk, acunando las medicinas que Hui había reunido para mí. Me afligió sentirme tan insignificante.

Estábamos en un sendero estrecho que circulaba entre dos muros muy altos. En el extremo opuesto distinguí otra pared donde el sendero parecía perderse. Nuestras pisadas resonaban suavemente, mezclando su sonido con otros ruidos, al principio leves, pero que fueron haciéndose más claros: eran gritos y algarabía de niños que jugaban y un continuo chapoteo de agua en el estanque. Hacia la mitad del sendero, de forma súbita se abrió a nuestra

derecha un portón que me dejó ver un pasillo oscuro, también amurallado por ambos lados y, en el extremo opuesto, la silueta en penumbra de un guardia plantado ante una enorme puerta cerrada. Amonnajt, sin mirar ni a un lado ni a otro, siguió andando hasta detenerse frente a otro portón instalado a la izquierda. Lo abrió y nosotras le seguimos, obedientes.

No sé qué esperaba encontrar allí. Supongo que me había imaginado que el harén sería un lugar muy parecido a la casa de Hui, aunque más grande: una elegante serie de habitaciones soleadas y amplios pasillos, poblados de sirvientes de pisadas ligeras y silenciosas mujeres perfumadas. El espectáculo que vi fue una desagradable sorpresa. Un pasillo muy corto conducía a un amplio patio cubierto de césped, en el que se elevaban algunos árboles. En el centro, había una gran taza de piedra, a la que una fuente vertía arcos de agua centelleante. Muchos niños desnudos chapoteaban bajo los chorros y saltaban el bajo borde del estanque donde tan pronto entraban como salían; alrededor, sentadas o tendidas a la sombra de los árboles o de doseles de gasa, de dos en dos o formando pequeños grupos, las mujeres vigilaban a los niños y conversaban animadamente. Alrededor del patio se hallaban las celdas; por encima de ellas, accesible por la escalinata del rincón izquierdo, había un segundo piso de celdas techadas, que daban a una estrecha galería donde era posible asomarse para contemplar la escena que se sucedía abajo. El patio, claro, no estaba techado.

Amonnajt siguió andando por el lado derecho del prado, dejando atrás varias puertas pequeñas, unas abiertas, otras cerradas. Nuestro paso despertó poco interés. Algunas de las mujeres nos miraron, pero pronto volvieron a concentrarse en sus quehaceres. Los niños, sumidos en el puro placer del agua fresca contra la piel desnuda, no nos prestaron ninguna atención. Por fin, el guardián giró en redondo, señalando una lóbrega entrada.

—Ésta es tu habitación, Thu —dijo con indiferencia—. El vidente ha pedido que se te alojara con la dama Hunro y lo he cumplido así. Tu servidora estará con las otras mujeres de su misma posición, en el edificio que se halla al otro extremo del sendero por el que hemos venido. Si la necesitas, hay mensajeros que circulan entre las celdas y el resto de los edificios. Desde luego, si lo prefiere, puede dormir en el suelo de tu habitación.

Chasqueó los dedos y en seguida apareció una joven. Hizo una reverencia y se quedó en actitud expectante.

—Lleva a esta servidora personal a su alojamiento —le ordenó el guardián.

Pasé junto a él. La celda era pequeña, casi estrecha. No había ventanas. Los dos divanes estaban instalados contra sendas paredes opuestas, flanqueados por dos mesas. No cabía duda de que un lado de la habitación estaba ocupado, pues en el espacio que el diván dejaba libre había arcones, algunos efectos personales y un pequeño altar cerrado. El mobiliario era simple y funcional, y había muchos almohadones y lienzos limpios, hasta donde se podía apreciar. Pero me quedé horrorizada. Disenk había desaparecido.

—Tu servidora regresará de nuevo en cuanto haya visto su cuarto —me dijo Amonnajt—. Si tienes alguna inquietud o queja que expresar, puedes dirigirte a Neferabu, el administrador que está al cargo de este sector de la casa. En el otro extremo del patio hay dos casas de baños.

Hizo ademán de retirarse, pero yo lo cogí por un brazo.

—Esta celda no es adecuada —dije, con la voz trémula por la indignación y el miedo—. No quiero compartirla con otra mujer; además, es demasiado pequeña. No estoy acostumbrada al ruido constante que esta puerta no amortigua; por otra parte, como no hay ventanas, no habrá luz si se cierra la puerta. ¡Exijo un cuarto para mí sola, Amonnajt!

Por primera vez vi una emoción en sus ojos, que centellearon sorprendidos.

—Lo lamento, Thu —dijo, sin indicio alguno de lamentarlo—, pero las habitaciones individuales están reservadas para las concubinas favoritas del Toro Potente. Y algunas de éstas tampoco tienen ventanas. Cuando hayas sido ascendida a esa excelsa posición, tendré el placer de acompañarte a un alojamiento más saludable.

Lo miré fijamente unos instantes; sentía deseos de llorar, de volver a mi casa, muy consciente del ruido de voces, risas y gritos infantiles. Algunas de las mujeres más cercanas habían dejado de hablar para observarnos con curiosidad. Reuní todo el coraje del que fui capaz.

—En ese caso deseo presentar mi primera queja —dije con dignidad—. Y no lo haré ante Neferabu, sino ante ti, guardián de la Puerta. Esta celda es como un pesebre para ganado, pero yo no soy una vaca. No formo parte del

rebaño. No tengo intención de permanecer aquí, mascando pienso eternamente. ¡Recuérdalo!

El guardián me hizo una reverencia.

—Lo recordaré —dijo, sin alterarse—, pero permite que te dé un consejo. Mi obligación es conservar en el harén la calma y el orden. La comodidad de las mujeres es mi segunda ocupación; la primera, que el Señor de las Dos Tierras esté satisfecho dentro de sus dominios. Cualquier mujer que provoque escándalos o trifulcas es tratada con severidad. No hay excepciones. —Sin previo aviso sonrió; el gesto le transformó la cara—. No te crees enemigos aquí dentro, Thu. Date algo de tiempo para habituarte a la casa y para descubrir sus compensaciones. Mira a tu alrededor y verás que tienes muchas ventajas sobre las otras. Utilízalas correctamente y guárdate tus opiniones. ¿Qué te importa sacrificar un poco de lujo, oh, milagrosa campesina de la sorprendente Asuat, si puedes cautivar el corazón del dios viviente? Tú decides.

Giró sobre sus talones y salió; durante el trayecto, iba deteniéndose para dirigir una palabra a ésta, una sonrisa a otra. Yo le observaba, no muy convencida. Ya sentía una nostalgia lamentable.

Poco después volvió Disenk, seguida por varias esclavas del harén que forcejeaban con mis baúles. Los amontonaron al pie del diván donde yo me había tendido con espíritu crítico, para probar su firmeza; muy a pesar mío, descubrí que era por completo de mi agrado. Mientras Disenk se ocupaba de las esclavas, abrí la caja de cedro y puse a Uepuauet en la mesa, donde lo vería en cuanto abriera los ojos, por la mañana, y antes de dormirme, por la noche; luego me senté en una de las diminutas sillas para revisar mis viejos tesoros. El suave roce de las plumas, la fresca resistencia de las hermosas piedras que me habían llamado la atención, tantos años antes, las flores secas, cortadas en su breve y asombrosa fertilidad durante algún paseo junto al río, los escarabajos de arcilla que Kaha me daba por cada lección bien aprendida, todo eso proporcionó consuelo a mis dedos. «Todavía eres Thu», me decían en su mudez. «No te perderás en esta vorágine de feminidad uniforme.»

Con mucho cuidado, extraje la dorada piel de la víbora, ahora peligrosamente quebradiza por el tiempo transcurrido, y la extendí en mi regazo. «Eres como la serpiente que dejó esto para que tú lo encontraras», me dije. «Al embarcarte con Hui te desprendiste de tu yo; ahora vas camino de

desechar a otro, yo tuyo, pero sigues siendo la dama Thu, princesa libu, en camino de desarrollar una existencia todavía más gloriosa que las anteriores, de las que emergiste con tanto dolor.» Ver y tocar aquel objeto frágil me serenó aún más. Cuando cerré la caja para depositarla bajo mi mesa, ya estaba dispuesta a explorar mi nuevo ambiente.

Hubiera podido ser mucho peor. En el otro extremo del patio, tal como Amonnajt me había indicado, había dos casas de baño que constituían las esquinas inferiores del edificio. Eran más grandes que las de Hui; además de bancos para masaje, contenían una sorprendente variedad de botes y frascos aromáticos, ante los cuales Disenk se quedó boquiabierto. Las puertas daban a los pasillos que separaban los edificios del harén, todos idénticos; un extremo desembocaba en los jardines; el otro conducía al caminante hasta la senda de los portones principales.

En total, las estructuras eran cuatro. Yo me encontraba en la tercera a partir de la entrada principal. La segunda era parecida. En la cuarta y última vivían los niños, con sus ayas y sirvientes; arriba, en el segundo piso, estaban las aulas y las habitaciones de los maestros. Cada bloque tenía su patio interior, cubierto de césped, con su estanque y su fuente.

Sin embargo, cuando Disenk y yo quisimos entrar en el primer edificio, los guardias del harén nos hicieron retroceder. Más adelante, descubrimos que allí vivía Ast, la Dama de las Dos Tierras, que disponía de todo el piso inferior para ella sola. El de arriba pertenecía a la fabulosa Ast-Amasareth, la extranjera que había llegado a ser poderosa al convertirse en la segunda Gran Esposa Real. Poco pude ver tras los cuerpos protectores de los guardias, salvo un prado desierto y apacible, parterres de flores y arbustos. Al volver Disenk y yo, cansadas y acaloradas, a mi celda, nos aguardaba una sorpresa: cuatro garrafas de vino, que habían sido depositadas en mi cuarto durante nuestra ausencia. Hui había cumplido su promesa. Ya era pasado el mediodía y, en secreto, me resultó grato volver a la frescura de mi habitación.

—Ve a las cocinas y tráeme algo de comer, Disenk —le pedí—. Pero antes rompe el sello de una de estas jarras y escancia el vino. ¿Hay copas en los arcones?

A través del patio me llegaba un olor delicioso que me abría el apetito.

Mientras Disenk quitaba la cera con el sello de los viñedos de Hui, el umbral de la puerta se oscureció con la presencia de un hombre, que entró

haciendo una reverencia. Su aspecto era el de un comerciante próspero, por esos aires de importancia que se daba. Supuse al momento que se trataba de nuestro administrador.

—Soy Neferabu —se presentó—. Por indicación del guardián, vengo a comprobar que no te falte nada, Thu. También debo decirte que no estarás obligada a presentarte ante el rey en tanto no te sientas dispuesta. Es un gran honor —prosiguió en tono confidencial—. El guardián no se muestra tan considerado con todas las recién llegadas. Estoy a tu servicio. Mi cuarto está junto a la entrada.

Le di las gracias llena de alivio. Hasta aquel momento no me había dado cuenta de lo nerviosa que estaba con respecto a mi primer encuentro sexual con Ramsés. El guardián, no sé por qué, me había inspirado confianza. Lo más probable era que hubiera visto mis posibilidades de llegar a favorita. La idea era reconfortante, sin duda.

Sentada en mi silla, bebí reflexivamente el vino de Hui, disfrutando de su sabor familiar. No estaba dispuesta a sentarme en la hierba, bajo las miradas de mis compañeras de prisión. Disenk volvió con una bandeja cuando acabé la copa; mientras se esforzaba por servirme, se lamentó por la falta de mesas adecuadas para comer.

—Esto es como acampar en el desierto —se quejó.

Yo estaba de acuerdo, pero la comida era irreprochable. Además, aquella mención del desierto me hizo recordar lo que Hui había dicho sobre el príncipe Ramsés. ¿Dónde se alojaría? Muy cerca, sin duda, al otro lado de aquel muro alto y protector, más allá de los largos senderos, donde se extendía la compleja parte principal del palacio.

Disenk me retiró la bandeja y, después de quitarme las sandalias y el sayo, me invitó a descansar. Fuera, la actividad había cesado casi por completo. Las mujeres buscaban sus divanes para pasar soñando las horas calurosas de la tarde; a los niños se les había llevado a sus propias habitaciones. Me pregunté dónde estaría la dama Hunro.

Al despertar, ya avanzada la tarde, vi a una mujer sentada en el borde del otro diván, balanceando las piernas y devorando algo que parecía un pedazo de pato frío. Me observaba sonriendo. Al ver que abría los ojos, gritó algo hacia la puerta. En seguida apareció una muchacha.

—Busca a la criada de esta dama —ordenó. Luego empujó entre sus labios el último bocado de carne y, después de sacudirse los dedos, se acercó a mí. Yo me había incorporado, ya despierta del todo—. Soy la dama Hunro —prosiguió en tono alegre—. Y tú eres Thu, claro. Mi hermano Banemus me ha hablado mucho de ti. Quería estar aquí para darte la bienvenida, pero he estado ocupada en dictar una carta para él, que regresa a Cus. Si quieres, cuando te hayas refrescado te presentaré a algunas de las mujeres.

Lo último me pareció más una pregunta que un ofrecimiento; hice un gesto afirmativo, bastante extrañada. La hermana de Banemus no se parecía en nada a lo que yo había imaginado. Esperaba encontrarme con una mujer mayor, de semblante serio y hermosa, por supuesto, pero con algo de la serenidad de su hermano. Mi cara debió de traicionar mi confusión, pues ella se echó a reír, echando la cabeza atrás para exponer un cuello largo y musculoso. En realidad, todo su cuerpo era fibroso y bien definido. Aparentaba tener diez años más que yo. De pelo abundante, corto y muy lacio; el mentón adelantado y la boca prominente. El parecido con el general radicaba en los ojos pardos y cálidos, que se fijaban en mí con amistoso interés.

—Adivino lo que estás pensando —dijo—. ¿Es posible que esta mujer sea de la misma familia que el viejo y sobrio Banemus? Pero mi hermano puede ser muy entretenido e ingenioso cuando quiere. Le quiero muchísimo. Lástima que el faraón no haya tenido la inteligencia de apostararlo en el Delta. —Se encogió de hombros—. Pero la inteligencia no es uno de los grandes atributos de nuestro rey.

En aquel momento entró Disenk, muy deprisa, y empezó a disponer mi atuendo para el resto del día. Había instalado su mesa de cosméticos contra la pared del fondo, entre los dos divanes, para recibir la luz de la puerta. Hunro la saludó efusivamente; por un momento se dedicaron a intercambiar noticias de la dama Kauit y de los acontecimientos de la casa donde Disenk había trabajado en otros tiempos. Luego, cuando me senté ante los botes y frascos para que Disenk me retocara la pintura y el peinado, Hunro centró su atención en mí. Instalada a la cabecera de mi diván, tirando de su tenue manto de lienzo que apenas cubría su cuerpo esbelto, observó con aire crítico las manos hábiles de la maquilladora.

—Ya que estás aquí, Disenk —dijo—, espero que me pintes de vez en

cuando. Mi servidora es muy buena, pero no puede competir contigo. Todas las nobles de Pi-Ramsés conocen tu habilidad. ¿Cuándo irás a palacio, Thu? ¿Esta noche? Ramsés suele estar deseoso de probar la nueva mercancía femenina. Cuando llegué aquí no me dejó dormir durante tres semanas; acabé postrándome ante mi altar de Hathor, suplicando a la diosa del amor y la belleza que desviara la atención del faraón hacia cualquier otra. Ya no me sentía «la pequeña Hathor», como me llamaban mis padres. —Dejó correr otra risa cantarina—. No necesito decir que, a su debido tiempo, mis plegarias fueron oídas. Ahora el rey me llama a la alcoba real más para verme bailar que para saciar su lascivia. —Hizo una mueca de desagrado y añadió, bajando la voz—: Es muy mal amante, Thu. Impetuoso, lleno de calor y de fuego, pero todo se apaga muy pronto.

Me escandalizó que hablara de aquella manera sobre el Señor de las Dos Tierras; si bien ya tenía dolorosa conciencia de que su cuerpo no tenía en absoluto la perfección de un dios, todavía creía en la absoluta santidad de su divina persona.

—¿Cómo llegaste aquí, dama Hunro? —pregunté.

Vi su sonrisa irónica distorsionada en el espejo de cobre.

—Llámame Hunro, simplemente. Causé muchas tribulaciones a mi pobre padre, que es uno de los consejeros de Ramsés, porque me negaba a casarme con el hombre que él había elegido para mí y amenazaba con ingresar para siempre en algún templo como bailarina. Me encanta bailar, Thu. Aprendí cuando era muy niña, como todas las hijas de familias nobles, a bailar ante los dioses, pero no se considera decoroso que una joven aristócrata se dedique por completo a eso. Mi padre me dio a elegir: «O te casas o te conviertes en concubina». Ramsés siempre me había deseado y Banemus no me permitía huir al sur con él. Y aquí estoy. Se vive bien y no me falta nada. Bailo cuando se me antoja. Administro mis viñedos y mi ganado. Poseo una pequeña parte de las fábricas de cerámica que funcionan en las afueras de la ciudad. Y no tengo que manejar la casa de algún esposo exigente como él ordene. —Se encogió de hombros—. Pero no me has respondido. ¿Esta noche dejas de ser virgen?

Disenk había acabado con mi cara y me estaba aplicando un masaje en las manos con óleos. Sacudí la cabeza.

—No; será cuando yo lo decida —respondí—. Y a decir verdad, en este

momento preferiría volver a casa de Hui.

—¿Y admitir la derrota? No, Thu —contestó Hunro, pensativa—. Tú no eres de las que se rinden con tanta facilidad como la muchacha que ocupaba antes ese diván.

Se levantó para desperezarse, doblando la cintura de un lado a otro, con las manos cruzadas. Pronto descubriría que aquel movimiento era, para Hunro, tan natural como la respiración; con él acompañaba casi todas las conversaciones.

—¿Qué fue de ella?

—Se mató. Pasó días y días haciéndome soportar sus llantos y sus quejas. Era una criatura patética, delicada y bonita como una flor, eso sí, pero sin agallas. —Hunro apartó el pelo del rostro enrojecido y se agachó hasta poner las palmas en el suelo. Su voz sonó apagada—. Se las arregló para quitar una daga a uno de los guardias y se apuñaló. Fue el único acto valiente de su vida. Por lo menos, lo hizo fuera, en el prado, y me libró de ver toda esta habitación manchada de sangre.

Me quedé unos instantes muda de horror.

—Pero ¿por qué lo hizo? —logré balbucear.

Hunro se irguió lentamente.

—Porque creía haberse enamorado de un joven mayordomo de palacio; pero principalmente porque no soportaba entregarse a Ramsés. Si hubiera esperado un poco, el rey se habría cansado muy pronto de sus lloros y de su torpeza; el fervor romántico también habría pasado. Por alguna parte tengo un mechón de su pelo. Los recuerdos de los suicidas traen suerte.

Cuando llegué a conocerla mejor, comprendí que tras la innegable amabilidad de Hunro se ocultaba una veta de insensibilidad. No era deliberadamente cruel, pero sí indiferente a aquellos que carecían de su fuerza. Pero en aquel momento me horrorizó. Aunque su actitud fuera franca, se salía de lo convencional.

—Dices que tu padre es uno de los consejeros del faraón —comenté, apresurándome a cambiar de tema. Yo también me alegraba de que aquella infortunada no se hubiera matado cerca de mi diván—. ¿Conoces bien a Ramsés? ¿Y al príncipe?

—¿A cuál de ellos? —inquirió—. Los hay para todos los gustos. Todos se llaman Ramsés, como el verdadero dios de nuestro faraón, su antepasado Osiris Ramsés Segundo. Sí, supongo que conozco bastante bien al faraón. Puedo ayudarte a conquistarlo, si ése es tu deseo.

Algo en su expresión, en su manera de pronunciar las palabras, me ofreció una momentánea y potente revelación. Hunro sabía más de lo que aparentaba. Si me habían instalado en su cuarto era por alguna razón. Al igual que su hermano, que Hui y que los otros, ella creía que, tarde o temprano, yo podía ejercer sobre el faraón una influencia tal que cambiara la historia de Egipto.

En aquel momento supe también otra cosa; en realidad, sus planes no me interesaban. Amaba a Hui y quería complacerlo, pero estaba dispuesta a participar de su juego por motivos menos idealistas que los de mi maestro y sus socios. Porque era una campesina, con polvo invisible entre los dedos del pie y sabor a pan negro y lentejas todavía en la boca, quería seguir disfrutando de las joyas y los lienzos caros, de la buena comida y los mejores vinos. Quería lujos, respeto y poder, porque en aquellas cosas encontraría seguridad y el cumplimiento de mis sueños infantiles. Sería princesa, sería reina.

—Sí, ése es mi deseo —reconocí lentamente, mirándola a los ojos—. Pero también es el tuyo, ¿verdad, Hunro?

Su sonrisa se ensanchó.

—Claro que lo es, Thu —ronroneó—. Claro que sí.

CAPÍTULO 14

Hasta mediados del mes siguiente, *Paophi*, no estuve dispuesta a compartir el lecho del faraón. Todas las mañanas me despertaba pensando: «Hoy lo haré, hoy llamaré al guardián para decírselo». Pero siempre ocurría algo que impedía que cumpliera aquella decisión. El verdadero motivo era mi oculta repugnancia a cumplir con aquel deber, pero había muchos otros.

A las dos semanas de mi llegada al harén, todas las mujeres sabían que yo era médico. Había otros profesionales de mucho prestigio, por supuesto, pero al recurrir a mí las mujeres sabían que sus dolencias (y sus peticiones más íntimas, sobre todo) no llegarían a oídos del guardián o, peor aún, de las autoridades de palacio. Yo abría mi caja de remedios y, sentada en un rincón retirado del patio, escuchaba las necesidades reales o imaginarias de mis compañeras, las examinaba y las medicaba lo mejor posible. En muchos casos sólo se trataba de vagas dolencias del aburrimiento, pero no me correspondía a mí recomendar una vida más activa. De todos modos, mis palabras habrían caído en saco roto.

Por mi parte, me había embarcado en una rutina similar a la que practicaba en casa de Hui. Casi todas las mujeres dormían tanto como les venía en gana. Salían de sus celdas cuando el sol estaba casi en su cénit, medio desnudas, tambaleándose y bostezando, y buscaban la sombra para tomar la primera comida del día. La tentación de imitarlas era fuerte, pero pude resistirla gracias a la rígida disciplina impuesta por la sabia dirección de Hui. Por la mañana, Disenk me despertaba temprano para que hiciera ejercicio y repetía los rigurosos movimientos que me había enseñado Nebnefer mientras el sol, al elevarse, convertía el rosado patio en una taza de luz dorada. A menudo se reunía conmigo Hunro, que bailaba en la hierba con gozoso abandono, y levantaba al cielo un rostro extasiado que parecía una máscara. Después, jadeantes y sudorosas, corríamos por el estrecho corredor abierto entre el imponente muro del palacio y los bloques del harén hasta

llegar a la entrada del recinto. No intentábamos pasar la guardia, sino que virábamos a la derecha, hacia el poco usado jardín que rodeaba el harén por tres lados, y nos zambullíamos en la piscina. Hunro se contentaba con remojarse y salir a secarse en la hierba, pero yo nadaba sin descanso hasta que brazos y muslos me temblaban de agotamiento. Entonces me derrumbaba junto a aquella mujer que se estaba convirtiendo rápidamente en una amiga, para charlar y reír hasta que nos dominaba el hambre.

No nos molestábamos en hacer que nuestras esclavas nos acompañaran. En aquellos momentos no necesitábamos nada; además, mientras nosotras hacíamos los ejercicios, Disenk y la esclava de Hunro estaban en la cocina, preparando la comida. Al terminar volvíamos a nuestra habitación y comíamos y bebíamos como leones famélicos, mientras contemplábamos, intransigentes, a las primeras mujeres que salían de otras celdas, soñolientas y parpadeando cegadas por el fuerte sol. Ya apaciguado el apetito, Disenk me acompañaba a la casa de baños para lavarme. A esto seguía la depilación y un masaje aplicado por uno de los profesionales allí residentes.

Aquellas horas matutinas se convirtieron para mí en un tiempo precioso. Constituían un período de silencio e intimidad, antes de que el patio se llenara de niños y chismorreos, antes de que vinieran a mí las pocas mujeres a las que atendía profesionalmente.

Al principio, las otras concubinas eran una adorable y blanda masa de ojos grandes, voces agudas y carne blanda, todas anónimas. En su mayoría continuaron siéndolo, pues no tenía motivos para cultivar su amistad. Al fin y al cabo, no pasaría mucho tiempo entre ellas. Pero algunas se destacaban entre todas. Allí estaba Hatia, la alcoholizada, que aparecía ya avanzada la tarde, con la cara hinchada y las manos trémulas, y se derrumbaba sin gracia bajo su dosel, sin hacer otra cosa que contemplar a la ruidosa muchedumbre reunida en torno a la fuente. Nadie le prestaba atención. Así se estaba, con la copa de vino en la mano y la inmóvil servidora detrás, hasta la caída del sol; entonces se levantaba y, tan silenciosamente como había llegado, desaparecía dentro de su celda.

También conocí a Nubhirma'at y Nebt-Iunu, dos núbiles egipcias de Abidos, que se habían criado en fincas vecinas y eran amigas desde la niñez. En una visita al templo que Osiris tenía en Abidos, Ramsés quedó cautivado por sus voces y contrató con sus padres la inclusión de ambas en el harén. El

faraón las mandaba llamar con frecuencia para que compartieran juntas su lecho, pero me costaba verlas como rivales. Eran dulcemente estúpidas y tenían buen talante; cada una de ellas tenía ojos sólo para la otra. Nunca se las veía separadas. Compartían el mismo diván de la misma celda y, a veces, incluso comían con los dedos entrelazados. Se presentaron juntas en mi celda, con tímida decisión, para solicitar un anticonceptivo.

—Sabemos que está prohibido —susurró Nebt-Iunu, cogida del brazo de su amante— y que es un grandísimo honor dar un hijo al gran dios. Pero en realidad no queremos. ¿Puedes ayudarnos, Thu?

Yo no quería verme desacreditada o, peor aún, incurrir en el enojo del dios al que yo misma debía enfrentarme, pero me conquistaron con sus miradas suplicantes y su natural inquietud. Hice lo que me pedían: trituré ramillas de acacia con dátiles y miel; después, completé la mezcla con las fibras de lino, pensando en mi madre y en las furtivas consultas que había presenciado en su cuarto de hierbas. «Quizá no seamos tan distintas», cavilé mientras trabajaba. «Tal vez sea cierto que la sangre se impone.»

Muy a menudo tenía la celda para mí sola durante las horas diurnas. Hunro parecía tener muchos asuntos que atender, pero ocupaba su diván en cuanto Disenk encendía mis lámparas; entonces nos quedábamos contemplando las sombras que giraban en nuestros muros y conversábamos con aire perezoso. Hunro me hablaba de Ramsés y me explicaba cómo podía complacerlo. En términos muy explícitos, describía con gráficos detalles los misterios del lecho real. Yo escuchaba, almacenando la información, y luego la analizaba mientras Hunro dormía apaciblemente.

En aquella época se me ocurrió que no podía esperar ninguna satisfacción de mi papel de concubina. No era para mí la expectativa que provoca una sonrisa y acelera el corazón sabiendo que el amante está cerca, ni la alegría pura de ver el rostro amado. No habría ternura, ni urgente y suave fusión del cuerpo y el ka. Esas cosas estaban para siempre fuera de mi vida y de mi experiencia, aunque todavía no había cumplido los dieciséis años. Pagaría un elevado precio por sueños que aún no estaban a mi alcance, con enormes apuestas por un futuro que tal vez jamás fuera mío. Mi único propósito era complacer al faraón, mientras que él no tenía obligación alguna de complacerme a mí. «Al menos por ahora», susurraba mi mente. Por ahora... Daba vueltas y vueltas, sin sosiego. Si deseaba amor, si deseaba romance, una

verdadera pasión, tendría que llamar la atención del príncipe. Y aun si lo conseguía, ¿qué? Yo pertenecía a su padre.

Una mañana temprano, cuando Hunro y yo corríamos por el angosto sendero hacia la piscina, con el aire fresco de la mañana contra el cuerpo desnudo y las paredes a ambos lados cortando la luz naciente, estuvimos a punto de chocar con una pequeña procesión que salía de los dominios de la reina. Yo iba delante, pero al ver al grupo de gente, Hunro me cogió por el hombro y me detuvo con brusquedad. Jadeantes y a la vista de todos, vimos cómo se acercaba primero un heraldo de librea azul y blanca; luego, un administrador. Por el recodo apareció la punta de un dosel blanco, seguido por un destello de joyas, una amplia peluca trenzada y coronada, y un amplio lienzo flotante, con hebras de oro. El heraldo se detuvo frente a nosotras.

—¡Postraos ante la Dama de las Dos Tierras, concubinas! —nos espetó.

Obedientes, nos arrodillamos en el reducido espacio, con la frente apoyada contra la piedra arenisca del camino, y el hombre continuó su marcha. Sentí la pequeña brisa que levantó el paso del administrador; luego, los pasos arrastrados de los portadores del dosel. Con mucho atrevimiento, levanté la cabeza.

La diminuta mujer que marchaba bajo la gasa era delgada y esbelta como un sueño de artista. Las sandalias que cubrían sus delicados pies podrían haber calzado a un niño de diez años; el lienzo translúcido se arremolinaba contra dos tobillos que yo habría podido ceñir con una sola mano. Sin embargo, aquella mirada rápida me bastó para notar, impresionada, que estaba viendo un cuerpo envejecido. El vientre de la Gran Reina estaba algo abolsado; el vago contorno de los pechos pequeños, bajo el tableado, mostraba una línea nada firme. Había cordones que salían del largo cuello, rodeado de muchas piedras preciosas, y la meticulosa pintura de la cara no lograba disimular los surcos bajo la nariz, el abanico de arrugas alrededor de los ojos, bajo la implacable luz de la mañana. Su porte era altanero; su expresión, hermética.

Una vez más toqué el suelo con la frente. Mientras las pisadas se alejaban, empecé a incorporarme, con una rodilla todavía posada en la piedra, pero alguien más aparecía a toda prisa por allí. Hunro ya estaba de pie. Desde la entrada de las habitaciones de la reina, un hombre se acercaba a grandes pasos, balanceando los brazos y con la cabeza en alto. El corazón me dio un

vuelco. Era él, tan apuesto, tan fuerte, tan glorioso, con su mentón cuadrado y sus centelleantes ojos negros, la boca alheñada que yo ansiaba besar, los flexibles muslos que pedían una caricia bajo el faldellín corto. Concentrado en alcanzar a su madre, pasó a nuestro lado casi sin mirarnos. Me sentí agradecida, pues iba sin pintar, bañada en sudor por el ejercicio y con el pelo pegado al cráneo. De pronto, se detuvo y se giró. Hunro y yo extendimos los brazos en una profunda reverencia.

—Te saludo, Hunro —dijo aquella recordada voz—. Espero que te encuentres bien. ¿Y cómo está Banemus? Todavía no hemos recibido ningún mensaje de él. ¿Y tú?

—No, Alteza —respondió Hunro, con su habitual aplomo—. Pero ya conoces a mi hermano. En la marcha hacia la fortaleza de Cus, ha de preocuparse más por el bienestar de su tropa que por dictar un rollo para palacio.

El príncipe sonrió. Sus dientes deslumbraban por su blancura.

—Es cierto —replicó. Su atención se volvió hacia mí, con cortés indiferencia al principio; luego se acentuó—. Eres la médico, ¿verdad? —dijo—. ¿La ayudante del vidente? ¿La última adquisición de mi padre?

Asentí, sin atreverme a decir palabra, y la sonrisa volvió.

—Veo que ha hecho una buena elección —concluyó. Y prosiguió su camino sin más comentarios.

Lo seguí con una mirada hambrienta hasta que desapareció de mi vista. Entonces, con una mueca, eché a andar junto a Hunro.

—¡Por los dioses! —gemí—. ¡Mala suerte la mía que me viera en este lamentable estado! ¿Qué habrá pensado de mí?

Hunro me dirigió una mirada aguda.

—No pensará nada de ti —dijo en voz baja—. ¿Qué quieres que piense? Y por tu propio bien, no dejes que tu mente se entretenga con él, si no quieres sufrir las consecuencias.

No contesté. Cuando llegamos al jardín atacué el agua de la piscina como si fuera una enemiga, cortándola con implacable potencia hasta que me latió la sangre en los oídos. Había llegado el momento de hacer del faraón mi esclavo.

Aquella misma tarde solicité, a través de Neferabu, una entrevista con el guardián. Esperaba que él acudiera a mi celda, pero me vi obligada a recordar mi verdadera posición cuando Neferabu se presentó para decirme que, si bien el guardián estaba muy ocupado, tendría a bien concederme algunos momentos hacia el oscurecer, en su oficina. Ahora que la decisión estaba tomada, me sentía impaciente por llevarla a cabo. Acepté el mensaje con irritación y mandé llamar a un escriba del harén. Me pasé el tiempo que faltaba para la entrevista dictando una carta para mi familia y otra para Hui. En ninguna de ellas decía nada importante, segura de que toda la correspondencia pasaba por los ojos del guardián antes de salir al mundo. Pese a mis esperanzas de que Hui me visitara o, por lo menos, aprovechara una visita a algún enfermo de palacio para ir a verme, no tenía noticias suyas.

Al atardecer, un mensajero vino a escoltarme hasta el despacho de Amonnajt. De mala gana, luchando con mi orgullo, lo acompañé hasta la parte trasera del recinto; allí cruzamos un portón custodiado y un amplio patio de tierra apisonada. Contra el muro opuesto se levantaba una larga serie de celdas y, junto a ellas, las cocinas. Eran, sin duda, las habitaciones de los sirvientes del harén. Pero giramos a la derecha, rozando por un trecho el muro interior, y después de otro desvío en la misma dirección, pasamos ante unos soldados que nos siguieron con la mirada.

De pronto me encontré en un vasto jardín, caminando por un sendero que en seguida giró hacia la izquierda, y pasé frente a una hilera de celdas grandes, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Dentro había hombres sentados tras sus escritorios; eran escribas que tomaban al dictado; había rollos amontonados por doquier; supuse que eran las oficinas de la administración. Al otro lado se veía, difuso entre los árboles, el sólido muro de un enorme edificio. En un frenético intento de localizar mi posición, decidí que estaba en los terrenos de palacio, ante la sede misma del poder. Eso no me impresionó demasiado. El pequeño mensajero se detuvo frente a una de las oficinas y, después de llamar a la puerta, que se encontraba abierta, me anunció ante quien la ocupaba y se retiró con una apresurada reverencia. Entré sin esperar a que me invitaran.

La oficina estaba escrupulosamente limpia; en el escritorio sólo había una paleta y una caja llena de pinceles para escribir; contra las paredes se alineaban decenas y decenas de receptáculos para rollos, redondos y abiertos por los extremos. Había poca cosa más. Por un momento, me pregunté en qué

nicho se guardaría mi contrato y qué otra información sobre mí se acumularía y se registraría en él. Documentar a cada una de las mujeres del harén debía de ser una tarea descomunal. Mi inspección duró pocos segundos, pues Amonnajt se levantó de su silla.

—Te saludo, Thu —dijo, imperturbable—. ¿Puedo ofrecerte vino o un plato de higos? ¿Qué necesitas de mí?

Recordando el consejo de Hui, rechacé el refrigerio. Amonnajt no me ofreció asiento, pero volvió a ocupar su silla y cruzó las piernas, cubriéndose las rodillas con el faldellín. Luego me miró, inquisitivo. No perdí más tiempo.

—Estoy lista para ir al lecho del faraón —declaré sin preámbulos.

Amonnajt enarcó las cejas, perfectamente depiladas, y asintió.

—Bien. Ramsés ha preguntado por ti, pero le he dicho que estabas indispuesta. Le pareció muy curioso que un médico estuviera enfermo. No obstante, no tendrá paciencia por mucho tiempo.

En confianza, me entusiasmaba que el faraón no se hubiera olvidado de mí, sino que, por el contrario, reclamara mi presencia. Era un presagio excelente, que me devolvió el buen humor.

—¿Necesitas algún consejo, Thu? —continuó Amonnajt.

Parpadeé.

—¿Consejo, guardián? —por un instante de estupidez supuse que iba a recitarme una lista de instrucciones sexuales; en boca de aquel hombre urbano, pero severo, habría sido una indecencia descabellada.

—¿Conoces las normas? ¿Sabes cómo comportarte frente al dios?

—¡Ah! —exclamé, aliviada—. Oh, sí, Amonnajt. Ya he estado en la alcoba real.

¿Era la sospecha de una sonrisa lo que cruzaba por la cara del guardián? ¿Presentía acaso que yo planeaba faltar a casi todas las reglas, que había escuchado los consejos de Hunro, de Hui, de mi propia intuición, para decidir finalmente que lo menos conveniente era comportarme como una virgen tímida y sobrecogida, aunque me sintiera así?

—Es cierto —replicó Amonnajt, con voz grave—. Lo había olvidado. En ese caso, te deseo las bendiciones de Hathor y el favor de nuestro rey. Aún no

había elegido a nadie para que compartiera el diván real mañana por la noche. El privilegio puede ser para ti. Después del anochecer, un sirviente de palacio irá a buscarte.

¿Correspondía darle las gracias? Me pareció que no. Me retiré con una reverencia. Fuera me esperaba otro mensajero, sin duda para cuidar de que regresara por donde había ido, sin desviarme hacia donde no debía.

El jardín de palacio aún estaba impregnado de un apacible resplandor bronceo. Al pasar junto a las otras oficinas, un gato saltó desde la rama inferior de un árbol y, al llegar a tierra, se escurrió entre la maleza con gracia felina, como si no tuviera huesos. Me tomé esa aparición como un buen presagio y recé una rápida plegaria a Bast, la diosa-gata de los deleites sexuales, pidiéndole que me ayudara en mi empresa.

Aquella noche también oré durante mucho rato ante mi pequeña estatua de Uepuauet. Le recordé mi fidelidad y el modo en que él había respondido a mis súplicas anteriores, sacándome de Asuat; le imploré que no convirtiera en vanos esos esfuerzos. Luego dije a Disenk que había llegado el momento y le indiqué las prendas con que deseaba ir vestida. Disenk discrepó.

—Con todo respeto, Thu, lo que el faraón desea es una virgen sin experiencia, vestida con un sencillo lienzo blanco. Si te presentas de amarillo y oro, con una peluca en la cabeza y luciendo joyas finas, te despedirá en seguida.

—Creo que no —sonreí—. No puedo disimular mi inexperiencia, Disenk, y no voy a intentarlo. Pero tengo una idea mejor. Me presentaré como una persona dotada de autoridad, una virgen disfrazada de médico. Eso intrigará a Ramsés.

—Ojalá no te equivoques.

No logré convencerla. Hunro, que flexionaba una pierna esbelta contra la pared, llevó la frente hasta la rodilla y murmuró:

—Es una idea muy sagaz, Thu. Puede que dé resultado.

Me encogí de hombros, fingiendo más confianza de la que sentía.

—De lo contrario intentaré otra cosa —dije con altanería—. Quiero confiar en mi instinto. Seré la única concubina a la que Ramsés no podrá desechar.

Aquella noche mi sueño fue inquieto. Me desperté varias veces y contemplé la oscuridad. En un momento dado, oí las voces suaves de los mensajeros que montaban guardia por si alguna mujer necesitaba a su servidora. También me sobresaltó el fantasmagórico alarido de una hiena, claro y macabro en el viento. El verde Delta cubría una buena distancia al este y al oeste antes de encontrarse con la desolación de la arena; me pregunté si aquel grito sería sólo para mí, una advertencia de los dioses. Pero tal vez los animales se escabulleran hasta la ciudad en busca de carroña, protegidos por la noche. Era muy probable.

Intencionadamente dejé que mi mente tomara otros derroteros, di media vuelta para sumergirme una vez más en la inconsciencia, pero la experiencia había iniciado en mí un torrente de inquietud que fue preciso aplacar de forma deliberada. No quería entregar mi virginidad a aquel hombre. Años atrás había estado dispuesta a entregarla a Hui, a cambio de un vistazo a mi futuro; pero entonces era una niña ignorante y temeraria, que veía la doncellez como una simple mercancía con la que traficar. Ahora representaba mucho más. Todavía era una mercancía, pero su valor había aumentado, entretejiéndose en mi mente con el valor que le asignaba dentro de la totalidad de mi persona. En un momento en que trataba de esclarecer el tema, comprendí que Hui era más digno de recibirla que el Señor de las Dos Tierras. Sin embargo, para mí jamás sería un regalo. Por fin, la utilizaba como pago del futuro que había deseado ver tanto tiempo antes, pero la revelación me brindaba esperanza y vergüenza a la vez.

Realicé mi rutina matinal un poco más tarde que de costumbre, pues quería estar bien descansada para el acontecimiento que se avecinaba. Mientras estaba verificando el contenido de mi caja de medicinas llegaron las nuevas provisiones que había solicitado a Hui. En el calor de la tarde volví a dormir y, hasta el crepúsculo, me tranquilicé jugando con Hunro a perros y chacales. Llegó la hora ceremonial de vestirme y pintarme. Cuando apareció el sirviente de palacio, besé los pies de Uepuauet y, recogiendo mi caja, lo seguí al fragante atardecer. Mientras esperaba había mascado una hoja de cato, que redujo mi nerviosismo a un sordo palpar en el vientre. Era joven, hermosa, astuta e inteligente. Era Thu, la princesa libu, e iba a conquistar el mundo.

Me esperaba una larga caminata que me daría tiempo para dominarme, pero el callado sirviente me condujo desde mi patio hasta unos cuantos

escalones atravesados en diagonal en el sendero que cruzaba el harén de punta a punta; luego cruzamos un portón abierto en el muro de palacio y fuimos a parar a una breve arboleda. Casi en seguida llegamos a una puerta. El hombre dirigió unas breves palabras a los guardias allí apostados y ellos golpearon con los nudillos. La puerta se abrió para dejarnos pasar.

Parpadeé, llena de momentánea confusión. Sin previo aviso me encontraba en la alcoba real. Reconocí las elegantes sillas, con sus patas de electro y sus altos respaldos de plata; las mesas bajas, con exquisitas incrustaciones de figuras doradas. Mis ojos se posaron en seguida en el gran diván, que se recortaba difusamente a la suave luz de las muchas lámparas instaladas sobre columnas de cedro.

Alguien estaba sentado en el banquillo, junto al lecho; casi esperaba ver al príncipe, que se levantaría rápidamente de allí, como en mi visita anterior. Pero la silueta envuelta en lienzo, a la que estaban quitando las sandalias, era el mismo faraón. El sirviente que me había acompañado cruzó la habitación para tomar su puesto junto a la puerta más alejada. Ramsés, que había visto su movimiento, levantó la vista. Con el corazón palpitante, di un paso más y me postré con cautela en el suelo de lapislázuli: primero las rodillas; luego, la cara y la palma de las manos, como Disenk me había enseñado. La caja estaba a mi lado.

—¡Levántate! —ordenó la voz, que tan bien recordaba.

Obedecí, estrechando la caja contra el pecho, como para sentir el consuelo de la seguridad que me otorgaba. Sin aguardar autorización, cuadré los hombros y, aspirando con fuerza, me acerqué al banquillo.

Ramsés se había levantado. Era la primera vez que lo veía de pie. Era más alto que yo, pero sólo un poco; cuando me miró de arriba abajo, con obvia desilusión, nuestros ojos se encontraron frente a frente. Llevaba la cabeza cubierta por una toca de lino que acentuaba el aspecto flácido de sus mejillas y la forma prominente de su boca.

—Los ojos son los mismos —murmuró—, pero eso es todo. Estoy cansado, me duele la cabeza. Me alegré cuando Amonnajt me dijo que te habías recuperado de tu leve indisposición, porque empezaba a pensar que te negabas a satisfacer a tu faraón. Estaba deseoso de relacionarme más íntimamente con ese duende que se había presentado como médico. ¿Y con qué me encuentro? —Me volvió la espalda, petulante—. Con una persona

cargada de joyas y pelucas, que pasaría inadvertida en cualquier reunión de la corte. ¡Esto no me hace feliz!

Pronunció las últimas palabras en un grito que resonó en el alto techo azul y cayó sobre mí como una serie de golpes. Aunque temblaba por dentro, lo seguí. Y al hacerlo vi una silueta inmóvil, con corselete azul y blanco, disimulada entre las sombras al otro lado del diván. Me llevé una sorpresa al reconocer a Paibekamon, que me miraba desconcertado; su rostro era un óvalo oscuro en la penumbra. Me enfrenté a su mirada. «Confía en mí», traté de transmitirle, sin hablar. «Confía en mí.»

—Siéntate, Majestad —ordené con voz firme.

Ramsés se detuvo con brusquedad.

—Siéntate —repetí—. Apostaría a que no seguiste mis instrucciones de la última vez, cuando te aconsejé no ingerir otra cosa que agua. ¿No recuerdas, Majestad, el dolor y la fiebre que te provocó el abuso de aquella pasta de sésamo? Majestad, te duele la cabeza porque el *Metu* que se dirige hacia ti está atascado por el exceso de vino y de buena comida. ¿No es así?

Mientras hablaba abrí mi caja y, sin mirarlo, saqué el mortero y su mano para, a continuación, quitar el sello a algunos frascos.

—La persona de tu Majestad es sagrada y preciosa para todos los egipcios —continué, en tono de reprimenda—. Majestad, debes a tus súbditos un poco de autodisciplina.

—¿Autodisciplina? —rugió Ramsés, volviéndose hacia mí—. ¿Qué aires de autoridad te das? —De pronto cambió de tono—. ¿Qué estás haciendo?

—Preparo una mezcla de semillas de *setseft*, fruta de *am* y miel para despejar el *Metu* que va a tu cabeza. Majestad, te la tragarás poco a poco y, mientras tanto, te daré un masaje en los pies.

Había llegado el momento. Mi corazón palpitaba con tanta fuerza como si fuera a salirse del pecho. Me alegré de poder disimular el temblor de mis dedos con los movimientos de moler la poción. Por un momento que me pareció un *henti*, el rey me miró con fijeza, respirando ruidosamente; luego se dejó caer en su banquillo con un suspiro exagerado, como el niño al que se ha reprendido.

—¡Paibekamon! —llamó excitado—. ¡Tráeme una cuchara! —La sombra

se apartó para alejarse—. Quería unas pocas horas de amor —se quejó el faraón hacia mi cabeza inclinada— y recibo un sermón de una arpía disfrazada de hermosa jovencita. Ya lamento el día en que te solicité, mi pequeño escorpión.

No respondí. En su voz había condescendencia. Todo saldría bien.

Cuando Paibekamon volvió a materializarse con una cuchara de oro, la medicina ya estaba preparada. Ramsés cogió el mortero de piedra y, mientras revolvía el contenido y tomaba su dosis, me instalé frente a él y puse uno de sus pies sobre mis piernas cruzadas para darle un masaje. De vez en cuando, cuando mis dedos hallaban un sitio delicado, hacía una mueca, pero continuó ingiriendo mi brebaje; por fin entregó el mortero vacío al mayordomo y se recostó contra el flanco del diván, cerrando lentamente los ojos. Esta vez su suspiro fue de placer. Al ver que su pene se movía con extraña vida propia, abandoné lo que estaba haciendo y abrí el tenue manto de lienzo que lo cubría para asir el miembro y apretarlo con fuerza. Se redujo al instante y Ramsés abrió los ojos, protestando:

—¡Eso me ha dolido!

—No, Majestad, no ha dolido —contradije—. Estoy tratando de curar tu dolor de cabeza y tu fatiga. Éste no es el momento para el sexo.

Y seguí con el masaje, primero un pie, luego el otro. Cuando volvió a excitarse, lo aplaqué otra vez. Ala tercera, me susurró:

—Hazlo de nuevo, Thu.

Y lo hice. Después alargó una mano para quitarme la peluca de la cabeza. El pelo me cayó sobre la cara, revuelto; él empezó a acariciarlo, enredando sus dedos en él y presionándolo contra mi rostro. Lo aparté de un empujón, pero antes de que pudiera protestar me arrodillé para lamerle los dedos del pie, chupándoselos con suavidad. El faraón murmuró algo que no llegué a captar. Poco a poco fui extendiendo mis caricias; le besé las pantorrillas y la cara interior de los muslos. Allí me detuve de repente.

—¿Te duele menos la cabeza. Majestad? —pregunté con energía.

La mirada soñolienta rodó sobre mí. Se levantó con trabajo.

—Sí, claro —dijo con voz gangosa, aferrándose de mi sayo—. Ven aquí.

Me evadí, pasándome con ademán provocativo las manos sobre la ropa,

como para alisar las arrugas que él había creado. Había llegado la hora de mostrarme como lo que era: una virgen aprensiva.

—No puedo —dije.

Frunció el ceño y sus ojos perdieron en parte su brillo vidrioso.

—¿Por qué?

—Esta noche, a fin de complacerte, me he puesto mis mejores joyas y mi sayo más bonito. Temo, Majestad, que con tu ardor me los estropees por completo.

—¿Qué tontería! —me espetó—. ¡Haz lo que te digo! ¡Ven aquí!

Me acerqué con actitud sumisa, aunque por dentro me puse tensa al primer contacto de sus manos regordetas. Sin embargo, no me arrancó el sayo, como yo esperaba. Buscó el cierre de mi collar para retirarlo suavemente y lo depositó en la mesa, junto al diván. Con la misma estudiada delicadeza me quitó el pendiente del lóbulo, los brazaletes y el cinturón enjovado que me ceñía el vestido a la cintura. En aquel momento empezó a jadear. Su aliento cálido olía a miel, con el sabor de las semillas de *setseft* que había tomado. Después de bajarme el sayo por los hombros, dejó que cayera al suelo. Me quedé desnuda frente a él.

—Listo —dijo, con voz sensual—. ¿Está mejor así, pequeño escorpión? Y ahora quiero ver si tienes o no un aguijón en la cola.

Tiró bruscamente de mí, cogiéndome las nalgas y sepultando la cara en mi cuello. Por un momento me invadió un pánico indescriptible. Forcejeé, sin poder llenarme los pulmones de aire, pero me estrechó con más fuerza. Comprendí que debía recuperar el dominio de la situación, no sólo para establecer el tono de nuestros futuros encuentros, sino también para salvar mi propia respetabilidad. Ningún hombre me poseería sin mi pleno consentimiento, aunque fuera el faraón.

—¿Siempre violas a tus vírgenes? —exclamé.

El faraón se quedó muy quieto y aflojó su abrazo. Acto seguido, lo empujé hacia el diván. Sus rodillas cedieron y quedó tendido de espaldas, mirándome con expresión atónita. Trepé al lecho y me arrodillé a su lado.

—Tengo miedo. Toro Potente —susurré. Y era cierto—. ¿Acaso no lo ves?

Y bajé la boca hacia la suya.

Por un instante horrible me pareció estar fuera de mí misma, sobrevolando cerca del techo; desde allí miraba mi silueta esbelta y desnuda en la cama, inclinada sobre la otra, despatarrada y obesa, mientras el mayordomo permanecía inmóvil contra la pared y los sirvientes personales se arracimaban en el otro extremo del cuarto como fantasmas. Quería permanecer allí, mirando. No quería sentir la boca del rey, su cuerpo blando, sus manos inquisitivas. Pero recuperé el autodomínio tan rápida y penosamente como lo había perdido.

Los labios de Ramsés temblaban y ardían de pasión. Su lengua me hurgó entre los dientes. Traté ferozmente de entrar en la experiencia, de conjurar mentalmente una visión del beso de Hui, del magnífico cuerpo del príncipe Ramsés, pero el presente era demasiado inmediato y mi disgusto, demasiado real. Cuando el faraón se retorció, poniéndome de espaldas, con la boca clavada en la mía y buscándome los pechos, mi frigidez era absoluta. Volví a luchar contra ella, sabiendo que, bajo la delgada armadura de mi virginidad, había un carácter sensual y apasionado; no importaba qué boca, qué manos, qué cuerpo lo despertara a la vida. Pero por mucho que me esforzara no podía ahogarme sólo en las sensaciones. Me descubrí pensando: «Te odio», mientras el rey me separaba las piernas para hundir los dedos entre ellas. «Te odio por robarme esto, odio a Hui por hacer de mí una ramera, odio al príncipe por permitirme echarle un vistazo a lo que jamás podré tener. Ojalá murierais todos.»

Desde aquel momento mi razón volvió a imponerse. Mientras Ramsés penetraba por fin su pene en mí, con un graznido de triunfo y deleite, me mordí los labios para no esquivar el súbito dolor, jurando que se lo haría pagar de algún modo. Esperé, ceñuda, ciñéndolo con mis brazos, abrazada a sus gordas nalgas mientras él empujaba. Luego eyaculó con otro grito salvaje y se derrumbó encima de mí, humedeciéndome la piel con su sudor. Permaneció tendido unos instantes. Luego rodó hacia un lado y se incorporó sobre un codo, sonriéndome.

—Ya eres mía para siempre, pequeño escorpión —jadeó.

Aunque le sonreí, pensé con toda la ferocidad de que fui capaz: «No. El cautivo eres tú, aunque todavía no lo sabes».

—¡Paibekamon! —llamó Ramsés—. ¡Trae vino!

Me desenredé de su abrazo para sentarme.

—Te sugiero que prescindas del vino. Majestad —dije con coraje—, si no quieres que te vuelva el dolor de cabeza. ¿No he sido estímulo suficiente por esta noche?

Dejándole un beso en la frente, me levanté del diván para meterme en el círculo de mi sayo abandonado. Mientras me lo ponía sentí que algo caliente me corría entre las piernas. Volví a abrocharme las joyas con serena deliberación; cogí la peluca; guardé el mortero en mi caja.

—¿Quieres despedirme. Majestad, para que pueda ir a dormir?

El rey me miraba, perplejo. Poco a poco, sus ojillos brillantes empezaron a llenarse de astuta comprensión. Empezó con una risa ahogada, entre dientes, pero acabó en grandes carcajadas que le sacudieron todo el cuerpo y rebotaron contra el techo.

—¡Oh, Thu! —balbuceó—. ¡Hice bien en apodarte escorpión! Pero quédate conmigo un poco más. Beberemos cerveza en lugar de vino, si quieres, y tomaremos ajo remojado en aceite de enebro. Quédate a charlar conmigo.

No era una súplica, desde luego. Los reyes no imploran. Sin embargo, en aquel momento supe que algún día llegaría la súplica. Sentí la tentación de satisfacerlo, de saltar de nuevo al diván, como niña que era, y acomodarme entre los almohadones para charlar con él como si fuéramos viejos amigos. Pero el líquido que me corría por las piernas hasta los tobillos, rojo oscuro y desagradable, hizo que me estremeciera. Me limité a esperar, con la caja en los brazos, hasta que él hizo una mueca.

—Vete, pues —ordenó.

Le hice una reverencia y me marché. El sirviente me abrió la misma puerta por la que había entrado y se adelantó deprisa por la breve avenida, reducida a una ancha palidez alrededor de mí; cruzamos el portón, recorrimos la densa oscuridad del camino principal y, por fin, llegamos al patio de mi edificio. Allí me hizo una reverencia y desapareció en la noche.

La fuente gorgoteaba, lanzando agua plateada a su taza gris. La leve luz de las estrellas lanzaba largas sombras que serpenteaban en el césped desierto. Al aproximarme a mi refugio, mis pisadas resonaron contra la piedra de las

celdas. Había una lámpara encendida. Hunro dormía. Disenk me esperaba allí, ojerosa de cansancio. Al verme entrar se levantó de la esterilla y, sin decir palabra, me desvistió con celeridad. No hizo comentarios al ver la sangre. Cuando estuve desnuda hizo un gesto. Yo sacudí la cabeza.

—No, Disenk —susurré—. Esta noche no quiero lavarme. Estoy demasiado cansada.

Disenk asintió con la cabeza y me apartó las sábanas. En cuanto caí entre ellas, me cubrió y salió con sigilo.

Doblé las rodillas manchadas y me cubrí la cara con las manos. Tenía frío; me sentía exhausta y completamente agotada. Había triunfado. A la noche siguiente el rey me mandaría llamar, estaba segura, pero la certeza era como cenizas en la boca.

—Te odio —murmuré. Ya no lo decía en serio. Ya nada me importaba. Y con aquella desesperación caí en un pesado sueño.

No obstante, había ordenado a Disenk que me despertara a la hora de costumbre. Torpe y fatigada como estaba, me obligué a cumplir con la rutina de purificación y ejercicio. Hunro se reunió conmigo en el césped y también en la piscina. Quiso interrogarme con insistencia casi nerviosa sobre la noche anterior, pero el tema me resultaba detestable, de modo que lo evité con respuestas bruscas. Que todo había salido bien era evidente, pero el hecho me dejaba un inesperado sentimiento de humillación. No encontraba orgullo alguno en la idea de ser una mujer. Para poder tranquilizar a Hunro era preciso superar aquella vergüenza.

Por la tarde, Neferabu acudió a decirme que el faraón exigía de nuevo mi presencia por la noche. Recibí la noticia con calma, mientras aplicaba un vendaje a uno de los niños, que se había hecho un pequeño corte al tropezar con una piedra. Después tomé una comida frugal, sentada a la sombra, ante mi celda. Cuando cayó el día y el crepúsculo tiñó de rojo la puesta de sol, me sometí otra vez a las atenciones de Disenk.

Había decidido que, en aquella ocasión, me presentaría ante Ramsés como la niña vestida de blanco que él esperaba la noche anterior. Disenk me entretejió con cintas el pelo suelto, me pintó apenas los ojos con *kohl* y me puso un sayo pudoroso, que me cubría desde el cuello sin adornos hasta los tobillos desnudos. A cambio, me frotó la piel con aceite de azafrán, para que a

cada movimiento exudara un aroma sensual. Quería mantener al rey en vilo. La noche anterior había sido la médico autocrática, fundida en una criatura sin experiencia. Esa noche le enviaría un mensaje de pureza por encima de aquel recuerdo de sabiduría. No llevé mi caja. Era preciso no agotar el juego de médico y paciente, que podía servirme durante muchos meses.

El mismo sirviente me escoltó hasta la presencia real; lo seguí sin la turbación de la noche anterior. Los guardias que custodiaban el portón del jardín y las puertas de la alcoba eran los mismos y volvieron a saludarme con miradas atentas cuando pasé ante ellos. Las puertas se cerraron detrás de mí.

En aquella ocasión flotaba en la habitación del faraón una niebla de incienso recién quemado, azulado y dulzón. Cuando me detuve para postrarme, un sacerdote y sus dos pequeños acólitos estaban cerrando el ornamentado altar del rincón. Se inclinaron ante Ramsés, con los pebeteros todavía en las manos, y salieron caminando hacia atrás por las puertas principales. Después de saludarlos, el faraón se volvió con expresión ansiosa hacia mí y me ordenó que me levantara.

—Pero ¿dónde está hoy nuestra noble médico? —dijo con tono jovial, cogiéndome de la mano para conducirme al diván—. ¿Quizá se haya demorado atendiendo a algún infortunado y por eso envía a esta encantadora sustituta? No sé si sentirme insultado o agradecido.

Pero estaba satisfecho, no cabía duda. Su cara redonda enrojeció; sus ojos brillaban expectantes. Le sonreí con pudor, con los ojos bajos.

—Está aquí, claro, Gran Horus —respondí—. Pero hoy no tiene interés en la medicina. Ha probado otras habilidades sobre las que desea aprender más. —«No lo lisonjees», me había dicho Hunro. «Todas las niñas lo lisonjean, pero él es lo bastante astuto como para reconocer su falta de sinceridad y sentirse insultado. No es estúpido.» Me dirigió una mirada penetrante.

—¡Hum! —murmuró—. ¿Es eso un leve aguijonazo del escorpión o una palmada del gatito que todavía esconde las uñas? Siéntate a mi lado, Thu. Estás preciosa sin tantos adornos. ¿Quieres vino? ¡Escancia, Paibekamon! —Mientras el diligente mayordomo cumplía la orden, Ramsés se instaló a mi lado en el diván, con una sonrisa traviesa—. ¡Qué! —exclamó—. ¿La médico no protesta porque su dios desea beber el fruto de sus viñedos?

Le devolví la sonrisa.

—La médico no ha venido —respondí con suavidad—. Y Thu, tu amante, beberá el vino contigo con mucho placer.

—Pues, bebe —ofreció, entregándome la taza llena. Sorbimos juntos el líquido rojo—. Anoche soñé contigo —dijo, tiernos los ojos pardos por encima de su copa—. Al despertar, habría deseado verte acostada a mi lado. ¿No es extraño?

Respondí con cautela, sabiendo que pisaba terreno peligroso.

—Me honra. Majestad, que me consideres digna de tu deseo y de tu sueño —respondí con sencillez—. Estoy a tu leal servicio, Majestad.

Obviamente esperaba algo más, pues inclinó la cabeza a un lado, aguardando a que yo continuara sin perder la sonrisa. Comprendí de pronto que mi cauta respuesta era la adecuada, porque sus palabras habían sido una especie de prueba. Sentí como una fugaz punzada de compasión por él, que desapareció en el acto.

—Eres muy sabia para tu corta edad, Thu —dijo sin rodeos—. La sabiduría, cuando se combina con la belleza y la extrema juventud, resulta peligrosa.

Apoyé de manera impulsiva una mano contra su redonda mejilla.

—Oh, poderoso faraón —susurré—, cuando esas cosas permanecen unidas por un corazón honesto, ¿qué peligro puede acarrear?

Entonces me estreché contra sí para besarme el cuello y el mentón, hundiendo las manos en mi pelo. Respondí a ciencia y conciencia, rodeándolo con los brazos. Esta vez su boca contra la mía me resultó familiar; sentí un vago estremecimiento de placer. Pero no sucumbiría. Para mantener a aquel hombre en llamas, la clave era simple: postergar tanto como fuera posible el momento en que el fuego se extinguiera. Sin duda, entre las decenas de mujeres que tenía a su disposición, algunas lo habrían imaginado. Pero aquella manipulación requería valor y confianza, la capacidad de caminar por el borde del abismo que representaba el enojo real y, por consiguiente, la perdición. También requería intuición, acompañada por cautelosas instrucciones; yo tenía a mi favor el bien informado consejo de Hui y de Hunro. No podía permitirme el lujo de entrar en el pantano cálido y ciego de la lujuria imperial, y dejarme arrastrar con él a aquel vacío sin pensarlo bien antes. En los meses venideros no podría permitírmelo.

Muchas veces, aquella noche, lo incité a llegar hasta el límite para apartarlo luego, hasta que por fin caímos; él, en un estallido prolongado de liberación sexual; yo, en un agotamiento sudoroso. Cuando salí arrastrándome de debajo de su cuerpo, los dos estábamos laxos y trémulos. Alargué la mano hacia el vino y se lo acerqué a los labios con mano insegura. Dejé que bebiera a grandes tragos antes de vaciar yo misma la copa.

—No eres una muchacha, sino un demonio —graznó.

Fueron las últimas palabras que me dijo, mientras yo le hacía una reverencia y, apretando contra el cuerpo los pliegues deslucidos de mi sayo, salía sin darle nunca la espalda al rey. Siguiendo al sirviente de costumbre, avancé a trompicones por la corta avenida y, tras cruzar a toda prisa el portón custodiado, me llené los pulmones del aire limpio de la madrugada, mientras caminaba hacia el harén.

Una vez me encontré sola, con los pies ya en el césped, me acerqué a la fuente para arrodillarme y hundir la cara en el agua fresca; luego me recliné contra el borde de la taza, contemplando la superficie agitada que volvía a la calma. Mientras tanto, la luz se iba fortaleciendo. Ra se aproximaba. Su nuevo nacimiento era inminente y la cercanía de su advenimiento convertía la oscuridad en un gris lúgubre y sin sombras.

Mi reflejo se hizo visible poco a poco en el agua ondulante hasta convertirse en una silueta borrosa y fantasmal, con dos agujeros negros por ojos y una ranura nunca quieta por boca.

—No una muchacha, sino un demonio —le susurré a mi imagen en el agua—. Un demonio.

Me hizo una mueca lasciva, con expresión vacua y contorno palpitante. Me erguí para continuar el camino hacia mi celda.

Aquella mañana Disenk no me despertó. Dormí como desfallecida hasta que el diario trajín del patio penetró en mis sueños. Entonces me obligué a llegar hasta la casa de baños, donde reviví como una flor marchita bajo el agua tibia y perfumada que Disenk vertía sobre mí, con los óleos perfumados que el masajista imponía a mi piel. A aquella hora del día, las dos casas de baños estaban llenas de mujeres que parloteaban. La zona de masajes también estaba repleta de lustrosos cuerpos desnudos, relucientes como satén bajo la luz potente. La confusión de aromas que se mezclaban a mi alrededor llegó a

repugnarme un poco. Algunas de las mujeres me saludaron, pero yo era todavía la recién llegada, la muchacha peculiar que distribuía remedios; aunque me dedicaron muchas sonrisas, eran gestos cautelosos o de cortés preocupación. Por eso no lamenté volver a mis habitaciones, recién lavada y ungida de aceite, con el pelo mojado recogido.

Al acercarme a mi puerta vi una silueta familiar esperando fuera, de pie y con los brazos cruzados, fija la mirada indiferente en el alegre alboroto que armaban las mujeres. Eché a correr.

—¡Harshira! —grité al llegar—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Todo va bien?

Harshira se volvió y me hizo una grave reverencia.

—Todo va bien, Thu. El maestro está dentro.

Parpadeé.

—¿Aquí? ¿Hui está aquí?

Irrumpí en el umbral para arrojarme a los brazos de la silueta blanca sentada en una silla, junto a mi diván. Apenas reparé en Hunro, que me tocó el hombro al salir.

—¡Hui! —susurré, abrazándole con fuerza—. ¡Cuánto te he echado de menos! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has hecho llegar una carta desde que llegué?

Hui me devolvió el abrazo; luego me apartó con firmeza, según su costumbre, para cogerme el mentón con su mano enguantada y volverme el rostro a la luz. Después de estudiarme un momento, me soltó.

—Estás diferente —dijo sin rodeos—. Has cambiado, Thu mía. Disenk, tráenos algo de comer. Cuéntamelo todo, Thu.

Ya completamente reanimada, trepé a mi diván; las palabras me brotaron a torrentes. No podía apartar mis ojos de él, que escuchaba con expresión impertérrita. Disenk volvió con una bandeja llena de algo que comimos, pero no tengo idea de lo que me llevé a la boca entre frase y frase. Cuando empecé a describirle las dos últimas noches, Hui volvió a prestar suma atención para interrogarme con agudeza sobre lo que había hecho y dicho el faraón y sobre mi propio comportamiento. Respondí sin timidez. Era como si me hubiera convertido en su paciente y le enumerara todos mis síntomas para que él

emitiera su diagnóstico.

—Bien —dijo—. Muy bien. Te has lucido, Thu mía. Pero no vuelvas a beber el vino del faraón. Ramsés acostumbra a utilizar en exclusiva a las concubinas nuevas durante cierto tiempo, pero si pasan semanas sin que dé señales de cansarse empezarás a llamar la atención. Y no todos se fijarán en ti para admirarte. ¡Ten más cuidado!

—Así lo haré. Perdona. Pero dime qué ha pasado en casa. ¿Tienes otro asistente? ¿Qué has hecho de mi cuarto?

Hui lanzó una carcajada.

—Hasta ahora, no mucho. Lo reservo para los huéspedes. En cuanto a buscar un nuevo asistente, no he pensado en eso. ¿Quién podría reemplazarte, Thu?

Me sentí secretamente complacida. Los nichos que yo había abierto en aquella casa todavía estaban allí, pero vacíos, con la forma invisible de mi contorno. Le pregunté en tono melancólico por Kaha, por Nebnefer y por Ani; me respondió como despreocupado, sin duda para no exacerbar mis sentimientos de nostalgia. Luego se levantó, recogiendo el vuelo de su túnica. Le sujeté la mano.

—¿Ya te vas? Oh, maestro, quédate un rato más. Ven a pasear conmigo por el recinto. ¡Hace semanas que no te veo!

Hui se inclinó para darme un beso en la cabeza.

—Me gustaría, Thu, pero tengo asuntos que atender en palacio. La madre del faraón necesita mis cuidados y, antes de irme, tengo que intercambiar unas palabras con el canciller Mersura. ¿Has escrito a tu familia? ¿Hay algo que necesites?

Me crucé de brazos.

—Sí, les he escrito y no, no necesito nada —dije, mohína y desilusionada al darme cuenta de que no había ido al harén sólo para visitarme. Las lágrimas me escocieron tras los párpados, muestra de lo tensa que estaba. Hui asintió, satisfecho, y se encaminó a la puerta.

—No he querido visitarte hasta que te sintieras más a gusto aquí, pero no por eso he dejado de pensar en ti con mucha frecuencia —dijo, suave—. Volveré pronto, querida.

Desapareció con un susurro de lienzos, bloqueando momentáneamente la luz con su cuerpo.

Sufrí un instante de abrumadora soledad y desaliento. ¿Y si no avanzaba en los favores de Ramsés? ¿Y si estaba condenada a permanecer en aquella celda el resto de mi vida? Prefería morir a acabar mis años como Hatia, ebria y enferma, abandonada y olvidada por todos. El miedo me arrebató en sus alas oscuras; apoyé la frente contra las rodillas.

La mano vacilante de Hunro contra mi hombro me volvió a la realidad. Después de estudiarme durante un rato, dijo:

—Salir del harén está permitido, siempre que pidamos autorización a Amonnajt y vayamos escoltadas por guardias. Esos privilegios no se otorgan muy pronto y tú llevas poco tiempo aquí, pero si me acompañas, puedo garantizar al guardián que no te vas a escapar. Usaremos una litera para ir a la ciudad. ¿Quieres?

—¡Oh, sí! —exclamé, entre la risa y el llanto—. ¡Oh, Hunro, qué idea tan estupenda!

Hunro me dijo que me vistiera y salió. Durante el largo rato que tardó en volver, Disenk me vistió y me peinó. Por fin, Hunro volvió acompañada por dos corpulentos shardanas.

—El guardián ha dado su permiso —dijo—, siempre que volvamos antes del anochecer. La litera espera ante el portón principal. ¿Estás lista?

La expectativa me había aletargado y no sentía miedo. Hunro me cogió de la mano y juntas abandonamos el patio.

Durante varias horas, en el calor de la tarde, nuestros portadores nos llevaron a dar un delicioso paseo sin rumbo fijo, por un laberinto de calles, plazas, mercados y callejones estrechos. Cruzamos vastas avenidas que llevaban la vista hacia los pilones de los templos; recorrimos callejuelas más intransitables, pobladas de extranjeros de bárbaras vestimentas, de mercaderes y artesanos que se dirigían a venerar a sus extraños dioses. Disenk y la servidora de Hunro caminaban a nuestro lado y los guardias nos abrían paso dando codazos; así cruzamos calles atestadas de asnos que no paraban de rebuznar y de ciudadanos descalzos, de carros chirriantes cargados de alfarería, ladrillos o mosaicos de tonos brillantes, en precario equilibrio. Nos detuvimos frente a los mercados para contemplar a los polvorientos

vendedores que voceaban sus mercancías. Llegamos a los mismos muelles, donde barcos de todo tipo se mecían en las pardas aguas de Avaris, que ya iban ascendiendo, mientras sudorosos *fellahins* cargaban unos y descargaban otros.

En un momento dado, nos encontramos en un rincón tranquilo, donde destacaba un diminuto altar rodeado de manzanos y granados; a la sombra de los árboles descansaba una solitaria pareja de amantes, ignorantes de nosotros y del mundo entero. Pero aquellos oasis eran raros. Pi-Ramsés bullía de vida vibrante y ruidosa, de fuertes olores mezclados: polvo, estiércol y la fragancia leve, pero presente siempre, de miles de árboles frutales, casi todos ocultos tras los muros, pero impregnando el aire con su esencia.

Hunro y yo nos detuvimos varias veces para que los sirvientes compraran tortitas y pasteles grasientos a los vendedores callejeros. Los comimos con deleite, chupándonos los dedos, mientras proseguíamos nuestra marcha en la litera. Las escenas y los ruidos de la ciudad pasaban a nuestro lado, entre los desabridos gritos de los guardias:

—¡Abrid paso! ¡Abrid paso a la Casa de las Mujeres!

Y la ajorca de plata de Disenk, con sus pequeños escarabajos de oro, tintineaba musicalmente a mi lado, dulce y delicado sonido entre el bullicio circundante.

Cuando Ra empezaba a ponerse llegamos, exhaustas y felices, al refugio de nuestra celda. El harén parecía un santuario apacible tras el crudo alboroto de la ciudad. Nos tendimos en el césped bajo la luz roja del atardecer, a chismorrear y tomar cerveza. Por fin pude hablar con Hunro de mis noches con el rey, puesto que ya habían perdido la facultad de avergonzarme.

CAPÍTULO 15

A la noche siguiente llegó otra vez el heraldo con una orden real. En aquella ocasión no procuré controlar la lujuria del rey. Aunque la experiencia no me resultó grata, tampoco me repugnó; al terminar, deliberadamente, tampoco traté de retirarme. Sabía que no era posible retenerlo sólo a base de triquiñuelas sexuales; debía empezar a revelar un poco de mi vida, presentarle otra faceta de mi carácter. Ya había visto a la médico, a la virgen, a la seductora dominante; en todo eso había seguido los dictados de mi mentor Hui y de Hunro, mi amiga. Ahora me embarcaría por otras aguas a solas. Seguiría desarrollando mis personalidades, o mejor dicho, las que había descubierto dentro de mí misma, pero necesitaba abrirme paso más allá de su ingle y llegar hasta su corazón y su mente. Por eso, al terminar de hacer el amor, me envolví en una sábana y, rechazando el refrigerio, me senté en el gran diván del rey, con las piernas cruzadas, para conversar con él.

Al principio, hablamos de nimiedades: la constante crecida del río, que aseguraría una amplia inundación y una buena cosecha; la tarde pasada con Hunro en la ciudad; los alfares contruidos detrás del palacio, que atraían a mercaderes de todo el mundo. Hice un comentario sobre la cantidad de extranjeros que había visto en Pi-Ramsés y el faraón, que picoteaba la comida cómodamente instalado en su silla, dijo:

—Tu padre es extranjero, ¿verdad? ¿Alguien de la pequeña aristocracia extranjera, con propiedades en algún lugar del sur?

Me eché a reír.

—Mi padre. Majestad, combatió en las guerras de tu padre y, como veterano, fue recompensado con una porción de tierra en Asuat. Es libu.

—¿Asuat? —repitió Ramsés, arrugando el entrecejo. Sus dedos enojados se detuvieron con un pegajoso dátil a medio camino—. ¿Asuat? ¿Dónde queda eso? ¿No es una aldea sepultada al borde del desierto? —Su rostro se

despejó—. ¡Uepuauet, claro! ¿Pero para qué quería las tierras si era noble, aunque fuera extranjero? ¿No tenía fincas propias?

—No, Majestad. —Vacilé, pero decidí no callarme—. Mi padre es un campesino que labra sus *arouras* de veterano. Mi madre es la partera de la aldea.

—¿De veras? ¿De veras? —El dátíl volvió al plato. Ramsés hizo un gesto impaciente y un servidor se adelantó, sin hacer ruido, con un cuenco de agua perfumada y un lienzo. El rey se mojó los dedos y los alargó para que se los secaran—. Así que eres campesina, Thu. ¡Qué extraordinario! Tengo algunas concubinas plebeyas, sí, pero creo que todas son bailarinas o cantantes. ¿Y cómo llegaste a estar bajo la tutela de Hui? Pero dejémoslo. —Se levantó de la silla para sentarse en el diván, a mi lado. El mueble crujió bajo su peso—. Antes, cuéntame cómo viven los campesinos, Thu. Cuéntame cómo es criarse en una aldea. Reconozco que no te pareces en nada a los toscos hijos de la tierra que yo he visto. No obstante, tengo muchos administradores y sirvientes libus entre mi personal y son buena gente. ¿Tienes hermanas? ¿Son tan hermosas como tú?

Así, entre sorbo y sorbo de vino y mientras la noche avanzaba, le hablé de Asuat, de nuestra modesta casa, del arconte y sus revoltosas hijas, de las orillas del Nilo, donde los niños polvorientos y casi desnudos eran felices. Describí a los hombres recios, callados y prácticos que araban sus campos y adoraban a sus dioses, hacían el amor a sus mujeres y satisfacían las necesidades de sus hijos. Hablé de Pa-ari y de mis lecciones secretas, pero no mencioné la llegada de Hui ni mi decisión de cambiar mi doncellez por la oportunidad de conocer el futuro. Revelé la reverencia de los aldeanos por el pasado, su fervorosa e inocente creencia en que el dios viviente podía resolver todos los problemas del país, pero tampoco me extendí sobre este punto.

Mientras narraba, con toda la animación posible, el rey no apartaba los ojos de mi rostro. Asentía con la cabeza y daba su conformidad con una especie de gruñido; de vez en cuando, sonreía y en un momento dado alargó la mano para acariciarme la mejilla. De pronto, pareció cobrar conciencia de las lámparas parpadeantes, del bostezo ahogado de un sirviente desconocido para mí, y levantó una mano para interrumpir el flujo de mis palabras. Hice ademán de levantarme y recoger mi sayo, pero me lo impidió. Apartando la sábana que me cubría, se tendió en el lecho y, con un ademán perentorio, hizo

que me tendiera a su lado. Luego acomodó la sábana sobre los dos.

—¡Apaga las lámparas, Paibekamon! —ordenó. Luego me atrajo hacia él, enroscándose a mi alrededor—. Duerme, pequeña Thu, mi duende del desierto —murmuró—. Eres una maravilla y un horror. En ti no hay deshonestidad, pues no has temido revelarme tus bajos orígenes. Eso me complace. Tu piel todavía huele a azafrán. Me gusta...

Se le apagó la voz y empezó a respirar rítmicamente. Se había dormido. Sin creérmelo del todo, comprendí que iba a pasar la noche allí, que estaría a su lado por la mañana. Su cuerpo era cálido y reconfortante. Durante un rato me sentí inquieta en aquel ambiente, todavía poco conocido, pero poco a poco fui sucumbiendo al contento animal; la habitación en penumbra se borró hasta desaparecer. Me dormí.

Me despertaron unos sonos de flauta y laúd que penetraban, como en sordina, por las puertas de doble hoja. Por un momento permanecí tendida en la penumbra, laxa, pensando que el festín de Hui se había prolongado demasiado. Al recuperar la plena conciencia, me incorporé. Una voz dulce y joven empezó a entonar palabras relativas al culto y a la adoración.

—¡Salve, Divina Encarnación que te elevas como Ra en Oriente! ¡Salve, inmortal, cuyo aliento da vida a Egipto!

Con un sobresalto de excitación y respeto religioso, comprendí que lo que estaba oyendo era el Himno de Alabanza, antiguo cántico que despertaba a cada rey al amanecer desde los inicios de la historia. Miré a mi alrededor: vi al hombre que aún roncaba suavemente a mi lado, las quietas sombras al otro lado de la gran habitación, la luz todavía gris que se abría paso por las ventanas altas y estrechas, empezando a revelar las siluetas de los elegantes muebles. Y disfruté de aquel momento.

Terminó el himno. Más allá se oían susurros y movimientos; tras una pausa, las puertas se abrieron de par en par. Me apresuré a cubrirme los pechos con la sábana. Entró una pequeña procesión de sirvientes con alimentos y bebida, agua caliente y ropas; detrás de ellos, un arpista ocupó su puesto en el rincón para pulsar su instrumento. Acaricié el hombro al faraón y le di un beso en la oreja.

—Ya es de día. Majestad —dije—. Espero que hayas descansado bien.

El faraón resopló, dejó escapar un gruñido y abrió los ojos. Al verme allí

mostró su sorpresa, pero en seguida esbozó una amplia sonrisa, como un niño encantado, y me atrajo hacia sí para soplar en el cuello. Luego se incorporó, permitiendo que su sirviente le limpiara el rostro con agua perfumada.

—¡Qué sueño tan maravilloso he tenido! —exclamó, observando con deleite la bandeja que le ponían en el regazo—. Me zambullía en el Nilo, que era agradable, fresco y purificador. Me has brindado un buen augurio, pequeño escorpión, pues ese sueño representa la liberación de todos los males. Ahora come, ¡come!

Vacilé, pero mi hambre y mi sed eran tales que decidí no prestar atención a las advertencias recibidas. Partí el pan tierno y comí un bocado con un poco de agua. Los sirvientes se habían retirado a prudente distancia, pero cuando acabamos la comida empezaron a rondarnos. Ramsés me miró con aire travieso.

—Me gustaría volver a hacer el amor —susurró—, pero estos asnos esperan para llevarme al baño. Esta mañana tengo que ir personalmente al templo, donde ejerceré los sagrados deberes que habitualmente delego en mi sustituto. —Suspiró con fuerza—. Ahora que ha terminado la fiesta de Hapi, Usermaarenajt regresará a Tebas. Por supuesto, antes de partir querrá asegurarse de que todo está aquí en orden. ¡Usermaarenajt! —repitió, impaciente, ante mi mirada inquisitiva—. ¡El primer profeta de Amón! Por los dioses, criatura, ¿todos los habitantes de Asuat son tan ignorantes como tú?

Como pensar en el gran sacerdote de Amón parecía haberlo alterado, guardé silencio. No volvió a pronunciar palabra, pero hizo un gesto para que retiraran los platos y adelantó los pies para que le pusieran las sandalias. Mientras tanto, yo abandoné el diván y me puse el manto. Eso le llamó la atención.

—¿Adónde vas? —preguntó con voz desabrida.

Le hice una reverencia.

—A mis habitaciones, Majestad.

Parpadeó varias veces. Luego volvió a mostrar aquella sonrisa asombrosa, traviesa y alegre.

—Tu compañía me gusta —anunció—. Ve a bañarte; luego mandaré por ti para que me acompañes al templo. ¡Date prisa!

Le hice otra reverencia y, obediente, corrí por los jardines silenciosos y crucé el camino que separaba el harén del palacio para llegar a mi propio patio. No sabía si hacer ejercicio o no, pero decidí no hacerlo. Era preciso estar lista para cuando vinieran a buscarme.

Disenk no estaba en mi cuarto y Hunro dormía aún, montículo inmóvil de sábanas revueltas. Hice llamar a mi servidora a través de un mensajero y la esperé paseándome por el césped húmedo, sola en aquel vasto espacio. Por encima del edificio, el cielo pasaba del rosa pálido a un delicado azul; el aire se calentaba paulatinamente, colmándose con el perfume de flores invisibles. Por fin vería al enemigo de Hui, la maldición de Egipto, el acoso del faraón, el gran sacerdote de Amón. Sin embargo, mi corazón latía a un ritmo sereno y mi mente estaba en calma. Levantando los brazos y la cara al nuevo día, sonreí a la ilimitada superficie azul del cielo. Todo se estaba desarrollando como Hui había anunciado.

El sirviente de palacio que fue a buscarme me encontró bañada, perfumada, pintada y vestida con una túnica blanca transparente, bordada con flores rojas. Mi boca relucía de ocre rojo. Una pesada peluca de cien trenzas enmarcaba mi rostro pintado de *kohl* y se posaba en mis hombros. Bandas de oro esmaltadas en carmesí me rodeaban las muñecas y el cuello. Estaba hermosa y lo sabía. Seguí con orgulloso contoneo al hombre que me guiaba por la entrada principal del harén, seguida por Disenk.

Allí se habían reunido varias literas, rodeadas por una centelleante e inquieta multitud de mujeres y sirvientes; todas charlaban alborotadas con sus voces agudas, mientras la brisa matinal, todavía fresca, tiraba de sus costosos vestidos y levantaba las guedejas de sus elaboradas pelucas. En derredor aguardaban varios guardias del palacio y del harén, a la sombra agitada de los árboles. Eso me desconcertó. Tenía la idea de que Ramsés y yo iríamos juntos al templo, en agradable intimidad, pero era evidente que compartía la invitación con la mitad del harén. Busqué con la mirada a la Señora de las Dos Tierras, pero no la vi.

—¿Dónde está Ast? —murmuré a Disenk.

—Debe de haber partido antes —me respondió—. La Gran Reina no aguarda a las concubinas.

—Y ésa, ¿quién es?

Señalé furtivamente a una mujer que, sentada en un banquillo, contemplaba el alboroto con altanera indiferencia. Varios guardias se agolpaban cerca de ella, a los que se sumaban cuatro sirvientes que cargaban con el manto de la mujer, la caja de cosméticos, un envase con golosinas y otras bagatelas. Desde donde yo estaba era difícil distinguir su edad o su nacionalidad, pero tenía la piel muy cetrina y sus cejas, gruesas y angulosas, no estaban pintadas con *kohl* eran negras por naturaleza.

—Ésa es la Gran Esposa Ast-Amasareth —respondió Disenk, con respeto—. Creo que la conoces. El faraón la aprecia más que a ninguna otra de sus esposas. Es muy sabia.

«¿Lo es, en realidad?», pensé con cinismo, mientras la observaba. Debí de descubrir que la observaba, porque sus ojos de cuervo giraron en mi dirección y se posaron en mí. Luego levantó con ademán majestuoso la mano y me hizo una seña con el dedo enojado. El gesto era imperioso e inconfundible. Me abrí paso hacia ella entre la multitud y, al llegar, le hice una reverencia. Por un instante me miró con atención. Luego dijo:

—Eres la concubina Thu y has pasado la noche con Ramsés. Soy la Gran Esposa Ast-Amasareth.

Su voz, grave para ser de mujer, tenía un acento leve y musical que me resultó familiar. Las palabras de mi padre solían presentar la misma cadencia, aunque más suave, menos bronca. Recordé que ella había sido llevada a Egipto desde Libu, como prisionera de guerra.

La estudié con audacia. Sólo sus ojos eran bellos, grandes y brillantes. La piel, demasiado olivácea; la nariz, excesivamente pequeña; la boca, asimétrica. Sin embargo, la impresión general era de ser una mujer inteligente y maravillosa. Me sostuvo la mirada con serenidad hasta que, sintiéndome de pronto impúdica, bajé la vista.

—Las noticias viajan con asombrosa rapidez en este sitio, Gran Esposa —le respondí—. Es cierto: Ramsés me ha honrado con toda una noche en su diván.

Hizo una pausa antes de volver a hablar.

—Una cosa es una noche de amor —dijo con sosiego—. Otra muy

distinta, dormir una noche con el faraón. ¿Ves a la muchacha que está subiendo a su litera, a tu izquierda?

Me giré, sorprendida. Una joven bonita, muy avanzada en su embarazo, se acomodaba con cierta dificultad entre los almohadones, regañando al sirviente que la ayudaba.

—Es Eben, la concubina favorita del faraón —prosiguió la voz ronca—. Su estrella se apaga y ella lo sabe. El niño no la salvará. Al contrario: como madre, habrá perdido todo interés para el rey. Vivo encima de la residencia de la reina Ast. Ven a visitarme.

Me despidió con un ademán, pues una litera se había detenido junto a ella. Retrocedí. Se levantó con suprema dignidad y se instaló en el interior, con mucha elegancia, mientras todo su cortejo se apresuraba a rodearla. Corrió las cortinas sin mirarme. Me reuní con Disenk. Se estaba formando una procesión de literas y el grupo iba raleando. Mientras Disenk y yo caminábamos hacia una litera vacía, comenté:

—Eben... Nombre extranjero.

Disenk hizo un gesto desdeñoso.

—La madre es maxyes o peleset, no recuerdo bien. El padre, un guardia de palacio. Es tonta y vulgar.

Subí a la litera.

—No me habías hablado de ella.

Disenk me miró con desagrado.

—Está por debajo de tu interés.

Mientras partíamos me pregunté si, en secreto, Disenk me miraba con el mismo desprecio, puesto que mis antecedentes eran similares a los de la infortunada Eben. Aunque deseaba que no fuera así, convine que no me importaba. Por mucha simpatía que le tuviera, las opiniones de los sirvientes me importaban cada vez menos.

Nos llevaron a través de la ciudad, en una caravana de colorido privilegio, precedidos por el heraldo que pregonaba a gritos la presencia de las personas reales y por los guardias que nos abrían paso. Descendimos en el extremo de un vasto patio pavimentado, que se extendía ante el primer pilón de Amón. La

plaza, bordeada de esfinges, estaba negra de gente que alargaba el cuello para echar un vistazo al faraón. Al mirar a mi alrededor, lo vi y ahogué una exclamación.

Estaba a punto de entrar en el templo, rodeado por sus ministros y acólitos. A su lado iba Ast, diminuta y deslumbrante como una aparición rebosante de alcurnia e importancia, pero mis ojos no se detuvieron en ella, sino en Ramsés. En la relativa intimidad de la alcoba real, yo me habituaba poco a poco a aquella montaña de carne desagradable en que estaba envuelto. Su peso ya no me desagradaba, pero todavía no había perdido importancia, como yo esperaba que ocurriera con el tiempo. Pero allí, bajo la luz implacable que se reflejaba en la blanca superficie del patio, se transformaba en la manifestación física del poder real. Majestuoso e imponente, ese cuerpo enorme irradiaba la autoridad de un dios. Vestía un faldellín plateado hasta la rodilla, con su delantal triangular almidonado lleno de escarabajos de granate, que relumbraban a cada movimiento suyo. Del cinturón le colgaba el rabo de toro, curvado sobre sus amplias nalgas y rozando el suelo, recordatorio de su inigualable condición de Toro Potente de Ma'at. El amplio pecho era casi invisible bajo el gran pectoral de cerámica azul y verde en forma de cruz ansada, sostenida por arrodilladas diosas de oro. De oro eran también los anchos brazaletes que le abultaban la carne de los brazos y las lanzas que le colgaban de las orejas, atravesando cruces de jaspe. En la cabeza lucía la corona *jepresh*, con sus curvas de lapislázuli azul oscuro destacadas por docenas de tachas doradas. Encima de su ancha frente se alzaba la serpiente real, Wazt, Señora de los Hechizos, lista para escupir veneno al que se aproximara albergando traición en su seno. Vi que levantaba con imperioso ademán la mano regordeta, convertida en un símbolo de la perfecta autoridad faraónica, encendida de piedras preciosas. Sonó un cuerno. La divina pareja cruzó el pilón y la perdí de vista.

Me incorporé sobre la selecta multitud que la seguía, sintiéndome pequeña e insignificante; antes de que el sagrado recinto me envolviera, entregué mis sandalias a Disenk. El suelo del patio exterior estaba caliente y arenoso. «Tengo a un dios por amante», pensé con claridad, sorprendiéndome, como si se me ocurriera por primera vez. «Mi amante es divino y omnipotente. ¿Quién soy yo, pues, para insultarlo con mi secreto desprecio, para desdeñar sacrílegamente sus defectos?» Mis presuntuosas críticas valían menos que nada: la ínfima protesta de un ratón anónimo en los graneros de mi señor.

Convencida de mi humildad, me dediqué a las acostumbradas postraciones y plegarias, mientras se abrían las puertas del patio interior techado y Ramsés se acercaba al santuario con Ast. Pero mis fervientes reflexiones cesaron ante un grupo de hombres que, saliendo por detrás de una columna, se reunían con el rey.

No era difícil reconocer a Usermaarenajt, el gran sacerdote y primer profeta de Amón, pero no porque se pareciera a la astuta encarnación del mal que yo había imaginado. En realidad, me desilusionó su aspecto vulgar: era un hombre de edad madura, de rostro agradable y porte digno; un rayo de sol, que entraba por una de las claraboyas, bañaba su cabeza afeitada y daba brillo a sus impecables vestiduras. Lucía la marca distintiva del primer profeta de Amón: la piel de leopardo, que se le adhería a la espalda, con las garras prendidas a sus hombros y la cabeza balanceándose sin vida a un lado de su pecho. Me pareció que la bestia lo dominaba; su abrazo era codicioso, predatorio. Sus compañeros eran, sin duda, el segundo y el tercer profeta, también con la cabeza rasurada, el corselete sacerdotal y el bastón blanco. El gran sacerdote se inclinó ante Ramsés, de un modo que me pareció algo somero, y abrió las puertas del santuario, por las que salió una bocanada de fragante incienso. Por un momento divisé al dios, sentado en su trono de granito, con el cuerpo revestido de oro y las dobles plumas elevadas por encima de su noble frente; a continuación, el faraón y Usermaarenajt; las puertas se cerraron con suma rapidez tras ellos. Proporcionaron una silla a la reina Ast. Se iniciaron los cánticos y al patio interior salieron los bailarines, haciendo tintinear los sistros en las manos.

Busqué con la vista a Ast-Amasareth, pero fue a Eben a la que vi. La muchacha, reclinada contra un sirviente, con las manos bajo el vientre hinchado, parecía estar haciendo un esfuerzo. El sudor formaba gotas en su pecho. Aparté la vista con piedad, rara en mí, y me alegré con súbito fervor de no estar en su lugar. A mí volvieron las palabras de Ast-Amasareth; me juré hacer lo posible para no concebir un hijo de Ramsés. En ninguna circunstancia daría al rey una excusa para suplantarme.

Los ritos que el rey estaba celebrando requirieron mucho tiempo; cuando los cuernos volvieron a sonar y Ramsés reapareció, yo estaba tan aburrida como sedienta. Mientras él aguardaba a que la Señora de las Dos Tierras se instalara a su lado, sus ojos pintados de *kohl* recorrieron a los presentes y se posaron en mí. Sus labios pintados de alheña se curvaron en una sonrisa sin

timideces. Así siguió la dirección de su mirada; no vi en su rostro señal de que me reconociera, pero las menudas facciones compusieron una máscara de desagrado. Susurró a Ramsés algo que le borró la sonrisa de la cara y ambos salieron juntos al fulgor del día, a la rugiente horda de ciudadanos que esperaban fuera.

Confiaba pasar el resto del día en mis propias habitaciones, pero en cuanto bajé de mi litera, mientras caminaba a la sombra de los árboles que bordeaban la entrada del harén, me abordó un heraldo.

—Concubina Thu —dijo sin preámbulos—, el faraón ha ordenado que estés presente en el festín con que despide esta noche al gran sacerdote de Amón. Prepárate como corresponde. Al atardecer se te irá a buscar.

Giró sobre sus talones con la arrogancia de todos los heraldos, que se pasaban la vida transmitiendo órdenes ajenas. Yo me volví hacia Disenk, entusiasmada.

—Necesito algo nuevo que lucir, algo llamativo —dije, mientras pasábamos entre los guardias del harén rumbo a nuestro patio—. No quiero estar elegante, Disenk, sino llamar la atención.

Disenk arrugó la naricita.

—Se debe preferir la elegancia —dijo con firmeza—. No te conviene llamar la atención como una bailarina vulgar o una ramera conocida. Podemos hacer algo diferente con los cosméticos, Thu, pero mi consejo es que vistas con decoro.

Tenía razón, claro. Mis planes no incluían permanecer sin futuro como aquellas mujeres. Por lo tanto, el atardecer me encontró esperando en mi celda, ataviada con un vestido blanco ribeteado de oro, de escote alto y anchos tirantes en los hombros. Lucía un solo collar contra la clavícula; en su centro, una imagen finamente forjada de la diosa Hathor, con su benigna sonrisa y sus suaves cuernos de vaca curvados hacia mi garganta. Un único brazalete me rodeaba la muñeca. En la mano derecha, un anillo de escarabajo. La peluca que me tocaba los hombros era lacia y muy simple. Alrededor de la frente, la diadema no tenía ningún adorno. Pero por encima del denso *kohl* negro de los ojos Disenk me había pintado los párpados con polvo de oro. También tenía dorados los lóbulos de las orejas y los labios. Tenía polvo de oro adherido a los brazos, a los pies y al hueco del cuello, allí donde se

pegaba al aceite azafranado. Cuando por fin me miré de arriba abajo en el espejo de cobre, el efecto era notable. Aunque mis ropas eran el colmo de la modestia, mi cara y mi cuerpo relumbraban en una tentadora promesa de algo exótico, misterioso, sutilmente sexual.

Di las gracias a mi hechicera, sintiendo el sabor metálico y extraño del oro en los labios; Disenk asintió con una serena sonrisa. Me acompañaría para servirme y catar la comida y la bebida, lo que era un alivio. Una vez más, me hallaba ante otra prueba; me pregunté si toda mi vida sería así: siempre una nueva experiencia que conquistar. Interiormente bendije a Hui por habérmelo proporcionado; por un fugaz instante lamenté no hacer mi aparición en el salón de banquetes colgada de su brazo firme, algo provocativo.

La realidad fue que entré sola, exceptuando a Disenk, y en un primer momento pasé inadvertida. Cuando llegó el aviso seguimos al sirviente por la entrada del harén, en un crepúsculo dulce y cálido, y cruzamos el blando césped hasta el camino pavimentado que conducía a la entrada de palacio. Hervía de guardias e invitados; después de ordenarnos que nos detuviéramos, nos permitieron pasar. El imponente salón de entrada tenía puertas a la derecha, por las que pasamos junto con las demás. El rumor de voces se elevó hasta formar un verdadero estruendo. Me encontré en una habitación tan alta que el techo era sólo una sugerencia, tan amplia que apenas llegaba a divisar las columnas del extremo opuesto, entre las que la brisa nocturna enviaba ráfagas de agradable frescura. Había allí cientos de personas, cuyos tenues lienzos rozaban las guirnalda de flores de las mesas bajas dispuestas para ellos. Entre los invitados circulaban jóvenes sirvientes vestidos con taparrabos, como anguilas sinuosas, ofreciendo collares de flores entretejidas, conos de gasa perfumada para atar a las pelucas y tazas de vino. Uno se me acercó con una reverencia. Me dejé sujetar el cono sobre la cabeza, pero en el momento en que alargaba la mano hacia el vino, un heraldo se interpuso entre él y yo y me hizo un breve saludo con la cabeza.

—¿Concubina Thu?

Respondí a su saludo.

—Te acompañaré a tu mesa. Sígueme, por favor.

Para mi sorpresa y mi deleite, se me había asignado un lugar al pie del estrado donde cenaría la familia real.

—Esto va muy bien —dijo Disenk, complacida, mientras yo me esforzaba en no perder el equilibrio entre la aglomeración de cuerpos sudorosos y expectantes—. Muy bien. Estarás toda la noche a la vista del faraón.

—No creo que él lo haya planeado así —murmuré, sarcástica.

Le así la mano con fuerza, pues los cuernos discordantes sonaban con súbita violencia. En seguida se hizo el silencio. El jefe de heraldos salió de las sombras, a la izquierda del estrado, y golpeó tres veces con su bastón contra el suelo.

—Ramsés User-Ma'at-Ra Meri-Amón, Heq-On, Señor de Tanis, Grande entre reyes, Toro Potente, Estabilizador de los países, Señor de los Altares de Nejbet y Uarchet, Horus de Oro, Vencedor de los Satis, Sometedor de los Libus...

Su voz sonora seguía tronando en la enumeración de los títulos de mi amante. Solté la palma de Disenk, que estaba seca y fresca, pese a que el ambiente estaba muy caldeado y era casi irrespirable, y entretejé mis dedos, tensa.

El faraón cruzó el estrado. Había cambiado el faldellín por una larga y vaporosa túnica blanca, densamente bordada con cruces de plata, que se arremolinaba alrededor de sus enjoyados tobillos. Lo seguía Ast, pequeña y con aspecto de muñeca; la pedrería de sus joyas lanzaba suaves destellos a la luz de las antorchas y de las velas.

En aquel momento la sangre arreboló mi cara, pues el príncipe Ramsés caminaba detrás de su madre, con un faldellín que le dejaba las piernas al descubierto; con el rostro glorioso enmarcado por una toca de lienzo blanco, cuyos laterales besaban la curva tentadora de la clavícula. Echando un vistazo indiferente al salón atestado, se instaló en los almohadones, ante su mesa, pero ofreció una mano a la mujer que se había sentado junto a él. Calculé que debía de tener unos veintiocho o veintinueve años; era una criatura esbelta y vigorosa, con las facciones clásicas de la diosa Hathor que se ve en los relieves del templo, y sus cálidos labios estaban curvados.

—Su esposa, la princesa Neferu —susurró Disenk, siguiendo la dirección de mis ojos.

«Por supuesto», pensé, con un arrebató de enconados celos. «Una clásica belleza egipcia, de clásico nombre egipcio. Sangre pura y antigua. No podía

ser menos para nuestro príncipe.» En seguida sentí vergüenza, pues Disenk adivinó la intensidad de mi examen y me dedicó una vaga sonrisa. El gran sacerdote de Amón cerraba la pequeña procesión. Los ecos del heraldo se iban apagando, perdidos en la invisible penumbra del alto techo. Con un susurro, los invitados volvieron a la vida y reanudaron sus conversaciones.

Bajé a mis almohadones, con Disenk junto a mi rodilla; al hacerlo noté que no me interesaban Usermaarenajt ni su poder ni su pernicioso influencia sobre el faraón. En realidad, no me importaba en qué trampa sacerdotal podía o no debatirse mi rey. Después de todo, la fría obsesión de Hui no tenía para mí fascinación alguna. Me había dejado lisonjear por su aseveración de que sólo yo podía salvar a mi país, pero ahora la idea me parecía estúpida. Yo era sólo una muchacha perdida en la magnificencia de un sueño, flotando en un océano de absorbente fantasía. Me saturé del ambiente con todos mis sentidos: la ruidosa confusión de voces y risas, el juego de la luz amarilla en la miríada de joyas que titilaban en un constante remolino de colores, el revoloteo de ricos lienzos, el suave fulgor de los ojos pintados con *kohl* y las bocas alheñadas, los aromas tentadores que despedían las humeantes bandejas cargadas en la cabeza por los sirvientes. Y por encima y por debajo de todo eso, entretejido de forma misteriosa y silenciosa, el aliento discreto y seductor de Shu, dios del aire, que llegaba desde el mundo nocturno.

Había pequeñas hogazas de pan con forma de rana, mantequilla salada y queso de cabra, pardo y sabroso. Había codornices rellenas de higos y cubiertas de pepinos y cebollas. Había semillas de loto untadas con purpúreo aceite de enebro y raíces de junco silvestre, crocantes de coriandro y comino. Delicadas hojas de lechuga se rizaban entre las frondas de perejil y finos tallos de apio. Abundaban las tortillas de *shat* y de miel; el vino estaba endulzado con dátiles. Nunca había probado platos como aquéllos. Disenk, impertérrita, probaba con aire ceremonioso cada uno de ellos antes de que yo me llevara nada a la boca y sorbía juiciosamente el vino que yo iba a deslizar, rojo y suave, por mi garganta.

El alboroto del salón fue en aumento a medida que la noche avanzaba. Cuando estuve ahíta, un discreto sirviente se llevó mi mesa para que pudiera reclinar me sobre un codo, contemplando el estrado. El faraón estaba sumido en una conversación con el primer profeta; su esposa se limpiaba los dientes con delicadeza, mientras su servidora personal le cambiaba el cono de la cabeza. El cono del príncipe también se había arrugado; el aceite, al

chorrearle, dejaba un hilo dorado en su cuello y entre sus pezones pintados de alheña, hasta desaparecer allí donde la mesa ocultaba su vientre tenso. Su esposa se inclinaba hacia él, con una mano en su brazo, para decirle algo que le hacía sonreír.

Aparté la vista, sólo para encontrar fijos en mí, inexpresivos, los ojos de Ast-Amasareth. Sus codos descansaban entre las flores medio marchitas de la mesa; había cruzado bajo el mentón los dedos enjoyados. En su firme semblante no había muestras de embriaguez. La saludé con la cabeza y ella, con calma, me devolvió el saludo.

Sentí que una cadera se deslizaba junto a la mía; al volverme encontré a Hunro, que me sonreía con la copa en la mano.

—Pareces una exótica diosa extranjera —dijo—. ¿Te diviertes, Thu? Pronto saldrán los bailarines y estaré con ellos. También hay una tropa de acróbatas de Keftiu y un tragafuegos. —Vacío su taza y pidió por señas que volvieran a llenarla—. Todo el mundo ha notado que Ast-Amasareth no deja de mirarte —prosiguió, en voz baja y provocativa—. Y todos te han estado observando, incluido Paiis; pero como él ha venido con una esposa ajena y tú perteneces al faraón, sólo puede desearte desde lejos.

Eché la cabeza atrás con una carcajada. Hubo un estruendo de címbalos y unas pisadas de pies descalzos; seis bailarines salieron al espacio despejado delante del estrado. Las mujeres iban desnudas bajo las largas cabelleras negras, que casi les rozaban los talones. Los hombres vestían taparrabos y llevaban cascabeles en los tobillos. Después de darme un beso en la mejilla, Hunro se levantó para saludarlos. La multitud, al reconocerla, lanzó un rugido; el faraón la saludó agitando un brazo. Incluso Ast sonrió un poco. Los tambores empezaron a marcar un ritmo frenético. Vi que Hunro cerraba con pereza los ojos, buscando el ritmo con los pies.

Yo también cerré los ojos. No necesitaba ver las lentas contorsiones de los bailarines para dejarme arrastrar por la sensualidad del momento. La reverberación de los tambores, el gemido de las flautas, el frenético palmotear que marcaba el ritmo de la música me rodeaba e invadía con una animación completamente física. Durante mucho rato me dejé llevar por el frenético ritmo; después, la música cambió, los címbalos volvieron a entrechocar y, al abrir los ojos, vi que los bailarines desaparecían para dar paso a los acróbatas, que salieron haciendo cabriolas.

El príncipe Ramsés también había desaparecido. Para mí fue como si la noche llegara a un abrupto final. Ast bostezaba detrás de la mano. El faraón continuaba su profunda conversación con el gran sacerdote, que había dejado sus almohadones para sentarse ante el rey, medio encorvado. Los invitados mostraban con aullidos cuánto les agradaba el espectáculo, animados por el vino y con los faldellines rotos. De pronto, me sentí sobria por completo y distanciada de la alegre estridencia que reinaba a mi alrededor. Me levanté, algo entumecida; Disenk hizo lo mismo, tirándome del brazo.

—¡No podemos salir antes que el rey, Thu! —me amonestó.

Sin prestarle atención, me deslicé entre los cuerpos que se balanceaban; necesitaba la frescura del aire en la cara. Al llegar a las imponentes columnas que dejaban filtrar la noche, pasé entre los guardias sin que me detuvieran. Me detuve en el sendero para quitarme el cono de perfume y, después de frotarme los brazos con el resto, lo dejé caer y miré a mi alrededor.

El cielo estaba negro, pero encendido por un blancor espolvoreado de estrellas. A poca altura en el horizonte, se veía una pálida luna en cuarto creciente a considerable distancia. Las masas borrosas de los árboles arracimados, altos y difusos, se estremecían en sus troncos. Algo más adelante, sonaba la incesante música de una fuente.

Acalorada y fatigada, abandoné el pavimento para salir al fresco césped. Sabía que Disenk venía detrás de mí, pero el alboroto del salón y el silencio envolvente de los jardines no me permitían distinguir sus pasos. No tardé en divisar la fuente: una columna de cristal fluido que caía sin cesar en la amplia taza de piedra caliza.

—Espera aquí —ordené a Disenk—. Necesito beber.

Me acerqué al agua y, con las manos ahuecadas, interrumpí el chorro turbulento. Después de beber con ansia, dejé gotear el agua por mi cuello y mis pechos.

Mientras sacudía los dedos para quitarme las gotitas percibí un movimiento por el rabillo del ojo. Allí había alguien más, una silueta oscura al otro lado del chorro chispeante. Se movió, incorporándose para acercarse a mí. El príncipe Ramsés salió de entre las sombras. Presa de momentánea confusión, me giré para huir, pero ya era demasiado tarde.

—Eres la pequeña médico, la última adquisición del harén, ¿no? —dijo—.

¿Qué haces aquí sola?

Su tono era áspero. Hice una apresurada reverencia y, al ordenar mis pensamientos, comprendí de repente por qué.

—No, príncipe, no he venido a una cita clandestina —repliqué—. Allí espera mi servidora. Voy de regreso a mi alojamiento.

El príncipe se acercó más y, cruzando las manos, plantó un pie en el borde de la fuente.

—En el salón hacía calor y el espectáculo me aburre —dijo—. Lo he visto demasiadas veces. Además, no me gusta ver a mi padre humillarse ante hombres inferiores a él.

Sus palabras me escandalizaron. ¿Las habría pronunciado para sus adentros, caviloso, porque yo no le importaba más que los árboles susurrantes o los parterres floridos que nos rodeaban? Contradecían todo lo que yo creía con respecto al rígido código de lealtad que regía entre los miembros inmediatos de la familia real. Lo miré con fijeza, mientras se disipaban los últimos vapores del vino. Su faldellín y su toca de lienzo eran manchas grises en la oscuridad; no llegaba a distinguir sus facciones. El aceite que le corría por el cuello relumbraba apenas a la luz de las estrellas.

No quise hablar por cuenta de Hui después de aquellas horas esplendorosas que acababa de vivir. Deseaba continuar flotando en una nube de fantasía. Pero jamás volvería a presentarse una oportunidad semejante. Reuniendo todo mi valor, dije con voz vacilante:

—Supongo que te refieres al gran sacerdote de Amón, Alteza. He oído decir que él manda donde el buen dios rige. Es un rumor que inquieta a muchos.

Por primera vez sentí que su atención, con brusquedad y por completo, se fijaba en mí. Con un diminuto chirrido, retiró el pie de la taza para dar dos pasos veloces hacia delante. Por fin pude verle los ojos que, aunque sombríos, reflejaban la plata de las estrellas.

—¿Es cierto? —murmuró—. ¿Lo es? ¿A cuántos inquieta, quisiera saber? ¿Eres tú una de ellos, mi pequeña concubina?

Me puso un dedo bajo el mentón para levantarme la cara a la luz escasa. Yo habría querido mover la cara para apretarle los labios a la palma de la

mano. Afronté sin parpadear su exploración, acumulando de forma deliberada la sensación de su piel contra la mía, el calor de su aliento contra la boca y las mejillas, la visión de sus facciones, tan abrumadoramente cerca. El ulular constante del agua se hizo de pronto muy alto en aquel instante de silencio, mientras él me estudiaba.

—Eres realmente hermosa —dijo, por fin—. Y también inteligente, según dice mi padre. Semejante combinación no siempre es buena, médico Thu, pero ¿qué importa, si eres una mujer entre mil? —Sonrió, descubriendo sus dientes blancos, e inclinó la cabeza un poco más. Durante un segundo glorioso pensé que iba a besarme. El pánico, el deseo y la prudencia se apoderaron de mí. Pero se limitó a repetir su pregunta—: ¿Te inquietan esos rumores, Thu?

Sé que captó mi imperceptible movimiento hacia él, la instantánea revelación de lo mucho que ansiaba su cuerpo perfecto. Me aparté con amabilidad de su mano y le hice una reverencia.

—El harén está siempre lleno de rumores. Alteza —respondí—. En su mayoría, no merecen ser tomados en cuenta. Pero el dios viviente es la encarnación de Amón aquí, en la tierra, y es una distorsión de Ma'at que un mero sacerdote tenga ascendencia sobre el divino. Si es que la tiene.

—¡Bien dicho! —comentó Ramsés, tajante—. Habría que incluirte en el cuerpo diplomático de Egipto, pues tus palabras son sagaces, aunque llenas de tacto. Médico, concubina con talento y, ahora, funcionaria por afición de la corona de los dos reinos. Me pregunto qué vendrá luego.

Su tono sarcástico encendió mi condenado temperamento.

—¡Soy una egipcia leal, Alteza! —le espeté—. Una entre los muchos que aborrecen el poder ejercido por los sacerdotes sobre este país. Y a juzgar por tus palabras de hace un momento, tú también eres uno de ellos, ¿verdad?

En cuanto oí mis palabras hubiera querido morderme la lengua, pero ya era demasiado tarde. Ramsés tiró de un lado de su toca, con los ojos entornados, como si mi arrebató no le perturbara. Cuando habló fue con suave burla.

—Los *fellahin* de los campos, esos también son egipcios leales —dijo, en tono sereno—, pero la opinión que tienen de las sutilezas del gobierno es tan sofisticada como el aullido de los perros del desierto bajo la luna. Lo mismo

puedo decir acerca de las opiniones de las tontas jovencitas del harén. Te aconsejo que calles las tuyas, Thu, y que te esfuerces en no olvidar tu condición. —En su voz se iba filtrando una nota de humor—. Si puedes, por supuesto, aunque lo dudo.

—¡Pero has sido tú el que ha empezado! —Estaba casi gritando mi frustración, casi como los perros de su comparación, y tenía los puños apretados—. ¡Haz que cambie de opinión, Alteza! ¡Infórmame sobre las sutilezas del gobierno!

Me miró con aire crítico, pero otra sonrisa le rondaba la boca.

—Empiezo a comprender por qué mi padre está tan deslumbrado por ti —dijo—. Sigue mi consejo: utiliza tus energías para convertirte en una concubina buena y leal y deja a tus superiores los asuntos importantes. Ama a mi padre, pues se lo merece.

Abrí la boca para contestar, pero el príncipe levantó una mano imperiosa.

—Ya has llegado demasiado lejos. Que duermas bien.

Y girando sobre sus talones, se perdió en medio de la noche apacible, sin darme tiempo a hacerle la reverencia debida.

Me dejé caer en el borde de la fuente, con los dientes apretados; su charla estúpida e interminable se me antojaba ahora inaguantable. En mí se agitaban la lujuria, la ira, la admiración, la humillación. «Bueno, al menos nunca volverá a mirarme como si no existiera» me dije, furiosa. «Sólo espero que no se tome en serio mis tontos comentarios.»

Pero al recuperar el dominio de mí misma, mientras volvía a donde me esperaba Disenk, caí en la cuenta de que nada deseaba tanto como que el príncipe Ramsés pensara en mí, recordara mis palabras y mi manera de decirlas, cavilara sobre la expresión de mi rostro a la luz de las estrellas y sobre el contacto de mi mentón en su mano. «No irá mal tener otra flecha lista para poner en el arco, por si la primera falla», pensé. El sendero surgió a la vista y Disenk se apartó de las sombras. «Si el faraón se cansa de mí, quizá pueda ganarme el respeto del príncipe.» Dando vueltas al asunto en mi cerebro, crucé con Disenk el vasto patio abierto ante la entrada principal del palacio, ya sembrada de literas, guardias e invitados soñolientos y gruñones; allí giré hacia la entrada del harén.

Antes de responder a la orden de los guardias que nos mandaban que nos detuviéramos, miré hacia atrás. Ast-Amasareth, cuya presencia me iba pareciendo fantasmagórica, me observaba desde la oscuridad del bosquecillo. Pasé a toda prisa fuera de su campo visual, pero me cosquilleaba la columna al llegar a la seguridad de mi propio patio. La Gran Esposa real podía suponer un poder considerable. Por un momento me pregunté si practicaría la magia. Probablemente, sí. Era una mujer misteriosa e inquietante.

CAPÍTULO 16

Al mediodía siguiente Ast-Amasareth me mandó llamar. Yo había comido ya algo de pan y fruta en la penumbra de mi celda, con la puerta cerrada para no oír el ruido de los niños. El emisario de la reina llegó en el momento en que Disenk, después de pintarme la cara, me estaba pasando el sayo por la cabeza. Al sacarla del lienzo descubrí que me miraba con curiosidad.

—¿Concubina Thu? —dijo—. La esposa principal te invita a sus habitaciones. Te acompañaré.

Asentí. Disenk aprovechó el momento de abrocharme el collar de flores esmaltadas para susurrarme:

—¡No comas ni bebas nada, Thu! ¡No lo olvides!

Por toda respuesta la toqué en el hombro. En cuanto me puso las sandalias, hice una señal al hombre y lo seguí a través del prado, sembrado de niños y juguetes.

Al salir del patio giramos a la derecha por el estrecho sendero; luego torcimos otra vez en la misma dirección, hacia la entrada por la que había visto salir a Ast, Señora de las Dos Tierras, hacía algún tiempo. Un guardia se levantó de su asiento para saludar a mi guía; recorrimos un breve pasillo a cielo abierto.

Más adelante, me encontré ante unas gruesas puertas de cedro con hilos de plata, firmemente cerradas. Antes de llegar a ellas, un giro a la izquierda hizo que el sol volviera a bañarme con su luz. En aquel patio reinaba un agradable silencio, tan sólo quebrado por el leve susurro de una brisa cálida entre los árboles que rodeaban el gran estanque central. Aquella fuente era más pequeña y ornamentada que la otra cuyo murmullo colmaba mis sueños: de su taza se elevaba un surtidor de agua que no estaba destinado a la distracción de niños inquietos, sino a serenar las *kas* reales.

En el muro que rodeaba todo el sector, inmensos relieves representaban al faraón sentado en la Doble Corona, recibiendo de Amón el símbolo de la vida y platos con manjares de sus enamoradas esposas. Los triglifos que pude leer al pasar bajo la sombra moteada de los granados y las higueras, deseaban a Su Majestad vida, prosperidad y dicha por millones de años. El sirviente me condujo por un tramo de escaleras adosadas a la pared interior; cruzamos un breve rellano y entramos directamente en una gran sala de recepción, en la que reinaba un ambiente fresco.

La esposa principal estaba sentada en una silla baja, ante una mesa, dejando que una servidora le aplicara un masaje en los largos dedos con óleo perfumado. En el extremo opuesto de la habitación, una abertura cuadrada me permitió divisar otro cuarto con un gran diván, envuelto en finos lienzos y sembrado de almohadones rojos. Junto a la silla de ébano que ocupaba la esposa principal se erigía un gracioso pie de lámpara, que representaba a un joven nubio arrodillado, con la luminaria al hombro. Una mesa de cosméticos, sembrada de botes y pinceles, ocupaba parte de la pared más cercana. Había arcones para ropa, un brasero, un pequeño altar..., en fin, todo el mobiliario correspondiente a la vivienda de una gran dama. Sin embargo, la impresión era de austeridad y de un gusto discreto. Por una de las altas ventanas penetraba un rectángulo de luz intensa, que caía sobre un manto escarlata tendido en otra silla. Su brillo lujurioso y bárbaro, que contrastaba con la sobria atmósfera, me inspiró una leve inquietud.

Pero el hombre ya estaba anunciándome.

—Es la concubina Thu, Majestad.

Ast-Amasareth retiró la mano de las zarpas reverentes de su servidora para indicarme que me acercara. «Majestad», pensé, mientras adelantaba los brazos con la cabeza gacha y hacía el saludo de respeto. «Lo es, claro. Esposa legítima y reina. ¡No lo olvides, Thu!»

—Siéntate —ordenó la voz semejante a gravilla deslizante mezclada con miel—. Ocupa el banquillo que está bajo la pintura. Pareces estar cansada, hasta donde puede parecer cansada una niña como tú. ¿Disfrutaste anoche de la fiesta?

Me senté en la esterilla de juncos del escabel y la estudié en un abrir y cerrar de ojos. No era hermosa, no. En realidad, tenía la nariz demasiado pequeña y, al hablar, mostraba detrás de los gruesos labios unos dientes

extrañamente torcidos. La alheña que usaba en los labios era de un color más intenso que de costumbre, como si hubiera decidido acentuar de forma deliberada uno de sus defectos. En lugar de desagradar, aumentaba su extraño atractivo. Clavé la mirada en sus ojos, innegablemente bellos, y le dediqué una sonrisa cortés.

—Me gustó mucho. Majestad. Estos acontecimientos son nuevos para mí.

—Comprendo.

La servidora le estaba poniendo anillos en los gráciles dedos. Por fin hizo una reverencia y escanció vino en dos copas. Ast-Amasareth no trató de levantar la suya.

—Me atrevo a decir que, con el tiempo, las fiestas del faraón dejarán de ser una novedad y te hartarás de ellas, como nuestro apuesto príncipe. —Me observaba con atención—. Siempre desaparece en el momento más inesperado, durante el espectáculo, y sus guardias lo encuentran comulgando con la luna en algún lugar discreto. Junto a la fuente, tal vez.

Sonreía con la boca distorsionada. Entonces fui yo la que dijo:

—Comprendo —e hice un gesto picarón.

Yo estaba tensa. Ella también era astuta. Semejante mujer no pretendería aferrarse al poder sólo por su capacidad de hipnotizar al faraón. Aunque no se me había ocurrido hasta entonces, seguro que tenía su red de espías en el palacio y en el harén. Yo había caído bajo su mirada especuladora; alguien, encargado de vigilarme, me había visto con Ramsés. Aunque por el momento no importaba, porque yo no representaba amenaza alguna para la reina, quizá en el futuro me viera obligada a combatir el fuego con el fuego. ¿En quién podía confiar, aparte de Disenk y Hunro? Forcé una sonrisa.

—¡Allí, justamente, lo encontré anoche! —exclamé—. Cuando volvía a mis habitaciones, me desvié hacia la fuente para beber un poco de agua. Estaba allí y me honró con algunas palabras. Es un príncipe amable y un heredero apto para el trono de Horus.

La sonrisa de Ast-Amasareth se ensanchó sobre los dientes desiguales.

—Oh, pero todavía no se le ha nombrado heredero —dijo—. El faraón tiene numerosos hijos varones y, aunque pasa mucho tiempo atormentándose por el asunto de la sucesión, no logra decidir cuál de ellos es el más adecuado.

Además, teme un desenlace fatal a manos del que resulte elegido. La sangre joven es ardorosa y temeraria, querida Thu, como bien debes saber, y nuestro rey tiene razón cuando teme recibir una puñalada por la espalda, asestada por algún hijo ingrato que crea acabada la utilidad de su padre.

Me acercó una copa con un movimiento lánguido, pero apenas me fijé en el gesto.

—No imagino al príncipe Ramsés capaz de semejante perfidia —dije sopesando las palabras—. Es un buen hijo; le molesta ver a su padre obligado a la deferencia que el dios viviente debe al gran sacerdote de Amón. Él mismo me lo dijo.

—¿De veras? —La voz de la esposa principal se había convertido en un ronroneo monótono y comprensivo—. Quizá el príncipe sienta celos de la atención que su piadoso padre brinda a los sirvientes del dios. Tal vez arda en deseos de ser designado heredero de Egipto y ellos aconsejen elegir a otro. Tal vez su enfado no sea tan sincero.

Vi a tiempo la trampa y logré tragar la fiera réplica que ya me quemaba la garganta.

—Puede ser —respondí—. En cualquier caso, estas cuestiones son demasiado elevadas para mí. Mi tarea consiste en complacer al rey y ocuparme de mis propios asuntos.

Ante aquella respuesta, rio por lo bajo y señaló el vino con un gesto impaciente.

—No eres la primera que pierde el sentido por la viril hermosura del príncipe —dijo, sin rodeos—. De vez en cuando, se aventura por los terrenos amorosos, pero prefiere el lecho de su esposa. Y por supuesto, no se arriesgaría a provocar el gran disgusto de su padre copulando con una concubina real, por encantadora que fuese. —Sus ojos sabios se fijaron en los míos por un segundo y se alejaron—. Bebe, querida, y calma tu apetito con uno o dos bocados.

Sacudí la cabeza.

—Gracias, Majestad, pero no puedo. Me he levantado tarde y acabo de desayunar.

Me miró con astucia, tomó un sorbo de su taza y volvió a dejarla en la

mesa.

—¡Allí tienes! —dijo—. Se ha escanciado el vino delante de ti, de una sola jarra. Yo lo he probado y sigo sonriendo, ¿verdad, tonta?

«Oh, dioses», pensé, resignada, «a esta mujer no se le puede ocultar nada».

—Majestad —suspiré—: a riesgo de incurrir en tu ira, debo decir que soy médico. Sé muy bien que algunos venenos se pueden tomar en pequeñas cantidades sin que hagan daño, pero matan cuando se bebe toda la copa. Una poción así podría obrar en tu cuerpo con lentitud, provocándote sólo una pequeña molestia dentro de algunas horas, cuando yo esté ya muerta. Disculpa.

Los párpados de Ast-Amasareth se entornaron sobre los ojos oscuros. Luego volvieron a elevarse. Se humedeció los labios, pensativa, y se arrellanó, cruzando una aceitada pierna sobre la otra.

—Mi querida, mi queridísima Thu —dijo con voz fatigada—. En primer lugar, sobrestimas mucho tu valía. Por el momento, tienes un alto puesto en los favores del faraón, pero ese favor no va más allá de su alcoba. En los pasillos del poder de Estado no eres nada. Y es por esos pasillos por donde yo camino con Su Majestad. ¿Por qué me iba a tomar la molestia de envenenarte? En segundo lugar, no deseo acabar con el placer del rey ni hacer que te reemplace por otra que no sepa mantenerlo tan complacido. El hombre satisfecho es hombre feliz. ¿Nos entendemos?

Tragué saliva. Sentía la garganta reseca, quemada por algo peor que la sed. Aquel insulto frío y velado, aquella sucinta e implacable evaluación de mi puesto habían dado directamente en el blanco de mi orgullo.

—Perfectamente, Majestad —logré decir, con laudable calma—. Sin embargo, Majestad, me perdonarás si, aun así, rechazo tu refrigerio.

Inclinó la cabeza, como si esperara esa respuesta, y bebió a fondo; luego se inclinó hacia delante para tomar una de las golosinas del plato.

—Según creo, vienes de la casa de Hui, el vidente. Es un hombre extraño. Cuéntame cómo llegaste a vivir bajo su techo.

Algo aliviada, relaté la misma historia que había contado ya al faraón, omitiendo las cosas que se pudieran esgrimir en contra mía. La esposa

principal escuchó con interés. Cuando hube terminado me miró en silencio un largo rato; entonces cobré conciencia del completo silencio que reinaba allí. A aquel alojamiento no llegaba ningún ruido exterior. Después de mi pequeña celda en el turbulento bloque de las concubinas, el silencio resultaba grato.

Por fin ella dijo, serena:

—En la ciudad se rumorea que el vidente, en secreto, aplica sus grandes poderes contra el sacerdocio de Amón y reúne a su alrededor a los que albergan sueños de traición.

Mis ojos volaron hacia los de ella. El espanto me corrió por la espalda, como si de pronto el silencio se convirtiera en una manta sofocante y respirar fuera difícil. ¡Ast-Amasareth debía de ser bruja! Me obligué a enarcar las cejas.

—Sobre eso nada sé, Majestad —contesté, con toda la indignación que pude reunir—. El vidente es un hombre bondadoso, dedicado a sus medicinas y a sus visiones. Sin duda, esos rumores son palabras ociosas de hombres inferiores. ¿Acaso mi mentor no vive entregado al bienestar del faraón y de su familia?

Ast-Amasareth levantó una mano impaciente.

—¡Muy bien, muy bien! Esa lealtad te honra. No hablemos más del asunto. —La mano se movió como un cepillo—. Ya puedes dejarme, Thu. Eres más astuta de lo que sugieren tu edad y tu semblante. Por lo tanto, te aconsejo que frenes la lengua y no ambiciones más allá de la cama del faraón. Puedes retirarte.

Me levanté al momento y, tras hacer una reverencia, retrocedí hacia la puerta, incómoda al saber que Ast-Amasareth observaba con atención cada uno de mis movimientos. Fue un gran alivio volverle la espalda y seguir al sirviente por la escalera y el jardín, todavía desierto. Me sentía como si un gigante me hubiera levantado para sacudirme y depositarme de nuevo en tierra, con tanta brusquedad que ahora todo en mí se tambaleaba.

Pero una cosa era evidente; no podía permitir que Ast-Amasareth se interpusiera en mi camino. Hasta ahora sólo había despertado en ella un interés fugaz. Por un tiempo, estaría a salvo. Pero más adelante, ¿qué? ¿De qué recursos podía valerme para aproximarme al poder que ella ejercía? Sólo de la protección del faraón y del contenido de mi caja de hierbas.

Cuando giré en dirección a mi celda el patio estaba casi desierto. Las mujeres y los niños se habían dispersado para dormir la siesta. Después de quitarme el vestido ante mi puerta, corrí al césped para iniciar los ejercicios que últimamente había descuidado, pues mi cuerpo exigía descargar la agitación de mi mente. Pronto el enojo y el miedo salieron por los poros de mi cuerpo junto con el sudor. No podía permitirme el lujo de perder tiempo con esas emociones. De lo contrario, estaría perdida.

Nadé con el sol todavía alto, antes de que empezara a descender hacia Occidente. En un momento, al sacar la cabeza de la piscina, vi a Disenk sentada en el borde, rodeada por la parafernalia de mi bienestar: toallas, aceites y un dosel; pero preferí no reunirme con ella hasta que desaparecieran todos los efectos nocivos de la noche y del perturbador encuentro con la esposa principal. Luego salí para tenderme en la hierba y contemplar el denso follaje de los árboles sobre mi cabeza, mientras mi servidora me secaba y me untaba con óleos. Era como si nada avanzara, como si mi vida se hubiera detenido. ¿Acaso había agotado el ímpetu que me llevó tan inexorablemente hasta el harén?

Envuelta en una toalla de lienzo, volvía ya a mi celda, con Disenk pisándome los talones, cuando me abordó un heraldo real que venía apresuradamente desde el palacio.

—El rey requiere inmediatamente tu presencia, concubina Thu —jadeó—. Lleva tus medicinas.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Qué sucede?

Pero ya pasaba rozándolo y Disenk se adelantaba corriendo.

—Ha sido un accidente, un zarpazo de Smam-jefti-f, su león domesticado. Lo han llevado a la alcoba.

Cuando entré corriendo en mi celda, Disenk ya tenía preparada mi ropa y mi caja lista en el diván. Me vistió con suma rapidez, pues no había tiempo para pintura ni joyas. Partí hacia palacio sólo con el sayo y un par de sandalias viejas y con la caja bajo el brazo. Me sorprendió descubrirme tan preocupada por el rey. Escogí el camino más corto que conducía directamente desde el harén a la alcoba real. El guardia apostado a las puertas me hizo pasar en seguida.

Paibekamon salió a mi encuentro. La habitación parecía llena de gente

nerviosa que no dejaba de susurrar; yo apenas me fijé más que en el príncipe; el joven, polvoriento y apenas vestido, estaba de pie junto a su padre. Ramsés yacía en su diván, cubierto por una sábana en la que la sangre formaba una mancha oscura, cada vez más extensa.

—¿Es grave? —pregunté al mayordomo, en voz baja. De repente, sentí miedo. Habría preferido que Hui estuviera conmigo para asumir él la responsabilidad. Me sentía muy sola.

—No lo sabemos —respondió el hombre, muy quedo—. Mientras el faraón pasaba revista a sus tropas, acompañado de su león, parece que una abeja le picó a la bestia en el hocico, porque se levantó sobre las dos patas traseras, debatiéndose. Una de sus garras arañó la pierna al faraón.

Me aproximé al diván, indicando por señas que acercaran un banquillo, y deposité mi caja en la mesa. Ramsés giró la cabeza hacia mí. Estaba pálido y tenía la frente cubierta de sudor bajo la toca ordenada por la costumbre.

—Bueno, mi pequeño escorpión —jadeó—. Esperemos que hoy hayas venido para aliviarme y no para picar. Parece que todos mis predilectos tienen púas bajo las sonrisas.

Las palabras provenían de la irritación que le causaba el dolor. Me tomé un momento para descender hacia el banquillo. Luego le así la mano. Estaba caliente y húmeda.

—Hoy no pico, Majestad —sonreí—, y estoy segura de que tampoco tu león pretendía dañarte. ¿Puedo examinar la herida?

Logró sonreír ampliamente y la antigua vivacidad volvió por un instante a sus ojos.

—¡Qué mansa estás, Thu! ¡Qué sumisa! Sé muy bien que lo preguntas por pura cortesía; dentro de un segundo me arrancarás la sábana para hurgarme en la pierna con el frío cálculo de los embalsamadores. Si me causas el menor daño lo pagarás en nuestro próximo encuentro, entre sábanas más limpias que éstas.

Al otro lado del diván noté un movimiento. Levanté la vista. El príncipe me sostuvo la mirada. Todavía llevaba el arco suspendido del hombro manchado de polvo y lo sujetaba con las dos manos. El único brazalete de oro que llevaba se le había subido por el antebrazo y descansaba contra el codo.

Todo eso quedó vívidamente impreso en mi conciencia antes de que me volviera hacia su padre.

—¡Eres incorregible! —le regañé—. Y yo no soy una de tus mascotas, Majestad, sino tu médico. ¡Agua caliente y paños limpios! —pedí a Paibekamon. Luego me levanté para retirar con cuidado la sábana que cubría el cuerpo del rey. Las uñas del león habían dejado dos surcos profundos y anchos en el carnosos muslo de Ramsés. Peor todavía; las zarpas estaban sucias; había polvo y motas de porquería irreconocible pegadas a la herida. Después de examinarla bien, saqué una redoma y vertí en una copa unas cuantas gotas de lechosa esencia de amapola blanca—. Tengo que lavarte y suturar, Majestad —le expliqué, levantándole la cabeza para acercarle el recipiente a la boca—. Esto duele. Bebe este líquido, por favor, para embotar el dolor.

Hizo una mueca, pero obedeció. El agua había llegado en un cuenco humeante. Pronto me sumí en mi trabajo de quitar meticulosamente la suciedad; luego me acomodé para cerrar los bordes de la herida. De vez en cuando, Ramsés lanzaba un gruñido, pero eso era todo. A pesar de la amapola, el dolor debía de ser muy agudo, pero lo soportaba bien. Eso me recordó que, en sus tiempos de soldado, había combatido en muchas batallas contra los extranjeros para mantener Egipto libre. En realidad, era la actividad del militar y del estratega la que más le había satisfecho siempre. Aunque sus tiempos de campaña hubieran terminado, conservaba la disciplina interior del buen soldado.

Pronto la tarea me absorbió por completo; estaba ajena al constante ir y venir que se sucedía a mi alrededor, pero la inmóvil presencia del príncipe seguía siendo una sombra en la parte más íntima de mi mente. Cuando empecé a sudar, unas manos gentiles e invisibles me enjugaron la cara.

Por fin me incorporé, con un suspiro de satisfacción. Quedaría una cicatriz, por supuesto, pero al lavarme las manos ensangrentadas tuve la certeza de que no habría ninguna otra enfermedad. Abrí mi caja, saqué el mortero y su mano y empecé a preparar un emplasto. Me dolía la espalda y me temblaban los dedos.

—Traed un trozo grande de carne fresca y vendas de lienzo —ordené otra vez, mientras me inclinaba hacia mi paciente.

El rey me miró con aire soñoliento; tenía las pupilas dilatadas.

—Ya ha pasado lo peor, Ramsés —dije—. Voy a aplicar en la herida una mezcla de madera de serbal molida, tierra de *byj* y miel; sobre ella ataré un trozo de carne para que te ayude a cicatrizar con más celeridad. ¿Necesitas más amapola?

Negó con la cabeza.

—Quédate conmigo, Thu —murmuró—. Que te pongan aquí un catre. ¿Te he dicho que así pareces una niña, con el pelo en la cara y los ojos sin pintar?

Rio entre dientes ante mi sorpresa, pero se le cerraron los ojos. Alguien estiró un brazo a mi lado para dejar caer un trapo en el agua sucia; di un respingo al caer en la cuenta de que había sido la mano del príncipe la que me enjugara la frente y el cuello con tanta solicitud, durante mi trabajo.

—Tu trabajo es impresionante, médico Thu —dijo, con una leve sonrisa—. Te estamos muy agradecidos. Cuando hayas terminado, ve a refrescarte. Me quedaré con él hasta que regreses.

En aquel momento volvieron a mí las hirientes palabras de Ast-Amasareth; por un instante, me pregunté si la presencia del príncipe allí se debía a un sincero interés por su padre o a un deliberado intento de mostrarse como hijo leal y afligido. A los otros varones de la familia sólo los había visto fugazmente en el festín y en los pasillos del palacio. Para mí eran apenas sombras, fantasmas de los que ni Hui ni sus amigos me habían hablado.

—Gracias, Alteza —respondí—. Eres muy amable.

A continuación, me volví hacia el faraón, pues había llegado la carne, traída personalmente desde las cocinas por Paibekamon, con cierto aire de dignidad; completé mi labor y quedé totalmente deslumbrada y aliviada al mismo tiempo.

Más tarde, ya bañada y con un sayo limpio, volví a palacio, pero el príncipe ya no estaba. El faraón todavía dormía, aunque con un sueño inquieto a causa del dolor. Mientras me sentaba en el catre que me habían instalado allí, vi cómo murmuraba y se agitaba. Fuera se ponía el sol y las sombras de la noche me envolvían. Los sirvientes me llevaron alimentos y bebida, que rechacé, y encendieron las lámparas. Dormité a ratos, despertando de vez en cuando para inclinarme sobre el rey y asegurarme de que todo iba bien.

En un momento dado, cuando la noche se cerró en torno al palacio, Ramsés recobró la plena conciencia. Acudí en seguida a su lado y comprobé que la herida había sangrado y que las sábanas estaban manchadas.

—¿Eres tú, Thu? —preguntó—. Tengo la pierna tesa y dolorida, pero sobre todo me muero de sed.

—No quiero retirar la carne hasta mañana por la noche. Majestad —le dije, mientras le escanciaba cerveza y le ayudaba a incorporarse—. Ahora bebe y te daré más amapola.

—Me ha provocado un fuerte dolor de cabeza —se quejó—. ¿Dónde están mis sacerdotes? ¡Saben los dioses que hago bastante por esos pillos! ¿Dónde están, por qué no han venido a recitar los hechizos?

—Supongo que esperan a que los llames —repliqué—. Pero no tienes ninguna enfermedad, Ramsés. No hay ningún demonio que expulsar y, por lo tanto, no se necesita ningún cántico.

—No me llames por mi nombre —me reprochó con suavidad—, sabes que no tengo igual en Egipto.

Bebió la cerveza a grandes tragos. Cuando hubo terminado, le enjuagué la cara.

—¿Quieres que te laven. Majestad? —pregunté—. ¿Permitirás que los sirvientes vuelvan a cambiarte las sábanas?

Sin aguardar su respuesta, les hice una seña y me aparté hacia la cabecera del rey, mientras ellos lo ponían más cómodo, trabajando con la desenvoltura del buen adiestramiento y la larga práctica. Luego le di nuevamente el brebaje de amapola, dejando a un lado el impulso de examinarle la pierna. Tenía fiebre, pero eso era de esperar. Sólo cabía orar para que el *Ujedu* no se esparciera.

Volvió a dormirse o, mejor dicho, cayó en un estupor inducido por la droga. Yo hice lo mismo. Por la mañana desperté con sobresalto, para encontrarme con el príncipe Ramsés sentado al pie de mi catre, observándome.

—¿Cómo está? —preguntó, en tono coloquial, mientras yo trataba de incorporarme—. Mi madre vendrá más tarde a visitarlo y Ast-Amasareth espera ansiosa noticias tuyas. Durante toda la noche los templos han estado

llenos de cortesanos preocupados que rezaban por él.

—Pero ¿por qué? —barboté, todavía atontada por el sueño—. La herida fue fea y profunda, pero no fatal.

El príncipe se encogió de hombros.

—Porque si muriera ahora habría muchos disturbios e incluso derramamiento de sangre. Algunos de mis hermanos tratarían de adueñarse del poder, respaldados por los sacerdotes. Otros prometerían cualquier cosa al ejército para obtener el apoyo de los generales. Sólo mi padre trata de aplacar simultáneamente al templo y al palacio.

—Pero ¿por qué aplacarlos? —inquirí—. Es el rey. ¡Es dios! ¡Que ponga en su sitio a los sacerdotes!

Una risa suave, surgida del diván, hizo que ambos giráramos la cabeza en redondo. El faraón nos observaba con sus párpados hinchados. Su expresión era a la vez cauta y divertida.

—¡La voz de la inocencia ofendida! —dijo—. ¿Y qué debería hacer tu rey para poner en su sitio a los siervos de los dioses, querida Thu? ¿Azotarlos con plumas de avestruz? ¿Imponerles la sumisión a golpes del cayado o azotarlos con el mayal? Y de la cimitarra, ¿qué? Ah, existe una posibilidad. —Intentó incorporarse y el príncipe acudió en su auxilio—. Podría abordar a los reinos extranjeros y decirles: «Enviadme hombres y armas para acorralar a los sacerdotes de Egipto en sus templos y confiscar la tierra que pertenece a los dioses. A cambio, Egipto os recompensará con su caluroso agradecimiento. Claro que no puede ofreceros más, porque sus riquezas pasan por las manos de un dios directamente a los brazos de otros dioses». ¿Y por qué? —Lanzó una carcajada, pero en seguida se asió el muslo, dolorido—. Porque mi santo padre, Osiris Setnajt el Glorioso, decretó que así tenía que ser. Prometió a los dioses tierras y oro si volvían de nuevo la mirada hacia Egipto, si lo perdonaban, si le devolvían su antiguo poder. ¿Debe su hijo romper el voto hecho y atraer la ira divina sobre este país? Ya hemos discutido todo esto.

Había enrojecido y se notaba que estaba agitado.

—No he sido yo el que ha hablado, sino tu médico —le recordó el príncipe, con humildad—. Pero su voz es la de muchos de tus súbditos, padre. El voto fue hecho por mi abuelo. Si él supiera que nuestras minas auríferas de Nubia están rindiendo menos, que disminuye el comercio con los países del

Gran Verdor, que Tebas se está convirtiendo en la sede del poder sacerdotal y que el gran sacerdote de Amón vive con más pompa que la Encarnación del dios, ¿no te absolvería de toda culpa por actuar de modo implacable para reducir esa amenaza?

—Los sacerdotes no representan amenaza alguna para el trono de Horus —le interrumpió Ramsés, irritado—. Son rapaces y venales, pero saben que el pueblo no tolerará ningún peligro contra los verdaderos cimientos de Egipto. ¿Qué quieres que haga? ¿Convocar al ejército para aniquilarlos? No confío en el ejército. No confío en nadie, ni siquiera en ti, misterioso hijo mío. Además, los dioses se vengarían. Sus servidores son sagrados.

—Los sepultureros están descontentos —advirtió el príncipe—. Ya no reciben regularmente sus raciones. Y mientras tanto, el grano acude a raudales a los depósitos que Amón tiene en Tebas.

—¡Basta! —dijo Ramsés, elevando la voz—. Hago lo que puedo. ¿Acaso no he vuelto a abrir este año las minas de cobre de Aathaka? ¿No envié a mis funcionarios para que extrajeran turquesa de Mafek? ¿No he desplegado a miles de mercenarios en las fronteras para que custodiaran las rutas de las caravanas? ¿No negocio con Siria y Punt para traer riqueza a Egipto?

—¡Todas nuestras ganancias van a parar a los cofres de los dioses! —replicó su hijo, acalorado.

Y el padre gritó:

—¡Basta ya, he dicho! ¡Toca a los dioses y Egipto caerá! ¡Caerá! Conozco los murmullos coléricos de los descontentos que hablan de traición ocultando la boca con la mano. ¡Ellos no comprenden!

Yo había escuchado con desconcierto aquel diálogo, cada vez más airado, pero al oír hablar de traición me sobresalté. Era la segunda vez en dos días que se pronunciaba aquella palabra; me recorrió un escalofrío de aprensión.

—Acuéstate, Majestad —dije—. No te agites o destruirás todo mi trabajo. Mira, ya llega el amanecer. Oigo a los sacerdotes que, detrás de la puerta, se disponen a entonar el Himno de Alabanza. Serénate.

Era cierto que había movimiento detrás de las puertas de doble hoja; la luz natural se filtraba poco a poco en la habitación, gris y en penumbra. Todos guardamos silencio, mientras la imponente música llegaba ensordecedora a

nuestros oídos. Cuando cesó, las puertas se abrieron de par en par. El príncipe se levantó.

—Hoy mis soldados me necesitan, padre, pero volveré al atardecer. Obedece a tu médico. Te quiero.

Me dirigió una vaga sonrisa y se alejó a grandes zancadas, cruzando la turba de sirvientes que lo saludaba con una reverencia. Se apagaron las lámparas. Un arpista ocupó su puesto en el rincón y empezó a tocar. Apareció una bandeja. La cogí, pero cuando la deposité sobre la mesa, hubo nuevos movimientos fuera y un pequeño cortejo entró corriendo. Los sirvientes cayeron al suelo como trigo segado; yo también me arrodillé, con el rostro apretado contra los fríos mosaicos de lapislázuli. La reina Ast, Señora de las Dos Tierras, se acercó al diván con paso enérgico.

—Levantaos todos —ordenó.

Su mirada me recorrió sin prestarme mucha atención antes de volverla a su esposo. Luego se inclinó para darle un beso en la mejilla. Una vez más me maravilló la exquisita delicadeza de su cara, la diminuta perfección de su cuerpo; pero aquella vez pude distinguir parte de la hermosura de su hijo en las facciones regulares de aquella mujer.

—Me preocupas, Ramsés —dijo—. Te dije hace tiempo que tenías que matar a ese animal. De cachorro era hermoso, pero se ha convertido en una formidable bestia salvaje.

—Smam-jefti-f no es capaz de herirme de forma intencionada —replicó Ramsés—. Aun ahora, debe de estar lamentando su arrebató. Le picó una abeja, ¿sabes?

La expresión de Ast revelaba una suprema incredulidad. Lanzó un suspiro y preguntó:

—¿Cómo está la herida? ¡Tú, médico, si eso es lo que eres! Descúbrela, quiero verla.

Tragué saliva e hice una reverencia.

—Perdona, Majestad —dije—, pero el vendaje que he aplicado no se puede tocar hasta esta noche.

Ast se volvió hacia su esposo con la nariz dilatada.

—Realmente, Ramsés —dijo en voz baja, de modo que sus palabras fueran ininteligibles para los sirvientes, pero claras para mí—, parece estar perdiendo el seso. ¿Desde cuándo se permite a una simple concubina tratar a la realeza? ¿Tan atontado estás?

Ramsés vaciló ante aquel ataque. El dolor le había marcado surcos en las mejillas caídas, acentuando las sombras violáceas bajo los ojos enrojecidos. Aun así, habló con serena autoridad.

—Thu es médico por derecho propio, pues ha aprendido con el vidente en persona. Sus atenciones me resultan gratas.

Ast me lanzó una mirada de disgusto.

—Sé muy bien quién es. Y qué es. Espero que no tengas que arrepentirte de esta última distracción tuya. Lamento que sufras. ¿Puedo enviarte algo?

En los labios de Ramsés flotaba el fantasma sinuoso de una sonrisa. Creo que en aquel momento, al ver cómo movía la cabeza y besaba con delicadeza la mano de su esposa, estuve muy cerca de amarlo de verdad.

—Te aseguro, Ast, que tengo todo lo que puedo necesitar —respondió—. Pero vuelve más tarde para hacerme compañía. Nos vemos muy poco, como no sea en los festines y las recepciones oficiales.

Su esposa asintió con aire majestuoso. Después de mirarme de arriba abajo con desprecio, salió seguida de sus acompañantes. La seguí con la vista, consciente de mi triunfo. La reina de Egipto, la mujer más poderosa del país, me tenía celos. Y la compadecí desde la cumbre de mi éxito.

El faraón y yo comimos juntos; estaba mucho mejor. Al terminar, me dio permiso para retirarme a fin de que me bañara y cambiara de ropa, pero insistió en que volviera. Pasamos el resto del día conversando amistosamente y entreteniéndonos con juegos de mesa; de vez en cuando, el rey caía en el sueño ligero de la salud que se va recuperando. Ministros que requerían su Sello o su consejo nos interrumpieron tres veces. El ruidoso patio del harén parecía estar muy lejos.

Al atardecer me atreví, por fin, a retirar la carne de las heridas para examinarlas. Después de retirar la sábana que lo cubría y el faldellín de dormir, corté con cuidado los vendajes. El trozo de carne se desprendió con facilidad; ambos observamos mis pulcras puntadas, rodeadas de manchas

purpúreas. Para mis adentros ofrecí una plegaria de gratitud a mi querido Uepuauet, pues no había señales de *Ujedu* en expansión.

Pedí agua caliente para lavarle el muslo y, después de moler un poco más de serbal, lo mezclé con suavizante miel para untar la carne lacerada. Mientras trabajaba no pude dejar de ver el gradual endurecimiento de su pene. Sin duda alguna, el faraón se sentía mejor. Coloqué un cuadrado de lienzo limpio sobre el ungüento y, cuando estaba a punto de cerrar mi caja de medicinas, Ramsés me sujetó la mano para llevársela a los labios, con mucho más fervor que el que había demostrado a su esposa.

—Haces cosas estupendas con estas manitas —dijo con voz ronca—. Te amo, pequeño escorpión. No me has picado mucho, después de todo. Dime, Thu, ¿hay algo que desees? ¿Qué puedo darte?

Saboreando el momento, le encerré las mejillas entre las manos para besarle con lentitud. ¿Qué deseaba? Diez o doce imágenes me pasaron por la mente, pero sería preciso ir con cuidado. No era buen momento para aprovechar la ventaja y mostrarme codiciosa.

—Yo también te amo, Toro Potente —susurré—. Has sido realmente amable conmigo. ¿Cómo podría pedirte más?

—Muy fácil —dijo—. Sólo tienes que abrir esa boca atrevida, concubina mía. ¿Joyas, lienzos finos? ¿Sandalias tan ligeras que sean como espuma del río en los pies? ¿Qué?

Yo pensaba con furia. Por fin apoyé las manos en el regazo, bajando los ojos con recato.

—Puesto que tienes a bien ofrecerme un regalo, me atreveré a expresar un deseo. Pero no te enojés, por favor. —Gruñía de impaciencia, pero estaba sonriendo. Levanté la vista para presentarle de lleno los ojos azules—. Soy hija de campesinos, como sabes, y echo de menos la tierra. Dame una parcela que cultivar, gran faraón: un huerto o algún rincón donde puedan pastar algunas vacas.

El rey parpadeó; sus densas cejas se elevaron hasta el borde del tocado.

—¿Quieres tierras? No hay nada más fácil, querida mía. ¿Dónde las quieres? La tierra del Delta es la mejor. Su fertilidad te dará un buen rendimiento, si se cultiva de manera adecuada. ¿Algo más?

—Sí. —Hervía de incrédula felicidad. Yo, Thu, sería terrateniente. Aquel hombrón generoso podía hacerlo con un trazo del estilo de su escriba—. Me gustaría que me dieras permiso para visitar al vidente a voluntad. Para mí es como un padre y lo echo de menos.

Ramsés asintió.

—Por supuesto. Cuando gustes. Y para ir a visitarle tendrás esquite y litera propios. —Frunció el ceño con gesto burlón—. Pero debes pagar esos favores. En seguida. Quítate el sayo, médico, y cumple con tu deber de buena concubina: tu rey se consume de pasión.

Imité su gesto y, cubriéndolo de nuevo con la sábana, lo arrojé con firmeza.

—Oh, no, divino. Te estoy infinitamente agradecida por tanta bondad y tu amor me honra, pero mi deber como médico todavía no ha terminado. Hoy no habrá lujuria, sólo cura. Así lo deseo, así lo ordeno.

En una vorágine de risas desinhibidas, me puso un dedo romo entre las cejas para borrarle el ceño. Sin poder resistirme a su regocijo, también me descubrí riendo. En aquel momento anunciaron a un heraldo del harén. Me retiré al banquillo, mientras Ramsés hacía pasar al hombre.

—Habla.

El heraldo le hizo una reverencia.

—El guardián de la Puerta me ha ordenado traerte la noticia de que la concubina Eben acaba de dar a luz a una niña real, Majestad —dijo—. Tanto el bebé como la madre están bien.

Ramsés sonrió.

—¿Una niña? ¡Maravilloso! Transmite a Eben mis felicitaciones. Puedes retirarte. —En cuanto el hombre salió, caminando hacia atrás, el faraón gritó —: ¡Paibekamon!

El mayordomo se deslizó hacia delante.

—¿Sí, Majestad?

—Escoge algún abalorio para Eben entre mis tesoros; quizá un brazalete o un par de anillos. Y di a los astrólogos que se reúnan para decidir un nombre propicio.

Paibekamon cruzó una mirada conmigo.

—En seguida, Majestad —dijo.

Seguí con la mirada su alta silueta, que se retiraba en silencio.

—Y ahora, si insistes en mantener esta ridícula distancia entre nosotros, puedes al menos narrarme un cuento que me ayude a conciliar el sueño —ordenó Ramsés.

Concentré toda mi atención en él. «Mi destino no puede ser jamás el de Eben», pensé, aterrorizada. «Que esto te sirva de advertencia, Thu, hija mía. Eben se quedó embarazada. Eben se destruyó. ¡Ten cuidado, por los dioses, ten cuidado!» Mi voz temblaba cuando empecé a narrar, pero el faraón pareció no darse cuenta. Se reclinó en el diván y cerró los ojos.

CAPÍTULO 17

Recorrí el corto trayecto que había hasta la casa de Hui navegando en mi nuevo esquife. La embarcación era una pequeña joya, construida con cedro y pintada de blanco; popa y proa se curvaban con gracia hacia arriba, para desplegarse luego en sendas flores doradas de loto. Disponía de una cabina diminuta, con cortinas de damasco azul, muchos almohadones bien mullidos, una mesa baja de ébano con incrustaciones de plata y una caja a juego, para llevar las provisiones que pudiera necesitar. La litera, pulcramente plegada en la atestada cubierta, también era de ébano y damasco azul. Pero lo mejor era que mi navío enarbolaba, en el travesaño de su vela, el estandarte azul y blanco de las pertenencias reales; me senté con gran orgullo en la cabina, con las cortinas corridas, mientras el timonel y dos marineros de palacio hacían deslizar con suma elegancia la proa por las aguas tranquilas del lago. La gente de la ribera se detenía para verme pasar y yo sonreía, llena de satisfacción.

Como había anunciado mi visita, cuando tendieron la plancha hacia la escalinata de Hui, Harshira salió de la sombra del pilón de entrada, con toda su imponente dignidad, flanqueado por Ani y Kaha, que no pudo disimular una ancha sonrisa al ver desplegar mi litera. Descendí por la plancha seguida por Disenk, con el vestido salpicado de oro arremolinado alrededor de mis tobillos enjogados y la brisa acariciándome la peluca negra y plateada. El timonel me ofreció la mano; un momento después, apareció bajo mis pies la firmeza de la piedra. Harshira se inclinó con ademán solemne. Ani hizo lo mismo. Kaha esbozó una reverencia y me cogió de la mano.

—¡Estás magnífica, Thu, magnífica! —exclamó—. ¡Bienvenida a casa! ¿Todavía sabes recitar las guerras de Osiris Thotmés Tercero el Glorioso?

—Desde luego —repliqué, altanera. Luego le eché los brazos al cuello, lo estreché con fuerza y le pregunté—: ¿Ya te han ascendido?

Kaha puso los ojos en blanco.

—Me han ofrecido el cargo de maestro de escribas en la casa de Nebtefau, juez y consejero real —dijo, mientras caminábamos para reunirnos con los demás—. Es un gran honor, pero Nebtefau participa del concejo que gobierna Pi-Ramsés y es amigo del arconte. No me atraen las horas que debería pasarme junto a su rodilla, agarrotándome los dedos con aburridos problemas sobre crímenes en los distritos pobres o haciendo interminables listas de materiales para reparar los caminos. Prefiero el apacible dominio de Hui.

Me estrujó los dedos antes de soltarme. Saludé a Ani y luego contemplé las facciones graníticas de Harshira, que se quebraron en una sonrisa cordial que me pareció muy corta.

—Bienvenida, Thu —dijo con gravedad—. Confío en que goces de buena salud. El amo te espera ansioso. ¿Puedo acompañarte?

Subí a mi litera y los marineros me levantaron. Con Disenk a un lado y Harshira caminando ponderadamente al otro, cogimos el camino bordeado de densos árboles retorcidos; los vi pasar con un nudo en la garganta.

Por fin bajaron la litera. Me apeé.

Hui estaba de pie en el umbral, protegido de los rayos del sol por el techo del vestíbulo. Vestía un faldellín corto y un simple hilo de plata contra el liso pecho blanco. El pelo de color luna le caía en una trenza gruesa sobre el hombro pálido, atada con una cinta amarilla; llevaba los ojos brillantes ribeteados de *kohl* negro. No pude hablar. Mientras mis palabras entrecortadas luchaban por brotar de mis labios, lo bebí con los ojos. Al ver mi vacilación, se echó a reír; ese extraño gruñido me llenó la mente de recuerdos.

—Pequeña Thu, mi querida Thu —dijo—. Has cambiado desde la última vez que te vi. Estás preciosa.

Quería echarme en sus brazos, inhalar su perfume y el olor inigualable de su piel, e incluso apretar los labios contra su cuello marfileño. Quería sentarme en sus rodillas y sentirme envuelta de mimada atención. Sin embargo, permanecí muda y dejé que se acercara para darme un beso en la coronilla.

—Ya sé lo que deseas hacer —prosiguió, enlazando mi brazo con el suyo para caminar por el pasillo—. Quieres subir a ver tu vieja habitación, ¿no es cierto?

—Siempre has sabido leerme la mente, Hui. —Por fin había recuperado la voz—. ¿Por qué has estado tanto tiempo sin hacerme caso? Hace tres meses que no vienes a mi celda. ¿Por qué no me mandaste siquiera una carta? Me siento sola sin ti.

—Lo sé. —Estábamos ya al pie de la escalera; se volvió hacia mí—. Pero yo soy parte de tu pasado, Thu mía; mientras no fuera necesario, no quería que el pasado se entrometiera en un presente difícil hasta que estuvieras razonablemente segura de tu vida como pertenencia de Ramsés. —Su boca se curvó en una sonrisa irónica—. Creo que ahora podemos reunirnos sin peligro.

«Oh, no lo creo, amo», dije para mis adentros, a la vez que el corazón me daba saltos con sólo mirarlo. «Claro que hay peligro. Ya no soy una virgen que ansía tu cuerpo en una agradable fantasía, sino una mujer experimentada. Aunque pertenezcas a mi época de crecimiento y ya no te adore con todas las energías descontroladas de la extrema juventud, tu cuerpo todavía me llama y quiero responder.»

—¿Por qué dices que soy una pertenencia de Ramsés? —pregunté con voz poco gentil—. Has elegido esas palabras a propósito, ¿verdad? No necesitas recordarme mi situación, Hui. Y no trates de humillarme. Yo jamás seré por completo el juguete de ningún hombre.

—Sigues siendo mi fiera campesina —observó—. Me alegro mucho. Ve arriba, querida. Cuando hayas disfrutado de todo cuanto te rodea, me encontrarás en la oficina.

Ascendí con lentitud y, tras recorrer el silencioso pasillo, me detuve frente a la puerta cerrada de mi cuarto. Disenk había desaparecido. Estaba completamente sola. Respirando con fuerza, alargué una mano y entré.

Era como si hubiese salido apenas una hora antes. La cortinilla estaba levantada y el sol caía a raudales en el suelo lustroso y el sencillo diván, con sus sábanas blanquísimas, la sencilla mesa lateral, la solitaria lámpara de alabastro con su armónica belleza. La mesa donde yo había comido, donde Disenk solía extender su costura, gruñendo por mi terquedad, esperaba a que yo acercara una silla para iniciar mis laboriosas lecciones de escritura.

Desde abajo me llegaron voces conocidas; me acerqué a la ventana para mirar. Allí estaba el jardinero, conversando con uno de sus auxiliares; en el

suelo, entre ambos, descansaba un cesto cargado de plantitas de color verde intenso. Los pájaros revoloteaban juguetones en los árboles que se apretaban junto al portón principal. El azul del cielo reverberaba por la intensidad de la luz del sol.

Dejándome embriagar por la paz de la finca, me senté en el borde del diván. ¡Qué pequeña era la habitación, en realidad! ¡Qué sencillos sus muebles, qué modestos sus adornos! Sin embargo, ¡cuánta armonía y qué buen gusto reinaba en el ambiente! Al ver aquella habitación por primera vez me había parecido estar en el centro mismo del lujo. «Debería haberme quedado aquí», pensé. «Seguro que habría conseguido que Hui se desposase conmigo. Esta bendita tranquilidad habría sido mía para siempre.» Pero entonces pensé en mi eskuife blanco y dorado que se mecía ante la escalinata, con el sol centelleando en sus lotos dorados, y en el rico ébano de mi litera. Me levanté. Con una última y complacida mirada a mi antiguo alojamiento, salí y cerré la puerta.

Hui estaba dictando a Ani cuando llamé a la puerta. El escriba se fue en seguida después de hacer una reverencia; Hui se puso de pie para desperezarse.

—Disenk ha traído tu caja de medicinas —comentó, mientras empezaba a desatar los complicados nudos que cerraban las argollas de la puerta interior—. Presumo que, tras el desdichado accidente del faraón, habrá que reponer algunas cosas. —El cordón cayó al suelo y el maestro me hizo pasar. Le seguí de buena gana, llenándome los pulmones con el olor acre y dulzón del cuartito. Hui encendió rápidamente las lámparas—. Tu proceder fue excelente —prosiguió, mientras abría mi caja y sacaba redomas y frascos de los estantes—. Pero deberías haber añadido mirra molida al aceite de castor que le aplicaste después de quitar los puntos, sólo para asegurarte de que con ello eliminabas cualquier *Ujedu*.

—No había ningún *Ujedu* —repliqué, zaherida—. ¿Cómo sabes qué tratamiento le apliqué, Hui?

Hui me dirigió una mirada de soslayo, teniendo las manos ocupadas.

—Ah, claro —suspiré—. Por Paibekamon. ¿Te informa también el mayordomo sobre mis hazañas sexuales con el rey? ¿Te dice cuántas veces le hago alcanzar la satisfacción en una sola noche?

Hui negó con la cabeza.

—No. Esas cosas me las dirás tú misma si las cosas no marchan bien en la cama del faraón y te hace falta mi consejo. Pero no debes perder el favor de Ramsés y, por lo tanto, tu conducta como médico tiene una importancia vital. ¡Por todos los dioses, Thu! ¡Has agotado por completo la provisión de ramitas de acacia molidas! ¿Estás preparando anticonceptivos para todo el harén?

—No. Sólo para unas cuantas mujeres. —Vacilé un instante—. Pero para mí es la mayor parte.

Sin hacer más comentarios, rellenó los recipientes de mi caja y los selló.

—¿Sigues haciendo ejercicio con regularidad? —inquirió—. ¿Tienes cuidado con lo que comes y con lo que bebes? ¿Haces que Disenk prepare toda tu comida y cate lo que no puede controlar?

Pensando en Ast-Amasareth, le describí mi incómoda visita a la esposa principal. Me escuchó con atención; cuando acabé de hablar ya había concluido su tarea. Salimos del laboratorio, con pesar por mi parte, y nos instalamos en las sillas de la oficina. Hui escanció vino para ambos.

—Si ella no logra asustarte, tratará de dominar tu relación con Ramsés —me advirtió—. Deja que crea que así es. ¿Cómo está nuestro divino gobernante? ¿Sigue enamorado de ti desesperadamente?

Su tono cínico consiguió que se despertara en mí una punzada de lealtad y remordimiento hacia el rey; veía sus cálidos ojos pardos al asirme la mano y profesarme amor, pero aparté aquella emoción para responder a la pregunta. Hui me observaba. Una sonrisa se le iba extendiendo poco a poco en la cara.

—Te desenvuelves bien —me alabó—. Estoy muy orgulloso de ti, Thu mía.

Empecé a sentirme inquieta sin saber por qué. Las preguntas de Hui y su marcado interés por mis respuestas me provocaban impaciencia y resentimiento a la vez. Todo aquello me parecía bastante mezquino. Quise decirle que ya no me importaba demasiado el destino de Egipto, pero no me atreví.

—Es ridículo creer que puedo ejercer alguna influencia política sobre él, por muy enamorado que esté —dije, cautelosa—. Aunque pase la mayor parte del día en sus habitaciones privadas, no tengo tanta importancia como para

estar presente en las recepciones oficiales o en las negociaciones con extranjeros. Apenas tengo una vaga idea de lo que sucede en las oficinas de los ministros. He oído a Ramsés discutir con su hijo sobre la política interna y estoy convencida de que será imposible persuadir al faraón. —Erguí la espalda para dejar mi copa en el escritorio—. Después de todo, Hui, si no escucha a su propio hijo, ¿cómo va a escuchar a una concubina, por muy encantadora que sea?

—Porque esta concubina es diferente —aseguró Hui—. Es sagaz y durará, Y cuanto más dure, más podrá meterse en su corazón y en su mente. No es imposible, Thu. —Se inclinó hacia mí, cruzado de brazos—. Los embajadores comerciales del faraón pronto regresarán de lejanos sitios del Gran Verdor. Cuando se haya evaluado la carga, los generales apelarán al rey para que aumente el salario de los soldados. Trata de persuadir a Ramsés para que sea generoso. Los sacerdotes pedirán a viva voz más de lo que les corresponde y reclamarán que el Trono dé muestras de gratitud a los dioses por el éxito de la misión. Haz lo que puedas para que no se apoderen de esos bienes.

Lo miré a los ojos entornados y rojizos.

—Tú no sirves a ningún dios, ¿verdad, Hui? —pregunté con ternura—. No utilizas tu don de videncia para ninguno de ellos ni crees que sea un dios la fuente de tu misterio. ¿A quién adoras, entonces? ¿A ti mismo? ¿Qué hay realmente en tu corazón?

Sus ojos se redujeron a ranuras.

—No respondo a preguntas como éstas —dijo, casi en un susurro—. Por lo que veo, la tosca niña que recogí del polvo en Asuat se ha convertido en una mujer astuta. Únete a mí en esto, Thu. Las recompensas serán enormes.

De pronto, sentí frío.

—¿Para Egipto o para ti? —balbuceé.

Hui se relajó de forma brusca y su mirada perdió intensidad.

—Para ambos —respondió, enérgico—. ¿Por qué clase de monstruo me has tomado, impúdica? ¿Acaso el aire sofocante del harén, tan lleno de chismes y rumores, te ha comido el cerebro?

—¿Qué te dice la videncia del futuro, Hui? —insistí—. ¿O sólo te muestra sueños?

Permaneció inmóvil un instante, respirando con pesadez y mordiéndose los labios teñidos. Luego su cara se despejó con una sonrisa.

—Lo que me muestra es sólo para mí. Y si hago una lectura para el faraón, eso es sólo para él. Haz lo que puedas, Thu. No te pido más. No pretendo que te sacrifiques en aras del bienestar de Egipto. Disfruta del rey y de lo que él puede ofrecerte. ¿Por qué no? —Se levantó para servirme más vino y giró la cabeza para hablarme casi directamente a la cara. Yo tenía la sensación física de su proximidad, de sus labios que se movían a centímetros de los míos—. Y me dicen que te ha ofrecido tierras. ¿Sí? Ésta fue una sabia petición. Hiciste bien. Adiroma, mi administrador de tierras, trabaja mucho para las mujeres del harén. Cuando tengas la escritura en tus manos, llámalo. Es honrado. Si lo deseas, mi capataz puede encargarse de los productos o del ganado que desees. Te asegurará una ganancia.

—Gracias, Hui —fue cuanto pude balbucear.

Hui se apartó y me bebí el vino saboreándolo plácidamente.

—Y ahora —dijo— daremos un paseo por el jardín. Así podrás contarme todas las novedades del harén. Esta noche daremos un festín en tu honor. Mientras tanto, te tengo sólo para mí.

Acepté el brazo que me ofrecía y salimos de la oficina. Mientras caminábamos por el pasillo hacia la puerta trasera, que estaba abierta, me dije, con pleno conocimiento, que sería difícil que Hui ignorara alguna de las noticias del harén.

Aquella noche, al entrar en el comedor de Hui, los encontré a todos allí: eran los que yo recordaba haber visto en un festín similar, en el mismo sitio, hacía ya mucho tiempo. Entre los apagados acordes del arpista, interrumpieron la conversación para saludarme: Paibekamon, taciturno como siempre; Mersura, el canciller, con un gesto arrogante en las cejas; Panauk, el escriba real del harén, hombre al que yo había visto una vez en la oficina de Amonnajt, ocasión en que me saludó con aire distraído; Pentu, escriba de la Doble Casa de la Vida, que sin duda se pasaba los días encerrado en el templo, custodiando y estudiando los preciosos volúmenes; y el general Paiis, hermano de Hui, que abandonó sus almohadones para besarme las manos, cada una con deliberada pasión, y luego la boca alheñada, como hombre experimentado.

—Y a esto, ciertamente, es a lo más cerca del Paraíso que jamás llegaré —suspiró al retirarse a su sitio, con los ojos centelleantes—. ¿Cómo estás, belleza mía?

No supe si ofenderme o reírme por su atrevimiento. Tras responderle despreocupadamente me dejé caer junto a Hui, muy consciente de la oscura mirada de Paibekamon fija en mí. De pronto, descubrí que echaba de menos el rostro afable y franco del general Banemus.

Hui chasqueó los dedos para que trajeran el primer plato. La conversación se volvió informal y ligera mientras el grupo comía y se escanciaba el vino. Yo participaba con desenvoltura, sonriente y parlanchina, sin timidez; a veces, canturreaba al compás del arpa. Pero cuando los invitados saciaron el apetito, cambió el clima de la reunión. Ocurrió poco a poco, de manera que tardé un rato en notarlo. Las preguntas corteses se volvieron más agudas, más intencionadas; los silencios, menos amistosos. Comprendí que me estaban examinando.

Los hombres empezaron pidiéndome detalles del accidente del faraón y de mi tratamiento, curiosidad natural teñida de algo que atribuí a la preocupación que, según el amargo comentario del príncipe Ramsés, habían sentido todos los cortesanos. Respondí de buena gana, pero luego las preguntas se desviaron por otros derroteros. ¿Me sentía feliz en el harén? ¿Había hecho amigas entre las otras mujeres? ¿Y entre los sirvientes y los guardias? Las otras mujeres, ¿estaban contentas? ¿Qué cosas les interesaban? El príncipe Ramsés era un hombre admirable, ¿no? Y yo, ¿lo conocía bien? ¿Me habían presentado a su esposa? No se me interrogaba con brusquedad, sino como al desgaire. Yo respondía con ligereza, pero en ellos percibía un apasionamiento soterrado que me inquietaba cada vez más. Hice lo posible por desviar la conversación, pero siempre volvía a aquel extraño interés después de cada breve digresión. Aunque no lograra determinar de qué se trataba, el hecho de que ellos parecieran saberlo aumentaba mi desasosiego.

Hui, en silencio, jugaba con su copa. Yo sentía su atención fija en mí, discreta y constante. De pronto, por algún motivo, algo me hizo pensar horriblemente en Kenna. El recuerdo de su muerte y el papel que yo desempeñara en ella se había esfumado; hacía meses que ni dormida ni despierta pensaba en él, pero en aquel momento me pareció sentir su carne laxa y viscosa contra mí, mientras exhalaba la vida en un jadeo, dejándome

captar el fantasmal soplo de su aliento contaminado. El vino me sabía agrio; lo dejé con una mueca de disgusto. En seguida Hui se movió y Paiis me habló.

—Debes perdonarnos a todos nosotros esta grosera curiosidad masculina —dijo con desenvoltura—. Aunque Panauk trabaja allí, el harén es un misterio para todos nosotros. ¡Hui! Di a tu hombre que toque algo más vivo. Ya que no hay bailarines, por lo menos que podamos cantar.

Aquella torpe treta no me engañó. Las preguntas se me arremolinaban en la cabeza, mientras los hombres entonaban la canción que el arpista había iniciado. Noté que Paibekamon no participaba. Permanecía reclinado en sus almohadones, con las facciones en la sombra y el cuerpo inmóvil. En aquel instante caí en la cuenta de que me daba miedo.

Poco después se deshizo el grupo. En aquella ocasión yo me hallaba entre los huéspedes que esperaban las literas entre las columnas de la entrada, contemplando el patio velado. Harshira llamó a los porteadores y uno a uno nos ayudó a subir. Paiis, medio en broma y medio en serio, se ofreció a acompañarme hasta palacio, pero yo me negué en el mismo tono; halagada pero llena de orgullo, le dije que mi esquife me esperaba meciéndose en el embarcadero. Entonces me hizo una reverencia, de buen humor, y subió a su litera. Los otros se despidieron de mí con bastante cordialidad. Hui me envolvió en un fuerte abrazo.

—Que sigas bien, hermanita —dijo, cálidos los ojos extraños—. La próxima semana iré a palacio para atender a la madre del rey y aprovecharé para visitarte. Saluda a Hunro de mi parte. Puedes decirle que Banemus está bien, pues Paiis ha recibido un mensaje suyo.

Por algún motivo, no quise permanecer entre sus brazos y me desprendí en seguida. Después de desearle buenas noches, di las gracias a Harshira y entré en mi litera, invitando a la soñolienta Disenk a que me acompañara. El camino estaba oscuro y lleno de secretos; sombras y susurros llegaban a mí desde las sombras creadas por la luna, mientras la litera pasaba despacio entre árboles que parecían intercambiar susurros maliciosos sobre mí. No lamenté distinguir, entre las ramas, los vagos fulgores de la lámpara que se balanceaba en la proa de mi navío. Subí a toda prisa la rampa, como si el fantasma de Kenna hubiera estado observando mi paso y en aquel mismo instante se deslizara detrás de mí, doliente.

No hubo ningún percance en el breve trayecto de regreso a los terrenos de palacio, bordeando un lago apacible, iluminado por las estrellas. Cuando Disenk y yo llegamos a la entrada de mi patio desierto, la noche era fresca y un poco perfumada. Nuestras pisadas resonaban en la banda de pavimento que corría frente a las celdas; imaginé a Kenna rondando en la negrura de mi umbral, listo para lanzarse sobre mí. Sentí un escalofrío. Los suaves sonidos del interior eran los de Hunro, que dormía. Cuando Disenk encendió una vela y estuve lista para acostarme, aquel miedo súbito e ilógico quedó olvidado.

Pero aquella noche soñé que estaba arrodillada en el desierto, bajo un sol abrasador. Tenía la cara apretada contra la arena, que se me pegaba a los labios y a la nariz. Mi espalda tensa bañada de sudor; los hombros llenos de ampollas. El miedo me atenazaba allí abajo, mezclado con los implacables rayos del sol que se me filtraban por la piel hacia el corazón, que se me salían por la boca. Intenté levantar la cabeza, pero el terror se intensificó; una energía inexorable y brutal me mantenía clavada a la tierra inmisericorde.

Me desperté con un grito y me incorporé al instante, con una mano contra el pecho, donde el corazón todavía me daba saltos. Mis sábanas estaban empapadas de sudor. Me temblaba todo el cuerpo. La noche era silenciosa. Hunro lanzó un suspiro y se giró en su diván, sin despertarse. Me dio miedo de cerrar los ojos.

—Ven a mí, ven a mí, madre Isis —susurré en la penumbra—. Heme aquí viendo lo que está lejos de mi ciudad. —Las palabras del antiguo hechizo contra los malos presagios me brotaron a borbotones de la lengua, como si las hubiera aprendido el día anterior, pues conocía el significado del sueño, que era terrorífico.

Los muertos querían algo. Los muertos me hablaban. No tenía pan ni cerveza con que humedecer las hierbas que tendrían que haber acompañado mi petición, pero susurrarlo una y otra vez me fue calmando poco a poco, hasta que mi corazón recuperó su ritmo regular y mi cuerpo perdió la tensión. Había estado pensando en Kenna, eso era todo. Me dispuse a dormir otra vez. «Los dioses saben que yo no quería matarlo; por lo tanto, él no puede querer nada de mí.» Cerré los ojos, pero la inconsciencia tardó largo rato en regresar. Por la mañana fui a las habitaciones privadas de Ramsés sin haber sido invitada, pues me presentaba como médico; todavía estaba preocupado por la curación de sus heridas. El sueño me acompañaba con una inquietud

insistente, aunque el palacio estaba bullicioso y alegre. Encontré al faraón ya vestido y gritando a Paibekamon, que procuraba convencerlo de que tenía que usar un bastón.

—¡Sé perfectamente lo que significa ese bastón! —gritaba con furia en el momento en que me postré. Me acerqué sin que ellos se percataran de mi presencia—. ¡Es una marca de los viejos decrepitos que andan por ahí cojeando y murmurando por lo bajo! «Ven, bastón mío —recitó con enconada burla—, para que pueda apoyarme en ti y marchar hacia el Bello Occidente, para que mi corazón pueda vagar en el Sitio de la Verdad.» ¡Mira, Paibekamon, no tenemos ninguna intención de ir hacia el Bello Occidente, por ahora! ¡Ni mi corazón quiere vagar por el Sitio de la Verdad! ¡Llévatelo!

Al oír mencionar el Sitio de la Verdad, el corazón me dio un vuelco; el sueño volvió a presentarse en todo su horror, sólo para desvanecerse. Me adelanté.

—¡Ah, Thu! —exclamó Ramsés. Su semblante se despejó—. ¿Verdad que no necesito bastón? ¡No puedo dejarme ver en el salón de recepciones apoyado en semejante artilugio! ¡Los extranjeros no deben ver al dios de Egipto caminando como un mendigo baldado!

Se dejó caer en una silla y me arrodillé para palparle el muslo.

—¿Es preciso que recibas hoy a las delegaciones. Majestad? —pregunté—. Las heridas están cicatrizando muy bien, pero no debes forzar la pierna. Sería mejor que le dieras algunos días más de descanso. —Los feos cortes rojos estaban menos hinchados y se habían cerrado satisfactoriamente. No obstante, a pesar de sus bravatas, era evidente que estaba más a gusto sentado; además, hacía mohines si yo le palpaba—. Si no quieres apoyarte en el bastón, no debes caminar más que hasta tu propia puerta.

—¡Tonterías! —me espetó. Un momento después, apareció su brillante sonrisa—. Bueno, tal vez tengas razón. Ven, Thu. Dejaré que mi hijo se ocupe por hoy de estos asuntos, mientras yo continúo recuperándome en la paz de mi alcoba. Es más: voy a echarme en el diván. Y tú también. —Cojeó hasta su lecho y se instaló allí, llamándome con un gesto imperioso—. Anoche te eché de menos —se quejó en cuanto me senté a su lado, rodeándome con un brazo—. Dicen que estabas con Hui y que ofreció un festín con sus amigos para agasajarte. ¿Te divertiste, mi pequeño escorpión? ¿No echabas de menos a tu rey?

Sonreí para mis adentros al detectar una nota de celos en sus palabras. Me acurruqué contra él, ofreciendo la boca a su beso.

—Fue un gran placer volver a la casa de Hui —dije, con aire inocente—. Disfruté de su hospitalidad y de la compañía de sus amigos. Si he de decirte la verdad. Majestad, no te eché de menos en absoluto.

—¡Demonios! —contraatacó. Pero reía—. Demuéstrame que no me echaste de menos.

Hice lo que me ordenaba. Eso me llevó largo rato y demostrarlo no resultó tan oneroso como yo suponía. El faraón se iba convirtiendo en un amante mejor que el que había descrito Hunro; la cara del príncipe Ramsés ya sólo se presentaba a veces tras mis párpados cerrados, mientras la mañana retoñaba entre susurros y nos debatíamos entre las sábanas revueltas.

Lo dejé profundamente dormido, con un brazo estirado y los dedos regordetes curvados hacia dentro, como si fuera un niño. Volví a mi celda con intención de hacer ejercicio y bañarme, aunque el fuego abrasador del día todavía no había mermado en el frescor de la tarde. Pero al franquear el umbral de la puerta encontré un caos en la habitación. Disenk estaba de pie en el centro, cruzada de brazos, mientras dos esclavas se ocupaban de llenar mis baúles. Hunro también observaba aquello, sin dejar de hacer profundas flexiones de rodillas, vestida con su cortísima falda de bailarina y tarareando por lo bajo.

Me detuve profundamente alarmada; mis pensamientos sobrevolaron las múltiples posibilidades sombrías que la escena podía sugerir. Ramsés ya estaba cansado de mí, pero era demasiado cobarde para decírmelo a la cara. Lo había ofendido con mis palabras audaces y ahora iba a recibir el castigo. Como no estaba ejecutando con suficiente prisa la tarea encomendada por Hui, el maestro se las había arreglado para hacerme arrojar a algún rincón, en el que las viejas concubinas reales pasaban dormitando las horas de vida que les restaban.

Aquella última sensación de miedo me reveló muchas cosas sobre la imagen que de mi mentor tenía en la parte más profunda de mi ser; la desconfianza que sentía me horrorizó todavía más. Pese a mi rápido ascenso en el favor real, todavía dependía del poder de Hui; mi mente y mi cuerpo se movían obedientes a cada torsión de sus dedos. Pero en eso pensaría más tarde. Hunro me sonrió mientras se estiraba.

—No pongas esa cara, Thu —dijo—. Te vas a instalar en un alojamiento más amplio, junto a la entrada del patio, ¿sabes? En una de las habitaciones grandes de las esquinas, reservadas para las concubinas favoritas. ¡Ya no tendrás que soportar mis ronquidos!

—¡Pero si tú no roncas, Hunro! —repliqué, distraída. La explosión de un miedo cervical había desaparecido. Conque me ascendían en importancia. Había complacido al rey, después de todo, lo bastante como para que me sacara del grupo de las mujeres comunes. Yo había hecho lo correcto—. ¿Quién lo ocupaba antes que yo? —quise saber.

Hunro arqueó la espalda, con las manos sepultadas en la cabellera.

—Eben —respondió—. Acaban de nombrarla niñera real de los hijos de las concubinas. ¡Si la hubieras oído gimotear cuando trasladaron sus pertenencias al edificio de los niños!

Me estremecí. Eben pasaría el resto de su vida dedicada a alimentar, lavar, regañar y enseñar buenos modales a decenas de vástagos del faraón, que pululaban por todo el harén. No sentí ninguna sensación de victoria sobre ella, ningún deseo de jactarme. Me invadió una profunda piedad por ella.

Estaban cerrando mis baúles a golpes. Disenk dio una orden y las esclavas empezaron a sacarlos al sol. Mi diván ya estaba sin sábanas. Me senté en él para observar a Hunro, que escondía la cabeza entre los tobillos. El patio era amplio, pero no era sólo espacio lo que separaba a las que ocupaban las habitaciones de las esquinas de las otras celdas. Hasta entonces yo había ignorado que Eben residiera tan cerca de mí, porque las favoritas no se mezclaban con el rebaño.

—Por favor, visítame a menudo, Hunro —pedí—. No tengo a otra con la que chismorrear.

Hunro se desplegó, jadeante, con los brazos en jarras.

—Claro que iré —me aseguró—. Espero que continuemos haciendo ejercicio juntas, Thu. Además, compartimos la misma esperanza para el futuro de Egipto y debemos resolver cómo vas a manejar al faraón, ahora que té favorece tanto. ¿Sabes que se ha avistado a la flota mercante? Viene hacia aquí.

La miré con fijeza. Seguía sonriendo y me miraba con cierta

condescendencia con su cara bonita.

—Gracias, Hunro —dije lentamente—, pero creo que puedo manejar bastante bien al faraón sin ayuda de nadie. Tus consejos me han sido útiles, pero ya no necesito que ni tú ni Hui me indiquéis qué he de hacer ni qué he de decir.

Los ojos de Hunro se dilataron al momento. A continuación, la joven se encogió de hombros.

—Ojalá tengas razón —dijo con cierta sequedad—. Pero ten cuidado con ese orgullo, Thu. No dejes que te tienda una zancadilla.

Estaba a punto de darle una respuesta enardecida, pues sus palabras me habían herido en lo más hondo, cuando una sombra oscureció la puerta. Giré en redondo. Allí estaba Amonnajt, haciendo, imperturbable, una inclinación y sosteniendo un rollo en las manos.

—Con tu permiso, concubina Thu —dijo—, he venido a ejecutar la orden recibida del escriba del faraón. —Golpeó con suavidad el dintel con el rollo—. Sígueme.

Abandoné el diván, ya sin sábanas, y lo seguí a toda prisa, sin mirar a Hunro.

Las mujeres que se reunían en el césped al atardecer nos miraron en un silencio que me pareció envidioso, mientras cruzábamos el patio junto a la piscina, rumbo a las celdas más apartadas, y girábamos a la izquierda. Amonnajt me precedía con aire majestuoso. Me pareció que la enmudecida Hatia giraba la cabeza para seguirnos con la mirada. Nubhirma'at y Nebt-Iunu, las dos jóvenes amantes, me saludaron agitando la mano con alegría. Amonnajt se detuvo casi al pie de la escalera que conducía a los terrados y abrió una puerta.

—Eres afortunada, desde luego —dijo, con una sonrisa indiferente—. Y nuestro rey se muestra generoso.

Me hizo una reverencia y se fue. Sin esperar a que se alejara, corrí al interior. Lo primero que me llamó la atención fue la abundancia de luz que penetraba por las ventanas abiertas a considerable altura; caía en anchos rayos sobre los baúles, sobre las elegantes patas de león del diván dorado, y otorgaba deslumbrante vida al sayo de Disenk, que en aquel instante despedía

a las esclavas. El suelo estaba cubierto de coloridas esterillas. En el muro de la izquierda se abría otra puerta; daba al pasillo que circulaba entre mi edificio y el palacio. Yo sabía que las reinas vivían en el bloque vecino. En un estallido de entusiasmo, me dije que no pasaría mucho tiempo antes de que yo cruzara aquella pequeña división.

El techo, pintado con destreza, mostraba una imagen de Nut, la diosa del cielo, arqueando el cuerpo lleno de estrellas por encima del sitio donde yo dormiría; las paredes también vibraban con escenas de la vida palaciega. En un rincón, un brasero vacío esperaba para las noches frías del invierno. Un altar, también vacío, aguardaba con las puertas abiertas al dios que adorara la afortunada ocupante de aquella habitación. Había dos mesas de madera mate, exquisitamente talladas. Me dejé caer en una de las sillas dispuestas junto al diván y dejé escapar un suspiro de satisfacción.

—Disenk —dije—, saca a Uepuauet y ponlo dentro de la hornacina. Prepara incienso. Quiero darle las gracias a mi tótem, que sin duda ha decretado un glorioso futuro para su fiel devota.

La seguí con la mirada, mientras ella abría mi tosca cajita de cedro para extraer la estatuilla tallada por mi padre. En cuanto la hubo instalado dentro del altar, tomé conciencia del agradable silencio que nos rodeaba. El chapoteo de la fuente, los gritos de los niños, las risas de las otras mujeres, apenas llegaban a mis oídos. Cerré los ojos, susurrando para mis adentros: «Oh, dioses, haré cualquier cosa para conservar esto. Cualquier cosa, lo que sea. No permitiré que Hui y sus planes pongan en peligro lo que he logrado. Hablaré con Ramsés sobre el reparto de lo que traiga la flota, pero si mis palabras provocan su ira no intentaré nunca más hacerle cambiar de política. El riesgo de salir perjudicada es demasiado grande». El olor del incienso llegaba a mi nariz, pues Disenk había encendido los granos en el largo sahumero. Me levanté para recibirlo de su mano e hice los ponderados movimientos de purificación en torno a la pequeña casa de plata del dios; luego me postré en el suelo para iniciar las plegarias. Uepuauet me apoyaría, sin duda. Nunca me había fallado. Juntos, la campesina y el dios de la guerra habían librado muchas batallas y se guardaban mutua lealtad: la deidad menor de Asuat y la hija de la tierra de Asuat. El pensamiento me ofrecía una gran seguridad. Respiré hondo y empecé a orar.

Por la noche Ramsés me mandó llamar. Lo encontré sentado junto a su

mesa, bajo el resplandor de una lámpara, pero su radiante sonrisa eclipsaba aquella luz. «¿Y bien?», decía su expresión. Me arrodillé para besarle los pies, presionando mi cara contra su carne caliente.

—Muchas gracias. Toro Potente, Gran Horus —dije con voz melosa—. Tu bondad no tiene límites. No sé qué decir.

Me dio unas palmaditas paternales en la cabeza y, ordenándome que me levantara, estiró la mano hacia atrás. Alguien le puso dos rollos en la mano; por primera vez noté que allí estaba Tehuti, su maestro de escribas. Ramsés todavía sonreía sin afectación, con el gozo travieso que lo asemejaba a un niño excitado.

—Eso no es todo —dijo, entregándome uno de los papiros con la ansiedad de la expectación—. ¡Lee, mi precioso escorpión!

Rompí el sello para desenrollar el documento y leí deprisa el contenido. A mis ojos saltaron los exquisitos jeroglíficos del escriba; sentí que el color de un júbilo instantáneo me encendía las mejillas.

—Oh, Ramsés —logré balbucear—, esto es demasiado. No merezco tanto. Ramsés se echó a reír.

—Te he asignado diez *arouras* en el oasis de Fayum. Cinco de ellas son un huerto. El resto es prado, pero puedes sembrar cereales, si quieres. —Se inclinó hacia mí con burlona solemnidad—. En realidad, puedes hacer con eso lo que desees. ¿Por qué no hacerlo inundar con agua del lago para vadear en el lodo, como una verdadera campesina? —preguntó con su expresión picara—. Algo más. —Desenrolló el segundo papiro con sus propias manos y, después de carraspear, leyó con voz sonora—; «De acuerdo con la suprema autoridad que yo, Ramsés Heq On, el Poderoso de Años, ejerzo sobre Egipto en mi papel de dios, otorgo a la concubina Thu, bienamada de Mi Majestad, el título de Dama y un sitio en el rango de la pequeña aristocracia, de acuerdo con su título, en reconocimiento a su destacado talento como médico personal de Mi Majestad». Los heraldos anunciarán la noticia. —Me ofreció el rollo y se echó hacia atrás, con las manos en las rodillas—. Ya hay copias de esto en los arcones de los Archivos Reales. ¿Estás contenta, dama Thu?

Dama Thu. Dama. Un título y *arouras* suficientes para mantener a dos familias numerosas durante todo el año. Ya era una terrateniente aristócrata. Aquella deliciosa irre realidad me dejó atónita; de repente me eché a llorar.

—Vamos, vamos —dijo Ramsés, preocupado—. ¿Tan desilusionada estás? No llores, Thu. Se te hincharán los ojos. Además, tu rey no soporta ver llorar a las mujeres bellas.

—¡No! —balbuceé—. No es por desilusión, Grande. Oh, no.

Y me derrumbé en sus brazos, para llorar con la cara escondida en su cuello caliente, mientras me estrechaba contra sí, acariciándome el brazo para calmarme.

—Todavía hay en ti mucho de niña —dijo— ¡Paibekamon, trae un pañuelo! Ahora suénate la nariz, dama Thu, y corre a tu nuevo cuarto de juegos. Más tarde te mandaré llamar para que comamos en el río, disfrutando de la brisa nocturna. ¿De acuerdo?

Asentí, me soné la nariz, le di un beso y abandoné su regazo.

—Gracias, Ramsés —susurré.

Ramsés hizo una mueca.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no puedes llamarme por mi nombre? —gruñó.

Pero le temblaban los labios. Me despidió con un ademán. Abrazada a mis preciosos rollos, le hice una reverencia y salí corriendo a la luz del atardecer, para cruzar el breve pasillo entre su alcoba y el sendero que separaba el palacio del harén. Luego crucé mi propia puerta.

Disenk se levantó, sobresaltada por mi lacrimoso aspecto. Balbuceante y apretando los rollos contra el pecho, le di la noticia. Por sus facciones se extendió una sonrisa de pura satisfacción. Se me ocurrió que su pequeño corazón clasista estaría muy complacido por mi título.

—Llama a un escriba del harén —pedí—, quiero dictar una carta para mi familia. Luego me lavarás, Disenk. Esta noche tengo que ir a navegar con el faraón.

Tras una profunda reverencia, salió deprisa.

Más tarde, he tenido mucho tiempo para reflexionar sobre mi vida. Lo hago con enojo, con gran amargura, con ardiente vergüenza al pensar en mi ingenuidad, pero no temo ya la censura de los dioses. Pues en aquel momento, cuando Ramsés me leyó el documento que me otorgaba un título nobiliario,

en realidad inmerecido, las emociones de gratitud y humildad que brotaron de mí, trocándose en lágrimas, eran completamente sinceras. He sido fría y calculadora. He sido egoísta, falsa y despiadada. Pero en aquella ocasión mi corazón se abrió de forma natural, revelando un capullo por mucho tiempo oculto en la oscuridad. Sin duda, los dioses me perdonarán todo lo demás en mérito a aquel breve florecer.

Fue Panauk el que acudió a mi llamada. Lo saludé con sorpresa: aun sabiendo que era escriba del harén, lo identificaba más con la casa de Hui que con el caos del sector de las mujeres. Me felicitó con cortesía por mi ascenso y, sentándose en la esterilla, cruzó la paleta sobre las rodillas desnudas.

Dicté con rapidez, informando a mis padres de mi buena suerte y enviando mis buenos deseos a aquellas dos sombras inmateriales de mi pasado. Concluí con un mensaje para Pa-ari: «Queridísimo hermano y amigo», le decía, «ahora que voy a tener tierras propias a mi cargo, necesito un escriba de confianza. Te suplico que vengas a Pi-Ramsés con Isis, tu prometida. Os buscaré un buen alojamiento y cuidaré de que no os falte nada. ¡Piénsalo bien antes de negarte! Te quiero y te echo de menos. Por la mano de Panauk, escriba del harén, de la dama Thu». Panauk inscribió las últimas palabras y levantó la vista.

—Sería conveniente tener a tu hermano como escriba personal —dijo—. Su lealtad sería irreprochable. Los escribas asignados al harén son, en general, hombres discretos, pero en un hermano se puede confiar sin temor cualquier secreto.

Giré hacia él, furiosa.

—¡Los escribas no pueden hacer comentarios sobre lo dictado! —le espeté—. ¡Lo sabes bien, Panauk! Despacha el rollo cuanto antes. Puedes retirarte.

Recogió sus implementos y se retiró haciendo una reverencia, pero su falta de respeto me había causado cierta molestia. Fue un alivio escuchar cómo me admiraba Disenk, mientras me vestía para mi paseo por el Nilo.

Al día siguiente, ya avanzada la tarde, mandé llamar a Adiroma, el inspector de tierras de Hui, y le pedí que me proporcionara mapas del Fayum. Era un hombre menudo y enérgico, de cara arrugada y manos contraídas por la enfermedad. Uno de sus dedos deformes trazó el contorno de mis tierras en

el papiro que había extendido en mi mesa.

—Es un magnífico presente, dama Thu —me dijo—. Abarca un territorio fértil, junto a la orilla del lago. Veo que linda con propiedades de un templo. Te aconsejo que me permitas viajar con mis ayudantes para asegurarme de que los límites sean los correctos, aunque tal vez los siervos de dios no quieran disputarlos, teniendo en cuenta quién te los ha asignado.

Me emocionó que utilizara con tanta facilidad mi flamante título. Estaba segura de no cansarme jamás de aquella novedad.

—Gracias, Adiroma; sería excelente —respondí—. ¿Cuándo podrás presentarme el informe?

—Con vientos favorables, estaré allá en un día y medio —calculó—. El estudio requerirá dos o tres días. Antes de viajar revisaré los archivos para verificar que la tierra no tenga ningún gravamen, aunque no lo dudo.

—Por lo tanto, volverás con noticias dentro de una semana. —Erguí la espalda, después de echar una última ojeada de propietaria al trazo serpenteante del mapa, que indicaba un pedazo de Egipto cuya propiedad era única y enteramente mía. Le pasé una jarra de cerveza, puesto que él la prefería al vino—. Lleva contigo a alguien que pueda apreciar la fertilidad del suelo y asesorarme sobre su explotación. Quiero cultivarla, Adiroma.

Adiroma tomó la jarra con cuidado entre sus manos torcidas.

—Perfecto, dama. Pero si quieres que te rinda, es preciso que la vigile un capataz honrado. Son demasiadas las mujeres de este harén que sólo aprovechan sus tierras para aumentar su provisión de abalorios, mientras que sus sirvientes engordan con lo sobrante. Además, la tierra que no es amada no produce lo debido.

Sentí que simpatizaba con aquel hombre capaz.

—Lo mismo decía mi padre —sonreí—. ¿Puedes recomendarme a alguien así?

—Por supuesto. Llevaré conmigo a uno de los capataces del maestro. Puedes pagar mi trabajo cuando recojas la primera cosecha.

—De acuerdo.

Bebimos la cerveza sin ninguna prisa. Cuando la jarra estuvo vacía,

Adiroma se levantó y salió con una reverencia, llevándose los mapas.

CAPÍTULO 18

En los meses siguientes apenas vi mi nuevo alojamiento. Se me llamaba cada día para que paseara con el faraón, cuya pierna ya estaba completamente curada, para que le contara cosas de Asuat, de las que parecía no cansarse nunca, o para que le quitara con masajes las tensiones y nervios que a menudo endurecían su corpachón. Todas las noches había un festín o un paseo por el lago. Con frecuencia asistíamos a las ceremonias del templo, pues además de los siete días festivos de cada mes, establecidos por una antigua costumbre, cada tres días se celebraban las festividades de Amón, añadidas por Ramsés al calendario sacerdotal. A veces, navegábamos en esquife por los pantanos del Delta, y mientras Ramsés y yo descansábamos con aire indolente entre almohadones, sus cortesanos montaban guardia en la proa de sus navíos, para derribar con lanzas de marfil en la mano, los numerosos patos que vivían entre los altos juncos.

Poco después regresó Adiroma, que llegó a mi habitación acompañado por una mujer alta y bronceada, de mirada dulce y rostro simpático, bien pintado. Ambos se inclinaron y Adiroma dijo:

—Te saludo, dama Thu. Permíteme presentarte a Uia, capataz de tierras y ganados del maestro.

Parpadeé para ocultar mi sorpresa. Era la primera vez que veía a una mujer capataz. La observé subrepticamente. No había en ella nada masculino, aunque se movía con seguridad y era fácil imaginarla marchando a paso decidido por los campos. Me devolvió la sonrisa muy precavida, mientras se sentaban en la silla que le ofrecí, con un rollo en el regazo. Noté que llevaba muy cortas las uñas de las manos.

—Sed bienvenidos los dos —dije, mientras Disenk escanciaba la cerveza oscura en un chorro que captó un rayo de luz de las altas ventanas—. ¿Qué tienes que decirme, Adiroma?

Adiroma carraspeó.

—La tierra es fértil de verdad —dijo—. Los canales que la riegan están bordeados de saludables palmeras. Hay un bosquecillo de palmeras datileras, y en el límite con el desierto hay una casa. Está muy descuidada, pero la rodean granados y sicomoros. Consta también de un pequeño jardín, aunque no está cultivado.

—¿Y en cuanto a las lindes?

—No hay problemas. —Consultó sus notas—. Hacia el norte, tu tierra linda con la del templo de Sebek; más allá de sus dominios está su ciudad. Al sur, también hay un templo, el de Herishef. Al oeste, hay desierto y al este, por supuesto, la vía de agua que alimenta el lago. He verificado los registros y los límites son correctos. No habrá disputas.

Sebek, el cocodrilo, y Herishef, el de la cabeza de carnero. Mi preciosa parcela estaba entre dos poderosos dioses de la fertilidad. Más aún, Sebek era la deidad de los embarazos; muchas mujeres estériles hacían el peregrinaje al lago para ofrecer comida a la sagrada manifestación del dios que vivía en aquellas aguas. Si la bestia, a la que los sacerdotes adornaban con oro y piedras preciosas en las orejas y en las patas delanteras, aceptaba el alimento, era señal de benevolencia. Tendría que andarme con mucho cuidado, pues no quería de Sebek esa forma de aprobación. Me volví hacia Uia.

—¿Qué me dices del suelo, capataz? —pregunté con aire de persona interesada—. ¿Qué recomiendas para mis *arouras*?

Uia desenrolló su papiro. Una gruesa banda de plata le rodeaba la fornida muñeca.

—La tierra es negra y de excelente calidad —dijo—. Aunque la han maltratado, puesto que han dejado que vuelva a crecer hierba con la inundación anual, para servir de pasto al ganado, opino que dará un buen rendimiento de cereales, siempre que se entierren los rastrojos después de cada cosecha y se mantengan despejados los canales de irrigación. —Me echó un vistazo—. El informe que voy a dejarte refleja todos los detalles, dama Thu. El bosquecillo de palmeras datileras también se ha descuidado, pero los árboles, bien podados, darán fruta abundante. El huerto proporcionará hortalizas y granadas, aunque no tantas como para comerciar.

Su eficiencia me impresionaba.

—¿Qué me sugieres?

Uia dejó que el papiro se enroscara.

—Haz que remuevan la tierra y siembra cebada. Poda y atiende las palmeras datileras. De momento, dedica una parte de la tierra a arvejas y a ajo, que se pueden vender. Si lo haces, te prometo una buena ganancia.

Me quedé pensativa. Quería restaurar la vivienda para uso propio. Tendría que visitar mis *arouras* de vez en cuando, para supervisar el trabajo; además, me emocionaba la idea de tener una casa propia. Tendría que construir otra para mi capataz, contratar a algunos *fellahin*, comprar semillas... Y hasta la primera cosecha, todo correría de mi cuenta.

—¿Hay otras construcciones? —quise saber.

Adiroma asintió.

—La cocina de la casa, un altar fuera y alojamientos para los criados, pero todo en muy mal estado. Sin embargo, como todo está construido con adobes, las reparaciones serán rápidas y baratas.

«No tan baratas como para que pueda pagarlas», pensé. Y dije en voz alta:

—Os agradezco vuestro asesoramiento. Si me presentáis las cuentas, prometo pagaros con mi primera cosecha.

Uia apenas sonrió. Adiroma tosió cortésmente.

—La verdad es que —dijo, vacilante— el maestro ya nos ha pagado. No quiere que empieces tu empresa cargada de deudas, dama Thu.

Por un momento no pude llenar el silencio que se hizo. Miraba fijamente al administrador, con una oleada de fastidio, aprensión y desencanto que me ahogaba. «Para Hui soy todavía una niña», pensé, resignada. «Sigue siendo el padre benévolo que brinda favores. Sólo podré romper el vínculo cortando los hilos que me atan a él de una vez por todas. Pero ¿cómo empezar por ésta? ¿Cómo pagarlo todo?» Me levanté y ellos hicieron lo mismo. Uia dejó su rollo en la mesa.

—Por favor, agradecédselo al maestro de mi parte —dije, serena—. Y decidle que aprecio mucho su amable gesto. En seguida dictaré una carta para él.

En cuanto se retiraron, reverentes, volví a mi asiento y apoyé el mentón en

la mano para pensar. Aunque iba a dar las gracias a Hui, no me sentía agradecida, sino asfixiada. De pronto, recordé mi último festín en su casa, las preguntas extrañas y ansiosas de los hombres, sus miradas inquisitivas. También me sentía amenazada, sin saber por qué. Hui me amaba. Sólo quería ayudarme. ¿Por qué tenía la sensación de estar metiendo la mano en las fauces abiertas de Smam-jefti-f? Avergonzada, pero muy intranquila, ordené a Disenk:

—Tráeme el joyero.

Coloqué la bonita caja de ébano y marfil en mis rodillas para revisar el contenido; guardaba allí varios pendientes y brazaletes, ajorcas y ornamentos para el pelo que Ramsés me había regalado con generoso descuido. Escogí un collar de plata con soles de jaspe y un brazalete, de plata también, con una serie de ojos de Horus grabados y lágrimas de oro. Se los entregué de mala gana a mi servidora. ¿Cuánto podían valer? Un deben, por lo menos. ¿A cuántos trabajadores podía alimentar durante un año con aquella cantidad? Dos para arreglar la casa y los edificios anexos. Un capataz. Tres labradores para el sembrado y cuidado de los árboles. Con un deben se podía comprar cereales, verduras, pescado y cerveza para todos, si tanto ellos como yo éramos moderados.

—Lleva esto a Amonnajt —dije a Disenk—. Dile que quiero el equivalente en comestibles durante todo un año, a partir de ahora. —Al ver su expresión añadí—: Lo necesito para pagar a mis trabajadores. Amonnajt no me estafará.

—Tampoco el maestro —protestó Disenk—. Recurre a él, dama. El maestro aceptará tu plata y no tendrás que pasar las noches en vela, preguntándote si es honrado.

—No. —Deposité las joyas en su palma diminuta—. No, Disenk. Quiero hacerlo a mi modo. Pide que nos reciba al guardián de la Puerta.

Cuando salió me pregunté dónde buscaría al personal. Estaba decidida a no pedir ayuda a Hui. No quería aumentar mi deuda de gratitud con él; cuanto más le debiera, más culpable me sentiría por mi creciente renuencia a apoyar sus planes con respecto al faraón. Además, no contaba con otro recurso, y no quería recurrir a Ramsés. La parcela era sólo mía, era la prueba de mi paso a la edad adulta, y su tierra, símbolo de mi éxito. Y yo quería atender a su renacimiento con tanto cuidado como si hubiera salido de mi propio cuerpo.

Aquella imagen, que me vino vivida a la mente, no resultó tan grata como podía haber sido. Llené mi jarra con la rica cerveza de cebada y bebí a toda prisa. Finalmente, fue Hunro la que me consiguió un capataz de confianza; trabajaba en la finca de su hermano Banemus como ayudante del capataz y era digno de que se le ascendiera. Cuando me lo presentaron me gustaron las respuestas que dio a mis preguntas y lo contraté. Después de pedir mis primeras provisiones a Amonnajt, envié a mi nuevo sirviente al sur. Lo hice con orgullo. Y con más orgullo todavía recibí su carta, un mes después. En ella exponía con todo detalle cuanto se había hecho y presentaba una lista de gastos. Yo iba camino de asegurarme una fortuna, como siempre había deseado.

Dos meses después, todavía no había recibido noticias de Pa-ari. Asuat respondía a mi carta con un pesado silencio; aunque empezaba a preocuparme, no volví a escribir. El jefe de los heraldos reales de la Casa de las Mujeres me aseguraba que mi rollo había sido entregado. No se trataba de implorar a Pa-ari que viniera. Las cartas de mi capataz, en cambio, llegaban con regularidad; era un placer enterarme de que él y sus obreros habían arreglado los alojamientos de los trabajadores para ocuparlos en seguida y que iban realizando buenos progresos en la casa. Estaban podando las palmeras datileras y despejando la tierra para la sementera. Yo estaba deseosa de verlo todo, pero prefería esperar a que estuviera restaurado por completo.

No hablé a Ramsés de aquellos trabajos; él tampoco me preguntó si me gustaban mis responsabilidades de terrateniente. Había recibido noticia de que sus navíos mercantes estaban a punto de amarrar en Pi-Ramsés. La misión concluía con éxito y el Faraón se entretenía en planear las ceremonias de bienvenida y la distribución de los bienes cargados en aquellos barcos. Se pasaba horas enteras encerrado con su ministro de protocolo. Disenk me informó de que el sumo sacerdote de Amón había emprendido viaje desde Tebas.

Yo estaba con el rey cuando Tehuti le trajo los rollos donde se enumeraba el botín. Sentada en su diván, envuelta en una sábana y con fruta y vino a mano, aspiraba el dulce aroma de la leña de olivo que ardía en el brasero del rincón; las lámparas despedían un resplandor rojizo. La noche era fresca y el mismo Ramsés se había echado una capa de lana sobre el faldellín, antes de ocupar la silla para recibir a su escriba.

El hombre le hizo una reverencia y, a una señal del faraón, dejó caer sus rollos en la mesa y eligió uno. Detrás de él, otros dos escribas se instalaron en el suelo, con las paletas cruzadas en las rodillas. Reconocí en uno al asistente de Tehuti. El otro llevaba un brazalete de oro que tenía grabada la imagen de Amón; las plumas gemelas del dios se elevaban, altas y hermosas, desde la corona; su rostro bondadoso parecía irradiar una oleada de complacencia y satisfacción. Aquel escriba venía de Tebas, del templo de Amón. Ramsés exhaló un suspiro y sonrió. Sólo yo detecté la resignación oculta tras su expresión.

—Empieza —ordenó.

Tehuti me dirigió una mirada y tomó aliento.

—Dos mil lingotes de cobre, tres mil de plomo y setecientos sacos de incienso. —Aguardó. Los dedos de Ramsés marcaban un ritmo irregular contra la mesa—. Mil lingotes para el tesoro real —dijo por fin—. Trescientos para Ptah, doscientos para Ra en On y quinientos para Amón. Del plomo, dos mil para el ejército y el resto para Ptah. Doscientos sacos de incienso para el palacio y sus altares particulares, cien para el ejército; que los cuatrocientos restantes sean distribuidos entre los diversos templos.

Otra vez hubo un leve suspiro. Aunque su mirada no se deslizó hacia el escriba sacerdotal, parecía esperar una interrupción. El hombre dejó su estilo.

—Con tu permiso, gran faraón —dijo con suavidad—, Amón necesita más cobre del que Tu Majestad está dispuesto a asignarle. Amón ha contribuido con oro y hombres a esta expedición. Es más: sus trabajadores se dedican a fabricar muchos arcones de cobre para guardar el incremento de ofrendas al dios. Hace ya tiempo que en su templo de Takompsu faltan las puertas de cobre.

—Amón ya tiene veintiuna veces más cobre que todos los templos de Egipto juntos —replicó Ramsés—. No entiendo por qué debo proporcionarle más. Quizá sus capataces sean descuidados al distribuir el metal.

—Con tu permiso, Toro Potente, no pensabas así cuando requeriste cobre para fabricar avíos para el ejército el año pasado —objetó el escriba, con terquedad—. Majestad, si no aumentas esta cantidad, Amón bien puede verse imposibilitado de responder a cualquier petición que Tu Majestad realice en el futuro. Amón mantiene a ochenta y siete mil personas en todo Egipto. El

cobre es un medio usual de pago, aparte de sus otros usos. Pero estamos satisfechos con nuestra asignación de plomo e incienso.

—Cuánto me alegro —murmuró el rey—, sobre todo considerando que el plomo se utiliza, sobre todo, en las fábricas de cerámica y que Amón cultiva sus propios árboles de incienso. Muy bien. Saquemos otros doscientos lingotes de cobre del tesoro real.

Los dos escribas bajaron la cabeza, dejando oír el suave rumor de sus estilos.

—¿Qué viene ahora? —preguntó Ramsés.

—Doscientos sacos de incienso del bosquecillo privado que Tu Majestad tiene en Puene, que llegaron al mismo tiempo que las mercancías de esta expedición. De momento, no tenemos que ocuparnos de eso —dijo Tehuti, en voz alta—. De oro en pepitas, sesenta mil. De barras de plata, veinticinco mil. De piedras azules de Tafrer, seis pirámides. De piedras verdes de Rosheta, cinco pirámides.

Hizo una pausa. Ramsés cerró los ojos y luego los abrió con mucha lentitud. No parecía cansado, sino cargado de una paciencia infinita, casi de indiferencia. Había olvidado mi presencia y yo escuchaba atentamente.

—Puesto que Amón obtiene veintiséis mil pepitas de oro de sus propias tierras todos los años, no veo razón alguna para asignarle nada —dijo Ramsés—. Cogeré treinta mil. El resto se puede distribuir en partes iguales entre Ptah, Ra y Set.

—¡Majestad! —interrumpió acaloradamente el escriba del templo—. Te ruego tengas en cuenta que se requieren doce kite de oro para pagar el cereal asignado durante un año a cada uno de los que trabajan en las tumbas. Tú mismo has puesto en manos de los siervos de Amón la construcción de todas las tumbas reales de Tebas. Si no aumentas la asignación de oro a Amón, existe el peligro de que tus trabajadores no reciban su paga. ¿Y cuál será el resultado? Disturbios e incluso derramamiento de sangre. Amón no puede permitirse el lujo de pagar a esos hombres de sus propias reservas. Tiene que llenar el estómago de sus propios siervos. Tal como están las cosas, tus trabajadores reciben a menudo su paga de los caudales de Amón. ¡Tu dictamen no es justo. Majestad! ¿No es Amón el dios de las victorias? ¿No ha hecho que Egipto triunfe sobre sus enemigos una y otra vez? ¿No merece una

porción, por pequeña que sea, de la buena suerte que ha tenido la flota?

La mano de Ramsés yacía ahora, inerte, en la superficie de la mesa abarrotada de cosas. Contemplaba el suelo de lapislázuli que brillaba, azul oscuro, entre sus sandalias. Por la inmovilidad de sus facciones comprendí que estaba tremendamente enojado. Esperaba que en cualquier momento se produjera un estallido de ira divina, pero no sucedió así. Al acabar la indignada diatriba del escriba, el rey levantó la vista.

—Pese al oro que vierto sin parar en las arcas de Amón, se diría que a sus siervos les cuesta procurarse cereal suficiente para pagar a mis trabajadores por encima del mínimo establecido por el capataz —dijo con mansedumbre—. ¿Por qué es así, me pregunto? Y si Amón es de verdad el dios de las victorias, ¿por qué sus siervos suelen ser tan avaros en sus donaciones a los combatientes de Egipto? No hace falta que me recuerdes las obligaciones que asumió mi padre, advenedizo atrevido. No es mi intención dejar sin cumplir mi promesa al dios que amo y reverencio. No es la voz del dios mismo, sino la de sus ministros la que me cansa y entristece.

El escriba enrojeció, pero sus ojos brillaban indignados. Comprendí que no iba a ceder.

Ramsés volvió a hablar. Y él sí cedió. Asignó a Amón una parte del oro, una parte de las preciosas piedras azules y verdes. Yo, en cuclillas bajo la tienda de mis sábanas, abrazándome los tobillos con las manos, apretaba los dientes. «¿Cómo puedes ir con estos aires?», habría querido preguntar al escriba del templo, furiosa. «No eres más que un sirviente. ¿Dónde está el sumo sacerdote? ¡Él es el que debería honrar el Trono de Horus con su presencia! En cambio, muestra su desprecio enviando a este insignificante escriba. Usermaarenajt sabe que esto no es una negociación. Y también lo sabe Ramsés. Esto es una fórmula gastada de todos conocida, en la que el templo recibe lo que desea y el rey puede aparentar que conserva orgullo personal.»

Ya no escuché los detalles de aquella discusión, que no era sino un derroche de palabras, de tiempo y de papiro. Al día siguiente, en el gran patio exterior de la casa de Amón en Pi-Ramsés, se dividirían el tesoro y las joyas en diversos montones, y a su alrededor rondarían con aire protector los delegados de los diversos templos, durante las largas y complicadas muestras de regocijo. En palacio se celebraría una gran fiesta. Sacerdotes, guardias y

escribas de los templos comerían y beberían a costa de Ramsés. Aplaudirían sus costosos espectáculos y devorarían con los ojos a sus bellas mujeres. Después harían cargar en las barcazas el botín, pues no se trataba de otra cosa, y desaparecerían como ratas, como una nube de langostas después de la devastación de un sembrado.

A mis oídos llegaban vagas palabras; turquesa, arcones, vasos, imágenes de animales exóticos, extranjeros que habían llegado a Egipto con la flota para rendir homenaje al dios más poderoso del mundo... «¿Qué dios?», me preguntaba, cínica. «¡Ah, Ramsés, querido rey! Con tu entusiasmo infantil, tu descuidada generosidad, tus torpezas alocadas, ¿por qué permites que se te humille de este modo?»

Cuando volví en mí los escribas se habían retirado y Ramsés, entumecido, se estaba levantando de la silla. Paibekamon le ofreció vino especiado, cuyos vapores fragantes se mezclaban con el humo de la leña de olivo. Ramsés aceptó la copa y, quitándose el manto, se desperezó hasta que le crujieron los huesos. Luego se acercó al diván. Sus mejillas caídas parecían de masilla y tenía los ojos enrojecidos.

—Podría haberte autorizado a retirarte hace varias horas, Thu —dijo, fatigado, derrumbándose en el sitio que yo le hacía. Se recostó contra las almohadas, retuvo en la boca un sorbo de vino y, a continuación, se lo tragó haciendo mucho ruido—. Había olvidado que estabas aquí. Tendrías que haberme recordado tu presencia. Me gustaría hacer el amor contigo, pero estoy exhausto. Mañana, al amanecer, tengo que estar en el templo para presidir en persona los ritos sagrados. Luego, en el patio, distribuiré la mercancía que han traído los barcos.

Uno de sus sirvientes personales le quitó las sandalias, mientras otro se acercaba con agua caliente para lavarlo. Ramsés permanecía inmóvil, como un muñeco de trapo, relleno de paja, y dejaba que le movieran con reverencia los pies y los brazos.

—El botín ya está repartido. Majestad —dije—. Sólo te resta ver cómo desaparece de tus manos.

Mi tono debió de ser más acerbo de lo que yo pensaba, pues despidió con brusquedad a los servidores y se incorporó, dedicándome una mirada fría y displicente.

—¿Mi pequeña concubina tiene la osadía de desaprobar el criterio de su rey? —dijo con voz áspera—. ¿Querría tal vez ponerse la Doble Corona y tratar de mostrar más discreción que su señor?

Sabía que estaba extenuado y nervioso; había tenido que dominar su mal genio durante toda la velada y aquel esfuerzo, por sí solo, le afectaba. Pero por la lealtad que todavía creía deber a Hui decidí levantar la voz. Mi posición nunca había sido más segura. Contaba con el favor de Ramsés. Me escucharía. Me observaba por encima del borde de su copa de oro, con el ceño fruncido y los ojos atentos e irritados. Me eché el pelo revuelto hacia atrás, con el gesto que a él le gustaba, y le clavé toda la fuerza de mis ojos azules, medio entornados, en los suyos.

—Majestad —empecé con voz suave—, me aflige ver que te acorralen así hombres tan inferiores a ti como ese escriba, ver cómo te desprendes de los frutos de tus esfuerzos y tus preocupaciones. Todo Egipto te pertenece por derecho de tu divina encarnación. ¿Por qué, pues, permites que los sacerdotes, abusando de tu generosidad, se lleven tus ganancias como un ejército de hormigas que se lanzan sobre un dátil maduro? ¿Acaso sus tesoros no son ya más grandes que los de la casa real? Perdona, Horus, pero su rapacidad me enfurece. No lo comprendo.

Me miró durante largo rato; a medida que su escrutinio se acentuaba, su expresión se hizo tan fría como nunca la había visto. Aquello me inquietó. Volvió a beber, sin dejar de mirarme; a continuación, se irguió un poco más y cambió el diván por una silla que puso frente a mí. Cruzó las piernas, acercó su copa a Paibekamon para que volviera a llenarla y ni por un instante apartó la mirada de mi rostro. Sus ojeras parecieron oscurecerse; la luz de la lámpara puesta en la mesa vecina creaba una serie de sombras y luces sobre sus facciones, como si estuvieran talladas en piedra. Cuando habló lo hizo con voz ronca.

—Has hecho que me enoje, Thu. ¿Con qué derecho cuestionas tú, una simple concubina, la sabiduría de tu dios? Pero como te amo, porque me has dado gran placer y muestras alguna inteligencia cuando atiendes mis males, me rebajaré a explicarte el verdadero estado de los asuntos internos que imperan en Egipto. Considéralo un honor, ya que sólo discuto estas cosas con algunos de mis ministros y con la esposa principal, Ast-Amasareth. Escucha bien y no vuelvas a insultarme con la ignorancia de tus frívolas

preocupaciones.

Su pie descalzo, ancho y de venas azules, empezó a balancearse, expandiendo y contrayendo su sombra en los mosaicos del suelo. Yo habría querido fijar la mirada allí y no en su rostro, pues sus palabras me habían humillado y me sentía como un niño después de una reprimenda, pero me obligué a mirarlo a los ojos. Eran como dos duras pasas negras.

—Para empezar —continuó con brusquedad—, tienes que entender que, por larga y sagrada tradición, todos los templos están exentos de pagar impuestos al Trono de Horus. Así debe ser. Los dioses vuelcan sus bendiciones sobre Egipto. ¿Cómo obligarles a canalizar los bienes que brindan con tanta generosidad? Sus siervos administran en nombre de ellos los sacrificios que llegan a sus recintos, llevados por fieles adoradores y suplicantes, así como el rendimiento de sus sembrados, rebaños y viñedos. ¿Y por qué no decirlo? Intentar robar a los dioses sería una blasfemia. Podríamos decir —añadió, anticipándose a mi muda objeción— que el que ocupa el Trono de Horus, por ser la encarnación del mismo Amón, tiene derecho a exigir los bienes que desee a quien le venga en gana, pero la Encarnación gobierna por debajo del dios. Aunque tenga en sí el espíritu del dios, no es el dios. Ningún faraón se atrevería a cambiar el estilo de la antigua Ma'at. Yo no, desde luego.

Se interrumpió para tomar un sorbo de vino, del que ascendían fragantes volutas de vapor, pero su pie seguía balanceándose en señal de irritación.

—Así que esa fuente de ingresos está clausurada para la Doble Corona —continuó—. En segundo lugar, merced a las promesas que mi padre hizo a los sacerdotes, a cambio de apoyo durante las épocas difíciles, estoy obligado a entenderme con Amón. Sé muy bien cuánto poder político y económico tienen sus sacerdotes. Mi padre no tenía ministros en los que pudiera confiar; en realidad, mucho tiempo antes de que hubiera dificultades los puestos estaban ya en manos de los sacerdotes, como cargos hereditarios, de tal forma que uno podía ser tesorero y también sumo sacerdote y legar ambos cargos a su hijo. Las familias nobles de Tebas y de Pi-Ramsés manejan tanto la administración del templo como la de palacio. ¿Por qué permito esto? —Esbozó una sonrisa desafiante—. Porque no tengo otra alternativa. El poder lo tienen ellos. Sus raíces se adentran en el suelo egipcio, mientras que mi poder reside en una tierra menos estable. He heredado un ejército constituido en su

mayor parte por mercenarios extranjeros a los que mi padre contrató para someter a los nobles que se rebelaron ante la debilidad de su poder. Cada ciudad, cada provincia, se lanzó contra las otras; egipcios contra egipcios. Se contrató a aventureros libus y sirios para imponer la paz. Ellos, más los esclavos extranjeros que capturé en mis guerras, siguen siendo mis únicas armas. Es preciso pagarles, pues son leales al oro, no al trono. ¿Cómo se les paga?

Se movió en la silla, levantando una amplia cadera bajo el lienzo fino; sus facciones cambiaron, pues la lámpara arrojaba sobre él sombras distintas.

—Con los impuestos, claro está. ¿Y sobre qué puede cobrar impuestos el faraón? Recibe un diezmo de todas las cosechas y animales y de todas las tierras y personas que no pertenezcan a los dioses. Y eso no es mucho, dama Thu. Puede cobrar derechos y gravar con impuestos los monopolios que ejercen sus nobles; puede confiscar. Tiene sus minas de oro, por supuesto, pero el rendimiento está disminuyendo. No lo sabías, ¿verdad? Cada año llegan menos pepitas para alimentar un tesoro sobre el que las demandas crecen. El faraón posee sus navíos mercantes, pero también el comercio está menguando. Amón tiene sus flotas en el Gran Verdor y en el mar Rojo; trafica con Fenicia, Siria y Punt, y puede ofrecerles más que el faraón. Amón es más rico. Ptah y Ra también tienen sus naves, pero los registros de esos templos residen en el que Amón tiene en Tebas. Los sacerdotes de Amón supervisan la administración de todos los otros templos. También supervisan mi administración, pues son mis capataces y ministros. Es otra cosa que heredé de mis antepasados. Así Tebas crece en fuerzas y Pi-Ramsés decae. Y yo permito que suceda.

Hubo un largo silencio. Ramsés apoyó la mejilla en la palma de la mano, pero su atención permanecía fija en mí. No me atreví a moverme. Podía sentir su cólera, todavía agria por mi descaro, y me aterrorizaba la posibilidad de haber provocado su disgusto y que éste fuera para siempre. Oía y comprendía sus palabras, pero su impacto se disipaba en el torbellino de dudas que invadía mi ser.

—Permito que suceda —repitió al fin—. ¿Por qué? Porque no confío en mis generales, no confío en los miembros de mi administración y no confío en mis hijos. Si tratara de sacudirme el peso que llevo a mis espaldas, podría hundir a Egipto en otro *henti* de anarquía y derramamiento de sangre. ¿En

quién puedo confiar? La mayoría de mis altos funcionarios son extranjeros o pertenecen a familias de sacerdotes. De mis once mayordomos, cinco son sirios o libus. Él, no —exceptuó, señalando con la cabeza a Paibekamon, que permanecía inmóvil en la penumbra, más allá del círculo de luz—. Es egipcio por nacimiento y por crianza. Pero anunciar una revolución sería ponerlos a todos a prueba. Y fallarían. Egipto está gobernado por Amón, no por mí.

Logré aclararme la garganta. La sentía seca e irritada; me ahogaba.

—¿Y tu hijo, Majestad? —susurré—. Sin duda, el príncipe Ramsés, con los hombres que tiene bajo su mando...

Ramsés rio con desgana.

—Mis hijos, tienes que decir. Ah, sí, mis pequeños retoños de Horus. Todos con sus juguetes militares, sus riñas y sus tontos celos. ¿Sabes cuántos hijos varones tengo, Thu? Pa-Ra-her-unami-f, Montu-her-jepesh-f, Meri-Tem, Jaemuaset, Amón-her-jepesh-f, Ramsés-meri-Amón: todos ellos legítimos, todos ambiciosos y de sangre ardiente, todos deseosos de ser declarados el Heredero. El mayor, por supuesto, el príncipe Ramsés. El de aire misterioso y hermosura divina. ¿Confiar en él? ¿Confiar en cualquiera de ellos? ¡No! Porque todas las facciones que, desde la corte o los templos, aspiran al poder de Egipto los lisonjean, los sobornan y los cortejan. Si diera un paso para declarar a cualquiera de ellos Horus-en-el-Nido, los otros gritarían de indignación y los que trafican con el poder se apresurarían a tomar partido. No. Me contento con dejar que las piezas del juego caigan donde tengan que caer. Cuando sienta la mano del dios en mi hombro, cuando mis días en Egipto estén contados, nombraré a un sucesor que pueda desenmarañar el laberinto en que se ha convertido Egipto, si tiene la fuerza y el cerebro necesarios. Yo he cumplido con mi parte. He alejado a los lobos extranjeros de nuestras fronteras. Que él se encargue de las ratas del interior. En cuanto a ti...

Se levantó con esfuerzo, apartando la sábana que yo apretaba contra el cuello, y señaló mis sandalias.

—Sal de mi presencia y no vuelvas a insultarme con tontas y arrogantes ideas de lo que debería ser. Eres como un niño de pecho que tratara de leer las admoniciones de Imhotep.

Aquel hombre con el que había forcejeado y me había reído, el que me

acariciaba la cabeza cuando me sentaba a sus pies, durante los festines, e irradiaba un indulgente placer al cubrirme de regalos, se había convertido en un poderoso y frío desconocido. No me atreví a mirarlo. Abandoné a toda prisa el diván y, después de calzarme, me postré ante él, siempre consciente de su rencor, de su desprecio. Con la cabeza gacha retrocedí hasta la puerta, pero al llegar me arriesgué a levantar la mirada. Ya me había vuelto la espalda y estaba hablando con Paibekamon. Destrozada, me escurrí en la oscuridad.

CAPÍTULO 19

No se me invitó al reparto oficial del tesoro que las naves habían traído. Tras una noche de sueño inquieto y pesadillas, me senté junto a la puerta, donde nadie pudiera ver mi vergüenza, para contemplar y escuchar con rabia por mi parte, la alegría con que las otras mujeres se disponían a disfrutar del gran día. El harén se iba vaciando. Incluso la alcoholizada Hatia, envuelta en lienzo rojo y con la pálida cara muy pintada, se paseaba con su andar inseguro, seguida por su servidora personal, mientras esperaba que llamaran a los porteadores. La ocasión parecía envolver el recinto con una especie de histeria. Los niños lloraban; los acosados sirvientes intercambiaban palabras ásperas entre una carrera y otra; las voces agudas y chillonas de las internas llenaban el aire como el parloteo insensato de una bandada de pájaros asustados.

Disenk rondaba detrás de mi espalda, pasándome en silencio agua que no parecía calmar mi sed y fruta que se me atragantaba. No era una gran desilusión perderme la fiesta; habría tenido que permanecer de pie horas enteras, bajo la tenue sombra del dosel de gasa, con los pies doloridos y el sudor corriendo bajo el fino sayo, hasta que el metal de mis joyas me quemara la piel. No: era el carácter público de mi desgracia lo que me carcomía las entrañas. La corte entera y todo el harén notarían mi ausencia, todos harían comentarios y murmurarían con insensible gozo. «Ascendió demasiado deprisa», dirían con burlona preocupación, encendidos los ojos por la delicia del chisme. «Era arrogante y altanera; ahora lo paga. Pobre dama Thu. Pobre plebeya encumbrada.»

Deseaba y temía al mismo tiempo la visita de Hunro, pero nadie pisó el umbral de mis aposentos. Cuando el vasto patio quedó desierto, me atreví a salir para caminar a solas por el césped seco y, sentándome junto a la taza con su fuente de cristalinos y frescos chorros, di rienda suelta a la ira y a una creciente inquietud. ¿Me perdonaría Ramsés? ¿Sería su afecto lo bastante

profundo como para pasar por alto mi indiscreción?

Más tarde, arrodillada ante el pequeño estanque, con los brazos cruzados sobre el borde y la vista perdida, sin ver el juego del sol en la superficie, oí el bramido de los cuernos y el vago rugido de la muchedumbre reunida ante el templo. Los guardias de palacio y del templo, con sus casacas reforzadas por escamas de piel y sus centelleantes cascos de bronce, rechazarían a los miles de ciudadanos que se apretaban para echar un vistazo al faraón y a las montañas de oro, plata y piedras preciosas que lo rodeaban. A su derecha estaría la reina, menuda y majestuosa; a la izquierda, Ast-Amasareth, muy rojos los labios sobre los dientes torcidos.

¿Y quién ocuparía mi puesto detrás del dios, con la mano apoyada apenas en su hombro? ¿Tenía ya una rival o el sitio estaría todavía desocupado? No quería pensar en ello. No quería tener en cuenta ninguna de aquellas posibilidades. Sentía un dolor opresivo en el vientre y empezaba a dolerme la cabeza.

Disenk me persuadió de que me sometiera a un masaje; tendida en la frescura de mi cuarto, dejé que sus manos me recorrieran el cuerpo, tranquilizadoras. ¿Era cosa de mi imaginación o me trataba con menos afecto y cariño que el día anterior? Cerré los ojos, obligándome a serenarme. Estaba haciendo una pirámide de un guijarro, hundiéndome cada vez más en algo que sólo era una tonta fantasía. «Maldito seas, Hui», pensé, mientras mi cuerpo se relajaba poco a poco. «¡Tú y tus locas ideas! En el fondo, ¿qué puede hacer Ramsés, salvo luchar por buscar un punto medio y mantener tranquilos a los sacerdotes?» El calor intenso del mediodía hizo que me quedara dormida.

Sabía que las mujeres no volverían hasta el amanecer siguiente, pues las celebraciones llenarían todo el palacio de música y baile, vino y festejos. Pasé las horas restantes del día leyendo, nadando y conversando con Disenk. Pero al atardecer, mientras estaba sentada junto a la piscina esperando que Disenk me sirviera la cena, se me acercó un heraldo real que, tras hacerme una reverencia, me entregó un rollo.

—Un comunicado de Asuat, dama Thu —dijo en tono cortés.

Le di las gracias, inmediatamente reanimada, y abrí la misiva. Debía de ser de Pa-ari, que me anunciaba cuándo llegaría. «Debo hablar con Amonnajt», pensé con alegría, mientras desenrollaba el papiro. «Hay que prepararle alojamiento con los otros escribas del harén y proporcionarle

muebles.» Sin pensar en la comida, empecé a leer. Me bastó ver su letra pulcra y meticulosa para sentir una oleada cálida y tierna que me reconfortaba.

«Queridísima hermana mía», leí. «Perdona el tiempo que ha pasado desde que recibí tu carta. Y perdona también las palabras con que tengo que responder. No puedo ir a Pi-Ramsés. Ahora trabajo para los sacerdotes de Uepuauet, en un puesto de confianza, y el mes pasado Isis y yo firmamos nuestro contrato matrimonial. Tenemos una casa detrás del templo, con un pequeño jardín y un estanque para peces, y esperamos nuestro primer hijo para finales de año. Por favor, querida Thu, compréndelo. Te amo, pero no sería feliz en Pi-Ramsés. Y no creo que en el harén haga falta otro escriba; Uepuauet y mi esposa me necesitan más. Escríbeme pronto para decirme que me perdonas, ya que hasta entonces viviré con el temor de haber perdido tu cariño.»

«Soy yo la que te necesito, Pa-ari», pensé con un nudo de angustia en la garganta, dejando caer el papiro, que se enroscó solo. «Te necesito desesperadamente. Aquí no tengo amigos, nadie que me ofrezca amor sin egoísmos en el que apoyarme. ¡Oh, hermano mío! ¿Me abandonarás tú también?»

Sacudida por unos celos que me devoraban, veía en mi mente la casita de adobes, a la sombra del templo de mi tótem, y los lentos peces anaranjados que ondulaban con placidez en el modesto estanque. Pa-ari llegaría a su casa, donde Isis lo adoraría con sus ojos oscuros, y juntos comerían su pobre alimento en la paz del atardecer de Asuat, mientras el crepúsculo muy rojo relumbraría en el diminuto jardín y las palmeras erguirían su digna quietud, recortadas contra el cielo cobrizo.

—Disenk —llamé, malhumorada—, tráeme la caja de medicinas. Quiero masticar unas hojas de *kat* tendida aquí, en la hierba. No quiero seguir existiendo en esta realidad.

Y levanté el papiro de Pa-ari para acercármelo a la cara, tratando en vano de percibir su olor reconfortante; pero el material estaba seco y no olía a nada. Después de romperlo en dos pedazos, lo arrojé al agua.

Mi castigo duró tres días, durante los cuales el silencio del faraón fue como un muro de diamante a mi alrededor. Las mujeres me miraban con desconfianza. Sus servidoras, cuando por casualidad nos encontrábamos, se

mostraban respetuosas, pero distantes. Y al segundo día, cuando me crucé con Hatia camino de la casa de baños, me horrorizó con una sonrisa de complicidad tan malévola que se me erizaron los cabellos. Yo las odiaba a todas: a aquellas hembras tontas y de cabeza hueca, a sus criadas ridículamente clasistas, a los niños malcriados y llorones, siempre metidos en las faldas de sus madres. Habría querido gritarles, atacar de algún modo, pero pasaba de mi privilegiado alojamiento a los baños, de la piscina donde nadaba al césped donde hacía ejercicio con descaro bajo sus miradas ávidas, siempre con el mentón bien alto.

—No importa —me dijo Hunro, en la única visita que me hizo—. Esto no puede durar, Thu. Ramsés no está habituado a oír argumentos inteligentes de las mujeres con las que duerme; sólo la reina y la esposa principal, que ya no desafían su virilidad, abren la boca para discutir con él algún detalle de estrategia política. Tú le enfureces, pero también le fascinas. Pronto te mandará llamar. —Me dedicó una amplia sonrisa, viva imagen de la salud vigorosa y la belleza que se reflejaba en su rostro, que me hizo sentir pálida y poca cosa—. Y si no, siempre puedes elegir una amante entre el resto de nosotras. En los brazos de una mujer hay tanta saciedad como en los de un hombre, ¿sabes?

Le respondí con desprecio, en tono desabrido, pero tenía razón: al anochecer del tercer día se me llamó a la alcoba real. Acudí con aprensión, como si tuviera que conquistar al faraón otra vez.

Él me saludó muy efusivamente, pues me envolvió en un abrazo aun antes de que hubiera podido levantarme de mi postración; a continuación, me llevó a la mesa, donde había hecho servir golosinas y vino. Sin soltarme la mano, me instó a tomar asiento y luego se inclinó hacia mí para estudiarme la cara, con una sonrisa de alegría sin afectación.

—¡Queridísima Thu! —dijo—. ¡Cuánto te he echado de menos! Estas noches han sido miserables sin tu cuerpo cálido entre las sábanas; no he podido dormir bien. ¿Cómo estás? Algo decaída, por lo que veo. ¿Será que tú también me has echado de menos?

Hablaba como si hubiéramos pasado meses enteros separados, no tres días tortuosos; resentida, pensé que era culpa suya si me había añorado tanto. Pero no pude sino reaccionar ante aquella nota de inseguridad en su voz.

—Claro que te he echado de menos, rey mío —respondí—. Y he estado

postrada por el miedo a haberte ofendido seriamente, a que me hubieras alejado para siempre de tu presencia.

El rey agitó un dedo y se sentó en la silla que había enfrente, con las cejas enarcadas.

—Claro que me ofendiste. Y ya te he castigado, dama mía. No hablemos más del asunto. Háblame del informe que presentó Adiroma sobre tu tierra. Dicen que viajó al Fayum con una mujer capataz. ¡Qué curioso!

Miré aquellos ojos pardos y vivaces, pensando en lo mucho que Hui subestimaba a aquel hombre; Ramsés conocía, pero que muy bien, los límites exactos de su poder y, desde luego, tenía bien sujetos sus dominios. Por primera vez me intrigó que Hui, poderoso e inteligente por derecho propio, médico privilegiado con acceso a todos los miembros de la familia real, conociera menos que yo el verdadero carácter de Ramsés y los asuntos a los que se enfrentaba. Pero Hui, probablemente, nunca se había enfrentado a su rey como yo ni había oído su exposición clara y sucinta.

Describí mis acuerdos con Adiroma y Uia con tanta exactitud como pude. No fue difícil. Al pensar en mi propiedad me llenaba de placer y no necesitaba fingir animación. Ramsés me escuchó con una sonrisa complaciente.

—Me alegro de haber podido proporcionarte tanto placer, mi pequeño escorpión —dijo por fin—. Tus palabras han despertado mi interés. ¿Te gustaría que hiciéramos un viaje al Fayum, tú y yo, para inspeccionar juntos ese trozo de Egipto al que dotas de tan sagradas virtudes?

—¡Oh, Ramsés! —exclamé, abandonando el asiento para sentarme en sus rodillas—. ¡Eres un buen hombre y te amo! ¡Es lo que más me gustaría en el mundo!

—No soy un hombre: soy un dios —replicó, rodeándome la cintura, divertido como siempre por mi entusiasmo—. Y espero que haya en el mundo otra cosa que te guste más; de lo contrario, tu rey se llevará una amarga desilusión.

Se levantó, llevándome consigo, y anduvo hasta el diván, donde me echó. Los dos nos reíamos. Cayó a mi lado y empezó a besarme con pasión. Descubrí entonces, con gran sorpresa por mi parte, que había echado de menos el aroma de su piel y el sabor de su boca. En mí se despertó un deseo

incontenible y, con un gemido, me rendí a su insistencia.

No me ordenó de forma directa que pasara la noche allí. Cuando por fin cayó en un sueño exhausto, me vestí y Paibekamon me hizo salir al aire del pasillo, más fresco que el de la alcoba. Al abrirme la puerta dijo en voz baja:

—El maestro quiere verte cuanto antes.

Me giré con un movimiento brusco. Su cara, tan próxima a la mía, era borrosa en la penumbra. No me decía nada. Sin embargo, la impresión de superioridad altanera era tan patente como siempre, aunque nuestros alientos se mezclaban. Entonces caí en la cuenta de que Paibekamon no me tenía aprecio alguno.

—Si así es, ¿por qué no viene él a verme? —inquirí con voz fatigada y un deje de fastidio. Detrás de nosotros, en el gran diván, el faraón se movió entre gruñidos, pero no se despertó. Paibekamon se encogió de hombros con suprema indiferencia.

—No sé. Tal vez esté demasiado ocupado.

Se retiró deliberadamente y cerró la puerta. Yo eché a andar hacia el harén. Los guardias que montaban guardia a la salida del pasillo me saludaron en voz baja. Les respondí con aire distraído. ¿Qué desearía Hui? ¿Ocurría algo malo? ¿Habría recibido malas noticias de Asuat, de mis padres? Suspiré de forma audible y Disenk, al oírme, me abrió. ¿Por qué Hui no había enviado un mensaje a mi alojamiento? Pero no me preocupé mucho por eso, aliviada como estaba por haber vuelto al lecho del faraón.

A la mañana siguiente, muy temprano, Ramsés mandó decirme que estaba muy ocupado para viajar ese día, pero que tenía que estar lista para navegar hacia el Fayum al amanecer del día siguiente. Ordené en seguida que sacaran mi eskuife, por una parte irritada y por la otra rezando para que el faraón, si se enteraba de mi visita al maestro, no se extrañara de que, apenas recuperados sus favores, yo corriera a mi antigua casa. Sus celos, aunque rara vez los expresaba, eran muy reales y yo no quería provocarlos tan pronto. Con toda la discreción posible, salí por mi puerta privada hacia la entrada principal del harén, seguida por Disenk, pero en el trayecto me crucé con varios guardias. Hunro, que nadaba en la piscina, allí donde terminaba la Casa de las Mujeres, me saludó con la mano al verme salir.

Sin embargo, una vez en el lago recuperé la serenidad. La mañana era

fresca, con una fuerte brisa que alborotaba el pelo y sacudía las colgaduras de mi cabina. El timonel cantaba con suavidad. Los dos remeros trabajaban al unísono, con las espaldas desnudas brillando al sol. El camino de la orilla estaba casi desierto.

Me habría pasado la vida reclinada en los almohadones, saboreando la sensación de libertad que me causaba el aroma de los huertos, pero la escalinata de Hui apareció a la vista demasiado pronto. Amarramos; el timonel bajó de su puesto para tender la plancha. Aquella vez no había ninguna delegación esperando para darme la bienvenida. Disenk y yo cruzamos el pilón. El portero de Hui abandonó su banquillo y, a una seca orden mía, nos permitió pasar. Los únicos ruidos eran los gorjeos de los pájaros, allí arriba.

El patio refulgía, blanco y desierto, pero más allá de las columnas de entrada se percibían los murmullos apagados del ajeteo doméstico. Un sirviente cruzó el extremo del largo corredor. Arriba se oyó un estruendo de platos y una sonora risa nasal. Esperamos. Por fin la imponente silueta de Harshira salió de la penumbra en que estábamos y se acercó a nosotros sin darse prisa, inclinándose con su dignidad habitual.

—Veo que no me esperabais, Harshira —dije.

—En realidad te esperábamos, dama Thu —replicó el mayordomo, muy sereno—, pero no sabíamos a qué hora vendrías. Perdona este descuido, por favor. Disenk, puedes esperar en el alojamiento de los sirvientes. El maestro está en su oficina, dama.

Asentí y me adelanté rozándole al pasar. Llamé a la puerta de la oficina y recibí la invitación de entrar. La puerta interior estaba abierta; al acercarme vi salir a Hui. Parecía cansado, pero al verme su sonrisa fue espontánea y generosa.

—¡Thu! —exclamó, cogiéndome las manos—. Veo que te dieron mi mensaje. Siéntate.

Me acomodé en la silla familiar, que tantas veces me había recibido.

—No puedo quedarme mucho tiempo, Hui —dije—. Mañana el faraón y yo navegaremos hasta el Fayum para inspeccionar mis tierras. ¿Por qué no fuiste tú mismo a verme?

Se había encaramado en la esquina del escritorio y me miraba desde arriba.

—Conque has recuperado el favor del rey —dijo, pensativo—. Bien. Lamento haberte hecho venir, Thu, pero en la ciudad hay un brote de fiebre y muchas familias nobles han solicitado mis atenciones. Cuéntame qué pasó entre Ramsés y tú.

—Me sorprende que Paibekamon no te lo haya transmitido, palabra por palabra —respondí, acalorada—. No me gusta ese hombre, Hui. Me desprecia en secreto. ¡En él no hay un ápice de calor humano!

Hui se inclinó para acariciarme la mejilla. Como siempre, su contacto hizo que mi indignación empezara a evaporarse.

—Cuéntamelo, pequeña —repitió con mucha ternura en su voz.

—Fue culpa tuya —dije, mohína—. Allí estaban los escribas y Ramsés estaba tomando decisiones sobre el reparto de los bienes traídos por la flota mercante. Yo lo escuché todo y después discutí con él. Era demasiado lo que iba a parar a los cofres de Amón y demasiado poco lo que quedaba para el tesoro real. El rey se enojó mucho. Me dio una lección muy exacta sobre política real y me despidió. —Tragué saliva—. ¡He estado en desgracia tres días enteros, Hui! ¡Durante tres días he sido el hazmerreír de todos! No sabía siquiera si el faraón volvería a llamarme a su presencia.

—Pero te llamó. —Hui se cruzó de brazos—. Lo tienes prisionero en tus redes, Thu. aunque finja disciplinarte, no puede vivir sin ti. Después de un intervalo prudencial, podrás volver a tocar el tema. Tarde o temprano cederá.

Me puse rígida.

—No, no lo creo —dije, con decisión—. Yo confiaba en tu criterio, maestro, pero en este caso creo que estás equivocado. He llegado a conocer a Ramsés mejor que tú. Conoce perfectamente la situación en que se encuentra, con sus causas y sus peligros. No hará nada por liberarse porque no puede. Jamás podré hacerle cambiar de idea y no tengo intención de volver a intentarlo. —Me levanté para enfrentarme a él. Fue un acto de valor mirarle a los ojos. Aquel hombre había sido amigo y mentor, padre, juez y árbitro de mi destino desde que yo era poco más que una niña. Era como levantarme contra un dios—. Te lo debo todo, Hui —proseguí con dificultad—. Gracias a ti, todos mis sueños se han cumplido y jamás podré pagarte todo lo que has

hecho por mí. Pero ya no puedo arriesgar todo lo que he conseguido. Tú y tus amigos... pensáis que Egipto se puede corregir, que se puede restaurar la Ma'at; pero yo he llegado a la conclusión de que, bajo el mando de Ramsés, eso es imposible. Además, ¿qué Ma'at, Hui? ¿La Ma'at de un Egipto que desapareció hace tiempo? Ya no defenderé ante el faraón la causa que tú apoyas. Te ruego que me perdones.

No se movió. Todo su cuerpo estaba rígido, salvo sus ojos, que me recorrían la cara, deslizándose sobre cada uno de mis rasgos para volver a empezar. La suya permanecía curiosamente inexpresiva. Soporté aquel examen mucho rato, tensa y temblando por dentro, pese a mi calma exterior. Por fin, Hui suspiró y, con un gesto de asentimiento, bajó del escritorio.

—Muy bien, Thu —dijo, ecuánime—. Has sido una niña obediente. Has hecho por mí lo que has podido. Te perdono, claro. Ahora bien... —Volvió a la puerta de la oficina interior—. Tienes prisa. ¿Qué necesitas reponer en tu caja de medicinas?

—No me he acordado de traer la caja, maestro —dije, humilde—. Pero necesito más espinas de acacia. Son muy importantes para mí. Y también aceite de castor. Y antimonio gris para mis ungüentos. Canela, natrón fresco...

Hui levantó un dedo.

—Te los prepararé. Mientras tanto, bebe un poco de vino.

Cerró la puerta detrás de sí. Angustiada, escancié el vino y miré dentro de sus profundidades escarlatas. Le había fallado. Por muy fuerte que fuera mi resolución de no tocar, en el futuro, los temas políticos con el faraón, me habría gustado que las cosas fueran diferentes.

Hui volvió con una pequeña arca y me la entregó.

—Las espinas de acacia, como ves, tienen un tinte algo negruzco —dijo—, pero no te preocupes. Aunque fueron cortadas hace algún tiempo, todavía son eficaces.

Me apartó el pelo de la frente para depositar un fuerte beso entre mis ojos; luego, con otro suspiro, me empujó muy amable hacia el pasillo.

—Que seas feliz, pequeña Thu —dijo—. Ve con mis mejores deseos.

Me recorrió una sensación de alarma. Sus palabras sonaban a despedida.

Giré en redondo para hablarle, pero ya estaba cerrando la puerta y, aunque di un paso hacia ella, la cerró con firmeza.

Levanté la mano para llamar, pero me detuve con los dedos apoyados en la fragante madera de cedro. No. Había tomado una decisión. Acababa de cortar otro de los hilos que ataban a la niña, inexistente ya, al vidente, que ya no tenía que dominar mi destino. Aun así, me sentí afligida cuando, acompañada por Disenk, caminé hacia el punto en que me esperaba el esquife mecido por las olas; al ver que retiraban la plancha y desataban amarras, tuve un mal presentimiento. Dejaba atrás las raíces que había hundido día a día durante mi larga estancia en casa de Hui. Delante estaba el palacio, al que sólo me ataban todavía delicadísimos zarcillos. Me sentía incómoda y sin defensa.

Al día siguiente, apenas apareció el sol, caminé con orgullo hasta el embarcadero de palacio, donde me esperaba la barcaza real. La mañana todavía retenía una fugaz frescura; el frágil rosado del cielo oriental aún no se había convertido en azul. Aunque la distancia hasta el Fayum no era mucha, apenas un día de navegación rápida, toda una flotilla de embarcaciones se arracimaba detrás de la nave del faraón; la escalinata estaba colmada de sirvientes que serpenteaban en su ir y venir y se llamaban entre sí.

Al aparecer yo cesó todo movimiento. Disenk me seguía, llevando una caja con lo necesario para el viaje. Todos bajaron la cabeza. En cuanto puse un pie en la plancha de la barcaza se produjo otra conmoción: llegaba Ramsés, rodeado de guardias y sirvientes. Se acercó a mí con paso decidido, sonriente y descansado, abofeteando la piedra con sus sandalias enjoyadas. Me postré con todos los demás.

—¡Arriba! —gritó Ramsés. Sentí su mano pesada en mi cuello—. Una bonita mañana, una hermosa mañana —dijo, casi cantando. Cuando me incorporé, me rodeó los hombros con un brazo y me hizo pasar a cubierta, donde se habían dispuesto sillas y almohadones.

Retiraron la plancha en un torbellino de actividad; el timonel trepó a su puesto, los guardias se desplegaron por los bordes de la cubierta y zarpamos. Las banderas imperiales, a rayas azules y blancas, empezaron a ondear al captar la brisa. Resonó la voz del cómitre, marcando el ritmo a los remeros.

Ramsés se dejó caer en una silla, puso los pies en un almohadón y cruzó las manos sobre el abdomen. Vestía un faldellín largo y tableado, con borlas

de oro; sobre el torso, una casaca de tela muy fina. El Uraeus real centelleaba encima de su ancha frente; la toca de lienzo y oro se movía con rigidez contra las piedras preciosas que le rodeaban la clavícula. Se volvió para sonreírme.

—Un breve respiro entre las exigencias de la corte —dijo, feliz— y mi escorpión volverá a transformarse en algo menos venenoso. ¿Una paloma, quizá? ¿Un cordero? Hoy me siento parlanchín, dama Thu, de modo que nos sentaremos aquí, a la sombra del toldo, y permitiremos que mis súbditos echen un vistazo a mi sagrada persona. ¿Acaso no estamos todavía en la gloriosa estación de *Peret*, aunque *Shemu* esté casi sobre nosotros? Una vez la ciudad quede atrás, nos deleitaremos con el verdor de los huertos y con la vista de los campos sembrados que se aprietan en los campos. —Se inclinó de lado; chispeaban sus ojos pintados de *kohl*, clavados en los míos—. Ya ves —prosiguió—: por ti me convierto hoy en un campesino. ¿Serviría yo para campesino, Thu? Es una pena que hayas recibido la tierra demasiado tarde para sembrar este año, pero sí podemos pensar con satisfacción en el futuro.

Me estaba provocando; le respondí en el mismo tono, mientras la enmarañada ciudad de Pi-Ramsés pasaba lentamente, entremezclando su mugre y su ruido con el aroma de los frutales, los jardines floridos y las blancas escalinatas de los ricos.

A mediodía, después de comer, nos retiramos a la suntuosa cabina para hacer el amor y dormir. Cuando salimos al resplandor de la caída de la tarde, la barcaza seguía deslizándose en busca del canal que nos desviaría hacia el oeste, rumbo al oasis del Fayum.

Al caer la noche se encendieron todas las lámparas, convirtiéndonos en una sarta de estrellas que reposara en el seno del río. A menudo, durante aquel día mágico, los que estaban en la ribera levantaban la vista y luego se gritaban unos a otros: «¡Es el rey! ¡Pasa el dios!». Y yo apretaba la mano de Ramsés, mientras ellos hacían reverencias y nos echaban bendiciones que sonaban en mis oídos como una preciosa música.

Poco después de iniciarse las horas de oscuridad, volvimos a la cabina; pasamos un rato conversando en voz baja, hasta que nuestros cuerpos se acurrucaron juntos en la paz y el sueño. Cuando despertamos, la barcaza ya estaba amarrada en el Fayum.

El Fayum, con su vasto lago rodeado de campos verdes y abundantes bosquecillos, es una joya de belleza y fertilidad engarzada en medio del

desierto, pero es poco lo que recuerdo de cuanto vi. Porque una astilla de él era mía, sólo mía, y la emoción que me embargaba al desembarcar con Ramsés en ese sueño no tiene descripción posible. Recorrí sin pronunciar palabra mis diez *arouras*; a mi mente acudió, vivida, una imagen de mí misma pisando los terrones de la parcela de mi padre para rodear con los brazos su sólido muslo, suplicándole que me permitiera ir a la escuela. A la vista estaban los resultados del trabajo hecho. Las zanjas para el riego, bordeadas de palmeras, estaban parcialmente despejadas. Fresco, oscuro y con olor a tierra, el pasto dedicado a pienso se arrancaba y se ensilaba, a fin de que, al iniciarse la próxima estación de *Peret*, se pudiera sembrar.

Ramsés no me acompañó. Tras echar una ojeada al suelo desigual, inundado de sol, ordenó que le llevaran una silla y se instaló junto a su litera para seguir con la vista mis movimientos. Pero cuando me harté, caminó conmigo por el sendero de piedra hasta mi puerta, cruzando la maltrecha huerta, y se detuvo junto al estanque sucio para recibir, a mi lado, las reverencias de mis servidores. El capataz se disculpó por el estado de la huerta.

—Me pareció necesario iniciar en seguida el trabajo en los campos de siembra y reconstruir la casa y el alojamiento de los sirvientes —explicó, nervioso—. Espero estar siguiendo fielmente tus instrucciones, dama Thu. El huerto y el estanque serán restaurados después.

Me mostré de acuerdo. Mientras hacíamos un breve recorrido por la casa, Ramsés gruñía contra aquella despreciable casa. No había muebles y las habitaciones eran pequeñas, pero me encantaron. Entusiasmada, planeaba lo que haría en cada rincón. Luego supliqué a Ramsés que me permitiera pasar una noche sola en ella.

—¡Pero si huele a moho! Y probablemente esté llena de insectos venenosos —rezongó—. Los escorpiones se esconden en los rincones. — Luego sonrió—. Pero tú tienes cierta afinidad con los escorpiones, ¿verdad, Thu? Muy bien. Puedes pasar la noche aquí, siempre que haya alguien que te custodie.

Se lo agradecí con efusivas muestras de cariño; Ramsés continuó sonriendo con benevolencia. Al atardecer, Disenk instaló un catre en una de las habitaciones y unos guardias de palacio se apostaron fuera.

No dormí demasiado. Despierta en la oscuridad, escuchaba el tranquilo

silencio, abrazada a mi alegría, mientras pasaban las horas. Me levanté dos veces para salir al huerto lleno de broza, inundado de luna, sin que me importara el hedor que salía de las aguas negras del estanque ni los bancales de altas hierbas quebradizas con las que a veces tropezaba. Todo aquello era mío. Me pertenecía.

A la manera de los campesinos, había formado un vínculo con la tierra. La tierra no me traicionaría. No pagaría mis cuidados y mi abnegación con la ingratitud del egoísmo. Sabría reconocer la melodía del agradecimiento mediante mi honrado capataz y su personal y respondería con una armonía de fecundidad. Al recibir mi amor, daría. Me costaba dejarla; por la mañana me postré en el umbral de mi casa y, con incienso en las manos, oré para que Bes, la que lleva la felicidad a todos los hogares, impregnara cada habitación con su presencia y apartara de ellas todo mal.

En cuanto al resto de la jornada, preferiría olvidarlo. Todavía me ronda por la mente, aunque he hecho todo lo posible para borrarlo de mi memoria. En el Fayum había un harén, el Mi-Uer, al que se enviaba a las concubinas de la realeza, cuando llegaban a la vejez; Ramsés decidió hacer una visita de cumplido sin anunciarse. El azorado guardián de la Puerta lo saludó con muchas postraciones y disculpas, mientras me miraba de soslayo. Yo permanecía a un lado, incómoda.

Recorrimos a toda prisa el recinto. El rey se detenía para hablar con una u otra; en seguida sentí deseos de salir de allí. El edificio era cochambroso; las celdas, pequeñas y oscuras. Aunque en los jardines había tanto verdor como en el resto del Fayum, eran melancólicos, llenos de un silencio que abrumaba el *ka* y fatigaba el cuerpo.

Allí vivían varios cientos de mujeres, de ojos legañosos y piel reseca como el pergamino, con los miembros torcidos y el pelo gris de la muerte inminente. Sus voces eran graznidos o susurros; sus movimientos, lentos y trabajosos. Algunas permanecían sentadas bajo los árboles hora tras hora, inmóviles y con la mirada perdida en el espacio. Tres yacían en sus divanes como sombras deformes, en la penumbra de las celdas abiertas por las que pasamos. El ambiente estaba saturado de tristeza, y se respiraba la resignación y la paciencia de una lenta agonía, pese a la atención de muchos sirvientes. Cuando los portones se cerraron detrás de nosotros, yo estaba próxima a la histeria. ¡Acabar así! La perspectiva era insoportable.

Mientras subíamos a la litera, Ramsés me rozó con su mano.

—¡Estás helada, Thu! —exclamó—. ¡Y estás temblando! Ven. Tienes que comer. Después de saciar el hambre, iremos a los templos para ofrecer nuestros sacrificios. Eso te gustará mucho más, pues Sebek y Herishef reciben la adoración de las mujeres que están en la flor de la vida; sus casas estarán llenas de carne joven.

Fue su única referencia a nuestra visita al Mi-Uer, y me alegré de que así fuera. Si hubiera querido conocer mis impresiones sobre aquella tumba para vivos, sólo habría podido exponérselas entre sollozos.

Pero en los templos de Sebek y Herishef, donde los patios estaban atestados de jóvenes suplicantes, me negué a realizar sacrificio alguno, tal era mi pánico y desesperación. Ramsés no me obligó, seguramente para no dar un espectáculo. Más tarde, cuando los sacerdotes hicieron que el enojado Sebek se acercara a la orilla del lago y abriera las fauces de afilados dientes para recibir la ofrenda de comida que Ramsés había puesto en mis manos, mis nervios volvieron a traicionarme. Temblaba; el pan, la fruta y los bocados de carne cayeron al suelo, pedazo a pedazo, mientras el dios cocodrilo abría y cerraba la boca con impaciencia; los sacerdotes me observaban con los ojos entornados.

Por fin el rey puso un plato bajo mis manos para que la ofrenda cayera en él. Después de entregarlo a uno de los sacerdotes, me asió por el codo para alejarme de allí.

—Hoy no eres un escorpión, sino una liebre asustada —comentó, no sin bondad. Yo caminaba a su lado, azorada y llorando—. ¿Conque temes el don de la fertilidad que otorgan Sebek y Herishef? ¿Por qué? ¿Será que no quieres dar un hijo a tu rey?

Habría querido volverme hacia él para cogerle las manos y llevármelas al pecho. «¿Te acuerdas de Eben?», quería gritarle. «¿Dónde está ahora, Gran Horus? ¿Piensas alguna vez en esa mujer a la que en otros tiempos mimabas? ¿Mandas preguntar por la niña que engendraste en ella? ¡Que los dioses se apiaden de mí, si llego a caer en ese negro pozo!» Las mujeres del harén del Fayum parecían espiarme horriblemente desde la fina sombra de los árboles circundantes. Negué con la cabeza.

—Perdóname, Toro Potente —logré balbucear—. Quizá sea como dices.

Quizá no. Perdóname.

No respondió. Llegamos a la litera y, en silencio, nos dejamos llevar a la barcaza.

Fue un alivio volver al bullicio y a la vitalidad de palacio. En los días siguientes me atribuló con frecuencia el recuerdo de aquel otro harén, sepultado en la lejanía del Fayum, pero pude equilibrar el desasosiego evocando mis preciosas tierras. Aquellas tierras representaban la vida, el vigor y la esperanza y me proporcionarían la única fertilidad que deseaba.

Acompañaba siempre al faraón. Mi propio alojamiento se convirtió en un lugar para cambiarme la ropa a toda prisa, entre un momento delicioso y el siguiente; pasaba del salón de banquetes a la alcoba real, de agradables paseos por los jardines de palacio, con un cortejo de guardias, sirvientes, heraldos y ministros, a los templos perfumados de incienso, donde resonaban las dulces voces que entonaban los himnos sagrados. Si Ramsés no me hacía llamar para que satisficiera su lascivia, era para que atendiera una u otra de sus pequeñas dolencias; solía indigestarse después de haber comido y bebido en exceso, pues los placeres de la mesa le gustaban casi tanto como los oscuros deleites del lecho.

Mi estrella brillaba día y noche. Era hermosa y se me adoraba. Todo el mundo se inclinaba ante mí. Los cortesanos me cedían el paso. Los sirvientes me ofrecían los manjares de Egipto con las miradas nerviosas de los que temen ofender. Y yo me regodeaba en todo.

Mi terror secreto era cosa mía. Noche tras noche, antes de reunirme con el faraón, me sentaba a mi mesa para moler los pinchos de acacia y mezclar aquel polvo con pasta de dátiles y miel. Y oraba con sobrio fervor a mi tótem Uepuauet y a Hathor, diosa del amor, para que el anticonceptivo me fuera siempre eficaz, para que ninguna vida despertara en mi vientre.

Es indigno de mí, lo sé, comprobar que mi mejor instante llegó una mañana tórrida, durante una procesión oficial al templo de Amón, donde el rey tenía que officiar en la consagración de un nuevo altar de plata. Había indicado que se hicieran sacrificios especiales y todo el que tenía algún cargo importante estaba allí, con sus mejores ropas bajo el sol ardiente, forcejeando por abrirse paso en el patio exterior de Amón. A mí me habían llevado por la ciudad en mi bonita litera, con Disenk a mi lado.

Una vez me apeé de la litera y pisé el adoquinado caliente, tras los altos pilones del templo, me vi rodeada de guardias que me escoltaron hasta el estanque de silencio y orden que rodeaba a la familia real. Ramsés, en toda su regalía, dominaba el pequeño grupo, con la Doble Corona en la cabeza y la barba faraónica brotándole del ancho mentón. Las manos sostenían ya el cayado, el mayal y la cimitarra que simbolizaban su omnipotencia, pero recibió mi reverencia con una sonrisa. La reina Ast, a su diestra, me miró, entornando los ojos pintados a la débil sombra del dosel que nos protegía. Su hijo, vestido con un vaporoso faldellín tableado y una suave camisa de lienzo que sólo acentuaba su masculinidad, me dedicó un saludo cortés.

Yo había precedido por un momento a Ast-Amasareth, que ahora se acercaba rauda al rey, ejecutando la postración abreviada a la que tenía derecho en su condición de reina. Luego entabló conversación con él mientras se instalaba a su izquierda, como siempre. Pero Ramsés la desvió hacia atrás con un amplio gesto, subrayado por los destellos de oro y lapislázuli del mayal.

—Hoy puedes caminar detrás de mí, querida Ast-Amasareth —dijo—. Pero no te inquietes. No has caído en mi cólera, no; de modo alguno. Ven, dama Thu. Ten la bondad de honrar a tu señor con tu presencia bajo la protección del portador del abanico a la izquierda. Será grato inhalar tu perfume cuando se mezcle con la santa mirra del dios.

Un murmullo suave, mezcla de escándalo e indignación, brotó de la reina Ast. Mientras tanto, Ast-Amasareth se detuvo, desconcertada por un instante, y yo me deslicé entre ella y el faraón.

—Gracias, Majestad —murmuré—. Me haces un honor inigualable.

Dirigí una mirada a la mujer cuyo sitio usurpaba. Ast retrocedió con una reverencia y una dura sonrisa en el rostro, pero cruzó conmigo una mirada fría.

Diré en mi favor que no dejé traslucir mi triunfo. Bajé discretamente la vista a mis pies, ahora en línea con los de Ramsés. Nuestras sombras eran cortas y breves en la piedra deslumbrante. El rey no volvió a prestarme atención. Llamaba a su heraldo mayor, irritado, para que ordenara el caos de la retaguardia. Pero yo no necesitaba su atención para sentirme segura. Tampoco los demás. Nada ni nadie se interponía ya entre el afecto de Ramsés y yo.

Es decir: nada sino aquella punzada de aprensión que anidaba dentro de mí. Llevaba ya mucho retraso en el flujo menstrual. Despreocupada, distraída como estaba con los asuntos de la corte, había perdido la cuenta de los días y, cuando tuve tiempo de sentarme para calcular, se me heló la sangre.

El faraón dio una orden con voz potente. Sonaron los cuernos en las murallas del templo. Empezamos a andar con lentitud; en mi cabeza temblaban las plumas blancas del abanico ceremonial de avestruz. Desde el patio interior surgió una columna de incienso, que se elevó en el intenso azul del cielo. El aire se llenó con el tintineo imponente de un millar de címbalos. Detrás de mí se oía la leve respiración de Ast-Amasareth; me parecía notarla contra el cuello, caliente y ponzoñosa. Con empecinada deliberación, aparté la atención de mi vientre y la centré en la victoria alcanzada aquel día; mis preocupaciones quedaron olvidadas.

Sin embargo, a la mañana siguiente recordé de manera brutal lo precaria que era mi posición. Tras los interminables ritos del templo y un festín en honor de los hombres de Amón y de los artífices creadores del altar, Ramsés no había mostrado interés más que en dormir, por lo que logré pasar unas cuantas horas apacibles en mi propio diván. Desperté a media mañana, torpe y atontada. Sólo me levanté para sentarme a la sombra de mi puerta a contemplar el patio, mientras Disenk me preparaba el desayuno.

Cuando Disenk volvió, me había despejado un poco y picoteé del contenido de la bandeja que puso a mi lado. Había un plato con pasta de sésamo, tallos de apio, lechuga fresca, una granada, cinco higos remojados en purpúreo aceite de enebro y una taza con mosto, del que brotaba el fuerte aroma de la menta. Mordía ya un tallo de apio con pasta de sésamo, alargando la mano hacia el jugo, cuando Disenk me sujetó la muñeca.

—Espera, Thu —dijo con urgencia—. Algo está mal. Espera.

Dejé el apio en la bandeja, y me quedé mirándola. Mi corazón empezaba a palpar. Disenk se sentó junto a mi silla, cruzada de piernas en el suelo, y clavó los ojos en la bandeja, con una arruga de concentración en la suave frente. Por lo demás, no se movía. Una nube de pájaros pasó muy alto. Junto al estanque estalló una fuerte discusión entre dos mujeres, que terminó en un estallido de risas. Un rayo de sol empezaba a calentarme el pie, pues la sombra a la que me había sentado se deslizaba de modo imperceptible. Por fin aspiré con fuerza.

—Disenk —aventuré, algo vacilante, pues ella seguía con una fiera mirada clavada en la comida—, ¿qué pasa?

Parpadeó, mordiéndose el labio.

—Preparo tu comida con mis propias manos —dijo en voz baja—. Lo cojo todo de las provisiones comunitarias, sin que se pueda prever lo que voy a elegir. Nadie sabe qué voy a coger. Este apio, Thu. Esta mañana la cocina estaba llena de grandes cuencos con apio. He sacado tallos de diferentes cuencos. He cortado y he comido un trocito de cada uno antes de poner el resto en tu bandeja. Es lo que hago con todo cada vez que pides comida. Tu cerveza y tu vino vienen directamente de casa del maestro, bien sellados. —Me echó un vistazo—. Sin embargo, hay algo que no está bien en estos platos, algo que no llego a comprender. Todo está como yo lo he colocado, pero no. —Sus manitas se movían entre la comida, tocando la copa y los bordes de los platos, como si pudieran darle la respuesta que buscaba. De pronto, se quedó petrificada—. Los higos —susurró.

—Disenk...

Se giró hacia mí.

—Hay cinco higos —dijo, con decisión—. Cinco. ¡Yo sólo he puesto cuatro! Alguien ha deslizado otro higo en este plato.

Nuestros ojos se encontraron. Pese al calor de la mañana, un estremecimiento pareció aletear contra mi piel.

Disenk se levantó y, recogiendo con cautela el plato de higos, salió al césped soleado. Siempre había unos cuantos cachorritos jugando y revolcándose entre los niños; aquella mañana no era diferente. Vi que Disenk salía al sol, sin llamar la atención, y dejaba el plato en el suelo. Luego volvió a mi lado. Tensas e inmóviles, esperamos juntas.

Durante un rato, la ofrenda pasó inadvertida, pero por fin un cuerpecito gordo y peludo captó el olor dulce de los higos y se apartó de la confusión general para aproximarse al plato. Después de olfatearlos con cautela, miró a sus regordetes compañeros y sacó la lengua. Oí que Disenk aspiraba profundamente. Con glotona velocidad, el cachorro devoró los higos; luego apoyó en el plato una de sus patas pardas y lamió por completo los jugos; ya perdido el interés, empezó a alejarse. Noté que Disenk me estaba clavando las uñas en el hombro. El animalito no llegó lejos. De repente, su paso cambió,

empezó a tambalearse y se detuvo para vomitar. Cayó de lado, con las patas convulsas, y finalmente se quedó yerto.

Yo no me movía. Disenk se adelantó con movimientos torpes y encorvado el cuerpo siempre elegante, y usó una esquina de su sayo para levantar el plato. Luego se detuvo para examinar al cachorro. Cuando volvió era toda ojos; después de depositar el plato en la bandeja, contempló los juegos infantiles y a las madres que chismorreaban.

—El animal ha muerto —dijo por fin—. Me llevaré el resto de la comida.

Recogió la bandeja con ademanes mecánicos y echó a andar hacia la entrada del patio. En aquel momento mis ojos se desviaron hacia Hatia. La mujer estaba en su lugar de costumbre, embutida en su lienzo rojo e inmóvil bajo su dosel; detrás de ella, su criada, también quieta. Ambas me observaban con atención.

Me levanté para desperezarme, con toda la indiferencia que pude, y me retiré a la seguridad de mi cuarto. «¿Seguridad?», pensaba. Empezaba a experimentar la reacción. Mi corazón había dejado de palpar para caer en un aleteo nervioso; estaba ardiendo. Alguien había intentado matarme. Alguien trataba de eliminarme sin el menor reparo. Mi mente voló a los hechos del día anterior, al frío destello que había visto en los ojos de Ast-Amasareth cuando se vio obligada a cederme su puesto. ¿Acaso la fea bruja me consideraba, por fin, una amenaza grave? Yo siempre había sospechado que Ast practicaba la magia negra; de otro modo, ¿cómo había podido retener su dominio sobre Ramsés?

¿O sería Hatia? ¡No, sin duda! Hatia estaba como una cuba. Vivía para la jarra que tenía siempre a su lado. ¿Y si fuera ella? Hatia llevaba mucho tiempo en el harén. Silenciosa, sin llamar la atención, ocupaba el mismo sitio en el césped, día tras día, año tras año. Nada de lo que sucediera escapaba a su ojo atento. Olvidada, pero presente siempre, constituía la espía perfecta. Y yo no la creía tan indiferente como aparentaba. Recordé con desagradable sobresalto la mirada maliciosa que me había dirigido una vez, durante los tres días horribles de mi desgracia. ¿Sería la herramienta de Ast-Amasareth? ¿Acaso el vino que bebía con empecinamiento tan escalofriante provenía de los viñedos de la esposa principal?

Las especulaciones eran inútiles. Ast-Amasareth, Hatia... El intento de asesinato podía haberse originado en la mente celosa de cualquiera entre los

cientos de mujeres que me envidiaban por mi puesto en la corte, convencidas de que, conmigo en la tumba, tendrían la oportunidad de conseguir los mismos privilegios.

Al pasar la impresión del momento, me quedé inquieta. Con los brazos cruzados y la cabeza gacha, me paseé entre los rayos de luz blanca que entraban por las lumbreras. No había tomado muy en serio las advertencias de Hui, Hunro y Disenk, porque me consideraba invulnerable. Ahora tendría que poner cuidado con cada cosa que me llevara a la boca, sospechar de cada mano que se me tendiera. Estaba sola de verdad. Entonces comprendí que, por todo lo que se obtiene en la vida, se paga un precio. Deseaba con todas mis fuerzas ver al faraón para desahogarme y exigir que sus guardias pusieran el harén patas arriba para vengarme, para que yo pudiera estar segura. Pero mientras mis pies medían los límites de mi lujosa prisión, supe que aquella reacción sólo serviría para aumentar mi peligro. El faraón no podía protegerme a cada momento, en el caso de que estuviera dispuesto a intentarlo. ¿Y si se descubría que la culpable era la esposa principal? Por mucho que se me mimara, yo sabía que una concubina, aunque fuera una concubina con título de nobleza, no saldría triunfal si se enfrentaba a una de las mujeres más influyentes de Egipto.

¿Era preciso conspirar para destronarla? La perspectiva me causó un estremecimiento. Pensar en aquella boca torcida todavía más desfigurada por el dolor, en aquel cuerpo flaco contraído por mi veneno, me calmó el corazón y me levantó la frente. Pero ¿y si Ast-Amasareth era inocente? Suspiré. No, no había nada que yo pudiera hacer.

Cuando Disenk volvió, ya recuperado su habitual autodomínio, discutimos brevemente el asunto y escribí personalmente un mensaje a Hui para informarle de lo que había ocurrido. Disenk juró vigilar más estrechamente la preparación de mi comida. La interrogué sobre la conducta de los otros sirvientes del harén. ¿Había visto u oído algo que ahora pudiera parecerle sospechoso? Disenk negó con la cabeza. Las servidoras chismorreaban con tanto fervor como sus amas, pero nada le había llamado la atención. Por fin dejamos el tema, pero permaneció en mi mente, amorfa amenaza que nubló mis horas de vigilia y me siguió en sueños. Yo sabía que el veneno, en las manos de un experto, podía administrarse de diez maneras distintas; sólo cabía esperar que Hui y yo fuéramos los únicos adeptos de Pi-Ramsés.

CAPÍTULO 20

Una semana después recibí una citación del príncipe Ramsés. En los días precedentes, el episodio de los higos envenenados se había reducido en mi mente y había adquirido las dimensiones de un riesgo necesario. Para las favoritas privilegiadas, la vida en el harén siempre había estado llena de peligros. Era un riesgo que acompañaba al favor real, algo que debía incluirse en los cálculos de quien deseara escalar en la voluntad del faraón. Aquel roce con la realidad no tenía que sorprenderme.

Resultaba desconcertante saber que se me odiaba; pero más desconcertante todavía era verme forzada a no tomar represalias. Mi carácter se inclinaba por la venganza. Sin embargo, cuando el heraldo del príncipe apareció ante mi puerta, ya me había resignado a mi situación. El hombre me saludó con respeto y solicitó mi presencia en las habitaciones privadas del príncipe. Disenk me estaba poniendo los brazaletes y acababa de apartar el óleo perfumado.

—Pero no puedo acudir ahora a la cita del príncipe —dije al heraldo—. Tengo que reunirme con el faraón. ¿Podrá Su Alteza esperar hasta mañana?

En confianza, me sorprendía tener noticias del príncipe. Lo veía muy poco desde hacía mucho tiempo y había hecho lo posible para poner fin a mis desleales fantasías.

—Su Alteza sabe que no eres dueña de tu tiempo, dama Thu —respondió el heraldo—. Por lo tanto, te suplica que lo visites esta noche, cuando vuelvas al harén.

—Pero será en plena noche —le recordé, intrigada—. No quiero despertar a Su Alteza.

—El príncipe irá a pescar después del anochecer —me informó— y más tarde recibirá a unos amigos. No estará dormido.

Asentí.

—En ese caso, iré.

Cuando nos quedamos solas, Disenk levantó la voz.

—Puede ser una trampa, Thu —dijo—. Regresarás cuando el palacio esté desierto.

Pensé un momento y me encogí de hombros.

—El heraldo mayor del príncipe no es precisamente un mercenario ladino —señalé—. Creo que estoy a salvo, a menos que el mismo príncipe quiera mi muerte. Pediré a uno de los guardias que me acompañe, Disenk. Después de todo, no puedo limitarme a los confines de mis habitaciones y de las del rey. ¡Me volvería loca!

—Me parece que el príncipe querrá mantener en secreto esta cita —sugirió Disenk—. De lo contrario, te habría abordado durante algún festín o te habría citado a pleno día. Esta noche te acompañaré yo, Thu, y esperaré a las puertas de la alcoba real para acompañarte después a las habitaciones del príncipe.

Le di las gracias y salimos a toda prisa. El sol todavía estaba alto en el horizonte, pero ya se había escondido tras el edificio del harén; las sombras se alargaban en el césped. Me estremecí al pasar por el lugar donde cayera muerto el infortunado perrillo. Uno de los sirvientes se había llevado al pobre animal, pero todavía me parecía ver la hierba aplastada en aquel sitio.

El rey estaba de muy buen talante; bromeó conmigo y recordó algunos chistes, mientras mordisqueaba tortitas de miel y tragaba una cantidad de vino que no atenuó en nada sus ardores. Me hizo el amor varias veces antes de derrumbarse en el sueño profundo de los saciados. Una vez segura de que mis movimientos no lo despertarían, acomodé la almohada bajo su cabeza, alisé las sábanas que cubrían su cuerpo laxo y salí sin hacer ruido. Disenk se desenroscó del oscuro rincón donde dormitaba y sin pronunciar palabra, giramos a la izquierda, siguiendo el alto muro del palacio; dejamos atrás la alcoba en la que el Toro Potente roncaba con suavidad, su sala de recepciones privadas y la antecámara. La parte de los jardines que se extendía entre el edificio y el muro protector estaba sumergida en la noche. Se estaba ocultando la luna; sólo la débil luz de las estrellas caía al suelo, vacilante, para teñir apenas la oscuridad entre las ramas de los árboles. Ra yacía

sepultado en el vientre de Nut, la diosa del cielo, esperando nacer otra vez; sin él se apagaban los sentidos del mundo.

Al pie de la escalinata que ascendía en la parte exterior del palacio hacia las habitaciones del príncipe, dos guardias hablaban en voz baja. Cuando nos acercamos se llevaron la mano a las espadas que tenían a la cintura, pero pronuncié mi nombre y me volví hacia Disenk.

—¿Y bien? —susurré.

Disenk me pasó una mano por el pelo y frotó una mancha de *kohl* que tenía en la sien. Sus labios parecían negros bajo aquella luz incierta.

—No comas ni bebas —me recordó.

Asentí con la cabeza antes de subir la escalinata, siguiendo al paciente soldado. El lúgubre jardín retrocedía poco a poco hacia abajo, pero al fin la escalera se convirtió en un rellano y apareció una alta puerta de doble hoja. El soldado golpeó con los nudillos. En seguida una voz familiar le ordenó que entrara. Aguardé a que me anunciaran. Luego el hombre me hizo pasar, con una reverencia, y cerró la puerta detrás de mí.

No estaba en una habitación, sino en el extremo de un corredor que, a mi izquierda, se perdía en la penumbra. Pero hacia delante había más puertas, abiertas de par en par, y una pálida luz iluminaba el suelo a mis pies. Me adelanté. En seguida un sirviente repitió los ademanes del guardia y me encontré a solas con el príncipe.

Su sala de recepción me sorprendió por lo desnuda que estaba. Los muros presentaban escenas del desierto en tonos amarillo y azul; una gran representación del príncipe en persona, de pie en su carruaje, con las piernas abiertas y un látigo levantado por encima de la cabeza de los esforzados caballos, dominaba la pared opuesta, girando de forma espasmódica con el parpadear de las lámparas.

En el escritorio del príncipe había unos cuantos rollos, una cabeza de flecha rota y un cinturón de piel blanca, con su vaina vacía; era un sencillo mueble de madera aceitada, igual que las sillas, cuyos asientos eran de lino tejido, y una mesa baja que sostenía una lámpara. La otra ardía en un rincón alejado, sobre un pie que representaba un manojo de altos tallos de papiro.

La impresión que recibí en aquel fugaz momento, antes de que el príncipe

abandonara la silla para acercarse a mí, fue de economía y solitaria comodidad. Pero también notaba a mi alrededor una inquietante sugestión de eventualidad, como si él viviera en el escenario de una obra palaciega y su verdadero domicilio estuviera en otro sitio, escondido.

No llevaba más que un taparrabo de lienzo; al cruzar la habitación, la luz mortecina se deslizó por los músculos largos y flexibles de sus piernas oscuras, marcando los cordones tensos del vientre y los pezones en los vertiginosos planos del pecho. El pelo, lustroso y negro, le enmarcaba las facciones. Era obvio que lo habían pintado mucho más temprano, pero los restos de *kohl* bastaban para acentuar la claridad de sus ojos. Un rastro de alheña le enrojecía la boca, ahora ensanchada en una sonrisa. Hice una profunda reverencia, con un grito interior de sumisión.

—Te saludo, concubina real dama Thu —dijo—. Puedes levantarte. Te suplico que perdones mi vestimenta, pero esta noche he salido a pescar y a nadar con mis compañeros. No hay nada mejor que deslizarse bajo las oscuras aguas del Nilo cuando la superficie relumbra por el claro de luna... como no sea sentarse en la arena del desierto mientras Ra esparce su sangre moribunda en el horizonte. Puedes sentarte, si quieres.

Lo hice con ganas, pues no quería que el príncipe detectara la súbita debilidad de mis rodillas, y respondí a su sonrisa con otra sonrisa. Se acercó para mirarme con expresión reflexiva.

—En estos meses pasados nos hemos visto muy poco —prosiguió, en tono coloquial—. Pero me han hablado mucho de ti. Cuando todos los temas se agotan, las conversaciones siempre se desvían hacia la joven concubina de bellos ojos azules y lengua afilada, que ha transformado al rey en un perrito faldero. —Levanté con rapidez la mirada, pero en su expresión no había malicia. Su sonrisa irradiaba calor y aprobación—. Ninguna otra concubina ha retenido su interés tanto tiempo —dijo—. Te felicito, dama Thu. Eres, de verdad, una mujer asombrosa.

Ahora había una advertencia en su tono. Me levanté para no sentirme tan vulnerable.

—Gracias, alteza —repliqué—, pero no puedo atribuirme mérito alguno por ser hermosa o por mi facilidad de palabra. Soy tal como los dioses me han hecho.

—Oh, no lo creo —dijo él—. No. Creo que eres una hija de la tierra muy sagaz y llena de recursos. No sé si envidiar o compadecer a mi padre.

—¡Eres injusto, alteza! —protesté, indignada—. ¡No he hecho más que bien al Gran Horus. He curado sus heridas, satisfago todas sus necesidades y le hago feliz!

—Sin duda. —Se había detenido delante de mí, todavía sonriendo, y sus ojos buscaban los míos—. Pero lo mismo han hecho antes otras muchas mujeres. Para retener los favores de mi padre hace falta algo más que la capacidad de complacerlo. Y tú lo sabes. Hace falta cálculo, decisión. No me confundas, Thu: no te condeno. Lejos de eso, admiro tu tenacidad. Y tengo una proposición que hacerte.

Lo estudié con cautela. Su sonrisa había desaparecido, pero estaba tan cerca que me llegaba el olor de su cuerpo. Mis dedos se contrajeron por el súbito deseo de tocar la dura seda de su piel.

—Detrás de esa pared —dijo, señalando la penumbra con el pulgar— están las habitaciones de mi hermano, el príncipe Ramsés Amonhirjepshef. Es un año menor que yo. Ahora no está ahí. En realidad, nunca está en sus habitaciones. Pasa casi todo el tiempo en el norte del Delta, tendido en las playas del Gran Verdor y jugando con sus concubinas. Al otro lado de los jardines, se encuentra el alojamiento de mis otros hermanos. Uno de ellos es tan estúpido que no sabe ni contarse las orejas. Otro permanece en Tebas, sirviendo al templo de Amón, y quiere dedicar su vida al sacerdocio. Otro tiene un temperamento cruel y halla placer en azotar a sus caballos, sus sirvientes y sus mujeres. Ninguno de ellos siente mucho interés por nuestro padre y menos aún por Egipto. Sin embargo, mi padre nos pone a todos en un pie de igualdad y se atormenta pensando cuál de nosotros es digno de ser declarado su heredero. Mientras tanto, el dominio que Amón ejerce sobre este país se hace más fuerte.

No había levantado la voz, pero de pronto sentí que me aprisionaba los hombros con manos poderosas.

—Creo que soy la única posibilidad de salvación que tiene Egipto —dijo con voz ecuánime—. Pero mis palabras van a parar a oídos sordos. Mi padre no quiere ver el desastre que provocaría si su elección recayera en cualquier otro de los hijos reales. Conozco sus miedos. No confía en ninguno de nosotros, aunque ve mi amor por él, mi devoción por el país. Y eso duele. —

Las finas cejas se unieron para formar una profunda arruga en el entrecejo—. Pero confía en ti, dama. Te ama y te presta atención. Ayúdame a presentarle mi causa. Une tu voz a la mía para persuadirle de que me declare Retoño-de-Horus.

Sentí que sus manos empezaban a moverse, a deslizarse por mis brazos hacia abajo para volver a subir, provocando escalofríos de sensación en mi piel. Tragué saliva y lo miré a los ojos, luchando contra la laxitud de miel que me invadía el cuerpo y la mente. Su discurso en apariencia era sincero; pero había astucia en los ojos que calculaban mi reacción.

—Te equivocas, príncipe —logré decir—. Ya una vez traté de influir sobre el Toro Potente y sufrí un gran disgusto; fueron los tres peores días de mi vida. Me ama, pero es la esposa principal la que tiene su confianza en cuestiones de política.

Fue difícil expresar aquel pensamiento. Estaba segura de haber dicho una tontería, pero el príncipe volvió a ensanchar su sonrisa, descubriendo sus dientes perfectos. Sus manos envolvieron por un instante las mías antes de retirarse. Empecé a sospechar que me estaba manipulando e intenté que eso me importara, pero no pude.

—¡Esa fría extranjera! —dijo, desdeñoso—. No me ayudará. Se niega a aliarse con cualquiera de nosotros por miedo a apostar por un perdedor, si es otro el hijo que acaba heredando el Trono de Horus. Pero estoy decidido a ganar. Soy comandante de la Infantería; el Ejército me apoya. Aun así, es vital que alcance la divinidad con la bendición de mi padre, no por la fuerza después de su muerte. Egipto no debe sufrir una guerra civil.

Se acercó de nuevo a mí, mucho más de lo que indicaba la cortesía; no llegaba a tocarme, pero me abrumaba con su poder.

—No te lo ruego a la ligera —continuó en voz baja—. Comprendo que, si no aborras a mi padre con la mayor delicadeza, él puede interpretar mal tus palabras. Pero confío tanto en tu tacto como en la fascinación que ejerces sobre él.

—Sobrestimas ambas cosas, alteza —aduje con voz débil y con los ojos clavados en el movimiento de su boca—. Si lo encolerizo por segunda vez, me arriesgaré a mucho más que a tres días de castigo.

—Haré que valga la pena intentarlo —ofreció—. Cuando el heredero se

convierte en faraón, hereda el harén de su padre. Lo sabes, ¿no? Entonces puede descartar o utilizar a las mujeres, según desee. Tú eres muy joven, dama Thu. Yo decidiría conservar a muy pocas de las cientos de concubinas de mi padre, y tú serías una de ellas. A las otras las distribuiría entre los diversos harenes de retiro. Si la Doble Corona viniera a mi cabeza, estarías a salvo de un destino tan terrible; es más: pondría a tus pies riquezas y privilegios. ¿No crees que vale la pena dejar caer algunas palabras en los oídos de mi padre, de vez en cuando?

Se había inclinado hacia mí todavía más, llevado por el apasionamiento de sus palabras, y ya no pude contenerme. Con desespero me rendí interiormente, crucé la breve distancia que nos separaba. Por fin mis dedos encontraron la gloriosa turgencia de su cuerpo y mi boca se abrió bajo la suya. Sus labios eran tan seguros y provocativos como yo los había imaginado siempre. Sentí que me asía por la cintura para acomodar mi cuerpo contra el suyo. «Tan joven, tan firme», pensé, embriagada. «Fuego y calor. Solidez, no la blanda flaccidez del faraón. La carne del faraón...»

Ahogando una exclamación, me deshice de su abrazo.

—¡Qué tonta debes creer que soy, alteza! —exclamé, medio loca por el deseo y la ira que batallaban dentro de mí. Por un momento, me sentí mortalmente enferma—. Arriesgo mi existencia misma por tu bien, ¿y qué me prometes a cambio? Nada. ¡Nada! Supongamos que tu padre, por alguna remota posibilidad, me presta atención y te nombra heredero. Después zarpa en la Barca Celestial y tú te ciñes la Doble Corona y heredas el harén. Puedes olvidar tus bonitas promesas de esta noche, hacer caso omiso de mí, expulsarme o, en cualquier caso, llamarme a tu lecho para descartarme después. No, eso no basta.

La respiración del príncipe era pesada; vi que un fino hilo de sudor le corría por el cuello hasta el pecho.

—Bueno, ¿qué deseas, di? —preguntó, exasperado—. ¿Oro, tierras?

Me apreté la frente con ambas manos. Temblaba de pies a cabeza como atacada por alguna fiebre maligna.

—No, alteza —dije, dejando caer los brazos. Me esforcé por mantener la calma—. Quiero que dictes un documento nombrándome reina de Egipto en el caso de que tú seas rey. Que un sacerdote y cualquier escriba de tu

confianza atestigüen el documento y que éste llegue luego a mis manos. Y no olvides que sé leer muy bien.

Me miró con estupefacción; acto seguido, su hermoso rostro se quebró en numerosas arrugas y se rio por lo bajo.

—Por Amón, sí que compadezco a mi padre —sonrió—, porque ya veo la astuta trampa en que ha caído. Eres una bruja sin escrúpulos, dama Thu. Muy bien. Estudiaré tu propuesta, si tú estudias la mía.

De pronto, volví a sentirme sana y fuerte.

—¿Lo harás?

—Sí.

—¡Te lo agradezco, alteza!

Y tras una complicada reverencia, me dirigí a la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó—. No he dicho que pudieras retirarte.

Me detuve, pero no me volví. Tenía miedo de correr a sus brazos, a su diván y, por consiguiente, a mi propia destrucción.

—Dame tu permiso, príncipe, te lo ruego —dije en voz baja—. Por el respeto que me inspira tu padre.

Hubo un silencio que no se quebró. Al cabo de un rato, abrí la puerta y salí con paso resuelto.

Aquella noche se repitió el sueño. Estaba arrodillada en el desierto, como antes, con la boca y la nariz llenas de arena, la espalda desnuda llena de ampollas debido a los rayos del sol. Me sentía asustada, pero esta vez no había silencio; una voz murmuraba y susurraba. Las palabras, si palabras eran, sonaban rápidas e ininteligibles. Tampoco pude determinar el sexo de la voz. Hablaba en un sonsonete escalofriante, subiendo y bajando sin tomar aliento, y en medio de mi terror me esforzaba en escuchar lo que decía, sabiendo que, si lograba captar su significado, estaría libre. Desperté enredada en las sábanas empapadas de sudor, con las náuseas removiéndome las entrañas; agité los brazos en un esfuerzo por incorporarme. En el umbral de la puerta vi a Disenk, en la primera luz del alba, apaciblemente acurrucada en su esterilla. El cuarto interior todavía estaba sumido en la oscuridad.

Traté de no espiar aquellas sombras densas, por si el poder que me había

retenido en mi sueño acechaba allí, mudo ahora, pero aún lleno de perversas intenciones. Hasta entonces no había querido pensar en mi encuentro con el príncipe. Había vuelto apresuradamente a mi cómodo vientre, con Disenk a mi lado, muy cansadas las dos, para caer entre las sábanas y dejarme ganar por el sueño. Pero ahora, encorvada en mi diván, contemplaba el contorno apenas visible de mis piernas bajo el lienzo y recordaba todo lo que el príncipe había dicho.

De manera gradual comprendí, con una tristeza que nunca antes había sentido, que mi querida visión del bello hijo del rey era sólo una ilusión. Su aparente bondad era una patraña, una ficción con la que aseguraba su propia comodidad. Cada sonrisa, cada atisbo de generosidad, aumentaban su valor a los ojos de la corte y servían para agrandar su popularidad. Sin duda alguna, su misterio, su reputado aislamiento, las solitarias andanzas que lo llevaban al desierto y al Nilo, solo en medio de la noche, eran una comedia pensada con suma cautela para no asociarse con ninguna de las facciones ante los ojos de aquellos que circundaban el escenario del poder. Por encima de eso, se le podía ver como un hombre lleno de posibilidades al que, con absoluta imparcialidad, había que considerar favorablemente si se le comparaba con sus inútiles hermanos.

Sin embargo, era tan ambicioso y venal como el que más. Quería la divinidad que la Doble Corona otorgaba y toda la autoridad que ésta comportaba. Además, estaba celoso de su padre. Si amaba o no al rey era algo que no estaba claro, pero no podía ocultar sus ardientes deseos de apropiarse de cuanto pertenecía a Ramsés padre, y eso me incluía a mí. Tendría que haberme sentido halagada, pero no era así.

También comprendí, como si un amigo de confianza me asestara un golpe a traición, que el príncipe sólo deseaba utilizarme. No se trataba de invitarme a mí, Thu, a colaborar en la salvación de Egipto, sino de utilizar a la concubina que tenía al faraón en la palma de la mano y que, por lo tanto, podía ser incluida en los planes del príncipe y olvidada después.

«Todos quieren utilizarme», pensé, angustiada. «Hui, el príncipe e incluso el mismo faraón. No hay uno solo que se interese de verdad por mi bienestar. Pa-ari, al crecer, se ha alejado de mí. Puede que Disenk sienta algún afecto por mí, pero brindaría la misma lealtad a cualquier otra ama. Mi tierra es la única que no me traicionará. Siempre me recibirá con amor.»

Ya no podía disimular las náuseas que me agriaban la garganta. Sentada en el borde del diván, apreté los brazos cruzados contra el pecho y empecé a mecarme hacia delante y hacia atrás. Traté de aferrarme al estudio del carácter del príncipe, ceñuda, desesperada, pero era imposible. Se estaba entrometiendo una realidad más perturbadora, que no podía seguir rechazando.

—¡Oh, dioses! —susurré—. ¡Oh, no, por favor!

Un murmullo recorrió la habitación como el arañar de garras sobre piedra, como la maliciosa voz de mi sueño. Había caído en la perdición. Estaba embarazada.

Entonces me enojé. Era una manera de defenderme contra la angustia de una gran derrota. Me levanté para pasearme por la habitación, maldiciendo a Hui, que me había llevado a aquel lugar; maldiciendo al faraón, que ahora me abandonaría, y a los dioses del Fayum, que se tomaban aquella implacable venganza porque los había ofendido. Mis palabras siseaban como veneno. Aun así, no pude agotar la fuente de ponzoña que me ardía en la lengua y me quemaba el corazón.

No volví en mí hasta que alguien me tocó el brazo. Disenk estaba a mi lado, afligida, envuelta en una sábana. Entonces noté que la veía con toda claridad; la luz era más fuerte.

—¿Qué pasa, Thu? —preguntó.

Me detuve, con el pecho palpitando y los puños apretados. «Muy bien», me dije. «Muy bien. Puedo luchar contra eso. Todavía puedo ganar.»

—Tráeme la caja de medicinas, Disenk —ordené.

Abrió la boca para volver a hablar, pero la cerró al ver mi expresión. Mientras iba al otro cuarto, me senté en una silla a esperar. Por fin, Disenk me puso la caja en el regazo.

—¿Te traigo algo de comer? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No. Déjame.

Ya a solas, abrí la caja y empecé a revolver mis medicamentos. Buscaba la redoma de aceite de sabina, pero no pude encontrarla. Con el entrecejo

fruncido, vacié la caja, poniendo cada recipiente en la mesa. El aceite de sabina había desaparecido. Me detuve a pensar. Era una droga peligrosa, tan peligrosa que sólo se podía tomar en dosis muy pequeñas, y yo estaba segura de que en mi caja había una buena provisión. ¿Dónde estaba? Desde mi llegada al harén no había roto su sello, pues colaborar en el aborto de un hijo del faraón era un gravísimo delito. ¿Podía haberla retirado para hacer sitio para otro remedio? ¿Se la habría devuelto a Hui? En mi confusión no recordaba haber hecho ni una cosa ni otra.

Bien, todavía quedaba la nuez purgante. Sacudí el bote de arcilla que contenía las mortíferas semillas. Generalmente, molidas y mezcladas con aceite de palma, se usaban para matar las ratas de los graneros, y las semillas de aquel arbusto eran una purga eficaz. Demasiado eficaz. Su potencia era incierta y la misma dosis podía vaciar a la paciente o matarla. Matarme. Tiré a toda prisa las redomas y los frascos al interior de la caja y la cerré con fuerza.

—¡Disenk!

Acudió en seguida, todavía desconcertada, pero ya peinada y con el sayo puesto.

—Voy a casa de Hui —le dije—. Iré a pie. No quiero guardias ni porteadores de literas que murmuren sobre mis desplazamientos de hoy. Y tú tienes que guardar el secreto. Si me llaman, di al mensajero que estoy ebria, en la casa de baños o visitando a las otras mujeres..., cualquier cosa. No me importa lo que digas, pero nadie debe saber que he salido del harén. Préstame uno de tus sayos y tus sandalias sencillas. Consígueme un cesto que me pueda llevar y ese manto de lienzo grueso con capucha que sueles ponerte por la noche cuando hace frío. Ya sé que estamos a principios de *Shemu*, pero creo que nadie se dará cuenta. ¡Date prisa!

Disenk me miraba fijamente, con los ojos redondos como platos.

—Dime qué pasa, Thu —suplicó.

Reflexioné por un momento y cedí. Era mi servidora. Tarde o temprano lo sabría, sobre todo si mis esfuerzos por librarme de aquella carga fatal resultaban inútiles.

—Estoy embarazada —dije en tono lacónico. Y aparté la cara para no ver su expresión—. Trae las cosas que te he pedido.

Mientras la esperaba se me ocurrió una idea. Reclinada contra la mesa, rompí en risitas y acabé en carcajadas histéricas. Se había iniciado el mes de *Pajons*. Faltaban tres meses para mi aniversario. Tres meses más y tendría dieciséis años.

Una hora después, envuelta en manto y vestida con el recio sayo de las sirvientas, con los pies apretados en las simples sandalias de Disenk, respondí a la despreocupada voz de alto que me dieron los guardias del harén. Luego partí siguiendo todo lo largo del camino ribereño. La cesta de juncos que llevaba al brazo contenía mi caja de medicinas, cubierta por un paño. El sol ya estaba alto y la mañana se había vuelto sofocante. Llevaba algún tiempo sin recorrer distancias largas, por lo que pronto me dolieron los tobillos y las pantorrillas, pese a mis ejercicios regulares. En el camino había mucho tráfico de sirvientes, vendedores ambulantes y asnos que levantaban nubes de polvo fino y me hacían toser cada vez que pasaban a mi lado.

Si se iba navegando por el lago, no había mucha distancia hasta la casa de Hui, pero a pie parecía una eternidad, dado el calor, la arenilla y el ruido. El roce de las sandalias, que no me iban bien, me formó en los pies ampollas que después se reventaron; al menos, aquella molestia servía para apartar de mi mente la enormidad de mi problema. Cada vez que un burro cargado de productos me obligaba a apartarme, reflexionaba ceñuda que en Asuat no habría durado una semana, floja como estaba.

Pero por fin apareció ante mi vista el pilón de Hui. Antes de cruzar descendí la escalinata blanca del embarcadero y, sentándome a la sombra de la barcaza amarrada, hundí los pies en el río, con sandalias y todo. El placer de aquella frescura era indescriptible. Durante un rato contemplé, con el corazón reanimado, el agua chispeante, las palmeras que se agitaban en la orilla opuesta, los esquifes que rompían la superficie formando espuma. Pero aquello duró muy poco. Entonces me levanté para entrar en los dominios de Hui.

El portero apostado junto al pilón me obligó a detenerme con un grito. Yo no podía evitarlo, pero él me dejó pasar con una breve reverencia, sin que pareciera interesarle mi extraño aspecto. El jardín estaba desierto, y con aquel silencio denso y agradable que siempre reinaba en la finca del maestro; así encontré también el patio, al irrumpir entre los árboles y abrir el portón, marchando por el suelo adoquinado caliente y cegador. Me detuve entre las

imponentes columnas.

Allí no había nadie. Tenía a la vista todo el pasillo, hasta su extremo. La puerta trasera estaba abierta a un soleado verdor. El suelo de mosaicos relucía. Después de quitarme la sofocante capa de Disenk y las sandalias polvorientas, me sacudí los pies y me dirigí con decisión a la oficina de Hui. La puerta estaba cerrada, pero dentro se oía su voz con el sonsonete rítmico de un dictado. Sentí amor, mezclado con un extraño pesar; una vez más habría querido trepar a sus rodillas como una criatura, acurrucarme contra su pecho cálido. Llamé y la voz se elevó, irritada.

—¡Pasa!

Obedecí. Hui estaba sentado al escritorio, con Ani a su lado, en el suelo y con la paleta bajo la mano. Al verme, se levantó para hacerme una reverencia. Hui se puso de pie.

—¡Thu! ¡Por los dioses, apenas te he reconocido! ¿Qué ocurre?

Me adelanté para dejarme caer en una silla.

—Hui, Ani —los saludé con fatiga—, tengo mucha sed. ¿Hay cerveza?

Obedeciendo un gesto de Hui, el escriba se inclinó otra vez y salió, sonriéndome incrédulo. Hui sacó una jarra de un estante y, después de servir cerveza en ella, me entregó una copa. Bebí agradecida.

—He venido caminando desde el harén —dije, limpiándome la boca. Dejé la copa vacía en el escritorio—. Sólo Disenk sabe que estoy aquí; no puedo quedarme mucho tiempo. Necesito que me ayudes, Hui. Estoy embarazada.

Hubo un largo silencio. Hui, que estaba a punto de sentarse, se quedó inmóvil. Su rostro blanco perdió de forma gradual toda expresión, hasta que sólo sus ojos grandes y rojos parecieron vivos. Por fin descendió del todo hasta la silla.

—¿Estás segura?

—Sí.

Hubo otra incómoda vacilación, durante la cual hizo una pirámide con los finos dedos y los frotó con expresión pensativa contra el mentón. Yo esperaba su reacción, a punto de echarme a llorar. «Oh, Hui, sé bueno», le suplicaba en silencio. «Compadécete de mí, abandona esa silla y abrázame. Dime que tú lo

arreglarás todo porque me amas.» Pero aquellos dedos bien cuidados continuaron con el lento frotar en la barbilla y los ojos mirándome con frialdad. Por fin, con un suspiro, separó las manos en un gesto desconcertado.

—Tenía tantas esperanzas puestas en ti, Thu... —dijo, sin rodeos—. Me decepcionas. ¿Cómo has podido permitirlo?

Tragué saliva, destrozada por sus palabras.

—Hice lo que pude por evitarlo, maestro —respondí—. Nunca dejé de usar las espinas de acacia. Pero los dioses del Fayum son poderosos y yo, en mi temor, los ofendí. ¿Qué precauciones pueden valer contra tanto poderío?

—¿Qué estás balbuceando? —me interrumpió con aspereza—. Te descuidaste, eso es todo, y ahora tienes que sufrir las consecuencias.

El tono de su voz era frío. Sentí que mi angustia se mezclaba con una gran dosis de enojo.

—No es culpa mía —dije con toda la vehemencia de que fui capaz—. ¿Cómo puedes creer que iba a arriesgar mi posición en la corte? ¡No necesito recriminaciones, Hui, sino ayuda! ¡Ayúdame!

—¿Y cómo supones que debo ayudarte?

Su compostura, su distancia, me hirieron en lo más profundo.

—Trátame como a una paciente —sugerí—. Esta mañana he abierto la caja buscando el aceite de sabina y no lo he encontrado, Hui. Si no quieres prescribirme algo para eliminar a este niño, ¡al menos dame más aceite!

—Hace algún tiempo me devolviste la sabina intacta —replicó en el mismo tono—. Parece que estás convirtiendo tu vida en un embrollo, Thu. No, no voy a darte más aceite.

Me levanté de un salto.

—¡Hui! ¿Hablas en serio? ¡Por los dioses te lo pido! Dame el aceite o recétame otra cosa. ¡No quiero tener este niño! ¡Preferiría morir!

Hui rodeó el escritorio en un segundo para asirme los hombros con sus manos fuertes, su cara muy cerca de la mía. Sus ojos echaban fuego.

—¡Niña estúpida! —me espetó—. ¡El aceite de sabina es un veneno! Lo sabes muy bien. La cantidad necesaria para abortar podría matarte fácilmente.

Dices que preferirías morir, pero son sólo palabras tontas.

Me liberé de un empujón y descargué un puñetazo con toda mi furia contra el escritorio.

—¿Por qué eres tan cruel? Si no tengo sabina probaré otra cosa. ¡Extracto de adelfa, nuez purgante, aceite de ricino! ¡Cualquier cosa! No voy a perder todo lo que he conseguido sólo porque tú tengas miedo.

Nos enfrentamos el uno al otro, los dos jadeando. Luego él me empujó hacia la silla, se sentó en cuclillas delante de mí y me cogió las manos. Traté de apartarlas de un tirón, pero no me lo permitió.

—Escucha, tonta —dijo más sereno—. Claro que tengo miedo. Me da miedo recetarte algo, por si te matara con mi ciencia. Me da miedo que, asustada como estás, te mates por descuido. No te dejes llevar por los nervios del momento, Thu. ¿Cómo crees que me sentiría si tu presencia dejara de iluminar Egipto? Serénate y piensa.

—He estado pensando —repliqué, mohína—. ¿En qué cambian las cosas que yo muera ahora, en un intento por salvar mi futuro, o que muera poco a poco, año tras año, hasta que me envíen a ese horrendo harén del Fayum? —Me temblaba la voz—. ¡Dime qué puedo hacer, Hui!

Empezó a acariciarme el pelo. Como siempre, su gesto fue como bálsamo sobre la piel. Las tensiones me fueron abandonando.

—No hagas nada —aconsejó en voz baja—. Es cierto que Ramsés siempre deja de interesarse por sus concubinas cuando le dan un hijo, pero eso no significa que vaya a perder el interés por ti. ¿Cuántas veces debo decirte que en el harén no ha entrado nunca nadie como tú? Sólo Ast-Amasareth puede compararse contigo en cuanto a la influencia que ejerce sobre él. La tuya es una influencia diferente, lo sé, pero igualmente poderosa. Ten fe en tu capacidad para afrontar esta tormenta, Thu mía. Es un gran inconveniente, sí, pero no tiene por qué ser un desastre.

Apoyé la cabeza contra él, con los ojos cerrados.

—No quiero este hijo, Hui —susurré—, pero haré lo que dices. Quizá tengas razón. Ramsés me ama y los dioses saben que, en realidad, no quiero morir. Cuando llegue el momento, ¿estarás conmigo para ayudarme a dar a luz?

Sus manos seguían moviéndose por mi pelo, reconfortantes.

—Por supuesto —dijo—. Te amo, mi pequeña concubina. Y ahora cuéntame cómo te sienta el poseer un trozo de Egipto. Me dice Adiroma que tu tierra es muy fértil y que, con el tiempo, te hará rica. ¿Y qué tontería es ésa de los dioses del Fayum?

Relajada contra él, le hablé del regalo del faraón y de mi desgracia ante Herishef y Sebek; cuando hube terminado, me besó con suavidad y mandó traer comida; la compartimos en amistoso silencio. Luego me acompañó hasta la puerta y volvió a besarme.

—Mantenme informado de cómo te encuentras —me encomendó—. Si me necesitas, Thu, estoy siempre aquí. ¡Y no toques los venenos! ¡Prométemelo!

Lo prometí, pero mientras volvía al harén, caminando bajo el calor abrasador, sentí que volvía mi desesperación. Pasara lo que pasara, nada volvería a ser como antes. Me arrepentí de haber dado mi palabra a Hui. No me parecía fácil retener el afecto del rey con un niño tirándome del sayo. Y en el fondo de mi *ka*, sabía que Hui habría podido ayudarme.

Pude volver a mi alojamiento sin que nadie me descubriera. Aunque el patio hervía de mujeres y niños, nadie me miró dos veces, a pesar de lo sucia que iba. Al cruzar el umbral, exhausta y con dolor de pies, dejé el cesto en el suelo. Disenk salió precipitadamente de la habitación y me puso un rollo en la mano, mientras me dejaba caer en una silla.

—Hace un ratito ha llegado esto para ti —dijo—. Lo ha traído un heraldo real al que nunca he visto. ¡Lleva el sello del príncipe, Thu!

Al romper el sello de cera, mis dedos dejaron manchas oscuras en el prístino papiro. Al leer a toda prisa el contenido olvidé mis dolores.

«Yo, el príncipe Ramsés, comandante de infantería del faraón e hijo mayor del Protector de Egipto, prometo: en el caso de que ascienda al Trono de Horus, elevar a la dama Thu, concubina, al rango de reina de Egipto, con todos los privilegios y derechos correspondientes a tan excelso título. Firmado de mi propio puño, el segundo día del mes de *Pajons* en la estación de *shemu*, año dieciséis del rey.» Ahí estaba la firma del príncipe, garabateada al pie del rollo, junto con las de los testigos que yo había solicitado: Nanai, supervisor del Sajt y sacerdote de Set, y Pentu, escriba de la Doble Casa de la Vida.

Dejé que el papiro volviera a enrollarse y me lo llevé al pecho. ¡Qué pronto! La noche anterior había presentado mi descarada exigencia y ya estaba cumplida. La prisa, lo evidente de tal decisión, me dejaban casi sin aliento.

—Disenk —dije, con voz trémula—, tráeme cera y fuego.

Disenk obedeció; después de resellar la preciosa carta, imprimí uno de mis anillos en la cera caliente.

—Esto me asegura una corona de reina —le dije—. Escóndelo. Supongo que es demasiado difícil levantar los mosaicos para ponerlo bajo el suelo. Será mejor que lo cosas dentro de un almohadón. Hazlo hoy mismo, pero antes lávame y frótame los pies con un bálsamo, por favor. Los tengo muy doloridos.

Sus cejas, meticulosamente depiladas, casi desaparecían en el corto flequillo; cogió el rollo con timidez; todo su cuerpo era una pregunta.

Por un momento no supe si mantenerla en la ignorancia o no, pero decidí que guardar el secreto sería inútil. Disenk ya conocía mi estado. En realidad, sabía todo cuanto se refería a mí. Le hablé de mi agitada entrevista con el príncipe y de la suerte corrida con Hui. Al terminar, Disenk se volvió hacia mí, con el rollo en una mano.

—El maestro tiene razón, dama —dijo—. ¿Para qué correr el peligro de poner fin a tu vida tan pronto, si los resultados de tu embarazo no son nada seguros? Sería una locura. Y ahora tienes la garantía del príncipe. En el caso improbable de que el faraón te rechace, todavía estará el príncipe para ascenderte.

—Olvidas que, si el padre me rechaza, no podré influir en favor del hijo —le recordé con sequedad.

Disenk se encogió de hombros con delicadeza.

—Cabe la posibilidad de que, a la muerte del padre, sea él quien asuma el poder —señaló—. Al fin y al cabo, es el comandante de la infantería y tiene autoridad completa sobre la mayor parte del Ejército. El príncipe, claro, preferiría alcanzar su objetivo de modo pacífico, pero parece resuelto a encasquetarse la Doble Corona, sea como sea. En uno u otro caso, serás reina, Thu.

—Pero el rey sólo tiene cuarenta y siete años, Disenk —murmuré—. Supón que viva tanto como Osiris Ramsés Segundo, el Glorioso. Yo seré vieja cuando me pongan la corona de reina sobre las canas.

Disenk me dirigió una mirada extraña.

—Tal vez sí, tal vez no —dijo con suavidad—. Sigue el consejo del maestro, Thu. No hagas tonterías.

Entonces me dejó para ir en busca de agua y aceites. Yo esperaba encorvada en la silla. Hasta entonces no se me había ocurrido pensar en la edad del rey, pero la posibilidad que acababa de plantear a mi servidora resultaba horrible. Yo era una idiota. Aunque lograra retener el favor real, aunque mi amante escuchara mi petición en favor de su hijo y lo designara heredero, tendría que aguardar a que el faraón muriera para convertirme en reina.

Paseé la mirada por la pequeña estatuilla de Uepuauet, la que mi padre había tallado para mí con tanto amor, años antes, y le sonreí con expresión adusta.

—¿Y bien, tótem mío? —le susurré—. Divino árbitro de mi destino, ¿voy a recibir la corona estando todavía en pleno vigor y belleza de la juventud, como gema real engarzada en una carrera deslumbrante, o será un consuelo otorgado a la envejecida herramienta de un príncipe al que ya no tienen la lujuria ni la ambición? Dulce dios de la guerra, ¿cómo se librará esta batalla?

Uepuauet continuó sonriendo con su enigmática sonrisa de lobo. Yo me recliné hacia atrás, con los ojos cerrados. Siempre había sabido apostar. Las piezas del juego habían cambiado de sitio, pero eso era todo.

Todavía era posible el éxito.

CAPÍTULO 21

Con todo y con eso, no quería perder el amor del faraón. La promesa de una corona de reina en un futuro más o menos próximo, era poco más que el espejismo de un oasis en el horizonte lejano. Me parecía mucho mejor aferrarme a los privilegios del presente, así que disimulé mi preñez todo el tiempo que me fue posible. Por la mañana, tenía náuseas; a veces, podía disculparme para no pasar toda la noche con el rey, pero en muchas ocasiones, al despertar a su lado al amanecer, oraba pidiendo que no despertara, que no viera mi palidez ni el sudor frío que me cubría la piel mientras intentaba contener el vómito.

En aquellos momentos desesperados pensaba en Eben. ¿Habría soportado ella los mismos tormentos en secreto? ¿O tal vez exhibiera con orgullo su estado frente a Ramsés, en la equivocada creencia de tener una influencia inquebrantable sobre él? Lo último era más probable. Yo nunca había hablado con la favorita cuyo sitio ocupaba, pero en nuestros pocos encuentros la noté mohína y arrogante. Sin duda, de haber sido una mujer más inteligente, habría dejado una marca más notable, tanto en el harén como en el palacio.

Continuaba la ronda de festines, ceremonias y paseos en barco; yo trataba de sumergirme en ellos, pero su atractivo empezaba a perder interés. Todos los días me miraba al espejo de cobre. Lo ponía en ángulo y me tocaba el vientre, preguntando a Disenk si mi silueta cambiaba o no. Ejecutaba mis ejercicios con el empecinado fanatismo de los visionarios, albergando la febril esperanza de que mi vientre se abriera de manera prematura, pero no fue así.

Los días transcurrían inexorablemente uno tras otro; las semanas se sucedían con demasiada celeridad. *Shemu* se adelantaba; pasaron los meses de *Payni* y *Epophy*; cumplí dieciséis años. *Mesore*, el último mes de *Shemu*, pareció volar con demasiada celeridad. El Año Nuevo se inició con la fiesta orgiástica del primer día de Thot. Después la población, saciada y exhausta, se dispuso a esperar la subida de las aguas del Nilo, que anunciaría otra

temporada de inundaciones y la subsiguiente siembra.

A mí también me interesaba que Isis llorara en abundancia, porque dependía de una generosa inundación que se pudiera obtener una buena cosecha de mis tierras, pero a mí me consumía una preocupación mayor. Se me había ensanchado la cintura y empezaba a observar al faraón para ver si lo notaba, pero él se mostraba tan amoroso y afable como siempre. No toqué el tema de la sucesión; no me atrevía. Más tarde tendría tiempo suficiente para aquel tema, si mi real benefactor continuaba siendo mi real amante.

En la primera semana de Thot, Ramsés descubrió la verdad. Fue una noche en que estábamos tendidos uno al lado del otro, con una sola lámpara encendida para evitar el calor. La oscuridad tenía una cualidad casi palpable, sofocante; habíamos hecho el amor con el inconsciente abandono que a veces origina el calor exagerado. Después, faltando a mi regla, bebí abundante cerveza; Ramsés llegó al extremo de quitarse el tocado que debía cubrirle el cráneo en todo momento y ordenó a Paibekamon, irritado, que le llevara agua fresca. Yo misma asumí la tarea de lavarlo, sabiendo que a él le gustaba y que apreciaba el implícito homenaje que eso significaba.

Cuando terminé, le sorprendí cogiendo el paño para pasármelo con suavidad por los brazos, la espalda y las piernas.

—No debes hacer esto. Majestad —protesté—. Es tarea de los sirvientes personales.

Estaba de pie junto al diván y él levantó la vista hacia mí; una de sus beatíficas sonrisas le iluminó la cara regordeta. Le habían puesto otra toca de lienzo, pero le asomaban mechones de pelo entrecano, dándole el aspecto de un amistoso mandril. Una vez más sentí una oleada de auténtico amor por aquel hombre sin pretensiones, por aquel dios tan humano sentado en cuclillas frente a mí, con el paño chorreante en la mano carnosa y los labios arrugados en un simpático gesto.

—Soy tu sirviente, dama Thu —dijo—. Un sirviente de amor, un esclavo. Sólo tú y Paibekamon sabréis que el faraón se ha rebajado así. ¡Y Paibekamon no lo dirá! —Me guiñó un ojo—. ¿Y tú?

Abrí la boca para pronunciar una réplica ingeniosa, pero el paño, seguido por sus dedos, estaba pasando por mi abdomen, sin duda alguna dilatado. Se levantó al instante y, sentándose en el borde del diván, me acercó hacia él. Lo

miré a los ojos.

—O mi dama está comiendo demasiada miel o aquí dentro hay un capullo real que se dispone a florecer —dijo—. Pero no ha de ser por miel, porque sólo la veo abultada en un sitio. Estás embarazada, ¿verdad, Thu?

Mi primer impulso fue apartarlo y arrebatarse una sábana para cubrirme. Sin embargo, me obligué a sonreír también.

—Sí, es cierto —admití—. No quería darte la feliz noticia hasta estar del todo segura.

—Hum... —Su mirada se tornó astuta y cautelosa—. Me parece que has esperado mucho tiempo para estar segura. Bueno, me alegro. Tu viejo amante todavía tiene potente la semilla y su pequeño escorpión va a convertirse en un pequeño árbol frutal. Así son las cosas, ¿no? —Me plantó un beso suave en la mejilla—. Esta noche te he dejado exhausta —dijo—. Vete. Si necesitas algo, pídeselo a Amonnajt.

Empecé a recoger mi ropa.

—¿Todavía deseas que esté presente mañana en la cacería de patos? —pregunté con timidez, mientras me ponía el sayo.

Ramsés pareció escandalizado.

—¡Por supuesto! ¿Por qué no? —declaró. Me dio una palmadita en el abdomen y volvió a besarme; luego me volvió la espalda para tenderse en el diván con un gruñido—. Que duermas bien, Thu —dijo, mientras yo avanzaba hacia la puerta—. Las madres necesitan mucho descanso. Custodia esa vida real que llevas en ti.

Sin atreverme a responder, hice una última reverencia y salí en silencio.

Recibí con aire distraído el saludo de los guardias y la agradable corriente de aire fresco que soplaba siempre en el estrecho sendero, entre el palacio y el harén; mientras caminaba hacia mi cuarto analizaba cada palabra, cada expresión y cada gesto de los últimos instantes, buscando un alejamiento, algo que tuviera visos de frialdad por parte de Ramsés. No los encontré. «Dale tiempo para digerir la noticia», me dije, al abrir la puerta. Disenk se levantó de su esterilla para atenderme. «Todo saldrá bien. Tal vez yo sea la excepción de la conocida y cruel regla del faraón. Tal vez triunfe el amor que me tiene. Tal vez. ¡Quién sabe!»

Ya acostada en mi diván, me dispuse a dormir. Mis ojos se posaron en el gran almohadón, en cuyas profundidades anidaba el rollo vital. Traté de recordar que, en último extremo, la reacción del rey era lo de menos; aunque me apartara de su lado, a su debido tiempo yo sería reina. Pero lo veía en cuclillas a mis pies, sonriéndome con el paño en la mano. ¿Por qué iba a ser lo de menos? Importaba, sí. Importaba muchísimo. Más que nada en el mundo, yo deseaba poder confiar en él.

Al día siguiente fuimos a cazar patos en las lozanas ciénagas del norte. Ramsés se mostró tan atento y alegre como siempre. Al atardecer del día siguiente, en el festín de recepción en honor de la delegación de Alashia, ocupé mi lugar de costumbre en el estrado, a sus pies: pintada, con peluca y joyas. Luego lo acompañé a su alcoba y, en la hora previa al amanecer, hicimos el amor y nos dormimos juntos. Pero cuando desperté ya se había ido. Paibekamon me hizo salir con una prisa que lindaba en la impertinencia.

Aguardé con ansiedad otra llamada, pues sabía que la corte iba a acampar en el desierto, no tanto en busca de caza como para disfrutar una temporada el simulacro de una vida más sencilla. Pero no me mandó llamar. Pasé cuatro noches de insomnio y cuatro días tensos, hasta que volvieron aristócratas y ministros y entonces, sí, entonces Ramsés me mandó llamar.

Me saludó como si llevara un año entero sin verme; no pude menos que recordar aquella desagradable ocasión en que, por haberle ofendido, me había proscrito tres días. Sin embargo, Ramsés se mostró muy sorprendido cuando le pregunté, algo vacilante, por qué se me había excluido de aquel éxodo masivo.

—El desierto no es lugar apto para una mujer embarazada, sobre todo si va a tener un hijo real —explicó—. Ya me cuidaré mucho de no hacer nada que ponga en peligro tu salud, Thu mía. ¿Qué pensabas, que iba a abandonarte? Ven, sonríeme y déjame sentir las patadas del bebé en tu vientre. Luego pasearemos por el jardín y merendaremos junto a la piscina, solos tú y yo.

Temía de verdad que estuviera a punto de abandonarme, pero su actitud me tranquilizó. Me sentí todavía más reconfortada al ver que seguía invitándome a festines y diversiones; al parecer, nada había cambiado.

Pude aferrarme a esa ilusión dos meses más. Entonces era *Athyr*, la temporada fría; el río iba alcanzando su punto más alto y bajaba impetuoso.

Yo estaba en el octavo mes. Había abandonado los ejercicios, que me causaban no pocas molestias, dormía hasta tarde y pasaba mucho tiempo sentada en el césped, junto a mi puerta, dejando volar la mente.

Ramsés ya no me mandaba llamar tan a menudo; si me hacía el amor era de modo somero, pese a mis redoblados esfuerzos por encontrar nuevos juegos entre sus sábanas. Su conversación seguía siendo afectuosa, pero muchas veces vaga, como si pensara en otra cosa; aunque yo hacía lo posible por complacerlo, lo obvio de mi desesperación le volvía desconfiado. Aun así, yo mantenía la creencia, infeliz de mí, de que, si bien sus deseos por mí estaban en mengua, no había otra mujer que se los reavivara. Una vez que naciera el bebé y yo hubiera recobrado mi esbelta figura, me sería fácil reconquistar al Toro Potente.

Pero un día vi a una muchacha que pasaba junto a la fuente y se detenía a mojar los dedos en el chorro cristalino; luego irguió la espalda y siguió caminando, ágil y delgada, con la gracia sinuosa y felina del león en el desierto. Mantenía la cabeza bien erguida y, al andar, la cabellera negra iba y venía contra la parte baja de su espalda. Llamé a Disenk.

—Esa muchacha —dije, señalándola—. Averigua quién es y cuánto tiempo hace que está en el harén. No recuerdo haberla visto antes.

Al verla tuve una premonición que auguraba desastre; el bebé desató una ráfaga de dolorosas patadas contra mi vientre.

Pronto volvió mi servidora; al aproximarse, su semblante me dijo que la información que traía no era buena. Se intensificó la sensación de tormenta inminente; de repente, sentía una sorda opresión en la cabeza. Disenk me hizo una reverencia.

—Se llama Hentmira —dijo—. Su padre es capataz de las fábricas de cerámica de la ciudad. La familia es muy rica. El faraón la vio entre la multitud durante las celebraciones de Año Nuevo, e hizo que Amonnajt la invitara al harén.

¡Las celebraciones de Año Nuevo! ¡Yo iba en esa ocasión del brazo del faraón, presumida e ignorante de todo! Me sacudieron el asco por el rey y la ira por mi propia ceguera.

—¿Eso es todo? —pregunté, tensa, al ver que vacilaba.

Disenk negó con la cabeza.

—Hentmira ha ocupado tu antigua celda —prosiguió—. Ella y Hunro se conocen desde hace años. Sus padres viven en fincas contiguas. Lo siento, Thu.

La piedad condescendiente de su voz me enfureció todavía más. Con un gesto salvaje le ordené que me dejara.

«Conque he vuelto a ser la intrusa», pensé, furiosa y angustiada. «El antiguo orden cierra filas y, a pesar de mi título y mis tierras, no soy más que una insignificancia llegada de Asuat.» Los celos me corroían. Hunro y aquella arrogante advenediza, compartiendo el cuarto donde mi amiga y yo charlábamos. Sin duda, Hunro se sentiría mucho más a gusto intercambiando recuerdos frívolos y chistes familiares con otra aristócrata, en lugar de buscar un sitio donde encontrarse conmigo. Mientras hacía flexiones y giraba, diría a Hentmira: «La mujer con la que compartía antes esta celda, querida, llegó a ser la favorita del faraón, pese a que nació pisando el barro de una aldehuela perdida en el sur. Pero no ha durado, ¿sabes? Está embarazada. Estas campesinas son de una fertilidad indecente...». Y Hentmira curvaría sus nobles labios en una sonrisa de superioridad, mostrándose de acuerdo. Cerré los ojos con fuerza y apreté los puños, atormentada. «No», me dije con fiereza. «No es así. Hunro era mi amiga; en cuanto a esa Hentmira, ignoro sus virtudes. El que me hace sufrir es Ramsés. Ramsés, rey y amante, que cada vez se vuelve más frío. Oh, dioses, ¿qué va a ser de mí? Tengo un miedo mortal.»

Pasaron tres semanas y llegó el mes de *Joiak*. El Nilo desbordó sus riberas y vertió su agua y el lodo vital en las tierras. Mi capataz envió un rollo para informarme de que la inundación había alcanzado una altura de catorce *cubits* y toda mi parcela estaba cubierta. La noticia fue un destello de júbilo en un mes por lo demás horrible, pero mi humor pronto volvió a agriarse. Aunque trataba de no ver siquiera a Hentmira, pues el rey guardaba silencio y sus mensajeros ya no llamaban a mi puerta, a veces la veía cruzar el césped rumbo a la casa de baños, con la estupenda cabellera revuelta y los ojos hinchados por el sueño, o sentada bajo la gasa blanca de su dosel en compañía de las otras mujeres, con las que en seguida había desarrollado una fácil familiaridad. Su gracia sin afectaciones acentuaba la torpeza de mi hinchazón. Su juventud impoluta me hacía sentir vieja, hastiada y abandonada.

Con *Joiak* llegaron también las grandes festividades anuales de Osiris; su muerte, entierro y resurrección se celebraban con múltiples ritos en todo Egipto, pero sobre todo en Abidos. En aquella temporada el harén se quedó desierto, pues las mujeres participaban en los festejos; fueron muchas las que viajaron a la ciudad sagrada. Pero yo, debido a mi estado y porque el faraón no me había invitado a participar con él en las fiestas, ofrecí mi veneración en el altar que Osiris tenía en Pi-Ramsés.

Mientras forcejeaba para entrar en mi litera ante las puertas del harén, rodeada por una bulliciosa confusión de mujeres, sirvientes, guardias y porteadores de litera, todos gritando y empujándose entre sí, me fijé en Hentmira. Llevaba un sayo amarillo transparente, que se agitaba contra sus torneados tobillos y destacaba su estrecha cintura; una simple diadema de oro le aprisionaba el pelo reluciente. Mantenía una profunda conversación con la esposa principal, de pie ambas a la sombra de los árboles, apartadas del alboroto. Pero los ojos de ambas estaban fijos en mí. Ast-Amasareth sorprendió mi mirada y sonrió apenas; luego se volvió de forma deliberada hacia la joven. Pero Hentmira continuó mirándome de manera inquisitiva. «¿Qué miras?», habría querido gritarle, herida por su franco interés y por el desdén de Ast-Amasareth. «¿No sabes ver tu propia destrucción en mi cuerpo deforme? ¡También a ti te pasará, orgullosa concubina!»

Pero de repente yo misma me encontré de pie frente a la esposa principal, observando con salaz interés a la pobre Eben, que maldecía a sus porteadores. Aparté la vista, totalmente descompuesta. Con un último impulso logré acomodarme en los almohadones.

—Cierra las cortinas, Disenk —ordené con voz desabrida.

Cumplida la orden, me coloqué de lado bajo la luz filtrada y me cubrí la cara con las manos. No podía soportar aquellas facciones impecables y aristocráticas ni la sonrisa torcida y fría de la esposa principal.

Sin embargo, concluido el ciclo de las festividades de Osiris el faraón me llamó a su alcoba. Yo no estaba preparada; yacía desnuda en mi diván, escuchando lo que Disenk me leía. Pero toda mi laxitud desapareció en cuanto el heraldo salió. Me puse en pie con renovado vigor, vertiendo un torrente de órdenes sobre mi servidora.

—Mi mejor sayo, el que está cubierto de flores bordadas en oro; mi peluca de cien trenzas; el collar de oro y granates; los aros de cerámica...

Disenk obedecía con inusitada rapidez. En menos de una hora, resplandeciente con mis galas y cuidadosamente pintada, golpeaba con los nudillos la puerta del faraón.

Paibekamon me hizo pasar con una somera reverencia. Pasé junto a él sin prestarle atención. Ramsés yacía en su diván, con las rodillas recogidas y las facciones contorsionadas. Al acercarme empecé a perder la confianza. Aunque no podía ejecutar la postración completa, hice lo posible; me indicó por señas que me acercara.

—Te he echado terriblemente de menos, Thu —dijo—. ¿Has traído tu caja de hierbas?

Así que aquél era el motivo de la llamada: el faraón estaba enfermo. Asentí con la cabeza, tragándome la amarga desilusión.

—Siempre la llevo conmigo, Majestad. Y si me has echado tanto de menos, ¿por qué no me has llamado? Estoy siempre muy cerca.

Ramsés pareció avergonzado.

—Estaba muy ocupado con los asuntos de Estado —murmuró—. Además, no estás en condiciones de hacer el amor.

Mordí la réplica que tenía en la punta de la lengua y puse la caja sobre la mesa.

—¿Qué tienes? —pregunté mientras la abría.

—Me duele el vientre —se quejó— y tengo demasiados gases. Los retortijones son continuos.

Pese a mi desaliento, no pude contener una sonrisa. Retiré la sábana que lo cubría para palparle el abdomen.

—Acaban de concluir los festivales de Osiris —observé—. Tu Majestad sabe perfectamente cuál es el problema. Has comido y bebido en exceso, como siempre. —Volví a cubrirlo con ademán enérgico con la sábana—. Te recetaré una gran dosis de aceite de ricino y, una vez obtenido el resultado, dos días sin ingerir otra cosa que miel mezclada con azafrán. Tendrás que ayunar durante el tratamiento, Majestad.

—Pequeño y horrible escorpión —dijo por lo bajo.

Saqué de mi caja el aceite de ricino y medí la dosis de azafrán.

—¡Listo! —dije con voz autoritaria y seca—. Que tu sirviente traiga miel y le añada un *ro* de azafrán dos veces al día. ¿Algo más, Majestad? ¿Puedo retirarme? —Se le veía angustiado. Me miró a los ojos, desvió la mirada y de nuevo la fijó en mí. Yo esperaba, de pie. Por fin, me hizo un ademán irritado.

—¡Oh, siéntate, Thu! ¡Hablemos! Háblame de tu salud; dime qué has estado haciendo. Pese a lo que puedas pensar, te echo de menos.

—¿Qué es lo que echas de menos, rey mío? —pregunté dulcemente, mientras ocupaba la silla—. ¿Los deleites de mi cuerpo, tal vez? Es el mismo cuerpo que te encantaba tocar; sin duda, es ahora más deseable aún, puesto que alberga a tu hijo, concebido del amor que dices tenerme.

Su cara redonda enrojeció; luchando para liberarse de las sábanas, se incorporó con una mueca de dolor.

—Debería nombrarte, mi pequeño escorpión, ministro de relaciones exteriores —dijo, irónico—. Es una pena malgastar tanto talento en la manipulación política y en el insulto sutil. Te he dado un título, grandísima importuna. Te he dado tierras. ¿Por qué no te conformas con eso? ¿Qué más puedes desear?

Sus palabras eran una admisión de que se habían acabado mis noches en su diván. Algo pesado se me asentó en el corazón lentamente. Lo sentí en el pecho, frío; con él llegaba una desesperada temeridad. Ya no tenía nada que perder. Otras lo acariciarían, le harían reír, le susurrarían en la oscuridad. Otras se regodearían con la magnificencia de su sonrisa real, otras caminarían a su lado y se sentarían a sus pies, bajo la gloria reflejada de su divinidad. Mi diminuto castigo se agitó en mi vientre; puse una mano en él.

—¿Has visto cómo se ha movido mi sayo? —pregunté en voz baja—. Era tu hijo, Ramsés. Dirás que el harén está lleno de hijos tuyos, pero no hay bajo el sol otro niño que haya sido concebido con tan apasionada adoración como el que llevo. Decías que me amabas. ¿Mentía acaso el faraón? ¿O tal vez exageraba? Mi amor por ti no ha muerto por llevar tu carga. ¿Tan superficial era el tuyo que se dejó matar por un vientre hinchado? —Sabiendo que ya no me amaba, trataba de obligarle a admitir su falta de sinceridad. No aparté los ojos de su cara. Vi que perdía poco a poco el color, reemplazado por una inexpresividad que reconocí como creciente enojo. No me importó. Estaba dispuesta a decir lo que me viniera en gana. Que me castigara si quería—. Todavía te amo. Toro Potente —proseguí, con voz quebrada—. Y amo a este

hijo de nuestra felicidad, tanto como para desear con fervor que sea legitimado. Hazlo legítimo, Ramsés. Si me amas, cástate conmigo.

Me había estado escuchando con atención; en aquel momento parpadeó y dio un respingo hacia delante.

—¿Que me case contigo? ¿Estás loca? Pese a lo que pueda sentir por ti, Thu, ¡no puedo casarme con una plebeya!

—¡Pero si ya no soy plebeya! —señalé con calma—. Pertenezco a la nobleza. Me diste un título.

Me fulminó con la mirada, irritado.

—Eso fue sólo para complacerte —dijo—. Joyas, tierras, un título..., todo era para hacerte feliz. ¡Pero tu sangre sigue siendo plebeya!

Me puse en pie. Todo mi propio genio se desató, pero no pude evitar una oleada de vergüenza; tenía en la boca el sabor acre y familiar de una larga derrota. Había creído que, al dejar atrás el polvo y la mugre de Asuat, hacía tantos años, había descartado también mis orígenes. Pero no era así, jamás sería así. Como la quebradiza piel de serpiente que había recogido en el desierto para guardar en mi caja de cedro, los llevaría conmigo adonde fuera, hiciera lo que hiciese. Traté desesperadamente de aferrarme a la razón.

—Te casaste con Ast-Amasareth —contraataqué; un detestable temblor de mi voz traicionó mi nerviosismo—. Ella ni siquiera es egipcia.

—Es cierto, pero la esposa principal proviene de una antigua stirpe real de los libus y, por lo tanto, es totalmente aceptable —replicó con manifiesta altanería.

Me acerqué al diván para acercar mi cara a la suya, perdido ya el control.

—¡También yo! —exclamé—. ¡Mi padre es un príncipe libu, exiliado de su país y obligado a hacer de soldado en Egipto! Algún día irán a buscarlo; entonces todos volveremos a su tribu y él gobernará a los suyos. ¡Entonces todos reconocerán la sangre azul que llevo en las venas! ¡Soy una princesa libu, faraón! ¡Escúchame!

Ya no sabía lo que estaba diciendo. Detrás de mí se produjo una agitación, pero yo apenas lo noté. Ramsés levantó una mano para detener al que se disponía a actuar en su defensa y concentró su atención en mí. Una expresión de piedad le llenaba el rostro.

—No, mi pobrecita Thu —dijo con ternura—. Eso es una agradable fantasía. Tu padre es un campesino. Hemos pasado buenos ratos, tú y yo, y como médico eres brillante. No pidas más de lo que yo, tu rey, te he dado.

Caí de rodillas, cogiendo de manera convulsa las sábanas; todo mi orgullo se había ido por los suelos.

—¿Qué me dices de la emperatriz Tiye, la que hechizó a Osiris Amenhotep Tercero, el Glorioso, hasta el punto de que él la adoró toda su vida? —barboté. Me temblaba la boca y las palabras surgían confusas—. Tiye era plebeya; lo aprendí en mis lecciones de historia. ¡Oh, Gran Horus, yo podría ser para ti lo mismo que fue ella para su real esposo! ¡Cásate conmigo! ¡Hazme reina, te lo ruego! ¡Todavía soy tu pequeño escorpión! ¡Te amo!

Ramsés hizo un gesto de asentimiento y unas manos decididas me levantaron para empujarme hacia la puerta, poniéndome la caja en los brazos. Antes de poder reaccionar me encontré fuera, sollozando. Las grandes puertas de cedro se habían cerrado con firmeza en mis propias narices.

Por un momento me apoyé en la pared. Luego, cegada por las lágrimas, eché a andar por el pasaje, tambaleándome. En el extremo oí hablar al guardia y pensé que se dirigía a mí, pero al levantar la vista vi a Hentmira que salía de la oscuridad, imagen viva de la belleza seductora. Se detuvo para hacerme una reverencia.

—Buenas noches, dama Thu —murmuró con respeto.

Y se quedó esperando. Balbuceé una respuesta mientras pasaba a toda prisa junto a ella, con la cabeza gacha, y oí cómo proseguían los pasos de la joven hasta la puerta del faraón. Llamó y le abrieron. Tras un intercambio de saludos, la luz se apagó a mi espalda. Me alejé a hurtadillas, llena de humillación y angustia.

Ramsés no volvió a llamarme. Pasé el resto de mi embarazo en un aislamiento cada vez mayor. Supe que habían llamado a uno de los médicos de palacio para que lo atendiera, que en los festines se veía a Hentmira enroscada a él. Yo pasaba de la ira que me causaba su perfidia a castigarme por haber perdido el dominio de mí misma durante aquel ignominioso encuentro, pero acabé por aceptar mi desgracia. Pronto nacería el bebé; entonces estiraría todos los nervios y recurriría a todos los recursos para reconquistar al rey.

Escribí una carta a Pa-ari, volcando toda mi desdicha, y otra a Hui suplicándole que me visitara. No tenía noticias de él desde que me negara su ayuda, pese a sus promesas de prestarme apoyo. Ninguno de los dos respondió. Aquellos últimos días se arrastraban lentamente hacia el final inevitable.

Estudí la posibilidad de recurrir al príncipe Ramsés, que también mantenía un silencio ominoso, pero decidí que sería inútil. Aunque él quisiera echarme una mano, cosa que me parecía dudosa, ¿qué podía hacer? ¿Reprochar a su padre el haberme repudiado, arriesgándose a incurrir en el desagrado del faraón? El príncipe, ambicioso e implacable como era, no haría nada que pusiera en peligro sus posibilidades de ocupar el Trono de Horus. Tampoco yo quería arriesgarlas. Si otro de los hijos resultaba nombrado heredero, el rollo que él había dictado perdería todo su valor.

Hunro me hizo una visita y me regaló unas golosinas raras hechas por los nativos de Cus que le había enviado su hermano Banemus. Me interrogó sobre mi desgracia, con tacto y solidaridad; ambas evitamos escrupulosamente cualquier mención de Hentmira, su compañera de celda. Hunro se mostraba cortés e incluso cordial, pero algo distante; su visita no me brindaba consuelo. Por el contrario, cuando se fue, me sentí extenuada. Así terminó el mes de *Joiak*.

Al tercer día de *Tybi* me llevaron a la mesa de partos. El primer día del mes era la fiesta de la coronación de Horus y también la fecha en que nuestro faraón celebraba su aniversario. Mis primeros dolores coincidieron con la mayor festividad que el palacio ofrecía durante el año. Mientras me paseaba por los confines de mis habitaciones, inquieta y asustada, oía a mi alrededor el tumulto y la algarabía: un sordo, pero constante murmullo de cuernos, címbalos y canciones. Todos los habitantes de Egipto bebían y bailaban. El Nilo estaría atestado de embarcaciones iluminadas por antorchas, en las que se apretujaría la gente para echar flores a la plácida superficie, chapotear en los bajíos y encender fogatas en sus ribazos arenosos, donde asarían patos y gansos.

El harén estaba desierto. Pero más allá de sus altos muros, palpitaban las luces y los ruidos del palacio. Entre una y otra de mis contracciones, todavía breves, me acercaba a la puerta para mirar por encima del vasto patio, sumido en apacibles sombras, hacia el cambiante fulgor que se elevaba contra el cielo

nocturno, causado por los miles de lámparas y antorchas que llenaban los jardines de palacio. A mis oídos llegaban gritos y risas, pero estaba tan aislada de los festejos como si me encontrara en la azulada luna. Disenk atendía mis necesidades; me daba sorbos de agua y me refrescaba la frente y la espalda, donde se acumulaba el sudor de mis crecientes esfuerzos. Pero Disenk se me antojaba una desconocida, como si no tuviera rostro. Necesitaba a mi madre; su voz volvía a mí con asombrosa claridad a medida que aumentaban los dolores. Necesitaba a Hui. Le había mandado llamar. Pese a su promesa de atenderme, las horas pasaron sin que diera señales de vida.

De vez en cuando lograba dormir un poco. Amaneció el segundo día de *Tybi*; los festejos continuaban. Durante un rato cesaron los dolores y de repente tuve hambre, pero al llegar la tarde de aquel día, largo y luminoso, mi vientre empezó a tensarse otra vez, y ahora me aterroricé. Me eché en el diván, gimiendo y debatiéndome entre dolores. ¿Dónde estaba Hui? Llamarlo era inútil.

Hacia el anochecer llegó una de las parteras del harén; entre ella y Disenk me llevaron a la litera que esperaba frente a mi puerta. Sabía que me llevaban a la sala de nacimientos, en el sector de los niños, pero tanto la idea como el corto trayecto entre los dos patios me parecieron efímeros, y volví a pensar en el trabajo que mi cuerpo intentaba cumplir; el bamboleo de la litera, las manos que me ayudaban a descender y a caminar hasta el cuarto desnudo, la luz de las lámparas, los enfermeros que esperaban, eran parpadeos y ondulaciones que no lograban materializarse en el umbral de mi conciencia.

Tuve que soportar otras siete horas de tormento antes de que, por fin, me pusieran en cuclillas en la mesa de partos; allí, estremecida y llorosa, expelí a mi hijo. Oí que lanzaba un grito agudo y estridente; aturdida por el agotamiento y el alivio, vi que la partera lo lavaba, cortaba el cordón umbilical y lo depositaba en la cama de adobes, según la costumbre. Sólo entonces me fijé en la enorme estatua de Ta-urt, diosa del nacimiento, que se elevaba gorda y benévola en un rincón. Me sonreía, complaciente, mientras los gritos del niño se iban acallando y yo convocaba la energía necesaria para devolverle la sonrisa. Estaba hecho. Ya había pasado.

Disenk me levantó y salimos juntas a la litera. Todavía era noche cerrada y aquel patio desconocido me parecía un territorio misterioso, inexplorado. Me acurruqué en los almohadones, soñolienta, pero no tuve tiempo de

asentarme en su blandura. Un momento después, mi litera descendió y Disenk se asomó al interior.

—Éstas no son mis habitaciones —observé, intrigada.

Disenk negó con un movimiento de cabeza.

—No, Thu. Es costumbre que la madre del recién nacido permanezca un tiempo en el patio de los niños, para que cuide de su hijo y se la atienda mejor.

Retiré la mano que había alargado hacia ella.

—Pero no quiero quedarme aquí —protesté—. Quiero dormir en mi propio diván, Disenk. ¡Pon un cesto para el bebé en mi propia habitación!

Se la veía ojerosa bajo aquella luz mortecina.

—Lo siento, Thu, pero eso no está permitido. Tienes que respetar la costumbre.

—¡Que Set se lleve la costumbre! —exclamé, forcejeando para bajar de la litera, desesperada por huir a mi propio cuarto, pequeño y seguro—. ¡Quiero irme lejos de aquí, Disenk! ¡Llévame a nuestro patio!

Pero estaba débil, a diferencia de las manos que me sujetaban con amable firmeza.

Me hicieron entrar a una celda pequeña y me acostaron en un diván estrecho. Dentro ardía una lámpara. Disenk salió, pero volvió en seguida y me puso un bulto que resoplaba en los brazos. La cara diminuta giró hacia mi cuerpo, buscando consuelo.

—Le han asignado una nodriza —me informó Disenk—. Cuando llegue el momento, te vendaré los pechos, Thu, pero ahora disfruta de él. Es un hermoso varón.

Contemplé sus facciones, tan parecidas a las del faraón que se me cortó el aliento. Quería odiar a aquel pedazo de vida, a aquella criatura que destrozaba mis sueños, pero no pude. Acaricié la pelusa negra que coronaba su curiosa cabecita y lancé un suspiro.

—Tráeme cerveza, Disenk —ordené con sequedad—. Tengo mucha sed. Y si tengo que permanecer encarcelada en esta celda miserable, puedes ir a buscar mis cosméticos y perfumes. Aunque sea madre, todavía no he muerto.

A la mañana siguiente, mientras contemplaba a la nodriza que amamantaba a mi hijo, llegó un rollo para mí. Lo enviaba Hui. «Mi queridísima Thu; Si hubiera sabido que tu hijo nacería tan pronto, me habría preocupado de que tu mensajero me pudiera encontrar. ¿Podrás perdonarme? Estoy pensando en un regalo adecuado para esta gran ocasión y rezo para que los astrólogos del rey escojan un buen nombre para un bebé tan privilegiado. Te visitaré en cuanto me sea posible.» Aquello era todo. No me decía dónde había estado, pero lo adiviné: al otro lado del muro, en el bullicio de las celebraciones, donde mi mensaje no podía llegarle.

Pisando los talones a la insatisfactoria carta de Hui llegó un heraldo que vestía la librea de palacio. Mi hijo, ya satisfecho, dormía en mis brazos. El hombre se acercó al diván y, con una profunda reverencia, dejó en la sábana, junto a mi cadera, un saquito de piel.

—Traigo los saludos y la felicitación del Toro Potente para su amada concubina, la dama Thu —dijo con formalidad—. Su Majestad te agradece que le hayas dado un hijo real y desea demostrarte su aprecio con este presente.

Ya se retiraba, cuando lo detuve y le dije:

—¡Espera!

Acosté al niño con sumo cuidado a mi lado para abrir la bolsa. Contenía una ajorca de oro, tachonada de adularias; el único rayo de sol que entraba en el cuarto se deslizaba por ellas como aceite verde claro. Con ella habría podido comprar cuatro años de semillas para mis tierras del Fayum o contratar a un asesino para que clavara un cuchillo en la carnosa espalda de Ramsés. Después de sopesarla, la dejé caer otra vez en el saquito.

—Toma —ordené con rabia, mientras la ofrecía al estupefacto heraldo—. Devuelve esto al faraón y dile que su regalo no será aceptado, a menos que lo traiga él mismo. Puedes retirarte.

El heraldo salió precipitadamente, con el saco apretado en su puño sin dar crédito a mis palabras; yo me incliné hacia mi hijo. Sus pestañas se estremecieron. Movié un brazo regordete, eructó con suavidad y volvió a hundirse en un sueño profundo. No me costaba imaginar el enojo y la vergüenza del rey cuando escuchara mis palabras en labios del heraldo, pero no me importaba.

Más allá de mi puerta había otros niños que lloraban y niños que corrían de un lado a otro, entre las voces de sus niñeras, en tono de regañinas o advertencias. A poca distancia, sollozaba una mujer. Por encima de mí se oía el coro incesante y monótono de una clase que repetía su lección. Detestaba aquel bloque del harén que hervía de una actividad casi inagotable. Había caído en lo más bajo.

A su debido tiempo llegó un regalo de Hui: una redoma de purísimo cristal, en cuyas facetas se multiplicaba mil veces mi imagen distorsionada. La base y el tapón eran de oro; parecía estar llena de unos granos de color gris oscuro, que despedían un peculiar olor dulzón.

«Una vez más, te suplico me perdones el haberte desatendido», decía el papiro que lo acompañaba. «Obtuve esta curiosa redoma y su contenido de los nativos de Saba con los que intercambio medicamentos. No conozco su país de origen. Los granos son de incienso árabe, el mejor y el más costoso de todos. Inhalar su humo purifica el cuerpo y despeja la mente. Utilízalo con mucha moderación, Thu, pero cuando goces de buena salud.» Me afligió que Hui no me hubiera entregado personalmente aquel precioso objeto. Mientras lo hacía girar entre mis dedos, maravillada por su rareza, me preguntaba si lo debía devolver o no. Por fin, pudo más mi codicia. Ningún artesano egipcio sabía manipular el cristal de aquel modo y estaba segura de que era muy valioso.

Un día llegó un rollo oficial, anunciando que mi hijo llevaría el nombre de Pentauro. No supe si echarme a reír o a llorar, pues Pentauro significa «excelente escriba» o «gran escritor». No era nombre adecuado para un príncipe real; los príncipes no trabajan como escribas. Pero luego recordé que la sangre real de mi hijo estaba mezclada con la mía; a mi misteriosa abuela le encantaba relatar cuentos, mi hermano era un escriba respetado y yo misma había ansiado abrir la maravillosa puerta del conocimiento de la escritura. En mi familia, la fascinación por las palabras era hereditaria. Pentauro dormía en su cesta, junto a mi diván; me incliné hacia él para acariciarle la mejilla y llamarle quedamente por su nuevo nombre. Cuando fuera nombrada reina, tal vez él fuera ya un gran escriba; con mi ascenso sería también príncipe.

Disenk había trasladado todas mis pertenencias al sector de los niños, incluido el almohadón con su carga secreta. Al recuperar las fuerzas, empecé a buscarlo con los ojos más a menudo. La importancia de la promesa del

príncipe iba en aumento, ahora que llevaba en brazos una nueva responsabilidad. Mi hijo tenía que reclamar, al crecer, los derechos de su sangre. Había ahora dos futuros inscritos en aquel trozo de papiro; si se perdía, estaba segura de que el príncipe renegaría de su palabra. Y yo no estaba ya en situación de influir en el rey.

Sin embargo y pese a todo, todavía confiaba en recobrar su afecto. Al terminar *Mejir* me sentía ya lo bastante fuerte como para volver a mis propias habitaciones. Acababa de recibir un mensaje de mi capataz, en el que me informaba de que había iniciado la siembra de mis fértiles *arouras* y que todo iba viento en popa.

También recibí una carta de Pa-ari, llena de amor e interés, donde volvía a disculparse por no haber podido responder a mi invitación y me revelaba que Isis, su esposa, daría a luz durante la estación de *Shemu*. Me habría gustado verlo, sentarme con él en la paz del jardín tal como yo me lo imaginaba, bebiendo vino y recordando el pasado. Tal vez en el futuro pudiera hacer otro viaje a Asuat; pero antes tenía que trabajar para recuperar mi sitio en la corte.

Por lo tanto, un día llamé al supervisor del edificio de los niños e hice que transmitiera a Amonnajt, el guardián de la Puerta, mi solicitud de regresar a mis antiguas habitaciones. Dos horas después, el guardián en persona se presentó en mi umbral, haciendo una reverencia.

—¡Te saludo, Amonnajt! —dije, encantada—. Hace mucho tiempo que no nos vemos. Ven a conocer a mi hijo. ¿Verdad que es hermoso?

El hombre respondió a mi bienvenida con la grave dignidad que tan bien recordaba; luego entró en la celda en penumbra y se inclinó, obediente, hacia la cesta. Pentauro, que estaba despierto, lo miró con aire soñoliento, apretando los puñitos bajo el mentón.

—Es un niño muy hermoso —corroboró el guardián, enderezando la espalda—, y tú estás tan esbelta y juvenil como siempre, dama Thu. Te felicito.

Señalé la mesa; Disenk se apresuró a escanciar vino y le entregó una copa. El guardián meneó la cabeza. Lo miré con aire resuelto. Pese a su serena imperturbabilidad, era un hombre formidable cuya palabra era ley en todo el harén.

—Ya sabes que deseo regresar a mis antiguas habitaciones —empecé, con

toda la firmeza de que fui capaz—. Ya estoy completamente repuesta del parto y dispuesta a reanudar mi vida anterior. En esta celda no me siento a gusto y ya no es necesario retenerme aquí.

Amonnajt mostró sus palmas teñidas de polvo de alheña.

—Lo siento, dama Thu, pero eso no es posible. El faraón ha decretado que residas definitivamente en este bloque.

Lo miré fijamente; me quedé helada.

—Pero ¿por qué? ¿Me castiga por rechazar su regalo? Debe saber que estaba ofendida porque él no venía a verme en persona. ¡Estaba deseosa de verlo! ¿Te parece motivo para condenarme, Amonnajt? —Me adelanté un paso—. Pero quizá mis habitaciones ya estén ocupadas y no haya otras para mí, de momento. ¿Es ése el problema?

Trataba de aferrarme a cualquier hebra de esperanza, pero el Guardián negó con la cabeza.

—No, dama. Tus habitaciones siguen desocupadas y también las que están al otro lado del patio. El Señor de Toda la Vida ha hablado. Permanecerás aquí.

Creí ver un destello de simpatía en sus ojos oscuros, bien pintados, y le así el brazo.

—Pero ¿qué voy a hacer aquí, rodeada de mujeres rebeldes y de niños que lloran? —grité—. ¡No me dejaré reducir al título de niñera real, Amonnajt, no! ¡Te lo suplico: ruega al rey en mi nombre!

Amonnajt se desprendió de mí.

—Puedo aconsejar al Toro Potente, dama Thu, pero no me corresponde tratar de cambiar sus decretos —replicó con voz amable—. Has disfrutado de sus bendiciones durante mucho más tiempo que tus predecesores. Es hora de que te retires con tanta dignidad como puedas.

—¿Y hacer qué?

Se encogió de hombros.

—Puedes visitar a tus amigas dentro del harén. Puedes pedir permiso para pasar algún tiempo en casa del vidente o pasear por la ciudad con los guardias. Tienes tus tierras para cultivar. Muchas mujeres encuentran gran

satisfacción en esas cosas.

—¡Pero yo no! —vociferé. El miedo engendraba una ira creciente—. ¡No soy una oveja, Amonnajt! No soy una vaca lechera que va a donde la llevan y se deja amarrar sumisa. ¡Me moriré, si se me aprisiona aquí!

—No, dama, no morirás —repuso con calma, sin dejarse impresionar por mi estallido de rabia—. Te encargarás de cuidar a tu hijo y, después, de educarlo. Buscarás compensaciones en otras cosas, fuera de la cama del faraón. Si no lo haces, corres peligro de que se te envíe al Fayum.

Aquellas palabras acabaron con mi cólera. El miedo cobró la forma de una nube de cenizas negras.

—Por todos los dioses, Amonnajt, háblale en mi nombre, ayúdame —susurré—. Si me da la oportunidad, puedo recuperarlo. ¿Qué mujer lo fascinaría tanto como yo? Pronto se cansará de las otras y se acordará de mí.

Amonnajt me hizo una reverencia y se dirigió a la puerta.

—Es posible, sí —reconoció, con una mano en el dintel—. En ese caso, seré el primero en comunicarte su llamada. Pero hasta entonces, ten paciencia. Te advierto, dama Thu, que el faraón no ha reinstalado a ninguna de las concubinas que le dieron un hijo. Considera eso como traición, pues tiene miedo a sus numerosos hijos varones. Lo sabías, ¿verdad? Te deseo buena salud.

Y desapareció; su sombra lo siguió en la claridad del día luminoso.

Me dejé caer en una silla, temblando. Disenk permanecía junto a la mesa, inmóvil, observándome. Pentauro se movió en su cesta de juncos. Vi pasar a una niña con un gato en los brazos; una sirvienta corría tras ella, llamándola a gritos. Pasó un niño desnudo con el pulgar en la boca. Tres mujeres se detuvieron un instante junto a mi puerta y saludaron a unas amigas que no alcancé a ver, antes de continuar la marcha.

De repente, las paredes de la celda empezaron a cerrarse sobre mí. El techo empezó a dar vueltas sobre mi cabeza como si estuviera borracha. Apreté los puños y cerré los ojos con fuerza, obligándome a expandir los pulmones.

—¡Disenk! —jadeé—. ¡Dame un trago!

Sentí que una copa me tocaba los dedos tiesos y, sin abrir los ojos, la cogí

para beber a grandes sorbos el vino amargo. El momento de pánico desapareció poco a poco, dejando tras de sí un resabio todavía teñido de espanto.

—No puede hacerme esto —murmuré—. Hentmira cumplirá su ciclo y luego Ramsés querrá volver a mí. Así debe ser. De lo contrario, Disenk —concluí, levantando la mirada—, me mataré.

Disenk no dijo nada. Vacié mi copa en un lúgubre silencio.

En las semanas siguientes me pareció que el edificio de los niños era un sitio más alegre que mi patio anterior. Allí las mujeres ya no competían entre sí por los favores del faraón, atormentándose por encontrar un vestido o un maquillaje exótico que le llamara la atención en los festejos públicos, vigilando a sus amigas y enemigas por igual, en busca de alguna señal amenazadora. Los comadreos que circulaban no se referían a la favorita que compartía el lecho del faraón ni a los regalos que hubiera recibido, sino a las ventas y al comercio, pues a eso se dedicaba la mayoría de ellas. La fuente y su amplia taza servían de punto de reunión a innumerables capataces, administradores, escribas y encargados generales, que consultaban a sus amas bajo los doseles de gasa blanca. Sin duda alguna, muchas de aquellas mujeres habían ganado grandes fortunas dedicándose al comercio. Eran mucho más sociables y simpáticas que mis vecinas anteriores. Después de todo, no existían celos sexuales que menoscabaran sus relaciones. Aun así, a mis ojos seguían siendo prisioneras que trataban de compensar el encarcelamiento, tal como Amonnajt me había aconsejado.

Aunque empezaba a adaptarme a la nueva rutina, rechazaba mi destino. Volví a hacer ejercicio con regularidad, generalmente observada por una multitud de niños curiosos. Me bañaba y jugaba con Pentauru, consolándome con el contacto de su cuerpo regordete. Entablé una voluminosa correspondencia con mi capataz y vigilaba cada detalle de los trabajos que se efectuaban en mi finca. En el fondo de mi corazón ardía siempre una llama de esperanza. El faraón superaría su rencor y empezaría a echarme de menos. Cuando se aburriera de Hentmira, sus pensamientos volverían a la intimidad compartida conmigo. Bastaba con esperar.

CAPÍTULO 22

Los meses de *Mejir* y *Phamenat* llegaron y pasaron sin que yo tuviera noticias de palacio. En mis *arouras* las plantas crecían, verdes y lozanas. Mi huerta ya estaba limpia y dando sus frutos. La casa, restaurada. Las fiestas de los dioses marcaban el paso del tiempo. Pentauro empezó a dedicarme sonrisas alegres cuando me inclinaba hacia él; pronto pudo sentarse sin ayuda de nadie, y todas las tardes, cuando el calor empezaba a decaer, lo llevaba al césped del patio y lo acostaba en una sábana, para ver cómo pataleaba y agitaba sus robustos miembros a la sombra de mi dosel, o lanzaba exclamaciones al ver las flores que yo cortaba y agitaba ante sus ojos o le ponía en el puño. Era un niño tranquilo, al que resultaba fácil complacer; pese al caos que había supuesto en mi vida, llegué a amarlo.

Con el inicio de *Pharmuti* tuve que enfrentarme al hecho más que probable de que ya no ocupara un lugar entrañable en la mente del faraón. Es más: era casi seguro que ni siquiera pensara en mí. Tenía que salvarme de algún modo. Todavía estaba convencida de que me bastaría verlo, buscar la oportunidad de encontrarnos cara a cara; entonces se acordaría de mí y me desearía. Aprovechaba las preciosas horas de silencio nocturno para estudiar mi problema. De nada serviría tratar de entrar en su habitación, porque sus guardias me echarían. Tampoco era posible cruzar las puertas principales de palacio. Abandonar el harén era fácil, pero los soldados que poblaban la zona de recepciones públicas sabían muy bien quién tenía permiso para entrar y quién no. Tal vez pudiera entretenerme junto al embarcadero, con la esperanza de ver a Ramsés al amarrar o al zarpar, pero también allí estaría protegido por muchos sirvientes y no pocos guardias, que difícilmente me permitirían llegar hasta él haciéndome una reverencia. Tampoco podía pasarme horas enteras junto al agua sin llamar la atención.

¿Y si dictaba una petición y hacía que llegara a sus manos? Valía la pena intentarlo. Pero no quise que ningún escriba del harén conociera la vergüenza

de mis esfuerzos. Por lo tanto, mandé traer un papiro y, en la exquisita paleta que Hui me había regalado hacía tantos meses, redacté con mucho cuidado una carta para mi rey, solicitándole con todo respeto una audiencia. Mientras los jeroglíficos negros adquirían forma bajo el estilo de junco, tuve de pronto nostalgia por mi hermano. Me habría gustado dictarle aquella misiva, discutir mi problema con él, segura de contar con su comprensión y su apoyo, aun sabiendo que Pa-ari no aprobaba mi modo de encauzar mi vida desde el momento en que Hui amarró en el embarcadero del templo de Uepuauet. Al terminar, sellé el rollo y llamé a un heraldo del harén para que lo entregara.

A los tres días llegó la respuesta. El faraón estaba muy ocupado con los asuntos de Estado y no tenía tiempo para dedicarse a los problemas de las concubinas. Me aconsejaba que lo consultara con el guardián de la Puerta. Se me transmitió el mensaje verbalmente; sentí que enrojecía de rabia por la humillación que suponían las duras palabras que llenaban el aire. ¡Conque Ramsés no quería verme! Bien, no le daría otra alternativa. Tenía que hallar el modo de esquivar a sus guardias y llegar personalmente hasta él. No admitiría la derrota.

Al final la solución fue simple. Ungida y perfumada, con peluca y maquillaje, me envolví una vez más en el viejo manto de Disenk y salí al patio, recorriendo el sendero en dirección opuesta a la entrada del harén. Crucé el portón que daba al sector de los sirvientes. Los guardias apostados allí apenas me miraron, tomándome por una servidora que iba a cumplir con un recado de su ama; sin que nadie reparara en mí, giré dos veces a la derecha y crucé otro portón para salir al patio que estaba frente a las oficinas de los ministros. Nadie me había dado la voz de alto, pues aunque había varios soldados a cada lado de la entrada, por el camino transitaban muchos sirvientes.

Yo ya había estado allí una vez, hacía mucho tiempo, para comunicar a Amonnajt que estaba dispuesta a meterme en el lecho del faraón; pese a mi nerviosismo, sonreí para mis adentros al recordar lo decidida y ansiosa que estaba entonces. Aunque la insidiosa influencia del harén me hubiera ablandado el cuerpo, mi voluntad seguía tan indómita como siempre. Me cubrí un poco más con la capucha al pasar frente a la oficina del guardián, sin mirar adentro. Al oír su voz mesurada, supuse que estaba dictando a su escriba. El sendero describía un ángulo cerrado. Una vez más, me encontré frente a un ensanchamiento del camino, bordeado de palmeras por un lado. Al

otro, se elevaba una hilera de grandes columnas que sostenían el enorme techo de la oficina del faraón. Unas sombras se movían tras ellas; al pie de cada una montaba guardia un soldado armado hasta los dientes. Mientras vacilaba entre los arbustos, un escriba cargado de rollos salió a toda prisa y desapareció rumbo al salón de banquetes.

Me apresuré a quitarme el manto, que dejé doblado al pie de una palmera, y tras ponerme la peluca de trenzas plateadas y las sandalias que llevaba escondidas, por temor a que la piel blanca tachonada de piedras preciosas llamara la atención, salí decidida. Si Ramsés no estaba atendiendo asuntos administrativos, me podría dar por perdida. Me acerqué a los soldados, orando con fervor por encontrarlo sentado ante su escritorio, reunido con sus ministros, como era la rutina habitual. Mantuve la vista fija hacia delante, caminando con una seguridad que no sentía. Uno de los guardias hizo ademán de detenerme, pero su lanza vaciló. Le sonreí con desgana y, después de murmurar un saludo, pasé entre las columnas hacia la agradable frescura de la habitación.

Estaba llena de hombres. Cuatro escribas, sentados en el suelo rodilla contra rodilla, esperaban con los estilos preparados sobre las paletas. Un ministro vestido de blanco se apoyaba contra la pared, con los brazos cruzados; a su lado había otro. Dos más flanqueaban el escritorio. Y frente a él, bloqueándome el paso, reconocí la figura imponente del visir To. El lienzo de gasa que le cubría el cuerpo desde las axilas hasta los tobillos tenía bordes dorados; de oro eran también las bandas que le ceñían los brazos y la peluca. Cuando me acerqué estaba hablando seriamente, con la palma teñida de alheña extendida.

—... y por lo menos demuestra ser honrado. Majestad. De lo contrario, no lo recomendaría. Debemos buscar los motivos en otra parte. Sospecho que no hay descuido en las cuentas, sino hurto de cereales, pero no puedo estar seguro mientras no...

Su voz se apagó al percibir que ya no retenía la atención de los otros. Giró la cabeza y se encontró conmigo; aquel movimiento me dejó cara a cara ante el rey.

Ramsés estaba arrellanado en su silla, con la cabeza apoyada en una mano. La expresión vidriosa de sus ojos pintados y la posición de su mandíbula me dijeron que se aburría. La otra mano jugaba con el pesado

pectoral que descansaba contra su torso. Con alguna incertidumbre, los hombres me hicieron una reverencia. El visir To se apartó del escritorio y yo me detuve ante Ramsés, haciendo una profunda postración.

Pasó algún tiempo antes de que oyera un estrangulado:

—¡Levántate!

Me puse en pie. Sus ojos ya no estaban vidriosos. Ahora estaba rígido, inclinado hacia delante. Me clavó una mirada furiosa.

—Ya te he negado audiencia, dama Thu —me espetó—. No comprendo cómo has podido llegar hasta aquí sin que te detuvieran; ya hablaré con el capitán de la guardia por el descuido de sus hombres. Estoy demasiado atareado para escuchar tus quejas. Preséntalas a Amonnajt. ¡Retírate!

Me mantuve en la misma posición, con el corazón palpitante, y traté de mirarle a los ojos, apenas consciente de que los ministros estaban petrificados. Había imaginado que Ramsés, en cuanto me viera, despediría a todos para escucharme, aunque estuviera furioso. Entonces yo podría expresarme con libertad, halagarlo y maniobrar, hacer mohines, derramar lágrimas, acercarme para tocarlo del modo que sabía que él no podía resistir. Pero ¿qué hacer con semejante público? En presencia de sus ministros no se dejaría ablandar ni seducir. Al estudiar su expresión comprendí que no los despedía porque necesitaba la callada autoridad de sus ministros para fortalecerse en ella, para que yo no pudiera pillarlo en falta. «Muy bien», me dije. «No puedo quitarme la ropa y abrazarme a él, pero no tengo nada que perder si hablo con franqueza. Y eso es lo que haré.»

—No has ido a conocer a tu hijo, Gran Horus —dije—. No has ido a visitarme, aunque jurabas que me amabas. Sufro. Sin ti me siento triste y solitaria. Cortaste el vínculo que había entre nosotros sin ninguna advertencia y te negaste a brindarme un momento de tu augusta presencia. Estoy desolada.

Ramsés hinchó sus labios pintados de rojo.

—Si fuera al harén cada vez que una de mis concubinas da a luz o desea mi cuerpo, estaría tan ocupado que no podría atender los asuntos de gobierno —replicó, irritado—. No sabes estar en tu sitio, dama Thu. No eres una esposa. Tus derechos son las limitadas prerrogativas de las mujeres del harén. Según las cláusulas del contrato que firmó tu padre, te debo alojamiento,

comida, ropas y las otras comodidades que necesites. Nada más. Tu rey te ha tratado con ejemplar afecto, pero temo que eso se te ha subido a la cabeza. Comprendo tu aflicción y por eso no te haré castigar. Puedes retirarte.

Lo miré con expresión reflexiva. Si trataba de tentarlo con los secretos del lecho frente a sus nobles, Ramsés haría que me sacaran de allí a rastras. Me costaba reconocer en aquel hombre indiferente y enérgico al faraón que me había sentado en su regazo para hacerme cosquillas, al que se pegaba a mi espalda y se dormía con la mano hundida en mi pelo, murmurándome al oído febriles palabras lujuriosas, mientras las lámparas parpadeaban. «Viejo hipócrita», pensé con desespero. «¿Cómo pude llegar casi a amarte? Se acabó. Todo se acabó. Ahora veo que no volverás a quererme. Ya he desaparecido en la turbia historia del harén, como una de las estrellas que surcó tu firmamento para esfumarse sin dejar huellas.»

—Creo que he cumplido las funciones de concubina con laudable habilidad —repliqué con serenidad. Mi recompensa fue el súbito rubor que le subió a las mejillas—. Después de todo, ésa era la otra parte del contrato, ¿verdad, Toro Potente? Y tú reconociste lo satisfactorios que eran mis servicios otorgándome un título y una pequeña finca. —«Con cuidado», me dije. «No te excedas.»—. Es evidente que Tu Majestad no quiere nada más de mí, ahora que le he hecho el supremo honor de parir un hijo real, pero considero que mi logro merece un mejor reconocimiento que una ajorca de oro tachonada de adularias. ¿No crees?

Ahora estaba muy erguido y respiraba con esfuerzo, con la espalda rígida y los puños apretados al escritorio.

—¿Podría hacerte azotar por dirigirte a mí de ese modo! —gritó—. ¿Cómo te atreves?

Caminé hasta apretar los muslos contra el borde de su escritorio.

—Soy tu pequeño escorpión, Ramsés —dije en voz baja—. ¿Pretendías que me escurriera bajo la piedra más cercana cuando trataras de aplastarme? Te he amado, he atendido tus heridas, he compartido tus pensamientos más íntimos. Y ahora me rechazas a puntapiés, como si fuera basura. Me conoces, faraón. ¿Qué puedo hacer, salvo clavar el aguijón?

Me pareció que era un buen discurso y que estaba surtiendo su efecto. El rey, con la boca fruncida, me fulminaba con la mirada, pero una de sus manos

se había relajado y temblaba un poco. Yo no habría podido decir cuánto de lo dicho brotaba de la auténtica angustia por haber perdido su confianza y su afecto, y cuánto era un calculado esfuerzo por provocarle remordimientos. Tampoco quería saberlo. Esperé, tensa, con mis ojos clavados en los suyos. Finalmente, bajó la mirada.

—¿Qué deseas? —preguntó en voz baja.

Me incliné hacia él.

—Quiero volver a tu lecho —dije con urgencia—. Quiero volver a ser la compañera que ansias.

—Eso no es posible. —Cruzó los brazos—. Ya no te deseo en mi lecho. Si me amas como dices, cuida de mi hijo. Después de todo, es prueba de que tu rey te eligió entre todas para plantar su divina semilla; semejante honor debería conferirte mucho respeto entre las otras mujeres.

—¡Respeto! —exclamé, indignada—. En el harén hay docenas de mujeres que te han dado hijos. ¡Ese respeto es tan común como el polvo!

Detrás de mí se oyó un murmullo de consternación. Me mordí los labios. En el calor de la discusión me había olvidado de que los hombres escuchaban con avidez mis acusaciones. Creo que tampoco el faraón se acordaba de ellos. Me incliné, levantando las manos en ese gesto universal de súplica.

—Rey mío —imploré con suavidad—, olvida mis palabras coléricas. Brotan de un corazón dolorido. Si Tu Majestad ya no necesita mis servicios de concubina, dame autorización para retirarme a mi finca del Fayum. Déjame cuidar de mis tierras y mis cosechas, para que trate de reemplazar las satisfacciones de tu lecho con el apacible abrazo de un amante menos embriagador.

Pareció sobresaltado. Luego frunció el entrecejo.

—¿Abandonarías a tu hijo? ¡No!

—Lo llevaría conmigo —dije, ansiosa—. No necesitas preocuparte por su educación, Majestad. Le contrataría a un preceptor. En cuanto a mi fidelidad, podrías hacerme vigilar por cuantos guardias quisieras, para asegurarte de que mi comportamiento no sea indecoroso. —Crucé las manos—. Tú ya no me necesitas. No soy de utilidad para nadie, salvo para mi hijo. ¡Déjame ir! El Fayum no está lejos. Podrías llamarme cuando quisieras. ¡Te lo ruego.

Majestad!

Me miró durante largo rato, hermético. Yo trataba de que no se notara mi profunda agitación. Por fin, apartó la silla y se levantó.

—Eres una niña orgullosa y obstinada, Thu —dijo por fin—. Tus fantasías son, de verdad, las del escorpión del desierto, venenoso e insondable. Me has picado muchas veces; unas veces el dolor fue una delicia; otras, una aventura. Pero ahora has cometido la torpeza de enarbolar tu aguijón en presencia de mis ministros. Eso es imperdonable. Por lo tanto, se te limitará a los términos de tu contrato con la Doble Corona. Y puedes agradecer que no te haga azotar y encarcelar por tu suprema insolencia. Tu solicitud es denegada.

De pronto tuve que recurrir al escritorio para mantenerme erguida. Me agarré a él con desesperación.

—Favor, Ramsés —balbuceé—, favor. No sabes lo que es vivir rodeada de mujeres y niños todos los días, sin poder escapar de ese ruidoso mundo; haber perdido toda la ilusión por la vida, vestirse y pintarse sólo para una misma. Tengo miedo del harén. Me ahogará en su sofocante abrazo hasta hacerme desaparecer. Perdona si te he ofendido y muestra tu misericordia, te lo imploro. ¡No me condenes a ese destino! ¡Déjame ir, Ramsés, déjame ir!

Su cara se había convertido en una máscara de desaprobación. Aun antes de que yo acabara, miró más allá de mí e hizo chasquear los dedos. Giré en redondo. Un corpulento guardia se aproximaba con aire decidido.

—¡Oh, Ramsés, no! —exclamé, desesperada—. ¡Por el amor que en otros tiempos me tuviste, compadécete!

Pero ya había vuelto a sentarse y estaba haciendo una seña al visir.

—Continúa, To —dijo bruscamente.

Los ministros se relajaron y volvieron a concentrar su atención en el problema que yo había interrumpido de forma tan abrupta. To carraspeó. Los escribas recogieron sus estilos de junco. Nadie me miró cuando el guardia me cogió del brazo para sacarme de entre las columnas a la luz del sol. Una vez en el sendero, me liberé con una sacudida.

—Sé volver a mis habitaciones sin escolta —dije, altanera—. A menos que te hayan ordenado llevarme hasta mi puerta y encerrarme allí.

El guardia vaciló un instante. Luego me hizo una reverencia y giró sobre

sus talones. Encontré el manto de Disenk allí donde lo había dejado y, después de echármelo al brazo, empecé a andar por donde había venido.

Estaba nerviosa. La escena en la oficina del faraón era todavía en mi mente una confusión de palabras y sentimientos, pero sabía que, dentro de muy poco tiempo, todo aquel horrible diálogo quedaría reducido a un recuerdo que me perseguiría eternamente. Me encontré pisando el césped y caí en la cuenta de que estaba caminando como una borracha. Me sentía mareada y débil. Decidí no apartar la vista de mis sandalias; la piel blanca relumbraba contra las tiras amarillentas; las bonitas gemas chispeaban a cada paso.

Frente a mí se formó una sombra; al levantar la vista comprobé que estaba junto a la oficina de Amonnajt; allí estaba el guardián, conversando con un escriba. Al aproximarme, se interrumpieron con una reverencia y Amonnajt me dirigió una mirada curiosa. Me acerqué.

—Me gustaría visitar al vidente, mi mentor —le dije, sorprendida de lo firme y natural que sonaba mi voz—. ¿Cuento con tu autorización, guardián?

Fue una solicitud espontánea; sentía la necesidad instintiva de correr al único lugar donde podría restablecer mi identidad. Amonnajt miró el sendero de donde venía.

—Sí, he ido a palacio sin tu permiso —dije, impaciente— y el faraón me ha dado una severa reprimenda. Prometo no volver a hacerlo y espero que no te regañe a ti también por mi audacia, Amonnajt. Supongo que querrás consultar mi solicitud, pero dudo que se oponga. La visita a Hui le parecerá un mal menor.

Logré sonreír con ironía. El guardián estaba desconcertado.

—Te doy mi permiso, siempre que el rey lo autorice, dama Thu —respondió—. Lo consultaré en cuanto haya terminado los asuntos del día con los ministros.

Sin esperar más, hice un gesto de asentimiento y seguí mi camino. La entrevista con Ramsés empezaba a convertirse en una sucesión de nítidas imágenes; no quería pensar más en ella hasta que pudiera llorar en la intimidad de mi celda.

Pasé la tarde en mi diván, acunando al bebé en brazos y sollozando por mi

humillación. Pero hacia el anochecer Amonnajt mandó decirme que el rey me autorizaba a visitar a Hui, siempre y cuando fuera escoltada por un guardia del harén. «Quiere asegurarse de que no voy a escapar», me dije, ceñuda, mientras dejaba a Pentauru en la cesta, que empezaba a resultar muy pequeña. Ordené a Disenk que volviera a pintarme la cara.

Mientras Disenk se esforzaba por disimular la hinchazón de mis ojos y mi nariz enrojecida, contemplé mi poco llamativa imagen en el espejo de cobre, mientras picoteaba el ganso frío y el apio crudo que tenía a mi lado. El destino al que el rey, tan rencoroso, me condenaba era inaceptable por completo. Sería preciso hacer algo, pero ¿qué? Hui lo sabría. Hui, a diferencia del faraón, me quería. Me sugeriría algo inteligente. No hay problema sin solución.

Así trataba de darme ánimos, mientras las manos frescas de Disenk se movían sobre mi piel. Pero mis valerosos pensamientos eran sólo jirones de mi propio consuelo. Esforzándome por contener las lágrimas, me incliné para besar a mi hijo dormido y salí sola al cálido y rojo atardecer.

No pude saborear la serena belleza del sol poniente, que teñía el lago de la Residencia en su viaje hacia el Oeste. Iba rígidamente sentada en la cabina de mi esquife, con los dientes apretados y las manos entre las rodillas, ciega ante el rosado centelleo de la estela y el suave aleteo de la vela. La escalinata de Hui surgió ante mi vista como la visión de algo largamente deseado.

Dejando que el timonel y los remeros amarraran la embarcación y me esperaran bajo los árboles, crucé el pilón, pasando junto al cubículo del portero, con el que intercambié algunas palabras, al momento olvidadas; mientras caminaba por el sendero, el sol desapareció bajo el horizonte, cayó en la boca de Nut y la penumbra apareció a mi alrededor.

Crucé el portón del jardín y, al pisar los adoquines del patio, vi a Hui que aparecía por la esquina de la casa. Nos detuvimos al mismo tiempo. Las sombras de la noche empezaban a caer sobre nosotros. De repente, tuve la sensación de que éramos actores de un rito misterioso o de una obra de orígenes desconocidos y amenazadores. Me había imaginado echándome en sus brazos protectores para llorar mi dolor contra su pecho reconfortante, pero en aquel momento lo vi tan extrañamente ajeno a todo cuanto me rodeaba, a todo lo que era familiar en mi vida cotidiana, que sólo pude mirarlo con un dolor inevitable y sordo en el corazón.

—Tengo problemas, Hui —dije—. Tengo miedo.

No dijo nada. Cruzó en silencio el patio, con la cabeza inclinada, astilla de palidez en el suave oscurecer; sólo un taparrabos quebraba las nítidas líneas de su cuerpo. Era obvio que se dirigía a la piscina. Después de plantarme un beso en la frente, pasó rozándome; lo seguí hacia el jardín, ya teñido de sombras.

Hui me apartó del sendero hacia los arbustos. Rodeamos el estanque de lotos para adentrarnos más en las enmarañadas plantas que crecían bajo los árboles, hasta detenernos al pie del muro que separaba su finca de la finca vecina. Allí se detuvo y me hizo un gesto con la cabeza.

—Cuéntamelo todo —dijo.

Fue como si sus palabras hubieran roto el dique. Con los puños apretados, los ojos fijos en los oscuros ladrillos de la pared, le conté que se me había prohibido volver a mis habitaciones y que, al negarme la audiencia, mi terca desesperación me llevó a las oficinas del faraón para implorarlo que me devolviera a su lecho o me permitiera marchar a mis tierras del Fayum.

—¡No tiene derecho a desecharme así! —exclamé al terminar—. He hecho lo posible por ser todo para él, por complacerlo en todos los sentidos, ¡y mira cómo me recompensa, Hui! Me aparta a un lado como si fuera basura, me aparta como si fuera un faldellín sucio que ya no quiere usar. Me humilló frente a sus ministros, me habló con frialdad, como si no supiera quién soy. ¡Lo odio!

De pronto cerré la boca, pues al desahogarme con aquellas palabras me sentí muy aliviada. Era cierto: lo odiaba. Bajo los innumerables aguijonazos del orgullo herido, de la desilusión, del rechazo y de las esperanzas destrozadas, había un mar insondable de odio hacia el hombre a quien había brindado mi virginidad, mi afecto y mi lealtad, sólo para que ahora me pagara aquellos tres dones con una caprichosa indiferencia.

—Lo odio —repetí en un susurro—. Ojalá se muriera. Podría matarlo por lo que me ha hecho.

Se produjo un prolongado silencio. Hui había permanecido inmóvil durante todo mi discurso. Me observaba con atención, caídos los brazos junto al cuerpo. A nuestro alrededor la noche se acentuaba. Los árboles se habían desangrado de color, quedando como opacos fantasmas que temblaban y

murmuraban en el susurro de sus hojas por encima de nosotros. La oscuridad subía del mismo suelo, para envolvernos en secreto, y el cuerpo blanco de Hui se iba volviendo gris y etéreo. Oí su respiración tranquila y mesurada, pero la intensidad de su mirada desmentía la serenidad de su ritmo.

Cuando por fin hablé, fue como si yo hubiera estado esperando que sus palabras expusieran y confirmaran aquella cosa negra que ya tenía forma completa en mi corazón.

—¿Serías capaz? —preguntó en voz baja—. ¿Serías de veras capaz? ¿Y por qué no lo haces? Te ha tratado de un modo despreciable. Te ha condenado a una vida de insoportable aburrimiento, totalmente imprevisible. Te ha avergonzado y denigrado. De todo eso, tú no tienes la culpa. Le has dado lo mejor y no te ha servido de nada. —Dio un paso hacia mí; las sombras se deslizaron por su rostro pálido, hasta asentarse en los huecos de sus ultraterrenos ojos carmesíes—. Con la misma indiferencia trata a Egipto —prosiguió, con expresión hipnótica—. Nadie lamentará su falta. Has tratado de ayudar a este país y has fracasado, pero no por culpa tuya. Matar al faraón sería un acto de bondad.

Al observar aquellos labios sensuales que se cerraban contra los fuertes dientes, toda la pasión que sentía me abandonó y me quedé muy serena por dentro. «Un acto de bondad», pensé. «Oh, no, maestro mío. Un acto de ambición frustrada por mi parte, un acto de traición por la tuya. Pero cualesquiera sean los motivos, tú y yo estamos hechos con el mismo molde. Nos atraemos el uno al otro como la lujuria y la carne joven, como la sed y el vino embriagador, como la ira y la venganza.»

—Siempre has sabido que esto terminaría así, ¿verdad, Hui? —dije lentamente—. Aunque yo hubiera podido cumplir con la imposible tarea de cambiar la política del rey, tú considerabas que este asesinato era necesario, en último término. Por eso nunca has tratado de influir sobre Ramsés mediante tu don de videncia, ¿no? Podrías haber hecho que tomara decisiones políticas menos perjudiciales, pero no te molestaste, porque deseabas su muerte. Te has pasado todos estos años esperando el momento oportuno.

Hui no respondió. Seguía mirándome de manera inexpresiva, respirando con facilidad, pero yo creí ver el destello de una sonrisa en aquella boca bien formada.

—Y tus amigos —continuó, avanzando a tientas por un laberinto que

estaba cobrando súbita claridad en mi mente—. Ese arrogante Paibekamon, tu hermano Paiis, el general Banemus, Panauk, Pentu, Mersura... Todos ellos también lo quieren muerto, ¿verdad? ¿Será entonces el ejército el que se apodere de Egipto, Hui, con el príncipe cómodamente sentado en el Trono de Horus? ¿Cuánto tiempo hace que os reunís para conspirar, para soñar vuestros sueños de traición? ¿Forma el príncipe parte de todo esto?

Debería haberme sentido utilizada, traicionada. A fin de cuentas, ellos veían en mí una posibilidad de acercarse un poco más a la meta; me tenían en menos que las copas de las que bebían con total despreocupación. Pero no fue así. Yo compartía aquel deseo de liberar a Egipto de su gobernante. Ahora tenía mis propios motivos. Era una de ellos. Formaba parte del grupo. ¿Acaso Hui, en su tortuosa sabiduría, lo había previsto así?

—Eres una joven astuta —dijo. La sonrisa que yo había entrevisto se manifestó, pero no contenía calor alguno—. Lo que dices es verdad y te he explicado muchas veces nuestros motivos. Pero el príncipe todavía no está involucrado. Creemos que, una vez desaparecido su padre, se mostrará dócil a nuestras sugerencias para restablecer Ma'at en Egipto, pues ya no existirá la barrera de la lealtad entre su conciencia y el sentido común. Pero abordaremos al príncipe cuando llegue el momento. ¿Estás con nosotros? —Alargó las manos, polillas grises en la penumbra, y sentí que me cogía las mejillas—. Ya has matado una vez —susurró; con su aliento se mezclaba un deje de su perfume a jazmín—. Y por motivos mucho menos loables. Te conozco, Thu. Tarde o temprano, con mi ayuda o sin ella, habrías llegado a la misma conclusión, porque tienes demasiado orgullo y eres demasiado implacable para pasarte el resto de tu vida prisionera en el harén. —Movié los dedos contra mi piel—. ¿No preferirías la oportunidad de convertirte en reina de un rey joven y vigoroso, cuando el príncipe ascienda al trono y elija a sus mujeres, en lugar de marchitarte como desecho de un viejo gordo?

Me aparté de sus caricias.

—¿Por qué tengo que hacerlo? —pregunté con aspereza—. ¿Por qué arriesgarme? ¡Que Paibekamon os libre de vuestra plaga!

—Paibekamon caería en seguida bajo sospecha, junto con todos los que están siempre al lado del rey —replicó Hui—. Pero tú eres sólo una entre cientos de mujeres. Es más; ya no se te admite en las habitaciones reales. La sospecha no te rozaría ni siquiera.

—Si ya no se me admite en las habitaciones reales —le espeté—, ¿cómo voy a acercarme lo suficiente para... para matarlo? —Las palabras brotaban de mi lengua a borbotones, con un sabor oscuramente raro, pero familiar—. De nada sirve tratar de envenenar sus alimentos o su bebida. Los mayordomos lo catan todo.

Mi corazón empezaba a latir más deprisa; por mi mente pasaba un pensamiento tras otro.

Volví la espalda a Hui y empecé a pasearme, apenas consciente de la creciente frescura del césped bajo mis sandalias, del leve guiño de las primeras estrellas sobre mi cabeza.

—Supongo que podría ingeniármelas para dar a su león algo que lo irritara, pero la bestia podría atacar a un inocente. Planear un accidente en el agua o en el desierto es demasiado difícil. ¡Ayúdame, Hui!

Pero no lo miraba. Hui tampoco dijo nada mientras yo paseaba de un lado para otro.

Cavilé febrilmente bastante rato; notaba en las venas un fuego lento, parecido a la intoxicación del vino, que me aturdí. De repente, se me ocurrió una idea tan diabólica y deliciosa que me detuve. Claro, claro. Corrí hacia Hui, barbotando:

—Tienes que darme arsénico. No puedo administrárselo directamente, pero lo pondré en el precioso aceite con que le daba mis masajes. Me encargaré de que Hentmira, su nueva favorita, lo unja con él con sus manos amorosas. Nadie sospechará del aceite. En cualquier caso, será Hentmira la que cargue con las culpas.

—Eso te gustaría, ¿verdad? —dijo. Su voz sonaba sensual y vibrante por una excitación igual a la mía—. Pero ¿y si Hentmira te acusa?

Lo cogí por los brazos para sacudirlo.

—Sólo Hunro podrá relacionarme con el aceite y ella negará mi participación. Es de los nuestros, ¿no? —Hui asintió—. Es perfecto, Hui. ¡Nada puede fallar!

—Una advertencia —dijo—. Conozco muy bien el efecto que causa el arsénico cuando se pone en la comida o en la bebida, pero aplicado a la piel no sé cuánto tiempo tardará en actuar. No he realizado experimentos para

determinarlo. Posiblemente, dependa de la zona que se cubra, de que el cuerpo esté sudando o no, de la concentración de veneno en el óleo, pero no estoy seguro. Si la dosis es suficiente para lograr tu objetivo, sin duda matará a Hentmira junto con Ramsés.

—En ese caso, dame bastante para que el resultado sea seguro —repliqué—. No tengo por qué preocuparme por Hentmira. ¡Que sucumba a los peligros del harén, si es tan estúpida como para pensar que los favores del faraón la hacen invulnerable!

Por mi imaginación pasó una imagen de mí misma, pesada por el embarazo, desaliñada y Llorosa. En el pasaje estrecho, Hentmira se había inclinado ante mí, murmurando un saludo de respeto, mientras la puerta del faraón se abría para ella y me dejaba fuera, alterada y cubierta de vergüenza. La temeridad se apoderó de mí en una delirante oleada de locura. Pareció afectar también a Hui, que me abrazó y, levantándose el mentón, puso su boca en la mía.

Cerré los ojos. Al hacerlo volvieron a mí las viejas ansias que me habían asediado durante mi estancia en aquella casa. Mis manos encontraron su pelo, aquella melena densa y plateada; deslicé los dedos entre su seda. Hui sabía a jazmín. No sabía cuál de mis sentidos sumergir primero, tan poderosos eran los mensajes de todos ellos. Pero no importaba: podía dejar que todos me envolvieran, pues aquel hombre era Hui, mi amigo; Hui, mi mentor; Hui, el amante fantasmal de mis imaginaciones juveniles, y en sus brazos hallaría el contento que siempre había buscado. Mientras susurraba su nombre, las rodillas dejaron de sostenerme; me rodeó con sus brazos y me depositó en el suelo.

No hubo ternura en nuestro momento de amor. Ambos ardíamos en el frenesí de la conspiración que nos vinculaba; consumidos por ella nos devoramos el uno al otro. Pero tampoco hubo tanteos groseros ni torpezas; luchábamos por poseernos mutuamente y poseer la esencia de aquel estado de ánimo. Aquella noche sigue siendo uno de mis recuerdos más tristes, pues no fue el amor ciego lo que nos unió, como debería haber sido. La armonía de nuestros cuerpos, la completa satisfacción de la lujuria, provenían de una fuente de corrupción; por eso no curaban como debía ser. No obstante, busqué su sabor, su contacto; besé y acaricié aquella carne extraña y lunar que tanto había deseado desde que la viera por primera vez, según creo, y por fin recibí

de él la capitulación de su voluntad.

Después nos quedamos tendidos en el césped, jadeantes; Hui, con la cabeza caída sobre mi pecho; cuando nuestra respiración se calmó, me adormecí. Entonces se levantó con un suspiro.

—Espera aquí —ordenó.

Después de recoger el maltrecho taparrabos, se alejó en dirección a la casa. Le seguí con la mirada, apoyada sobre un codo; era una columna pálida que se movía y pronto se perdió en la oscuridad. Cuando regresó, ya me había arreglado un poco y empezaba a ponerme nerviosa. Me puso una redoma de polvo blanco en la mano, murmurando:

—Empléalo bien. —Se inclinó para besarme—. Te amo, Thu.

—Yo también te amo —susurré a mi vez.

Pero ya se alejaba entre las palmeras. La noche se lo tragó. Cuando dejé de verlo eché una mirada al cielo. No había luna.

Todo estaba tranquilo en el sector de los niños y pude cruzar el patio hasta mi celda sin ser vista. Disenk dormía en la esterilla, ante la puerta de su celda; pasé por encima de ella con cuidado porque no quería despertarla. Había dejado una sola lámpara encendida en la mesa, junto a mi diván. Después de echar un vistazo a Pentauro, que dormía desnudo y despatarrado en su cesta, me llevé la caja de medicinas a la luz y extraje de ella el bonito frasco de alabastro donde guardaba la mezcla de aceites para masajes. Mientras quitaba el tapón dirigí una rápida mirada a mi alrededor. Nada se movía. No vacilé, no me di tiempo para pensar, como no fuera el fugaz momento de consuelo al ver el almohadón que contenía el rollo del príncipe. Saqué con delicadeza el lacre a la redoma que Hui me había dado y, con cuidado para que su contenido no me tocara la piel, vertí el polvo en el frasco. Mientras la sustancia formaba una pequeña pirámide en la superficie del aceite, descubrí que estaba sudando.

De pronto, un leve movimiento me hizo girar. Disenk estaba de pie junto a la puerta y se pasaba una mano por el pelo revuelto; en la cara tenía el rubor del sueño, pero sus ojos estaban atentos.

—¿Qué haces, dama? —preguntó en voz baja.

Inmóvil allí, con la redoma vacía en una mano y el frasco en la otra, me di

cuenta súbitamente de que lo comprendía todo.

—¿No es ése tu aceite para masajes? —insistió—. ¿Y qué hay en la redoma? ¿Es algo que te ha dado el maestro? ¡Oh, Thu! Lo vais a matar, ¿no es cierto? Tú y el maestro. —Sus palabras eran una afirmación, no una pregunta; no pude hacer otra cosa que asentir con la cabeza. Disenk enarcó las cejas—. Bien. Con tu permiso, iré a buscarte una bebida sedante. Entonces estarás lista para que te desnude y te lave. —Sus ojos se desviaron hacia mis manos inmóviles—. Ten cuidado.

Y se fue sin esperar autorización.

Mientras volvía a tapar el frasco reflexioné, con un escalofrío, que su conocimiento nos ponía en un pie de igualdad. No me pasó por alto aquel nuevo tono de familiaridad con que me hablaba. Tampoco se había mostrado sorprendida ni horrorizada al adivinar, con su astucia habitual, lo que hacía. Tal vez ella formara parte de la conspiración de Hui mucho antes de que yo saliera del Nilo en la barcaza del maestro. Después de todo, ¿no había estado al servicio de su hermana? «Dioses», pensé, dejándome caer en una silla, «¿estoy perdiendo la cordura? ¿O acaso soy tan víctima como Ramsés?».

En mi mente empezaba a crecer una curiosa sospecha. Me levanté para abrir otra vez mi caja de medicamentos y revolví en ella hasta hallar el recipiente que contenía las espinas de acacia. Había dejado de usarlas al quedarme embarazada y no recordaba si quedaba alguna. En el envase sólo encontré un poquito de polvo oscuro.

Lo miré con fijeza, fruncido el entrecejo. Hui me había dicho que las espinas eran más oscuras debido al paso del tiempo, pero que todavía eran eficaces. ¿No habría mentido? ¿Sabía acaso que estaban demasiado secas, pero no le importó porque yo había dejado de serle útil? ¡Oh, no podía ser! Hui no era capaz de traicionarme así. Pensé en sus manos, en las palabras apasionadas que me había susurrado aquella noche, mientras forcejeábamos. Una vez más cerré la caja bruscamente. No era posible. La idea resultaba ridícula. Hui era implacable, pero no cruel.

Al oír las pisadas de Disenk en los adoquines del exterior, me sentí de repente muy cansada. Hasta el día siguiente no pensaría en nada más.

CAPÍTULO 23

Por la mañana desperté más decidida que nunca. Comí y bebí en mi diván, mientras la nodriza amamantaba a Pentauru. Tan pronto como se fue, jugué un rato con el niño antes de dejarlo en el suelo, entre patadas y gorgoritos, para ir a bañarme. Luego Disenk se ocupó de vestirme y pintarme. Mientras estudiaba mi imagen en el espejo, me maravilló el hecho de que mis ojos, tan azules y límpidos siempre, no me devolvieran otra cosa que una inocente buena salud. Tenía la piel tersa, limpia. El pelo lustroso enmarcaba una belleza que podía compararse con la de cualquier otra interna del harén. Ramsés era un tonto. Con suspiro interior, rechacé de manera deliberada las emociones tumultuosas que siguieron a aquel pensamiento y me concentré en la contemplación de Hui apasionadamente abrazado a mí. Lo sexual de aquel recuerdo acabó con mi amargura.

Cuando Disenk terminó su tarea, recogí un pequeño cesto, cubrí el fondo con un bonito paño y lo llené con diversas cremas y pociones cosméticas. Entre los botes y las redomas puse el frasco del mortífero aceite para masajes. Luego ordené a Disenk que saliera a cortar algunas flores y, mientras tanto, comprobara con discreción si Hunro y Hentmira estaban solas en su habitación. Mientras esperaba su regreso me arrodillé junto a mi hijo para hablarle con mimo, encantada por la sonrisa generosa con que me respondía y por la confianza con que sus dedos regordetes cogían los míos.

—Mi pequeño príncipe —murmuré—, mi escriba real, te quiero.

Y Pentauru respondió con una especie de gorjeo extático.

Las flores todavía tenían las perlas de gotas de agua por el riego que los jardineros del harén hacían al amanecer. Sacudí las gotitas en mis brazos, para sentir su frescura; luego las deposité en el cesto y crucé el patio hacia mi antiguo edificio.

Al acercarme a mi vieja puerta sentí que alguien me observaba y me

volví. Hatia me miraba con fijeza; sus ojos de cadáver viviente estaban clavados en mí por encima del césped soleado. Obedeciendo a un impulso, levanté una mano para saludarla, pero no se movió. Me encogí de hombros y seguí mi camino.

Las dos mujeres levantaron la vista al ver mi sombra y Hentmira abandonó la silla para hacerme una reverencia.

—¡Dama Thu! —Exclamó toda confusa—. ¡Es un honor!

Ya en otra ocasión me había hecho sentir vieja y hastiada. Me obligué a sonreír.

—Mis saludos, Hentmira —respondí con desenvoltura—. ¿Cómo estás, Hunro?

La bailarina, que estaba apoyada contra la pared, se enderezó con una mueca, arremolinando los dedos.

—Aburrida y nerviosa, Thu —dijo—. Me he distendido un músculo y mi capataz dice que una peste está diezmando mi ganado al oeste del Delta. Me alegro mucho de verte. —Se acercó para abrazarme—. Perdona por no ir a visitarte —añadió, melancólica—, pero el harén es un sitio extraño. Aunque sólo un breve sendero separa un edificio del otro, es como si hubiera todo un desierto entre los dos.

Asomando la cabeza por la puerta, llamó a un mensajero para que sirviera vino y golosinas. Luego me tomó del brazo, me arrastró hasta su diván y se instaló a mi lado.

—¿Cómo está tu hijo?

Yo, que observaba a Hentmira, percibí el leve ensimismamiento con que escuchó mi respuesta. Conocía bien la causa; era el espectro que se cernía tras cada una de las concubinas del faraón. Di a Hunro una respuesta rápida y ligera. Luego me volví hacia la joven para entregarle las flores de mi cesto.

—Sé que los jardines están llenos de encantadores capullos —dije, como pidiendo disculpas— y que tu sirvienta puede traerte los ramos que quieras. Pero quería recordarte, Hentmira, que eres como las flores: fresca y delicada. Y debes hacer lo posible por seguir así.

Le sonreía. Hentmira se llevó los pétalos a la cara, levemente ruborizada, y levantó los ojos oscuros hacia los míos.

—Gracias, dama Thu —dijo—. Eres realmente generosa. Las otras mujeres me dicen que te he suplantado en el afecto del rey y que debo tener mucho cuidado contigo, pero veo que eres amable y bondadosa. Y aunque yo satisfaga las necesidades físicas del dios, alguien como yo no puede llenar el lugar privilegiado que ocupabas en su corazón.

Eché un vistazo a Hunro, que se mantenía inexpresiva. «El corazón del rey es como un frasco roto», pensé con desdén. «En cuanto se llena, el contenido se escurre.» Saqué del cesto un pequeño recipiente.

—Esto también es para ti —dije—. Natrón y polvo de alabastro con sal marina. Mezcla un poquito con miel y úntate la cara con eso. Es muy eficaz para suavizar el cutis.

Hentmira volvió a darme las gracias. Yo la observaba con franca curiosidad. La impresión que tuve de ella la primera vez que la vi se estaba borrando; no era orgullosa ni altanera. Había confundido con arrogancia su timidez y la desenvuelta gracia de su cuerpo. Con aquella idea sentí pena y sincera simpatía por ella. Llenaba a la perfección las fantasías sexuales del faraón: era una virgen dócil y obediente, y por eso mismo tenía ya el puñal del rechazo contra las finas costillas. «Después de pasar meses enteros con un escorpión», pensé con melancolía, «Ramsés debe de encontrar en ella un bálsamo sedante. ¡Pobre Toro Potente! Pobre Hentmira...».

—Las otras cosas que hay en el cesto son para ti, querida Hunro —dije—. Si hubiera sabido lo que te ha pasado, habría incluido un linimento. Pero he traído las hierbas que te prometí hace tanto tiempo para fortalecer todos los músculos y también mirra seca y bayas de saúco para el sahumerio. Su humo suaviza el lienzo. Hay canela para mascar, que da energía, y *uadu* para añadir al ungüento con que te frotas los pies sudorosos, después de bailar todas las noches.

Las tres nos echamos a reír. La risa aniñada de Hentmira me pareció encantadora. Entró un sirviente con copas, vino y un plato de tortas de dátiles y miel. Nos sentamos a comer, a beber y a chismorrear.

Durante aquella hora conocí a Hentmira más de lo que habría deseado. En realidad, era tan modesta que llegaba a irritar: hablaba de su familia y de sus propias virtudes, cuando se la obligaba, con simpático pudor. Parecía ignorar por completo el impacto de su belleza (cosa que no hacía sino acentuar ésta) y me hizo recordar con dolor mi propia caída por una ingenuidad semejante.

Era un cordero listo para el sacrificio, una inocente a la espera de que le arrancaran la venda de los ojos.

De repente, me negué a que muriera. Al ver la pureza de su perfil, el recatado fulgor de sus ojos almendrados, la vulnerabilidad de sus hombros delgados, se convirtió en una responsabilidad para mí, en alguien a quien tenía que proteger. Traté de evadir aquella creciente compasión, recordando que me jugaba el futuro; al aceptar un sitio en el harén, Hentmira tenía que saber que aceptaba también sus peligros. Pero cada vez que me tocaba el brazo con dedos vacilantes, cada vez que me sonreía con aquella cordialidad sin afectación, mi inquietud crecía. ¿Sería aquella encantadora timidez una máscara ideada para ganarse la lealtad de los que la rodeaban? ¿O formaba parte de un carácter honorable como ninguno? No lograba decidirme. Cuando la jarra de vino quedó vacía y desapareció la última tortita, recordé que el aceite para masajes todavía estaba en el fondo del cesto. No sabía qué hacer.

Pero entonces, ante un bostezo de Hunro y el silencio que nos imponía el calor de la tarde, se me ocurrió que no importaba. Incluso si Hentmira sobrevivía a la aplicación del aceite, sería acusada de asesinato y condenada a algún destino terrible, probablemente a muerte. Si yo buscaba alguna excusa para instarla a usar guantes, si visitaba a Hui para pedirle un antídoto, en el caso de que existiera, Hentmira sospecharía en seguida la verdad. Y no era posible cambiar de planes. No tenía otro modo de franquear las defensas que rodeaban al faraón. Lo lamenté con todo mi corazón. Habría preferido que fuera otra concubina la que sufriera en lugar de Hentmira: alguna mujer codiciosa y sin escrúpulos. Pero Ramsés no tenía ojos para nadie más y yo no podía esperar a que se desvanecieran sus ardores.

Tal vez enfermara y sobreviviera mientras el faraón moría. Quizá su buena salud y su juventud la salvaran. Y cuando se recuperara, la sentencia sería el exilio. Así luchaba conmigo misma, justificando la decisión de la que había dudado por un instante. Al final, con dedos apenas trémulos, saqué el frasco. «Se lo daré directamente», pensé. «Lo pondré en sus manos. ¿La condenará su inocencia? ¿O algún vestigio de sospecha la hará reflexionar sobre mis intenciones y desechar el óleo?» En mi aflicción no sabía qué prefería hacer.

—Os voy a dejar para que durmáis la siesta —dije, abandonando el diván de Hunro. Ofrecí el frasco a Hentmira—. He pasado un rato muy agradable y

me alegra conocerte mejor, Hentmira. —Le dediqué una sonrisa de complicidad—. Esto es para que lo uses cuando el faraón te pida un masaje después de hacer el amor. Ya sabes que eso le gusta, ¿verdad? Yo solía utilizar esta mezcla de aceites y el rey comentaba a menudo que tenía un efecto relajante. No queda mucho. Empléalo todo y, si a él sigue gustándole, te prepararé un poco más. —Hentmira lo recibió con timidez, dilatando los ojos.

—¡Gracias, dama Thu! —exclamó—. Eres muy amable conmigo, eres muy buena. No esperaba... —Vaciló, con la mirada gacha. Luego dio un paso impulsivo hacia mí para echarme los brazos al cuello—. Me dijeron que eras fría y maliciosa, que me odiarías, pero no es cierto. ¡Gracias!

A través de la cortina de suave pelo negro que me caía contra la cara, miré a Hunro. Ya no bostezaba. En sus ojos ya no había somnolencia, sino una vivaz especulación.

—Te acompañaré hasta la entrada del patio, Thu —dijo.

Asentí con la cabeza y, separándome de los brazos agradecidos de Hentmira, recogí mi cesto.

—Visítame alguna vez, Hentmira —dije al salir.

Me recompensó con una luminosa sonrisa que todavía ahora me persigue en la soledad de la noche, cuando en mí reviven los recuerdos que no me dejan descansar. Luego Hunro enlazó su brazo con el mío y salimos al césped bañado de sol.

—¿Qué contiene? —preguntó en voz baja, mientras pasábamos junto a la fuente.

No respondí hasta que estuvimos lejos de las pocas mujeres que todavía no habían huido a sus divanes. Noté que el sitio acostumbrado de Hatia estaba vacío, aunque su dosel todavía se agitaba en la brisa de la tarde.

—Me lo dio el maestro —dije—. Pase lo que pase, Hunro, no lo toques. Cuando Hentmira lo use, el faraón morirá.

Hunro guardó silencio un rato. Nos acercábamos al sendero que unía todos los edificios del harén.

—¿Y Hentmira? —preguntó preocupada.

—No lo sé. El maestro tampoco. Pero creo que, por lo menos, enfermará

gravemente.

—Entonces Banemus tiene que volver pronto. —Retiró el brazo del mío para hacerme girar—. ¿El maestro aprueba esto?

—Sí. No te preocupes, Hunro. Lo primero que investigarán será la comida y la bebida del faraón. Para cuando descubran que allí no había nada, Paibekamon ya habrá retirado el frasco con los restos de aceite. Pero si Hentmira trae el frasco a tu celda, espero que lo hagas desaparecer.

—Confía en mí. Pero lamento lo de Hentmira. Es una persona adorable. ¿Y si sobrevive y te acusa?

Me encogí de hombros.

—No quedará prueba alguna y la justicia egipcia no es partidaria del juicio sumarísimo. No se condena a nadie por una declaración. Además, ¿no hay en el harén otras mujeres que utilizan el veneno como herramienta? Una vez Ramsés haya muerto, ya no importará.

Hunro enarcó las cejas con una leve sonrisa y volvió a su celda.

Seguí mi camino con un nudo en la garganta. «Yo también soy una persona adorable, Hunro», pensaba furiosa, con escozor de lágrimas en los párpados. «En realidad, no soy fría ni mala. Soy una mujer desesperada, prisionera en una lúgubre trampa, obligada por circunstancias que yo no he provocado a aplicar soluciones detestables. Puedo ser buena. Puedo ser generosa. Puedo ser una buena amiga si se me da la oportunidad. Pregunta a mi hermano.» ¡El leal Pa-ari! Sería capaz de trepar al techo del harén para gritar a todas aquellas mujeres celosas, llenas de rencor: «¡Thu es una verdadera seguidora de Ma'at! ¡El corazón de Thu no la juzgará con dureza! ¡Es capaz de un amor sin mezquindades!».

Cuando entré en mi celda Disenk me miró con preocupación.

—¡Thu! ¡Estás llorando!

Me arrojé en el diván.

—Abre mi caja de medicinas. Tráeme la tintura de amapola y una copa de agua —le ordené—. Necesito dormir, Disenk. Si no duermo me volveré loca.

Disenk arrugó los labios, pero hizo lo que le ordenaba. Tragué la amapola con agua de un trago y me acosté, con los ojos cerrados. Cuando la droga

empezó a surtir efecto, calmando mi mente, me atacó una fugaz pero violenta visión de Kenna, pálido y moribundo, con los ojos atormentados. Luego se impuso la amapola y, con ella, la anhelada paz.

Aquella noche tuve que usarla otra vez para dormir, pues con la llegada de la oscuridad me atacó un nerviosismo que hasta entonces no había conocido jamás. Cada sombra en movimiento, cada ruido me arrancaban un sobresalto y una exclamación. Ni siquiera Pentauro, con sus zalamerías de bebé, podía calmar mi terror; por el contrario, pareció contagiarse de él, pues se tornó indócil e irritable en mis brazos. También le di una dosis. Respondió en seguida a la amapola, pero yo tardé una eternidad en sucumbir a sus efectos; temblaba al ver las vagas formas que la lámpara creaba en las paredes, en una danza amenazadora y siniestra. La droga me produjo sueños incoherentes. Desperté, tarde y embotada, a otro día de sol ardiente, con una tensión casi insoportable.

Me pasé el día sentada entre almohadones ante mi puerta, con Pentauro en una sábana, a mi lado. El miedo y la expectación me sobrecogían cada vez que se acercaba alguien, y empezaba a sudar. No pude comer, pero bebía cerveza sin parar para aflojar el nudo rebelde que me atenazaba el estómago.

En un momento dado, un sirviente se detuvo ante mí para entregarme un rollo; unas fuertes náuseas me subieron a la garganta, pero se trataba sólo de un informe del capataz sobre mi finca. La siembra crecía con fuerza, libre de plagas, y deseaba empezar la cosecha al término de *Pajons*. ¿Quería yo viajar al Fayum para estar presente? Después de dar las gracias al sirviente y despedirlo, apreté el papiro en mi regazo, mirando el patio ruidoso y poblado. En la mente veía las hoces curvas que cortaban limpiamente los orgullosos tallos del cereal, la dorada riqueza que temblaba y caía, temblaba y caía. Intenté distraerme con esa visión, pero poco a poco fue adquiriendo la ponderosa y escalofriante inevitabilidad de un sacrificio ritual. Era mi mano la que sostenía la hoz, la que la levantaba y cruzaba con ella el aire abrasador; una y otra vez, era Ramsés el que caía a tierra, echando sangre por la boca y manchándose los pies. Incapaz de dominar aquel vivido espejismo, me vi forzada a soportarlo hasta que acabó por borrarse. Ansiaba el olvido, pero no me atreví a beber más amapola. En el sector de los niños, la vida continuaba alegre y prosaica; comprendí que mi demencial vigilia se prolongaría un día más. La perspectiva era casi insoportable.

En las primeras horas de la tarde, el patio quedó vacío de mujeres y se llenó con el pesado y caliente silencio de la siesta. Me acosté en el diván, pero no hice sino mirar el techo hasta que la vida volvió a dejarse oír fuera. Disenk apareció con el tablero de *sennet* e intentó inducirme a jugar, pero yo no hacía sino toquetear los conos y los carretes, temerosa de entregarme a un juego que no comprometía sólo la inteligencia de los participantes, sino también las fuerzas cósmicas. Si perdía, si iba a parar al cuadrado que significaba una caída en aguas profundas, sabría con certeza que los dioses me habían abandonado. Y era mejor no saberlo.

Aquella noche sucumbí a la necesidad de tomar más amapola, pero la cantidad que bebí no me produjo una inconsciencia completa. Vagaba en un mundo crepuscular de duermevela, donde el faraón y yo nos reíamos y charlábamos en su habitación, como dos amantes despreocupados. Pero aquella fantasía perdió color y animación, hasta que me encontré sentada, muy erguida y del todo despierta, a la hora en que la mano oscura de la noche oprime por igual el corazón del hombre y de la bestia, a aquella hora en que incluso los ruidos suenan como sofocados. Con el corazón palpitante, agucé el oído en la oscuridad. Algo me había despertado, alguna informe amenaza del mal que acechaba entre las sombras. Traté de llamar a Disenk, pero la voz no me salía de la garganta.

Habían pasado unos instantes y el presentimiento de horror iba en aumento, pero nada venía hacia mí desde los rincones invisibles de mi celda; poco a poco fui cayendo en la cuenta de que la fuente de las amenazas estaba dentro de mí; y se iba escurriendo desde mí a través del patio, por el sendero adelante, hasta el palacio en el que, en aquel mismo instante, Hentmira ungía de muerte sus inocentes manos. Levanté la estatua de Uepuauet y la acuné contra mi pecho, susurrando plegarias incoherentes dirigidas a él, a mi padre, a mi amo Hui, hasta que la aurora se insinuó y empezó a diluir la oscuridad a mi alrededor y me deslicé en un sueño breve y agitado.

La mañana no alivió la presión que yo había creado. Me debatía en su implacable puño. Como si fuese de madera, permití que Disenk me envolviera en lienzos para conducirme a la casa de baños; por primera vez, el suave correr del agua perfumada contra mi piel no me sosegó. Todo lo contrario, parecía intensificar mi agitación interior; las manos del joven que me aplicaba el masaje casi diariamente desde mi llegada al harén estuvieron a punto de arrancarme un grito. Otras mujeres entraban y salían con más o menos ropa,

emanando diez o doce perfumes diferentes en el aire húmedo e intercambiando comentarios en voz suave y penetrante. Aquellas presencias, aquellos movimientos femeninos y sensuales, me parecían sofocantes. Me retiré con una palabra incoherente, intentando caminar con aire desenvuelto hasta mi celda, aunque todos los nervios me exigían huir.

Cuando Disenk empezó a pintarme la cara, apreté los puños. Apenas pude contenerme hasta que el pincel cargado de ocre rojo me rozó los labios. Entonces, al sentir en la boca un metálico sabor a sangre, lancé una maldición y busqué a tientas un trozo de lienzo para frotarme aquel ofensivo color. Mi sirvienta no hizo comentarios y yo no le di explicaciones.

Pude comer algo y beber un poco de agua. Me sentía algo más tranquila, pero al inclinarme hacia la cesta de Pentauro, el niño me clavó una mirada de reproche. Cuando alargué los brazos para levantarlo, se echó a llorar. Me retiré en seguida, furiosa.

—¡En estos momentos no soporto que lllore! —barboté—. Llévaselo a la nodriza para que lo atienda por un rato. Y luego ve a nuestro antiguo patio. Trata de averiguar qué está sucediendo, antes de que me arroje en el diván y trate de buscar consuelo en el vino. ¡Date prisa!

Disenk estuvo ausente un rato. Mucho antes de que volviera fui cobrando conciencia de un cambio en el ambiente del sector. Había cesado aquel grave susurro de voces que acompañaba todas las actividades del edificio. Las mujeres, que generalmente se acomodaban en el césped para pasar la mañana entretenidas con sus hijos y conversando, guardaban silencio. Cuando aquella inesperada quietud llegó a impresionarme, miré por la puerta y vi que se llevaban a los niños, y que los sirvientes desmantelaban los doseles y recogían almohadones, juguetes y tableros. Nadie parecía feliz. Una atmósfera de ominosa expectación invadía el recinto, pero no me atreví a salir a preguntar qué pasaba.

Aunque el patio se quedó vacío, las puertas de las celdas permanecieron abiertas. Desde mi sitio podía ver las siluetas de las mujeres, que rondaban los umbrales. Se había extendido una noticia funesta y yo creía saber cuál era. Con los miembros trémulos, ocupé mi silla con excesiva preocupación y me quedé esperando. Con el paso del tiempo, una curiosa compostura se apoderó de mí. Dejé de temblar. Mi mente interrumpió su carrera frenética y recuperé el dominio de mí misma. Pude pensar de manera coherente y serena. El

suspense había culminado y yo volvía a estar cuerda. En cambio, Disenk demostraba estar inquieta cuando entró, precipitadamente y jadeando.

—Hentmira está muy enferma —dijo, sin preámbulos—. No me he atrevido a entrar en su celda por miedo a atraer la atención sobre ti, pero hay mucho ir y venir de sirvientes y sacerdotes. La dama Hunro me ha visto y me ha llevado aparte.

—¿Sacerdotes? —exclamé—. ¿Quién la atiende?

—El médico de palacio. Ha hecho venir a los sacerdotes para que luchen con los demonios de la enfermedad. Dice la dama Hunro que va a morir, Thu.

No pude sentir nada ante aquellas palabras. Estaba encerrada en una armadura de piedra.

—¿Qué síntomas presenta?

—Todo el cuerpo se le ha cubierto de sarpullido. Vomita sin parar y sufre convulsiones. Mientras estaba con los otros junto a su celda, he oído que lloraba patéticamente.

No quería pensar en eso.

—¿Y qué se sabe del faraón? —pregunté, casi en un susurro—. Si el médico de palacio está atendiendo a Hentmira, ¿significa eso que Ramsés ya ha muerto?

—No. —Disenk negó con la cabeza. Le indiqué con un gesto que se sentara; se dejó caer en el taburete, junto a mi diván, y enlazó los dedos con fuerza—. Corren rumores de que se ha llamado al maestro para que lo atienda. Dicen que no está tan enfermo como su concubina. Por eso ha permitido que el médico de palacio se ocupara de Hentmira. —Nos miramos a los ojos—. ¿Se recuperará, Thu?

—No lo sé. —El pánico forcejeaba para quebrar mis defensas, pero le negué la entrada—. No lo sabré hasta dentro de unas horas. ¿Ha respondido Hui a la llamada?

—La dama Hunro no lo sabía.

—¿Y qué hay del frasco de aceite?

—Hentmira no lo ha llevado a la celda. De madrugada, volvió de palacio y se acostó directamente. Pero una hora después empezó a gemir y a

debatirse; al amanecer la dama Hunro estaba tan asustada que ha llamado a Amonnajt. El guardián ha llamado al médico del harén, que ha solicitado permiso para consultarlo con el de palacio. Como en aquel momento el faraón dormía, el médico de palacio ha venido a examinar a Hentmira. Todavía está allí.

Entre nosotras se hizo el silencio, pero era un silencio inquieto, preñado de pensamientos mudos. Por fin, me levanté.

—Ve a la celda de Hunro y ofrece mis servicios al médico de palacio —ordené a Disenk—. Todo el mundo sabe que yo era la aprendiz del maestro y que he tratado a muchas mujeres en el harén. Resultaría extraño que no prestara atención a Hentmira en este momento. Aprovecha para averiguar, si puedes, cuáles son los síntomas del faraón y si Hui ha venido o no.

Por un momento pareció incómoda, pero abandonó el banquillo y salió, esbozando una reverencia.

Me serví un poco de vino y, apoyada contra el marco de la puerta, sorbí y saqué la rica bebida roja. Hentmira no había vuelto a su celda con el frasco. Cabía suponer que Paibekamon, avisado del plan, lo había cogido al salir la joven para vaciarlo por completo y romperlo. No me gustaba tener que confiar en eso. Sólo pensarlo me provocaba un escalofrío. Tampoco me gustaba notar que, según los comentarios, el estado de Hentmira era el más desesperado. Tal vez el veneno tardara algo más en recorrer el *metu* del faraón, que era más corpulento. Sólo cabía esperar.

Disenk regresó con noticias inquietantes.

—El médico de palacio se ha ido ya para atender al faraón —me informó rápidamente—, pero ha dejado a su asistente con Hentmira y te agradece el ofrecimiento. Tienes que ir en seguida. —Vaciló, con la mirada baja—. El maestro no puede responder a la llamada real, Thu. Harshira ha mandado decir que ha viajado a Abidos para consultar con los sacerdotes de Osiris y practicar para ellos su videncia. Hace este viaje todos los años.

Me quedé confundida.

—¡Pero si no me dijo que iba a ausentarse! —exclamé—. ¿Cuándo se fue?

—Al parecer, hace una semana; según el mensaje que Harshira envió a

palacio, regresará a Pi-Ramsés pasado mañana.

—¡Eso es imposible! ¡Estuve con él hace tres días en su jardín! ¡Fue entonces cuando me dio el veneno! ¿Recuerdas, Disenk?

Disenk no respondió, pero vi que se humedecía los labios con gesto nervioso.

—Es mentira —insistí con lentitud—. Harshira miente. No dudo de que Hui haya viajado a Abidos, pero no se fue hace una semana; se fue aquella misma noche, inmediatamente después de mi visita. Quiere protegerse, por si algo sale mal. ¿Y cómo piensa protegerme a mí, Disenk? ¿Cómo podrá acudir en mi ayuda si está en Abidos?

Sólo había una respuesta, claro: que no acudiría en mi ayuda. Aunque me amara, aunque me deseara, había dicho la verdad al decir que los dos estábamos hechos con el mismo molde. Lo primero era sobrevivir. Aun así, me sentí ofendida y furiosa. Hui seguía siendo el maestro. Era más taimado que yo. «Podría demostrar que hace tres días estabas en tu casa», pensé. «Mis marineros me llevaron allí. El guardia de palacio me esperó delante de tu entrada. Hablé con tu portero para que me dejara entrar.»

«Pero ni los marineros ni el guardia te vieron», prosiguió mi mente. «Y todos tus servidores, desde el portero hasta el imponente mayordomo, mentirán en tu favor, sin duda alguna. Harshira ya lo ha hecho. Nadie podría demostrar que no fui a tu casa para robar el veneno, sabiendo que estabas ausente. Conozco el edificio y los movimientos de todos tus sirvientes. ¡Maldito seas, Hui! Una vez más, te has burlado de mí. ¿Serías capaz de arrojarme a los chacales si se descubriera nuestro plan?»

Mi plan. Me estremecí de forma brusca. Disenk, sin responder a mi estallido, me miraba con una pregunta en su rostro impecable. El plan era mío. Yo había vertido el veneno contra el faraón al oído de Hui, expresando mi ferviente deseo de matar al rey. Él se limitó a decir: «¿Y por qué no lo haces?». Yo me había paseado en las sombras hasta encontrar el mejor medio. Era mi mano la que había mezclado el arsénico con el aceite; yo había llevado el frasco a Hentmira y lo había colocado en sus propias manos. Y el arsénico no era un veneno raro. Se obtenía con facilidad en todas partes. Cerré los ojos y tragué saliva.

—Trae mi caja de medicinas —ordené a Disenk—. Voy a ver a Hentmira.

Todavía había una multitud de mujeres ante la celda que la malhadada joven compartía con Hunro, pero éstas mantenían un reverencial silencio, sentadas en el suelo; algunas tenían la espalda apoyada contra la pared. Al pasar entre ellas me llegó el sonsonete de los cánticos piadosos. La celda estaba abierta. Reuní todo mi coraje para entrar. Hunro levantó la vista en cuanto mi sombra cruzó el umbral. Estaba sentada en su diván, con las piernas cruzadas, fuera del círculo de gente preocupada que rodeaba el otro lecho. Me acerqué a ella.

—¿Qué noticias hay del faraón? —le pregunté, disimulada mi voz por los cánticos de los sacerdotes.

—El asistente del médico ha recibido órdenes de reunirse con su amo junto al lecho del faraón en cuanto tú te hagas cargo de Hentmira —me dijo—. Hui no puede venir, como ya sabrás. Se habla de comida en mal estado. El faraón tiene los mismos síntomas que Hentmira, y anoche compartieron un plato de higos confitados. Al menos, eso se dice.

—¿El faraón está grave?

Hunro miró de soslayo al grupo que rodeaba el diván de Hentmira.

—No lo sé.

Entonces le volví la espalda para acercarme al asistente del médico, al que toqué el hombro con suavidad. El asistente me dejó espacio para que me colocara.

Hentmira estaba a punto de morir. Ya estaba en coma y eso la llevaría pronto ante el portón de la Sala del Juicio. Al inclinarme hacia ella tuve un momento de inexpresable alivio, por no verme obligada a afrontar sus ojos desbordantes de angustia, a oír su voz suave y vacilante, distorsionada por el esfuerzo de la respiración. Tenía la piel fría y viscosa; sus labios entreabiertos habían cobrado un color azulado. Al inspeccionarle de manera subrepticia las palmas de las manos y los antebrazos, vi que estaban cubiertos de un denso sarpullido. Sus ojos estaban entornados y parecían opacos. Las lágrimas del sufrimiento le mojaban la cara. Sus excreciones sanguinolentas habían manchado las sábanas. Di un paso atrás.

—No hay nada que hacer —dijo el asistente—. Gracias a los dioses, las convulsiones han terminado. El guardián ha mandado llamar a sus familiares, pero ¿qué podemos decirles? Morirá antes de que lleguen.

—¿Has podido darle algo? —logré preguntar. Habría querido fustigar a los sacerdotes, que estaban viciando la habitación con su incienso asfixiante y su canturreo estúpido, pero las palabras que entonaban ya no eran para curar, sino para facilitar la separación de *ka* y cuerpo. Y Hentmira las necesitaba.

—He intentado darle amapola, pero no ha podido retenerla —respondió—. Si esto se debe a comida en mal estado, tendré que volver a iniciar mi aprendizaje. A mí me parece obra de un veneno. —Empezó a guardar sus redomas y sus enseres—. Ahora tengo que atender al faraón. Ruego con fervor que no haya tenido que sufrir las torturas de esta pobre joven. La dejo en tus manos, dama.

Apenas me fijé en que se iba. Acerqué un banquillo para sentarme junto a Hentmira. Sabía mejor que nadie que sólo restaba esperar lo inevitable. Ordené que se le cambiaran las sábanas y que se trajera agua caliente. Me obligué a lavar con sumo cuidado los miembros flácidos, el tronco flaco e incluso el rostro ceniciento de la muchacha que me había provocado tantos celos. Aquellos actos eran una penitencia que me imponía a mí misma, un gesto de remordimientos y tristeza, pero no sé si había arrepentimiento en ellos. No lo creo.

Con la mano apoyada en sus costillas, percibí el aleteo leve e irregular de un corazón que no podía continuar latiendo por mucho tiempo. «Oh, Hentmira, perdóname», supliqué en silencio. «Tu corazón lucha con valor por la vida y va a perder, pero cuando lo pesen en la Sala del Juicio, a los ojos de Anubis y Thot, saldrá victorioso. Cuando sea mi turno, en cambio, el mío me acusará. ¿Y sabrán los dioses comprender? ¿Podrás tú? ¿Implorarás por mí a los divinos, gracias a tu misericordia y a tu espíritu generoso?» Como si me oyera, suspiró. Su respiración se cortó una y otra vez. «Mi castigo es verte morir», pensé, apartándome. «Podría haber presenciado la agonía de Ramsés sin el menor reparo, pero tú me desgarras lo más vivo de mi ser.»

Poco después, noté vagamente que la luz había cambiado en el cuarto. El día avanzaba. Entraron un hombre bajo, de pelo gris, y una mujer mayor, tan parecida a Hentmira que el cuerpo yacente en el diván me pareció de pronto un error.

Hablé con ellos, vi cómo tocaban a su hija con manos afligidas e inseguras. Escuché sus llantos cuando por fin, hacia el atardecer, Hentmira lanzó el último suspiro, tan pudoroso y callado como toda su vida. Después de

hacer una seña a los sacerdotes para que cesaran en sus cánticos, abandoné con dignidad mi taburete y me escabullí. Por medio de un mensajero del harén, mandé decir al guardián que era preciso llamar a los sem-sacerdotes. Mientras cruzaba el césped pisoteado, entornando los ojos heridos por el ataque rojo del crepúsculo, me preguntaba si la tumba de Hentmira estaría siquiera en sus comienzos, si habría algún equipo funerario preparado para ella. Me parecía difícil, pues ¿quién habría podido prever la muerte de alguien tan joven?

Al girar hacia mi propia habitación vi que Hunro se acercaba desde los jardines delanteros. Había estado nadando; el pelo, pegado a la cabeza, le colgaba en sueltas guedejas mojadas contra los hombros desnudos. Se había atado con descuido un trozo de lienzo a la cintura.

—Ha muerto —dije, sin ambages—. Lo siento, Hunro.

Hunro hizo una mueca.

—Yo también lo siento —dijo—. Hentmira era una compañera de cuarto muy agradable.

Algo en su actitud, cierta frialdad, cierta distancia, me puso sobre aviso.

—Tienes noticias del faraón —dije.

—Sí. —Inclinó la cabeza y se recogió la espesa cabellera para estrujarla con fuerza. El hilo de agua cayó en el polvo del camino, formando un charco diminuto—. Dicen que vomita y está débil, que se queja de fuertes dolores de cabeza, pero no hay señales de convulsiones y su estado no empeora. —No me miraba—. Creo que va a sobrevivir.

«¿Y quién eres tú para juzgar eso?», habría querido gritarle. «¿Eres médico, Hunro? Yo he aceptado todos los riesgos por ti, por ti, Hui, por tu hermano y por todos los demás. He puesto en peligro mi seguridad y el destino de mi alma, mientras todos vosotros esperabais cruzados de brazos. ¡Aunque fracase, no merezco el desdén que noto en tu cara esquiva!»

—Puede que sí —dije con frialdad a la mejilla y la nacarada oreja que se me ofrecían a la vista—, pero también puede que no. Ya se verá.

Fui la primera en alejarme. Lo hice con los hombros encogidos y una marcha enérgica que disimulaban mi resentimiento y mi incertidumbre. De repente, se me ocurrió que podía seguir sin detenerme. Podía pasar junto a la

entrada al sector de los niños, cruzar el de los sirvientes y llegar a los terrenos de palacio. Podía presentarme en la oficina del guardián de la Puerta y decir a Amonnajt que el rey y Hentmira habían sido envenenados por Hui, Paiis, Banemus, Paibekamon y los otros; que Hunro, siguiendo el plan trazado por todos ellos, había aceptado convertir a Hentmira en una herramienta involuntaria. Querían que yo participara, pero me había negado. Mi visita a Hunro y Hentmira para llevarles el aceite y otras pócimas era algo por completo inocente. Sólo ahora, con la muerte de Hentmira y la enfermedad del faraón, caía en la cuenta de lo que debía de haber pasado. Como médico reconocía los síntomas. Hunro había recibido un veneno del vidente para ponerlo en el aceite de masajes. Eran traidores todos ellos, conspiradores contra el dios y contra el mismo Egipto.

Al llegar a la puerta del patio me detuve. Pero ¿y si el faraón moría? Entonces todos estaríamos a salvo. El príncipe tendría que cumplir su promesa y ascenderme a reina. Sería libre. No importaba que Hui hubiera tomado medidas para protegerse. Yo habría hecho lo mismo. Era mejor esperar un poco más para ver qué pasaba. Giré hacia la puerta de mi habitación.

Como Hui no estaba en la ciudad, me pregunté si me llamarían para colaborar con el médico de palacio. Mis habilidades curativas impresionaban a Ramsés, que nunca había consultado con otro médico en todo el tiempo que compartimos el lecho. La semana siguiente hice que Disenk ofreciera mis servicios a Amonnajt, sabiendo que no hacerlo parecería extraño; además, estaba deseosa de saber en qué estado se encontraba el Señor de Toda la Vida. Pero mi ofrecimiento fue cortésmente rechazado. Pocos días después de la muerte de Hentmira, oí decir que el maestro había regresado y que había ido en seguida a examinar al rey, junto con su médico personal. No trató de verme ni me envió ningún mensaje. Yo empezaba a asustarme.

Hentmira fue llevada a la Casa de los Muertos, pero no hubo en el harén plañidos por ella; sin embargo, durante algunos días todos los edificios se impregnaron de un silencio impresionante. Yo trataba de no imaginar el dolor que estaría soportando su familia ni las horrendas indignidades (necesarias, sin duda) que se perpetrarían en aquel cuerpo hermoso y joven, mientras los embalsamadores la preparaban para la sepultura. No hubo decreto oficial que ordenara observar los setenta días de duelo formal, bien porque no se acostumbrara hacer, bien porque, como yo deseaba, el faraón estaba

demasiado enfermo para pensar en eso.

Empecé a tener extraños sueños en los que abandonaba mi celda y, en lugar de caminar por el césped, mis pies se separaban del suelo y volaba sobre el muro del harén, dejando abajo el complejo del palacio. El espejismo tenía una nitidez asombrosa. Veía toda la finca real extendida debajo de mí, en un oasis de verdes árboles agitados; luego, el polvo y el alboroto de la ciudad que bordeaba las aguas de Avaris. Veía la casa de Hui y, desviándome hacia el Oeste, encontraba el Nilo: una ancha cuerda de plata que serpenteaba hacia el Sur, en un deslumbramiento de calor abrasador. Entonces recordaba mi verdadera situación y la exaltación se esfumaba, reemplazada por un miedo que me hacía caer en mi patio entre gritos y lamentos. Aterrizaba en el césped, con tanta fuerza que se me rompían los tobillos y el dolor me despertaba, sudorosa y llorando.

Mecostaba dominar el deseo de acampar a las puertas del faraón. No quería comer ni beber ni dormir, ni atender a mi hijo, ni dejarme vestir o pintar. No quería hacer nada mientras no supiera lo que estaba ocurriendo tras aquel imponente artesonado de cedro, que tantas veces había cruzado con el corazón lleno de expectación.

Una y otra vez repasaba en la mente los sucesos de los últimos días. ¿Me habría dado Hui suficiente arsénico? ¿Cuál era el motivo de que Hentmira hubiera muerto tras envenenarse tan sólo las manos, si sobrevivía el rey, al que sin duda se había ungido por completo con el aceite? ¿Acaso era su divinidad lo que lo salvaba? ¿O los dioses, al reconocer a uno de los suyos, intervenían para aminorar los efectos de la ponzoña?

Pero después de estudiar el problema a la manera febril y obsesiva con que empezaba a emplear para todo, decidí que, de los dos, era Hentmira quien había recibido la dosis mayor. Ella se había cubierto varias veces las manos con aceite, mientras que el faraón recibía el arsénico una sola vez en cada parte de su cuerpo en la que la joven aplicaba el masaje. Debería haber pensado en eso. Y también Hui. Me maldije por mi estupidez. Pero como de palacio no llegaba ninguna noticia, todavía confiaba en que el rey, al final, muriera.

En el harén reinaba un clima tenso. Las mujeres no hablaban de otra cosa que no fuera el precario estado de salud del faraón. Por las puertas de las celdas escapaba el humo de incienso: las mujeres oraban ante sus altares

privados. Todavía se reunían los grupos en el césped, pero las conversaciones eran serias y nadie levantaba la voz. Ordené a Disenk que pasara todo el tiempo posible con los servidores personales del rey. Eran gentes bien adiestradas y llenas de tacto, que sabían mantener la boca cerrada, pero no dejarían de comentar el tema entre ellos. Por otra parte, ¿no era Paibekamon uno de ellos?

Durante tres días Disenk me dio sólo noticias muy vagas. Hui había celebrado una consulta con el médico personal. El rey seguía vomitando y cogiéndose la cabeza. Se rezaba por él en todos los templos. Pero al cuarto día pudo decirme algo más definitivo.

—He podido hablar con el mayordomo. Se le ordenó examinar todo lo que comió y bebió el rey el día en que cayó enfermo —me dijo, mientras me preparaba la cena—. Se llamó a un esclavo para que catara todos los platos y todas las jarras de las que se sirvió vino al faraón. El hombre no presenta ningún síntoma. —Me miró de soslayo—. Ahora se sospecha que hubo veneno y se están estudiando los movimientos de todos los que estuvieron cerca de Ramsés. También se analizan sus ropas, sus utensilios y cosméticos.

Bajé la mirada y la fijé en los platos que ponía delante de mí: la lechuga y el apio, el humeante deleite de los puerros y el pescado recién asado, el brillo oleoso de los dátiles macerados en miel. Una rosada flor de loto flotaba delicadamente en el agua perfumada del cuenco para lavarse los dedos; su fragancia llegó vagamente hasta mí. Me resultaba imposible llevarme aquellos alimentos a la boca.

—Nadie puede sospechar de Hentmira —susurré—. Ella ha muerto. Por lo tanto, estoy a salvo.

—Tal vez. —Disenk me hizo una reverencia y se instaló detrás de mi silla, como lo hacía siempre cuando me servía—. Pero el faraón se está recuperando, Thu. Esta tarde ha dormido profundamente y ha podido tomar algo de leche.

Yo permanecía inmóvil, sin poder llevar una mano a la ensalada que tenía delante de mí.

—Habla con Paibekamon —dije, con voz débil e insustancial—. Pregúntale qué ha hecho con el frasco de aceite.

—Quería hacerlo —respondió—, pero no lo he encontrado.

No pude verle la cara.

Durante dos días más sufrí aquel peso de horror inminente que me oprimía y no hacía sino crecer con el paso de las horas. Disenk y yo entretejíamos nuestra mutua rutina con la precisión de la larga familiaridad. Si yo tenía la impresión de que no me hablaba tanto como antes, quizá fuera sólo cosa de mi imaginación.

Los heraldos anunciaron públicamente, en todos los patios del harén, que el faraón se estaba recuperando. Las mujeres volvieron a sus chismorreos ociosos con obvio alivio. Yo también traté de retomar las pequeñas tareas que llenaban mi tiempo, pero descubrí que estaban cargadas de ese mismo horror. Cada palabra, cada acto adquirirían un significado profundo, pero ininteligible, como si no me pertenecieran en absoluto. Aun cuando tenía a Pentauru en brazos, besándolo y acunando su calor regordete, el niño parecía pertenecer a otra, a otro tiempo; cuanto más lo estrechaba contra mi cuerpo, en creciente pánico, más intangible me volvía.

Algún rincón de mi mente sabía que, con cada instante transcurrido, se alejaba el peligro de ser descubierta. Tendría que haber ido relajándome poco a poco, en una progresiva seguridad. Pero, por el contrario, el terror crecía en mí y, con él, la extraña certidumbre de que la fatalidad ya se había apoderado de mí, de que cada hora era el préstamo de una promisorio vida de paz, conocida *hentis* antes.

A menudo, tensa en la silla o paseándome detrás de mi puerta, me atacaba un loco impulso de huir, de abandonar el harén para perderme en las huertas y los campos, más allá de la ciudad. Ramsés, Hentmira, Kenna, Hui, Disenk e incluso mi hijo: me desprendería de ellos durante la marcha, hasta que mis pies descalzos, inocentes y libres, hallaran la abrasadora limpieza del desierto. Entonces volvería a ser niña, con toda la vida por delante.

Pero era sólo un sueño, una fantasía de absolución curativa, cuando en realidad no era posible purgar la culpa ni la enfermedad de mi *ka*. Murió cuando se presentaron los soldados para arrestarme.

CAPÍTULO 24

Los dos guardias oscurecieron el dintel de mi puerta mientras yo esperaba a que Disenk apareciera con la comida matutina. La nodriza acababa de amamantar a Pentauru y se disponía a retirarse. Yo jugaba con él en el diván, haciéndole cosquillas en el vientre para oír su risa contagiosa. Los hombres entraron sin llamar. Cuando levanté la vista estaban ya junto al diván, con las espadas en la mano, impávidos los rostros bajo el casco. Su amenazadora presencia llenaba la pequeña habitación. El heraldo que los acompañaba dio un paso adelante. Pentauru se echó a llorar; yo cogí la sábana para cubrirme.

—Dama Thu —dijo—. Quedas arrestada por haber intentado asesinar al rey. Vístete. —Como la nodriza empezó a gritar, el heraldo giró hacia ella, impaciente—. ¡Silencio, mujer! Llévate al niño. ¡Pronto!

No me moví.

—Esto es ridículo —dije con altanería, estrechando a Pentauru contra mi pecho; el niño me miró con ojos asustados—. Te has equivocado de celda. Por lo que me han dicho, el rey ha ingerido comida en mal estado. —Mis piernas temblaban, pero las obligué a obedecer. Me levanté del diván para retroceder, siempre con Pentauru en brazos—. No creo que el rey haya ordenado esta intromisión. ¡Muéstrame la prueba! ¡Y tú —ordené a uno de los soldados, que me miraba con atención de pies a cabeza—, baja la vista al suelo! Soy concubina real.

Pero el soldado siguió comportándose como si no fuera con él. El heraldo sacó un rollo delgado y me lo entregó.

Lo sacudí para abrirlo, protegiendo a mi hijo con el brazo. Era una orden dirigida al capitán de la Guardia de Palacio para que me pusiera bajo custodia, bajo los cargos de blasfemia, que como tal era calificado el intento de asesinar a un dios; estaba firmada por Ramsés. Su nombre y sus títulos, aunque escritos con mano trémula, se reconocían perfectamente. La arrojé de nuevo

al heraldo.

—¿Dónde están las pruebas? —le increpé.

A modo de respuesta hizo un gesto al guardia que me estaba mirando. El hombre se apoderó de Pentauru y, arrancándolo de mis brazos, lo entregó con brusquedad a la nodriza, casi como si se lo arrojara. La mujer me miró con ojos asustados y salió corriendo. Lo último que vi de mi hijo fue un mechón de pelo negro y rebelde que asomaba por encima del moreno codo de la mujer, pero sus lloros resonaron durante mucho rato.

—Vístete —repitió el heraldo, impasible.

Negué con la cabeza.

—Yo no me visto sola. Esperaré a que vuelva mi servidora personal.

—No, dama, no esperarás. —El heraldo miró a su alrededor y, viendo en una silla el sayo que había dejado allí la noche anterior, lo cogió y me lo ofreció—. Ponte esto. Se te atenderá más tarde.

No me quedó más remedio que obedecer. Con insolencia, aunque tenía el pulso acelerado y me mareaba, dejé caer la sábana y me pasé por la cabeza, con fríos movimientos, el sayo que me ofrecía, asentándolo sobre las caderas con un gesto pensado. Luego dirigí una mirada inquisitiva al heraldo, que tragó saliva y, tras dedicarme una súbita sonrisa llena de dulzura que me desarmó, me hizo una reverencia. Salí tras él.

El patio ya estaba lleno de mujeres y niños que guardaron silencio al verme pasar, descalza y desaliñada, pero con la cabeza erguida. Me precedía el heraldo y me flanqueaban dos corpulentos guardias. Giramos a la izquierda para atravesar el recinto de los sirvientes; después de cruzar su patio de tierra apisonada, franqueamos el portón trasero.

Como era la primera vez que pasaba por allí, miré a mi alrededor con curiosidad. Estaba en el borde de un amplio espacio, sin duda un patio de maniobras, pues en un extremo había una plataforma. En el otro estaban las barracas. Los soldados descansaban frente a sus puertas, lustrando la armadura o reparando las armas. Un grupo jugaba con una pelota grande y muchos gritos bulliciosos. Pasamos sin que se fijaran en nosotros y, tras volver una esquina, llegamos a una hilera de diminutos calabozos que se levantaban frente a un sucio tramo de arena y tierra. Muy lejos, a mi

izquierda, divisé los establos. Junto a ellos se alineaban los carruajes: filas y filas de vehículos relucientes. El sol castigaba de modo implacable aquel lugar desierto y horrible, pero no tuve mucho tiempo para estudiarlo. Los guardias me empujaron hacia una de las celdas.

—Se te traerá comida —dijo el heraldo— y una sirvienta te entregará las cosas que necesites.

Abrí la boca para formular una de las muchas preguntas que empezaban a hervir en mi mente, pero la puerta ya se había cerrado. Me encontré sola.

Cuando mis ojos se adaptaron a la oscuridad, miré a mi alrededor. Las paredes y el suelo de mi prisión eran de ladrillo desnudo. Por todo mobiliario no había más que un viejo catre, una mesa sencilla y para de contar. Un pequeño ventanuco abierto en la puerta dejaba entrar un poco de luz. Corrí hacia él, pero sólo vi a los dos guardias que me habían escoltado; se apostaban a ambos lados de la entrada.

Me senté en el catre. Me habían arrestado. Era una prisionera de clase diferente a la de las mujeres del harén. Sin embargo, no me desesperé. Todo lo contrario, la terrible ansiedad con que había vivido últimamente iba cediendo poco a poco. Todo eso era una molestia pasajera. Por muchas sospechas que cayeran sobre mí, no había pruebas evidentes que me vincularan al intento de asesinato del rey. Siempre que Paibekamon hubiera tenido la inteligencia de destruir el frasco de aceite, claro.

Esta idea me inquietó un momento; pasándome los dedos por el pelo desgreñado, la deseché de forma deliberada y me entretuve con fantasías más gratas. Me absolverían. Ramsés, arrepentido, me mandaría llamar para disculparse. Derramaría lágrimas de amor. Me estrecharía entre sus brazos, contrito, y el pasado quedaría olvidado. La celda olía a orines y a ajo. Olía a desesperación, angustia y olvido. Yo esperaba, con las manos apretadas entre las rodillas.

Al cabo de mucho rato, durante el que el calor del cuarto fue en aumento, me empezó a doler la cabeza. La puerta se abrió de par en par y dio paso a una muchacha que llevaba una bandeja. La dejó en la mesa y me miró con aire estúpido. Abandoné el catre para ver qué me había traído. Había un cuenco de sopa, pan tierno, un poco de fruta y una jarra de cerveza.

—¿Y tu reverencia? —le pregunté en tono áspero.

La joven se inclinó en seguida.

—Disculpa, dama Thu —tartamudeó—. ¿Hay algo más que pueda traerte?

—Sí, puedes traerme a Disenk.

La muchacha se sonrojó. Sus manos se buscaban con torpeza.

—Con tu permiso, dama Thu, a Disenk no se la ha visto hoy en las habitaciones de servicio. De todos modos, el guardián me ha elegido para que te atienda.

La miré con horror.

—¿Que Disenk no va a atenderme? ¿Por qué?

—Lo ignoro, dama.

Sus ojos me evitaron, lo que le confirió un aspecto engañoso, aunque probablemente era una muchacha simple y honesta, todavía no del todo adiestrada.

—En ese caso —dije en tono corrosivo—, puedes ir a mi celda y traerme la ropa y los cosméticos. Tráeme también las joyas y las dos cajas que encontrarás en el arcón, contra el muro interior. Uno contiene mis medicinas; el otro, algunos recuerdos de mi infancia. Tráeme los almohadones y algo para cubrir este suelo. Sobre todo los almohadones, ¿comprendes? Necesito algunas comodidades en este sitio abominable. Visita la habitación de los niños, pues necesito saber si mi hijo está bien y en buenas manos. Luego irás a decir al guardián que quiero hablar en seguida con él.

La joven volvió a inclinarse y retrocedió hacia la puerta, pero en aquel momento se me ocurrió una idea y señalé la comida.

—Espera. Prueba mi comida.

La observé con cuidado mientras se llevaba la sopa a la boca, luego cogía una pequeña porción del pan, mordía la fruta y bebía un sorbo de cerveza. Le temblaban las manos, pero creo que era más por timidez que por miedo. Las dos esperamos. Yo sabía que todo aquello era inútil; si una mano sabia había decidido ahorrar al palacio las molestias de un juicio, existían muchos venenos que obraban con lentitud, de forma insidiosa, pero probablemente sólo Hui y yo, en toda Pi-Ramsés, lo sabíamos. La muchacha se mantenía

firme, con la mirada gacha. Por fin le permití retirarse y acerqué la mesa al catre. Comí los sencillos alimentos en medio del calor y el silencio, sin que nadie me atendiera.

Luego volví a esperar. Al cabo de un rato, algunas moscas entraron en la celda por el ventanuco, atraídas por los restos de la comida, que se pudrían con rapidez, y se dedicaron a explorar los platos. No disponía de un matamoscas para ahuyentarlas. De vez en cuando, mis guardias intercambiaban una o dos palabras o alguno de ellos cambiaba de posición, con un crujido de cuero.

Por fin, oí que se ponían en posición de firmes y me puse tensa. La puerta se abrió y Amonnajt entró haciendo una reverencia. Lo seguía la sirvienta, pero con los brazos vacíos. Después de ejecutar una torpe inclinación, recogió la bandeja y volvió a salir, seguida por una nube de moscas.

Me volví hacia el guardián.

—¿Dónde están mis pertenencias? Creo que no soy una prisionera vulgar, Amonnajt. No se me pueden negar algunas comodidades.

Amonnajt inclinó la cabeza, lo que me permitió oler su perfume. En aquel ambiente la blancura de sus lienzos deslumbraba; llevaba piedras preciosas que me hacían guiños con sus reflejos. Iba impecablemente maquillado. Una vez más cobré conciencia del abismo que nos separaba, sobre todo porque yo iba todavía sin lavar y con el sayo usado la noche anterior. Pensé que todo había sido planeado de aquel modo para que me sintiera en desventaja. Pero no les daría resultado.

—Mis más profundas disculpas por estas constantes molestias, dama Thu —replicó el guardián—. Podrás recibir lo que has pedido en cuanto se haya llevado a cabo una profunda inspección de tu cuarto. Se te acusa de un delito muy serio, pero mientras tu culpabilidad no se demuestre, se me permite hacer todo lo que pueda para facilitarte tu estancia aquí.

Me invadió un miedo cervical. El almohadón. ¿Encontrarían el rollo?

—Este catre ni siquiera tiene ropa ni colchón —protesté—. No puedo acostarme aquí. ¿No pueden traerme al menos las sábanas y los almohadones? Y mi tótem, Uepuauet. ¿Me está prohibido también orar ante la representación de mi dios? ¿Quién se encarga de esa insultante inspección?

Amonnajt sonrió con aire tranquilizador.

—Tu caso ha sido puesto en manos del príncipe Ramsés. Puedes estar segura de que tendrás un juicio justo, dama Thu. Es un hombre honrado. Ya he preguntado cuándo se te devolverán tus pertenencias y me ha prometido que será al atardecer.

«Entonces sus subordinados habrán revisado todos los arcones, me habrán tocado los cosméticos y las joyas y habrán desgarrado el colchón y los almohadones», pensé con cinismo. «¿Encontrarán el rollo? Claro, porque el hombre encargado de violar mis pertenencias ha recibido el secreto encargo de buscarlo; sabrá reconocer la letra del escriba del príncipe entre las recetas, las cartas y los informes de mi capataz que llenan los arcones. Hice mal en no prever esta contingencia. No debería ser tan confiada.»

—En ese caso, supongo que debo tener paciencia —dije con suavidad—. Me gustaría ver a mi hijo, Amonnajt. ¿Quieres hacer que me lo traigan?

Una vez más, negó con la cabeza.

—Lo siento, dama, pero no me está permitido. Me he asegurado personalmente de que se le trate bien en la habitación de los niños. La nodriza se encargará de alimentarlo y he hecho a Eben personalmente responsable de su bienestar.

Enarqué las cejas.

—¿A Eben? ¿A la concubina a la que suplanté en el afecto del faraón? Ha sido una elección estúpida, Amonnajt. ¡Protesto enérgicamente! Eben descuidará a Pentauru; lo tratará mal por los celos que tiene de mí.

—No lo creo —me contradijo con voz suave el guardián—. ¿Acaso no estás ahora en una situación mucho peor que la suya? Te tiene algo de simpatía y ha prometido ofrecer a Pentauru el mejor de los cuidados.

Me mordí los labios, apretando los puños a la espalda. ¡Verme obligada a aceptar ayuda y solidaridad de aquella mujer! ¡Verme humillada ante sus ojos! Era demasiado. Sentí sabor a sangre y me limpié la boca.

—Debo confiar en tu criterio, Amonnajt —dije—, pero te ruego que la vigiles con atención. En el corazón de Eben duerme mucha maldad.

—Ya no —me corrigió—. Eben ha aprendido muchas lecciones desde que el faraón la puso a cargo de los niños pequeños. Ha madurado. De no ser así,

no le habría confiado a Pentauro.

No me gustaron las palabras con las que intentaba convencerme. Me provocaron un escalofrío.

—Espero que tengas razón —dije, ceñuda—. ¿Y Disenk? Te ruego que me la traigas, guardián. Es mi mano derecha desde hace años. ¿Por qué le impides que me atienda?

—No se lo impido yo —dijo Amonnajt, con franqueza—. Es el príncipe, que la retiene para interrogarla.

—¿Sobre qué? —estallé, pues el enojo y el miedo me abrumaban—. ¡Toda esta acusación es insultante! ¡Soy inocente de todo mal! ¿Qué prueba queréis conseguir arrasando mi cuarto y sometiendo a un interrogatorio a la pobre Disenk?

El guardián se me acercó para acariciarme el hombro, como si tratara de calmar a un caballo nervioso. Me aparté con un brusco movimiento.

—Tranquilízate, Thu —dijo en voz baja—. Si en verdad eres inocente, no tienes nada que temer. Se te hará un juicio y serás absuelta.

—¿Un juicio? Eso significa que han descubierto algo. Alguien ha proporcionado al príncipe una evidencia falsa. Oh, dioses, Amonnajt, ¿cuál de mis enemigos será el que pronuncie mi sentencia? ¡No me abandones, guardián de la Puerta! Siempre has sido amigo mío. ¡No dejes que me destruyan!

Amonnajt se dirigió a la puerta.

—Llegaste al harén con un cúmulo de promesas —comentó, mientras golpeaba para que el guardia le permitiera salir—. Eras bella, voluntariosa e inteligente. En ti encontré la posibilidad de que mi rey fuera feliz y por eso apoyé tu causa. Pero también eras astuta y fría; me entristeció que trataras de utilizar a mi amo, al que sirvo con amor. Atiendo los asuntos de muchas mujeres. Elogio y castigo, consuelo y reprendo. La mayoría de mis pupilas son sólo niñas caprichosas, pero tú eras distinta. Si se te declara culpable siendo en realidad inocente, haré todo lo necesario para descubrir la verdad y para que recuperes el favor del rey. Eso está en mi poder. Tus pertenencias te serán devueltas al caer el sol.

El guardia había abierto la puerta y esperaba. Amonnajt me hizo una

reverencia y la puerta se cerró tras él.

Volví a sentarme en el colchón manchado y me crucé de brazos. La sirvienta me había dejado la jarra y una copa, pero no sentía deseos de beber la escasa cantidad de cerveza que había dejado antes. Empecé a mecarme, profundamente atribulada. Era culpable. Por supuesto que era culpable. Pero mientras no se encontrara ninguna prueba, tenía esperanzas de que me pusieran en libertad. El rollo sería descubierto, sin duda, y el príncipe lo quemaría en seguida. En aquel mismo instante sus hombres debían de estar desgarrando mis almohadones y mi colchón. El contenido del documento podía involucrarlo conmigo de forma indirecta; si deseaba que lo nombraran Halcón-en-el-Nido, no podía permitir que le rozara siquiera la sombra de una sospecha.

Pero aquélla era la única prueba contra mí. No había otra. ¿Y se me podía condenar por haber aceptado apoyar al príncipe frente a su padre, a cambio de una promesa de ascenso? Una vez el joven Ramsés destruyera el rollo, no habría nada que me señalara como la asesina de Hentmira o la que estuvo a punto de quitar la vida al faraón. Mientras el arrogante Paibekamon desempeñara bien su papel... Me levanté dando un suspiro y me acerqué a la puerta.

—Quiero agua y un poco de incienso para quemar aquí, si está permitido —dije—. El hedor se está volviendo insoportable.

Uno de los guardias giró la cabeza.

—Nuestra guardia está a punto de acabar —me dijo—; cuando llegue el relevo haré que te traigan agua. Quizá entonces ya tengas tu incensario.

Aparté la vista hacia la cegadora extensión de tierra y retrocedí una vez más al catre.

Debí de quedarme medio dormida, pues al recuperar la plena conciencia me encontré acurrucada en el maloliente colchón y un rayo de luz roja me caía en la cadera. Fuera había mucho jaleo. Confusa por un momento, supuse que estaban cambiando la guardia. Casi en el mismo instante caí en la cuenta de que estaba atardeciendo; una cara desconocida, bajo su imponente casco, abrió la puerta. Entumecida y sedienta, me puse en pie.

El cuartucho empezó a llenarse de hombres. Un escriba fue hasta la pared opuesta y, tras mirar con desdén el frío suelo, tendió una esterilla de juncos y

se sentó en ella con las piernas cruzadas y una paleta en las rodillas. Detrás entraron cuatro personajes a los que no reconocí. Me recorrieron con la mirada, curiosos, desaprobadores, anhelantes. Entraba tras ellos el príncipe en persona, con un pequeño objeto envuelto en lienzos. El corazón me dio un vuelco. Mientras extendía los brazos para hacer una profunda reverencia, sentí que el aliento se me atascaba en la garganta y me costó dominar la respiración. No podía ser. ¡No podía ser! Me erguí para enfrentarme a aquellos ojos, que en otros tiempos me habían soliviantado el cuerpo, dando a mis sueños la fiebre de la lujuria. Estaba más guapo que nunca y llenaba el pequeño cuarto con su virilidad y su buena salud, pero yo ya no lo deseaba. Era un bonito juguete cuyos brillantes colores disimulaban la falta de personalidad. Cuando habló, su voz me provocó un estremecimiento que desapareció casi en seguida.

—Quiero presentarte a los hombres que van a juzgarte, Thu —dijo. Sus dedos enjorrocados se movieron de uno a otro—. Karo, portador del abanico a la izquierda del rey; Pen-rennu, intérprete y traductor real; Pabesat, canciller real; Mentu-em-taui, tesorero real. Todos son honrados servidores del faraón y de los dioses, que han jurado ser imparciales en su veredicto.

Yo trataba de no mirar aquello que el príncipe llevaba en la otra mano y buscaba en mí una compostura que me tuviera alerta de cualquier circunstancia. ¿Qué papel podía desempeñar? Todavía no estaba segura. Me incliné con respeto ante cada uno de los ministros.

—Os saludo, señores de Egipto —dije—. Perdonadme por no haceros como es debido los honores, pero aquí no tengo las comodidades necesarias. Y como veis, hoy no he podido atender a mi higiene personal. —Me estiré del pelo con una triste sonrisa—. Estoy lamentablemente sucia.

Karo, el portador del abanico, me sonrió; los otros continuaron mirándome con aire solemne, como si fueran medio tontos. Me volví hacia el príncipe.

—He leído hace poco los cargos que se presentan contra mí, alteza —dije—. Hablas de jueces y veredictos, pero ¿no te parece prematuro? ¿Dónde están las pruebas de que yo tenía intenciones malignas contra mi rey? ¿O esto es sólo un intento de desacreditarme, porque te has arrepentido de haberme firmado el compromiso de hacerme reina si tu padre te nombraba heredero oficial?

«Sé la primera en atacar», había pensado, mientras mi boca se ocupaba de buscar la simpatía de los ministros. «Sé el escorpión que Ramsés imaginaba. Trata de clavarle el aguijón a este pérfido príncipe.» Tuve la satisfacción de ver que enrojecía y parpadeaba con celeridad, pero se repuso en seguida.

—Semejante compromiso existe sólo en tu corrupta y ambiciosa mente, dama —replicó en voz alta—. Es bien sabido que una noche, muy tarde, fuiste a mis habitaciones para echarme en mis brazos en un torpe intento de seducción.

Creo que iba a continuar, pero vio la trampa en la que yo esperaba hacerlo caer y cambió de tema, tratando visiblemente de dominarse. Me mostró el objeto, retirando el lienzo hacia atrás, y comprendí que estaba frente a mi verdugo.

—¿Este frasco es tuyo?

—No.

—¡Qué extraño! Muchas personas del harén, concubinas y servidoras incluidas, lo han identificado como el que solías sacar de tu caja cuando querías curar un miembro entumecido o dar un masaje a una paciente enferma.

Me encogí de hombros.

—Yo tenía uno así, príncipe, pero me ha desaparecido. Ese frasco es muy común. Las alfarerías los fabrican a millares.

—¿Dices que desapareció? —insistió él—. ¿Cómo puede desaparecer algo de tu caja de medicamentos? ¿No pones cuidado con tus remedios?

—Claro que sí, pero la mezcla de aceites que utilizo es de especial eficacia y ha aliviado a todas las personas a las que se la apliqué. Probablemente me la robaron. Las mujeres del harén no siempre son honradas.

—No brindó alivio a mi padre ni a la pobre Hentmira —replicó, ceñudo.

Abrí los brazos en un fingido gesto de disgusto. Tenía perfecta conciencia de la concentración con que nos observaban los otros hombres, inmóviles e impávidos. Se oía con toda claridad el suave susurro del papiro utilizado por el escriba.

—¡Conque a esto se debe mi arresto! —exclamé nerviosa y acalorada—. ¿Alguien robó mi precioso aceite y dio un masaje a Hentmira hasta matarla? ¡No seas ridículo, Alteza!

El príncipe extendió el frasco, sonriendo con sarcasmo manifiesto.

—Toma esto, Thu. Sosténlo en la mano.

Retrocedí.

—¡No! ¿Me equivoco? ¿Alguien añadió veneno a mi aceite? ¿Es así como murió Hentmira? Pero ¿y el faraón? Si lo toco, ¿no enfermaré yo también?

—Deberías conocer la respuesta mejor que nadie —observó el príncipe. Seguía ofreciéndome el frasco, inofensivo si se le cogía con un lienzo—. Tú mezclaste arsénico al aceite. Se lo entregaste a Hentmira, creyendo que lo emplearía para dar un masaje a mi padre y que le causaría la muerte. Pero fue ella la que murió. Los dioses han protegido al faraón, que es uno de los suyos. El faraón ya se ha levantado y se siente apesadumbrado por tu traición.

—¿Cómo sabes que hay arsénico en el aceite? —le pregunté en voz baja—. No eres médico, príncipe. ¿Quién te lo ha dicho? ¿Y quién te ha contado esa historia tan sucia y maliciosa?

El pánico se iba acercando a la superficie de mi piel. Sentí que algo me corría por la espalda y se me secaba la boca. Pese a la audacia con que me enfrentaba al príncipe, ya estaba apartando la venda que me cubría los ojos. Pronto me la quitaría, permitiéndome verlo todo. Todo...

—Cuando Hentmira murió, estando el rey todavía enfermo —dijo—, Paibekamon fue a verme. Llevaba este frasco en la mano, una mano cubierta de sarpullido. Me explicó que, tras la última noche de Hentmira con el faraón, había encontrado esto bajo el diván. Sabía que la muchacha había utilizado su contenido para aplicar a mi padre el masaje que tanto le gustaba, pues atendió a su amo durante toda la noche, como de costumbre. Reconoció el frasco como tuyo, pues tu mezcla de aceites tiene un aroma especial, y supuso que Hentmira te lo había pedido porque al faraón le gustaban sus efectos. Sólo sospeché que su sarpullido se debía al aceite restante cuando ordené investigar la comida y la bebida del faraón, en busca de podredumbre o veneno. Aquella investigación no descubrió nada malo. Paibekamon se acordó del frasco y me lo dio. Entonces ya suponía que su enfermedad era consecuencia del contacto con el aceite.

—¿Conque fue Hentmira la que me robó el aceite! —interrumpí—. Pero ¿por qué envenenarlo? ¿Para hacerme caer en desgracia a mí, porque era su única rival? ¿Tan insegura estaba de su posición de favorita? Hentmira no sabía nada de venenos, príncipe. ¡No me extraña que se haya envenenado a sí misma! —Yo era un animal acorralado, presa del máximo terror. El sudor me corría por la cara, pero conservaba un resto de dominio sobre mí misma—. ¿Cómo sabes que fue arsénico lo que añadió al aceite?

El príncipe sonrió; fue una mueca tan pletórica de triunfo y desprecio que una nueva oleada de miedo me inundó el cuerpo.

—Hentmira no lo añadió. Fuiste tú, dama. Hoy he interrogado a muchas personas, empezando por tu sirvienta Disenk y terminando por el vidente. Puedes sentarte. Pareces a punto de perder el conocimiento.

Me encontré encorvada en el catre, sin noción de haber bajado el cuerpo hasta allí. Supe entonces que llegaba el final, que no había esperanza. Había sido cruelmente traicionada. Estaba sola por completo. Casi me fue posible oír el ruido de la venda que me arrancaban de los ojos, pero no quise verlo todo. Todavía no. La verdad sería demasiado horrible para soportarla.

Erguí lentamente la espalda y, con un esfuerzo supremo, miré el rostro inigualable del príncipe.

—¿Y qué han dicho? —logré pronunciar—. No puede haber sido nada que me incrimine porque no he hecho nada malo.

—Disenk dice que, dos noches antes de que Hentmira llevara el aceite a la alcoba de mi padre, despertó y te vio sola a la luz de las lámparas, vertiendo un polvo blanco en este frasco. Cuando te preguntó qué estabas haciendo, le dijiste que, como no podías dormir, habías decidido preparar más mezcla. Ese polvo le llamó la atención, pero como sabes mucho de hierbas y remedios, no te hizo más preguntas.

—Es mentira —dije, con voz apagada.

Pero no pude continuar. ¿Acaso la verdad de aquel pequeño diálogo no era todavía más perjudicial? El príncipe apenas hizo una pausa. Tuve la impresión de que disfrutaba acumulando las circunstancias que me condenarían. ¿Era porque yo le había fallado? ¿O porque aquella noche, que yo recordaba tan bien, me había arrancado de sus brazos con un esfuerzo incomprensible para él y había herido con ello su vanidad masculina?

—Al día siguiente preparaste un cesto —continuó—. En él pusiste, entre otras cosas inocuas, el frasco de aceite. Visitaste a la dama Hunro, tu vieja amiga, con la que compartías antes la habitación. Una vez allí, te mostraste muy simpática con la pequeña Hentmira, la concubina que te había reemplazado en el lecho de mi padre. ¿Por qué? Para ganarte su confianza, claro. Era una niña confiada. Se mostró muy feliz al recibir de tus manos el aceite que tanto le gustaba al rey. La dama Hunro dice que se lo entregaste con muchas palabras de amistad, exhortándola a utilizarlo con liberalidad y tan pronto como quisiera.

—Eso también es mentira —repuse con voz monótona. Hunro, la que me había guiado durante mis primeras semanas en el harén. Hunro, que según Hui era digna de la más absoluta confianza. La que me había cogido bajo su protección y aseguraba que me admiraba. Su traición no me hería tanto como la de Disenk, pero los golpes se sucedían con celeridad, dando cada uno en su blanco, y yo me tambaleaba de dolor como borracha—. Las has torturado, príncipe, para hacerles decir lo que deseabas oír.

Uno de los jueces habló.

—A diferencia de los bárbaros, en Egipto no utilizamos la tortura para obtener confesiones o información —dijo con voz serena y acompasada—. Su Alteza ha realizado la investigación con el mayor tacto y amabilidad posibles.

No sé quién era el que me sermoneaba. No me molesté en desviar la mirada.

—Hentmira llevó el aceite a la alcoba de mi padre y lo ungió con él —prosiguió el príncipe—. Ella empezó a sufrir los efectos del veneno casi en seguida. El faraón también.

—Hentmira añadió el veneno y luego llevó el aceite a la alcoba de tu padre —corregí sin interés.

El príncipe negó con la cabeza.

—Hentmira no sabía nada de venenos ni tenía modo de obtenerlos —objetó—. Es más, no tenía motivo alguno para hacer daño al faraón. ¿Acaso no era su favorita? ¿No le esperaban muchas bendiciones? No, Thu. El veneno provino del vidente. Te lo dio él mismo. Furiosa por el rechazo del rey y el deseo de venganza, lo usaste contra el divino dios, tanto como si se lo hubieras aplicado tú misma.

Me pasé una mano trémula sobre el rostro. En la habitación hacía un calor insoportable, aunque la luz del sol se apagaba con celeridad. Me sentía sucia y cansada. Me dolía la mandíbula.

—Conque también mi mentor está acusado de intento de asesinato, ¿eh?
—pregunté, con tanto sarcasmo como pude.

El príncipe se mostró espantado.

—¡Por todos los dioses, no! Pero es típico de ti sugerir semejante cosa. En las primeras horas de esta tarde he ido en persona a la finca del vidente. Se ha horrorizado al enterarse de la acusación que pesa contra ti. En cierto modo, se considera responsable, porque fue él quien te enseñó las artes de curar y te trajo a palacio. Dice que lo visitabas a menudo para reponer las medicinas de tu caja y que, la última vez que lo hiciste, muy poco antes de que él partiera hacia Abidos, le pediste arsénico para librar a una paciente de parásitos intestinales. El vidente te aconsejó que tuvieras mucho cuidado con el polvo, puesto que no tenías experiencia ni lo habías pedido antes. Solicitaste una cantidad que le pareció exorbitante y, ante sus protestas, te echaste a reír, asegurando que utilizarías el resto para matar las ratas del harén, mezclándolo con cereales húmedos. Después de tranquilizarlo así, volviste a tus habitaciones. No hace falta decir que, cuando revisamos tu caja de medicinas, no había arsénico allí. Eres culpable, dama Thu. Estos hombres verificarán mis palabras antes de pronunciar la sentencia, pero no dudo de que estarán de acuerdo con la conclusión a la que he llegado.

Quería ponerme en pie, reunir todo mi orgullo para desafiar a aquel príncipe increíblemente hermoso y justiciero, que tan benévolo parecía antes de abandonarme como todos los demás. Pero las piernas se negaron a obedecerme. Imaginaba mi aspecto, con el sayo sucio pegado a la piel húmeda, los mechones de mis cabellos desmadejados contra el cuello y los pies cubiertos de polvo gris por el suelo de aquella maldita celda. Pese a los perfumes mezclados de los cinco hombres, el aire estaba cargado de mi hedor y ellos lo percibían. Me sentí avergonzada, pero no me dejé intimidar del todo.

—Quiero hablar con el faraón —dije—. ¿No se me dará la oportunidad de presentarle mi caso? ¿Ni de asistir a mi propio juicio?

—Puedes dictar una petición al Grande —respondió el príncipe. Estaba envolviendo otra vez el frasco, con cuidado de no tocarlo—. Mañana te

enviaré a un escriba. Pero ya conoces la ley egipcia, Thu: no puedes estar presente en tu juicio. Se escucharán todas las declaraciones y el faraón desea que todo sea limpio. En ese aspecto no debes preocuparte.

—¿Y mis pertenencias?

—En este mismo instante están frente a la puerta.

—¿Y Disenk? ¿Está también ahí?

Me había traicionado, pero yo esperaba todavía que hubiera sido por el temor de todo subordinado a la autoridad suprema; en mi angustia, quería ser atendida por manos familiares. Pero el príncipe volvió a negar con la cabeza.

—Ha solicitado al guardián de la Puerta que le permita volver con su antigua ama, la hermana del vidente, la dama Kauit. Su solicitud ha sido aceptada.

—Conque todos me han abandonado. —Ahora deseaba desesperadamente que el príncipe saliera, para poder llorar en la intimidad, pero todavía me quedaba algo por decir—. ¿Y si te dijera, Alteza, que he sido utilizada por varias personas poderosas que desean ver muerto a tu padre, a fin de poner en el trono a un hombre elegido por ellas? ¿Y si te diera sus nombres?

Había despertado su atención.

—Dame sus nombres, dama. Se hace tarde y tengo hambre. ¿Puedes proporcionarme pruebas de sus intenciones traidoras?

Ya derrotada, cedí. No podía darle ninguna prueba, por supuesto. Habían sido muy cuidadosos.

Al repasar los meses que había pasado en el harén y en la casa de Hui, al recordar a los hombres a los que había conocido, sus preguntas, las lecciones de Kaha, el relato que Disenk hacía de su vida en la casa del gran sacerdote, el modo en que Hui me había puesto a la vista del faraón, comprendí de repente con toda claridad mi papel allí. Mi mentalidad cambió. Había creído benigna la mano del destino. Creía haber empezado en la periferia de la vida de Hui para ser llevada hacia el centro, gracias al afecto que él me iba cogiendo poco a poco, cuando en realidad estuve en el centro siempre, víctima desprevenida a cuyo alrededor se desplegaba una larga y laboriosa conspiración.

Y como la conspiración había fracasado, yo era una pieza que había que

eliminar. Más aún: debía ser eliminada como peso inútil, para que los conspiradores pudieran trazar otro plan mejor. ¿Cuántas veces lo habían intentado ya, siempre con sumo cuidado para protegerse y cubrirse las espaldas? ¿Cuántas veces habían fallado? Eran hombres y mujeres astutos y pacientes, que no cometerían errores fatales. Después de mi ejecución podrían volver la página y empezar de nuevo.

¡Ahora se explicaba que Paibekamon hubiera conservado el frasco! Si el faraón hubiera muerto, mejor para ellos. De un modo u otro, yo no tenía que sobrevivir, para que no pudiera amenazarlos en aquel futuro que espiaban siempre con infinita discreción.

—Puedo darte sus nombres. Alteza —dije—, pero no tengo pruebas.

—En ese caso, te deseo buenas noches.

Se dirigió a la puerta y llamó con voz áspera al guardia. Sin volver a mirarme, salió seguido por los otros; Karo se despidió de mí con una rápida sonrisa.

Apenas habían desaparecido en la creciente oscuridad de la tarde cuando la joven sirvienta entró con una lámpara encendida. Varios sirvientes más forcejeaban bajo el peso de mis arcones y mi ropa de cama. Les llevó algún tiempo dejarlo todo en el suelo y retirarse; la muchacha tardó todavía más en hacer la cama y disponer en la mesa los pocos cosméticos que no eran de Disenk, sino míos; luego puso allí mis pelucas, mis lámparas y otras cuantas tonterías más. De pronto, eché de menos al pequeño Pentauro. Él, al menos, me amaba. Era mi hijo. ¿Le hablarían de mí con respeto cuando me hubiera ido? ¿O envenenarían su mente contra mí, haciendo que se avergonzara de su madre? La idea de mi muerte inminente era tan irreal que la aparté de mí.

—El cuarto ya está preparado, dama Thu —dijo la muchacha con timidez—. ¿Te traigo ahora la comida?

—No. —No había comido nada desde por la mañana, pero la perspectiva de que mi garganta hinchada tragara algo me parecía insoportable—. Puedes retirarte. Por la mañana ven a atenderme.

Obediente, llamó a la puerta para que le permitieran salir. En cuanto estuve sola, agarré el almohadón en el que había escondido el rollo del príncipe. Estaba desgarrado y vuelto a coser. Lo palpé por todas partes. Ya no contenía otra cosa que relleno.

Examiné también mi caja de medicinas. No faltaba nada, salvo la redoma que Hui me había dado con arsénico. La dejé para abrir la caja de cedro que me había regalado mi padre y puse la estatua de Uepuauet en la mesa.

—Tú también me has traicionado, oh, dios de la guerra —le dije—. No queda nadie que me defienda.

Pero en seguida lo recogí, me senté en el borde del camastro y lo acuné con rabia. La sábana que la muchacha acababa de poner olía a días más felices; olía a mirra y azafrán, al cuerpo de Pentauru; un momento después tenía los ojos arrasados en lágrimas. Estaba perdida, estaba condenada. Me entregué a mi dolor.

No creía poder conciliar el sueño, pero la verdad es que las potentes emociones del día me habían extenuado; por fin caí en una pesada inconsciencia. Desperté al amanecer, muy consciente de lo que me rodeaba, y rompí en un nuevo torrente de lágrimas que se prolongó a ratos durante todo el día. No podía dominarlas. Me sentía dolida, abandonada, y una pequeña parte de mí se negaba a creer que los veloces acontecimientos de los dos últimos días fueran realidad. Pasé las horas en un aturdimiento atroz. Tal vez estuviera enferma, por no decir en coma. O quizá, en medio de una visita, Hui me hubiera puesto en un trance del que acabaría por despertar, para embarcarme en mi elegante esquife y regresar al harén.

Empero, sobre aquella superficie de ilusión se extendía una sofocante capa de dolor. Hui, Hunro, Disenk eran enemigos míos. Ante sus ojos nunca había alcanzado un asomo de dignidad. Mientras fingían admirarme y respetarme, utilizaban a la ingenua campesinita de Asuat. Ahora, fracasada la ocasión, me habían olvidado para dedicarse a otras cosas. La campesina era como madera a la deriva, como una vasija rota, como un pedazo de lienzo desgarrado, tan despreciable como las migajas y los huesos de fruta que se dejan en el plato al terminar la comida.

Llevaba mucho rato despierta cuando entró la sirvienta en compañía de un esclavo que puso un cuenco grande de agua caliente en el suelo y se retiró. Los saludé a ambos y noté que desviaban la vista en seguida. Las señales de mi dura prueba eran demasiado evidentes. Me dejé lavar, agradecida, y permanecí inmóvil mientras la muchacha se esmeraba en trenzarme el pelo mojado y aplicarme los cosméticos. No tenía la mano segura y profesional de Disenk, pero preferí la torpeza de sus dedos bien intencionados.

Mientras me frotaba el cuello con aceite de azafrán, llenando el ambiente con el tranquilizador aroma que tanto me gustaba, la puerta se abrió otra vez. Me traían el desayuno; entonces descubrí que estaba hambrienta. La muchacha me había puesto una túnica amarilla, sandalias de cuentas, brazaletes de oro y pendientes de jaspe en las orejas.

Empezaba a reponerme. De vez en cuando, me recorrían oleadas de incredulidad y angustia, pero pude secarme los ojos y fortalecer mi yo interior. Era la dama Thu, pasara lo que pasara, y olvidaría aquel tormento. Ya estaba cavando la fosa a la que la arrojaría, para cubrirla con mi adaptabilidad y apisonarla con mi capacidad de olvido, si no de perdón. Era inconcebible que los jueces me condenaran, si sólo había sido la pieza del tablero, no la mano que la movía. Si me habían visto y escuchado, ¿cómo era posible que no comprendieran que decía la verdad?

Terminadas sus tareas, la muchacha salió. Traté de distraerme leyendo los numerosos rollos de mi colección, pero desenrollé por error una vieja carta de mi hermano; entonces me atacó una desesperación tan fuerte que estuve a punto de gritar. Después de cerrar el arcón, me tendí en el catre, con la vista clavada en el techo. Los ojos me ardían por el cansancio y por las lágrimas derramadas. El calor de la celda empezaba a dejarse sentir. Pensé en acercarme a la puerta para entablar conversación con los guardias, pero la indolencia me impidió siquiera incorporarme.

En las primeras horas de la tarde se presentó para tomar mi dictado el mismo escriba que había estado presente el día anterior. Habría preferido escribir de mi puño y letra mi petición al rey, utilizando mi propia paleta, de la que todavía me sentía muy orgullosa, pero me pareció prudente dar un carácter oficial a cada uno de mis gestos. El escriba se instaló en un rincón de la alfombra, que ahora ocultaba parcialmente el suelo de tierra después de preparar sus adminículos y murmurar la plegaria a Thot, se quedó esperando.

Yo vacilaba. Aquellas palabras tenían que ser las más adecuadas. Cada una debía ser como una flecha que perforara el corazón del faraón y despertara su simpatía.

—«Al Señor de Toda la Vida, el Divino Ramsés, mis saludos» —empecé—. «Mi queridísimo amo: Cinco hombres, incluido tu ilustre hijo, el príncipe Ramsés, celebran ahora un juicio contra mí por un crimen terrible. De acuerdo con la ley, no puedo estar presente, pero sí dirigirte una petición a ti,

el sustento de Ma'at y el supremo árbitro de justicia en Egipto, para que escuche personalmente las palabras que deseo pronunciar con respecto a esa acusación. Por lo tanto te imploro, por el amor que en otros tiempos me diste, que me recuerdas todo lo que compartimos, que me concedas el privilegio de presentarme ante ti por última vez. Hay en este asunto circunstancias que sólo a ti, Majestad, deseo revelar. Tal vez los criminales hagan esta petición tratando de evitar el castigo. Pero te lo aseguro, rey mío: he sido más utilizada que culpable. En tu gran discernimiento, te pido que pienses en estos nombres.»

Tuve en cuenta que la petición sería leída en voz alta a Ramsés en su despacho, mientras estuviera atendiendo los asuntos del día; por fin, decidí que no importaba si alguno de los conspiradores estaba allí presente. Se mostraría confundido y señalaría, como acababa de hacerlo yo, que la persona acusada es capaz de decir cualquier cosa para salvarse del debido castigo, que sólo decía tonterías. Pero yo contaba con que la indudable inteligencia del faraón me recordara como una mujer nada estúpida. ¿Le habría inquietado e intrigado lo suficiente para que me concediera una audiencia?

Enumeré con sumo cuidado a los hombres que tanto me habían despreciado en secreto. Hui, el vidente; Paibekamon, el mayordomo; Mersura, el canciller; Panauk, escriba real del harén. En aquel preciso momento vi que la mano del escriba vacilaba antes de reanudar el trabajo. Pentu, escriba de la Doble Casa de la Vida; el general Banemus y su hermana, la dama Hunro; el general Paiis... En aquel momento fui yo la que vaciló. El general Paiis me gustaba. Había flirteado conmigo y me encontraba atractiva; me trataba con amabilidad. «¡Oh, Thu, idiota presumida!», me regañé con severidad. «El general Paiis también te utilizó. Es más: le habría gustado servirse de tu cuerpo, no sólo de tu mente.» Y pronuncié su nombre sin más reparos.

No incluí a los sirvientes, aunque me temblaba la lengua de ansiedad al pensar en Disenk. Habíamos convivido horas y horas durante años, compartiendo esperanzas y desencantos. Disenk me había enseñado a confiar en ella, a considerarla amiga, pero mientras tanto, siendo una simple servidora personal, me miraba empujando la naricita perfecta, despreciándome por mis raíces campesinas, y discutía con mi mentor el modo de manipularme.

Terminé con rapidez mi dictado de la manera habitual; después de leer el trabajo del escriba para asegurarme de que había reproducido con honestidad

mis palabras, sellé la petición. Sobre el lacre imprimí, con mi propia letra, el jeroglífico que significa «esperanza», de manera tal que fuera muy difícil copiarlo.

—No sé a qué amo sirves —dije al escriba, mientras guardaba sus adminículos para retirarse—, pero te ruego que te presentes a Tehuti, el escriba personal del faraón, y pongas este rollo directamente en sus manos. No está dirigido al príncipe, sino al mismo rey. Como has oído, no contiene insultos ni injurias contra Su Alteza. No es preciso que él lo vea, aunque debes decirle, desde luego, que has cumplido tu misión de tomar mi dictado. Gracias.

El hecho de hacer algo para mitigar mi aprieto, por poco que fuera, me había animado bastante. Pasé los momentos siguientes tratando de persuadir a los guardias de que me permitieran hacer algún ejercicio en el patio, fuera de la celda. Como se negaron, volví al catre, bebí un poco de agua y, tras encender algunos granos de incienso en la lámpara que mantenía encendida en la mesa, recé mis oraciones a Uepuauet. Sólo me quedaba esperar.

El día se acercaba lentamente a su fin. Llegó el relevo de la guardia. Me pasé durmiendo la parte más calurosa de la tarde y luego intenté jugar una partida de perros y chacales contra mí misma. Por fin me descubrí luchando otra vez contra una sensación de ahogo que me atacó sin aviso previo y me obligó a acurrucarme junto al catre y a esforzarme desesperadamente en llenarme los pulmones. En mi mente volaba a la puerta, la atacaba con los puños, aullaba pidiendo que me permitieran salir. Pero en la realidad, cerré los ojos con fuerza y me obligué a mantener la calma. El peculiar ataque pasó, pero me aterrorizó la idea de que volviera.

Al atardecer, volvió la muchacha y puso en mi mesa comida y vino; a medida que se acostumbraba a aquellas tareas, sus movimientos se hacían más seguros. Recordé ceñuda las lecciones que Disenk me había hecho soportar a mi llegada a la casa del maestro: aprender a comer, a beber, a comportarme. Pedí a la sirvienta que comiera conmigo, pues me sentía sola, y la joven, tímida, lo hizo, aunque se la notaba incómoda. «Para ella soy una dama con título, una mujer de la nobleza», pensé, tristemente divertida. «Todavía ignora que soy una campesina. Cuando descubra la verdad, ¿dejará de sentir ese gran respeto?»

Cuando cayó la oscuridad de la noche me alegró contar con la lámpara.

Pasé horas contemplando su resplandor, atenta al silencio muerto que originaban las gruesas paredes que sofocaban casi todos los ruidos. A veces volvía en mí, notando de repente que mi mente había vagado hasta lugares lejanos, sin saber si me había dormido o no. Traté de orar una vez más, pero cada una de las palabras que dirigía al dios había sido pronunciada antes por mi boca. Las peticiones me sabían a cosa rancia y vieja. Por fin dejé vagar la mente.

Dos días después me vino lo peor. Cuando la muchacha acababa de salir en busca de mi desayuno, después de lavarme y vestirme, la puerta volvió a abrirse y los cuatro jueces ocuparon mi pequeño espacio. Les acompañaba un heraldo real, que llevaba sobre el lienzo blanco un manto de gasa azul. El color del duelo. El color de la muerte.

El vientre se me descompuso. «¡Oh, dioses!», pensé histérica mientras me levantaba para enfrentarme a ellos. «¡Oh, dioses no, no!» Revisé sus caras, presa de pánico. Se negaban a mirarme. Sólo el heraldo me dirigió una mirada fría antes de desenrollar un papiro. Yo no quería escuchar sus palabras. Por un momento, perdí todo el dominio de mí y me cubrí los oídos con ambas manos, sacudiendo la cabeza en un paroxismo de terror lanzando agudos gritos. Pero ellos esperaron, impasibles, hasta que la histeria pasó. El heraldo se aclaró la garganta.

—Thu de Asuat —leyó—, has sido juzgada y declarada culpable del asesinato de la concubina Hentmira y de suma blasfemia contra el divino dios, Ramsés User-Ma’at-Ra meri-Amón. He aquí la sentencia de la corte. Tu título queda anulado. Tus pertenencias serán distribuidas entre las mujeres del harén. La finca del Fayum que el rey te concedió volverá a sus manos y se convertirá en tierra *jato*. Permanecerás en esta celda sin comer ni beber hasta tu muerte, pero el faraón es misericordioso: te permitirá quitarte la vida por el medio que escojas, si así lo deseas.

Escoger..., desear... Eran palabras de vida, palabras de amor. Las otras palabras llegaron a mi conciencia con mucha lentitud.

... hasta tu muerte...

... quitarte la vida...

Traté de buscarle realidad y fracasé.

—¡Pero si yo presenté una petición al faraón! —protesté en voz muy alta

—. ¿Acaso no la leyó?

—La leyó —dijo el heraldo—. En su divina sabiduría, prefirió no interceder por ti ni perturbar en modo alguno el curso de la justicia.

—¡Es una trampa! —grité—. ¡Ramsés nunca me dejaría morir! —Arrebaté el rollo de manos del heraldo para verificar la firma. La letra del rey era inconfundible, de nuevo firme, decidida y fría. Había firmado mi condena a muerte—. ¿Y qué será de mi hijo, su hijo? —balbuceé—. ¿Qué será de mi pequeño Pentauro?

Diestramente, pero no sin cortesía, el heraldo recuperó su rollo.

—El faraón ha repudiado la paternidad de tu hijo —respondió—. Ya no reconoce ninguna responsabilidad con respecto al niño, que será puesto al cuidado de una familia de mercaderes de Pi-Ramsés, para que lo críen como propio.

—¿No puedo llevármelo? —pregunté estúpidamente, sin comprender.

Por primera vez, vi piedad en los ojos del heraldo.

—No creo que desees llevar a tu hijo adonde vas, Thu —replicó.

Ante estas palabras se estrelló sobre mí todo el peso de mi destino. Me derrumbé en el suelo lanzando un chillido y me quedé acurrucada allí, cubriéndome la cara con las manos. Oí vagamente que se abría la puerta. Alguien dijo:

—No. Llévate la comida. Ya no tiene que comer ni beber.

Los jueces salieron, siempre mudos.

Unas manos rudas me levantaron para ponerme en un rincón. Los sirvientes estaban ya retirando las finas sábanas para arrojarlas al suelo, junto a los guardias. Otros amontonaban en los arcones sayos y sandalias, pelucas, joyas e incluso mis lámparas. Vi que mi caja de medicinas salía volando para añadirse al montón de cosas inservibles. Arrebataron la alfombra, levantando una nube de polvo. Cuando un hombre se agachó para recoger la lámpara de la mesa, me arrojé sobre él.

—¡No! ¡Esa lámpara no! ¡No puedo morir en la oscuridad! ¡No soporto la noche sin ella! ¡Lo ruego!

Pero me apartó de un empujón y vi que arrojaba la lámpara por el umbral

de la puerta.

No dejaron ni siquiera la caja de cedro que me había regalado mi padre. Cuando la puerta se cerró tras ellos, la celda estaba despojada. Me habían quitado las sandalias de los pies y las cintas del pelo; el sayo que llevaba puesto había sido reemplazado por una prenda tosca y un cordón que permitía atarla a la cintura. Cuando me arrancaron el lienzo, con indiferencia, apenas sentí la vergüenza de la desnudez. Sólo quedaba Uepuauet, de pie en la mesa, junto al catre descubierto; me observaba con una mirada fija y altanera.

Estaba tan aturdida que no pude moverme. Permanecí en el centro de la celda, como si yo misma fuese una talla de madera, encerrada en una hornacina de horror y espanto. Al cabo de un rato sentí la primera punzada de la sed; entonces comprendí que ya no acariciaría mi boca otro líquido más que el agua utilizada por los sem-sacerdotes para lavarme la carne sin vida. Mi historia ya estaba narrada. Se me había acabado la suerte. Me recibiría la tumba sin nombre de los criminales. Y entonces caería en el olvido.

CAPÍTULO 25

Nadie se me acercaba. La mañana se hizo tarde y la furia de Ra castigó los muros de mi prisión, haciendo fuego de mi aliento y bañándome en sudor. Poco a poco la tarde se disolvió en un crepúsculo que yo ansiaba y temía a la vez, pues con la frescura llegaría la oscuridad, y no disponía de una lámpara que mantuviera a raya a los fantasmas que esperaban para atormentarme.

En un momento dado, dejé el catre y me acerqué a la puerta para hablar con los guardias. Tenía la difusa idea de suplicarles que llamaran a alguien, a cualquier persona dotada de autoridad a la que pudiera explicar el grave error cometido. Pero los soldados hicieron caso omiso de mí, aunque acabé gritándoles y maldiciéndoles por la grieta abierta en el grueso ladrillo. El gesto sólo sirvió para intensificar mi sed; volví a tenderme en el catre, procurando conciliar el sueño.

Por fin llegó, pero desperté en una oscuridad absoluta, con pleno y definitivo conocimiento de mi sentencia. No acudiría nadie. Nadie me traería agua, nadie me arroparía con un lienzo para que no temblara durante el frío nocturno; no habría ni una cara, aunque fuera hostil, con que aliviar la soledad de mi agonía. Nadie me lavaría el sudor y la suciedad del cuerpo; no tendría medicinas si enfermaba. Pero aquella idea era estúpida. Enfermaría, sin duda, y me iría debilitando hasta morir. ¿Cuánto tiempo se podía vivir sin agua? ¿La gente enloquecía antes del final? ¿O se consumía de fiebre?

¡Oh, agua! La sentía contra mis labios, deslizándose por mis miembros, ondulando en mi pelo mientras nadaba en el río, con la luna muy alta. Sentía su sabor cuando Disenk me entregaba una taza y su bendito contenido resbalaba por mi lengua y mi garganta ansiosas. Veía cómo se quebraba su superficie al hundir la mano en ella, antes de pasar al siguiente plato de mi comida. El agua, de la que había surgido, en el primer día de la creación, el primer montículo que se convertiría en Egipto. El agua que inundaba la tierra y proporcionaba fertilidad a aquel suelo, el más bello del mundo. El agua por

la que asesinaría una y otra vez, a cambio de un solo trago.

Volví en mí envuelta en la más absoluta oscuridad, la cual se me filtraba por la nariz y se apretaba contra mi piel, implacable. La sed gritaba por todos mis poros. Me palpitaba la cabeza. Me molestaba el frío, pues la celda no retenía el calor del día y, a falta de sol, exudaba una humedad maloliente. Me levanté con dificultad para acercarme a la puerta, con paso inseguro. Percibía, sin ver, la presencia de los dos guardias que la flanqueaban. Me esforcé en captar algo más allá, pero no había luna. Tuve que imaginar el tosco patio, los establos y, tal vez, una fila de palmeras junto a las aguas de Avaris, que corrían profundas hasta incorporarse al Nilo y, con él, a la ilimitada expansión del Gran Verdor. Nunca había visto el Gran Verdor y ya no podría conocerlo. Con los ojos de mi cuerpo, ya no. Pero tal vez con la mágica mirada del ataúd pudiera contemplar aquel milagro.

¿Qué ataúd? No se proporcionaba ataúdes a los criminales. Tampoco se les embalsamaba. Se les enterraba en la arena, donde los dioses sólo podrían hallarlos mediante una búsqueda diligente. ¿Y entonces? ¿Qué suerte correría yo en la Sala del Juicio, en el caso de que los dioses pudieran poner un nombre a mi cuerpo marchito? El corazón me traicionaría. Nadie pondría sobre él un escarabajo para impedir que revelara los males cometidos por mí; cuando lo pesaran en la balanza, contra la Pluma de Ma'at, se hundiría con fatídica celeridad. «Estás condenada dos veces, Thu», me dije. «Una vez, por los dioses mortales; la otra, por el veredicto de los dioses. No habrá para ti felicidad a los pies de Osiris. Sólo más oscuridad, más desesperación, un eterno grito pidiendo luz en la ausencia de luz del submundo.»

Se me empezaban a hinchar las manos y los pies. Recogí con dedos torpes a Uepuauet y me acosté en el catre; en un primer momento, susurré plegarias de contrición y remordimiento, luego oraciones y súplicas de clemencia; por fin, me limité a recitarlas mentalmente, pues no podía mover ya la lengua hinchada y el esfuerzo de tomar aliento me hacía daño. El aire me irritaba la garganta reseca.

Me dormí; el olvido cayó sobre mí con horrenda celeridad. Para espanto de mis ojos, desperté a la luz del día con una sed abrasadora que me hizo arrastrar hasta la puerta, implorando agua con incoherencias. Pero mis carceleros se mostraron sordos a mi creciente frenesí. Era como si ya hubiese muerto. Al fin uno de ellos habló sin mirarme, sin girar siquiera la cabeza.

—Si quieres terminar con tu tormento —dijo con brusquedad—, puedes pedir una espada. Eso sí nos está permitido darte.

Me agarré con una mano al borde del ventanuco, consumida por el pánico, que me dio un momento de fuerza renovada. Entre alaridos y llantos, golpeando la puerta con los puños, me entregué a una desenfrenada locura y a aquel miedo a lo desconocido que está siempre al acecho, esperando a todo condenado a envejecer, para el cual el último aliento es una terrorífica certidumbre.

Del tercer día y del cuarto no es mucho lo que recuerdo. No puedo describir mi desolación, los ataques de delirio, las violentas protestas de un cuerpo joven y saludable en proceso de extinción. Sé que, en un momento dado, una cara se inclinó hacia mí; recuperé el sentido lo suficiente para reconocer a uno de los guardias, pero no oí cómo se retiraba ni cómo cerraba la puerta otra vez. De manera esporádica me fijaba en los cambios de la luz en la celda: gris al amanecer, opaca al mediodía, brevemente roja al ocaso. El aire parecía lleno de ruidos; por fin, comprendí que el sonido provenía de mí misma: era mi respiración jadeante, como la del perro que sufre; en mis períodos de lucidez trataba de concentrarme en ella como prueba de que todavía vivía, de que seguía siendo Thu, de que el tiempo todavía me tenía en su puño.

Empecé a imaginar que Kenna se inclinaba hacia mí. Era un óvalo pálido que flotaba en la oscuridad, con facciones cambiantes.

—Está medio muerta —susurró—. No sé si esto será suficiente.

«Oh, Kenna», pensé, «¿es suficiente, sí! ¿Verdad que es suficiente? ¿He purgado lo que te hice, lo que hice a Hentmira? ¿Hentmira está aquí también?». Sentí su mano bajo mi cabeza. Una copa fantasmal chocó con suavidad contra mi boca. Mis labios resquebrajados se abrieron. Las aguas del paraíso pasaron por ellos. Mi estómago dio un vuelco y tuve unas arcadas tremendas. Cuando volví a abrir los ojos Kenna estaba todavía allí, pero en aquella ocasión se había materializado. Sus facciones, en lugar de diluirse, lanzaban sombras largas sobre la cara. La luz de Ra formaba un halo a su alrededor. Una vez más me incorporó y bebí, pero no pude preguntarle si ya había atravesado la Sala del Juicio, porque la inconsciencia volvió a sumirme en el abandono. Al hundirme en el vacío, oí que Osiris decía:

—Aquí el hedor es insoportable. Que la laven cuanto antes.

Salí a la superficie una tercera vez. Ahora había una lámpara en la mesa y yo bebía, bebía el agua más dulce que jamás hubiera probado. Me corría por el mentón, goteaba entre mis pechos y empapaba el colchón mugriento en que estaba tendida; habría querido ahogarme en ella. Amonnajt me bajó con cuidado la cabeza y se retiró, dejando la copa junto a la lámpara. Lo miré sin comprender nada. Se disolvió entre las sombras y otra cara ocupó su lugar. Mejillas redondas, mentón pleno, frente alta bajo la toca de lienzo suave, ojos pardos y brillantes que me estudiaban con astucia. Tragué varias veces antes de encontrar saliva suficiente para pronunciar una palabra.

—Majestad —grazné.

Ramsés asintió.

—Veo que ya estás consciente y en condiciones de comprenderme bastante bien —dijo—. Eres una mujer maligna y taimada, Thu; mereces la muerte que se te iba a imponer. No obstante, en mi divina misericordia he decidido perdonarte la vida. Después de firmar la orden de ejecución me sentí atribulado. No dormía bien. Los recuerdos me afligían y el contenido de tu petición martilleaba en mis pensamientos. Ordené que la quemaran, pero no olvidaré la lista de nombres. Es posible que me hayas dictado la verdad. Si fuera así y te dejara morir, estaría cometiendo un delito. No sería un delito tan grande como el tuyo, sin duda, pues en tu perversidad quisiste aniquilar a tu dios; aun así, representaría un pequeño desgarró en la trama de Ma'at. El tiempo lo revelará todo. He decidido enviarte de nuevo a Asuat para que te quedes allí. He hablado.

Me esforcé en pronunciar unas palabras de agradecimiento. Traté de tocarlo, pero mi mano temblaba cuando logré levantarla. Además, ya era demasiado tarde. Se había ido con la misma brusquedad con la que había aparecido. El guardián lo reemplazó en mi visión para ayudarme a beber otra vez; me limpió la cara y subió una manta hasta mis hombros. Me descubrí llorando como un niño, sin poder evitarlo.

—Es un buen dios —dijo Amonnajt.

Hice un solo gesto de asentimiento. Escuchaba. Ya no sentía el lastimoso jadeo de mi respiración. Iba a sobrevivir.

Una semana después me sacaron de la celda que tendría que haberme servido de tumba. Me encadenaron al palo mayor de una barcaza que se

dirigía a las canteras graníticas de Asuán. No había nadie allí para despedirme, salvo los soldados que me llevaron al navío. Amonnajt me había atendido en persona hasta la noche anterior; puse en sus manos la estatua de mi tótem y le imploré que lo hiciera llegar al pequeño Pentauru. Puesto que ya no podía amar y proteger a mi hijo, Uepuauet tendría que convertirse en su madre, para guiarlo y ampararlo como lo había hecho conmigo. Quizá el paso de la estatua de mis manos a las suyas forjara un vínculo entre nosotros dos. Tal vez Uepuauet lo guiara algún día hasta Asuat, para visitar el templo de la deidad cuya imagen lo acompañaba misteriosamente desde la cuna. Sólo me cabía esa esperanza. El guardián accedió a cumplir mi ruego, pero cuando le supliqué que me hiciera llegar noticias tuyas de vez en cuando, se negó con firmeza, diciendo: «Está prohibido». Al despertar, en la mañana de mi partida, estaba sola. Amonnajt no volvió para ver cómo me encadenaban de pies y manos. Lo lamenté, pues no había tenido ocasión de agradecer sus atenciones.

Me llevaron en un carro cubierto hasta los muelles de Pi-Ramsés; después de darme una merienda de pan y pasta de sésamo, me ayudaron a llegar hasta mi sitio a bordo del enorme navío. Mis guardias me encadenaron bajo la mirada atenta del capitán, un corpulento sirio de mala catadura. Uno de ellos le entregó un rollo destinado al arconte de mi aldea. El capitán lo recibió y se fue sin decir una palabra. Los soldados también se retiraron. Me quedé sola, contemplando la imponente ciudad que se desvanecía poco a poco en el perlado esplendor de la mañana.

No lamentaba dejarla atrás. Nunca la había conocido bien. Había llegado a ella como cautiva y cautiva la abandonaba. Mientras tanto, mi vida había transcurrido en la crisálida de la casa de Hui y en la del harén. No sentí pena ni siquiera al pensar en mi hijo. Eso vendría después. De momento, me limitaba a comer y a dormir en un delgado jergón, bajo un ancho dosel, contenta de poder saborear las brisas que me acariciaban. Oía con un deleite casi abrumador el golpeteo del Nilo contra los flancos de la barcaza y exploraba con la vista la gloria de un panorama que no esperaba volver a ver.

Sólo poseía el tosco sayo que llevaba puesto. Pocos meses antes me habría horrorizado la perspectiva de salir sin mi litera, sin cremas suavizantes para la piel quemada por el sol, sin una sombrilla por si decidía caminar, sandalias que protegieran mis delicados pies, algo de fruta por si tenía hambre y los guardias necesarios para alejar a los curiosos.

Ahora, acurrucada al pie del alto mástil, bajo el dosel flameante, con el pelo azotándose los ojos sin pintar y las mejillas ya enrojecidas por el sol, experimentaba como nunca el impulso de la libertad. Las cadenas me despellejaban los tiernos tobillos, que antes lucían ajorcas de oro. Consumía con el mayor placer los alimentos sencillos y la fuerte cerveza campesina que me ponían en cubierta dos veces al día; trataba con reverencia el pequeño cuenco de agua que me daban al amanecer para que me lavara. Por la noche contemplaba el titilar de las estrellas en la inmensidad del cielo, mientras los marineros cantaban y reían, y el palo erguido por encima de mí parecía estirarse hasta atravesar aquellos puntos de luz. Había regresado de entre los muertos. Estando ya en el umbral de la nada, se me había reclamado. Sabía saborear la vida como nadie.

Pasamos junto a la entrada del Fayum en la oscuridad; aun sabiendo que estaba allí, no me incorporé para ver el canal que serpenteaba hacia la casa que nunca había habitado, los sembrados cuya cosecha jamás vería. Aunque no se me permitió resolver nada, Amonnajt había prometido encargarse de que el capataz y sus hombres recibieran su paga antes de que la finca pasara a otras manos. Experimenté una profunda tristeza al recordar la sorpresa que me había dado Ramsés al entregarme la escritura, nuestro viaje para conocer la propiedad. Mi tierra no me había traicionado; rendía sus frutos, obediente y leal. Era yo la que le fallaba. Y lo lamenté en silencio, mientras el Fayum se quedaba atrás y el aire seco del sur empezaba a agitarse en mi nariz. Ocho jornadas después, a mediodía, la barcaza dejó caer sus dos anclas en medio del río, frente a Asuat. El navío era demasiado grande para pasar los bajíos, pero el capitán botó una pequeña balsa y me hizo llegar a pértiga hasta la orilla, todavía encadenada. A esa hora el calor era implacable. Las rígidas palmeras, las configuraciones de la maleza que flotaba sobre el agua fangosa, la bruma de polvo blanco suspendido en el aire abrasador, todo se alargó para atraerme a su atemporal abrazo, incandescente bajo el creciente fuego de *Shemu*.

Al trepar por la arena, junto a la pequeña bahía donde mi madre y las otras mujeres lavaban la ropa, la aldea apareció a la vista. Era más pequeña de lo que recordaba; sus viviendas eran sólo cajas de barro; la plaza, que antes me parecía tan amplia, era apenas un parche de tierra desigual. Sucia, pobretona, la vi por primera vez como me veía a mí misma: recia, fuerte, indómita, capaz de sobrevivir a los caprichos de los gobernantes y las depredaciones de la

guerra, con las raíces profundamente hundidas en el suelo, nutriéndose con las santificadas tradiciones de la antigüedad. Esperaba hallar un final, pero no sabía con qué tipo de promesa me recibía Asuat.

Mis padres y mi hermano estaban de pie en el borde de la plaza, junto al arconte, pues el guardián les había mandado un mensaje; sin duda, como ocurría siempre en la aldea, la noticia de que la barcaza se aproximaba habría llegado mucho antes de que apareciera. No me dijeron nada; tampoco los miré mientras el capitán me quitaba las cadenas. Tenía las muñecas y los tobillos en carne viva. La cara enrojecida y desollada por el sol, al que ya no estaba habituada. Cuando el hombre hubo terminado, extendió hacia el pequeño grupo el rollo que mi guardia le había confiado y, tras recoger las cadenas, se adentró en el río. Estaba hecho.

Nadie abrió la boca. Una lagartija correteó a través de la plaza hasta desaparecer en la delgada sombra de una mata. Vi movimientos detrás de algunos umbrales y comprendí que, si bien mi padre seguramente había rogado a los otros aldeanos que me dejaran desembarcar en paz, me estaban mirando desde sus casas. Lo observé. Había encanecido y tenía la cara surcada de arrugas que el sol había marcado indeleblemente, pero sus ojos eran tan límpidos y cálidos como siempre.

—Bienvenida a casa, Thu —dijo.

Como si sus palabras rompieran un dique, mi madre dio un paso adelante.

—Has deshonrado para siempre a esta familia —musitó—. Eres una niña mala. Por tu culpa apenas puedo levantar la cabeza ante mis vecinos. Aunque quisiera cogerte de nuevo como ayudante, las otras mujeres no permitirían que te acercaras a ellas por miedo a que les hicieras daño. ¿Cómo pudiste hacer eso? ¿Acaso no te eduqué bien?

Iba a continuar, pero mi padre la acalló con brusquedad.

—No es éste el momento de recriminaciones —dijo—. Tenemos que escuchar las instrucciones que nos envía el dios con respecto al futuro de Thu. Luego la llevaremos dentro, lejos del calor.

Miré a Pa-ari, que no se había movido. El arconte fruncía oficiosamente los labios. Por fin, enrojeciendo, entregó el rollo a Pa-ari. Noté que la mano de mi hermano temblaba al leer en voz alta:

—Al honorable arconte de Asuat y al gran sacerdote del dios Uepuauet, saludos. Las siguientes disposiciones se refieren a la criminal Thu. Será considerada como exiliada de todo Egipto, salvo de la aldea de Asuat. Los aldeanos que lo deseen le construirán una choza contra el muro del templo de Uepuauet, donde deberá alojarse en adelante, y se ganará la vida mediante el cumplimiento de las tareas que los sacerdotes del templo le asignen. No podrá poseer tierras, joyas, embarcaciones ni bien alguno, salvo aquellos que los sacerdotes consideren necesarios para su existencia. No se le permitirá poseer hierbas ni medicinas; tampoco puede tratar enfermedades dentro de la zona de su exilio. Irá siempre descalza. Una vez al año, el gran sacerdote de Uepuauet dictará un rollo en el que me describa su estado. Se debe recordar que es todavía posesión del Trono de Horus y que, como tal, no puede comprometerse en matrimonio ni mantener relación sexual alguna con otro hombre que no sea el faraón. Puede nadar en el Nilo cuando así lo desee y cultivar una huerta para su propio uso y para solaz de su *ka*.

Pa-ari dejó que el papiro se enroscara y lo devolvió al arconte.

—Está firmado por el faraón en persona —dijo. Luego dio un paso adelante para envolverme en sus brazos—. Te amo, Thu —dijo—. Hay guiso de lentejas y la cerveza de nuestra madre te espera. Podría ser peor. Los dioses han sido bondadosos.

Habían sido bondadosos, sí. Preferían olvidarme, después de todo. Mientras cruzaba la plaza de la mano de Pa-ari, recordé de repente que dentro de un mes celebraría mi aniversario. Iba a cumplir diecisiete años.

Mi padre y Pa-ari me construyeron una casa de dos habitaciones a la sombra del muro de Uepuauet. Allí instalé mi residencia. Todos los días iba al templo para barrer y limpiar; retiraba la ropa de los sacerdotes para lavarla en el río y, a veces, tomaba dictados de tipo práctico, como el inventario de los utensilios del dios o la lista de provisiones que había que ir a buscar a Tebas. Sembré y cultivé una huerta. Visitaba a mi madre, aunque, como todavía se avergonzaba de mí, procuraba no presentarme si estaba con sus amigas. Mi padre se sentaba a menudo junto a mi puerta para charlar o beber la horrible cerveza que yo preparaba. Me construyó un catre, una mesa y una silla; yo misma tejí dos sayos para mi uso, un cobertor para el catre y dos almohadones. También tenía vajilla que había mendigado a los sacerdotes. Aparte de estos simples objetos, mi pobreza era total.

Isis había dado a luz una niña, la hija de Pa-ari. No lo veía con tanta frecuencia como me habría gustado, aunque los dos trabajáramos en el templo; su mundo estaba limitado por su joven familia y yo no existía más que de refilón. Pero a veces, al atardecer, aparecía para hablar de los viejos tiempos de nuestra niñez. En cierta ocasión, le hablé de mi vida en el harén y del terrible acto que había cometido, sin mencionar cómo Hui y los otros me habían utilizado. No fue la vergüenza lo que me impidió decirlo, sino mi temor de que Hui mandara un asesino a matarme por todo lo que sabía. No quise que Pa-ari también fuera su víctima.

Pasados seis meses de mi llegada a Asuat, empecé a pensar en mi hijo. Mi vida en la aldea estaba tan alejada de cuanto había conocido en el Delta que, por largo tiempo, el harén, el palacio y cuanto allí había ocurrido me parecieron un sueño particularmente maravilloso. No obstante, Pentauru fue recuperando su verdadera realidad. Mi corazón sufría por él. Dedicaba mucho tiempo a preguntarme cómo estaría, si la familia del mercader lo trataría bien. ¿Era posible que alguien tan joven retuviera algún recuerdo de su verdadera madre, tal vez algún destello de su cara? ¿Acaso algún perfume le devolvería cierta intranquilidad, un descontento que no parecía tener raíces en su presente? Tal vez la chispa de la luz en una joya, un revoloteo de lienzos blancos hicieran desbordar la tristeza de su corazón. ¿Lo habría olvidado Ramsés por completo o, de vez en cuando, sus pensamientos volverían a la hermosa y rebelde concubina, al hijo que en ella había engendrado?

Ya no me sentía hermosa. Mis manos encallecieron. Mis pies, a los que se prohibía cualquier protección contra los elementos, se volvieron anchos y duros. No había *kohl* que me rodeara los ojos: sólo un abanico de pequeñas arrugas, pues me pasaba el día frunciendo la cara contra el sol; mi pelo perdió brillo y suavidad y se volvió quebradizo. Sin embargo, durante muchos meses me contenté con disfrutar el simple milagro de estar viva. Me sentía feliz, aunque trabajara como la más humilde de las sirvientas del harén, aunque los vecinos más bondadosos no me hicieran caso y los peores me arrojaran estiércol, por haber convertido Asuat en la aldea natal de una asesina.

Adquirí la costumbre de vagar por el desierto por la noche, mientras la aldea y el templo dormían. Al atardecer, descansaba un rato; luego, me escabullía por detrás de mi choza hasta el sitio donde terminaban los sembrados y empezaba la arena. Allí me arrancaba el sayo para correr desnuda bajo la luna, hasta quedar exhausta, gritando y riendo, ebria de

soledad y por la exaltación del horizonte que se extendía infinito, nítido e iluminado por las estrellas.

Despojada de todo, recordaba que cuando esperaba saber de la muerte del faraón, estuve a punto de sucumbir al peculiar impulso de caminar hasta salir del harén y de la ciudad, hasta llegar al desierto donde pudiera iniciar una nueva vida, inocente y libre. Aquel impulso había sido satisfecho. Así, danzando, con la fría y cambiante arena bajo los pies descalzos, era de verdad inocente. Era libre.

Y empecé a preguntarme qué estaría ocurriendo en palacio. Acaso el faraón investigaba con discreción a las personas que le había nombrado. Acaso sus hombres vigilaban a los conspiradores, mientras ellos cavilaban un nuevo plan. ¿Tendría alguna vez la satisfacción de ver desmembrado el presuntuoso y frío mundo de Hui? Entonces Ramsés se acordaría de mí. Y mandaría un emisario a Asuat. Quizá acudiera en persona. Su heraldo se acercaría a mi choza. Me invitaría a subir en la barcaza real. Pero no podía ir en semejante estado, por supuesto, así que Ramsés enviaría a sus servidoras para que me bañaran y me ungieran de aceites, para que aplicaran masajes con cremas suavizantes en mis pobres pies y en mis manos maltratadas, para que me peinaran y me pintaran la cara, para que me vistieran con lienzo brillante y me cargaran el cuello y los brazos de piedras preciosas. Entonces, con sandalias nuevas en los pies, rodeada por un aura de azafrán, protegida por una sombrilla, abandonaría la choza para caminar con orgullo, con mucho orgullo, hasta el embarcadero de Uepuauet. Y subiría por la plancha hacia el abrazo de mi amante.

Hasta que llegue ese día, seguiré siendo la abnegada sierva de los siervos de mi tótem. Seguiré bailando sola por la noche, entre las dunas del desierto. Y seguiré escribiendo esto en secreto, la historia de mi ascenso y mi caída, sobre el papiro que puedo robar en el depósito del templo. Cuando haya concluido, ¿quién sabe? Puedo entregarlo a la custodia de Pa-ari como legado, para que algún día llegue a manos de mi hijo. O confiarlo a alguno de los heraldos reales que navegan por el río, cumpliendo recados de la corona. Y quizá aparezca en el escritorio del faraón alguna luminosa mañana de verano. Después de todo, el futuro es una aventura arriesgada. ¡Quién sabe!



PAULINE GEDGE. Nació en Auckland, Nueva Zelanda, en 1945. Parte de su niñez transcurrió en el condado de Oxfordshire, en Inglaterra, hasta que su familia se trasladó a Canadá, país en el que la autora sigue residiendo en la actualidad.

Poseedora de un admirable don para dar vida a las pasiones humanas que se agitan en el fondo de crónicas y documentos, Pauline Gedge ha cultivado el género de la novela histórica con logros tan celebrados como *La dama del Nilo*, su primera y tal vez más conocida obra, ganadora del Alberta Search-for-a-New-Novelist Competition en 1975. *Águilas y cuervos*, con el fondo de las luchas de las tribus celtas contra el poder imperial de Roma, es su segunda novela (galardonada con el Jean Boujassy Award de la Société des Gens des Lettres, en 1978), a la que han seguido *El Faraón*, *El papiro de Saqqara* y *La casa de los sueños*, todas ellas ambientadas en el antiguo Egipto.